JUAN TORRES ZALBA

NUMANTIA

LA IRA DE LOS ESCIPIONES

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Preludio
Personajes principales
Año 146 a.C.
EN EL CONSULADO DE CNEO CORNELIO LÉNTULO Y LUCIO MUMIO ACAICO
Año 145 a.C.
EN EL CONSULADO DE QUINTO FABIO MÁXIMO EMILIANO Y LUCIO HOSTILIO MANCINO
Año 144 a.C.
EN EL CONSULADO DE SERVIO SULPICIO GALBA Y LUCIO AURELIO COTTA
Año 143 a.C.
EN EL CONSULADO DE APIO CLAUDIO PULCRO Y QUINTO CECILIO METELO MACEDÓNICO
Año 142 a.C.
EN EL CONSULADO DE LUCIO CECILIO METELO CALVO Y QUINTO FABIO MÁXIMO SERVILIANO
Año 141 a.C.
EN EL CONSULADO DE CNEO SERVILIO CEPIÓN Y QUINTO POMPEYO
y
Año 140 a.C.
EN EL CONSULADO DE QUINTO SERVILIO CEPIÓN Y CAYO LELIO
Año 139 a.C.
EN EL CONSULADO DE CNEO CALPURNIO PISÓN Y MARCO POPILIO LENAS
y
Año 138 a.C.
EN EL CONSULADO DE PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN NASICA SERAPIÓN Y DÉCIMO JUNIO BRUTO GALAICO
Año 137 a.C.
EN EL CONSULADO DE MARCO EMILIO LÉPIDO PORCINA Y CAYO HOSTILIO MANCINO
Año 136 a.C.
EN EL CONSULADO DE LUCIO FURIO FILO Y SEXTO ATILIO SERRANO
y
Año 135 a.C.
EN EL CONSULADO DE SERVIO FULVIO FLACO Y QUINTO CALPURNIO PISÓN
Año 134 a.C.
EN EL CONSULADO DE PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO Y

CAYO FULVIO FLACO
y
Año 133 a.C.
EN EL CONSULADO DE PUBLIO MUCIO ESCÉVOLA Y LUCIO CALPURNIO PISÓN
Agradecimientos
Principales cargos públicos (magistraturas) en Roma a mediados del siglo II a.C.
Árbol de las familias Escipión, Graco y Emilio Paulo
Roma en época republicana
El foro de Roma
Hispania en el siglo II a.C.
Asedio de Numantia 134-133 a.C.
Notas
Créditos

A mis padres, Miguel Ángel y Mª Antonia,
Torres y Zalba,
toda una vida juntos y todo un ejemplo de vida.
Y a mi mujer Marta y a mis hijas Paula y Laura,
por todos los motivos del mundo.

Preludio

Numantia. La ira de los Escipiones es la continuación de *El primer senador de Roma* y de un periodo formidable que, de la mano de las más grandes figuras históricas, rebosa epopeya, batallas, violencia, traiciones e intrigas encarnizadas en una Roma que ve cómo sus viejos y férreos valores republicanos comienzan a derrumbarse.

Corre el año 146 a.C. cuando Escipión Emiliano, después de tres años de asedio, supera las últimas defensas de Cartago y abate por siempre el poderío cartaginés. Sin embargo, el regreso a Roma para celebrar su triunfo no es el esperado, desatándose las ansias de popularidad y ambición del resto de las familias y facciones senatoriales, embarcadas todas ellas en una incansable lucha por el poder en la que nada ni nadie se respeta.

Entretanto, el centro de operaciones militares se traslada a Hispania, donde el rebelde lusitano Viriato humilla a las legiones y donde se elevan los enormes fuegos de la rebelión celtíbera y de la extraordinaria y épica resistencia de una ciudad irrepetible, Numantia.

Es también el tiempo de Tiberio Sempronio Graco, nieto de Escipión Africano e hijo de Cornelia, matrona ejemplar y mujer fuera de lo común. El joven Graco abanderará una conflictiva reforma que sacudirá los cimientos del Senado y de la República misma, que iniciará el camino hacia su propia destrucción.

Personajes principales

Escipión Africano

Publio Cornelio Escipión Emiliano
Su esposa Sempronia (hermana de los Graco)

Sempronio Graco

Tiberio Sempronio Graco (el Joven)
Cayo Sempronio Graco
Sempronia
Cornelia Africana (*minor*), hija de Escipión Africano y madre de los tres anteriores

Claudio Pulcro

Apio Claudio Pulcro
Antistia, su esposa y madre de:
- Apio Claudio Pulcro, hijo
- Claudia la Vestal
- Claudia *secunda* (Claudilla)

Fabio Máximo

Quinto Fabio Máximo Emiliano (hermano de Escipión Emiliano)
Quinto Fabio Máximo Emiliano hijo (Quintillo)
Quinto Fabio Máximo Serviliano (hermano adoptivo del primero)

Escipión Nasica

Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo
Cornelia Africana (*maior*), su esposa y madre de:
- Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión

Lelio

Cayo Lelio (amigo personal de Emiliano y de su hermano Fabio)

Metelo Macedónico

Quinto Cecilio Metelo Macedónico
Atilia, su esposa y madre de siete hijos

Cepión

Quinto Servilio Cepión (hermano natural de Serviliano)

Pompeyo

Quinto Pompeyo

Amigos de Tiberio Sempronio Graco

Marco Octavio
Blosio de Cumas
Cayo Fannio Estrabón
Marco Fulvio Flaco

Aliados de Apio Claudio Pulcro

- Servio Sulpicio Galba
- Cayo Hostilio Mancino
- Quinto Fulvio Nobilior

Occio

- Quinto Occio Aquiles (legado en las campañas hispanas)

Lusitanos

- Viriato
- Ditalcón, Audax y Minuro (hombres de confianza y mando)

Numantinos

- Avaro
- Retógenes
- Megaravico

Año 146 a.C.

EN EL CONSULADO DE CNEO CORNELIO LÉNTULO Y LUCIO MUMIO ACAICO

El último día de Cartago

Templo de Eshmún, 14 de abril

Cartago moría.

Las enormes puertas del templo de Eshmún se abrieron violentamente, de par de par, sacudidas por la desesperación de la vida que se extingue. Y de las entrañas del hogar del dios púnico de la curación, en la cima de la ciudadela, como un torrente de odio, como un vómito de sangre, emergieron doscientos defensores a la carrera cual aparatosa compañía de elefantes de combate enloquecidos.

Pese a su agotamiento, los cartagineses brincaron por encima de la barricada que protegía la entrada del templo, la sobrepasaron entre gritos y juramentos y se abalanzaron sobre los dos manípulos legionarios que avanzaban en formación cerrada, escudos por delante, para proteger un pequeño ariete.

El impacto de los dos grupos sonó hueco y metálico, amplificándose los ecos de las armas y de los aullidos a lo largo de los pórticos laterales que antecedían la gran capilla de Eshmún.

La plaza entera estaba devastada, como si el suelo quisiera agrietarse y levantarse bajo cascotes, maderas astilladas, parapetos, fuegos, humaredas y cadáveres. El Averno mismo había sido llamado a aquel lugar, y los últimos defensores de Cartago, como almas abandonadas, sitiados sin esperanza en la ciudadela, en el último reducto de libertad, conscientes de que solo les quedaba morir, cargaban, acuchillaban, asesinaban, mordían y golpeaban como seres sobrenaturales sedientos de carne y venganza. Ni esperaban piedad de Roma ni estaban dispuestos a tenerla con Roma. Cartago moría con ellos, pero lo hacía con la más terrible furia.

Los legionarios soportaron la embestida por poco tiempo. El deseo de matar de los defensores era superior a su disciplina y a su número. Se abrió una grieta entre el muro de escudos romanos y los prófugos penetraron como lava ardiente. Se hizo el caos. Algunos legionarios ofrecieron la espalda. Otros cayeron al suelo. Los menos mantuvieron su posición. Los púnicos mataban en estado de trance. Volaron miembros humanos, eran seccionadas las plumas negras de los yelmos legionarios, se partieron las cotas de malla, chocaron las espadas y la sangre decidió colorear las baldosas.

Los defensores, enzarzados en la lucha, no oyeron cómo crecía a su alrededor el sonido del característico repiqueteo de las botas legionarias. Tres manípulos de refuerzo llegaron en formación y rodearon a los últimos sitiados de Cartago.

Los cartagineses sintieron el lacerante hierro de las espadas en cuellos y

espaldas. Estaban perdidos, pero aunaron sus esfuerzos. Luciendo sonrisas de dementes, emprendieron su frenético impulso como si la derrota fuera imposible o morir, el mayor de los deleites.

Asdrúbal el Beotarca, el último gran cabecilla político y militar de Cartago, se asomó a la azotea del templo, de estilo fenicio, atraído por los bramidos del combate.

Un dardo pasó silbando junto a su oreja, adornada con pendientes dorados que con sus escandalosos brillos actuaban como reclamo. Sin tiempo a la reacción, pasó otro dardo pero, por suerte, y de esta no le faltaba, tuvo a bien ir a hincarse en el cuello de uno de los defensores que, como él, se había asomado a la terraza. El herido rugió en un poco vistoso gorgoteo antes de desplomarse. Asdrúbal, según su estilo grandilocuente y teatrero, lo miró con una mezcla de asco, miedo y compasión, en menor medida esta última. Después se giró de nuevo hacia la plaza, donde los hombres que habían salido en tropel eran exterminados.

Una nueva jabalina pasó volando cerca de su brazo derecho. O se marchaba de allí o acabaría ensartado como un miserable jabalí en una cacería, lo que no se acomodaba, desde luego, a sus planes.

Descendió al piso bajo tan rápido como sus profusas carnes se lo permitieron —el asedio no le había privado de su obesidad—, yendo a desembocar en una portezuela lateral situada justo al lado de las grandes puertas del templo. La luz iluminaba la sala central, dejando ver al trasluz las partículas de polvo que penetraban propulsadas desde el exterior.

Una voz ronca y angustiosa ordenó entonces que los grandes portones fueran cerrados. O lo hacían o accederían los manípulos legionarios. Los sitiados que habían irrumpido en la plaza no eran ya más que dos o tres grupúsculos rodeados por completo. Eran ahora los romanos los que mataban sin humanidad.

Después de cerrarse las enormes y gruesas puertas reforzadas con barras de hierro se hizo un extraño y pesado silencio. Los ecos del combate se colaban amortiguados y suaves, y solo se oía el jadeo de la treintena de defensores que custodiaban el templo puertas adentro. Dejando caer espadas y escudos, apoyaron sus manos en las rodillas para inspirar grandes bocanadas de aire, mirándose unos a otros con cara de pánico.

Asdrúbal, oculto en las sombras de la oscuridad, no movió ni un pelo, pero uno de los hombres, el que había ordenado el cierre del templo, lo vio, y se le quedó mirando como el león que ha olido a su presa. Asdrúbal se sintió como un cervatillo indefenso, y habría echado a correr si no hubiera notado la punta de una espada presionando su prominente barriga. Para su desgracia, otro de los defensores también le había visto.

—Mirad a quién tenemos aquí, al gran Beotarca de Cartago —canturreó

el soldado con lascivia.

El resto de los hombres le miraron con ojos de depredador.

Su relación con ellos se había mantenido en un precario equilibrio durante los últimos días. Él era un aristócrata, un militar y un hombre rico que había decidido por orgullo y dignidad permanecer en el último reducto de la ciudad en lugar de entregarse a los romanos.

Ellos, por el contrario, los últimos de Cartago, casi todos desertores y prófugos del ejército romano, eran unos pordioseros, hombres sin futuro y sin opciones que se arrastraban por el barro. Estaban juntos por conveniencia, pero, llegado el final, bien podía ser descuartizado por puro placer por aquellas bestias.

—Yo no soy el enemigo. Yo soy el hombre que ha decidido morir con vosotros, desgraciados —se defendió, altivo y presuntuoso, que era lo que mejor sabía hacer.

La estratagema, no obstante, no fue la acertada. El desertor sonrió como una hiena, dejando enseñar unos dientes sarrosos.

—¿Habéis visto cómo le cuelga el pellejo del cuello? Parecen los huevos hinchados de un caballo —porfió sarcástico.

—¿Y si lo tiramos desde la azotea? Con lo gordo que está rebotará como una pelota —propuso otro defensor con ganas de divertirse.

—Metámosle antes un dardo por su culo seboso y lleno de granos —insinuó otro más.

—Yo se lo metería también por la garganta —añadió un cuarto.

—¡Pues hagámoslo todo! —graznó en una risotada el que le amenazaba con la punta de la espada.

Asdrúbal, con los brazos en alto, repasó las caras de los hombres que le rodeaban, unos desarrapados mucho más peligrosos que los legionarios que trataban de asaltar el templo. Ya no merecía la pena tener orgullo ni decencia. Debía escapar de allí, como fuera.

—Yo no soy el enemigo —reiteró de modo muy pausado—. Dejadme en paz y defended este templo, os lo ordeno —exigió con las pocas trazas de dignidad que le quedaban.

El hombre de la voz ronca se le acercó muy despacio, desafiante.

—Deberíamos trocearte aquí mismo, escoria púnica, asqueroso *guga*, gordo seboso… —El desertor, sin embargo, no pudo continuar con su esmerada retahíla de epítetos. Un formidable golpe en las puertas del templo los sobresaltó a todos. Los portones temblaron y chirriaron, pero aguantaron el empuje exterior.

—¡A la azotea, rápido, a la azotea! —rugió el desertor de la voz ronca —. ¡Vamos a cagarnos sobre las cabezas de esos hijos de perra! —gritó con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Todos echaron a correr, y también Asdrúbal, pero él, oportunamente, como una rata sigilosa, en dirección opuesta, al interior del templo, hacia la capilla donde se levantaba la efigie del dios Eshmún. Todavía tenía una oportunidad.

Sudoroso y sin respiración, entró en la capilla de modo apresurado. Escrutó en la oscuridad de la *cella*, apenas iluminada por una tenue lucerna, y entonces la vio, a ella, como una poderosa sombra, hierática, de espaldas a él, engalanada con sus mejores ropas y joyas, peligrosamente absorta en la figura dorada del dios.

—Salambó —suplicó Asdrúbal en un temeroso murmullo. Su esposa no contestó ni se movió—. Salambó —insistió. Tampoco reaccionó—. Me voy, Salambó, y me llevo a nuestros hijos —dijo en un tercer intento.

Su esposa, sin girarse, emitió un gruñido gutural antes de hablar.

—Tú no te vas a ninguna parte, y nuestros dos hijos tampoco —farfulló amenazante, como si hubiese hablado el mismísimo dios.

—Haré lo que me venga en gana —replicó Asdrúbal.

—No te irás.

—¿Dónde están nuestros hijos? —demandó Asdrúbal con impaciencia. Los golpetazos sobre las puertas del templo sonaban cada vez más potentes.

—No —repuso Salambó, inmóvil.

—¿Dónde están nuestros dos hijos? ¡Son pequeños, tendrán miedo! —reiteró Asdrúbal con angustia. Su hijo mayor solo tenía diez años, y ocho el pequeño.

—No te los llevarás —musitó Salambó en estado de trance.

—¡Pues que Eshmún te consuma en su fuego, maldita mujer, púdrete, yo me voy! —escupió Asdrúbal, echando a correr de nuevo.

—Tú lo has dicho, esposo, que nos consuma el fuego —oyó que susurraba Salambó, pero no le hizo caso, continuando su carrera. Su poderosa esposa, una verdadera fuerza de la naturaleza que bien podría resistir ella sola el asedio, había ido perdiendo la cabeza a lo largo de las últimas semanas. Estaba ya irremediablemente loca de remate.

Atravesando pasillos y salas tanto como sus piernas y tripa se lo permitieron, tomó de un altar unas ramas de olivo y se encaminó al ala este del templo, allí donde partía un acceso que se dirigía a uno de los pórticos laterales de la gran plaza exterior.

Resollaba como un cerdo en un día de bochorno, pero nada le impidió percibir que alguien le seguía. Tal vez fuese Salambó, o tal vez sus hijos, o alguno de aquellos desertores hijos de perra que ansiaban rajarle el cuello antes de que lo hiciera un romano.

Fuese quien fuese, oír los pasos le producía una enorme ansiedad, por lo que paró en seco, giró en redondo, desenvainó su puñal y esperó.

Los pasos cesaron, pero adivinó entre la oscuridad que una sombra le observaba.

—¿Beotarca? —barbotó la sombra.

Asdrúbal aguzó la vista y los oídos. Conocía esa voz.

—¿Bitia? —preguntó sorprendido.

Su recio lugarteniente, hasta hacía unas horas un hombre enérgico y valiente, emergió de la penumbra como un conejillo.

—¡Los desertores me quieren linchar vivo! —exclamó espantado.

—Pues sígueme —contestó Asdrúbal, echando a correr de nuevo.

—¿A dónde? —preguntó un desvalido Bitia.

—¿A dónde si no? A entregarnos a los romanos, ¡idiota!

Los dos hombres recorrieron un largo pasillo interior hasta dar con el portillo secreto que se abría al exterior. Asdrúbal, con la lengua entre sus labios, descorrió la trampilla. Un halo de luz los deslumbró un instante. Después, salieron a los porches porticados, Bitia con agilidad, Asdrúbal con esfuerzo porque casi no cabía por la portezuela. Dieron unos pasos más con las ramas de olivo en alto y emergieron a uno de los laterales de la gran plaza, a la vista de todos, allí donde se vivían los últimos y despiadados enfrentamientos por la toma de Cartago.

Todo sucedió con extrema rapidez, o al menos así lo vivió Asdrúbal. En cuanto fueron vistos, un manípulo entero de legionarios se agitó como un enjambre de avispas nerviosas. Fueron golpeados, empujados y escupidos hasta que apareció dando gritos un centurión de piernas peludas amenazando a todo aquel que les tocase. Conducidos de malas maneras hasta la mitad de la plaza, le separaron de Bitia y él fue arrojado a los pies de un hombre de complexión pequeña, pero de panoplia y autoridad majestuosa.

—Siéntate a mis pies —oyó que le ordenaba el romano, y él, que lo conocía bien, se postró y se abrazó a sus rodillas. Bien valía la pena mostrarse sumiso y servil ante el todopoderoso Publio Cornelio Escipión Emiliano, conquistador de Cartago, si quería salir vivo de allí.

—Que cese el ataque —oyó que exigía Emiliano, que no movió un músculo para desembarazarse del degradante abrazo de rendición.

Después, todo discurrió para él incluso a mayor celeridad. Emiliano pronunció en alto unas palabras despectivas para humillarlo ante todos, los desertores asomados a la azotea del templo de Eshmún lo insultaron hasta quedarse roncos y, de pronto, sintiendo que el mundo se le venía encima, volvió a verla, a ella, a su esposa Salambó, pero esta vez elevada sobre la azotea, con aspecto de monstruo, aferrando a sus dos hijos pequeños cuyas delgadas e infantiles siluetas se dibujaban en las llamas que comenzaban a devastar el templo. Y no sintió nada más. No podía. Llegaron a sus oídos las maldiciones de su esposa y su desprecio, y en el momento en el que levantó la

cabeza, Salambó degolló a sus dos hijos y se arrojó al fuego con ellos.

Tirado sobre el pavimento, incapaz de reaccionar, varios legionarios lo levantaron y entre empellones lo condujeron calle abajo por la derruida colina de Birsa hasta llegar al ágora de la ciudad.

Allí lo arrojaron a una celda, y se hizo de noche, y de nuevo de día, y otra vez de noche.

Fue entonces cuando dos legionarios entraron en la prisión para ofrecerle un plato de gachas y una vasija de agua. Al ir a coger la comida, uno de los soldados la dejó caer al suelo. Asdrúbal, hambriento y sediento, trató de recogerla, pero al hacerlo el mismo legionario le propinó una patada en el estómago. Y en el suelo, boca arriba, el otro soldado le derramó el agua en la cara.

—Para que bebas como te mereces, asqueroso *guga* —farfulló uno de los romanos con el odio dibujado en el rostro.

Asdrúbal creía ya morir cuando por el rabillo del ojo vio que entraba un tercer hombre, un joven, posiblemente un tribuno militar a la vista de su panoplia, dando voces y abroncando a los dos legionarios al tiempo que les sacudía en la cabeza. Los soldados salieron corriendo con el rabo entre las piernas mientras el joven no paraba de recriminarles.

—Son solo unos chiquillos con demasiado rencor en sus venas —aprovechó para decir Asdrúbal, incorporándose dolorido y yéndose a apoyar en un banco de piedra adosado al cuchitril.

—Ordenaré que te traigan de nuevo comida y agua —dijo el joven, ahora lleno de amable serenidad.

—Te lo agradezco —contestó Asdrúbal.

El joven asintió marcialmente y ya se marchaba cuando el Beotarca lo llamó.

—¡Espera! —le dijo—. Espera —insistió. El muchacho se volvió. Asdrúbal lo miró directamente a los ojos. Ansiaba desahogarse—. Escúchame, sí, escúchame. Sé que me despreciáis, lo sé —gimió teatrero y grotesco como solo él sabía hacerlo—. Yo torturé y lancé de la muralla a doscientos prisioneros romanos. Yo soy responsable de las mayores atrocidades que hayáis conocido. Y yo me he rendido sin honor, permitiendo que mi esposa degollara a mis dos hijos… —balbució, bajando el rostro—. ¿Por qué me has ayudado? ¿Por qué lo has hecho? Deberíais lanzarme a los perros —dijo con rabia y gesto de tragedia, dicho lo cual se quedó mirando al joven, como si aquello fuese un diálogo de una tragedia griega.

El muchacho, en cambio, lo miró sin inmutarse.

—Simplemente, es mi deber —contestó parcamente.

—¡Ay, el deber! —clamó Asdrúbal, llevándose la mano a la frente—. ¡Es el deber lo que me ha conducido hasta aquí y a lloriquear indefenso frente

a un joven que apenas tendrá veinte años! ¡Qué paradoja! —exclamó sobreactuado.

—Quien cumple su deber duerme tranquilo —aseveró el joven.

Asdrúbal levantó una ceja, sorprendido por aquella contestación. Su teatralidad se estaba encontrando con un muro infranqueable, con un compañero de escena sobrio y escueto.

—Sí…, es posible… el deber… —susurró al fin—. Tal vez sea esta la diferencia entre Cartago y Roma —siguió murmurando desde el suelo—. Unos, los míos, envidiosos y traicioneros con los suyos propios, y otros, los romanos, duros como el hierro e incansables como el viento… ¡Ay del deber! —declamó sin saber discernir si estaba perdiendo el juicio.

El muchacho se mantuvo impasible.

—Te traeré más comida y agua —repitió.

Asdrúbal dejó escapar un pequeño carcajeo.

—Nada merezco.

—Lo que merezcas no es decisión tuya.

—Veo que efectivamente conoces bien tu deber —ironizó Asdrúbal.

—Lo conozco —se limitó a decir el romano.

Asdrúbal enarcó de nuevo la ceja. Definitivamente, aquel joven de mirada limpia tenía algo especial. Lástima no haberlo conocido antes.

—Dime al menos cómo te llamas para que pueda invocar tu nombre en el caso de que me vuelven a echar la comida a la cara —pidió.

—Di que soy Graco —respondió el joven.

Asdrúbal abrió los ojos como platos, abandonando toda pose teatral.

—¿Graco? ¿Tiberio Sempronio Graco? —barbulló aturdido—. ¿El nieto de Escipión Africano? —preguntó, aunque sin esperar respuesta. Era él sin duda.

—Te traeré más comida y agua —repitió Tiberio.

Asdrúbal rio por lo bajo. Sin desmerecer a Escipión Emiliano, no cabía duda de que la sombra y genio de Escipión Africano era alargada, aunque aquel muchacho que tenía delante y que le seguía mirando como si tal cosa no parecía poseer el insoportable orgullo y soberbia de los Escipiones. Había algo distinto en él. Tal vez fuese la sangre de los Graco.

—Pareces obstinado —le dijo con curiosidad.

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Pues te espera sin duda un gran futuro.

Tiberio se quedó pensativo un instante, no mucho.

—Te traeré comida y agua —repuso al fin, marchándose.

—¡Gracias, joven Graco! —gritó Asdrúbal sin poder evitar una amarga sonrisa. Ahí radicaba precisamente la diferencia entre Roma y Cartago. Roma paría Escipiones, uno tras otro. Cartago solo había parido un Aníbal Barca.

—*Carthago delenda est* —murmuró mordaz y con mirada de loco antes de lanzar una grotesca carcajada.

El anuncio de la victoria

Roma, finales de abril

Aquella mañana Apio Claudio Pulcro se abrió paso entre la inmensa multitud reunida en el foro como si fuera el mismísimo Júpiter caminando entre los mortales, con la voluntad divina de que nadie le mirase y el deseo mundano de que todo el mundo lo hiciera.

Era el pretor urbano, pero no uno cualquiera, no uno de los elegidos cada año para impartir justicia entre los ciudadanos romanos o presidir las sesiones senatoriales en ausencia de los cónsules. Él era un Claudio patricio, un ser magnífico de grandiosa familia que confería prestigio a la magistratura, y no a la inversa.

Por ello, Roma entera debía rendirse con naturalidad a su colosal magnificencia y alcurnia, de tal guisa que resultaba de lo más oportuno lucir sus seis lictores y la esmerada toga *praetexta* con su carísimo borde purpúreo.

Por lo demás, sus cabellos dorados al aire, sus refulgentes ojos azules glaciar alpino, la energía de sus treinta y nueve años, la armonía de su rostro y su gigantesco linaje eran motivo más que suficiente para que todo debiera paralizarse con solo sentir su aliento.

Por estas sencillas razones respiró vanidoso cuando, al pasar junto a un abarrotado templo de Castor y Pólux, los vendedores de esclavos cesaron en sus bravatas para no importunar sus patricios tímpanos.

Poco más adelante, cerca de la basílica Sempronia, sonrió con suficiencia cuando decenas de cambistas se refugiaron apresuradamente en sus tiendas adornadas con viejos escudos samnitas para que el tintineo metálico de los millones de denarios que inundaban la ciudad con ocasión de las lucrativas conquistas no alterara su temple.

Ya en el lago Curcio arqueó despectivamente una ceja cuando unos extravagantes astrólogos orientales con el pelo rapado de no se sabía qué creencia lejana silenciaron sus tonterías místicas para contemplar su pomposo avance.

Finalmente, en la bocana del *comitium*, saludó con un imperceptible gesto a un pequeño grupo de colegas senatoriales y rio artificiosamente al advertir que unos mocosos que jugaban a los dados sobre las losas caían unos sobre otros para no ser arrollados por el galope de su escolta, no sin llevarse los oportunos topetazos de un lictor con ganas de airear su haz de varas.

Superados los *rostra*, la conocida plataforma de los discursos de los oradores, Apio Claudio, ahora en completa y solemne seriedad, enfiló con decisión la basílica Porcia. Justo delante de sus puertas de bronce aminoró su carrera y subió a la tribuna del pretor, apenas un pequeño estrado de madera

de dos palmos de alto desde el que administraba diariamente justicia entre los ciudadanos romanos.

Allí, elevado sobre un mar de cabezas, se ajustó cuidadosamente los caprichosos pliegues de la toga, y cuando se vio lo suficientemente digno levantó la vista para comenzar el primer proceso judicial del día. Él se encargaba de abrir los casos. El fallo final dependía del juez, elegido de entre una lista de senadores.

Para su estupor, aquel que le asesoraba en cuestiones judiciales, el joven Publio Mucio Escévola, hacía auténticos esfuerzos para que no se le escapara estrepitosamente la risa floja.

—¿Qué pasa si puede saberse? —bufó iracundo.

Escévola cabeceó aparatosamente, agitando las manos.

—No ocurre nada, por todos los dioses, nada, solo me ha divertido cómo tu lictor golpeaba a los niños —mintió con todo descaro y sobreponiéndose al incontenible deseo de echarse a reír. El modo de pavonearse de Apio Claudio en el ejercicio de su magistratura era lo más parecido a una exagerada representación teatral de cualquier comedia de Plauto.

Claudio, empero, gruñó como un perro desconfiado.

—Colócate detrás de mí —porfió con cara de pocos amigos.

Escévola fue a situarse a su espalda, pero sin darse demasiada prisa. Apio resopló paciente, pero no tenía más opción que aguantarlo. Necesitaba desesperadamente un jurista que le aconsejara en su labor judicial, pero era exigente en sus gustos. El jurisconsulto tenía que ser prestigioso, noble y que no fuera Manilio o Nasica Córculo, ambos escipiónicos, es decir, enemigos a muerte. Los Mucio Escévolas, sin embargo, cumplían todas sus exigentes condiciones, y entre ellos el joven Publio, una *rara avis* a la que debía tolerar sus risas a destiempo. O le asesoraba él en leyes, acciones, garantías y procesos o no lo haría nadie.

Resignado, Apio Claudio siguió con mirada impaciente el desesperante deambular de Escévola. Cuando al fin lo sintió en su cogote, se sentó con toda pompa en su silla, con una pierna más adelantada que la otra, y levantó una mano con el dedo índice extendido.

—Que se acerquen las partes —instó autoritario.

Dos campesinos dieron un paso al frente. Entre ellos caminaba un esclavo de manos callosas.

—Hablad ante el pretor —les autorizó.

Uno de los aldeanos asintió y, aferrando una vara, apuntó con ella hacia el otro campesino.

—Yo te invoco en derecho, Sexto Escápula, y afirmo que este hombre me pertenece por derecho quiritario según su condición, como ya he dicho. En prueba de ello te he tocado con esta vara —pronunció formalmente al tiempo

que dejaba de amenazar a su contrincante y tocaba al esclavo con la varilla.

El demandado, portando otra vara, dio también un paso al frente.

—Y yo, Décimo Porpeyo, afirmo que este hombre me pertenece por derecho quiritario según su condición, como ya he dicho. En prueba de ello te he tocado con esta vara —afirmó con igual formalidad, posando la varilla sobre los hombros del siervo.

Cumplido este imperecedero formalismo procesal, Escápula y Porpeyo sujetaron al esclavo por los brazos y comenzaron a forcejear como si cada uno de ellos quisiera llevárselo del lugar. Claudio, con gesto malicioso, se inclinó ligeramente hacia delante, lleno de expectación, deseando que aquella fingida lucha terminase en abierta pelea para deleite de todos los presentes.

Escévola le había sermoneado en incontables ocasiones que las venerables leyes recogidas en las Doce Tablas exigían de los contrincantes semejante representación como símbolo de una antigua violencia ya pasada. Sucedía que, a veces, los ciudadanos olvidaban que aquello era una simple costumbre jurídica y se liaban a mamporros, algo que era realmente divertido, para no pasarse toda la mañana escuchando aburridísimos problemas de esclavos, herencias, vacas robadas y viñas arrancadas, lo que le importaba bien poco.

Una pelea era lo que ansiaba. Mejor aún. Una pelea en la que se involucraran tumultuosamente los familiares y clientes de las partes litigiosas, como había sucedido días atrás cuando el demandante le había llamado cornudo al demandado.

Sin embargo, para su desilusión, comprendió rápidamente que en aquel juicio no habría regodeo. Los campesinos contrincantes eran unos sosos timoratos que le miraban espantados, implorándole con ojos de trucha que pusiera fin al antiquísimo ritual.

—Soltad ambos al esclavo —masculló para alivio de los aldeanos, que soltaron la cosa litigiosa como si tuviera lepra.

Apio Claudio arrugó el entrecejo, se giró hacia Escévola para que le confirmara que las primeras palabras de los contrincantes se habían declamado de la precisa y estúpida forma exigida por las Doce Tablas. Este se lo ratificó discretamente y se volvía de nuevo a los litigantes cuando, de pronto, advirtió que, en el foro, a unos cincuenta pasos, unos hombres pasaban a la carrera de forma llamativamente acelerada, abriéndose paso entre la multitud con sonoras voces. No parecían huir, sino que simplemente corrían y saltaban desaforadamente en dirección al *vicus Tuscus*, la calle que desde el foro descendía al Tíber.

Claudio no fue el único que los vio. Los pleiteadores y el resto de los asistentes giraron también sus cuellos al oír, no ya unos gritos aislados, sino un creciente rugido engordado por cientos de espontáneos que,

arremolinándose, también echaban a correr.

—¿Sabes qué ocurre? —le preguntó Claudio a Escévola.

—No tengo la menor idea —contestó este.

El barullo y los remolinos iban a más. Ahora una masa de ciudadanos se abalanzaba en dirección el *vicus Tuscus*, como si quisieran ver algo, y los aullidos eran cada vez más fuertes, no de alarma, sino de alegría, provocando que de los templos, basílicas y tiendas aparecieran individuos que nutrían la turba.

—No me gusta —bufó Claudio.

—Estoy tan despistado como tú —reconoció Escévola con el cuello estirado para ver más lejos.

—Voy a acercarme —afirmó Claudio resolutivo, pero no tuvo tiempo ni de moverse. La algarada humana cambió súbitamente de dirección, dirigiéndose ahora por la vía Sacra hacia el templo de Vesta al tiempo que se coreaba un grito al unísono.

—¿Qué dicen? —inquirió Claudio, arrugando el entrecejo.

—Escipión Emiliano, creo que gritan Escipión Emiliano.

Claudio sintió que se le vaciaba el vientre.

—¿Y ese hombre no es Cayo Lelio? —añadió entonces Escévola, señalando a un personaje que prácticamente era llevado en volandas.

Claudio aguzó su mirada felina, comprobando que, en efecto, Cayo Lelio, el incombustible y fiel amigo de Escipión Emiliano, estaba en Roma. Y aquello solo podía significar una cosa, algo que le resultaba del todo insoportable e insufrible, que el ser al que más odiaba en el orbe entero, Escipión Emiliano, había tomado Cartago.

—¡Me voy! ¡No estoy dispuesto a ver esto! —aulló de pronto, fuera de sí, al tiempo que bajaba del estrado, quitaba de en medio a los despavoridos litigantes y se encaminaba hacia el *Argiletum*.

Escévola se quedó tan pasmado como divertido, viendo con cara de mayúscula sorpresa cómo Apio Claudio se alejaba a grandes pasos y con exagerados aspavientos. Era público y notorio que Claudio no soportaba a Emiliano, y por pura envidia, pues su máxima en vida era superarlo, pero una cosa era odiar a un rival y discrepar de sus métodos y otra salir por piernas de forma tan ridícula.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Sígueme! ¡No me dejes solo! —oyó que le increpaba Claudio con el rostro encendido.

Escévola fue tras él. Claudio reinició entonces su huida, pero en apenas unos pasos detuvo de golpe su galope, tanto que Escévola chocó con él aparatosamente. Furioso, Apio Claudio le clavó su mirada gélida.

—¿Sabes qué te digo? —rugió con la barbilla bien alta.

—Pues no —se limitó a responder Escévola.

—Pues que no me voy. Que me quedo. No pienso interrumpir mis funciones por una ridícula victoria de un mequetrefe, de un memo, de un desleal, de un engreído y de un calvo —declaró muy digno, dicho lo cual retrocedió sobre sus pasos, subió al estrado y llamó a un escriba—. Busca a los litigantes y tráelos aquí. El proceso no ha terminado —le ordenó.

Y el escriba corrió en busca de los campesinos mientras Escévola, colocándose detrás de Claudio, no paraba de desternillarse en su fuero interno. El arrogante Apio Claudio Pulcro, al que extrañamente estaba cogiendo estima, era incorregible y conforme pasaban los años una imitación de sí mismo. Si el comediante Plauto lo hubiera conocido…

Cornelia Africana, concentrada en la lectura del tratado de política de Aristóteles, no movió ni un músculo cuando el peristilo porticado de su casa se llenó del vocerío que llegaba desde la calle. Recostada en un diván colocado estratégicamente para disfrutar de los rayos de sol de primera hora de la tarde, se limitó a desplazar sus globos oculares en busca de su hija Sempronia.

Esta, menos interesada en lecturas tan densas, carente del innato don de la elegancia que sí tenía su madre, pegó un exagerado brinco y dejó caer al suelo la hermosa copia de *El arisco*, del griego Menandro, una comedia para ella hilarante y mucho más gratificante que los rollos sumamente aburridos que leía su madre.

Cornelia, al ver la reacción de su hija, entornó los ojos como solo ella sabía hacerlo e inspiró con fuerza, como si en el aire flotaran las dosis de paciencia necesarias para no caer en la más tediosa desesperación.

En verdad que su hija Sempronia, cumplidos los veintiún años, ya no era la niña caprichosa que en el pasado se había negado en rotundo a aceptar su matrimonio con Escipión Emiliano o que, una vez consentido, se había dedicado a estar tirada en divanes anhelando ridículas cartas de amor del hombre que se estaba convirtiendo *de facto* en el primer hombre de Roma. Su hija había comprendido por fin cuál era su posición, consciente de que el matrimonio podía traer amor como no hacerlo, y que su misión era acompañar a su esposo allí donde fuese requerida, siempre con dignidad y boato, mostrándose como lo que era, la nieta de Escipión Africano, la hija de Tiberio Sempronio Graco el Viejo y la esposa de Escipión Emiliano.

Con todo, por mucho que su hija hubiera aceptado su destino, seguía exhibiendo de vez en cuando un temperamento tan infantil que le ponía de los nervios, lo que no era fácil en absoluto. Solo le ocurría con ella.

—¿No sabes estarte quieta? —le recriminó con gesto severo.

Sempronia estiró su largo y desarticulado cuello como un pajarillo nervioso que advierte una amenaza.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó al tiempo que se incorporaba del diván como un resorte.

—Estate quieta, por favor.

—Es extraño…

—Son gritos de alegría. Nada de qué preocuparnos —insistió Cornelia, paciente, tratando de recuperar la lectura, lo que no iba a ser posible. La algarada era cada vez mayor y su hija se agitaba como una lagartija.

—Me estás poniendo nerviosa —la increpó.

—¡Delfia! —aulló de pronto Sempronia, con estridencia—. ¡Delfia! —chilló de nuevo. Ni rastro de su esclava de confianza—. ¡Delfia, ven aquí ahora mismo! —graznó chillona.

—Sempronia, por favor…

Y Delfia apareció por fin, con el rostro radiante, motivo más que suficiente para que Sempronia se pusiera en pie de un salto con sus enormes ojos ovalados abiertos como platos.

—¿Qué ocurre? —preguntó excitada.

La esclava, entrecortada, cogió aire antes de contestar.

—¡Cartago! ¡Cartago ha sido destruida! ¡Escipión Emiliano ha vencido! —explotó extasiada.

—¿Destruida? ¿Destruida hasta sus cimientos? ¿Cartago ya no existe? —inquirió Sempronia, loca de alegría, subiéndose encima del diván. Cornelia la miró horrorizada. Aquello se le iba de las manos.

—¡Sempronia!

Su hija la ignoró y para colmo de males también Delfia.

—¡Toda Roma ha salido a la calle! —exclamó la esclava—. ¡Todos celebran la victoria! ¡Venid, señoras, venid, vedlo con vuestros propios ojos! —urgió.

Sempronia se arremangó la túnica larga con muy poca clase y ya se disponía a salir corriendo cuando oyó una voz adusta, siempre contenida, que parecía provenir del mismísimo inframundo.

—Sempronia, espera —dijo su madre.

—Pero…

—Espera —reiteró Cornelia, inflexible. Después se dirigió a la esclava con una ceja ligeramente levantada—: Y dime, Delfia, ¿quién ha traído la noticia?

La sierva dio un paso atrás. Sabía interpretar que una ceja mínimamente arqueada de Cornelia Africana era un signo de distinción, pero también de peligro.

—El mismísimo Cayo Lelio a bordo de una nave adornada con los

despojos de los cartagineses —explicó sumisa.

Cornelia asintió muy levemente.

—Bien, esperaremos aquí a Cayo Lelio. Puedes retirarte.

Delfia se escabulló al tiempo que Sempronia, llena de incredulidad, rotaba su cuello en dirección a su madre.

—¡Madre…!

—Sempronia —la interrumpió ella, levantando autoritaria una mano—. Vendrá, y nuestro deber es recibirle como es debido, en nuestra casa, no en la calle.

—¡Por favor! ¡Es una victoria! ¡Es la victoria de mi esposo!

—Con más razón.

—¿Y cómo sabes que Lelio vendrá? —ladró Sempronia.

—Lo sé.

—¡No lo sabes todo! —graznó sin dar su brazo a torcer.

Cornelia cerró los ojos muy despacio. Después los abrió con poderosa pausa. Su hija podía llegar a ser un castigo de los dioses.

—Vendrá —aseveró sin alterar lo más mínimo su voz.

Sempronia resopló como una vaca encabritada y se sentó de nuevo en el diván, farfullando por lo bajo con gesto desabrido, y mucho más cuando, poco después, macerada en su propia rabia, comprobó que quien llamaba a la puerta de la casa y se plantaba delante de sus narices era el mismísimo Cayo Lelio. Su madre era realmente odiosa.

Sin querer mirarla para no admitir su derrota, con una gran sonrisa, fue en busca del recién llegado, al que tenía gran cariño.

—Lelio, ¡las noticias te han precedido! ¿Ha sido una gran victoria? ¡Dinos, dinos! —le atosigó nerviosa.

—Cayo, estás magnífico y nos haces un gran honor, toma asiento con nosotras —le invitó Cornelia con mesura, tomando rápidamente el timón, lo que provocó que Sempronia refunfuñara notoriamente.

—¿He venido en mal momento? —se disculpó Cayo Lelio.

Cornelia le miró con afecto. Emiliano había sabido elegir el mensajero para anunciar el triunfo. Lelio no solo era su amigo más íntimo y leal, sino un hombre querido y respetado por todos, incluso por los adversarios políticos por su moderación y saber hacer.

—Oh, no, por nada del mundo —le dijo suavemente—. Justo le estaba diciendo a Sempronia que vendrías a esta casa —añadió malévola.

Lelio las miró divertido.

—Veo entonces que ya me esperabais, pero deberéis perdonarme, es una visita muy rápida —se excusó educadamente—. Solo he venido a anunciaros personalmente que Cartago ha sido completamente derrotada. Un día antes de los idus de abril las legiones expugnaron las últimas defensas del templo de

Eshmún. Nuestro querido Escipión Emiliano quería que esta fuera la primera casa a quien trajera esta noticia…

Lelio no pudo continuar, pues Sempronia se le echó encima para abrazarle entre efusivas muestras de alegría.

—¡Que aún no he terminado! —rio mientras trataba de desembarazarse de Sempronia.

—Hija, por favor —la increpó Cornelia.

—También…, quería…, informaros… —continuó Lelio, intentando contener los saltitos de Sempronia—, de que Tiberio se encuentra bien —exhaló al fin.

—¡Por todos los dioses! —exclamó con alivio Cornelia, permitiéndose al fin una muestra de excitación al conocer las buenas nuevas de su hijo Tiberio Sempronio Graco.

—Iiiiiihhhh —gritaba entretanto la imparable Sempronia.

—Tienes un hermano extraordinario, le espera un gran futuro —reconoció Lelio sin parar de reír.

—¡Ganó la corona mural! ¡Fue el primero en poner un pie en lo alto de la muralla de Cartago! —recordó ingenuamente Sempronia.

—Es lo que esperábamos todos de él —intervino Cornelia.

—Por supuesto —se apresuró a confirmar Lelio—. Y ahora, señoras, debo irme, el Senado me espera.

—Ve entonces, no te entretenemos más… —dijo Cornelia, dejando la frase suspendida. Lelio la miró con curiosidad—. Y me alegro, Cayo, de que hayas sido el elegido para traer esta inolvidable noticia. Este año te presentarás a las elecciones a pretor y no tengo duda de que el pueblo te lo premiará —concluyó con una distinguida sonrisa que fue correspondida por Lelio.

—Gracias —se limitó a decir con discreción.

—Pero eso solo ocurrirá si contamos contigo los próximos días para cenar —le ofreció Cornelia en tono de broma.

Lelio sonrió agradecido.

—Será un placer, y así tendremos ocasión de debatir sobre la *Política* de Aristóteles —respondió al advertir que Cornelia aferraba el conocido rollo.

—Y también podremos hablar de *El arisco* de Menandro —se apresuró a reclamar Sempronia, necesitada de su cuota de atención.

Lelio miró sucesivamente a ambas mujeres sin poder disimular una sonrisa pícara.

—Política de una parte y comedia griega de otra, unas lecturas muy apropiadas a la vista de las lectoras —ironizó con toda malicia.

—Pues sí, sí que lo son —confirmó Cornelia, tomando aquella inteligente ironía con buen humor. A Lelio se lo permitía.

—Pero… —balbució él sin perder su picardía.

—Pero ¿qué? —le interpeló Cornelia, interesada.

—Aristóteles afirma que el varón es por naturaleza superior y la mujer inferior, de tal modo que uno domina y la otra es dominada.

Cornelia elevó el mentón, escrutando a Lelio con armonía.

—¿Crees que Aristóteles habría dicho tal cosa si me hubiera conocido? —inquirió desafiante.

Lelio soltó una risa socarrona.

—No tengo la menor duda de que ni se le habría ocurrido —contestó risueño, dicho lo cual giró sobre sus talones y enfiló la salida.

Cornelia volvió victoriosa al diván, recostándose con tu típica y sencilla elegancia. Sempronia, en cambio, se sentó con la mirada perdida. Había desaparecido repentinamente de su rostro todo signo de alegría. Algo rondaba en su cabecita, algo que esta vez sí merecía atención.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Cornelia con devoción. Por mucho que la desesperase, quería a su hija con locura.

Sempronia dio un largo suspiro.

—Emiliano va a regresar como un gran triunfador, pero cuando lo haga…, cuando él regrese, tal vez me repudie…, no he podido darle hijos —gimió con súbita tristeza.

—No todavía.

—¡No, madre, no podré, lo sé! —replicó enrabietada—. La mujer que no da hijos es un fracaso, y más si es la esposa de un Escipión.

Cornelia, abandonando su sempiterna contención, se puso en pie y se sentó al lado de su hija, rodeándola con el brazo. Sempronia sonrió agradecida.

—Hija, él nunca te repudiará —dijo solemne pero cariñosa.

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a hacerlo? Soy estéril…

—Mi pequeña —dijo Cornelia con dulzura, apretándola entre sus brazos y sintiendo que un aguijón la atravesaba de lado a lado. Tal vez fuera demasiado dura con ella. Tal vez su hija nunca podría ser como ella.

—¿Por qué no me repudiará? —insistió Sempronia entre sollozos.

Cornelia se separó y la miró fijamente.

—Porque eres quien eres y él no es un Escipión de nacimiento, sino por adopción. Es en realidad un Emilio Paulo, una familia patricia y excelsa, sí, pero no tanto como la nuestra. Solo quiere ser uno de nosotros. Tú eres lo que él nunca será, la nieta de sangre de Escipión Africano. ¿Lo entiendes?

Sempronia esbozó una media sonrisa. Era la primera vez en su vida que las cansinas palabras de su madre sobre el prestigio y grandeza de la *gens* la aliviaban, y su madre, para bien o para mal, acostumbraba a tener razón.

—Madre —dijo reconfortada.

—Dime, Sempronia.

—Quiero ver la victoria en las calles —espetó despreocupada.

Cornelia cerró de nuevo los ojos. ¿Es que su hija no iba a aprender nunca?

—Quiero bajar al foro —oyó que insistía.

—Ve de una vez antes de que me agotes —exhaló enfurruñada.

Sempronia dio un brinco y se disponía a salir disparada cuando, en el último instante, frenó en seco y se dio la vuelta.

—Madre.

—Dime —susurró Cornelia paciente.

—Seré quien debo ser —aseveró muy digna antes de echar a correr, orgullosa de su madre. No había mujer como ella. Y era su madre, la madre de los Gracos.

Un nuevo Escipión Africano

Norte de África, mediados de mayo

Quinto Fabio Máximo Emiliano, uno de los diez miembros de la comisión enviada a África por el Senado, atracó en el puerto de Útica envuelto en una densa niebla. Ciñéndose la capa, muerto de frío y deseoso de volver a pisar tierra firme, se despidió de los otros nueve senadores y cruzó la pasarela con brío. Quería reencontrarse con su hermano Emiliano lo antes posible, al que no había visto en año y medio.

Consumada la aniquilación de Cartago, el Senado había decidido enviar a la extinta ciudad una comisión de diez de sus miembros para ordenar los asuntos en África, que a partir de ese momento pasaría a convertirse en una nueva provincia romana. Cartago dejaba huérfanos de dueño miles de campos de cultivo de extraordinaria riqueza, junto con no pocos cientos de suculentos negocios marítimos. Era, pues, función de la comisión senatorial velar por todos los intereses itálicos en la región y procurar que todas las riquezas africanas fueran debidamente atendidas y asumidas por compañías romanas.

Lleno de determinación, Fabio serpenteó por las callejuelas de la vieja ciudad de Útica hasta alcanzar la enorme casa que hacía las veces de pretorio. Allí, un centurión desgarbado al que le faltaban llamativamente todos los dientes le dijo con un inevitable ceceo que su hermano se encontraba en Cartago, o en lo que quedaba de ella tras su destructivo asalto.

Resoplando, volvió sobre sus pasos y embarcó en una pequeña nave de dos hileras de remos. Las velas cuadradas estaban recogidas. La niebla persistía y no soplaba ni una brizna de viento. Hastiado del mar, se encomendó a todas las divinales marítimas y ordenó al capitán que remaran hacia al sur con energía. Debía llegar a Cartago antes de que el día declinara.

La travesía de cabotaje discurrió con normalidad, y más aún cuando, superados dos tercios del viaje, la niebla se esfumó, emergiendo un maravilloso cielo azul, unas hermosas aguas verdes y un reconfortante sol que calentó sus humedecidos músculos. Además, lleno de emoción, pudo divisar a lo lejos la prominente colina de Birsa coronada por la ciudadela y el templo de Eshmún, último reducto de Cartago donde se había arrojado al fuego Salambó, la esposa de Asdrúbal el Beotarca, arrastrando con ella —no sin antes degollarlos— a sus dos hijos.

Poco después, el buque atracaba en el malecón de la ciudad, cuyas losas estaban todavía llamativamente ennegrecidas por la sangre seca de atacantes y defensores. Por aquel agreste lugar caminó evitando los manchurrones, las trincheras, los devastados y ruinosos muros defensivos, las máquinas de asedio que aún no habían sido retiradas y los millares de cascotes, maderos,

fragmentos de huesos y proyectiles de piedra y plomo, pequeños y grandes, esparcidos aquí y allá en un desorden que mostraba la especial dureza que los combates habían alcanzado en aquel lugar. Incluso podía sentir todavía el olor de la carne quemada y la sangre coagulada. Las legiones, enfurecidas tras tres años de asedio, habían irrumpido en Cartago tirando abajo el malecón.

Sin querer recrearse, entró en el puerto interior a través de una gran grieta abierta en la muralla principal. Allí, apostado bajo el pórtico de un almacén semiderruido, un aburrido legionario al que le faltaban también un buen número de piezas dentales le indicó cómo dirigirse al puente de barcazas que cruzaba al otro lado de la dársena, ya en tierra firme.

Fabio miró al legionario con curiosidad, preguntándose si sería normal que nadie tuviera dientes. Después oteó el puente y el resto de las instalaciones. No había más que escombros y rescoldos de astilleros, muelles y almacenes, e incluso algunas embarcaciones parcialmente hundidas asomaban todavía sus mástiles o sus cascos sobre las aguas, sirviendo de punto de anclaje de ruidosas gaviotas.

—¿Cómo perdiste los dientes? —le preguntó al legionario antes de continuar. Le carcomía la curiosidad. El soldado se encogió de hombros.

—En la toma de las callejuelas y casas de la colina de Birsa era normal que los proyectiles nos dieran en la boca. Nos arrojaban todo lo que tenían. Los niños eran especialmente habilidosos. Allí quedaron nuestros dientes. También los niños.

Fabio guardó un momento de silencio.

—Fue muy duro, pero luchasteis con valentía —acertó a decir.

El legionario volvió a encoger sus hombros.

—Para ellos, los *gugas*, sí que fue duro. Sus cráneos reventaban bajo los cascos de nuestros caballos.

Fabio inspiró despacio, no sabiendo discernir si hubiera preferido estar en Cartago o no estarlo.

Después de atravesar el masacrado barrio portuario y dejar a la derecha el puerto militar —no sin pausar su marcha para verlo con algo de detalle, pues en aquel lugar Cayo Lelio había logrado atravesar por primera vez las defensas púnicas—, accedió al ágora de la ciudad, la enorme plaza porticada dominada por dos edificios monumentales que aún quedaban en pie. Se trataba del desaparecido consejo y, en una esquina, del templo de Reshef, con su cubierta plana al estilo fenicio.

Varias partidas de legionarios pululaban por el lugar o, simplemente, descansaban. La destrucción de la toma de la urbe había cedido a la más absoluta quietud en una atmósfera mortecina. Parecía que por aquel lugar hubieran pasado todos los titanes corriendo en estampida perseguidos por los dioses de la Hélade.

Fabio se acercó a un grupo de lictores fácilmente distinguibles por sus túnicas escarlatas ceñidas por un ancho cinturón de cuero negro. Si ellos estaban allí, su hermano no podía estar muy lejos.

—¿Dónde está? —inquirió sin preámbulos.

Los hombres, al reconocerle, se cuadraron como un resorte.

—Allí arriba —contestó uno de ellos, uno que sí conservaba la dentadura.

Fabio elevó la vista. El sol, situado justo en su punto de mira, le cegó un instante. Tras colocar su mano derecha a modo de visera, vislumbró una altísima plataforma de madera de varios pies de altura.

—Desde ese lugar contemplaba cómo se iba tomando cada calle y cada casa de la colina de Birsa. Sube a menudo y no baja hasta pasado mucho tiempo —oyó que le decía otro de los lictores.

Fabio asintió y emprendió el empinado camino de subida. De vez en cuando se detenía al sentir que la estructura bailaba, continuando su ascenso cuando todo dejaba de chirriar y de bambolearse.

Cuando por fin llegó a la cima y puso un pie en la plataforma superior, no pudo evitar asomarse con cautela al precipicio, pues en aquel lugar había una caída con una altura de veinte hombres. La altura y la sensación de que todo se movía mecido por el viento le resultaban extremadamente hostiles. Él era hombre de tierra, no de mar ni de cielo.

—¿No podía estar en otro sitio? —farfulló para sus adentros, pero lo suficientemente alto como para que su hermano, que se encontraba de espaldas y apoyado en la barandilla, con la vista puesta en la colina de Birsa, lo oyera.

Emiliano se giró en redondo y fue rápidamente en su busca, con los brazos abiertos. Se encontraron a mitad de plataforma y se sujetaron enérgicamente por los antebrazos.

—¿Quién te manda construir esta estructura infernal? —clamó Fabio con toda ironía.

—Tengo que reconocerte que pensé en ti cuando la ordené levantar —contestó Emiliano con parecida sorna.

—Eres cruel por naturaleza. Tratarías mejor a un púnico que a tu propio hermano.

—¿Acaso lo dudabas? —rio Emiliano al tiempo que intensificaba su apretón de brazos. Su hermano Fabio y su fiel amigo Cayo Lelio eran su verdadera espina dorsal—. Pero ven, vamos, apoyémonos —le dijo al fin, separándose y señalándole la barandilla.

—¿Es segura? —insistió Fabio, un eterno bromista.

—Pura ingeniería romana.

—Si es así, me apoyaré —consintió Fabio.

Después de otear todo desde las alturas, se puso serio.

—Me han dicho que pasas mucho tiempo aquí arriba. ¿Te has propuesto parecer un místico o una especie de dios contemplando a los simples y vulgares humanos?

Emiliano sonrió levemente.

—Hay que crear un clima un poco sobrenatural con los legionarios —reconoció—. Pero pocos ojos han visto lo que yo desde aquí arriba, y me gusta contemplarlo a menudo —dijo señalando hacia delante.

Fabio, al levantar sus ojos, no pudo evitar una profunda impresión. Desde aquel mirador emergía como una gran mole la colina de Birsa, cuyas laderas partían de la trasera de los pórticos del ágora. Sus faldas habían estado pobladas de casas de hasta seis pisos separadas por tres grandes avenidas, pero ahora todo no era más que un conjunto de escombros y un amasijo de vigas, piedras y tejas coronadas en lo alto por lo que quedaba del majestuoso templo de Eshmún, que se había venido abajo tras el incendio de Salambó y los últimos defensores.

—Los cartagineses se defendieron casa por casa, habitación por habitación y terraza por terraza. Fue una verdadera matanza —prosiguió Emiliano.

—Según he oído, decidiste quemar manzanas enteras de casas y echarlo todo abajo antes de seguir cuesta arriba.

—¿Y qué podía hacer? Por fortuna, se rindieron en un solo día más de veinte mil cartagineses. De no haberlo hecho, aún estaríamos atrapados en esas malditas pendientes. En la ciudadela solo quedaron Asdrúbal y los desertores.

—Veinte mil púnicos… —silbó Fabio—. Se obtendrá una fortuna en su venta como esclavos.

Emiliano, que estaba con los codos apoyados en la barandilla, se incorporó y apoyó las palmas de las manos, con gesto de súbita impaciencia. Sí, la venta de veinte mil púnicos iba a generar un inmenso capital, pero no era algo que le interesara, no en ese momento. Necesitaba conocer otra cosa y lo necesitaba ya.

—¿Y no tienes nada más que decirme? —demandó muy serio.

Fabio, consciente del ansia y de lo que en realidad quería oír su todopoderoso hermano, no demoró su informe, aunque lo hizo deliberadamente por partes.

—El Senado ha decretado que no se deje piedra sobre piedra y que se eche ritualmente sal para que nada vuelva a crecer.

—Lo imaginaba.

—África será convertida en provincia a cargo de un pretor.

—Es lo que he instado al Senado en todos mis informes.

—La comisión senatorial ordenará todos los asuntos.

—Como siempre.

—El Senado refrenda tu solicitud de celebrar un triunfo.

—¿Y nada más? —interpeló Emiliano, estirándose—. ¿Vas a seguir jugando conmigo? —protestó inquieto.

Fabio se estiró igualmente, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te parece poco un triunfo por destruir Cartago? —bromeó.

—Hermano…

—Lo mejor se deja para el final —dijo Fabio vivaracho.

—No estoy para juegos.

Fabio sonrió aún más y desveló por fin el verdadero anhelo de su hermano, su auténtica fuerza motriz.

—El Senado autoriza que incorpores a tu nombre el *cognomen* Africano… Lo has conseguido, hermanito, ¡lo has conseguido!

Al oír estas palabras, Emiliano miró al cielo, mordiéndose su labio inferior. Después, inspiró y espiró muy profundamente, cerró los ojos, respiró aún con más calado y desplegó finalmente los párpados, dejando exhibir un poderosísimo brillo en los ojos.

—Yo te saludo, Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano —declaró Fabio con marcada pompa, pasando el brazo por encima de los hombros de su hermano al tiempo que lo sacudía efusivamente.

No había cosa que Emiliano ansiara más que ser digno de la familia que lo había tomado en adopción, los Escipiones. Porque los dos eran hijos naturales del sobresaliente Lucio Emilio Paulo, dos veces cónsul y vencedor del rey Perseo de Macedonia en la memorable batalla de Pidna. Pero ambos dos habían sido dados en adopción en su niñez, uno a la familia de los Fabio Máximo, y el otro, su hermano, a la de los Escipiones Africanos, emprendiendo desde bien joven el firme y casi obsesivo empeño en lucir el *cognomen* Africano por derecho propio.

—¿Qué se siente, hermanito? —le preguntó por ello mismo a Emiliano, que guardaba un grandilocuente mutismo—. Lo has conseguido, cabezota ambicioso —añadió alegre.

Sin embargo, su hermano no contestó. Apoyado en la barandilla, sus ojos todavía fulgurantes no miraban a ninguna parte pero con inmensa amplitud y lejos, muy lejos, como queriendo divisar un futuro aún más grandioso, como si ser un Africano por derecho de conquista fuera ahora un logro menor, lo que Fabio, que lo conocía demasiado bien, advirtió con divertida resignación. Para su hermano Emiliano nada era suficiente. Siempre querría más y más.

—¿Siria? ¿Egipto? ¿La Galia? ¿Viriato tal vez? Ese lusitano está haciendo de las suyas en nuestra provincia Hispania Ulterior, saqueándola

cuando le place. ¿Qué pergeña tu cabecita? ¿Qué será lo próximo, gran Escipión? —preguntó con toda sorna.

Emiliano decidió regresar de su ensimismamiento.

—¿Lo próximo? La rectitud moral —espetó tajante.

—*¡Edepol!* —brincó Fabio.

Su hermano, sonriente, se explicó.

—Si pudiese volver a ser cónsul, no me importaría cazar a ese tal Viriato, pero hay cosas más apremiantes. No todas las gestas de un hombre son conquistas. A veces el peligro anida en tu propia casa, ¿no lo crees?

Fabio no esperaba aquella respuesta, pero tampoco le sorprendía.

—Ese peligro del que hablas es la creciente inmoralidad de Roma —musitó.

—Ese peligro es la relajación de las viejas costumbres.

—Entiendo… —rumió Fabio—. Que tiemblen entonces todos aquellos que pervierten las antiguas y austeras virtudes. Que echen a correr quienes no respeten a los dioses ni tengan valores cívicos o militares, porque Escipión Emiliano regresa a Roma.

Emiliano asintió con gesto intransigente.

—Exacto. Sabes que en Hispania sufrí en mis propias carnes las atrocidades y traiciones del cónsul Lúculo, un hombre despreciable dominado por el vicio y la lujuria. Y como él hay muchos, sobre todo entre los jóvenes, abandonados a la lascivia.

—Es cierto.

—Después tuve que soportar las incompetencias y corruptelas de los sucesivos cónsules en la toma de Cartago, y yo mismo abronqué y discipliné al ejército en África cuando tomé el mando.

—Ese ejército era una banda de ladrones.

—Era una banda que solo querían robar, violar y pudrirse en el vicio —puntualizó Emiliano—. Y yo no deseo una Roma que desprecia los valores militares, o una Roma plagada de caballeros y senadores que derrochan fortunas enteras en banquetes y en prostitutas, que se depilan las piernas y se miran en espejos día y noche como si fuesen furcias. No voy a permitirlo. No voy a tolerar que la perversión y el libertinaje destruyan nuestra moralidad, la virtud, la austeridad, el respeto a los dioses o las costumbres de nuestros mayores. No voy a aceptarlo —aseveró con riguroso juicio moral.

—Piensas como Catón.

—Pienso como Escipión Emiliano.

—Entonces, solo hay un hombre que puede hacerlo.

—Solo uno.

—Y se llama Escipión Emiliano Africano.

—¿Quién si no?

Fabio resopló jocoso. Su hermano era incansable.

—Debo marcharme, hermanito, quiero regresar a Útica.

—¿Pretendes ofenderme? —protestó Emiliano—. Hoy cenarás y dormirás en mi tienda. Ya nos reuniremos mañana con esos viejos arrugados de la comisión senatorial. Tenemos que hablar también de tu futuro y procurar que seas elegido cónsul en las siguientes elecciones. ¿No te parece? E incluso que te asignen esa pequeña escaramuza con ese tal Viriato.

—¡Que los dioses te oigan! —prorrumpió Fabio—. No podría soportar una nueva derrota electoral como la del año pasado. Si tú eres un Escipión, ¡yo soy un Fabio Máximo!

—Y un Emilio Paulo de nacimiento —matizó Emiliano.

Fabio entornó los ojos. Su hermano era puntilloso al extremo.

—Me voy de estas alturas, que me estoy mareando —bromeó antes de que ambos hermanos se abrazaran efusivamente. Después, emprendió el descenso del andamiaje de madera.

Cuando puso por fin los pies sobre las losas del ágora de Cartago, elevó su vista a lo alto. Allí permanecía su hermano, solo, mirando fijamente la colina de Birsa. Pronto bajaría para no volver a subir, y pronto regresaría a Roma para encaramarse indiscutiblemente como el mejor de los ciudadanos de su tiempo, o incluso el más inflexible censor de las viejas tradiciones, porque su hermano era un halcón, un hambriento e insaciable halcón, aunque no el único. Otros como Apio Claudio Pulcro y sus amiguitos sobrevolaban también los tejados de Roma con poderosas alas. La lucha en los cielos de la Urbs se prometía apasionante.

Fabio volvió a mirar a lo alto, sonrió, cabeceó un par de veces y se fue a charlar con los lictores de su moralizante hermano. Quería conocer más detalles de los últimos días de Cartago. Su joven hijo Quinto lo atosigaría a preguntas a su regreso y debía saber responderlas.

Emiliano cenó con Fabio totalmente distendido, como no lo hacía en meses. Su hermano siempre le arrancaba el buen humor y provocaba que acabara riéndose incluso de sí mismo y de su imagen de tipo serio.

Terminada la velada, no obstante, no se retiró a dormir, sino que, vestido con una simple túnica y un manto sobre los hombros, salió de su tienda y caminó a la contigua, donde se encontraba preso un hombre con el que apenas había cruzado dos palabras desde la caída de Cartago. Esa noche, sin embargo, era el momento de tener una pequeña conversación.

Los legionarios que hacían guardia se cuadraron en cuanto lo vieron aparecer. Uno de ellos retiró la lona de entrada y pasó al interior. La tienda era

octogonal y lo suficientemente amplia para que cupiera un dormitorio y una zona habilitada como despacho.

Justo detrás de la mesa de escritorio, sentado en un taburete bajo la tenue luz anaranjada de una lucerna, su cautivo leía tranquilamente un papiro.

—¿No duermes? —le preguntó Emiliano para hacer notar su presencia.

Asdrúbal el Beotarca levantó la vista con pausa, sin sobresalto.

—Nunca fui de dormir mucho, y menos ahora —contestó.

Emiliano lo contempló con respeto. No olvidaba la desmedida crueldad de aquel hombre, pero lo cierto era que había sido capaz de defender la ciudad de forma asombrosa, razón más que suficiente para tratarlo con dignidad.

—¿Puedo? —le preguntó, señalando una silla colocada frente al escritorio.

—Faltaría más —respondió Asdrúbal, dejando el papiro con parsimonia.

Emiliano volvió a escrutar al cartaginés. Asdrúbal seguía luciendo sus gruesas carnes, y su piel permanecía muy morena pese a que se negaba a salir de la tienda y que le diera un poco el sol. Con todo, no parecía sufrir en exceso por la destrucción de su ciudad y por la dramática muerte de su mujer y sus dos hijos.

—¿Has venido solo para observarme? —inquirió Asdrúbal con tono irónico—. ¿Me estás imaginando ya en tu triunfo o solo has venido a comprobar si con mi talla luciré bien por las calles de Roma?

—Sin duda lucirás bien —dijo Emiliano—, pero, en realidad, solo quiero saber una cosa.

—Los grandes conquistadores suelen necesitar más de una cosa para alimentar su gigantesco ego. Deduzco que debe de ser entonces una cosa muy grande —satirizó el púnico.

Emiliano dibujó una media sonrisa.

—Asdrúbal.

—Estoy aquí, no puedo irme a ningún sitio.

—¿Qué paso en el templo de Eshmún? ¿Qué pasó realmente dentro de esas paredes? —preguntó Emiliano, ahora muy serio.

Asdrúbal comprendió que el Emiliano sombrío y voraz acababa de tomar el mando de la conversación.

—¿Te refieres a qué paso el día de mi entrega?

—Me refiero a por qué te entregaste. ¿Qué pasó dentro de esos muros para que lo hicieras?

Asdrúbal se quedó mirando fijamente la llamita de la lucerna.

—Los últimos días de asedio fueron duros —reconoció sin vacilación, absorto en la llamita—. En el templo solo quedábamos mi mujer, mis hijos, Bitia, yo mismo y unos mamarrachos desertores que no tenían ninguna esperanza. Se mataban entre ellos en reyertas de borrachos y el resto, yo el

primero, temíamos que nos abrieran las tripas en cualquier momento. Habían perdido el juicio.

—Pero no te entregaste con tu mujer.

—Lo intenté, pero ella también había perdido el juicio.

—Tal vez tenía algo de lo que careces —afirmó Emiliano con severidad.

—¡Vamos, romano, no me vengas con discursos sobre la gloria y el honor! —porfió Asdrúbal, entornando los ojos.

—No son discursos.

—Llámalo como quieras, pero yo ya no tenía nada por lo que luchar. ¿Lo entiendes, romano? ¿Lo entiendes? —escupió Asdrúbal con rabia. Emiliano se le quedó mirando, sin decir nada—. Los últimos veinte mil hombres y mujeres libres de Cartago ya se habían entregado y ahí arriba, en el templo, no había más que escoria y vergüenza. Cartago ya no era nada, ¡nada! ¿Por qué iba yo a morir? ¿Por unas piedras calcinadas y una turba de desertores embriagados? ¡Solo pensaba en salvar a mis hijos! ¿No lo habrías hecho tú? ¡Solo quería salvarlos! ¡Solo quería que todo finalizara y regresar a por ellos! ¿Podía imaginarme que Salambó los degollaría? ¡Solo quería salvarlos! —aulló, por primera vez, con verdadero dolor.

—Los dejaste allí, en manos de una loca y de unos desertores sin esperanza —espetó Emiliano con fría dureza.

—Creí que si me rendía podría volver a por ellos.

—Los dejaste allí —insistió Emiliano sin atisbo de compasión.

—Y será algo con lo que tendré que vivir cada día de mi vida.

—Yo no te privaré de ese sufrimiento.

—Ni te lo pediré, pero espero que nunca te veas en mi posición, Escipión Emiliano, en la posición de tener que elegir entre tu familia o Roma —sentenció Asdrúbal lleno de resquemor.

Emiliano se puso en pie.

—Roma disfrutará con tu presencia —confesó.

—No tanto como tú, amigo, no tanto como tú —siseó Asdrúbal, cogiendo el papiro y reiniciando su lectura.

El lusitano

Hispania Ulterior,[1] *mediados de julio*

Viriato descabalgó de su caballo, caminó unos pocos pasos y se asomó a las abruptas laderas del promontorio desde el que podía divisar la desordenada y precipitada llegada de las tropas romanas, que perseguían a sus hombres desde el alba.

Al poco cruzó los brazos sobre su fornido pecho, frunció los labios, se rascó la barba morena, volvió a cruzar los brazos y cabeceó incrédulo, sorprendido de cuanto veía en el fondo del valle.

—No me creerás si te digo que hubo un tiempo en el que respeté y admiré a los romanos —reconoció como asombrado de sus propias palabras.

—¿Por qué iba a creerte si mientes más que hablas? —repuso el hombre que acababa de colocarse a su lado.

Viriato dejó escapar una pequeña risotada. Su segundo al mando, Ditalcón, era tan bromista como zorro.

—Pues créeme —insistió.

—Es posible, pero debió de ser cuando apenas eras un niño recién destetado, seguramente tan feo como lo eres ahora —reiteró Ditalcón.

—Tendría unos siete u ocho años, quién sabe, pero mi estatura era ya superior a la tuya —replicó Viriato con mucha malicia. Ditalcón era de baja estatura y odiaba que se mofasen de él por este motivo. Un gruñido fue suficiente para que se diera por aludido y cesara en sus bravatas—. También hubo un tiempo en el que aprendí a temerles —continuó Viriato.

—¡Y quién no! —secundó Ditalcón.

—Después los odié. El pretor Galba me dio suficientes razones para ello —prosiguió Viriato.

Ditalcón no dio importancia a los aires reflexivos de Viriato. Se ponía así cuando estaba a punto de exterminar romanos. El resto del tiempo era en realidad muy mundano y cercano a sus hombres.

—¡Escapamos de la matanza de Galba por un pelo! —exclamó—. Somos unos malnacidos supervivientes —añadió, lanzando a continuación un sonoro silbido como queriendo decir que habían tenido mucha suerte. No se lograba escapar sin fortuna después de ser desarmado y rodeado por dos legiones dispuestas a hacer picadillo a miles de lusitanos rendidos y confiados por las buenas palabras del engatusador Galba.

—Y el odio dio paso nuevamente al respeto. Es necesaria mucha preparación para vencerlos… —siguió Viriato a lo suyo.

—Pero ahora ya no hay respeto, solo desprecio —espetó Ditalcón, terminando la frase.

Viriato le dedicó una sonrisa de oreja a oreja que bien podía trasmitir indiferencia, inteligencia, maldad o puro divertimento.

—¿Tan transparente soy? —preguntó.

—Cuando quieres, sí —contestó Ditalcón con un ronroneo contenido y lleno de sorna.

—Pues es algo que debo corregir de inmediato —bufó Viriato con fingidos aires de enfado.

—No es necesario, yo también los desprecio.

—¿Cómo no se va a despreciar a esos inútiles? ¿Ves lo que hacen? —inquirió Viriato—. Se están metiendo en la misma ratonera de siempre. No aprenden. Creen que somos unos simples aldeanos armados con estacas que solo sabemos asaltar un desprotegido convoy de suministros o una línea aislada de retaguardia.

—Que sigan creyéndolo, porque no saben la que les va a caer sobre sus cabezas —dijo Ditalcón con desdén.

—Este nuevo pretor, Cayo Plaucio, es más de lo mismo que el del año pasado —porfió Viriato.

—¿Quién? ¿Aquel viejo gordo?

—Este nuevo dicen que no es ni viejo ni gordo.

—Pero sí despreciable.

—¿Puede ser de otra forma?

—No veo la forma de no despreciarlos —confirmó Ditalcón, entretenido por las idas y venidas dialécticas. Quién diría que estaban a punto de pulverizar un ejército romano entero. Y no era el primero.

—Entonces, no se hable más, estamos de acuerdo. Los romanos solo merecen desprecio —concluyó Viriato con total despreocupación, antes de que ambos hombres estallaran en una sonora carcajada.

Entretanto la legión del pretor Plaucio, junto con las tropas auxiliares, unos diez mil hombres en total, seguía adentrándose temerariamente en el estrecho valle, en todo momento en persecución alocada de unos pocos cientos de jinetes lusitanos que servían de cebo. La fullería estaba a punto de consumarse.

—¿Y bien? —preguntó Ditalcón.

—Eres demasiado impaciente, amigo mío —repuso Viriato.

—Más que impaciente, a ojos de los romanos soy un ladrón —se quejó Ditalcón.

—Ellos llaman ladrón a todo aquel que no batalla en campo abierto y con frentes bien formados —matizó Viriato.

—Me da igual por qué lo hagan —escupió Ditalcón.

—En realidad a mí también.

—¿A qué esperas entonces? —porfió Ditalcón.

Viriato lo miró con gesto apacible, como el padre experto que mira al hijo impulsivo que cree tener siempre la razón cuando está muy lejos de tenerla por carecer todavía del bagaje necesario.

—He aprendido que el momento oportuno para dar la orden de ataque llega justo en el instante en el que te impacientas. Esa, y no otra, es mi medida para calcular si la emboscada será lo suficientemente precisa —expuso con autoritaria naturalidad.

—¡Oh, por Endovélico, menos palabrería! ¡Vayamos a por ellos!

—Aún no.

—¿Y no estoy ya lo suficientemente impaciente?

Viriato sonrió, pero fue solo un destello, pues sus pupilas parecieron dilatarse exageradamente, adquiriendo una inquietante profundidad. Cualquier atisbo de guasa o de distendida conversación se esfumó bajo una cortina de dureza.

—Sí, creo que estás lo suficientemente impaciente, ¿verdad? Pues masacradlos, a todos los que podáis. Masacradlos —sentenció Viriato en un susurro.

Ditalcón asintió enfadado por sentirse manejado como un chiquillo —aunque le encantase en el fondo—, le hizo una seña a un hombre que estaba a su espalda y este a su vez a otro con un gran cuerno que se llevó a sus gruesos labios.

El rugido trompetero barrió el valle de punta a punta. Era la señal. Los lusitanos que huían fingidamente al galope volvieron grupas. De las laderas descendió una horda de miles de hombres fieles a Viriato escondidos en el bosque. Los romanos pararon en seco en mitad de ninguna parte. Muchos quisieron dar la vuelta y echar a correr, pero la polvareda que se elevaba a su espalda les hizo comprender que estaban rodeados. Algunos huyeron por pequeñas gargantas, también vigiladas. Otros salieron a campo abierto, creyéndose libres cuando en realidad los propios lusitanos los habían conducido hasta allí. Dada la incompetencia del pretor Plaucio, un verdadero ratoncito sin cerebro al lado de Viriato, muchos se atrincheraron en pequeños grupúsculos con escudos en lo alto, sin esperanza alguna, superados por una turba de lusitanos bien instruidos en la matanza; acribillados por una lluvia de dardos; pisoteados por la caballería ligera de los asaltantes. Los estandartes cayeron, al igual que las insignias. El polvo cegó a los legionarios. Los venablos los destrozaron. Y se desató el caos y la muerte.

—Son estúpidos —expelió Viriato.

—Bendita estupidez —afinó Ditalcón.

El Macedónico

Roma, inicios de diciembre

Quinto Cecilio Metelo era un hombre rudo, de espesas cejas negras y prominente nariz. Pese a sus cuarenta y cuatro años aún conservaba en su recuerdo como si fuera ayer mismo el momento en el que Lucio Emilio Paulo le había llamado a su presencia —hacía ya veinte años— para informarle de que formaba parte del selecto grupo de mensajeros que debían llevar a Roma el anuncio de la gran victoria en los campos de Pidna sobre el rey macedonio Perseo.

Después, además de incorporarse al prestigioso colegio de los augures, había seguido un notable *cursus honorum*, especialmente en Macedonia donde, siendo pretor, había vencido al nuevo pretendiente a la corona macedónica, el impostor Andrisco, y forjado las bases de la derrota de la liga griega de los Aqueos, en lucha contra Roma.

Tales gestas le habían valido un doble éxito, el primero, ganar el derecho a la celebración de un magnífico triunfo por las calles de la Urbs, y el segundo, ser el primer pretor de la historia al que el Senado le autorizaba incorporar a sus *tria nomina* un nuevo apodo, un nuevo *cognomen,* Macedónico, honores y méritos todos ellos, o eso pensaba, más que suficientes para que los comicios centuriados le votaran como uno de los nuevos cónsules del año, alcanzando así la magistratura por excelencia, aquella que concedía el privilegio de la nobleza suprema y de la posesión de la *imago*, de la máscara funeraria en cera que, sobre el rostro de un actor, caminaría de nuevo por la vía Sacra el día de la celebración de su muerte, como así sucedía con los grandes de Roma, porque él, un Cecilio Metelo, lo era.

Sin embargo, la vida, o el designio fatal de los dioses, deparaban en ocasiones grandes disgustos, y aquel día de inicios de diciembre, pese a su alcurnia e incontables logros, el pueblo le acababa de dar la espalda en las votaciones, viéndose forzado a regresar a su *domus* palatina, bien entrada la noche, como un alma errante que se arrastra por el inframundo, apenas rodeado de unos pocos amigos, parientes y clientes que se resistían a dejarlo solo en un día tan aciago. No era justo que Roma se comportara con él de forma tan despiadada. Merecía ser cónsul.

Metelo Macedónico puso un pie en el primer peldaño del portal de su casa y después giró sobre sus talones. Su rostro, siempre enmarcado en su gruesa nariz y peludas cejas negras, era la viva imagen de la decepción. Miró a todos con ese gesto rudo y tosco que le caracterizaba y levantó los brazos para que todos callaran. Ya no dirigía las legiones de Macedonia y Grecia,

pero sus aspavientos disciplinados, autoritarios y firmes no le abandonaban, quizás esos mismos que le habían conducido a una derrota electoral que no esperaba por el descontento de los votantes, muchos de ellos sus propios soldados que le castigaban por tanta severidad en el ejército.

—Amigos míos, dejadme solo, ha sido un día muy largo…

Los congregados no le dejaron continuar, explosionando en un conjunto de vítores que, en realidad, no podían consolarlo, no al menos esa noche. Y Metelo, exhibiendo su gran corpulencia, los acalló con sucesivos gestos de las manos.

—Pero no dudéis de que lo intentaré con más fuerza y que lo haré el próximo año…

—¡Ha sido Apio Claudio y su facción! —le interrumpió un pariente visiblemente enfadado—. ¡Ellos se han opuesto a tu candidatura! —añadió encendido.

—¿Y Emiliano? ¿Te ha apoyado realmente Emiliano? ¡Siempre has sido leal a los Escipiones! —rugió otro, colérico.

Metelo sonrió agradecido, dibujándosele un hoyuelo en la barbilla.

—Volved a casa, pero juro que mañana volveré al foro y me haré acreedor del consulado para el año que viene. Volved, por favor, volved —concluyó para, acto seguido, darse la vuelta y desaparecer de la vista de todos en la penumbra de su *domus*.

Cuando oyó a su espalda que el portero cerraba pesadamente la puerta, se detuvo, quedándose inmóvil en mitad del atrio, justamente iluminado por débiles tonalidades anaranjadas proyectadas por dos pequeños braseros. Los gritos de apoyo de los suyos resonaron todavía un poco más, pero poco a poco fueron apagándose hasta imperar el silencio. Se sentía derrotado. Había fracasado. Era un fracasado.

El viejo esclavo que custodiaba el portón de su magnífica mansión, un sirio al que tenía en gran estima, seguía a su espalda, respetando su luto. El esclavo llevaba en Roma los suficientes años para comprender que un noble que aspira al consulado y es derrotado en las elecciones solo desea exiliarse. Pero llevaba precisamente el mismo tiempo para saber que al día siguiente esos mismos hombres regresaban al foro y al Senado con una ambición aún más poderosa, como si los dioses les infundieran durante el sueño un apetito de gloria sin igual.

—El señor será cónsul. Lo fue su bisabuelo, su abuelo y su padre. El señor será cónsul —dijo con ese acento oriental que era imposible perder.

Metelo inspiró reconfortado. Parecía imposible que lo hiciera un hombre extranjero y tan insignificante, pero aquel viejo no solía errar.

—El señor está bien acompañado —añadió el esclavo.

Metelo, sin saber muy bien a qué se refería, se giró y encontró al sirio

señalando una de las paredes del atrio, allí donde una lustrosa estantería servía de apoyo a los templetes de madera y marfil en cuyo interior se conservaban las *imagines*, las máscaras mortuorias de sus antepasados que habían alcanzado la dignidad consular. Y Metelo tuvo fuerzas para sonreír de nuevo.

—Ve, Antíoco, déjame —le dijo con afecto.

El esclavo asintió y se escurrió en la oscuridad. Metelo tomó entonces una lucerna y se aproximó a la estantería. Con profundo respeto ojeó todas las capillas. Allí yacían en inmortal esencia su bisabuelo Lucio Cecilio Metelo Denter, el primer Cecilio de la rama de los Metelo que había sido cónsul, hacía ya casi ciento cincuenta años.

No faltaba entre las hornacinas su abuelo Lucio Cecilio Metelo, dos veces cónsul, una vez *magister equitum*, otra vez dictador, merecedor del triunfo por su victoria en la batalla siciliana de Panormus, en plena Primera Guerra Púnica, y pontífice máximo durante veintidós años.

Metelo, sin embargo, no se detuvo por mucho tiempo en esos templetes, sino en el de su padre, también llamado Quinto Cecilio Metelo. Al abrirlo, su *imago* emergió de las tinieblas con tenebrosos destellos anaranjados, mostrando un rostro céreo, serio y áspero, como el suyo propio. Metelo dio un paso atrás, no por miedo, sino ante la sensación de tener a su progenitor nuevamente entre los vivos, mirándole como solo podía hacerlo quien había sido cónsul, *magister equitum*, dictador y pontífice en uno de los peores momentos de Roma, la guerra de Aníbal.

—Padre —le dijo a la máscara una vez repuesto—, de joven completé mis años obligatorios de servicio en las legiones. Luché con Emilio Paulo en Pidna y fui uno de los mensajeros que anunció la victoria en Roma. He sido desde entonces cuestor, edil y pretor. En el ejercicio de mi pretura derroté y capturé a Andrisco de Macedonia, que se hacía pasar por hijo del rey Perseo. Después, pasé a Grecia donde he vencido por dos veces a los rebeldes de la Liga Aquea, una en Escarfea de Lócrida y otra en Queronea, todo ello en menos de dos años. Llamado por el Senado, se me ha concedido un triunfo y otro honor inconmensurable, el derecho de añadir a mi nombre el *cognomen* Macedónico. Ahora soy Quinto Cecilio Metelo Macedónico…

Metelo hizo una pausa en la rimbombante y artificiosa frase aprendida a fuerza de repetirla para engatusar a los electores —sin éxito, era evidente—, y bajó la cabeza. Tras un breve lapso, volvió a levantar la mirada, contemplando vívidamente la máscara.

—Pero, padre, todo cuanto he hecho no servirá de nada si no llego a ser cónsul —murmuró, y su voz rebotó en los ecos del atrio, vacío y en penumbra.

Su padre no le contestó, pero sí lo hizo otra voz cálida que brotó de la oscuridad.

—Se dice que los Cecilios descienden de Caeculus, hijo de Vulcano. ¿Acaso los descendientes de los dioses inmortales no alcanzan también la gloria?

Metelo cerró los ojos, aliviado.

—Atilia —dijo a su mujer al tiempo que se giraba hacia ella.

—¿Tengo que recordarte de nuevo quién eres? ¿No te lo han recordado ya ellos? —afirmó Atilia, señalando los templetes, quieta y majestuosa como la colosal matrona que era, madre de siete hijos.

Metelo la miró con cariño, feliz por tener aquella esposa que tanto se asemejaba en su carácter a la legendaria Caya Cecilia, cónyuge del rey Tarquino y representación del símbolo de la laboriosidad y fidelidad de la mujer casada. Atilia era un don, un apoyo permanente, pero esta vez ni aun así cesaba el dolor de la derrota.

—Tengo ya cuarenta y cuatro años. Los grandes hombres son cónsules con cuarenta y dos —lamentó.

—Y hay quienes no son cónsules jamás —repuso Atilia, tajante.

—Los legionarios me acusan de haber sido demasiado severo en Macedonia y Grecia. No han querido prestarme su apoyo en las elecciones —insistió Metelo.

—¿Desde cuándo la disciplina priva del honor y de la gloria en Roma? Que se pudran en el tártaro si no te reconocen —contestó Atilia con igual celeridad.

—Pero los ciudadanos han preferido a Hostilio Mancino por haber sido el primero en hollar Cartago —persistió Metelo.

—Los cuadros que encargó para representar su ridícula y efímera entrada en Cartago son de lo más nauseabundo que he visto en toda mi vida —contraatacó Atilia.

—Y Emiliano me ha prestado una ayuda tibia. Solo ha tenido ojos para su hermano Fabio —lloriqueó cansinamente, tanto que colmó la paciencia de Atilia. Harta, puso los brazos en jarras y asentó los pies en el suelo como si fuera el mismísimo Coloso de Rodas hecho mujer.

—¿No es Metelo Macedónico el vencedor de Andrisco y de la Liga Aquea? ¿Qué otros pretores pueden presumir de tantos méritos? ¡Por Hércules, mira todas esas *imagines*! ¡Tú también tendrás una, lo quiera o no Emiliano o el mismísimo Júpiter! —aulló sacudiendo su moño cónico de matrona, dando a Metelo lo que necesitaba, pues este, de pronto, sintió que su rostro se llenaba de calor, furioso y avergonzado a partes iguales por sus dudas de chiquillo y porque tuviese que ser su esposa la que le hiciese reaccionar.

—Tienes razón —masculló con las mandíbulas tensas.

—Como siempre —enfatizó ella.

—No lo dudo —repuso él. Buena era su Atilia.

—Y ahora, ve con tus hijos. Estarán ya dormidos, pero si no lo están, que vean a un padre del que enorgullecerse —exigió ella inflexible.

Metelo se acercó a su esposa, la besó, la abrazó, volvió a contemplarla con la misma ilusión que lo había hecho el día que concertaron su boda, la besó y abrazó de nuevo y, tras separarse, encaminó sus pasos hacia el *tablinum*.

—Los niños —le recordó Atilia.

Metelo dio un gruñido y se dirigió a las habitaciones de sus siete hijos. Todos estaban dormidos, por lo que volvió a su cubículo. Comenzó a desvestirse, pero acabó llamándole la atención un bulto que emergía bajo las mantas de su cama.

—No sería una buena matrona si hoy no alegrara a un hombre que necesita consuelo —exhaló Atilia.

Metelo sonrió de oreja a oreja.

—Pues no dejemos en mal lugar a una matrona romana. Tiempo habrá de ser cónsul —contestó al tiempo que se deshacía a todo correr de toga y túnica.

Al día siguiente, abandonando su cariñosa rudeza casera, salió a la calle para retomar su áspera severidad exterior. En la intimidad de su *domus* era un hombre; fuera de ella otro, lleno de rigor y aspereza. Roma no había sido edificada con finuras, afirmaba a menudo; lo había sido con esfuerzo, austeridad, gravedad y profundo sentido cívico y familiar. Él, en todo ello, era un esmerado ejemplo viviente, aunque algo excesivo para algunos, especialmente para sus legionarios, unos desagradecidos que no le habían votado porque estaban poco dispuestos a soportar tanta firmeza. ¡Peor para ellos!

Rodeado de una espléndida cohorte de amigos, parientes y clientes enroscados en sus togas, descendió por el *clivus Palatinus*, cruzó bajo la puerta Mugonia, encaró la vía Sacra desde la esquina del templo de Júpiter Stator e irrumpió en el foro como si él mismo fuese el ganador de las elecciones consulares, paseando su corpulento cuerpo —aunque bajo de estatura— y sus conocidas y pobladas cejas con una dignidad aplastante. Le llevaría un tiempo, pero Roma ya no iba a ser solo cosa de Escipiones y de Claudios. También de Cecilios Metelos.

Preparando el regreso

Útica, mediados de diciembre

Entrado el invierno, Emiliano recibió en Útica una carta de su hermano Fabio. Interrumpiendo lo que estaba haciendo, desenrolló el pergamino y lo leyó con sumo interés:

Querido hermanito,

Escúchame bien porque no voy a repetírtelo, ¡voy a ser cónsul! Bueno, lo repito, ¡voy a ser cónsul! Y una vez más, ¡voy a ser cónsul de Roma!

Tal vez hayas oído mi aullido de alegría desde Cartago, pero ya puedo dormir tranquilo. Mi responsabilidad como Fabio Máximo parece ahora más liviana y llevadera cuando hasta hace unos pocos días pesaba más que la mole del monte Olimpo. Al menos podré decir que la rama de los Máximo de la gens *Fabia acertó al tomarme en adopción. Tú necesitas ser el primero de los ciudadanos de Roma. Yo solo necesitaba el consulado. Soy un hombre inmensamente feliz. He hecho cuanto debía en mi vida. Mis obligaciones están satisfechas. Poco me importa pensar que me han elegido por ser tu hermano o porque has enviado cartas a media Roma apoyando mi candidatura. O que incluso sea la manera que han empleado los electores para premiar tu gran victoria sobre Cartago. A mí todo eso me importa un bledo. El hecho cierto es que en las calendas de enero seré cónsul.*

Dicho esto, te divertirá saber que cuando el presidente de los comicios centuriados anunció mi nombre como primer cónsul, a Apio Claudio casi se le disloca el maxilar inferior. Tenías que haber visto su cara enrojecida y tan congestionada que parecía que iba a explotar.

En contraposición, daba verdadera pena ver el rostro abatido del otro candidato al puesto de cónsul plebeyo. Metelo Macedónico no se lo mecería. Desde que nuestro padre nos encomendara a los dos llevar a Roma el mensaje del triunfo de Pidna sobre el rey Perseo de Macedonia (han pasado ya casi veinticinco años, ¡cómo corre el tiempo!), tengo una buena relación con él. Sí, te estoy viendo mascullar que a ti no te parece alguien de fiar y que con el tiempo querrá llevar su propio camino, pero, de momento, es alguien leal y siempre ha estado de nuestro lado cuando se le ha necesitado. Parece que Metelo ha sido muy severo en la disciplina con sus soldados, que también, no lo olvidemos, son electores, de tal modo que han sido ellos los que le han dado la espalda. Increíble, aunque conociendo algo a Metelo, tosco y

bruto como él solo, se levantará y volverá a intentarlo las veces que haga falta.

Expuesta mi desbordante alegría, no te recordaré que nuestro querido amigo Cayo Lelio ha sido elegido pretor, porque sé que te ha escrito él mismo. Solo decirte que el júbilo que siento por él es tan grande como el mío propio. Es el premio de un hombre capaz, querido, inteligente, respetado y amable. Con tu apoyo, bajo el estandarte de haber sido él quien irrumpiera en el puerto militar de Cartago y en su condición de mensajero de la victoria, los comicios centuriados no dudaron en darle su voto.

Dejando ya las elecciones, recordarás que cuando estuve en Cartago hablamos de Viriato, ese nuevo bandolero lusitano que le ha cogido afición a saquear el valle del río Betis. Creíamos que sería una nueva mosca cojonera que podríamos aplastar de un simple manotazo, pero nada más lejos de la realidad. A comienzos de año exterminó al ejército del pretor Cayo Vetilio, gobernador de Hispania Ulterior, al que ya sabes que le dio muerte (parece que lo mató un lusitano que vio a un viejo gordo al que no supo identificar). Y este mismo verano ha derrotado al nuevo pretor, Cayo Plaucio, que ha tenido que refugiarse con el rabo entre las piernas en Carteia,[2] dejando gran parte de la provincia en manos de Viriato, que se lanza desde el norte, desde la tierra de los lusitanos, para saquear todo a su paso.

Se rumorea que Viriato es uno de los supervivientes de la matanza de Galba (ni esto lo hizo bien el amigo Galba), pero poco más se sabe de él más allá de que es capaz de emboscar ejércitos enteros, y que en cuanto se ve en una situación apurada cruza el río Tagus y se refugia en una sierra que los romanos asentados en Hispania conocen como Monte de Venus, cerca de la ciudad de Toletum.

En Roma se le dedican todo tipo de calificativos. Que si es un vulgar pastor o que si es un cubre cabras y ovejas, ya me entiendes, pero me temo que es un tipo muy inteligente, refinado, excelente estratega y con una enorme capacidad de liderazgo y control de extensas franjas de territorio con sus ciudades y aldeas. Dista mucho de ser un simple pastor y se rodea de gentes de nivel aristocrático que por increíble que parezca proceden de ciudades civilizadas de nuestra propia provincia —como Orsón—,[3] pero en las que anida todavía el odio a Roma que les inculcaron los cartagineses hace ya más de cien años. Ver para creer.

Voy terminando. Roma entera ansía tu regreso para disfrutar de tu

desfile triunfal. Sé que estás preparando algo grandioso y que no defraudarás, pero no dejes de tener en cuenta que Metelo Macedónico ya celebró este año un gran triunfo por sus victorias en Macedonia y Grecia, y que el año que viene le tocará el turno a Lucio Mumio por poner fin a la guerra en Aquea y destruir Corinto hasta sus cimientos, una ciudad que atesoraba más esculturas y obras de arte que todas las ciudades de Italia juntas.

Obviamente, ni Macedonia ni Grecia son Cartago, pero no lo olvides. Vuelve y celebra un triunfo inolvidable. La fama del vencido lo merece. Después, sabes que siempre habrá algún tribuno de la plebe con ganas de tocar las narices, sin olvidar a Claudio y compañía. Mucha pelea; mucha y constante pelea política es lo que preveo. Pero esto es Roma, hermanito, un nido de águilas excitadas.

De tu hermano,

Quinto Fabio Máximo Emiliano

Emiliano dejó la carta a un lado y recuperó su atención en el hombre que había aguantado estoicamente a que terminara de leerla. Ambos se encontraban en su despacho de Útica, cómodamente sentados en confortables sillones expoliados de Cartago.

—Y bien, Metrodoro, ¿me procurarás un gran desfile triunfal en Roma? —le preguntó incisivo.

El tal Metrodoro era el hijo del pintor ateniense también llamado Metrodoro que había preparado y adornado con indiscutible éxito el triunfo de su padre Emilio Paulo tras la enorme victoria en Pidna sobre el rey Perseo de Macedonia dos décadas antes. Era un triunfo todavía recordado por los romanos por sus tres días de duración, su magnificencia y brillo. Emiliano no quería empequeñecer a su padre, pero sí al menos igualarlo, y de ahí que hubiera hecho llamar a Metrodoro hijo para organizarlo todo adecuadamente.

—Debemos superar la grandiosidad del triunfo del pretor Metelo Macedónico, celebrado hace unos meses —dijo Metrodoro.

—Y también el que celebrará a finales de año Lucio Mumio por su victoria sobre la Liga Aquea y Corinto —puntualizó Emiliano.

—Lo doy por sentado.

—Se ha vencido a Cartago, no a unos griegos alocados. Debemos mostrar la reputación del vencido —advirtió Emiliano.

Metrodoro asintió pensativo, pergeñando cómo superar las riquezas de Macedonia y Grecia.

—Tengo entendido que en la procesión triunfal de Metelo Macedónico se exhibieron obras escultóricas del maestro Lisipo, y perdón por mi franqueza, todos sabemos que los romanos os volvéis locos con estas cosas,

¿no es verdad? —preguntó sin esperar respuesta en realidad—. Y los rumores adelantan que Mumio traerá de la arrasada Corinto miles de esculturas y demás obras de arte con las que adornar Roma y toda Italia, entre ellas el cuadro de Baco pintado por Arístides, del que es conocido el dicho «nada como el Baco», o el Hércules consumido por el fuego por culpa de la túnica regalada por Deyanira, su tercera esposa.

Emiliano se encogió de hombros, con el rostro inmutable.

—Pues que mi triunfo eclipse a Lisipo y a Arístides —espetó.

—Solo el linaje de los Escipiones y el mismo nombre de Cartago podrán superarlos —contestó el griego.

—¿Y qué dificultad hay en ello?

—Ninguna, por supuesto.

—Pues haz que así sea —sentenció Emiliano.

Año 145 a.C.

EN EL CONSULADO DE QUINTO FABIO MÁXIMO EMILIANO Y LUCIO HOSTILIO MANCINO

El triunfo

Roma, inicios de marzo

—Señor, finaliza la cuarta vigilia. Es la hora.

Emiliano, tumbado en el lujoso camastro de la sala de embajadores de la Villa Pública de Roma, erigida en el Campo de Marte, emitió un ligero soniquete para hacer ver que ya estaba despierto. Después, se incorporó muy despacio, pero, al contrario de lo que hacía habitualmente, no se levantó de inmediato, sino que se quedó con la mirada perdida, gozando de la enorme explosión de felicidad que recorría su cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Su gran día, aquel reservado para celebrar su derecho a la gloria, se hacía realidad. Toda Roma le contemplaría en el camino del triunfo, desde el circo Flaminio hasta el Circo Máximo y, desde allí, dando la vuelta a la colina Palatina, hasta las laderas de la Velia, todo ello bajo el griterío enfervorizado de los ciudadanos. Después tomaría la vía Sacra y acometería el *clivus Capitolinus* para ofrecer la victoria al dios de dioses, a Júpiter Óptimo Máximo, que desde su colosal templo en las alturas del Capitolio velaba por el honor y la dignidad de quienes, como él, eran los grandes hombres de la ciudad de la loba.

Su excesiva pausa alarmó a su viejo esclavo, acostumbrado a que se levantara por las mañanas como un incansable y disciplinado resorte.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó.

Emiliano levantó la vista con gesto austero.

—Tráeme el desayuno. Y abre la ventana —ordenó expeditivo.

El esclavo, un macedonio de los tiempos de Pidna, corrió hacia el tragaluz y empujó los portones, penetrando la tenue luz del alba.

—El desayuno —reiteró inflexible.

El siervo salió despedido. Poco después regresaba con una bandeja con queso, pan, una manzana, unos higos secos y vino.

—El señor debería comer algo más. El día será largo —se aventuró a aconsejarle mientras depositaba la bandeja sobre una mesita de marfil de una sola pata.

—Es suficiente —contestó Emiliano.

—¿El señor desea algo más?

—Que vengan los demás. No quiero retrasarme —exigió antes de dar un sonoro mordisco a la manzana.

Dando buena cuenta del desayuno, se echaba a la boca el último higo seco cuando una legión de mujeres ruidosas cual gallinas perseguidas por un zorro irrumpió en tropel en la sala. Portaban prendas, maquillajes, afeites, cajitas, un juego de sandalias doradas, espejos pulidos de bronce, una cátedra con respaldo y apoyabrazos y todo cuanto era necesario para dar tributo a su

persona y a la majestuosidad de aquella jornada. Y él, dejándose hacer con elegante y grave dignidad, se limitó elevar los brazos para que le colocaran la túnica teñida en púrpura.

Hecho esto, se sentó en la cátedra frente a un espejo de bronce, viendo pasar a su derredor doncellas y manos diversas armadas con la especialidad de cada una, todo ello para ser peinado —operación veloz porque le quedaban cuatro pelos—, ser acicalado y, lo más importante, para que le embadurnaran el rostro de llamativo color bermellón gracias a unas buenas dosis de polvo de cinabrio.

Acto seguido, en una prodigiosa coordinación, no faltó el lavado de pies, la colocación de las sandalias doradas y, bajo el mando de una mujer rechoncha y orgullosa, la imposición sobre su cabeza de la corona de laurel, acción compleja que la mujerona acometió con pompa y celo.

Ejecutadas debidamente todas estas tareas, Emiliano se puso en pie y extendió los brazos para dejarse vestir con la toga *picta*, teñida en púrpura y bordada con estrellas de oro, a imagen y semejanza de la que había portado su abuelo adoptivo Escipión Africano en su triunfo tras la victoria sobre Aníbal de Cartago.

A continuación, ataviado de arriba abajo con la parafernalia de la celebración de la victoria, un esclavo le entregó un ramo de laurel que cogió con su mano derecha. Finalmente, dos hombres forzudos sujetaron un enorme espejo para que pudiera contemplarse entero. Y así lo hizo mientras por el rabillo del ojo advertía cómo las esclavas entrecruzaban sus manos ahogando un grito de emoción. Ver a un hombre vestido así y haberlo preparado ellas mismas era un inmenso honor que nunca olvidarían.

—¡El señor está magnífico! —exclamó sin poderse reprimir la mujer rechoncha.

Emiliano asintió complacido, contemplándose largo rato, a su manera, escrupuloso y metódicamente atento a cada detalle. Los ropajes estaban perfectos y también el color rojo de su cara, a imitación del rostro de la vieja estatua en terracota del Júpiter Capitolino. A él rendía homenaje, como si fuese por un día la divinidad misma.

—Traedme el anillo de hierro —demandó.

Una joven de apenas quince años se acercó con una cajita bellamente labrada y la abrió con sumo cuidado. Su interior custodiaba el anillo férreo de todo triunfador. Emiliano se lo colocó en el dedo anular de la mano derecha, tras lo cual volvió a observarse en el espejo, apretó los labios, cabeceó muy serio y echó a andar con la solemnidad exigida.

—Vamos —dijo abandonando el salón, seguido estrepitosamente de la cohorte de hombres y mujeres que le habían transformado en un dios viviente.

Ya en el piso bajo, dos legionarios ataviados con bellos uniformes de

gala abrieron de par en par las puertas de bronce de la villa. Emiliano cruzó bajo el vano con el rostro inmóvil y pomposo, como procedía.

—Señor, el *carpentum* —le dijo otro legionario cuando puso sus pies en los jardines del exterior, señalando el carro cerrado y con cubierta de lona que iba a conducirle hasta la explanada del circo Flaminio, donde comenzaría el triunfo, extramuros de la ciudad.

El circo Flaminio no era un circo con gradas al estilo del Circo Máximo, sino un amplio prado ubicado en el Campo de Marte. Desde su verdosa explanada partían tradicionalmente todas las procesiones triunfales y no estaba lejos de la Villa Pública, apenas cuatrocientos pasos, pero Emiliano había decidido ir a cubierto para gozar de un último momento de intimidad y, también, para evitar que en el trayecto las caprichosas gaviotas que se aproximaban desde la costa tuvieran a bien excrementar encima de su cabeza. Peores cosas se habían visto. Si acontecía semejante prodigio, sería el hazmerreír de por vida.

Al subir al carromato se topó de bruces con la sonrisa sincera de su hermano Fabio, radiante, no solo desde que fuera elegido cónsul, sino desde que, poco después, el sorteo de destinos militares le hubiera deparado el gobierno de Hispania Ulterior y, en consecuencia, la guerra de Viriato, a donde se dirigiría en cuanto finalizase el triunfo.

—Con ese afeite bermellón estás de lo más irresistible —bromeó Fabio en cuanto tuvo delante a su poderoso hermano.

—Hoy no, Quinto, hoy no —espetó Emiliano con el semblante extremadamente serio y tenso.

Fabio corrigió de inmediato.

—Perdón, perdón —se disculpó reiterativo.

—Calla y vamos.

El *carpentum* traqueteó ruidoso al cruzar los jardines que rodeaban la Villa Pública, recorriendo con rapidez el trayecto restante al tiempo que Emiliano contenía la respiración para escuchar el creciente murmullo que llegaba hasta sus oídos.

—Son muchos y están contentos —le dijo un sonriente Fabio.

Emiliano asintió con rigidez en el preciso instante en el que un estruendo gigantesco de miles de gargantas rebotaba en el cerramiento de gruesa tela del *carpentum*. Habían llegado a los prados flaminios.

—¿Ves? Son muchos —reiteró Fabio.

—Están contentos.

—¿Cómo no iban a estarlo? Les permitiste saquear Cartago.

—Salvo el oro y la plata de las ofrendas de los templos.

—Claro, por supuesto, como debía ser —aseveró Fabio.

—No se juega con los dioses —barbotó Emiliano.

Fabio dejó escapar una sonrisa cariñosa. No era habitual ver a su enérgico hermano tan nervioso.

—No olvides que has repartido a los legionarios un suplemento de cien denarios a cada hombre, el doble a los centuriones y el triple a los de caballería —recordó.

Emiliano comprimió los labios.

—No podía suceder lo mismo que le ocurrió a nuestro padre en su triunfo de Pidna. Los hombres deben estar contentos.

—Nuestro padre no siempre acertaba. A veces era demasiado austero y poco práctico.

—Pero hoy mis hombres desfilarán contentos —insistió Emiliano.

—Lo harán eufóricos, aunque sabes que las letras de sus canciones serán ácidas. Ten algo de humor.

—Un triunfo bien vale escuchar alguna que otra impertinencia.

Fabio sonrió de oreja a oreja.

—Y bien, ¿vas a estar todo el día con esa cara? Pareces Catón —bromeó de nuevo, aun a costa de llevarse un bufido.

—Quinto, por favor —resopló Emiliano.

—¿Preparado entonces? Recuerda que no solo eres el triunfador sobre Cartago. Eres el elegido del pueblo. Ellos te hicieron cónsul antes de lo que por edad te correspondía y no les has defraudado. Date a ellos.

Emiliano guardó un instante de silencio. Inspiró y espiró un par de veces, después lo volvió a hacer y, finalmente, asintió enérgicamente.

—Vamos allá —dijo y, bien sujeta la toga *picta* con el brazo derecho, descendió del engalanado carromato como un dios que baja del Olimpo.

La reacción fue inmediata. Un gigantesco y ronco griterío aporreó sus sentidos, activando de nuevo la poderosa seguridad que exhibía entre sus hombres. Todos querían verle y tocarle, pero todos, empujándose arremolinados unos contra otros en la enorme extensión de los prados, le abrían paso con el rostro radiante. Sus legionarios, aquellos escogidos para formar parte de la pompa triunfal, unos diez mil, ataviados con su panoplia militar y con cuantas distinciones, medallones, *phalerae* y brazaletes habían recibido por su valor en combate, se rendían a sus pies.

Abriéndose paso por en medio de su tumultuosa tropa, alcanzó con rapidez la base de la tribuna desde la que esperaría el inicio de la pompa. Allí le aguardaba ya su queridísimo amigo Cayo Lelio. Al verse, se sujetaron fuertemente de los antebrazos mientras los legionarios parecían estar dispuestos a que se les escuchara incluso en la lejanísima Alejandría.

—¡Guardad esas voces para el desfile! —bromeó Emiliano vuelto hacia ellos.

Bien al contrario, el clamor se intensificó, y Emiliano, hinchado como

un gallo, les hizo un fingido gesto de desaire al tiempo que volvía a girarse hacia Lelio. Fabio estaba ya junto a ellos, por lo que fueron tres los que se sujetaron por los antebrazos, apretando sus mandíbulas. Emiliano, Fabio y Lelio eran un solo ente.

Tras separarse, Emiliano pasó a saludar uno a uno con gesto fruncido pero magnánimo a todos sus legados y tribunos militares, agradeciéndoles su presencia, valor y lealtad. De entre todos ellos, destacaba su joven cuñado Tiberio Sempronio Graco, que le esperaba al pie de los escalones que ascendían a la tribuna.

Al igual que le ocurría con su influyente madre, Cornelia Africana, su relación con el muchacho no siempre era fluida ni sencilla, pero esta vez lo contempló con mirada respetuosa, familiar y cercana. Era un día de triunfo, un día de tregua.

—Tu padre celebró dos triunfos —le recordó a Tiberio con el interés de ser amable y cómplice.

—Sobre los hispanos y los sardos —añadió Tiberio, acogiendo de buen grado la inusual complicidad de su cuñado.

—A vil precio como un sardo —rio Emiliano, recordando una coletilla acuñada años atrás cuando el padre de Tiberio había regresado de Cerdeña con tal multitud de prisioneros que el precio de los esclavos se había desplomado por exceso de oferta.

—A vil precio como un sardo —repitió Tiberio con una media sonrisa antes de aceptar el abrazo que le ofrecía su cuñado, un abrazo que no podía rechazar y que se consumó bajo un enfervorecido clamor legionario.

Después de saludar uno a uno al resto de sus oficiales de más alta graduación, Emiliano subió al entarimado con semblante grave y teatral. Los legionarios no dejaban de vitorearle. Les mandó callar, no sin poco esfuerzo, y cuando al fin se hizo el silencio, extendió los brazos mirando al cielo.

—Júpiter Óptimo Máximo —vociferó según la costumbre—, permíteme que hoy te ofrezca la victoria. Consiente que los hombres lo celebren y con ellos los dioses inmortales.

Cuando bajó los brazos, su hermano Fabio miró de inmediato al griego Metrodoro y cabeceó perceptiblemente. El ateniense giró a su vez la cabeza en busca de una compañía de trompeteros que aguardaban impacientes. Estos humedecieron nerviosos sus labios y se llevaron la trompeta a la boca, elevándose al cielo de Roma el estridente y metálico sonido de sus instrumentos.

La pompa comenzó rodeada de un alboroto jubiloso y colorido mientras Roma entera, desde los prados de Flaminio hasta el Circo Máximo y, desde allí, rodeando al Palatino hasta la vía Sacra y el *clivus Capitolinus*, se agitaba frenética en un mar de cabezas y cuellos estirados.

El desfile triunfal, por su grandiosidad y el volumen de objetos a mostrar, había comenzado en realidad dos días antes.

La primera jornada apenas alcanzó para exhibir las estatuas de mármol y bronce de Cartago, así como los cuadros, tapices, vasos y pinturas de los templos y de las viviendas más lujosas, todo ello tirado por más de doscientas yuntas entremezcladas con flautistas, bailarinas y miles de flores lanzadas al aire que excitaban la pasión colectiva.

A los impresionantes objetos les habían sucedido, cruzando entre masas ciudadanas con los ojos abiertos como platos, cuatro decenas de leones enjaulados y veinte elefantes arrastrando inmensos carromatos que portaban las máquinas de guerra y los mascarones de proa de las naves de combate enemigas. Los espolones, junto con los carros gigantescos y el chirrido de las enormes ruedas, provocaron tanto furor como estremecimiento con solo imaginar cómo los púnicos, sin recursos y desmoralizados, habían sido capaces de morir matando entre regueros de sangre en una lucha final atroz y desesperada.

Idéntica expectación causaron las enormes maquetas de Cartago y de la ciudad de Nepheris, junto con prolijas pinturas murales y mapas de África que ilustraban los combates y cada fortaleza, aldea o ciudad tomada o rendida a manos de Escipión Emiliano. Entre todas estas muestras de grandeza, su nombre era coreado con delirio por un público envuelto en la locura que se empujaba sin mesura, tanto que muchos terminaban cayendo sobre el recorrido para caer a su vez en manos de los alguaciles y maceros encargados de vaciar expeditivamente las calles. Nada podía detener la marcha triunfal.

El segundo día, en un éxtasis creciente, se pasearon los despojos de los combatientes púnicos, ya fuesen espadas, cascos, grebas o corazas, en una colocación y apiñamiento que parecía fortuita pero que no lo era, dejando huecos entre las armas para que, en la marcha de las angarillas que transportaban cientos de hombres, sonaran y entrechocaran unas contra otras para inspirar miedo y respeto por el poderío y prestigio del rival vencido.

La jornada, siempre aderezada con bailarinas y músicos, finalizó con dos mil hombres transportando toda la moneda obtenida tras la venta como esclavos de cincuenta mil púnicos, además de poner a la vista vasos, cuberterías, jarras, vajillas y tazas de plata y oro en un espectáculo inolvidable para los miles de ciudadanos que, respirando al unísono como un fuelle, ataviados con sus mejores túnicas, estolas y togas, se apretujaron congestionados y excitados en vías, plazas, pórticos y tejados.

Pero lo mejor se dejaba siempre para el último día. Hombres, mujeres y niños ansiaban ver al hombre que lo había hecho posible, un héroe homérico al que habían imaginado en las escalas de los muros de Cartago, sobre las

naves, en las puertas, en los combates y corriendo de un lado para otro para derrotar a los pérfidos *gugas*.

Pese a su pequeña complexión física, era su héroe, y solo ellos, con su lucha y sus revueltas populares, habían conseguido doblegar al Senado para que un hombre que carecía de la edad necesaria y que no había completado el *cursus honorum* pudiera antes de tiempo, incluso contra la ley, ser elegido cónsul y dirigir la guerra. Y no se habían equivocado.

Emiliano, elevado sobre la tribuna, vio pasar frente a sí al grupo de agudos trompeteros que se alejaban hacia el viejo templo de Apolo y los pequeños templos de Juno, la Piedad y la Esperanza, muy cerca estos de la puerta triunfal de la muralla serviana.

Tras los trompeteros se incorporaron a la procesión ciento veinte bueyes cebones adornados con cintas y coronas, con sus cuernos pintados en dorado. Destinados al sacrificio y a los populosos banquetes que habían de celebrarse esa misma noche, los conducían jóvenes pastores que llevaban túnicas rojas ceñidas con fajas muy vistosas, y con ellos otros mozos que portaban jarros de plata y oro para las libaciones.

—Avanzan despacio —le susurró impaciente Emiliano a Fabio.

—No hay prisa, el público disfruta —repuso su hermano.

Emiliano apretó los labios. Ardía en deseos de encaramarse al carro triunfal y surcar Roma entre olas de exaltación.

El paso del tiempo se le hizo eterno cuando discurrieron por su frente los bueyes cebones con la lentitud propia de su especie, pero Emiliano levantó bien alto la barbilla cuando, a continuación, fueron llevadas las doscientas coronas de oro que las ciudades africanas le habían obsequiado como símbolo de sumisión.

Sintiendo cómo su deseo electrizaba su cuerpo, levantó aún más el mentón cuando caminó frente a la tribuna el mismísimo Asdrúbal el Beotarca, entre otros prisioneros de alto rango, todos ellos repletos de pendientes en las orejas y vistiendo las túnicas largas cartaginesas con mangas que ganaban anchura conforme alcanzaban las muñecas.

Emiliano cruzó su mirada con Asdrúbal sin compasión alguna. El púnico no había perdido la obesidad que le caracterizada, y bien le habría valido arrojarse al fuego del templo de Eshmún con su mujer Salambó y sus dos hijos pequeños.

Guiado, en cualquier caso, por una calculada generosidad, Emiliano había decidido graciosamente no sacrificarlo durante la celebración del triunfo. No sería arrojado desde la roca Tarpeya. Simplemente recluiría a

Asdrúbal en una ciudad de Italia para que se consumiera lleno de vergüenza durante los últimos años de su existencia, del mismo modo que lo había hecho su padre Emilio Paulo con el rey Perseo de Macedonia y sus hijos los príncipes reales.

Cuando Asdrúbal —insultado por doquier y con la mofa general por una vestimenta que a los romanos les parecía de lo más afeminada— y los otros prisioneros superaron la tribuna acompañados de unos jóvenes que portaban unos carteles con los nombres identificativos de cada preso, un ágil auriga de mediana edad acercó por fin el engalanado, dorado y exquisito carro triunfal tirado por cuatro caballos blancos.

Emiliano descendió del entarimado como si no hubiera suelo bajo sus pies y subió al carro, no sin antes comprobar que el tradicional amuleto en forma de falo colgaba de la caja semicircular, y que unas campanillas y un látigo hacían lo propio del yugo de los caballos para evitar el mal de ojo.

—Está todo en orden. No hay mal agüero que pueda contigo —le murmuró al oído su hermano Fabio.

Él, junto con Lelio, Tiberio y otros legados, oficiales y parientes, iban a seguirle a caballo durante toda la procesión. Y justo detrás desfilarían sus ruidosos legionarios entonando el famoso «*io triumphe*» y otras canciones subidas de tono para ridiculizar al triunfador y recordarle que su fama era efímera, no fuera a ser que los dioses le envidiaran demasiado.

El auriga giró levemente su cuello a la espera de que el triunfador, que estaba un poco más elevado dentro del carro por un realce colocado a propósito, le diera la orden de arrancar.

—Arrea —le ordenó Emiliano, dicho lo cual adoptó la pose típica y ritual de todo triunfador: espalda y cuello estirados, incluso rígidos, cabeza bien elevada y gesto muy serio, como si todo aquello no fuera con él. Debía mostrarse majestuoso, por encima de todas las cosas.

El carro se puso lentamente en marcha y pronto, apenas abandonado el circo Flaminio, se vio inmerso en un estrecho y alborotado pasillo humano que fluctuaba convulsivamente a su paso, tanto que los maceros tenían que emplearse a fondo para despejar un camino que desaparecía por momentos.

—Ve despacio, auriga —le dijo Emiliano, saboreando cada instante. Y así lo hizo, tirando con fuerza de las riendas.

Al rato, manteniendo siempre su trabajada mirada al frente, Emiliano dejó atrás los templos de Juno, la Piedad y la Esperanza y cruzó bajo la muralla serviana por la arcada izquierda de la puerta Carmenta que solo se abría con ocasión de la celebración de los triunfos.

Nada más cruzar bajo el vano, una cortina de flores, fragancias y perfumes cayó sobre el carro. Emiliano cerró los ojos, complacido por el griterío, y así permaneció un instante hasta que, al abrirlos, se topó con una de

las *imagines* más poderosas y autoritarias que un hombre podía ver en vida, puesto que el Senado al completo, sus casi trescientos miembros, apelotonados con imponente elegancia en las alturas de unas gradas de madera levantadas en el cruce con el *vicus Jugarius*, aguardaba su paso.

Los senadores se cuadraron, pero más lo hizo él para dignificar su avance y, muy especialmente, para hacer frente a unos fulgurantes ojos azules que le escrutaban sin descanso. No cabía duda de que el dueño de aquellos globos oculares, Apio Claudio Pulcro, seguía siendo el mismo, rezumando rabia por cada uno de sus patricios poros, sudando odio contra todo lo que oliera a Escipión.

Al verlo, Emiliano fijó su vista hacia adelante, siempre hacia adelante, sin mirar a nadie, pero contemplándolo todo.

—¡Qué ser más gordo! —bufó Apio Claudio con cara de asco cuando pasó por delante de las gradas Asdrúbal el Beotarca, lo que provocó que los dos hombres que le flanqueaban en la grada agitaran exageradamente sus cabezas como muestra de conformidad.

Se trataba de sus dos principales aliados políticos en su lucha contra la facción senatorial escipiónica, Servio Sulpicio Galba y Quinto Fulvio Nobilior.

El primero era el famoso Galba que había matado a traición a ocho mil lusitanos y esclavizado a otros veinte mil —dejando escapar a Viriato—, lo que le había valido un juicio auspiciado por Catón del que se había librado a última hora, en parte gracias a cuantiosos sobornos. Desde entonces los escipiónicos le apodaban burlonamente el Lusitanito.

El segundo, Nobilior, era aquel que, en su consulado, había sufrido una desastrosa derrota bajo los muros de la ciudad celtíbera de Numantia, viendo cómo sus elefantes númidas giraban en redondo y pisoteaban a la mitad de su ejército. También había defendido a Galba en su proceso, y era conocido irónicamente por los mismos escipiónicos como el Elefantito. Claudio, que se supiera, no tenía apodo. Nadie, ni sus enemigos, se atrevían a ponerle uno.

En cualquier caso, se les llamase como se les llamase, Apio Claudio, el Lusitanito y el Elefantito no dejaban títere con cabeza.

—¡Qué ser más gordo y despreciable! —insistió Claudio.

—No me extraña que Emiliano haya tomado esa ciudad con tanta facilidad —desdeñó Galba con sus fibrosos músculos en plena tensión.

—¡Desde luego! ¡Qué indignidad! —secundó Nobilior, agitando su barriga y su papada.

Claudio ronroneó divertido. Los tres, una terna de lo más particular,

formaban un formidable muro de contención contra Emiliano y su escandalosa ambición.

—Y ahí viene el gran triunfador —ironizó Claudio al ver que se acercaba precisamente Emiliano en su carro triunfal—. Mirad su arrogancia, no le cabe en el pecho —farfulló, enseñando los caninos.

—Bueno, en realidad, es la pose que debe mostrar todo hombre que celebra un triunfo —reconoció espontáneamente Nobilior. Faltó tiempo para que Claudio lo fulminara con la mirada. Los comentarios de Nobilior eran, en ocasiones, los propios de un idiota—. Tienes razón, es pura arrogancia —se apresuró a corregir Nobilior.

Claudio resopló despectivo, girándose de nuevo hacia la pompa.

—En él es distinto —porfió—. Todo lo que hace es impostado.

—Totalmente impostado —repitió Nobilior para agradar.

—Dicen que no hace más que alardear de que no se ha guardado para sí nada del botín de Cartago —escupió Galba.

—Quien actúa de buena fe no alardea —aseveró Nobilior.

—Exacto —siseó Claudio. Por fin Nobilior decía algo interesante.

—¿Y qué os parece que llamara a las ciudades sicilianas para que recuperaran lo que los cartagineses les habían saqueado durante siglos? ¿A qué viene eso? —inquirió Galba, indignado.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Nobilior.

—Totalmente —reiteró Galba.

Claudio cabeceó como un buey.

—En él siempre es lo mismo —refunfuñó—. Ambición y ambición. Nada será ya suficiente. Fue cónsul gracias a la manipulación del pueblo. Y fue cónsul traicionando al Senado.

—Le pararemos los pies —susurró Galba entre dientes.

—Lo haremos —secundó Nobilior a tiempo que su papada bamboleaba.

Claudio miró un instante el colgajo, contrayendo los labios. Después, desvió su vista de depredador y la posó sobre Emiliano, que los sobrepasaba ya y se alejaba entre el júbilo de los ciudadanos.

—Vamos a llenar su vida de sinsabores —prometió, pero con un tonillo oscuro que llamó la atención de Galba.

—¿Qué pergeñas?

Claudio rio con sarcasmo.

—Sabéis que un día juré que le destruiría —dijo tras eliminar de golpe su risita.

—Bien que lo recuerdo —afirmó Galba, sintiendo un escalofrío.

—Y yo también —añadió Nobilior—. Fue la noche en la que supimos que sería elegido cónsul.

—Exacto —murmuró Claudio con un brillo en los ojos.

—Lo que no nos dijiste es cómo lo conseguirías —dijo Galba.

—Muy sencillo, con él —se limitó a contestar Claudio, señalando a un joven que cabalgaba sonriente tras el carro triunfal.

—¿Con Tiberio Sempronio Graco? —preguntó Nobilior.

—¿Aún tienes la esperanza de que Cornelia acepte el matrimonio de Tiberio con tu hija Claudia? —inquirió Galba.

Claudio mostró ahora un rictus glacial.

—Sé que lo hará, y ese día, por mucho que tarde, sabré que Emiliano estará acabado —declaró igual de gélido antes de exhibir en un solo instante una exagerada sonrisa. Tiberio le saludaba alegremente desde la grupa del caballo y debía corresponderle.

Emiliano, al pasar frente a Claudio, Galba y Nobilior, acababa de sentirse como el león imponente que corta el paso a tres hienas que no paran de emitir su sonido chillón, pero que no se atreven a acercarse demasiado. Y mayor fue su éxtasis cuando, poco después, el carro triunfal entraba en el Circo Máximo sacudido por un ruido ensordecedor. Emiliano levantó la vista. Miles de ciudadanos dispuestos en una masa informe, apiñados en las laderas y graderíos del valle Murcia, allí donde el circo se encajonaba a lo largo de más de mil pasos entre las colinas palatina y aventina, parecieron echársele encima mientras se ponían en pie y agitaban desaforadamente los brazos al ritmo que marcaban las estridentes y agudas trompetas y flautas interpretando sus marchas de loa y victoria. Era la exaltación en su máxima expresión; el espectáculo más sobrecogedor; el tumulto incontrolable; y él su único protagonista.

—Ve despacio —le dijo al auriga, y este refrenó los caballos.

Cuando el carro se encontraba ya en la mitad del Circo Máximo, Emiliano comenzó a oír repetidamente, a su espalda, el canto coral ¡*io triumphe, io triumphe, io triumphe!*

Aquello significaba que sus legionarios habían accedido también al circo y cantaban desmedidos y contentos, cerrando la pompa, eso sí, sin perder su perfecta formación en centurias.

Al poco, en cambio, los legionarios dejaron de entonar el tradicional *io triumphe* y comenzaron a cantar, a pleno pulmón, picantes e irreverentes, como también era la costumbre, una tonadilla alusiva a su persona, que repetían una y otra vez: «¡Pequeño Escipión, que lo eres por adopción, no olvides que sin nosotros no levantarías un palmo del suelo!».

Aunque no le encontraba la gracia, Emiliano se esforzó en sonreír para mostrar que su talante estaba muy por encima de tales tonterías y que nada

alteraba su ánimo. Los legionarios, en cualquier caso, seguían cantando como una enorme masa coral cuyas voces rebotaban reverberantes en el valle Murcia, esta vez con otra tonadilla: «¡Escipión, qué menudo eres, pero qué grande es tu calva! ¡Sin nuestra sombra se te habría abrasado como a la de cualquier campesino!».

Emiliano, sin dejar de sonreír, se giró por primera vez para hacer un gesto de desaire a la inmensa tropa que le seguía. Y otro coro, pero esta vez de carcajadas, se elevó estrepitoso al cielo de Roma.

Al volver su mirada al frente advirtió que el auriga sonreía maliciosamente. Pero no le molestó. Por muy extraño que pareciera, aquel hombre que le conducía por en medio de una Roma al borde del delirio era su única compañía.

—Podía ser peor —le dijo en broma al auriga.

—Podía —respondió este con guasa, sin dejar de mirar al frente.

El carro, siempre rodeado por una muchedumbre enfebrecida, salió del Circo Máximo y traqueteó a los pies de las estribaciones orientales de la colina palatina, rodeándolas.

Después, antes de alcanzar los arcos del *aqua Appia*, se dirigió a la zona del cenagal llamado el pequeño Velabro. Allí, girando a la izquierda, ascendió bajo una continua algarada la colina Velia. Y junto al templo de Júpiter Stator se asomó por primera vez a la hondonada del gran foro, surcado por la vía que todo niño de alcurnia deseaba recorrer alguna vez en su vida coronado de laurel y con la cara roja, la vía Sacra.

La imagen le dejó sin aliento. Parecía que el suelo mismo del foro, abierto en canal por la vía Sacra sobre la que se arrastraba ya poco más adelante Asdrúbal el Beotarca, se elevaba y se hundía convulsionado por la respiración de una muchedumbre multicolor que se peleaba por verle llegar, unos ciudadanos dando saltos, algunos estirando el cuello, otros subidos a hombros y no pocos encaramados a columnas y tejados de tiendas, templos y basílicas. Y un rugido sordo, como expulsado de las profundidades, lo envolvía todo. Tal vez la manada de hienas capitaneada por Claudio, Galba y Nobilior seguiría siempre sus huellas, obligándole a mirar atrás, de refilón, para que no le mordieran los cuartos traseros, pero tenía algo valiosísimo de lo que ellos carecían, el favor del pueblo. Ser un Escipión era tanto como ser el campeón de todos.

—Auriga, ¿cuál es tu nombre? —le preguntó de improviso.

—Sexto, señor.

—Pues bien, Sexto, arrea los caballos y condúceme hasta el templo de Júpiter. Hazlo orgulloso, porque muchos van a verte hoy llevando las riendas de este carro —dijo vanidoso.

—Gracias, señor, es un inmenso honor.

—Arrea, Sexto.

El carro, detenido junto al templo de Júpiter Stator en el cruce de la vía Sacra con el comienzo del *clivus Palatinus*, pegó una ligera sacudida al arrancar, avanzando después con el traqueteo inevitable de las losas irregulares de la vía. Lo hizo despacio. Debía darse tiempo a que los ciento veinte bueyes cebones que iban por delante de los presos cartagineses cruzaran el foro antes de ser desviados por el *clivus Argentarius*, de vuelta ya al Campo de Marte, donde serían sacrificados para los banquetes populares. Otros pocos bueyes, los menos, subirían a la plaza que se abría frente al templo de Júpiter como ofrenda directa al dios y, de paso, para nutrir la comida del Senado y de los principales colegios religiosos de la ciudad, entre ellos los pontífices y los augures.

Emiliano, siempre con su pose ritual, descendió hacia el gran foro acompañado del griterío ensordecedor de sus conciudadanos.

Tuvo a bien inclinar la cabeza cuando, al pasar junto a la casa de las vestales, vio a todas las sacerdotisas, seis en total, al borde del camino.

Ya en la Regia, a punto de llegar a la basílica Emilia, sorteó ágilmente un gigantesco ramo de flores lanzado desde alguna parte que volaba directamente hacia su cara.

A la altura del templo de Castor y Pólux no pudo evitar reír abiertamente cuando un grupo de muchachos colgados de las imponentes columnas del templo exhibieron un cartel de madera en el que podía leerse «*Scipio Magnus*».

Algo parecido le sucedió cuando unas muchachas que habían ascendido ágilmente al tejado del templo de Venus Cloacina agitaron eufóricas bajo la mirada crítica y refunfuñona de un grupo de viejas matronas una tabla irreverente que rezaba: «Danos un hijo».

Entre muestras de tanta fiesta, música militar y alegría, su rostro radiante perdió en cambio el brillo cuando, de pronto, la vio, asomada en la barandilla de fábrica de la tribuna de oradores de Roma. Su prima Cornelia Africana, con su vigorosa elegancia y su belleza serena, le miraba fijamente, sin muestras de alegría, aunque tampoco de desagrado. Era, simplemente, la sugerente y poderosa mirada de su prima de sangre.

Como lo había hecho con las vestales, bajó ligeramente la cabeza en señal de respeto. Ella hizo lo propio, con un sencillo ademán, pero dejando delatar una lejanía que a Emiliano se le clavó como una pequeña aguja. Primos carnales y verdaderamente amigos en su feliz juventud, el tiempo seguía distanciándolos. Primero, había sido la amarga discusión sobre las joyas de la madre de Cornelia, que Emiliano había entregado a su propia madre a la muerte de aquella, con el enorme enfado y disgusto de las hermanas Cornelia, que las querían para sí, y no por motivos de ostentación,

sino emotivos. Y después, había sido el trato a Sempronia y la distancia con Tiberio, algo que Cornelia le reprochaba con miradas y gestos como aquellos, elegantes pero fríos, herméticos, superiores, dejando entrever con machacona insistencia que un algo invisible pero infranqueable los separaba. Y a Emiliano le dolía. Admiraba a su prima por su entereza y saber estar, pero jamás lo reconocería. Y posiblemente nunca haría nada para remediarlo, salvo que lo hiciese ella en primer lugar, lo que era igualmente improbable. Ella, como él, llevaba impreso el orgullo de los Escipión, soberbia para muchos.

Era suficiente. Recuperando su más digna pose de triunfador, volvió a mirar al frente, elevando su vista hacia el Capitolio, de cuya cima emergía el gigantesco templo de Júpiter Óptimo Máximo, coronado a su vez con la bellísima cuadriga de bronce que, a modo de acrotera, enseñoreaba su cubierta de teja roja. Cuando fuese censor, recubriría todo el tejado con pintura dorada.

—¿Ves? Ni siquiera me ha mirado ¡Nunca tiene ojos para mí! ¡Para su propia esposa! —clamó furibunda Sempronia, de pie junto a su madre en los *rostra*. Su tono no era caprichoso o adolescente, sino de pura indignación por ser invariablemente invisible para su esposo.

Cornelia se limitó a seguir con la mirada a Emiliano, que se alejaba ya hacia el templo de Saturno más tieso que una vara de avellano, lo que provocó que dibujara en su rostro una media sonrisa, malinterpretada por su hija.

—¿Y ahora te hace gracia? ¿Actúa como si no tuviera esposa y te hace gracia? —protestó Sempronia, malhumorada.

Cornelia entornó los ojos. Su hija, siempre tan sensible, tenía la habilidad de confundir cada gesto.

—Cuando termine el banquete triunfal no irá a mi casa, sino a la tuya, Sempronia. Allí podrás hablar con él como no lo hará hoy nadie más en Roma —la increpó.

—¿Después del banquete? ¡Vendrá borracho!

—¿Borracho? ¿Es que aún no lo conoces?

Sempronia cruzó los brazos enfurruñada. En eso su madre tenía razón. Emiliano nunca perdía su posición ni se dejaba llevar por el vino.

—Pues estará cansado —insistió.

—Hija, eres agotadora —concluyó Cornelia, al tiempo que recuperaba su atención en Emiliano.

Este se había detenido en el cruce con el *vicus Jugarius* y abandonaba el carro triunfal en busca de Asdrúbal el Beotarca. En aquel lugar, el preso cartaginés sería llevado al cercano *Tullianum*, la pequeña concavidad cercana a la curia Hostilia que hacía funciones de prisión, antes de ser enviado a

alguna ciudad italiana.

Para su sorpresa, antes de alcanzar a Asdrúbal, Emiliano rotó su cuello y volvió a posar su mirada en la suya. Ninguno de los dos la retiró, manteniendo el pulso durante un buen rato.

—Madre —oyó Cornelia que la llamaba su hija—. ¿Por qué te mira así? —preguntó sorprendida.

—Porque me admira y envidia —contestó con pausada seguridad. Después, retiró la mirada. Su hijo Tiberio estaba a punto de pasar junto a ellas.

—¿Te arrepientes de algo? —le preguntó Emiliano a Asdrúbal.

El Beotarca, gordo y con descamaciones enrojecidas en su morenísima cara, lo miró con asco. ¿Aquel romano no tenía ya suficiente gloria como para exhibir un gesto victorioso tan insultante?

—Ya te lo dije en Cartago —escupió.

—¿Y de nada más? —insistió lacerante Emiliano.

Asdrúbal elevó la mirada, desafiante.

—De nada…, salvo de no haberte matado cuando pude hacerlo en nuestra ridícula conferencia con el númida Gulusa. Si llego a hacerlo, hoy Cartago seguiría surcando los mares —declaró con desdén.

—Has de saber que te respeto, Asdrúbal. Conseguiste resistir lo que nadie habría sido capaz —reconoció Emiliano, magnánimo.

—¿Y es por eso por lo que no me sacrificas y me lanzas desde vuestra famosa roca Tarpeya? —repuso Asdrúbal con indiferencia.

—Tal vez, pero, sin duda, conociéndote, prefieres la vida a la muerte. Mejor pudrirte en una ciudad italiana que estrellar tus carnes contra el suelo.

—Estás en lo cierto, pero yo te conozco, Escipión —farfulló Asdrúbal —. Vendes que eres generoso, pero, en realidad, me perdonas la vida porque te sientes culpable de tu ruindad. Sabes que Cartago no merecía la guerra ni la destrucción y que solo vuestra perfidia fue la causa del fin de mi ciudad. ¿Me equivoco, Africano?

Emiliano sonrió con gesto prepotente.

—¿Tienes algo más que decir? —demandó.

—De nada serviría.

—También estás en lo cierto.

—Pues acabemos con esto —desdeñó Asdrúbal.

—Adiós, púnico.

—Adiós, romano, seguid destruyendo ciudades, tenéis gran habilidad para hacerlo, pero recuérdalo —maldijo Asdrúbal cuando Emiliano ya se daba

la vuelta.

—¿Recordar qué? —inquirió con repentina inquietud.

—Que jamás te veas en la situación de elegir entre tu familia y Roma. No te lo deseo, pese al odio que te tengo…, bien pensado, sí te lo deseo. Adiós, romano —masculló el cartaginés.

Emiliano ensombreció su rostro de forma violenta.

—Lleváoslo —ordenó desabrido, hecho lo cual giró en redondo y subió a su carro—. Sexto —le dijo al auriga.

—Señor.

—Subamos al Capitolio.

Ambos ascendieron el *clivus Capitolinus* entre vítores, música y exaltación. Ya en la plaza del templo de Júpiter, donde le aguardaba de nuevo todo el Senado y los colegios religiosos, entró en la *cella* central de Júpiter, observó la estatua de su abuelo adoptivo y después la del dios, ofrendó a la divinidad la victoria, abandonó el templo y sacrificó —por intermediación de unos victimarios y matarifes— doce bueyes blancos cuyas vísceras fueron arrojadas al fuego de los dioses. El resto sería deglutido por los senadores.

Después, de nuevo bajo los bramidos festivos e incontrolados de los ciudadanos y la sonrisa forzada de los senadores que no eran de su facción, alzó el brazo derecho y sujetó con el izquierdo los pliegues de la toga *picta* con sus bordados y estrellas de oro.

—¡Que Roma lo celebre! ¡Que comiencen los banquetes!

Tiberio Sempronio Graco abandonó el banquete de madrugada, pero antes de que finalizara, lo que provocó las inevitables burlas de sus amigos, muy pasados de vino sin aguar, que se mofaban llamándole «legionario de juguete». Tiberio se hizo el ofendido, pero, saliéndose con la suya, se marchó cuándo y cómo quiso. Quería volver a casa después de casi dos años de ausencia.

En cuanto puso un pie en el atrio vio que un pequeño de apenas nueve años se aproximaba a toda velocidad, lleno de alegría y con las mejillas rojas de puro nervio. Su hermano Cayo era como un animalillo de ojos vivaces incapaz de estarse quieto. Cogiendo carrerilla desde el *tablinum*, cruzó el atrio para saltar en sus brazos, y Tiberio, riendo a carcajadas, lo aupó con fuerza.

—¡Por Hércules, cómo pesas! —exclamó al tiempo que volvía a bajarlo al suelo.

—Me ejercito todos los días en el Campo de Marte. Soy el más fuerte y el más rápido de todos mis amigos —se enorgulleció Cayo con ingenua decisión.

—¡Bien hecho! Si no, ¿quién vencerá a nuestros enemigos?

—Yo, por supuesto, contigo —dijo Cayo con el rostro radiante.

Tiberio contempló a su hermano con inmenso cariño. Era el único que le quedaba con vida, junto con Sempronia, tras la muerte prematura de sus otros nueve hermanos, toda una desgracia que su madre sobrellevaba con una entereza fuera de lo común. Posiblemente por ello, la unión de los tres hermanos, y de estos con su madre, era especialmente poderosa.

Su hermano Cayo, ajeno a estas reflexiones, le seguía mirando con un brillo especial, como esperando algo.

—Sí, sí, tengo un regalo para ti —le dijo Tiberio, y se volvió hacia dos esclavos que habían entrado con él en la casa. Uno le entregó una pequeña bolsa púrpura. Cayo se frotó nervioso las manos, estirando su cuellecillo—. Esto es para ti. —Tiberio dibujó una enorme sonrisa.

Cayo palpó la bolsa antes de abrirla. Era blanda, lo que no pareció gustarle. Con todo, metió la mano y sacó una tela que, conforme abandonaba su guarida, fue desparramándose, de forma elegante, eso sí, pero cayendo de todas formas.

—Es la famosa capa marina de Asdrúbal el Beotarca —le informó Tiberio, emitiendo un tono grandilocuente.

Su hermano, por el contrario, cogiendo la capa con una mano y la bolsa con la otra, mostró un gesto de desilusión.

—Es muy bonita —mintió.

—¿No te gusta? —preguntó Tiberio con gesto serio.

—Sí, sí, …, ¿pero no me has traído ninguna espada? —demandó Cayo sin poderlo evitar.

Tiberio explosionó en una gran carcajada. Sin parar de reír se dio la vuelta y con un gesto de la cabeza pidió a uno de los esclavos que le alcanzara otro bulto. Así lo hizo con gesto cómplice, entregándole esta vez un rico paño que parecía envolver un objeto.

Cayo lo manoseó inquieto enseñando la punta de la lengua, tratando de averiguar qué podría ser antes de desenrollar el paño.

—¡Venga, ábrelo ya! —le instó Tiberio.

Cayo desplegó la tela con sumo cuidado, quedándose con la boca abierta.

—Esto sí que te gusta, ¿eh? —dijo Tiberio con toda malicia.

Cayo no podía ni hablar, contemplando con sus infantiles ojos un hermoso puñal con empuñadura de oro y plata.

—Era del mismísimo Asdrúbal —le explicó Tiberio.

—Gracias…, ¡gracias! —gritó Cayo, dando botes de alegría e intentando auparse de nuevo en brazos de su admirado hermano mayor.

—¡Cuidado, está muy afilado! —gritó Tiberio entre risas.

—Sí, tened cuidado —oyó Tiberio que les advertía una tercera voz tan adusta como dulce que conocía a la perfección.

—Madre —se limitó a decir mientras dejaba a Cayo en el suelo.

—Hijo —dijo ella con profundo cariño, sin moverse del sitio.

Tiberio dio dos grandes zancadas y la abrazó con fuerza. La cabeza de su madre le llegaba por el pecho, pues él había heredado la altura de los Graco, no la de los Escipiones.

—También tengo una cosa para ti —dijo nervioso. De nuevo uno de los esclavos le alargó un objeto oculto en otro lujoso paño, y se lo dio a su madre —. Cuidado, que pesa —advirtió.

Cornelia, sujetándolo con una mano por la base, lo desenrolló con la otra, quedando a la vista una corona con forma de muralla circular.

—La gané en Cartago. Me la entregó el mismísimo Emiliano. Es mi *corona muralis*. Fui el primero que puso un pie en lo alto de las murallas de la ciudad —explicó Tiberio.

Cornelia sonrió afectuosa. Lo sabía perfectamente.

—Y él, ¿cómo te trató él? —preguntó.

Tiberio supo a quién se refería su madre.

—Bien, madre, a su manera. Dormí en su tienda y participé en todos los consejos del estado mayor. Emiliano me trató bien y siempre me tuvo a su lado —contestó, cabeceando afirmativamente.

—Bien, no le pedía más —farfulló Cornelia, hecho lo cual escrutó a su hijo por si hubiera algo que le ocultaba. Al no verlo, continuó—: Tu padre estaría orgulloso, y yo también. —Tiberio sonrió de oreja a oreja—. Pero sabes que esto no es más que el principio, no lo olvides. Tienes un *cursus* que caminar —añadió de inmediato.

Tiberio exhaló una risa socarrona. Su madre, una Escipión de los pies a la cabeza, era incorregible. Tal vez justamente por aquello chocase tanto con Emiliano.

—Lo tengo muy presente, y por eso mismo voy a acompañar a Fabio a Hispania —informó Tiberio—. Le ha tocado en suerte el mando de la Ulterior y la rebelión de Viriato, al que hay que desalojar de la provincia.

Cornelia bajó la vista, contemplando la *corona muralis*, consciente de que la vida de todo joven con alcurnia era tremendamente exigente, pero también para sus madres, que dedicaban sus vidas a educar a sus hijos en la heroicidad para lanzarlos después al vacío del tortuoso camino del honor. No pocos se despeñaban en el intento.

—¿Cuándo partirás? —preguntó, después de levantar la mirada muy despacio, como si temiera no encontrar a su hijo al hacerlo.

—Dentro de dos días. Fabio no quiere retrasarse, sobre todo porque las legiones que le han asignado son novatas.

Cornelia resopló ligeramente.

—Todo por el empeño del Senado para que se licenciaran las legiones de Cartago, Macedonia y Grecia. El pobre Fabio tiene ahora solo unos chiquillos —lamentó.

—Era esperable. Los legionarios deben regresar a sus campos. No licenciarlos habría sido impopular —expuso Tiberio.

—Sí…, sí, estás en lo cierto, hijo.

Tiberio dedicó a su madre una mirada comprensiva.

—Estaré bien —dijo.

Cornelia iba a contestarle cuando se interpuso Cayo, harto de tanta palabrería ñoña.

—¿Puedo verla? —preguntó al tiempo que trataba de aferrar con sus pequeñas manos la *corona muralis*.

—Y te la puedes poner en la cabeza si quieres —le dijo Tiberio mientras le desordenaba el cabello.

—Quiero.

Y así lo hizo, colocándosela como pudo, pues era más grande que su cabecita y se le bajaba hasta la nariz.

—Algún día tendrás también la tuya —rio Tiberio.

—Algún día seremos los hermanos más famosos de Roma —declaró el pequeño.

—Que así sea, y yo la matrona más orgullosa. Quiero ser la madre de los Gracos y no la suegra de Escipión Emiliano —concluyó Cornelia con gesto risueño, observando a sus hijos. Si Tiberio era la razón y la serena contención, Cayo llevaba consigo una espontaneidad y un carácter pasional que, para lo bueno y para lo malo, la volvía loca. Solo esperaba que no volviese locos también a los demás.

Finalizado el triunfo, Emiliano llegó a su *domus* palatina embebido en su propia gloria, sintiendo que el Escipión que había abandonado Roma dos años atrás ya no era el mismo. Donde antes los demás veían soberbia y ambición, ahora no distinguían otra cosa que la natural presencia de quien era *de facto* el primer hombre de Roma.

Aun así, exhausto y con las efervescentes emociones de un día inigualable, solo tenía a esas horas de la madrugada un único e imperioso deseo, dormir.

Tras despedirse de la enorme y ruidosa comitiva de parientes, amigos y clientes que le habían acompañado sin desfallecimiento iluminándole el camino, entró en su casa a la carrera, se quitó de encima a una cohorte de

solícitos esclavos, cruzó el atrio y el *tablinum* y encaró el peristilo en busca de su cubículo. Sin embargo, al pasar junto a la biblioteca vio que la puerta estaba entreabierta y que se escapaba la luz de alguna solitaria lucerna. Tras detenerse, dudó entre seguir su ruta doméstica o entrar en la biblioteca. Quería lo primero, pero, sin saber por qué, se decidió por lo segundo.

Empujando suavemente la puerta, se topó con el magnífico busto en bronce de su padre natural, Lucio Emilio Paulo, sostenido por una columnilla coronada por un capitel corintio. Al adentrarse en la sala aparecieron ante su vista —colocados a intervalos regulares entre los huecos que dejaban las estanterías que custodiaban los rollos de literatura, historia, filosofía y otras materias del saber que antaño habían pertenecido al rey Perseo de Macedonia — las colecciones de bustos de mármol que había ordenado traer desde Grecia. No faltaban Aristóteles y Homero, pero tampoco Pericles y Fidias.

Emiliano fue pasando la mano por todas las magníficas obras de arte, como si quisiera decir «ya estoy en casa». En cambio, no le prestó verdadera atención a ella, a su esposa, hasta que cruzó la vasta habitación.

Su relación con Sempronia había sido verdaderamente tormentosa desde el principio. Ta vez fuese la diferencia de edad, o que ella era una idealista incombustible y caprichosa que no era consciente de que su matrimonio se había celebrado por conveniencia política y familiar. Por lo demás, Sempronia no le daba hijos, lo que no tenía que ser necesariamente un contratiempo porque siempre cabía la opción de adoptar a un sobrino o a un primo para continuar la estirpe.

Pese a todo, por muy difícil que pareciera, el respeto mutuo había ido ganando terreno poco a poco. Lo que estaba por ver era si ese respeto pervivía después de dos años separados por la toma de Cartago, o si su tempestuosa relación conyugal volvía al punto de partida.

—Sempronia —dijo mientras acariciaba el último de los bustos.

—No podrías vivir sin ellos, pero sin mí te manejas a las mil maravillas —le increpó Sempronia, que se hallaba sentada señorialmente en una cátedra, ataviada con sus mejores ropas.

—Nada es incompatible. Ni mi querencia por estos objetos ni mi respeto hacia ti —resopló Emiliano, dejándose caer en un diván.

—Me hubiera bastado con una sola mirada —protestó Sempronia.

—Tienes ahora toda mi atención.

Ella dejó escapar una risa sarcástica.

—Eso mismo ha dicho mi madre.

—Una gran mujer.

—¡Pues mírame!

Emiliano, que no tenía ganas de discutir, la miró a los ojos.

—Si lo hicieras más veces, sentiría que soy la esposa de Escipión

Emiliano Africano, no un simple complemento para tu propia gloria —lamentó ella.

—La gloria es el impulso de nuestras vidas, tú en tu posición y yo en la mía, lo sabes desde que viniste al mundo, Sempronia. Deja de graznar como una vieja amargada.

—¿Yo una vieja amargada? ¡No estarás pensando en repudiarme! —gritó Sempronia exacerbada.

Emiliano la miró como si estuviera loca.

—¿Y eso a qué viene?

—Dímelo.

—No, dímelo tú —se defendió Emiliano.

—Sabes perfectamente de lo que hablo.

Emiliano puso los ojos en blanco. Lo sabía.

—Aún podemos tener descendencia —negó.

—¿Y si no podemos? —preguntó Sempronia como un resorte.

—Adoptaré.

—¿Cuándo? ¿Y a quién?

—Ni te incumbe ni es el momento.

—Será, por supuesto, alguien de la familia Escipión —dijo Sempronia en tono exigente.

—Será quién yo decida —zanjó Emiliano, poniéndose en pie.

—Pues que descanses.

Emiliano gruñó desquiciado. Ya tenía la respuesta sobre el estado de su matrimonio, lo que, tratándose de Sempronia, parecía que no podía ser de otra forma. Todo regresaba al punto de partida.

—No dudes de que lo haré. Disfrutaré de mi soledad —espetó al tiempo que se ponía en pie e iniciaba su huida. ¿Quién le habría mandado entrar en la biblioteca?

—Yo es como mejor te soporto, en tus ausencias —oyó que replicaba Sempronia.

—Que descanses —insistió Emiliano, dando grandes pasos.

—Como quieras, esposo —oyó que le decía ella de nuevo—, pero tengo una cosa más que contarte.

—Estoy cansado.

—Se trata de Cayo Licinio Craso —lanzó Sempronia con tono maledicente. Emiliano paró en seco.

—¿Craso? ¿El tribuno de la plebe?

—¿Quién sino?

—¿Y qué pasa con él?

—Tal vez te convenga saber qué es lo que pretende hacer.

Emiliano se dio la vuelta muy despacio. Los Licinio Craso no eran una

familia muy amigable con los Escipión que se dijese, y el joven Craso en particular era especialmente revoltoso y demagogo, muy dado a las impertinencias y a las rebeldías. Convenía conocer sus movimientos.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó, temiendo lo peor.

Sempronia estiró el cuello, victoriosa. Ya tenía la dosis de atención que necesitaba para vivir.

—Pues ya que me lo preguntas, te lo diré.

—No te hagas de rogar, por favor —porfió Emiliano. Aun así, todavía tuvo que esperar a que Sempronia se ajustara despreocupadamente la túnica —. Por favor… —rumió Emiliano con deseos de cogerla por el cuello. Finalmente, desveló lo que sabía.

—He oído que va a llevar a la asamblea plebeya un proyecto de ley para que los nuevos augures, pontífices y demás sacerdotes de los colegios religiosos mayores sean elegidos por el pueblo y no por cooptación de entre los miembros de su colegio.

Emiliano se quedó inmóvil, falto de reacción, como si Júpiter lo acabase de fulminar con uno de sus rayos.

—Eso es imposible —balbució atónito.

—¿Y por qué iba a serlo? —repuso Sempronia con gesto indiferente—. El pontífice máximo ya no es elegido por decisión del resto de los pontífices. Desde hace un siglo lo votan los comicios por tribus. ¿Por qué no puede ser lo mismo con los otros colegios religiosos? —espetó con ganas de chinchar mientras la cara de Emiliano se ponía de todos los colores.

—Porque es un ataque a nuestras tradiciones religiosas más profundas —masculló él en un violento susurro, comenzando a salir de su estupor—. Porque dejar en manos de una asamblea la elección de los nuevos sacerdotes es tanto como dejar a su arbitrio quién tomará los auspicios y quién elaborará el calendario de días fastos y nefastos. Porque la elección de los sacerdotes es cosa de los dioses. ¡Porque no se puede jugar con ellos ni con los ritos sagrados! ¡Porque esas decisiones no pueden dejarse en manos del pueblo! —clamó en un estado de exaltación creciente, sintiendo que la cólera tomaba el control de sus actos.

Sempronia, en realidad, poco interesada por aquel debate, se arregló de nuevo la túnica, como queriendo mostrar que estaba disfrutando de su inusual protagonismo.

—Sabía que sería de tu interés. No hay quien no conozca tu piedad a los dioses y a las viejas costumbres —afirmó malévola.

Emiliano tensó sus mandíbulas. Lo que pretendía Craso era inadmisible, una ofensa irresistible, una perversa pérdida de los valores que tanto quería proteger, pero no le producía menor irritación advertir la cara de triunfo de su joven y caprichosa esposa, que encontraba cualquier excusa para tocarle las

narices. Aun así, se encontraba entre la espada y la pared. Necesitaba más información.

—¿Y cómo sabes todo esto? —inquirió con gesto agrio.

Sempronia se removió como una cobra.

—No soy tan inútil como crees. Puedo ayudarte, pero cómo lo sé es solo cosa mía —siseó con su particular sensibilidad a flor de piel.

—¿Ha sido cosa de Claudio?

—¿Desde cuándo te importa tanto Claudio? —desdeñó ella.

—¿Del propio Craso entonces?

—Es un oportunista.

—¿Un oportunista?

—Lo que has oído.

—¡Por Hércules! ¿Qué quieres decir?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Tú, el triunfador! ¡Tú, el nuevo Africano! ¿Tú me lo preguntas? —saltó Sempronia de pronto, con sorprendentes ojos de gata, escupiendo la rabia acumulada durante años por tantas desatenciones imposibles de digerir por su desarticulado cuerpecillo.

Emiliano se quedó mudo, sorprendido esta vez de la pose y energía de Sempronia, evaluando si continuar o no aquella conversación. Le corroía las entrañas sentirse en sus manos, al albur de sus antojos, de su despectiva presencia o de un poder que no había percibido hasta entonces, pero debía seguir adelante.

—Sí, yo te lo pregunto —contestó con aspereza, provocando lo que temía, el sarcasmo de su esposa conducido por una hiriente pero leve carcajada—. Habla de una vez —insistió, aguantando el aguacero.

Sempronia se irguió en la cátedra cual reina Dido.

—Crees que solo tú gozas del favor del pueblo y que solo tú puedes excitar sus pasiones en beneficio de tu propia ambición —rezongó excitada—, pero no olvides que otros pueden estar dispuestos a hacer lo mismo, Craso entre ellos. Solo tiene que engatusar al pueblo para alcanzar la gloria. Está siguiendo tu ejemplo. Tú les has abierto el camino, mi querido esposo. Si al pueblo le das poder, el pueblo querrá cada vez más, como un perro que come todo el día. Tal vez le reviente la tripa, pero no dejará de comer. No tienes tanto poder como crees —aseveró en un susurro, no ya como una gata, sino como una auténtica leona.

Emiliano, estupefacto, optó por el desprecio.

—No sabes de lo que hablas.

—¿Cómo que no? —repuso Sempronia con renovada celeridad y aires de suficiencia—. Te indigna lo que va a hacer Craso porque te lo tomas como una ofensa personal. Has regresado a Roma creyendo que nadie puede toserte y con la idea de recuperar los valores tradicionales. Hoy mismo te has sentido

el rey de Roma, pero nada más llegar encuentras a un simple tribuno de la plebe que va a tomar una medida que crees que es un insulto directo a tu persona y a todo lo que quieres proteger. ¡Un simple tribuno! No todo gira en torno a ti, esposo. Baja ya de tu carro triunfal.

Emiliano, quieto como el carnívoro que está a punto de lanzarse contra su pequeña presa, contuvo su impulso, sintiendo por su mujer tanto aborrecimiento como, por extraño que le pareciera, respeto, porque, aunque jamás lo reconocería, ella acertaba.

En efecto, se sentía dolido e impotente. A la vista estaba que ni su autoritaria presencia, ni su prestigio ni su estelar triunfo bastaban para impedir que Craso, un mequetrefe populista, un imberbe mimado que solo quería protagonismo como medio de iniciar su carrera política, se riera de él cuando apenas había puesto un pie en Roma, escupiendo encima del tablero de juego una propuesta impía que carcomía los valores tradicionales y religiosos.

Porque en Roma los cargos sacerdotales eran ocupados por los mismos senadores, lo que significaba que pretendía privársele a la clase senatorial de su capacidad inmemorial de decidir quién debía ser augur o pontífice, de decidir, en definitiva, quién tenía el poder sacrosanto de tomar los auspicios, de comunicarse con los dioses o de regular los ritos, funciones reservadas desde los albores de la fundación de Roma, primero al rey, después a los patricios y, por último, a la *nobilitas*, verdadera depositaria de las cosas sagradas y de la relación con las divinidades tutelares de la ciudad.

Aun así, por muy intolerable y revolucionaria que fuera aquella propuesta, la conversación con Sempronia había terminado.

—No sabes nada —se limitó a repetir con desdén para, sin aviso previo, girar sobre sus talones y avanzar hacia la salida de la biblioteca.

—Te debo lealtad conyugal —oyó que le decía Sempronia.

—No esperaba otra cosa —repuso sin detener sus pasos.

—¿No obtendré de ti ni un mísero gracias? —replicó Sempronia.

—No soy yo quien debe agradecértelo, sino Roma entera. Yo me encargaré de Craso. Y deja de hablar de aquello que no está a tu alcance —insistió Emiliano sin frenar su avance, no sin sentir a su espalda un silencio mucho más mortífero que cualquier retahíla de insultos.

Sempronia nunca cambiaría. Él, tampoco. Cartago y su triunfo eran ya cosa del pasado. Un nuevo Emiliano estaba por verse, un Emiliano lleno de rectitud moral y religiosa. Comenzaba la pelea.

¡Craso nos da la espalda!

Roma, mediados de marzo

Tal como había desvelado Sempronia, el joven y revoltoso tribuno de la plebe Cayo Licinio Craso no se hizo de rogar y activó su propuesta subversiva.

Hijo de un consular y miembro de la aristocrática *gens* plebeya de los Licinios, Craso creía haber nacido para emular a su lejano antepasado Licinio Estolón, aquel que había conseguido hacía ya dos siglos —tras una larga batalla política en favor de los plebeyos— que se aprobaran las *leges Liciniae-Sextiae*. De acuerdo con estas leyes, uno de los dos cónsules elegidos cada año debía ser obligatoriamente plebeyo.

Este revolucionario cuerpo legislativo había catapultado a su *gens* a la celebridad, y él, que había mamado desde pequeño la dignidad de su familia y su compromiso con el pueblo mismo, no podía defraudar estas expectativas. Su acceso al tribunado no podía resultar indiferente, y nada iba a privarle del derecho a su particular gloria en el comienzo de su carrera política, aun cuando lo hiciera de la forma más polémica.

Con veintinueve años, rico, guapo y elegante, ascendió con distinguida prepotencia los escalones de los *rostra*, como si su ascenso no fuera a terminar nunca para deleite de los miles de ciudadanos congregados a su instancia en la plaza de los comicios. Su provocativo proyecto de ley sobre la elección de los nuevos sacerdotes había despertado un enorme interés y no pocos cotilleos, adhesiones y críticas.

Craso, que se miraba a sí mismo cada vez que daba un paso, llegó a lo alto de la tribuna con gesto de autosuficiente seguridad. A sus espaldas advirtió que la muchedumbre se esparcía y murmuraba por el mismo foro. Vanidoso por su capacidad de convocatoria, se giró e inclinó ligeramente la cabeza para agradecer a la masa su presencia, hecho lo cual miró de nuevo hacia adelante, afrontando, ahora sí, a los ciudadanos apelotonados en el *comitium*, la plaza circular donde se celebraban desde hacía siglos los comicios por tribus y, también, como era la ocasión, las *contiones* o asambleas informativas.

Antes de comenzar su perorata, elevó ligeramente la vista para visualizar la curia Hostilia, la sede del Senado, erigida en el otro extremo de la plaza. Allí, en su escalinata, le escrutaban con gesto ceñudo varios cientos de senadores. La propuesta legal no parecía haber gustado a las principales familias senatoriales, y tampoco al todopoderoso Emiliano, que le escudriñaba de tal manera que parecía que fuera a ordenar a sus veteranos de Cartago que le sacaran las tripas sobre el enlosado de la tribuna. Pero le importaba bien

poco. Él estaba allí para labrar su futuro. Y lo haría, además, de la misma forma que Emiliano, engatusando los oídos del pueblo. ¿Acaso él tenía que ser distinto?

—¡Quirites! ¡Padres conscriptos! —saludó formalmente, iniciando su discurso. Se hizo el silencio. Continuó—: Todos conocéis que dos ilustres miembros de mi *gens* formaron parte del primer colegio de tribunos de la plebe en los albores de la República, hace ya trescientos años, y que poco más tarde Licinio Calvo participó en el primer colegio de tribunos militares con potestad consular, siendo uno de los cuatro primeros plebeyos.

—¡Lo recordamos! —gritó espontáneamente un entusiasta ciudadano.

Craso se limitó a sonreír y prosiguió:

—Entonces también recordaréis que Licinio Calvo fue también el primer *magister equitum* y el primer cónsul plebeyo de nuestra historia.

—¡Lo sabemos! —gritó el mismo ciudadano.

Craso sonrió de nuevo. No había mejor truco que pagar a un ciudadano con poca vergüenza para que dijera justamente lo que se le había ordenado a cambio de una módica bolsa llena de sestercios.

—Y entonces mantendrás en tu memoria que otro recordado tribuno de la plebe de mi *gens* llamado Licinio Estolón logró aprobar las *leges Liciniae-Sextiae*, un hito en nuestra historia y en la de mi familia.

—¿Y quién no lo sabe? —vociferó el anónimo ciudadano.

Craso se infló entonces como un gallo.

—¡Todos los saben! —bramó súbitamente—. ¡Y también los padres conscriptos aquí presentes! —declaró maliciosamente al tiempo que elevaba su mirada y tendía una mano hacia la numerosa partida de senadores. Estos se limitaron a gruñir entre dientes. También Emiliano, que le observaba con el rostro duro como el mármol—. ¡Todos ellos lo saben! —reiteró Craso, haciendo caso omiso—. Y saben que mi *gens* vela desde entonces por el bien del pueblo, procurando que tome sus propias decisiones. ¿No es cierto?

—¡Lo es! —aulló el anónimo cliente.

Craso, ahora pausado y ufano, sonrió de nuevo, convencido de lo que estaba a punto de hacer. No eran necesarias más palabras, ni más discursos de orador retórico. El mensaje era claro y diáfano, y su propuesta revolucionaria y conflictiva, pero debía ir más allá, dar un simbólico paso más, aquel que nadie había dado jamás. Las palabras eran importantes, pero también los gestos. Estaba dispuesto a ello, a transgredir siglos de tradición. Y con un solo movimiento físico, con un solo giro corporal, lo iba a conseguir, poniendo los pelos de punta a más de uno, sobre todo a los senadores más piadosos con lo religioso.

Por ello, mientras toda la plaza le miraba expectante, dejó mostrar en su rictus algo raro, algo distinto, una extraña luz que delataba que una cosa

extraordinaria estaba a punto de suceder. Tanto es así que los presentes, sin saber por qué, dejaron de respirar y estiraron sus cuellos. Y tanto es así que los senadores, como si fuesen un manípulo disciplinado, se inclinaron hacia delante, a la vez, con los labios fruncidos y cejas levantadas.

Fue entonces cuando Craso elevó su barbilla y lo contempló todo como si mirara a todos y cada uno de los ciudadanos y senadores, guardando un largo y deliberado silencio. Era su momento, el que llevaba esperando durante meses o tal vez toda su vida. Y altivo, pudo advertir que el mismísimo Emiliano le escrutaba impaciente, tanto como Claudio, Galba o Nobilior, entre otros muchos. Y percibió el silencio sobrenatural en la plaza de los comicios y, a su espalda, en el foro, un silencio realmente sonoro que regurgitaba y se elevaba al cielo de Roma.

Y lo hizo, simplemente lo hizo. Fue de golpe, en un solo instante, ahogando entre la muchedumbre un murmullo que se transformó rápidamente en una oleada de vítores de aceptación. Lo había hecho.

Orgulloso, continuó su discurso, sabiendo que acababa de entrar en la historia de Roma. Qué pensara el Senado, en verdad que le era indiferente con tal de ganar el recuerdo eterno.

Pocas horas antes

Emiliano salió de su casa poco después del amanecer, con brío decidido y con la enorme presencia que la toga le confería.

—Que me quede holgada —les había exigido a sus esclavos al momento de colocársela.

Y así lo habían ejecutado, con precisión, conscientes de que a su amo le gustaba de este modo porque disimulaba su pequeña complexión, sobre todo en días importantes como aquel.

En cuanto puso un pie en la calle, su amigo Lelio se le acercó sonriente, apretándole la mano con fuerza. Después, Emiliano se dirigió a la multitud de senadores, amigos, parientes y clientes lealmente congregados a su llamada.

—Bien, hagamos lo que es correcto. Seguidme —ordenó como si tuviera delante a sus legionarios de Cartago.

La enorme comitiva, encabezada por él mismo y por Cayo Lelio, descendió como un torrente majestuoso por la calle de la Victoria, desplazando a su paso a los cientos de transeúntes que ocupaban la vía en sus quehaceres diarios o por simple indolencia. El día se prometía caluroso y muchos habían salido ya de sus casas, topándose, para su sorpresa, con un cortejo blanco y púrpura en el que brillaban por doquier los anillos de oro de

los caballeros censitarios.

En el cruce con el *clivus Palatinus* la oruga de senadores y caballeros giró a la izquierda, descendiendo a buen ritmo hasta la esquina del templo de Júpiter Stator. De nuevo un giro disciplinado a la izquierda los embocó a todos hacia el foro, tomando a continuación la vía Sacra como si fuera lo último que fueran a hacer en sus vidas.

—Con la cabeza bien alta y llenos de la dignidad que él no tiene —les había aleccionado Emiliano el día anterior—. Si Craso no respeta a los dioses, nosotros honraremos públicamente al más grande de todos ellos —había añadido con la indignación que todavía consumía sus entrañas por la vergonzosa propuesta de ley.

El batallón togado fue dejando atrás, por este orden, la casa de las vestales, la casa del pontífice máximo, la Regia, el templo de Vesta, el templo de Cástor y Pólux y la basílica Sempronia, en un avance vertiginoso y poderoso que abría en canal a la multitud que se iba reuniendo con ocasión de la *contio* convocada por Craso.

Muchos, al mirar atrás, tenían tiempo para quitarse de en medio, pero otros, los menos afortunados, eran empujados hacia los laterales de la vía Sacra por numerosos jóvenes de las familias Cornelia, Fabia o Emilia, que hacían ahora las veces de arietes.

Llegados a la altura del templo de Saturno, Emiliano y Lelio asaltaron el ascenso del *clivus Capitolinus*, ignorantes de cuanto les rodeaba, pero bien conscientes de que miles de ciudadanos les contemplaban extasiados como quien mira a una procesión de los mismísimos dioses.

Tras culebrear por la cuesta y alcanzar el valle del Asylum y el templo de Vejovis, Emiliano, cada vez más estirado, cruzó bajo el arco erigido por su abuelo adoptivo Escipión Africano treinta y cinco años antes, dejó a un lado el conjunto escultórico de las siete estatuas, dos caballos dorados y dos fuentes y accedió a la imponente plaza que precedía al no menos imponente templo de Júpiter Óptimo Máximo, elevado en un podio rodeado de voluminosas columnas con sus setenta pasos de fondo, sesenta de frente y una altura de al menos treinta hombres, todo ello coronado por una cuadriga en bronce.

Emiliano, siempre acompañado de Lelio y seguido de su legión de senadores, amigos, clientes y parientes, cruzó la plaza por el camino más recto, afrontando, esta vez solo, el ascenso de la escalinata del templo.

La casa del dios supremo era también la de Juno y Minerva, pero sus *cellae* ocupaban las posiciones laterales. La central, como no podía ser de otra manera, era la dedicada a Júpiter.

Emiliano, sin mirar atrás, entró como un vendaval, sintiendo, al igual que le sucedía siempre, una placentera paz y sosiego. En una creciente época de pérdida de valores y de devoción religiosa, él creía firmemente en los

dioses y en la necesidad de darles satisfacción para asegurar la debida concordia entre lo humano y lo divino. No debía jugarse con las cosas de los dioses y lo que pretendía hacer Craso resultaba manifiestamente impío.

Se quedó mirando la estatua del dios, antiquísima obra en terracota del afamado artista Vulca de Veyes. Su rostro, sin embargo, había perdido algo de su característico color rojizo.

—Le falta cinabrio —oyó que le decía Lelio, ahora a su lado, portando una copa de plata rebosante de vino.

—La primera responsabilidad de los censores es colorear su cara —dijo Emiliano, molesto por la falta de atención de los últimos magistrados encargados de esta tarea, los dos censores.

—Entonces ya sabes qué es lo primero que debes hacer cuando seas censor.

Emiliano asintió al modo militar, con decisión, tomó la copa y se aproximó a un pequeño fuego ceremonial que ardía en un altar frente a la estatua del dios. Antes de verterlo, dio un sorbo, derramando el resto al tiempo que provocaba el crepitar de las llamas.

Hecha la libación, miró a Lelio con gesto solemne.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Veamos ahora qué tiene que contarnos ese incendiario —bufó.

Emiliano y Lelio, siempre acompañados de sus fieles y rodeados de una multitud silenciosa, descendieron del Capitolio con ojos brillantes.

Ya en la base del valle que ocupaba el foro, Emiliano y Lelio caminaron junto al templo de la Concordia, sortearon el *senaculum* y accedieron a la plaza circular del *comitium*, repleta de ciudadanos que esperaban el inicio de la *contio*.

Precedidos de su majestuosa autoridad y dignidad, ambos hombres surcaron la plaza de los comicios por en medio de un pasillo humano que se abría y se cerraba a su paso, yéndose a colocar finalmente en las escaleras de la curia Hostilia, desde las que escucharían a un Craso que, justamente en ese instante, ascendía como un gallo la escalinata de los *rostra*.

—Ese imberbe parece el mismísimo Rómulo —porfió Lelio, tan tradicional o más que su amigo en cuestión de escrúpulos religiosos.

—Escuchémosle —le conminó Emiliano.

Al rato, tras las primeras intervenciones de Craso, Lelio masculló desconfiado.

—No hace más que hablar de sus antepasados, pero hay algo extraño en el mensaje corporal de Craso —barbotó observador.

—También lo he notado —dijo Emiliano, arrastrando las palabras.

—Craso mira demasiado hacia atrás, hacia el foro.

—No me fío… —murmuró Emiliano, dejando su frase a medias, puesto

que Craso guardaba ahora un mutismo extraño, excesivamente largo y desafiante. Y su rostro, con un cierto deje travieso, transmitía una sensación realmente llamativa y atractiva.

—¿Qué se trae entre manos? —resolló Lelio.

Emiliano se disponía a contestarle cuando Craso, llanamente, lo hizo. Hizo lo que nadie esperaba y lo que nadie había hecho jamás. Era una simpleza, cierto, pero una simpleza inadmisible y contraria a la augusta autoridad del Senado y a la más profunda esencia de la religión romana. Craso, en lugar de hablar hacia ellos, acaba de articular sus pies para girar tranquilamente en redondo, ciento ochenta grados, y continuar su discurso… ¡hacia el foro!

Y un murmullo de ofensa se elevó entre las filas de senadores, todavía débiles y sorprendidas. Solo Galba, el Lusitanito, de fácil bulla, reaccionó airado, según su carácter, poniendo en desmedida tensión cada uno de sus fibrosos músculos.

—Se ha dado la vuelta —masculló sin poder creer todavía lo que veía—. ¡Se ha dado la vuelta y habla hacia el foro! ¡Nos da la espalda! ¿Veis qué ha hecho? ¡Nos da la espalda! —bramó hecho una furia, volviéndose hacia los senadores, que comenzaron a agitar los brazos.

—¡Jamás he visto tal cosa! ¡Es un perjuro! —tronó también Nobilior, el Elefantito, haciendo vibrar barriga y papada.

Todo el Senado se sacudía ya fuera de sí, todos menos Emiliano, impasible, frío como el hielo, escrutando a Craso con negra profundidad mientras susurraba unas palabras para sí mismo, aquellas que no eran suyas, sino de Sempronia, impresas en su metódica mente:

«Crees que solo tú gozas del favor del pueblo y que solo tú puedes excitar sus pasiones en beneficio de tu propia ambición, pero no olvides que otros pueden estar dispuestos a hacer lo mismo».

—¿Qué dices? —le preguntó Lelio, aturdido.

—Que no pienso quedarme aquí haciendo aún más el ridículo. Acerquémonos —repuso Emiliano, expeditivo. Y así lo hizo, seguido de Lelio y de gran parte de los senadores.

Sin embargo, no entró en el foro, sino que, subiendo con ímpetu a la *Graecostasis*, la tribuna reservada a los embajadores extranjeros erigida junto a los *rostra*, se quedó allí impávido, bien a la vista de todos, contemplando a Craso muy de cerca con sus ojillos de voraz halcón.

—¡Quirites, seré breve! —declamó un provocativo Craso, con ojos encendidos, como si mirara a cada hombre que se agolpaba en el foro. Lo

había hecho. Cientos de años de oratoria hacia al Senado y hacia el *comitium*, el lugar consagrado por los augures para tales fines, acababan de ser contrariados de la manera más simple pero inesperada.

Crecido, rotó su cuello hacia la derecha para observar de soslayo a Emiliano. Lo hizo con deliberado gesto arrogante. O se mostraba públicamente de esta forma ante el reciente triunfador o corría el riesgo de ser devorado por el mismo pueblo al que quería adular.

—¡Quirites! —continuó ahora vuelto hacia el populacho reunido en el foro—, ¿qué razones tenemos para seguir permitiendo que se le sustraiga al pueblo de Roma la elección de los nuevos sacerdotes? ¿Por qué no puede el pueblo decidir quién ha de ser augur o pontífice o decenviro? ¿Por qué? —inquirió con fingido gesto de incredulidad—. Nuestros sacerdotes no son una clase aparte. Nuestros sacerdotes son los mismos senadores y no debe ser de otro modo porque son ellos los que saben de libros pontificales, augurales o sibilinos. Porque solo ellos pueden tomar auspicios y demás cosas religiosas. Pero ¿acaso sobrevino algún mal cuando hace cien años se decidió que el pontífice máximo fuera elegido por el pueblo en lugar de por el resto de los pontífices? ¿Se rompió la *pax deorum*? ¿Roma fue engullida por la furia divina? ¿Se abrió el suelo bajo nuestros pies? —demandó en estado de trance —. ¡No, no y no! —repitió enfurecido—. No lo fue. Roma no cayó en el abismo. Y por eso, como vuestro legítimo defensor, aquí y ahora anuncio que voy a presentar formalmente ante vosotros una nueva *rogatio*, una nueva propuesta legal, la *rogatio Licinia de sacerdotiis.* No es ninguna revolución, quirites. Solo pretendo que los augures, los pontífices, los decenviros y los *tresviri epulones* sean elegidos por vosotros, por los ciudadanos, y no por las familias senatoriales. ¿Qué hay de sacrílego en ello? ¿De qué manera pueden llegar a ofenderse los dioses si la decisión recae en el pueblo? —inquirió, estirando el cuello y levantando la mano derecha.

—¡Hazlo, Craso! —gritó su cliente bien pagado.

—¡Romanos! —prosiguió Craso exaltado—, durante cientos de años el pueblo de Roma ha sido fiel servidor de la República y del Senado, pero ha llegado el momento de que toméis vuestras propias decisiones. Queda en vuestras manos elegir a los mejores hombres. En pocas semanas presentaré la *rogatio* para vuestra aprobación en asamblea. Votadla y convertidla en ley. He dicho. Sed libres —finalizó abruptamente, en un golpe de efecto, para acto seguido girar sobre sus talones y descender con autosuficiencia las escaleras de los *rostra*.

Con la vista al frente, rodeó la tribuna y sonriendo de oreja a oreja se confundió con una muchedumbre que, enajenada por sus palabras, le jaleaba extasiada.

La extraña sociedad

Esa misma noche

—¡Ese comemierda nos ha dado la espalda! ¡Está podrido de riqueza y nos da la espalda, a los de su clase! ¡Deberíamos meterle su oro y su plata por el culo! ¡Todos los Licinios Craso son iguales!

Emiliano contempló con gesto adusto al autor de tan elegantes palabras, Metelo Macedónico, invitado a la reunión de urgencia convocada esa misma noche en la casa de Cayo Lelio para tratar la sediciosa intervención de Craso.

A ojos de Emiliano, Metelo era un personaje asilvestrado y poco distinguido que bien podría haberse educado en una simple granja de Apulia al cuidado de los cerdos y de las gallinas.

Impetuoso, severo y tosco, no gozaba de las simpatías de los ciudadanos, que le negaban el acceso al consulado. Y tampoco es que fuese un hombre especialmente querido en la facción escipiónica, sobre todo por su particular y disimulada querencia a querer caminar por sí solo, pero había que estar por encima de estas cosas.

A decir verdad, sus inclinaciones conservadoras, su ética tradicional y su condición de augur eran razones de peso más que suficientes para que Emiliano lo quisiera cerca, habiéndole invitado a aquella importante reunión en la que el más encabritado seguía siendo, precisamente, el basto Metelo.

—¿Cómo se atreve a darnos la espalda y hablar hacia la chusma? ¡Qué hijo de la gran perra! —oyó que insistía el Macedónico.

—No es eso lo más importante —le contradijo Lelio, armándose de paciencia. No soportaba el carácter brusco de Metelo.

—¿Y qué es lo más importante? —saltó este como una fiera encelada en una presa.

—Lo sagrado —dijo Lelio. Metelo lo miró con ojos de desvarío. Lelio se explicó—: El *comitium* es un lugar inaugurado por los augures, un *templum*. Todo lo que allí se hace está consentido por los auspicios previos de los augures, pero él, al darse la vuelta, ha destrozado las tradiciones. Eso es lo grave. Las asambleas ciudadanas solo pueden reunirse en un espacio inaugurado. El foro no está consagrado bajo un auspicio. Ha lanzado en realidad un mensaje muy peligroso —expuso sombrío.

Metelo torció el gesto bajo sus pobladas cejas.

—¿Qué mensaje? Ese hijo de perra solo ha querido ganarse el favor de la chusma. ¡Nos ha despreciado! —chilló despectivo.

—No —negó Lelio—, le ha dicho al pueblo que es libre del Senado y de los dioses —aseveró con gran preocupación. Él mismo era uno de los nueve augures de Roma y veía la deriva de Craso como un grave riesgo.

—Es el mismo mensaje que impregna la propuesta de ley, atacar a los dioses y a lo que el Senado representa —intervino Emiliano.

—Y, por supuesto, no debemos consentirlo de ninguna manera —afirmó de pronto un cuarto hombre que acababa de presentarse de modo inesperado —. ¿Puedo acompañaros en tan insigne reunión? —preguntó el recién llegado, alguien verdaderamente conocido.

Emiliano, Lelio y Metelo giraron sus cabezas a la vez, topándose con la cara victoriosa y ácida de Apio Claudio Pulcro. Lelio le lanzó una furibunda mirada al esclavo que le acompañaba, un jovenzuelo atemorizado de apenas veinte años que llevaba unos pocos meses a su servicio, al parecer no los suficientes para aprender que debía anunciar una visita de esa importancia.

—No ha podido evitar que entrara —le exculpó Claudio.

Lelio asintió con el entrecejo fruncido al tiempo que el joven siervo huía como una lagartija.

—Y bien, ¿puedo acompañaros en esta magnífica velada? —reiteró Claudio con una sonrisa irónica de oreja a oreja.

Emiliano ronroneó divertido. Claudio era un miserable retorcido, pero tenía la sensación de que esa noche, solo esa noche, su venenosa inteligencia iba a ser una buena aliada.

—Por supuesto, Apio, eres bienvenido.

—Siéntate aquí —secundó Lelio sin tenerlas todas consigo.

Claudio se sentó gozoso, repasando con su mirada a los tres asistentes. Emiliano le contemplaba con picardía, Lelio con desconfianza y Metelo con abierta inquina. Estaba en su salsa.

—Y bien, Apio, ¿por qué crees que Craso se ha dado la vuelta? —le preguntó Emiliano sin preámbulos.

Claudio sonrió todavía más. Antes de hablar se ajustó parsimonioso la toga, disfrutando de estar entre leones sin que ni uno solo le pudiera echar la garra encima.

Al fin se lanzó.

—El buen Lelio —comenzó— cree que Craso lo ha hecho para lanzar una señal de libertad al pueblo en todos los sentidos, lo que sería algo verdaderamente alarmante. Tú, Emiliano, crees que lo ha hecho para ofenderte porque todo el mundo conoce que eres un hombre íntegro y piadoso que no tocarías una sola tradición. Y él —siseó con toda naturalidad, señalando a Metelo—, solo sabe que está humillado.

Emiliano contuvo a Lelio y Metelo con un leve gesto de la mano.

—Pero tú, Apio, ¿por qué crees que lo ha hecho? —insistió.

Claudio se encogió de hombros.

—Simplemente porque en la plaza de los comicios no caben más de cinco o seis mil ciudadanos, pero en el foro puede dirigirse a más de quince

mil. Únicamente ha explotado la vanidad de todos aquellos a los que no nos dignamos a mirarlos a la cara. Busca ser el nuevo favorito del pueblo. Eso ha hecho Craso, y por eso pasará al recuerdo de los romanos. Nada más. El resto, los derechos del pueblo y demás historias de su familia le importan realmente un bledo —espetó tan ancho como largo.

Emiliano se le quedó mirando fijamente, sin perder su media sonrisa.

—Y hoy has venido a buscar nuestra alianza para que el proyecto de ley no salga adelante —dedujo.

Claudio cabeceo rítmicamente, con semblante juguetón.

—Yo, como Lelio y Metelo, soy augur y fui elegido internamente por el resto de los augures —reconoció—. No pienso dejar en manos del pueblo la elección de quiénes serán mis compañeros de colegio. Y vosotros pensáis lo mismo. Se os llena la boca con palabras sobre la tradición o lo sagrado, pero todos sabéis que, en realidad, necesitamos mantener el orden establecido por nuestro propio interés. No seamos hipócritas, no aquí. Todos sabemos que esta farsa va de otra cosa.

Emiliano, Lelio y Metelo se inclinaron imperceptiblemente hacia delante. Claudio no se hizo de rogar.

—Tú, Emiliano —declaró—, pronto serás augur. Sabes con seguridad que el colegio te elegirá en cuanto muera alguno de los arrugados Escipiones que ocupan uno de los nueve puestos. No deseas sustos en la elección y el pueblo es siempre caprichoso, además de que, por supuesto, no quieres dañar tu imagen de hombre todopoderoso y piadoso. —Claudio miró a continuación a Lelio—. Tú, que ya eres augur, no puedes soportar la idea de que no puedas intervenir para favorecer y designar a tu amigo Emiliano en su elección como augur. —Finalmente, se giró hacia Metelo, que aguardaba ya como al perro que le van a dar una galleta—: Tú, Metelo, no quieres más disgustos después de tu fracaso en las elecciones consulares. No te fías del pueblo porque eres tan brusco y disciplinado que no caes bien.

Emiliano, recuperando su sonrisa sarcástica, se vio forzado a detener con un gesto a sus socios. Cuando los tuvo controlados, clavó sus ojillos de halcón en Claudio.

—Poco me importa qué pienses de todo esto, Apio, pero has venido a dar tu apoyo. ¿Qué propones para detener la *rogatio*? —preguntó pragmático. Claudio no se hizo de rogar.

—Además de unir nuestras clientelas e instruirles en el sentido del voto —dijo—, que sea Lelio quien le responda a Craso en otra asamblea. No puede ser nadie más —afirmó.

—¿Y eso por qué? —despotricó Metelo.

Claudio sacó a pasear sus mortíferos ojos azules.

—Te lo he dicho ya —espetó—, porque tú acabas de ser derrotado en las

elecciones a cónsul. Y en cuanto a nosotros —añadió en referencia a Emiliano y a él mismo—, si nos encaramos con él no haremos otra cosa que realzar a Craso. Sin embargo, Lelio todo lo emprende con ganas y es un augur respetado. No hay romano que no admire su conocimiento de los libros augurales y en el derecho de los ciudadanos. Es un hombre querido que hablará con el corazón. Hagámoslo así y unamos nuestras clientelas para tumbar el proyecto.

Emiliano, sin pensárselo ni un segundo, asintió convencido.

—Que así sea entonces —confirmó.

—Que así sea entonces —repitió Claudio, poniéndose en pie.

—Es un placer hacer tratos contigo —añadió Emiliano, no con poca ironía al tiempo que Claudio abandonaba la sala.

—Prefiero que me venda como esclavo un ciudadano a que me robe un extranjero —declamó Claudio con pomposidad, utilizando una frase hecha—. Solo por esta vez, Escipión, solo por esta vez —rio alejándose.

Emiliano, risueño, cruzó los brazos sobre el pecho y se dejó caer pesadamente sobre el respaldo de la cátedra. Faltó tiempo para que advirtiera las pesadas miradas de sus acompañantes.

—¿Es que acaso importa algo todo lo que haya dicho? Esto es Roma, señores, no una agradable casita de recreo en Campania —bufó, borrando de su cara el semblante alegre—. Debemos derrotar esa propuesta de ley —añadió con severa autoridad.

Metelo guardó silencio, mordiéndose la lengua hasta casi seccionársela. Solo habló Lelio.

—Esta jugada dará alas a Claudio —reflexionó poco convencido.

—Dudo que sus alas nunca lleguen a ser tan amplias como él cree. No tiene dotes militares ni es popular —repuso Emiliano.

Lelio cabeceó poco conforme, pero la suerte estaba echada.

—Seré breve en mi discurso, pero agresivo —aseveró.

—Dales a los ciudadanos una buena reprimenda, se lo merecen. Después hablarán los votos —afirmó Emiliano con la tranquilidad de contar, aunque fuese por un fugaz instante, con el apoyo de Claudio y los suyos.

A los pocos días, Cayo Lelio zigzagueó por en medio del populacho congregado en el *comitium*, esquivó con agilidad la vetusta escultura de Pitágoras colocada en aquel lugar desde tiempo atrás y acometió la augusta escalinata de la tribuna de los oradores, adornada con los magníficos espolones de buques de guerra cartagineses, los impresionantes *rostra*.

Desde la altura de la plataforma, después de haber mirado al Senado

bajo la curia Hostilia y escrutado a los ciudadanos de la forma que un autoritario e intransigente padre lo haría con un hijo apocado al que es fácil amedrentar, inició su discurso contra la *rogatio Licinia de sacerdotiis*, la propuesta de Craso, sin preámbulo alguno y ojos encendidos. Era un hombre moderado y sereno, sí, pero la impresión iba a ser mayor si se mostraba por una vez como alguien encolerizado. Ese iba a ser su papel.

—¡Cayo Licinio Craso quiere tener los honores, pero conseguirlos sin dignidad y valentía! ¡Eso es robar! —le acusó furibundo y directo al grano—. ¡Craso se mofa de nuestras costumbres y ritos más solemnes! Se ríe de nuestros dioses. Ofende a nuestros ancestros. Craso no es un buen ciudadano romano. ¿Los seréis vosotros, quirites? ¡Mirad que él nos contempla desde las alturas! —porfió con plúmbeo reproche, señalando a lo alto el templo de Júpiter Capitolino.

No se detuvo ni un segundo. Ni quería respirar ni que lo hicieran los demás.

—Craso os pide que los pontífices, los augures y los decenviros sean elegidos por vosotros, como si vosotros formarais el calendario público y fueseis a decidir qué días son fastos y qué días son nefastos. Como si vosotros supierais cuándo muere la luna menguante y nace la luna llena. Como si todos y cada uno de vosotros vigilara el cumplimiento de las solemnidades y cultos de Roma —enumeró sin descanso, forzando cada vez más la intensidad de sus cuerdas vocales—. Como si vosotros pudierais interrogar a los dioses y comprender sus respuestas. ¡Como si fuese algo cotidiano en vuestras vidas interpretar los oráculos de los Libros Sibilinos! —tronó pasando al grito—. ¿Pero de verdad os creéis que gozáis de mayor criterio que un pontífice o un augur a la hora de elegir a un nuevo miembro de su sacerdocio? ¿Lo creéis de verdad o es que todos estamos contagiados por la locura ambiciosa de Craso? ¿Lo creéis? —inquirió machacón de una forma tan desmedida que parecía que iba a abrir la boca y devorar a todos los presentes, aterrorizados por ver a Lelio tan fuera de sí. Si tal cosa ocurría, es que de lo que se estaba hablando era realmente serio—. Pero ¿qué importan todas estas cosas? —rugió furioso sin cesar en su colosal bronca—. ¿Qué importa al fin y al cabo que los pollos no coman, o si un ave emite un canto de mal agüero? ¿Qué importa? ¿Qué importan todas estas cosas? —bramó con los ojos saliéndose de las órbitas—. ¡Pues importan! ¡Y fue a base de no despreciarlas como vuestros antepasados nos engrandecieron! ¡Así lo hicieron! —vociferó.

Luego se detuvo, por primera vez, para tomar aliento. Le bastó una bocanada para proseguir con ímpetu renovado y exaltado.

—Y ahora, nosotros, como si ya no se necesitase para nada la paz de los dioses, profanamos todas las prácticas religiosas. Que se nombren, pues, de forma indiscriminada pontífices, augures y reyes de los sacrificios —

despotricó con desdén— Pongámosle sobre la cabeza a cualquiera, con tal que sea un hombre el casquete de flamen de Júpiter. Entreguemos los escudos sagrados, los secretos de los santuarios y los dioses y su servicio a quienes nos lo permita nuestro simple capricho. Vótense las leyes y elíjanse los magistrados sin auspicios previos y, por supuesto, que Cayo Licinio Craso reine en la ciudad. ¡Sí, hagámoslo! ¡Hagámoslo rey y que él sea pontífice, augur y decenviro! ¿Qué más nos dará ya? ¡Riámonos de los dioses hasta reventar ahora que hemos decidido prescindir de ellos! ¡Riámonos sin parar! Pero, os lo advierto, sí, os lo advierto —susurró ahora como en estado de trance—. Os advierto que no reiréis tanto cuando los dioses abran en nuestra ciudad un agujero más insondable que el lago Curcio. Solo vosotros seréis los responsables de las calamidades, de nuestras derrotas en el campo de batalla o de la sequía de nuestros campos, solo vosotros, y será tarde… Rechazad la propuesta de ley, rechazadla —concluyó súbitamente bajo un silencio cortante, tanto que hasta los ruidosos pajarillos que poblaban el loto sagrado del cercano santuario de Vulcano, plantado por el mismísimo Rómulo, cesaron en su incansable «pío-pío» por el temor de que Diana, diosa virgen de la caza, el parto y todos los animales, los hiciera explotar desde sus entrañas si no se callaban para dejar escuchar la oratoria de Lelio. O al menos así lo interpretaron los ciudadanos más piadosos y supersticiosos, que no eran pocos.

Los ciudadanos, asustados por la bronca de Lelio, por las miraditas de «ojo a lo que hacéis, que estallaremos en furia» que les dedicaban desde las escaleras de la curia tanto Emiliano como Claudio, y atemorizados reverencialmente por lo que se les podía venir encima si despreciaban a los dioses, no se lo pensaron dos veces, tanto que, finalmente, abandonaron a Craso a su suerte. El proyecto de ley fue aplastantemente rechazado en las votaciones de la asamblea legislativa.

Los senadores, cacareando gozosos como gallinas cluecas, ufanos por seguir dominando los colegios sacerdotales y al pueblo mismo, se dispersaron por los alrededores de la curia Hostilia entre constantes apretones de manos y muestras de triunfo.

Claudio y Emiliano se toparon de frente en uno de los numerosos giros e intercambios de abrazos.

—No sé qué da la victoria para que nos comportemos todos como si fuésemos amigos —dijo Claudio.

—Es la estupidez humana —espetó Emiliano con distancia.

—Si yo llego a ser un simple ciudadano ya me habría lanzado desde la

roca Tarpeya después de escuchar a Lelio —continuó Claudio.

—Ha sido una gran intervención —confirmó Emiliano.

—Te dije que era el indicado.

—Nunca fui partidario de lo contrario —repuso Emiliano.

Claudio no pudo evitar que se escapara una pequeña carcajada. Él era incansable y altivo hasta decir basta, pero Emiliano era como un dolor de muelas.

—Ya no hay *rogatio*, pero la costumbre de Craso de hablar hacia el foro es posible que permanezca —canturreó.

—¿Cuántos ciudadanos dijiste que podían oír un discurso desde el foro? —preguntó Emiliano con divertida malicia.

—Quince mil.

—Pues entonces es posible que aprovechemos esta innovación, ¿no te parece, Apio Claudio? —inquirió Emiliano con retintín.

Claudio sonrió abiertamente.

—Pues hasta aquí llega nuestra fructífera sociedad, Escipión —le dijo con sorna.

—¿Volverás a poner cicuta en cada uno de mis sorbos de vino? —preguntó Emiliano con parecida guasa.

—¿Qué te hace pensar que no?

—Lo llevas en la sangre, Apio Claudio Pulcro.

—Entonces, hasta nuestro próximo encuentro —rio Claudio.

—O, mejor dicho, desencuentro. Te estaré esperando —zanjó Emiliano con solemnidad al tiempo que se cuadraba y giraba sobre sus talones para ir al encuentro de Lelio, que en pocos días partiría a Hispania Citerior[4] para asumir como pretor el gobierno de la provincia.

Era de justicia felicitarle antes de su marcha por tan magnífico apasionamiento, tanto que los pobres pajarillos del árbol de loto seguían enmudecidos.

La prudencia de Fabio

Carteia, inicios de abril

Fabio abandonó Roma a mediados de marzo, surcando las aguas del mar Interior en busca de su provincia y del rebelde Viriato. Dos semanas después llegó a Carteia, entrevistándose de inmediato con Cayo Plaucio, el pretor saliente y protagonista de una desastrosa campaña militar en el valle del río Betis.

—¿Y dices que regresaste a tus cuarteles de invierno en pleno verano?

El interpelado, el susodicho Cayo Plaucio, se agitó nervioso en el diván del despacho de su mansión, levantada junto a la playa con magníficas vistas al mar y al monte Calpe, una de las famosas columnas de Hércules. El cónsul Fabio, hermanísimo de Emiliano, le estaba haciendo preguntas demasiado embarazosas.

—¿Y qué podía hacer yo? —clamó—. ¡Ese maldito lusitano me venció por dos veces! Surgía de la nada, hostigaba a mis tropas y a los convoyes de suministros en emboscadas gigantescas y bien planificadas, causaba enormes daños y desaparecía en un solo instante por caminos montañosos que solo él conocía. ¡No podía perseguirlo! Si llego a hacerlo ni siquiera habría podido salvar algo de mi ejército —se defendió como un chiquillo.

—Contabas con diez mil hombres y trescientos jinetes —le recordó Fabio.

—¡Y él con el doble o el triple!

—Debiste contenerlo y no ir tras él sin precauciones. Otros lo hicieron y le vencieron —insistió Fabio.

Plaucio, con tendencia a la obesidad, rio con desgana. En eso Fabio no tenía razón, y estaba dispuesto a acreditarlo.

—Ah, no, no, amigo mío —dijo, sacudiendo su dedo índice—. Manilio fue derrotado hace diez años, y después Calpurnio Pisón. Lucio Mumio triunfó porque se dedicó a perseguir a un grupo de bandoleros, y su sucesor en la pretura, Galba, no hizo otra cosa que tapar sus desastres con la famosa matanza de hace cinco años. Y qué decir del desdichado Vetilio, muerto el año pasado en una humillante emboscada cerca de Tribola, no muy lejos de aquí. No, no y no, mi querido Fabio —reiteró Plaucio—, nadie ha vencido a los lusitanos desde hace más de dos décadas, y mucho menos desde que él los dirige. ¿Lo entiendes? No es ningún palurdo —porfió desesperadamente, buscando un consuelo que Fabio no estaba dispuesto a darle.

—Viriato es solo un hombre al que no le hemos prestado la suficiente atención —espetó con dureza.

—¿Y tú se la prestarás? ¿Lo harás con esas dos legiones bisoñas que te

has traído?

Fabio inspiró paciente, muy despacio, al tiempo que se giraba un solo segundo hacia los oficiales de su estado mayor, presentes también en la reunión, entre ellos su cuestor, su hijo mayor Quinto, que le acompañaba por primera vez a un destino militar, y Tiberio Sempronio Graco. Después volvió a clavar su mirada en Plaucio.

—Sabes que el Senado te ha llamado a su presencia —le advirtió.

Plaucio elevó la barbilla.

—Lo sé muy bien, no es necesario que me lo recuerdes —se quejó—. El Senado no admite que volviera a mis cuarteles en pleno verano y que haya permitido que Viriato controle gran parte de nuestra provincia. Bien que lo sé. Y ahora campa a sus anchas, ocupa ciudades con guarniciones e incluso se permite exigir tributos que debiéramos cobrar nosotros. Y es todo culpa mía, lo sé —dijo con resquemor.

—¿Y qué harás?

Plaucio se encogió de hombros, con gesto apesadumbrado.

—Marchar al exilio. No puedo hacer otra cosa. Solo espero que en Roma algún día se comprenda que Viriato no puede ser subestimado.

Fabio se puso en pie y le apretó el hombro como gesto de efímero apoyo.

—Que tengas suerte —le deseó antes de irse.

—También tú, Fabio —balbució Plaucio, caído ya en desgracia en manos de Viriato, un personaje que estaba adquiriendo auténticos aires de leyenda invencible.

Terminada la entrevista, Fabio salió de la mansión seguido de todos sus oficiales. Su cuestor caminaba a su lado, pero pronto advirtió que su hijo y Tiberio se separaban unos pasos, inmersos en su propia y distendida conversación. Fabio los contempló con atención, pero especialmente a Tiberio, de quien todos le decían que debía vigilarlo muy de cerca, pero sobre todo su hermano Emiliano, empeñado en ver en aquel muchacho hijo de su prima Cornelia un no sé qué muy peligroso.

En su opinión, Tiberio era un Sempronio de los pies a la cabeza, y no solo en su constitución física, sino en su carácter, mostrándose cabezota, ceremonioso y obstinado hasta decir basta y con un profundo sentido de la justicia y de la palabra dada. Pero más allá de estas cualidades, nada desdeñables por otra parte, realmente no veía nada especial en el joven. Que era impetuoso, sí, como todos los de su edad. Que creía saberlo todo cuando todavía no se sabía nada, pues sí, también. Que tenía una alcurnia envidiable, pues como otros muchos. Y que era capaz de dar contestaciones que le dejaban a uno helado o patidifuso, te llamases Catón, Emiliano o Claudio Pulcro, sí, también, pero es que la educación de ese muchacho estaba en

manos de la mismísima Cornelia Africana, amén de ser nieto de Escipión Africano.

De esta guisa, ¿qué se podía esperar de él? Pues eso, que fuese alguien particular, sereno, elegante y muy formal, alejado de aspavientos y vulgaridades, alguien al que, después de todo, le tenía realmente afecto.

—Tiberio —lo llamó con ganas de entablar mayor trato.

Este se le acercó disciplinadamente.

—Cónsul —saludó con formalidad.

—Vamos, acompáñame a la playa —le instó Fabio.

Ambos cruzaron la franja de arena en silencio, deteniéndose poco después cerca de la suave rompiente. Un sol gigante y anaranjado caminaba decididamente hacia poniente, en pleno atardecer.

—Recuerdo haber visto un sol parecido con tu madre en las playas de Gaeta, cuando éramos pequeños —recordó Fabio con nostalgia.

—Jugabais a coger cangrejos de mar —dijo Tiberio.

—Siempre ganaba tu madre.

—Ella dice que lo hacía Emiliano.

—¿Eso dice? —saltó Fabio.

—Pero que le superaba por poco —aclaró Tiberio.

Fabio lanzó una pequeña carcajada, echando la cabeza atrás.

—Sí, puede ser —dijo al contener su risa—, aunque lo que tengo claro es que nunca ganaba yo.

—Eso está por ver —contestó Tiberio con divertida cortesía.

Fabio contempló al joven con cariño, viendo cómo mantenía una pose y actitud permanentemente distinguida, solemne y firme.

—Y bien, Tiberio, ¿qué te ha parecido Plaucio? —le preguntó con interés.

—Que tenía razón en una sola cosa —contestó Tiberio sin vacilación.

—¿En qué cosa? —contestó Fabio con cara de sorpresa.

—En la poca experiencia de nuestras tropas.

Fabio cabeceó con expresión divertida y echó un pie atrás para que una ola juguetona no lo alcanzara.

—Ya…, y si es así, Tiberio, si tenemos tropas bisoñas —musitó tras sentirse a salvo del mar—, ¿qué crees que debería hacer? —interpeló con fingida reflexión.

Tiberio, tan protocolario como siempre, se encogió de hombros.

—Supongo que preparar a las tropas para que estén en plenas condiciones de combate.

—¿Y nada más? ¿No me aconsejas nada más? —preguntó Fabio con malicia.

Tiberio volvió a encoger los hombros.

—Convencer al Senado de que lo mejor es no hacer nada este año, no al menos hasta que las legiones tengan la suficiente instrucción.

—Pero la idea no termina de agradarte —incidió Fabio.

Tiberio asintió.

—No todos los senadores lo entenderán, y es posible que el pueblo tampoco. Ven a Viriato como un simple asaltador.

—Ya, pero ¿y tú qué piensas de todo esto? —insistió Fabio sin abandonar su malicia.

Tiberio, impasible, ahuecó los labios.

—Que si no se desaloja a Viriato de la provincia durante esta misma campaña corres el riesgo de que no se prorrogue tu mandato —afirmó.

—Es un riesgo a tener muy en cuenta.

—Lo es.

—Pero, entonces, ¿qué debo hacer? —persistió Fabio.

—Convencer al Senado de que es la mejor decisión —reiteró Tiberio, volviendo a la casilla de salida.

Fabio ronroneó divertido.

—Veamos, Tiberio —dijo dispuesto a sincerarse—, deseo más que nadie cazar a Viriato y llevarlo a Roma cargado de cadenas, pero lo cierto es que este año no iremos tras él —reconoció.

—El Senado no ha enviado un ejército consular para que no haya avances en la guerra —replicó Tiberio.

—Pues que sea el Senado quien conduzca ante Viriato a los niños que tengo como legionarios. Ya has oído a Plaucio, y yo le creo. No pienso enviar a unos críos bisoños y sin cohesión a luchar contra un hombre que es mucho más de lo que parece.

—En Roma no se entenderá, desean ver muerto a Viriato.

—Lo verán, pero no este año.

—Habrá problemas —porfió el muchacho.

—No dudes de que Emiliano se las arreglará para que prorroguen mi mandato el año que viene.

—Si no hay buenos resultados, no lo tendrá fácil —perseveró Tiberio.

—Se las arreglará, te lo aseguro.

—No sé cómo.

Fabio exhaló una suave risotada. Tiberio, en su más pura esencia, emergía sin remedio, obstinado y sincero, sin pelos en la lengua por mucho que tuviera apenas veinte años y hablara ante todo un cónsul y como si fuera un cónsul. Que fuera así le había puesto los pelos de punta a Catón, o descolocaba a Emiliano, muy ducho en el ejército y en el foro, pero no ante un joven respondón y linajudo que todo lo hacía con normalidad, sin querer desafiar a nadie, simplemente porque creía tener la razón o porque fuera justo.

—Escucha, Tiberio —le dijo con paternalismo—. Los hombres que me han precedido en esta provincia tuvieron que salir de aquí con el rabo entre las piernas, o incluso no volvieron, motivo más que suficiente para que el Senado haya decretado enviar un ejército consular, ¿cierto?

—Cierto.

—Bien. Pero el verdadero problema ha sido la ambición de unos hombres que buscaban la gloria con demasiada rapidez, importándoles bien poco que sus legiones fueran una cuadrilla de taberna y no un buen ejército adiestrado de ciudadanos romanos. ¿Cierto?

—Cierto.

—Y todos cayeron en el error de creerse superiores simplemente porque hablaban latín, subestimando a Viriato, ¿cierto?

—Cierto.

—Bien, pues yo no estoy dispuesto a hacer lo mismo ni a cometer los mismos errores. Habrá problemas en Roma, sí. No se entenderá que no saque a las legiones de los cuarteles, sí. Apio Claudio pondrá el grito en el cielo, sí, pero… ¿sabes qué?

—No.

—Que me importa una mierda, ¿cierto?

Tiberio, sorprendido, no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—¡Cierto! —exclamó jovial.

Fabio le dio un pequeño codazo de complicidad. A Tiberio se le desarmaba con humor —justo de lo que carecían Catón y su hermano Emiliano— y con razones, no por prestigio ni simple autoridad.

Pero no había terminado de despojar la coraza del muchacho.

—De todos modos —le dijo—, tengo entendido que te encantaría ver el templo de Hércules en Gades, ¿cierto? —repreguntó con sorna, más si cabe al advertir que Tiberio se tensaba como un jovenzuelo que acaba de ver a la chica que le trae de cabeza. El templo de Hércules era uno de los más venerados del orbe entero, construido en tiempos de la guerra de Troya allí donde el héroe había completado el décimo de sus trabajos, a saber, robar el ganado de bueyes rojos del monstruoso gigante Gerión. Además, el templo guardaba las reliquias de Hércules, el cinturón de Teucro y el árbol de Pigmalión, cosas todas ellas irresistibles para un joven de la formación e inquietudes de Tiberio.

—¡Cierto! —exclamó este con entusiasmo.

—Si Aníbal lo visitó antes de partir hacia los Alpes, yo no debo ser menos —rio Fabio.

—Confío en que Hércules te escuche mejor de lo que lo hizo con el púnico —añadió Tiberio con ingenio.

—¡Cierto! —reprodujo Fabio con la imprescindible coletilla de la

conversación.

—Aunque mucho me temo… —prosiguió Tiberio con un repentino tono serio que llamó la atención de Fabio.

—¿Qué temes? —le interrumpió mirándole de soslayo.

—Que no lo visitaremos simplemente por su belleza, ¿cierto?

Fabio asintió con ojos socarrones.

—Eres agudo, muchacho, muy agudo. ¡Cierto! —celebró.

—Las gentes de la Ulterior están sufriendo los saqueos de Viriato, y qué mejor forma de insuflarles moral que hacer una ofrenda en el templo que más veneran, ¿cierto? —expuso Tiberio.

—Eres agudo, muchacho, muy agudo —reiteró Fabio.

—Cierto —repuso Tiberio con reiteradísima sorna.

Fabio cogió al muchacho del brazo y lo alejó del mar.

—No todo son batallas en una guerra, Tiberio —le dijo mientras abandonaban la playa—. En esta provincia hay sociedades de publicanos, empresas mineras, armadores, banqueros, prestamistas, transportistas y exportadores romanos e itálicos de trigo, salazones, aceite y vino.

—Mucho capital privado que proteger —comprendió Tiberio.

—Y mucho capital público. ¿Por qué estamos aquí si no? —sentenció Fabio con expresión traviesa.

Mujeres y hombres de Roma

Mediados de septiembre

Las noticias de la inactividad de Fabio en el sur de Hispania fueron llegando a Roma como un goteo incesante. Y qué más querían Claudio, Galba y Nobilior para desprestigiar a Emiliano.

—¿Para eso enviamos a un cónsul? ¿Para qué durmiera a pierna suelta en sus cuarteles? ¿Para que visitara el templo de Hércules gaditano? —clamó Nobilior en todas las sesiones senatoriales celebradas durante el verano.

—Debe regresar a Roma cuanto antes y dar explicaciones. Es un cobarde —le acusó Galba en las reuniones de otoño—. Elegidme cónsul y enviadme a mí a Hispania. ¿No demostré ya en el pasado que solo con mano dura puede vencerse a los lusitanos? —proclamó machaconamente, recordando su matanza de indígenas.

—¿Qué está haciendo Cayo Lelio en la Citerior? —añadió Claudio con maledicencia—. Yo os lo recordaré, ¡nada!

—Mi hermano es el hombre más digno de toda esta sala —replicó Emiliano sin descanso, pero consciente de que la estrategia de Fabio, fruto de su propio consejo, le desgastaba personalmente.

El mes de septiembre, en cambio, estuvo protagonizado por la llegada de Lucio Mumio, el gran vencedor de la guerra contra la Liga Aquea y destructor de Corinto. El Senado en pleno lo recibió en el templo de Bellona y le concedió, como era de esperar, el derecho a celebrar el triunfo cuatro días antes de las calendas de diciembre.

El evento, por descontado, era tan atractivo que Roma olvidó a Fabio, a Lelio y a Viriato durante unos días. Nadie quería perderse el triunfo, tampoco las dos hermanas Cornelia y su prima Emilia, que componían una de las asociaciones femeninas de mayor fama y alcurnia de Roma, bien conocidas por sus paseos matutinos a lo largo y ancho de la ciudad.

Podía decirse que Roma evolucionaba a lo largo del tiempo; que su *ager publicus* era cada vez más extenso y la ciudad cada vez más grande; las *insulae* cada vez más altas; los alquileres cada vez más caros; los banquetes de los hombres ilustres cada vez más ostentosos; y que la plebe urbana, engordada por los campesinos arruinados que emigraban desde los campos, era cada vez más manejable y revoltosa por obra y gracia de los tribunos de la plebe. Roma mutaba, oscilaba, pero nunca, lo que nunca cambiaban, eran los paseos de Cornelia, su hermana Cornelia *maior* y la prima de ambas, Emilia, hermana natural de Emiliano.

Sus caminatas envueltas en sus estolas y con sus cabellos cónicos encintados sobre la parte alta de sus cabezas eran una de las imágenes más

vivas de Roma. También la lentitud de su avance, pues entre charla y charla y alocuciones e interrupciones mutuas no daban tres pasos seguidos, deteniéndose de forma persistente para estar bien atentas a lo que decían o a lo que se les decía.

Aquella mañana fría pero soleada, la del triunfo, habían dejado la seguridad del Palatino y acudido a la colina capitolina, apostándose en su cima sur para contemplar desde lo alto la ceremonia triunfal de Lucio Mumio, que regresaba con un botín inconmensurable.

Desde los escarpes capitolinos dominaban ampliamente el paso del desfile en el tramo que discurría entre la puerta del triunfo y el Circo Máximo, inclusive el foro Boario. El griterío que ascendía del valle era ensordecedor, pero lo suficientemente mitigado como para que las tres mujeres dieran la debida continuidad a sus chismorreos.

Emilia, a sus treinta y dos años, era la más joven y también la que le daba a la lengua con mayor asiduidad.

—¡En el triunfo se exhibe el cuadro de Baco pintado por Arístides, del que es conocido el dicho «nada como el Baco»! —exclamó entusiasmada.

—Sin olvidar el Hércules consumido por el fuego —añadió Cornelia *maior* queriendo mostrar que ella, en saber cultural, no se quedaba a la zaga, como ninguna Escipión.

—Ya, pero no has oído hablar del cuadro de Dionisio de Arístides. También lo trae Mumio —se jactó con ganas de chinchar Emilia.

—¿Quién te ha dicho que no he oído hablar de ese cuadro? Tengo en mi casa una copia exacta, para tu información —desdeñó Cornelia *maior,* estirándose y sacando pecho. A sus casi sesenta años era ya una mujer lozana y rechoncha.

—No te lo crees ni tú. No lo sabías —rio Emilia, despectiva.

Cornelia la mayor, furibunda, se disponía a replicar cuando oyó, como de costumbre, la voz mediadora de su hermana pequeña.

—Sin duda, obras todas ellas de inmenso valor —terció Cornelia *minor*. Las peleas más tontas de Roma también estaban protagonizadas por su hermana y su prima.

—De muchísimo valor —enfatizó Emilia.

—De grandísimo valor, diría yo —añadió Cornelia *maior.*

Cornelia *minor* entornó los ojos, resignada, pero no vencida.

—Corinto era una ciudad inmensamente rica —dijo—, tanto que se dice que las esculturas y cuadros que trae Mumio van a poder engalanar toda Roma y muchas ciudades de Italia.

—Me ha dicho mi esposo que el cuadro de Dionisio se va a custodiar en el templo de Ceres —anunció su hermana, mirando de soslayo a Emilia. Esta no tardó en reaccionar.

—Pues se cuenta que Mumio, en cuya familia os recuerdo que no ha habido ni un cónsul salvo él mismo, decía a los comerciantes de obras de arte en Grecia que si rompían algún cuadro deberían sustituirlo por otro. ¿Se puede ser más ignorante? —interpeló con los ojos abiertos como platos.

—¡*Edepol!* ¿Eso es cierto? —inquirió la mayor de las Cornelias.

—Como lo oyes —se apresuró a confirmar Emilia.

—Por favor, por favor, no os dejéis llevar por las habladurías. Todas sabemos que Mumio es un hombre culto e inteligente que jamás diría una cosa así —se opuso Cornelia *minor*.

—¿Y cómo lo sabes? —le instó Emilia toda digna.

—Lo sé porque me lo habría contado Polibio en su última carta.

—¿Te ha escrito? —le preguntó su hermana como un muelle.

—¿Y qué te ha contado? ¡Él ha visto en persona las ruinas de Corinto! —añadió Emilia, nerviosa, provocando que Cornelia dejara escapar una media sonrisa.

—¡Dinos qué te ha contado! —reclamaron al unísono su hermana y su prima.

Cornelia no se hizo de rogar.

—Que los legionarios jugaban a las tabas sentados sobre los cuadros que antes habían tirado por el suelo —desveló.

La reacción de las mujeres no se hizo esperar.

—¿Ves? Ya sabía yo que Mumio es un ignorante —porfió Emilia.

—Un hombre nuevo, con un padre que solo pudo ser pretor. No es de extrañar —farfulló Cornelia *maior*.

—Otra cosa somos los Emilios —se jactó Emilia.

—Y los Escipiones —le fue a la zaga la mayor de la Cornelias.

—No he dicho que no lo sean —replicó Emilia.

—Lo parecía —atacó la mayor.

Comenzaba una nueva pelea y solo Cornelia *minor* podía detenerla. Su hermana y su prima, cuando querían, eran unas auténticas víboras palatinas.

—Hace ya un tiempo que Mumio ha pasado de largo —dijo, saliendo al paso—. Si no bajamos al foro, no lo veremos llegar. ¿Creéis que es un buen momento para dejar de discutir? —interpeló con sarcasmo.

—Me parece bien —dijo Cornelia *maior*.

—Vayamos antes de que tu hermana me regañe de nuevo por lo primero que se le ocurra —porfió Emilia.

—Vayamos entonces —confirmó Cornelia *minor* al tiempo que cogía del brazo apresuradamente a las dos mujeres y las arrastraba Capitolio abajo. No tenían remedio.

—Yo no tengo la más mínima duda de que este triunfo es mucho más impresionante que el de Emiliano —afirmó Galba con estridencia al ver pasar a Mumio y su carro triunfal por delante de la grada de los senadores.

—¡Me vas a comparar! —bufó Nobilior.

—Eso pienso yo —secundó Galba, satisfecho.

—Pero el triunfo de Emiliano tenía más lustre, no os engañéis —les contradijo con realismo Apio Claudio, situado nuevamente entre Galba y Nobilior, los tres en la última de las filas del graderío—. No es lo mismo derrotar a unos simples griegos que habían perdido el juicio que acabar con Cartago.

—¡Por todos los dioses, Apio! ¿Desde cuándo te has vuelto razonable? —protestó Galba con su fibroso cuello en acción.

—Este triunfo nada tiene que ver en la grandeza de su botín con el de Emiliano —insistió puerilmente Nobilior con su papada al aire.

Claudio hizo oídos sordos.

—No perdamos el tiempo en estas tonterías —masculló.

—Entonces, ¿en qué debemos perderlo? —ladró Galba.

Claudio le miró de reojo.

—¿No querías derrotar tú a Viriato? —preguntó.

—Sabes que sí, por algo me llaman el Lusitanito —se jactó.

—Pues este es tu momento y lo demás puras simplezas —murmuró Claudio con su típica altivez.

Galba ignoró las insufribles ínfulas de Claudio.

—Este año me voy a presentar de nuevo a las elecciones consulares —dijo—. Cuatro años, cuatro he tenido que esperar para tener opciones, pero este año por fin las tengo. Fabio no ha hecho en Hispania Ulterior otra cosa que rascarse su calva. Ni siquiera ha salido de sus cuarteles de invierno y Viriato sigue más vivo que nunca.

—Basta ver las caras de los ciudadanos para comprobar que arden de rabia —intervino Nobilior—. Quieren ver a Viriato desfilar por las calles de Roma delante de un carro triunfal y no pasearse por nuestra provincia como si fuese su dominio particular.

—Y Lelio no ha conseguido nada en la Citerior —porfió Galba.

—Los famosos compañeros de Emiliano están fracasando estrepitosamente —ironizó Nobilior con saliva en sus labios—. El pueblo pide mano dura en Hispania.

—Yo la tengo de buen cemento romano —se vanaglorió Galba.

—Primero gana las elecciones —le refrenó Claudio.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Galba, desquiciado.

—Lo que el pueblo quiere es que la guerra se conduzca a nuestra manera

—aseveró Claudio.

—Os he dicho que voy a presentarme a las elecciones consulares —insistió Galba.

—Ya te he oído —repuso Claudio.

—Pues eso.

—Sí, pues eso, este es tu momento —replicó Claudio.

Galba inspiró paciente, sin saber discernir si eran tres senadores o tres actores de una comedia de Menandro.

—Toda Roma sabe que yo puedo derrotar a los saqueadores lusitanos —masculló—. Ya lo he hecho antes, aunque me costara aquel indigno juicio. ¡Eliminé a treinta mil bárbaros y se me pagó con la vergüenza! —despotricó por lo bajo.

—Sí, por supuesto —dijo un mordaz Claudio. En verdad que Galba se había comportado en Hispania sin escrúpulo alguno.

Galba, ajeno al tono burlón, torció la cara como solo él sabía hacerlo.

—Me presentaré al puesto de cónsul patricio —insistió—, pero, dando esto por seguro, ¿a quién patrocinaremos como cónsul plebeyo? No quiero líos ni problemas con mi mando en la Ulterior. Quiero a un colega que no me discuta mi derecho a dirigir la guerra contra Viriato —afirmó exigente.

Nobilior se removió inquieto.

—Debe ser alguien capaz de vencer a Metelo Macedónico. Ya fue derrotado en las elecciones pasadas y no es fácil que vuelva a perder. Tiene el apoyo de Emiliano —reflexionó.

—Eso no es un problema —repuso Claudio con rotundidad.

—¿Por qué? —preguntaron al unísono Galba y Nobilior.

—Porque Metelo es un aliado de Emiliano y su hermano y su amiguito Cayo Lelio están fracasando en Hispania. Los ciudadanos no votarán este año nada que huela a Escipión, os lo aseguro —explicó con aires de grandeza.

—Además —se arrancó Nobilior—, Metelo fue tan riguroso en Macedonia que ningún recluta quiere votarle. Les da pánico que vuelva a ser cónsul y los dirija de nuevo en la guerra.

—Y mucho más en Hispania —recordó Claudio—. Todos conocemos la brutalidad de los celtíberos y los lusitanos.

—De acuerdo, pero ¿a quién patrocinaremos como cónsul plebeyo? —interpeló de nuevo Galba—. ¿A quién daremos el voto de nuestras clientelas? No quiero líos —reiteró.

—A Lucio Aurelio Cotta —espetó Claudio de pronto.

—¿A Cotta? —saltó como un muelle Galba.

—¿A ese canalla? —dijo, igualmente sorprendido, Nobilior.

—Sí, a Cotta. Es un canalla, pero un tipo muy hábil —farfulló Claudio.

—No y no, es muy arriesgado —se opuso Galba—. Como tribuno de la

plebe quiso esquivar a sus acreedores invocando el carácter sagrado e inviolable de su cargo. No me fío de él. No lo quiero como colega.

—Como pretor extorsionó a los provinciales. Vendería a su madre si fuese necesario —se quejó Nobilior, totalmente disconforme.

Claudio exhibió una malévola sonrisa.

—Eso es justamente lo que Roma demanda ahora, cónsules sin escrúpulos capaces de tener mano dura como el cemento —escupió.

Galba gruñó como un león que marca su territorio, pero no respondió a las palabras de Claudio. Si carecer de escrúpulos era una condición que le podía dar su ansiado consulado, poco le importaban unos simples y ofensivos términos. En cualquier caso, pensándolo bien, a buen seguro que Cotta, con el simple agradecimiento de ser cónsul, cedería sin problemas el mando de la guerra lusitana.

—Sea, ayudemos a Cotta —confirmó.

—No me convence, pero sea —dijo Nobilior con reticencia.

—Pues bien, ya tenemos candidatos —proclamó Claudio sin perder su sonrisa—. Y ahora, amigos míos, vayamos al templo de Júpiter a recibir al triunfador. Como llegue Mumio y no estemos allí no dudará en sacrificarnos junto a los bueyes —satirizó con una mueca de burla en el instante en el que el Senado en bloque abandonaba la grada y, atajando por el *vicus Jugarius*, subía al Capitolio a esperar a Mumio.

Cuando las dos Cornelias y Emilia iniciaron el descenso del *clivus Capitolinus* comenzaron a cruzarse con los senadores que, desperdigados y en pequeños grupos según sus afinidades, subían a su vez para asistir a los sacrificios que debía ofrendar Mumio en honor a Júpiter.

Las tres mujeres se encontraron en primer lugar con el esposo e hijo de Cornelia *maior*, a saber, respectivamente, Nasica Córculo y Nasica el Joven, entre otros Escipiones, lo que provocó que el rostro de Cornelia la mayor alcanzara la mayor de las dulzuras, sobre todo al ver cojear a su querido esposo, antaño enérgico valladar ante el viejo y agrio Catón con su cansino «*Carthago delenda est»,* y ahora un hombre venido a menos en su salud, en su presencia física y en su influencia.

—¡Las mujeres más elegantes de toda Roma! —tronó con alegría Nasica Córculo.

—¡Sin duda! —gritó al unísono el resto de los acompañantes.

—Bajamos al foro a ver llegar a Mumio —dijo Cornelia *maior*, ruborizada como una niña pequeña.

—Daos prisa, nos pisa los talones —les conminó Nasica Córculo sin

detenerse. Si lo hacía, le dolían las rodillas y las caderas.

Superado este grupo, emergió precisamente el mismísimo Emiliano, bien acompañado de otro vigoroso séquito de padres conscriptos. Fue esta vez Emilia la que le saludó alegremente con una enorme sonrisa, correspondida por su poderoso hermano, aunque ahora un poco más solitario al encontrarse Fabio en la Ulterior y Lelio como pretor en la Citerior. Cornelia y Emiliano también se saludaron, pero a su forma particular, de soslayo, manteniendo sus miradas de modo sostenido y profundo, en la pugna de quién cedería antes. Normalmente ninguno de los dos lo hacía.

—Sigamos, sigamos —apremió Cornelia *maior* para poner fin a aquel combate de personalidades.

Después de Emiliano llegó hasta su altura el rudo y corpulento Metelo Macedónico con su enorme nariz y sus gruesas cejas. Ellas sonrieron y Metelo inclinó la cabeza, pero sin llegar a detenerse.

Finalmente, poco antes de la curva del templo de Saturno, aparecieron Apio Claudio, Galba el Lusitanito y Nobilior el Elefantito, pero tan afanados iban en una calurosa conversación que no se percataron de las tres mujeres.

—¿Qué tramáis? —les interrumpió Cornelia *minor* con una sonrisa. No soportaba a Galba y a Nobilior, pero no era el caso de Claudio.

Este, sorprendido, levantó la mirada, molesto, pero sonrió de inmediato al ver a quién tenía delante.

—¡Cornelia, qué alegría! —exclamó sin poder reprimirse—. Señoras —añadió educadamente, haciendo una pequeña reverencia a Emilia y a Cornelia *maior*.

—Dime, Apio, algo tramabais, os conozco —insistió Cornelia con picardía.

Claudio no podía reconocer que venían despotricando de Emiliano y de cómo vencer a sus candidatos en las próximas elecciones consulares, por lo que dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Discutíamos cuál es el actual año olímpico de los griegos —se inventó con agilidad mental y sin perder la sonrisa.

Cornelia le miró divertida.

—Una discusión de lo más interesante —ironizó.

—Cada uno de nosotros opina una cosa, ¿verdad? —contestó Claudio, girándose en busca de Galba y Nobilior, que le miraban aterrados.

—Yo digo…, yo digo que es el ciento cincuenta ocho —se apresuró a titubear Galba.

—Y yo…, yo el ciento cincuenta y siete, y siempre teniendo en cuenta que la Olimpiada se celebra cada cuatro años —aclaró innecesariamente Nobilior, totalmente fuera de lugar.

—Por supuesto —murmuró Cornelia con el cuello ligeramente ladeado,

a su modo natural—. En estas circunstancias, con vuestro dominio y enorme interés del mundo griego sabréis, por ejemplo, quién fue el ganador de la carrera del estadio de Olimpia en el año olímpico ciento catorce, ¿verdad? —interpeló con toda maldad.

Los tres hombres se miraron entre sí, sintiéndose unos idiotas.

—¿Damasias de Anfípolis? —dudó Nobilior.

—Ese es el vencedor del año ciento quince. Casi, pero no —se mofó ella.

—Cornelia, nos abrumas con tu conocimiento —siseó Galba, tratando de contener su característico y agrio semblante.

—¡No, no, espera! —exclamó de pronto Claudio—. Es Micinas de Rodas. Fue Micinas de Rodas.

Cornelia sonrió con malicia. La respuesta era la correcta.

—Bien, senadores, os creo. Efectivamente discutíais los años olímpicos —dijo con gracia—. Pero ahora, pese a estar colmadas de vuestra sabiduría, debemos dejaros. Queremos llegar al foro.

Galba y Nobilior respiraron aliviados, pero Claudio no había terminado.

—¿Y tu hijo Tiberio? ¿Está bien? —se arrancó.

—Gracias a los dioses, lo está. ¿Y tu esposa, tu hijo y tus dos hijas? —respondió Cornelia con cortesía.

—Antistia está mejor que nunca, al igual que mis hijas. Claudia *prima* es feliz en su sacerdocio como virgen vestal. Y mi Claudia *secunda* es una niña encantadora, distinguida y educada. Deberías verla —añadió Claudio lleno de interés.

—Apio… —le advirtió Cornelia sin olvidar el constante deseo de Claudio por desposar a la segunda de sus hijas con Tiberio, algo que venía intentando desde hacía años, sin éxito.

—¿Qué? —se defendió Claudio—. ¿Acaso no es cierto lo que he dicho? —preguntó, girándose de nuevo hacia Galba y Nobilior.

—Sí…, sí…, claro, es una niña preciosa —balbució Galba, completamente atorado.

—Sus cabellos negros son muy graciosos —acertó a decir Nobilior, igual de anonadado por los atolladeros en los que les estaba metiendo Claudio.

Cornelia sonrió sin dar crédito a lo que acababa de ver y oír.

—Nobilior —le dijo—, Claudia es rubia y tiene unos hermosos ojos azules. Y ahora, señores, debemos irnos —concluyó al tiempo que emprendía la marcha seguida de su particular escolta de amazonas.

A la altura del templo de Saturno se dio la vuelta y miró hacia atrás. Claudio y los demás senadores se alejaban cuesta arriba.

—Ahí van nuestros hombres, lo mejor de Roma —dijo con divertida

paciencia.

—A su manera, son tan chismosos y liantes como nosotras —rio Cornelia *maior*.

—Es lo que tenemos —añadió su hermana.

—Solo mi hermano se salva…, y los Sempronio Graco y los Escipión, por supuesto —matizó Emilia, guiñando un ojo.

Las tres mujeres se carcajearon a mandíbula suelta, sumergiéndose después en el gentío que aguardaba la llegada de Mumio. Roma estaba preciosa, tanto o más que la segunda hija de Claudio.

En el cuarto miliario

Roma, finales de noviembre

Unos días antes de las calendas de diciembre se celebraron las elecciones consulares. Muchos pretorios presentaron su candidatura, entre ellos Galba, su supuesto cómplice Lucio Aurelio Cotta y otros candidatos promovidos por Emiliano, entre ellos el repetidor Metelo Macedónico.

La jornada discurrió sin incidentes, los votantes recorrieron los *saepta* con ánimo y brío pese al frío que hacía, no hizo falta que votaran los electores de la tercera clase hacia abajo y resultaron elegidos por gran mayoría Galba y Cotta, y todo ello bajo la mirada inquisitiva del Senado, suave como un gatito tierno si se le hacía caso y asesino y peligroso como un cocodrilo del Nilo si se lo ignoraba.

Terminado el día, Atilia, esposa de Metelo Macedónico, no necesitó que nadie le explicara lo sucedido cuando vio que quien entraba en la casa era únicamente Quinto, su hijo mayor, un joven muy parecido a su padre, aunque menos robusto, que acababa de cumplir veinte años.

—¿Han terminado ya las votaciones? —se limitó a preguntarle.

—Sí.

—¿Tenemos nuevos cónsules?

—Sí.

—¿Y dónde está tu padre?

Su hijo sacudió la cabeza.

—No ha querido venir a casa —contestó compungido.

—Pero ¿a dónde ha ido?

—No lo sé. No quería hablar. Me ha pedido que me adelantara y que no te dejara sola —contestó su hijo.

Atilia, una de las grandes matronas de la ciudad y madre de siete hijos, no precisaba oír más, ni por supuesto iba a quedarse en casa a modo de velatorio. Su marido la necesitaba y sabía dónde encontrarlo.

—Quédate en casa. Volveré pronto con tu padre —le dijo a su hijo poco después mientras cruzaba el atrio como la mujer decidida y fuerte que era.

Acompañada únicamente por dos esclavos de la casa, Atilia descendió como un rayo la cuesta palatina. El sol, frío y mortecino, declinaba y no debía perder el tiempo.

Un pequeño carruaje le esperaba junto al templo de Júpiter Stator. Había tenido la precaución de ordenar a su cochero que acondicionara el carruaje más liviano que tuvieran mientras se arreglaba apresuradamente, y a fe que lo había hecho con diligencia, pues todo estaba dispuesto para arrear a los dos caballos.

Poco después el carro traqueteaba veloz por la vía del triunfo, bajo las estribaciones orientales del Palatino, tomando a continuación, a la izquierda, el comienzo de la vía Apia, allí donde se abría el vano de la puerta Capena. El cochero arreó todavía más los caballos y enfiló el trazado rural de la vía, domeñando a los équidos cuando tuvo que tomar una nueva intersección a la izquierda, embocando por fin la vía Latina. Su destino aún estaba lejos, justo en el cuarto miliario.

El tiempo discurrió con desesperante lentitud para Atilia, más si cabe al advertir que el sol caía vertiginosamente. No era seguro deambular por Roma de noche.

—¡Más rápido! —le gritó al cochero.

El esclavo se encogió de hombros, poco convencido. Cualquier bache en el desigual empedrado de la vía les haría saltar por los aires.

Al rato, el carro se detuvo ruidosamente junto al cuarto miliario. Atilia, con sorprendente agilidad, remangándose sin decoro la túnica larga y la estola, bajó a gran velocidad. Con sus pies ya firmes en los enlosados, escudriñó entre la débil luz del atardecer, y lo vio, allí donde lo esperaba, solo, frente a la imagen de la diosa Fortuna Muliebris, colocada sobre una austera columnilla bajo una no menos sencilla capilla en uno de los laterales del camino. Sin decir nada, fue a situarse a la par de su marido. Este inspiró muy despacio al sentir su compañía.

—Mi madre acudía a menudo a este lugar y yo la acompañaba —balbució con tristeza.

—Lo sé.

—Tengo buenos recuerdos —insistió Metelo.

—¿Y ella te ha dicho algo? —preguntó Atilia, pero señalando a la imagen. Se decía que la estatua había hablado en el pasado hasta en dos ocasiones, en ambas para decir: «Matronas, según el rito sagrado, me habéis dado, y según el rito sagrado, me habéis dedicado».

Metelo emitió una pequeña risa reconfortante. Su esposa solía hacerle reír con ocurrencias como aquella, animándole incluso en los momentos más aciagos, como era el caso.

—Cuentan que su santuario fue consagrado cuando las súplicas de las madres apartaron a Coriolano de arrasar la ciudad —dijo.

Fue esta vez Atilia la que rio con dulzura. Coriolano era una especie de héroe legendario de los albores de la República, cuatrocientos años antes. Exiliado de forma injusta y huido a tierras de los volscos, enemigos del pueblo romano, se había rebelado y marchado contra Roma, y solo gracias a la intervención desesperada de su madre Veturia y de su esposa Volumnia, que imploraban misericordia, había accedido a perdonar su ciudad.

—¿Acaso soy yo ahora una nueva matrona que sale al paso de su marido

y le implora que se perdone? —bromeó Atilia para, de pronto, borrar de su rostro cualquier atisbo de chanza—. Serás cónsul, Quinto, lo serás —aseveró con rabia.

Metelo se llevó la mano a la cara.

—Es mi segunda derrota, Atilia, la segunda —gimió.

—Como si es la octava.

—Era previsible que el cónsul patricio acabara siendo Galba, pero ¿cómo me ha podido vencer Cotta en el puesto plebeyo? ¿Cómo? ¿Qué méritos tiene? ¡Es un vulgar ladrón! ¡Un canalla sin escrúpulos! —aulló abruptamente.

—Quinto, ¡por todos los dioses! —le increpó Atilia—. Sabes que eso no ha tenido nada que ver. Claudio y los de su facción han llegado a un acuerdo para apoyar a Cotta. Nada les ha importado que Cotta sea de la peor calaña. Eres ciego si no lo ves.

—Pero los campesinos y los legionarios siguen sin querer darme su voto. Prefieren que les dirija en el campo de batalla un inútil como Cotta antes que un hombre como yo. ¡Lo prefieren! ¡Me reprochan que fui demasiado severo con ellos en Macedonia! —gritó. Pasaba de la consternación a la furia en un soplo, pero Atilia no le daba tregua.

—¡Que se pudran en el tártaro!

—A este paso yo me pudriré con ellos.

—¡Quinto! Lo que te hace verdaderamente daño es que se te vincule tanto con Emiliano. Mientras te vean a su lado, te atacarán por el simple placer de dañarle a él. ¡Hasta son capaces de apoyar a Cotta para conseguirlo!

Metelo, sin reacción, mantuvo su cara de chiquillo lastimero.

—Tenías que haber visto su rictus de hoy —resopló—. Jamás le había visto tan serio y afectado. Para él ha sido un varapalo que ganen Galba y Cotta. Es un golpe a su prestigio. Su hermano Fabio tendrá que volver de Hispania sin haber hecho nada. Es un deshonor.

—Preferiría no hablar ni de Emiliano, ni de su hermano, ni de nadie de los suyos. Tu vinculación con él te hace daño —insistió Atilia.

Metelo volvió a llevarse la mano a la cara.

—¿Y qué quieres decirme con ello? —inquirió molesto—. Luché al servicio de su padre en Pidna y me eligió personalmente para llevar a Roma el mensaje de la victoria junto a su hijo Fabio. Y mi propio padre fue fiel compañero de su abuelo Escipión Africano. ¿Quieres que le traicione?

—Quiero que vueles por ti mismo —espetó Atilia con dureza—. Debes ser Quinto Cecilio Metelo Macedónico y no un simple siervo como Lelio o Fabio.

Metelo apretó los labios y tensó las mandíbulas.

—Yo no soy Lelio ni Fabio —masculló molesto. Siempre se había visto

a sí mismo superior a ellos.

—¿Y qué haces entonces aquí, solo, casi de noche, en mitad de la nada? —le abroncó Atilia.

—Lamerme las heridas.

—Como si quieres lamer la estatua de la diosa.

—¡Atilia!

—¡Reacciona! ¡Hazlo, aunque sea por tus siete hijos!

Metelo sintió un penetrante aguijón en el pecho, seguido de una súbita energía que le subía de los pies a la cabeza.

—Van a ser de mármol, todo en mármol —susurró de pronto.

—¿Qué? —preguntó Atilia, descolocada pero esperanzada. Los ojos marrones de su esposo desprendían un súbito fuego.

—Los templos. Voy a construir uno dedicado a Júpiter Stator en los terrenos adjuntos al circo Flaminio, al lado del templo de Juno Regina, que voy a embellecer. Van a ser de mármol, rodeados por un pórtico, todo grandioso —farfulló Metelo, iracundo.

—¿Todo en mármol? No tendrán nada que envidiar a los templos de Pérgamo o de Atenas —imaginó Atilia entusiasmada.

Metelo sonrió con poderosa fuerza.

—Y los adornaré con el conjunto escultórico de Alejandro Magno y sus generales, el de Lisipo, que traje de Macedonia.

—Será impresionante.

—Y seré el primero, Atilia, sí, lo seré —rumió Metelo al compás de su vigorosa respiración—. Seré el primero que levante en Roma templos en mármol, y Hermodoro de Salamina será el arquitecto.

—Y yo solo sé una cosa, mi Metelo —susurró Atilia con un creciente brillo en los ojos.

—Estoy deseando saberla.

Atilia sonrió con infinita dulzura.

—Llegará el día en el que te elevarás por encima de todos ellos, de Emiliano, de Fabio, de Lelio y de Apio Claudio. Y llegará el día en el que todos tus hijos varones, los cuatro, serán cónsules, y tú vivirás para verlo —aseveró como si ella misma fuese la diosa Fortuna Muliebris.

Metelo se giró y la sujetó por los hombros, con rudeza pero con suavidad. Su derrota ya era, por segunda vez en su vida, cosa del pasado.

—Seré el primero, Atilia —declaró lleno de sobria intensidad—. Y, además —añadió ahora distendido—, Galba y Cotta son unos memos que harán el ridículo más pronto que tarde. ¡Ya verás!

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Me lo ha dicho ella! —exclamó Metelo, señalando a la diosa.

Atilia sonrió con dulzura, pasando su mano por la mejilla endurecida de

su Metelo, como así lo llamaba.

—Volvamos a casa —dijo en un susurro junto al cuarto miliario de la vía Latina.

Año 144 a.C.

EN EL CONSULADO DE SERVIO SULPICIO GALBA Y LUCIO AURELIO COTTA

Lo incomprensible

Roma, primer día de enero

Apio Claudio no cabía en sí de gozo. Debía remontarse muchos años atrás para recordar una pareja anual de cónsules en la que no hubiera un Escipión o un miembro de una *gens* afín a ellos.

Prácticamente siempre una o las dos magistraturas consulares eran ocupadas el primer día de cada año por un Cornelio Escipión, un Cornelio Cetego, un Cornelio Hispalo o un Cornelio Dolabela, y a falta de los incombustibles Cornelios y de sus interminables ramas familiares, siempre había un Fabio, un Emilio, un Fannio, un Servilio, un Cecilio Metelo, un Licinio Lúculo o un Livio Druso para rendirles pleitesía.

Por ello, lo que estaba sucediendo aquella mañana le hacía saltar de alegría en los bancos de madera colocados en los laterales de la gran *cella* central del templo de Júpiter. Dos nuevos cónsules, Galba y Cotta, acababan de tomar posesión de la magistratura y ninguno de ellos estaba sometido a Emiliano ni a su pandilla.

Como esperaba, la inactividad de Fabio en Hispania Ulterior ante Viriato y la inoperancia de Cayo Lelio en la Citerior habían conducido al impaciente y orgulloso pueblo de Roma al hartazgo, castigando en las elecciones consulares a cuantos candidatos lamieran la toga de Emiliano.

Los ciudadanos querían mano dura en Hispania, y qué mejores postulantes que Galba y Cotta, dos hombres abyectos y sin escrúpulos, de mirada corva, zigzagueantes como víboras, espigados y fibrosos que, en definitiva, representaban la más dura derrota de prestigio e imagen del Escipión adoptado, como le gustaba llamar a Emiliano.

Claudio era, en definitiva, la viva imagen del gozo sublime.

—Qué efímero es el triunfo —le había dicho a su esposa Antistia poco antes de salir hacia el Senado, con tono cantarín, jactándose de qué pronto había olvidado el pueblo, desagradecido por naturaleza, que Emiliano era su campeón y el vencedor de Cartago.

—La fama es efímera para todos los mortales. Ándate con cuidado, esposo, que tienes compañeros que no son de fiar —le había contestado ella en su particular manía de no mantener la lengua en estado de reposo. Pero ¿qué sabía ella de estas cosas? Emiliano había sido derrotado, lo que significaba para su mayor regodeo que el mando consular de Fabio en Hispania Ulterior no sería prorrogado. Galba le sustituiría en la guerra contra Viriato, poniendo fin ellos, la facción claudiana, y no los Escipiones y sus esbirros, al incansable bandolero lusitano.

La mañana de la toma de posesión acababa de sucederse con toda

normalidad. Según la solemne costumbre, los nuevos cónsules, escoltados por un enorme e impresionante cortejo de senadores, caballeros y sacerdotes, habían ascendido al Capitolio para ofrecer al dios Júpiter un magno sacrificio de bueyes blancos.

Sacrificadas las bestias y analizadas sus vísceras sin que nada calamitoso se apreciase en ellas, los trescientos senadores se habían reunido, o más bien apelotonado, en la *cella* central del templo capitolino para dar cumplimiento al orden del día. Procedía en aquella primera sesión del año decidir la fecha de las ferias latinas en el monte Albano, distribuir las legiones, asignar al nuevo pretor urbano Quinto Marcio Rex ciento ochenta millones de sestercios para reparar los daños de los acueductos Apio y Anio, así como la construcción de uno nuevo, y tomar las medidas apropiadas a fin de expiar los prodigios naturales y aberrantes acaecidos a lo largo de los últimos meses.

Y es que de Suesa llegaban noticias de que un rayo había alcanzado dos puertas y el tramo de muralla que las unía. En Tusculum había nacido un niño con tres pies y una sola mano. En Agnania se habían visto dos soles. Finalmente, en Frusinón los ratones habían roído el oro consagrado.

A la vista de estos prodigios inexplicables, el Senado, en su condición de máxima autoridad religiosa, acababa de decidir que los dos nuevos cónsules ofreciesen sacrificios con víctimas adultas a los dioses que considerasen oportunos en todos los altares existentes sobre suelo romano.

A media mañana, tratadas ya todas estas cuestiones, solo restaba acometer el último de los puntos del orden del día de la sesión, aquel que provocaba en Apio Claudio el éxtasis, a saber, sortear cuál de los dos nuevos cónsules sucedería en el mando de Hispania Ulterior al decepcionante Fabio, incapaz de mover sus legiones durante un año entero para incomodar mínimamente a Viriato. El sorteo en sí consumaría su victoria, totalmente asegurada teniendo en cuenta que Cotta se había comprometido a rechazar el destino hispano en favor de Galba si resultaba ganador. Tal era el acuerdo, su acceso al consulado, pero siempre que se olvidara de la guerra contra Viriato.

Sintiéndose flotar, Claudio se removió sobre el banco con ojos lascivos, contemplando con altanería y por un instante a Emiliano, al que tenía a poco más de tres pasos en la abigarrada bancada de enfrente. Su gran rival languidecía por la derrota. Comenzaba el acto final que habría de hacerle morder el polvo.

La sesión la presidía el viejo Nasica Córculo, el hombre de prestigio intachable y de insuperable dignidad al reunir en su persona la condición de príncipe del Senado y pontífice máximo.

Nasica Córculo estaba sentado en una silla plegable a los pies del basamento de la estatua en terracota de Júpiter, constreñido a ambos lados por las bancadas laterales. Cuando lo creyó oportuno, arrugó su afilada nariz,

cogió aire pesadamente y se hizo oír sin dificultad pese a que su voz no era tan recia como antaño.

—Padres conscriptos, procederemos a continuación al sorteo de los destinos consulares, comenzando por Hispania Ulterior —declaró al tiempo que un escriba se acercaba por en medio del estrecho pasillo que dejaban las bancadas. El funcionario aferraba dos pequeñas bolsas de cuero. En una se habían introducido dos tabletas de cera con los nombres de los cónsules, mientras que en la otra se había hecho lo propio con las provincias.

Apio Claudio siguió con vanidosa expectación los pasos del escriba sobre el enlosado, y salivaba ya como un depredador perverso, gozando de la pronta humillación de Emiliano cuando, como sucede en los momentos más inesperados, un metafórico manotazo le sacudió de arriba abajo, aturdiéndolo a la par que sus caninos de carnívoro salían despedidos por el éter, hechos pedazos. Porque justo en el momento en el que el escriba entregaba las bolsas a Nasica Córculo, Cotta, que estaba sentado a su derecha, se puso en pie con su más típico gesto de corrupto incorregible. Claudio elevó su mirada con expresión confundida. Aquello no estaba previsto.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó por lo bajo.

—Lo que es de justicia —espetó Cotta.

—Pero…

Claudio no pudo continuar. Cotta, el hombre de las mil deudas, el extorsionador de provinciales y aquel para el que todo tenía un precio, tronaba ya a pleno pulmón. Era demasiado tarde para darse cuenta de que nunca debía haber confiado en él.

—*Princeps Senatus* —vociferó Cotta—, me opongo a que se sortee la provincia de Hispania Ulterior. —Claudio se quedó sin respiración. Cotta no había terminado—. Pido a esta cámara que me entregue a mí la provincia. —Claudio sintió que se le paraba el corazón. Cotta prosiguió—: Galba solo azuzará el odio de los lusitanos cuando recuerden su matanza. Yo debo ir a la Ulterior —proclamó con toda naturalidad.

Sin respiración y sin latidos cardiacos, Claudio creyó que la techumbre de inmensas vigas de roble de la sala se le venía encima. Pero no era todo. Un sonido a su izquierda le hizo girar el cuello y comprobar que Galba, con las venas azuladas del cuello a punto de explosionar, se levantaba y se arrancaba con el gesto iracundo.

—¡Yo debo dirigir la guerra lusitana y no ese miserable! ¡Me niego a que se celebre el sorteo! —aulló desquiciado y traicionado.

Un silencio cortante barrió la sala mientras Claudio, horrorizado y patidifuso —como el resto de los senadores—, sentía que le ardían las entrañas. Aun así, recuperada la respiración, regresado el latido de su corazón y enrojecidas sus mejillas, miró sucesivamente a Galba y a Cotta, como una

fiera, con sus ojos azules saliéndosele de las órbitas, tratando de comprender la razón de la mayor estupidez que había visto en vida. Ninguno de los dos le hizo el más mínimo caso, pero sí Emiliano, que le observaba con un rictus de victoria que le resultaba mucho más doloroso que si le arrancaran los pelos rubios de su patricia bolsa escrotal.

—¡*Princeps*! —aulló pese a todo, poniéndose en pie de un brinco, dispuesto a arreglar el cataclismo que los dos mayores imbéciles de Roma acababan de invocar, especialmente Cotta.

—*Princeps* —dijo casi al instante Emiliano, pero con más mesura, poniéndose tranquilamente en pie.

Claudio lo fulminó con la mirada, pero no era suficiente, ni de lejos, para abatir a un Escipión.

—*Princeps*, pido la palabra —insistió Claudio.

—Yo también la pido y tengo derecho a hablar primero. Soy un consular. Mi colega Apio Claudio solo un pretorio —precisó Emiliano con toda tranquilidad, dominando la situación.

Claudio, sin aliento, saltó en el banco como un niño malcriado.

—¡*Princeps*! —gritó.

Nasica Córculo no estaba para riñas. Con su enorme experiencia, tuvo la tranquilidad suficiente para limitarse a elevar las manos, hacer callar a todos y apagar el creciente murmullo de la sala. Hecho esto, miró primero a Claudio y luego a los dos cónsules.

—Por todos los dioses, ¿ambos os oponéis al sorteo? —preguntó estupefacto. Aquello era inaudito.

—Por supuesto —confirmó Galba con suficiencia.

—Tanto que si no se me asigna la provincia vetaré todas las decisiones de mi colega —secundó Cotta con la barbilla bien alta.

—¡*Princeps*! —reiteró Claudio en un arrebato desesperado.

Nasica Córculo opuso su autoritaria mano.

—No tienes la palabra, Apio Claudio.

—Pero…

—No —zanjó Nasica expeditivo. Después, se dirigió de nuevo a los dos cónsules.

—Servio Sulpicio Galba, Lucio Aurelio Cotta —declaró solemne—, os lo pregunto una vez más. ¿Consentís el sorteo?

—No.

—No.

Nasica Córculo ahuecó los labios, lleno de incredulidad, se inclinó ligeramente hacia delante y palmeó sus muslos con las manos.

—Pues bien, se suspende esta sesión hasta mañana. Pensad bien lo que hacéis, cónsules. Mañana volveré a preguntároslo —concluyó.

Los senadores se pusieron en pie, unos asombrados, otros indignados, otros atenazados, otros muertos de risa, otros deseando estrellar sus cabezas contra los muros del templo y otros visiblemente contentos. Solo uno permanecía sentado con la cabeza gacha, recordando machaconamente la advertencia de su Antistia: «La fama es efímera para todos los mortales. Ándate con cuidado, esposo, que tienes compañeros que no son de fiar».

La táctica de Protágoras

Esa misma noche. En la domus *de Nasica Córculo*

—¿Y no habéis visto la cara de Claudio? ¡Parecía que acababan de meterle un nabo por el culo! ¡Digno de verse! —se carcajeaba sin parar, de modo irritante y grosero, Nasica el Joven, con lágrimas en los ojos, provocando que Emiliano lo fulminara con la mirada.

A sus ojos, Nasica el Joven era el Escipión más impertinente e insoportable de todos. Ya desde su infancia habían chocado en su carácter, serio y moderado el de uno, irreverente y graciosillo el del otro.

Recientemente, además, Nasica había perdido estrepitosamente las elecciones a edil curul por decirle a un campesino de manos callosas que se le había acercado ilusionado a apretar su mano si caminaba con ellas en lugar de con los pies.

Tal comentario, tomado como una ofensa por los orgullosos campesinos de las tribus rusticas, no dejaba de ser un ejemplo de las típicas salidas de tono de un hombre soberbio que, cumplidos los treinta y siete años, de brillantes cabellos dorados, ojos intensamente azules, perenne gesto de ceja levantada y labios ridículamente apretados e impulsados hacia adelante cual pico de pato, todo lo miraba por encima del hombro, resultando de lo más sorprendente que fuera hijo de uno de los matrimonios más respetados de Roma, el de Nasica Córculo y Cornelia la mayor.

En cualquier caso, las risotadas de Nasica el Joven no solo contrariaban a Emiliano, también a su propio padre, Nasica Córculo, que lo miraba con gesto recriminatorio. Tanta risa y grosería era excesiva.

—Publio, es suficiente —le dijo.

—¡Qué brinco ha dado! ¡Por todos los dioses, qué experiencia!

—Publio, ya basta.

—¡No…, no puedo! —farfulló Nasica muerto de risa.

—Déjalo, Córculo, vayamos a lo nuestro —intervino Emiliano.

—¡Vaya par de idiotas! —tronó en ese instante Metelo Macedónico—. ¡Sabía que Galba y Cotta harían de las suyas, pero no que fuese el primer día! —vociferó exultante, agitando su corpulento tamaño.

Nasica Córculo inspiró muy despacio. Ignoró a Metelo y le dedicó a su hijo una nueva mirada de carácter furibundo.

—Córculo —insistió Emiliano para llamar su atención.

Este asintió a duras penas.

—¿Crees que saldrá bien? —preguntó.

—Juraría que mañana Galba y Cotta nos volverán a dar el mismo espectáculo —opinó Emiliano, clavando los ojos en su copa de vino—. Lo que os acabo de proponer es razonable, y ya he hablado con algunos censorios

y consulares. Saldrá bien —añadió con decisión.

Córculo inspiró fuertemente, como si quisiera retener todo el aire de la espaciosa biblioteca de su *domus* palatina. Como pontífice máximo estaba obligado a tener su residencia oficial en la *Domus Publica*, en el foro, junto al edificio de la Regia y la casa de las vestales, pero nada le impedía conservar su patrimonio y seguir manteniendo su casa del Palatino, un lugar mucho más tranquilo y discreto para celebrar reuniones como aquella.

Inspirado y espirado todo el aire que pudo, fijó su atención en el busto en bronce de su abuelo, Escipión Calvo, muerto en Hispania en la guerra de Aníbal. Aquella sala, de hecho, no era otra cosa que una recopilación de estuches de pergamino, pero, sobre todo, un recuerdo viviente de la ilustrísima familia Escipión Nasica.

—Y vosotros, ¿qué opináis? —inquirió tras salir de su pequeño y grandilocuente ensimismamiento, buscando con la mirada a Metelo Macedónico y a otro hombre que, como novedad, había sido convocado por primera vez a una reunión de la importancia de aquella.

Se trataba de Quinto Pompeyo, un rico e influyente senador del Piceno, cercano a la cuarentena, de prominentes ojos de huevo que parecía que iban a salírsele de las órbitas, cabello rojo puntiagudo y, para muchos, de llamativa cara traviesa o traidora, según se mirara. Un hombre, en definitiva, del que casi nadie se fiaba pero que contaba, para sorpresa general, con el especial patrocinio de Emiliano, que de un tiempo a esta parte lo llevaba a todas partes como si fuese su mascota.

—¿Qué opinas? —insistió Nasica Córculo.

—Ninguno de los dos puede ceder —se arrancó a contestar Metelo, provocando que Pompeyo le mirara con cara de asco. Se odiaban mutuamente. Siempre lo habían hecho, desde su infancia, y el mero hecho de estar juntos provocaba que a ambos les salieran sarpullidos o, peor aún, almorranas—. Estoy completamente de acuerdo, y debe hacerse mañana, con lo que ha propuesto Emiliano. La idea de seguir la táctica de Protágoras es excelente —añadió Metelo.

Acto seguido, después de escrutar a Metelo con toda la inquina de la que era capaz, Pompeyo se giró hacia Emiliano.

—Tu propuesta es magnífica. Quién nos diría que las ideas de Protágoras fuesen de tanta utilidad práctica —graznó con su pituda voz, lisonjeando a su defensor con todo descaro, lo que indujo que Metelo resoplara a su vez sin tapujo—. Estoy de acuerdo, Galba y Cotta nunca han sido amigos, pero desde hoy serán eternos enemigos. No cederán. Hágase de esa forma —añadió adulador, pasándose la mano por una incipiente calva en medio de su cepillo de pelos rojos.

Emiliano asintió, apretando los labios.

—Córculo, está dicho entonces. Si el voto de sus facciones se quiebra, seremos mayoría —le dijo.

Nasica Córculo frunció también los labios.

—Sea entonces, lo haremos tal como lo has propuesto, al modo Protágoras —dijo circunspecto. Después elevó la vista y sonrió—. ¿Quién nos lo habría dicho? —interpeló divertido—. Es inimaginable hasta dónde puede alcanzar la necedad humana. Su victoria tirada a un estercolero —masculló al tiempo que miraba iracundo a su hijo, todavía retorcido en sus infatigables risotadas y con sus labios estirados hacia adelante cual pico de pato.

Al mismo tiempo. En la domus *de Apio Claudio*

—¡Por todos los dioses! ¡Recapacitad! ¡Si no lo hacéis, no iréis a Hispania ninguno de los dos! ¡Recapacitad de una maldita vez!

Galba, lejos de hacer el más mínimo caso a Claudio, que cada vez gritaba más fuera de sí, se limitó a negar con gesto estirado, ignorando las idas y venidas de aquel a lo largo y ancho de la biblioteca.

—No lo haré. Yo debo ir la Ulterior. Yo debo derrotar a Viriato —reiteró obstinado.

—¡Por nada del mundo! —se mofó Cotta con desdén.

Claudio ya no sabía qué decir y no hacía otra cosa que dar alaridos, tirarse de los pelos y arañar su cuidado rostro. Había reunido en su *domus* a aquel par de imbéciles, uno con rictus agrio y el otro con cara de astuto sinvergüenza, para hacerles entrar en razón o que uno diera su brazo a torcer. Ambas cosas eran, en cambio, tanto o más imposibles como que a las ranas les saliera pelo.

—Vamos a ver —insistió, cejando en sus aullidos y deteniéndose entre Galba y Cotta, ambos sentados en sus correspondientes sillones—. ¿Qué es lo que no entendéis? —demandó, alzando de nuevo la voz—. ¡En las últimas elecciones consulares conseguimos derrotar a los candidatos de Emiliano gracias a nuestra unión, a la unión de todas las *gentes* senatoriales que quisieron parar los pies a ese insolente Escipión adoptado! Pero ahora, ¡ahora!, si nos dividimos, volverán a vencernos. ¿Es que no queréis verlo? ¿Es que no lo veis? ¡No habremos conseguido nada! ¡Nada! —exclamó enloquecido.

—Eso es imposible —espetó Cotta con suficiencia.

—¿Imposible? —repitió Claudio, incrédulo.

—Sí, imposible.

Claudio se quedó mirando a los dos, atónito.

—¿Sabéis lo que estáis diciendo? —les increpó.

—No tolero que me grites —protestó Cotta.

—Ni yo —añadió Galba.

Claudio escupió una sonora y grotesca carcajada, más por impotente desesperación que otra cosa. A punto de ser derrotado por aquellos dos idiotas, se dejó caer pesadamente en su sillón.

—Veamos —volvió a la carga—. Tú, Cotta, ¿crees de verdad que si no llegáis a un acuerdo te apoyarán los Fulvio o los Hostilio Mancino? ¿Lo crees de verdad? —Cotta se encogió de hombros, con fingida indiferencia—. Y tú, Galba, ¿crees que estarán de tu lado los Calpurnio Pisón, los Postumio Albino o los Licinio Craso? —inquirió Claudio con sus gélidos pero acalorados ojos azules.

—Ya lo hicieron en las elecciones consulares —farfulló Galba.

—También me votaron a mí —recordó Cotta.

Claudio se irguió como una cobra.

—Sí, os votaron —siseó—, porque todos nos aliamos contra los candidatos de Emiliano, pero ahora, Galba, ni sueñes con el apoyo de los Calpurnio Pisón, los Postumio Albino o los Licinio Craso, porque te odian. Una cosa es darte el voto para que no venzan los Escipiones y otra que te concedan su apoyo si no hay Escipiones de por medio —dijo con rotunda sinceridad. A continuación, se giró hacia Cotta—: Y tú, Cotta, ni con todo el dinero del mundo conseguirás el apoyo de los Fulvio o de los Hostilio Mancino, porque solo te lo dieron para que vencieras a Metelo Macedónico —expuso entre dientes.

—Solo lo dices porque temes perder tu consulado del año que viene —desdeñó Cotta con repentina sonrisa de hiena—. Todos sabemos que a finales de año tendrás la edad para presentarte a los comicios consulares y te aterra no ganar. Te horroriza no estar a la altura de él, de Emiliano, esa es la verdad —concluyó victorioso.

Claudio, sorprendentemente tranquilo, no se abalanzó dispuesto a devorar el cuello de Cotta y arrancarle sus músculos y arterias, sino que se quedó muy quieto, con una peligrosa sonrisa.

—Cotta, mi buen Cotta —murmuró irónico y deslizando cada sílaba—, ¿crees que para ser cónsul te necesito a ti? ¿Lo crees de verdad? Tú no eres más que un mequetrefe ladrón. Un mísero personajillo al que deberían arrebatarte la toga *praetexta* y las insignias consulares antes de lanzar tu cuerpo al Tíber. Sal de mi casa. Salid los dos de mi casa —exigió con un tono tan sombrío que bien podrían haberse consumido al instante los braseros que calentaban la sala.

Galba y Cotta, con desaire, se levantaron y se fueron, bien atentos a guardar una distancia de seguridad entre ellos.

Al rato, solo y abatido, sentado aún en el sillón de su biblioteca, Claudio oyó entrar a su esposa Antistia.

—Quiero estar solo —demandó, pero Antistia no era mujer de plegarse ante nadie.

—Te dije, Apio, que Cotta no era de fiar. Y que Galba no tiene dos dedos de frente —recordó.

—Ya es tarde —le contestó Claudio, lacónico.

—También te advertí que la fama era efímera y cambiante para todos los mortales, y no quisiste escucharme. Pero, claro, ¿quién soy yo para opinar?

Claudio, lejos de ofenderse, levantó la vista con una media sonrisa. Su Antistia le miraba inquisitiva, como siempre lo hacía, con su moño cónico de matrona agitándose como si fuera a salir despedido. En verdad que debía hacerle más caso.

—No hay nada que hacer —reconoció apesadumbrado—. La unión se ha roto. No podemos con él. No sé qué hará mañana. No sé qué propondrá, pero sé que Emiliano nos derrotará.

—Esta vez no es por sus méritos.

—Lo sé, pero ¿qué más da?

Antistia dejó escapar una risa socarrona.

—Qué pronto olvidas —dijo al parar de reír. Claudio, sorprendido, elevó la vista—. ¿Lo has vuelto a olvidar? —insistió ella.

Claudio sonrió súbitamente, extrañamente reconfortado.

—No, no lo he olvidado —exhaló.

—Pues lo parece.

—Tiberio Sempronio Graco…

Antistia resopló tan altiva como satisfecha.

—Aún no has lanzado tus mejores dados —sentenció para, acto seguido, girar sobre sus talones y perderse en las sombras del pasillo porticado del peristilo.

Claudio le siguió los pasos, ya recuperado y, sobre todo, orgulloso de tener una mujer como aquella. Tiberio, siempre Tiberio Sempronio Graco. Solo había que tener paciencia ¡Qué mujer!

Al día siguiente

Emiliano entró en la curia Hostilia con gesto moderado y sin hablar con nadie. No quería dejar entrever de ninguna de las maneras que entre él y Nasica Córculo, entre otros, iba a interpretarse una sencilla pero efectiva obra teatral.

Con tal ánimo, se sentó en la bancada con el semblante relajado, como

quien va a disfrutar de una lucha de gladiadores, pero sin dejar de escrutar con todo detalle y meticulosidad dónde se iban sentando aquellos de los suyos que estaban a punto de participar en la representación, entre ellos Metelo Macedónico y su nuevo amigo, el pelirrojo de ojos saltones Quinto Pompeyo. Como en las legiones, todo debía estar bajo su examen y calculado con precisión matemática. Nada debía dejarse al azar. No era su estilo ni había llegado a ser quien era por la pura improvisación.

Cuando tuvo la seguridad de tenerlo todo bajo control, cruzó su mirada con Nasica Córculo y asintió discretamente. Este hizo lo propio, alzando la voz para comenzar la sesión.

—Padres conscriptos, no me andaré hoy con rodeos —declaró pomposamente. Sin demora, se dirigió al cónsul patricio—: Galba, ¿consientes el sorteo?

—No —contestó con su característico rictus avinagrado.

—Cotta —llamó Nasica a continuación—, ¿consientes el sorteo?

—No —respondió petulante.

A oír la respuesta de ambos, muy esperable, por otra parte, a la vista de la ínfima calaña de los dos, Emiliano no pudo evitar que asomara una media sonrisa en la comisura de sus labios, casi imperceptible. Después desplazó sus ojos en busca del primero de los actores que debía entrar en escena.

En el Senado, el primero que tomaba la palabra normalmente era el *princeps Senatus*. Tras él, quienes tenían derecho a mostrar su opinión eran los censorios —los antiguos censores— y los consulares —los antiguos cónsules—, todos ellos dotados de una inmensa autoridad. Por ello, era necesario para el buen fin de su plan que quien comenzara la obra de teatro fuera uno de estos hombres, y contaba precisamente con uno dispuesto a hacerlo, el censorio Lucio Cornelio Léntulo.

Cuando el viejo Léntulo advirtió que Emiliano lo miraba, se puso en pie tranquilamente y pidió la palabra, lo que le fue concedido de inmediato. Comenzaba la función al modo Protágoras.

—Esto es inaceptable —declaró con rotundidad—. Exijo que se sorteen las provincias consulares.

—¡Ni hablar! —gritó acto seguido, puesto en pie como un muelle, el segundo de los actores convenidos, el consular Livio Druso, que era primo carnal de Emiliano—. Yo sostengo que el Senado vote si debe haber sorteo o no. Y si la votación es favorable, entonces que se vote el sorteo mismo —dijo en un buscado enredo.

—¡Que se vote si debe haber o no sorteo! ¡O que no se vote! —intervino Metelo con la lección bien aprendida y con la perversa y medida intención de seguir creando confusión.

—¡Que se vote! —se hizo oír de pronto Pompeyo.

—¡Jamás! ¡Yo debo ir a Lusitania! —graznó Galba, colérico.

—¡Por encima de mi cadáver! —ladró Cotta.

—¡Pues por encima de tu cadáver se ha de votar! —proclamó Pompeyo a voz en grito, echando más leña al fuego.

—¿Tú quién eres para hablar? —inquirió Galba.

—Alguien que no mata lusitanos a traición —le espetó Pompeyo.

—¡Esto es intolerable! ¡Y debe escuchárseme porque soy un censorio! —reiteró Cornelio Léntulo—. ¡Inaceptable! ¿Quiénes os creéis que sois? —les abroncó a Galba y a Cotta con mirada furibunda.

—¡Que se vote la votación! —gritó Metelo en su afán por proponer algo que no se entendiera.

—¿Y por qué se ha de votar? O mejor, sí, ¡que se vote! —reclamó Pompeyo.

—¡No merecen nuestro respeto! —bramó el primo de Emiliano, Livio Druso, jugando perfectamente su papel.

—¡Tú a mí no me insultas! —aulló a continuación Galba.

La reacción colectiva por tamaña bronca no se hizo esperar. Y Nasica Córculo, que se lo estaba pasando en grande y que se hallaba en un lugar privilegiado, la presidencia, pudo ver con majestuosa claridad todas las jugadas.

Por su izquierda más inmediata se elevaron en bloque las facciones senatoriales de los Calpurnio Pisón y los Postumio, increpando como fieras a Galba, a los Escipiones y a todo lo que se moviera o respirara. Por la derecha emergió poderoso el grupo escipiónico, amenazando con los dedos a quienes se atrevieran a mirarlos. Solo Emiliano permanecía sentado en su silla plegable. Al fondo, a la derecha, se hicieron ver en una propulsión meteórica los Claudio y luego los Licinio Craso, en verdad un tanto tardíos, porque justo frente a ellos hacía ya un rato que los Fulvio y los Hostilio Mancino lanzaban cariños a Cotta y a los suyos, agitando los brazos como si quisieran ser vistos desde Babilonia. Y los Emilios, Julio Césares o Servilios Cepión completaban un revoltijo de alaridos, gritos, embrollos e improperios que no desmerecía a cualquier trifulca de un lupanar o de una taberna de mala muerte, convocándose una maravillosa y estridente sintonía de aullidos, silbidos y chirridos producidos por las patas de las sillas rozando contra el suelo.

Nasica Córculo, al rato, entre tanto desorden, escrutó de reojo a Emiliano. El plan, hasta el momento, estaba saliendo a las mil maravillas.

Después de que Emiliano le hiciera un leve gesto de asentimiento, elevó las manos para pedir silencio.

—Se suspende la sesión. Mañana lo intentaremos de nuevo —declaró autoritario—. ¡He dicho que se suspende! —reiteró para acallar algunos abucheos.

Al día siguiente volvió a suceder lo mismo según la ruta marcada. Los Léntulo, Livio Druso, Pompeyo y Metelo se dedicaron a envenenar y a provocar sin descanso, con propuestas de votaciones absurdas que nadie comprendía mientras las diferentes facciones y *gentes* que habían votado unidas en los comicios consulares de Galba y Cotta, cayendo en la trampa, se despedazaban ahora entre ellas ante la profunda desesperación de Claudio.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Orden! —tuvo que gritar Nasica Córculo hasta la extenuación. El plan seguía en marcha.

Y así se alcanzó la tercera y agotadora jornada senatorial, en la que se repitió la algarada más barriobajera que se recordaba. Fue entonces cuando Emiliano, después de que los cimientos de la curia estuvieran ya carcomidos y a punto de venirse abajo, se puso en pie.

—Padres conscriptos —dijo con tono pausado—, después de tres días interminables, algunos preferís a Cotta y otros a Galba. Al mismo tiempo, parece que para unos debe votarse, para otros procede votar la votación y hay a quienes no he sido capaz de comprender qué pedían. Si seguimos por este camino y a la vista de la enconada posición de los cónsules, no cabe duda de que tal vez alcancemos un acuerdo cuando nuestras barbas rocen el suelo —proclamó, provocando las risas de los suyos—. En estas circunstancias de evidente bloqueo —continuó—, os propongo otra cosa bien distinta —declaró pomposo.

—¿Qué propones? —preguntó Nasica Córculo como si no supiera de qué iba todo aquello.

—Digo lo siguiente —prosiguió Emiliano—. El cónsul Cotta vive en las deudas y perseguido por sus acreedores. El cónsul Galba vive en el deseo de quererlo todo. Tanto la pobreza como la avaricia son malas compañeras del poder. Por ello, es mi opinión que no nos veamos en el eterno dilema de elegir a uno o a otro. Lo que os propongo es que ninguno de los dos sea enviado a Hispania, porque el uno no tiene nada y para el otro nada es suficiente. Y lo que procede es prorrogar el mandato de Fabio Máximo en Hispania Ulterior y cejar en este absurdo y cansino debate de taberna —propuso y se sentó.

A Nasica Córculo le faltó tiempo para intervenir y salir al paso de cualquier nuevo conato de rebelión.

—Es algo del todo razonable —reconoció.

—¡No, no lo es! —exclamó Apio Claudio.

—¿Y qué debemos hacer entonces? —le preguntó Nasica Córculo al tiempo que todas las cabezas se giraban hacia Claudio—. Tres días, tres, lleva el Senado discutiendo esta cuestión sin que se alcance ni un solo acuerdo. Estoy deseando oír otra proposición, pero la quiero ya, aunque no me parezca posible —presionó Nasica.

Claudio dudó un instante, lo suficiente.

—*Princeps*, propongo que se vote mi propuesta ya que no hay ninguna otra —se apresuró a solicitar Emiliano.

—Me parece lo más adecuado —declaró Nasica—. Quienes estén de acuerdo con la propuesta de Escipión Emiliano que se agrupen a su alrededor —instruyó a toda velocidad.

Al borde de la desesperación y el agotamiento, prácticamente todos los senadores aceptaron la proposición cual dóciles ovejas a las que el perro ha mordido demasiado. Doscientos de trescientos movieron sus pies y rodearon a Emiliano con calma chicha.

—Propuesta aceptada. Fabio Máximo permanecerá en Hispania Ulterior en calidad de procónsul. Es el parecer del Senado. Que conste así en acta. Se levanta la sesión —sentenció Nasica Córculo.

Apio Claudio, azorado y sin saber todavía qué había sucedido, se levantaba de su silla cuando se le acercó Emiliano con una sonrisa que se la habría borrado de un manotazo.

—Protágoras, Apio, solo ha sido el arte de Protágoras —desveló sonriente antes de continuar su camino, puesto que debía escribirle una carta cuanto antes a su hermano Fabio para anunciarle la inesperada victoria.

Claudio resopló hastiado y miró al techo de la curia, porfiando por ser tan ingenuo. «Convertir el argumento más débil en el más fuerte». Eso mismo es lo que afirmaba el griego Protágoras, y eso mismo es lo que acababa de hacer Emiliano y los suyos pacientemente a lo largo de los últimos tres días, provocar el caos y el enredo inagotablemente para ofrecer finalmente una solución salvadora pero sencilla que nadie habría aceptado al comienzo, una opción débil, simple e impensable que terminaba por resultar la preferida.

Qué listo era el Escipión adoptado. Y cuánto lo odiaba.

Salimos de caza

Orsón (Hispania Ulterior), mediados de febrero

El joven Octavio, fiel amigo de Tiberio desde la infancia, se dispuso a lanzar los dos dados. Dejó asomar la lengua en la comisura derecha de sus labios y los lanzó a su manera, agitando la muñeca de modo antinatural a la par que abría los dedos de forma muy descoordinada. Tal vez lo hacía así porque era zurdo, o por cualquier otro motivo, pero lo cierto era que le resultaba imposible ganar a los dados a sus camaradas Tiberio y Cayo Fannio Estrabón. Nunca les había vencido en sus años de servicio en la guerra de Cartago, y esta ocasión no iba a ser distinta. Los dioses de Hispania también le daban la espalda.

Los dados rodaron y botaron encima de la mesa. Él los siguió con el corazón palpitándole en el pecho. No quería sufrir una nueva humillación. Los dados brincaron y brincaron antes de detenerse. Todos se inclinaron para leer bien los puntitos negros que habían quedado boca arriba, pero no hizo falta hacer un gran esfuerzo para sumarlos mentalmente. Y las carcajadas tronaron en la espaciosa tienda militar de los jóvenes tribunos militares del cónsul Fabio.

—¡Un dos! ¡El muy cenizo ha sacado un dos! —vociferó Fannio con su vozarrón, partido de risa.

Octavio le dedicó una severa mirada de odio, deseando arrancarle uno a uno sus puntiagudos cabellos pelirrojos. Al menos Tiberio mantenía la compostura, o eso creyó hasta que le vio la cara. Su mejor amigo estaba completamente rojo, tratando de contenerse.

—No me hace gracia —espetó, como un crío enfadado que cruza los brazos y ya no quiere jugar más.

—Aún tiene que lanzar Quintillo. No pierdas la esperanza —masculló Tiberio, haciendo auténticos esfuerzos por sujetar su carcajeo.

Octavio, Fannio y Tiberio rotaron sus cuellos en busca del cuarto en discordia, el hijo mayor del cónsul Fabio. Tenía un año menos que ellos, diecinueve, pero era motivo más que suficiente para llamarle Quintillo en lugar de Quinto. Además, no había servido con ellos en la toma de Cartago y eso sí eran palabras mayores. Quintillo era un novato.

Quintillo, que era agradable y sencillo como su padre, puso cara de pocos amigos. Odiaba que lo llamaran así, aunque era el precio que debía pagar por aquella lustrosa compañía.

—Venga, tira de una vez —le instó Fannio.

—Pero apiádate de Octavio —añadió Tiberio con toda sorna.

Quintillo agitó los dos dados enjaulados en su mano derecha. No las

tenía todas consigo. Tampoco era muy ducho en la fortuna y si perdía le harían limpiar y sacar brillo a la panoplia completa de sus colegas.

Respirando como un fuelle, hecho un manojo de nervios, sacudió aún más su mano cerrada y la abrió de golpe, dejando caer los dados. Las piecitas de marfil botaron caprichosas hasta quedarse inmóviles. Y una vez más cuatro pares de ojos se abalanzaron sobre ellas para hacer el escrutinio.

—¡Un tres! —aulló Tiberio, echando sus manos al estómago, dolorido de tanto reír. Octavio volvía a ser derrotado.

—¡Me meo! —exclamó Fannio antes de lanzar una aparatosa carcajada y soltar un estruendoso pedo, lo que provocó un repentino silencio. Tiberio puso cara de asco y Octavio entornó los ojos maldiciendo su mala suerte y el apestoso olor que se les avecinaba. Solo Quintillo fue capaz de hablar, eufórico por no haber quedado en último lugar.

—¡Pero qué asco! ¡Qué mal huele! —protestó divertido.

El mutismo dio paso a un coro de inagotables carcajadas, más si cabe al saborear el tufo expulsado de las entrañas de Fannio.

—¡Estás podrido! —bromeó Tiberio, aprovechando un lapsus de precaria seriedad.

—Lo que me faltaba —lamentó Octavio—. Como castigo de mi mala fortuna qué mejor que una buena y sonora ventosidad —dijo con gracia.

—¡Son las habas! ¡Es lo que tiene estar todo el día comiendo habas! —exhaló Fannio con lágrimas en los ojos.

—Porque habas es lo que hace fuerte a un legionario —oyeron los cuatro jóvenes de pronto. Era una voz sobradamente conocida y autoritaria, tanto que todos ellos, apagadas sus risas de forma abrupta, se levantaron de un brinco, cuadrándose.

El cónsul Fabio, de pie en la entrada de la tienda, los escrutó con disciplina, también a su hijo, al que no trataba con diferencia cuando estaban en grupo. Después hizo el ademán de olfatear la atmósfera, pero se contuvo. Allí dentro olía a flatulencia de los enormes cerdos de la Galia Cisalpina y no había que ser muy listo para comprender las chiquilladas de cuatro jóvenes de veinte y diecinueve años.

—¿Se puede saber qué os hace tanta gracia? —preguntó, fingiendo enfado.

—¡Nada! —contestaron los cuatro al unísono.

Fabio gruñó circunspecto. Le divertía aparecer autoritario frente a unos muchachos que apreciaba enormemente.

—Ya, entiendo, entonces no os habéis enterado —dijo con desdén.

Los cuatro jóvenes se miraron dubitativos. Nunca sabían cuándo el cónsul bromeaba o no.

—¿Enterarnos de qué? —se atrevió a preguntar Tiberio.

—¿Cómo os vais a enterar si os desternilláis por un simple pedo? —tronó Fabio con el entrecejo fruncido, pero muerto de risa en su fuero interno. Los muchachos se estiraron como palos y tragaron saliva.

—Lo sentimos —reiteró Tiberio.

Fabio puso los brazos en jarras, aprovechando su manifiesta superioridad.

—He recibido un despacho del Senado. Ha sido prorrogado mi mando un año más —desveló a bocajarro—. Ni Galba ni Cotta vendrán a Hispania. ¿Y sabéis qué significa? ¿Lo sabéis? —preguntó inquisitivo, alzando la voz.

Los cuatro jóvenes volvieron a mirarse entre sí, pero esta vez con contenida alegría.

—Que iremos por fin en busca de Viriato —susurró Tiberio.

—Que vamos a darle una patada y a sacarlo de la provincia —balbució Fannio.

—¡Pues moved esos culos expulsa pedos y preparaos para cazarlo allí donde se encuentre! —rugió Fabio—. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí, cónsul! —gritaron al unísono.

—¡Pues moved el culo! —les exigió Fabio y se marchó por donde había venido, provocando que los cuatro jóvenes se dejaran caer sobre sus taburetes como fardos de trigo, respirando agitados.

—Vamos en busca de Viriato —dijo Tiberio en un susurro.

—¡Por fin! —exclamó Fannio, apretando los puños.

—Cazaremos a Viriato —dijo Quintillo, repitiendo las palabras de su padre.

—Pero los lusitanos son temibles —declamó de pronto Octavio.

Tiberio, Fannio y Quintillo lo miraron con gesto torcido.

—Pero ¿qué dices? —se quejó Fannio. Octavio siempre era el que aguaba la fiesta.

—Los hombres a los que nos vamos a enfrentar desprecian la muerte —murmuró Octavio sin abandonar su mística—. Para ellos es la caza del hombre dentro de sus bosques, arroyos y montañas sagradas. Cortan cabezas y las manos derechas de sus enemigos y beben en sus cráneos. Se envuelven en grebas de pelo de lobos y osos, túnicas de lino y cascos de nervios de animal. Atacan por sorpresa y se retiran a sus sierras para volver a caer desde barrancos y gargantas. Para ellos, morir de enfermedad es una vergüenza. Solo quieren morir luchando, y, si mueren, sus cuerpos son expuestos a los buitres para que su alma suba al más allá. Adoran las aguas, las crestas de las montañas y los árboles singulares… ¿Cómo acabar entonces con sus creencias y dioses? —finalizó con los ojos fijos en ninguna parte.

Sus tres compañeros seguían mirándolo muy fijamente. Solo necesitaban una chispa para echarse a reír de nuevo después de tan mística perorata.

—¿Tú quién te crees que eres? —le preguntó Fannio—. ¿Acaso el intérprete de los misterios de los libros sibilinos?

—Soy la sibila del oráculo de Delfos —dijo de pronto Tiberio, con voz trémula y gutural—. Y os digo que Marco Octavio se echará tres pedos y diez eructos en cuanto otee a un lusitano.

La explosión de carcajadas fue inmediata y colectiva. Solo Octavio, enfurruñado, mantuvo el ceño arrugado.

—No digáis que no os he avisado —rebufó.

—Octavio, por todos los dioses, ¿dónde has oído todo eso? —preguntó Tiberio entre risa y risa.

—Lo sé y punto.

—Pues que no corra tanto tu imaginación —repuso Tiberio—. Mucho de lo que has dicho son costumbres de los celtíberos o de los vacceos, que están en el norte, en Hispania Citerior, no de los lusitanos —precisó al calmarse.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque mi padre estuvo dos años en Celtiberia. Los conocía bien —aclaró Tiberio.

Octavio se puso en pie al comprobar que las mofas no cesaban.

—Me voy —dijo con toda dignidad y se escabulló de la tienda.

—¡No te vas a ninguna parte! —gritó Fannio.

—¡Que se va de verdad! ¡Pero que él ha perdido la partida! —reclamó Quintillo.

—¡Eh, tú! ¡Nos tienes que limpiar la panoplia! —le llamó Tiberio.

Y Tiberio, Fannio y Quintillo se levantaron como resortes y fueron en pos del ofendido Octavio.

Fabio puso en marcha al ejército a comienzos de la primavera, hacia el norte, adentrándose en el valle del río Betis, pero no escribió a su hermano Emiliano hasta bien entrado el mes de agosto. Le decía en la misiva:

Queridísimo hermano,

Aún río a carcajadas cada vez que recuerdo que la magnífica campaña militar que estoy llevando a cabo —sí, magnífica, lo has leído bien— se la debo a la imbecilidad incomprensible de Galba y de Cotta, ese par de memos que tienen que estar comiéndose sus togas para no caer en la desesperación de su propia estulticia. Hoy precisamente me ha dado un acceso de risa al rememorarlo, hoy, justo hoy, cuando mis tropas han tomado de nuevo el control de Corduba.

Sí, hermanito, serás el primero en saberlo porque te escribo a ti antes que al Senado, pero Corduba está de nuevo en manos romanas.

Nunca debimos abandonarla. Nunca debimos permitir que Viriato se mofara de todos nosotros y se paseara por sus callejuelas con sus bestias de altas coletas —los guerreros lusitanos se peinan de este modo y se sueltan el pelo y lo agitan en el combate gritando como bestias—, aunque, ya sabes, mis predecesores mostraron tanta idiotez como nuestros comunes amigos Galba y Cotta, dejando la provincia a su antojo.

Dicho esto, no tengo intención alguna de informarte de todos mis movimientos desde marzo, puesto que ya te enterarás por el despacho que voy a enviar al Senado. Solo quiero que sepas que todo va bien gracias a todos los consejos que me diste. Preparé las tropas como es debido, incluso rechazando continuamente las provocaciones de Viriato durante mi primer año, que exhibía su ejército en formación de combate. Sí, has leído bien, en formación de combate, pues este miserable no solo embosca o engaña, sino que también dispone de conocimientos tácticos y estratégicos de primer nivel. No sabemos dónde los aprendió, pero organiza a los suyos con total disciplina y con una movilidad coordinada a gran escala. Si te despistas, aniquila a un ejército completo.

Afortunadamente, a mí no me ocurrió tal cosa. En marzo saqué a mis chicos de los cuarteles y los hice avanzar en dirección a Corduba en un frente compacto de setenta y cinco millas de ancho, con el río Betis a mi izquierda para evitar sorpresas por los flancos, con continuas idas y venidas de mensajeros y avanzadillas. Cada noche edificábamos campamentos en toda regla, comunicados entre sí, y protegíamos a los forrajeadores con amplias partidas de infantería y caballería, como hizo nuestro padre en Macedonia y tú mismo en Cartago. También envié numerosos grupos de caballería indígena dirigidos por nuestros propios decuriones para hacer una labor de pinza en un anillo exterior que abarcaba desde la ciudad de Carbula, a occidente, a Tucci,[5] *a oriente. Fue un éxito porque evité desplazamientos laterales y circulares de Viriato que, esta vez, superado estratégicamente, no ha hecho otra que replegarse, pero replegarse de verdad, no con el ánimo de emboscar, sino de huir.*

Han sido muchas las pequeñas escaramuzas con los lusitanos, pero todas ellas a nuestro favor, y lo importante es que tengo a Viriato a tiro de dardo. Confío en evacuarlo definitivamente del valle del Betis —y sin pérdidas ni muertos por nuestra parte— y que tenga que refugiarse como un vulgar fugitivo en Lusitania, en Beturia o en esa

montaña miserable a la que llaman el Monte de Venus, cruzando ya el vado del río Tagus. Si lo consigo, me daré por satisfecho. No tengo una gran batalla de la que alardear, pero he recuperado la provincia.

Dicho todo esto, no tengo problemas con mis oficiales, que son hombres leales y nobles. Tampoco me inquieta lo más mínimo tu joven cuñado Tiberio Graco. En verdad te digo que no sé qué ves en él que tanto te altera. Lucha bien, es valiente, ríe con sus amigos Octavio y Fannio, se lleva bien como mi hijo Quinto —al que llaman Quintillo—, es inteligente y goza de una excelente educación. A veces es justiciero y cabezota, pero, siendo como somos, todos romanos de alta cuna, ¿quién no lo hace? No me dirás que tú no, porque entonces deberé llamarte embustero, pequeño Escipión (soy consciente de que solo yo puedo llamarte lo que te acabo de llamar, hermanito).

Termino ya, que no tengo tiempo de extenderme ni de aburrirte. Dales recuerdos a Sempronia y a Cornelia. Sé que te costará, pero hazlo. Y sé agradable con ellas. Casi mejor, escribiré yo a Cornelia directamente para saludarle e informarle de su hijo. Ya sabes que ella es como el fuego. Si te alejas mucho, pasas frío, pero si te acercas, te quema. Sí, ya sé que la frase no es mía, sino del griego Diógenes, pero me gusta usarla y yo quiero tener a Cornelia a una distancia razonable. Tú deberías hacer lo mismo.

Tu hermano,

Quinto Fabio Máximo Emiliano

Emiliano recibió la carta de Fabio el primer día de celebración de los grandes juegos romanos en honor a la triada capitolina. Se alegró enormemente por su hermano y comenzó a pergeñar el uso de tan atractiva y positiva información para reforzar su imagen y popularidad, amén de intentar que su aliado Metelo Macedónico fuera elegido cónsul de una vez por todas, en el tercer intento. No es que se deshiciera en amores por Metelo, pero convenía tenerlo como satélite antes que como planeta, y todo ello sin perder de vista que era el momento oportuno para sacar chispas de la desunión del grupo de Apio Claudio tras el ridículo cataclismo de Galba y Cotta.

Entretenida su mente en estos menesteres prioritarios, se limitó a informarle a Sempronia de que Fabio le enviaba sus recuerdos y de que su hermano Tiberio estaba bien. Y en cuanto a Cornelia, optó por ignorar a Fabio y seguir manteniendo la distancia de seguridad que guardaba con ella desde su regreso de Cartago. La gigantesca distinción de su prima, su mirada ladeada, su representación omnipresente y la continua censura que ejercía sobre su matrimonio eran razones más que suficientes para separar sus caminos.

Un grave problema social

Roma, inicios de septiembre

A Cornelia le agradaba organizar tertulias rodeada de poetas, dramaturgos y filósofos.

Esta era la educación y ambiente singular de los Escipiones, siempre en compañía de intelectuales tan respetados como Terencio, Plauto, Ennio, Cecilio Estacio o Polibio.

Con ellos había departido en su juventud en la casa de su padre y, después, en la suya propia, en veladas interminables llenas de pensamiento.

Hombres chapados a la antigua como Catón jamás lo habían entendido, creyendo que lo griego conducía al ocio y a la pérdida de los valores tradicionales de Roma, más ella no lo compartía. Creía firmemente que se podía ser un gran ciudadano o una imponente matrona combinando la austeridad y gravedad con el sabor moderado del vino o con buenos diálogos sobre el misterio humano. Nada de ocioso había en ello, y así lo entendía y lo practicaba, lo que le impulsaba de un tiempo a esta parte a la compañía de renovadas caras de la poética o la filosofía como Pacuvio, Accio o, muy especialmente, Blosio de Cumas.

Blosio, oriundo de la ciudad campana de Cumas, era el gramático de sus hijos Tiberio y Cayo, aunque también un seguidor empedernido de la corriente filosófica estoica más radical. Hombre ácido, irreverente, vigoroso, de fuertes convicciones y sin pelos en la lengua, disfrutaba del cariño y respeto de su hijo Tiberio. Por qué era así, ni ella lo sabía, pero bien podía ser porque Tiberio era también idealista y de no menores convicciones sobre la justicia. Por el contrario, su otro hijo, Cayo, aún pequeño, no mostraba afinidad alguna por su gramático. Tampoco era de extrañar, pues Cayo era temperamental, impulsivo e inquieto, alejado aún de disquisiciones filosóficas que le parecían de lo más aburridas.

Sea como sea, Cornelia llevaba toda la tarde enredada en una divertida discusión con Blosio sobre el carácter individualista de los griegos frente al ímpetu colectivo de los romanos. Y dispuesta a atrincherarse en su posición, miró a Blosio como una amazona tras dar un delicado sorbo a un excelente vino de Campania.

—Los romanos emprendemos las acciones en comandita y pensando en el grupo, y no me estás dando argumentos contrarios —atacó Cornelia con gesto malicioso.

—No es cierto —replicó Blosio con su natural impertinencia.

—Explícate entonces —le conminó Cornelia, provocadora.

—Tal dogma tiene fisuras.

—No veo cuáles —negó Cornelia.

—Yo sí.

—Pues habla —insistió ella al tiempo que perdía su mirada con claro ánimo incitante en las flores del peristilo de su *domus*.

Blosio emitió un ligero y altanero soniquete antes de contestar.

—Tú, sin ir más lejos —se arrancó—, te preocupas por la fertilidad de tu hija Sempronia. Eres una matrona romana, sí, volcada en la obligación de parir hombres que alcancen el consulado y den lustre a las gestas de tu familia. E incluso se te requirió traer al mundo hijas para cuidar de su casa y, llegado el momento, narrar a tus nietos las heroicidades de abuelos, padres y hermanos. Todo eso es genuinamente romano, todo lo tienes tú, pero también atesoras un rasgo individualista.

—Estoy esperando que me lo digas de una vez —dijo Cornelia en un suspiro.

—Es muy sencillo. No quieres ver sufrir a tu hija, sea o no preceptivo para el interés familiar y para la gloria de Roma traer al mundo pequeños Escipiones. Solo quieres ver a tu hija, todavía infértil, con un mocoso entre los brazos. La grandeza de la Urbe poco te importa en este caso. Eres individualista y debes reconocerlo —declaró Blosio como si estuviera en el Pórtico de Atenas.

Cornelia, divertida, exhibió una distinguida sonrisa.

—Pues ya que tanto me conoces, mi buen Blosio, vas a sufrir mi individualismo. Mañana me vas a acompañar al templo de la Bona Dea. Quiero hacer una ofrenda y rogar por la fertilidad de mi hija.

—La Bona Dea es un templo para mujeres y sus misterios están reservados a las mujeres. Yo no puedo entrar —se quejó Blosio, avinagrado.

—¿Cuándo te he dado a entender que entrarías conmigo en el templo? Te creía por un hombre inteligente —replicó Cornelia, advirtiendo satisfecha cómo Blosio mostraba una mueca de indiferencia.

—A decir verdad, no lo has dicho. Te acompañaré entonces.

—Bien, pues estate en mi casa al amanecer.

—No me lo perdería por nada del mundo —porfió Blosio, sumido en el sarcasmo.

A la mañana siguiente, Cornelia abandonó su *domus* palatina acompañada de dos forzudos esclavos. Blosio se le unió al instante y se encaminaron al templo de Magna Mater, levantado en el extremo sudoeste del Palatino. Después de saludar con una leve inclinación de cabeza a uno de los sacerdotes de la diosa que descendía con cadencia del podio con su típica cabeza rapada y sus extravagantes ropas orientales, acometieron el veloz descenso de las escaleras de Caco.

Ya en el valle Murcia, cruzaron de lado a lado el foro Boario, dejaron

atrás el Ara Máxima de Hércules y el templo de Ceres, Liber y Libera y encararon con brío y buen paso el *clivus Publicius*, la gran arteria que ascendía y cortaba en dos partes la colina del Aventino, en cuya cima sur se encontraba el templo de la Bona Dea.

—Podíamos haber tomado el camino del Circo Máximo para evitar esta maldita cuesta —protestó Blosio con desgana.

Cornelia lo miró de refilón.

—Mi buen Blosio, jadeas y sudas como un perro gordo.

—¿Por qué de todas las matronas de Roma había de acercarme yo a una que no usa litera? —siguió lamentando Blosio.

—Este camino me trae buenos recuerdos de la infancia.

Blosio entornó los ojos y apretó los dientes. La espigada Cornelia disponía de piernas fibrosas. Las suyas, pese a tener solo cuarenta años, eran cortas y fofas. ¡Por todos los dioses, él era un gramático y un filósofo, no un campeón de Olimpia!

Cornelia sonrió y avanzó cuesta arriba precedida de sus esclavos, adentrándose decididamente en un barrio, el Aventino, que se desperezaba. Olía a pan recién hecho. Los negocios abrían sus puertas y sus propietarios ocupaban los pórticos con mostradores y mercaderías. Unos niños correteaban a sus escuelas y otros cargaban con cántaros para llenarlos de agua en las fuentes de la calle. Mujeres piadosas ofrendaban miel y leche a los lares de las encrucijadas. Los artesanos y comerciantes comenzaban a proferir sus aguerridos gritos de venta y los borrachos abandonaban en zigzag las tabernas de dudosa reputación en busca de un sueño mal ganado a la noche.

Y Cornelia disfruta como una chiquilla. Adoraba el Aventino, la colina plebeya por excelencia, donde de pequeña había correteado extasiada con hermanos, amigos y primos, perdiéndose en sus inextricables callejuelas, pasajes cubiertos y callejones sin salida.

En su infancia, abandonar el *clivus Publicius*, la única arteria transitable para carros, había sido una auténtica aventura, pues una escalinata terminaba de pronto en una terraza particular llena de ropa tendida y en un viejo horno de pan. Otra vía podía continuar serpenteante y lúgubre entre dos altas ínsulas, para, repentinamente, desembocar en una plazoleta sin salida pero bañada por el sol donde crecía una hermosa higuera. Y cualquier portezuela podía conducir a pasadizos secretos, rampas inverosímiles o patios privados.

Aquello era el Aventino, o al menos el Aventino que recordaba con nostalgia y probablemente de modo excesivamente evocador, puesto que, a la altura del viejo templo de la Luna, el gentío comenzó a ser severamente incómodo, y directamente insoportable cuando alcanzaron a mitad de cuesta el templo de Juventas, lleno de polvo por las obras cercanas del nuevo acueducto de Roma, el *aqua Marcia*.

De allí al templo de la Bona Dea había todavía un trecho, pero Cornelia, pese a los esfuerzos de sus esclavos, ya no tocaba el suelo bajo sus pies. La masa la envolvía y la suspendía por los aires y no se veían más que pordioseros, maleantes y gentes de mirada torcida carentes de profesión y oficio que la observaban con lascivia y excesiva atención. Estar allí, incluso a plena luz del día, se antojaba peligroso y no estaba dispuesta a pasar miedo.

Pocos pasos más adelante el agobio era ya asfixiante. Le costaba respirar, apenas podía asomar su cabeza por encima de la multitud y las marejadas la golpeaban de un lado a otro de la calle, empotrándola contra pórticos y tiendas. Era suficiente para su cuerpecillo.

—Vámonos de aquí —exhaló angustiada al tiempo que se colaba por un estrecho pasillo abierto por los esclavos.

Cornelia descendió la cuesta todo lo rápido que pudo, siempre seguida de Blosio y precedida de sus esclavos, convertidos ahora en dos matones que se abrían paso a empellones y juramentos.

Cuando alcanzaron el foro Boario y se despejó la masa humana, Cornelia paró un momento y se echó la mano al pecho, buscando el aire que llevarse a los pulmones, sin encontrarlo. Era día de mercado y el lugar estaba atestado de bueyes, boñigas y compradores con mal aliento.

Sin pensárselo dos veces se arrancó hacia la puerta Carmenta, en las murallas servianas, cruzándola poco después en dirección a los prados del circo Flaminio, en el Campo de Marte.

Ya en su cercanía, en campillo abierto, teniendo a la vista las obras de los magníficos templos en mármol que estaba construyendo Metelo Macedónico, fue a sentarse en un murete a la sombra de un pequeño pinar. Allí al menos el viento soplaba a su arbitrio en los amplios fundos de extramuros de la ciudad.

Los esclavos se apartaron y Blosio se sentó a su lado.

—Tal vez el Aventino ya no es lo que recordabas —dijo a la par que aguzaba la mirada para ver al enérgico Metelo Macedónico supervisando sus obras.

Cornelia inspiró profundamente, tratando de recuperar el resuello. Hacía tiempo que no sufría tanta desazón.

—Blosio —dijo entrecortada—, podemos hablar durante horas de cuestiones filosóficas. Recitar incluso antiguas tragedias áticas, pero lo que Roma nos ha mostrado hoy… Lo que nos ha mostrado hoy es su verdadero peligro —aseveró azorada.

—Demasiados emigrantes.

—Demasiados emigrantes empobrecidos —precisó Cornelia.

—Las gentes de la anona —matizó a su vez Blosio en referencia a los miles de personas que sobrevivían gracias a los repartos de trigo a muy bajo

precio que subvencionaban los ediles.

Cornelia asintió con cara sombría.

—Hasta hace bien poco esos hombres eran buenos campesinos que cultivaban sus campos por toda Italia —dijo, señalando hacia el Aventino.

—Tú lo has dicho, lo eran. Ahora son una chusma inútil.

—Hace tiempo que lo vengo advirtiendo, Blosio, pero nadie me escucha. ¡Nadie! —continuó Cornelia, rabiosa, todavía con el miedo en el cuerpo—. Los campesinos se arruinan y emigran a Roma. Sucede desde años. Y es un grave problema —rumió.

—¿Y acaso tal problema no es consecuencia de las decisiones del Senado de Roma? —inquirió Blosio de pronto, como si tal cosa, pero con tono maliciosamente agitador, ajustándose la toga mientras esperaba la reacción de Cornelia, que no se hizo esperar.

—¿Buscas un nuevo debate u ofender a los míos? —preguntó ella abiertamente. En el carácter filosófico de Blosio bien podía ser una cosa como la otra.

Blosio sonrió triunfante. Al menos acababa de lograr que Cornelia olvidara en un soplo la zozobra que traía del Aventino. Aquella mujer era peleona y no rehusaba el combate.

—¿Ofensa o debate? —oyó que insistía Cornelia.

—Debate.

—Bien, entonces lo mejor es que te expliques.

Blosio borró de su semblante la sonrisa y la sustituyó por su cara de filosófica suficiencia.

—El problema que adviertes —dijo— ocurre desde que el Senado se olvida de sus propios campesinos y consiente que las familias senatoriales ocupen las enormes extensiones de suelo público incautado a los enemigos de Roma. Ocurrió tras la guerra de Aníbal en las tierras de Campania. Y ocurre cada vez que Roma amplía sus dominios en Italia. El *ager publicus* ya no se entrega a los legionarios y campesinos de Roma. Acaba en manos de sus senadores para su propio beneficio.

—Continúa —le instó Cornelia.

—La guerra de Aníbal arrasó las tierras de mi familia y las de toda Campania —prosiguió Blosio—. Las dejó yermas, pero pasaron a manos de los únicos que tenían la riqueza suficiente para ponerlas de nuevo en cultivo o para comprar cabañas de ganado. He visto con mis propios ojos cómo proliferaban las villas senatoriales con miles de yugadas para el cultivo de la vid y el olivo. He visto cómo, conducidos por la avaricia, los secuaces de los terratenientes echaban a las familias de sus tierras y creaban pastos para rebaños de ovejas con extensiones tan grandes que se perdían en el horizonte. Y es más barato traer el trigo en barco desde Sicilia o África, trabajado por

legiones de esclavos, que hacerlo en mulas desde las pequeñas propiedades de los campesinos. Demasiados senadores terratenientes y demasiados esclavos. Los hombres libres no tienen trabajo en el campo. Y los pequeños aldeanos no pueden sobrevivir. Solo les queda abandonarlo todo y buscar mejor suerte en Roma, donde viven empobrecidos.

—Mi familia tiene tierras en Campania, Blosio —advirtió Cornelia, aunque sin efecto, puesto que Blosio asintió con mirada un tanto insolente.

—Lo sé. Los Escipión poseen enormes fincas en el sur como vencedores de Aníbal. No afirmo que todos se hayan comportado de la misma manera, pero ocurre. Los latifundios y los miles de esclavos que los trabajan están dejando a Roma sin espacio y trabajo para sus propios campesinos.

—¿Entonces sostienes que todo es responsabilidad del Senado? ¿O tal vez de mi familia? —inquirió Cornelia con penetrante seriedad.

Blosio ahuecó los labios.

—¿Desde cuándo el Senado no funda una nueva colonia en el *ager publicus* y entrega tierras a nuevos colonos? ¿Desde cuándo? —contraatacó.

—Desde la fundación de Luna, en territorio ligur —contestó Cornelia con toda precisión.

—Y de eso hace ya más de treinta años —respondió Blosio con gesto victorioso—. No, mi querida amiga, no. El Senado no quiere tierras para los ciudadanos. Las quiere para senadores y caballeros. Ellos llenan sus patrimonios con las sustanciosas ganancias de sus enormes granjas. Es la política interesada del Senado la que está llenando Roma de campesinos arruinados y ociosos, esos mismos que se apiñan en el Aventino o en la Subura y que tanto te han espantado hace apenas un instante —concluyó soberbio.

Era el turno de Cornelia.

—Mi buen Blosio —dijo—, voy a exponerte otro punto de vista.

—Yo mismo me lo he ganado.

—¿Achacas entonces la responsabilidad de la emigración de los campesinos y de su pobreza al Senado?

—Por supuesto que sí —contestó Blosio con tono aflautado—. Los senadores están demasiado ocupados en sus incansables luchas políticas y solo prestan atención al número de los lictores que les preceden, como si temiesen perderse sin su compañía.

—Esa ocurrencia era de Catón.

—Cierto.

—¿Y aun así el Senado es el culpable?

—Lo es.

—Pues yo te digo que el responsable no es el Senado.

—Por Zeus, ¿quién entonces?

—La guerra.

—No lo creo, pero sigue.

Cornelia asintió.

—Es cierto que la guerra provocó la quema de extensas yugadas de tierras, pero también murieron miles de ciudadanos, quedando sus campos abandonados. Y los que pudieron regresar encontraron sus fincas descuidadas y comidas por la vegetación.

—Eso es también cierto —confirmó Blosio.

—Tanto como que los campesinos no tuvieron otro remedio que vender sus campos.

—Adquiridos sin escrúpulos a precio de ganga por quienes sí podían invertir en ellos, los senadores y caballeros —detalló Blosio—. Pero, siendo así, ¿por qué el Senado no ayudó a aquellos desdichados, entregándoles nuevas tierras y utensilios para recuperar y arar sus campos? ¿Por qué no lo hace hoy mismo y entrega tierras y herramientas a los desposeídos? —inquirió Blosio malevolente.

—Lo habría hecho si Roma no los hubiese necesitado para derrotar a Antíoco de Siria, a Perseo de Macedonia o a Cartago —repuso Cornelia.

—¡Ja! Entonces los legionarios campesinos luchan para ser desalojados de sus campos.

—Luchan convencidos de que deben hacerlo. Es un deber cívico y bien que se benefician del botín.

—¿También cuando a lo largo de los últimos años ha habido problemas en las levas? Porque tengo la sensación de que ya nadie quiere enrolarse. Claro, es mejor vivir de la anona que arar los campos o morir en las legiones —porfió Blosio con máxima mordacidad.

Cornelia sonrió magnánima. Debía reconocer que Blosio siempre la ponía a prueba.

—Sabes, mi buen amigo, que eres capcioso.

—Explícate.

—Sabes sobradamente que no puede ser legionario quien carece de propiedades o del patrimonio suficiente. Si no hay campesinos, no hay legionarios y entonces…

—Entonces sobrevienen los problemas en las levas —continuó Blosio sin dar su brazo a torcer—. Pero también los hay que tienen patrimonio y se oponen a los alistamientos —insistió con la terquedad del filósofo.

Cornelia expulsó una risa desganada.

—Eres agotador, Blosio, pero no te saldrás con la tuya. Roma no solo adolece de campesinos. También de los valores militares y ciudadanos del pasado —dijo.

—Claro, los valores romanos —siseó Blosio—. Ellos sí que vencen

todas las adversidades, pero has de saber, mi querida Cornelia, que Roma decaerá si no trata a los hombres por igual, porque todos procedemos del mismo logos universal y todos somos de alguna manera hermanos —proclamó solemne, como si hablara a uno de sus solícitos alumnos. Pero Cornelia ni lo era ni se encontraba en posición de inferioridad. Exhaló una pequeña carcajada sarcástica y luego miró a Blosio con cara de guasa.

—La famosa *humanitas* de la que no paras de hablar —murmuró sin dejarse impresionar—. Empezaba a echar de menos a Blosio el estoico —añadió irónica.

El cumano no se dio por aludido.

—Adolecéis de la virtud de la humanidad —reiteró rotundo.

—Dudo mucho de que esa sea la solución a ninguno de los problemas de Roma.

—¿A qué problemas os referís? —tronó repentinamente una voz ruda que se incorporaba a la conversación—. Parece que habéis vuelto del mismísimo Tártaro, ¡vaya caras tenéis!

Cornelia y Blosio levantaron sus miradas en busca de Metelo Macedónico, que les observaba expectante bajo sus gruesas cejas y su gran narigón. Cornelia sonrió con distinción, poniéndose en pie.

—Hablamos de disquisiciones filosóficas, mi querido Metelo.

—¡Por Hércules, entonces he de retroceder! —exclamó en broma.

Cornelia intervino antes de que a Blosio se le notara el súbito avinagramiento de su rostro.

—¿Me enseñas tus templos? —le preguntó a Metelo.

—¡Por eso mismo venía, Cornelia! —contestó Metelo con alegría—. Vamos a colocar ahora mismo el conjunto escultórico de Lisipo. ¿Te acercas?

—Será un placer. Estoy deseando ver el Alejandro Magno y a sus generales. También el mármol de paredes y columnas.

—Sabes que son los primeros templos en mármol que se construyen en Roma, al estilo jónico y rodeados por un pórtico —se apresuró a recordar Metelo como un chiquillo.

—Lo sé, lo sé.

—Y he contratado a todas las grandes sociedades de constructores de Roma. Con ello creo que me ganaré el favor de su voto en las próximas elecciones consulares —susurró Metelo a modo de confidencia, poniendo la mano sobre su boca.

—A buen seguro que te lo premiarán.

—¡Fantástico! ¡Vayamos entonces! —exclamó Metelo con una sonrisa de oreja a oreja.

Cornelia inclinó la cabeza y echó a andar. Sin embargo, detuvo sus pasos poco más adelante y se giró hacia Blosio, que seguía sentado en el murete.

—Continuaremos otro día —le dijo—, pero te sugiero que no airees en exceso cuanto hemos hablado acerca del Senado. No es conveniente —le aconsejó discretamente para no ser oída, pero ni por estas se calló Blosio.

—Sabes que tengo razón, tanta como que has de decidir qué quieres que sean tus hijos, si unos nobles enriquecidos que se aferran a los poderes de su clase, o unos hombres con altura de miras que velan por el pueblo y devuelven las tierras a los ciudadanos más pobres, aquellos que han luchado por Roma, para que tengan un futuro. Solo los grandes hombres emprenden acciones recordadas. Tuya es la decisión.

Cornelia no contestó, no de inmediato, calibrando las palabras del cumano. Así permaneció un instante, no mucho, reflexiva, hasta que decidió emprender la marcha, uniéndose a Metelo, que la esperaba a pocos pasos. Y Blosio, solo a la sombra del pinar, arqueo una ceja con suficiencia. Él no era un filósofo de pura palabrería que nada decía por mucho que hablase. Él era un pensador estoico, firme en sus convicciones y en la necesidad de intervenir en el mundo y en la política para que todos los hombres alcanzaran la sabiduría, la felicidad y, por descontado, la igualdad. Y a ello iba a encomendarse, dijera lo que dijera Cornelia y fuesen cuales fuesen las consecuencias. No estaba en Roma para ser un simple gramático. Faltaría más.

El baño de Fabio

Corduba, mediados de noviembre

Fabio descendió hasta la orilla, allí donde el río Betis formaba un pequeño e inofensivo remanso. Al menos no se lo llevaría la corriente, pensó resoplando y maldiciendo por el embrollo en el que se había metido con aquella dichosa promesa. ¿Acaso no podía haberse limitado a hacer un voto por la victoria a cualquiera de los dioses del extenso panteón romano, como hacía el común de los cónsules y pretores de Roma? ¿Es que no era suficiente con prometer la construcción de un simple y sencillo templo a su regreso, aunque fuese uno pequeño a las afueras de la ciudad? Pues no, llevado por un arrojo de amigotes de taberna con exceso de vino en sus barrigas, no le había parecido suficiente. Y ahora, arrastrado por su buen carácter, debía sufrir el castigo de su propia fanfarronada: bañarse en las gélidas aguas del río Betis, a orillas de Corduba, como celebración de su victoria sobre Viriato.

Prorrogado su mando gracias a Protágoras —en palabras de su hermano Emiliano—, había comenzado la campaña a comienzos del pasado mes de marzo, sacando a pasear a sus veinte mil legionarios y dos mil jinetes, todos ellos ávidos de dar caza a cuantos lusitanos se les cruzaran por su camino. Meses de preparación táctica y dura disciplina habían servido para azuzar a todos sus jóvenes reclutas como perros rabiosos.

Sabía que Viriato no era amigo de ofrecer el combate a campo abierto, por lo que no había buscado ni pretendido una batalla decisiva. No se luchaba así contra el bandolero lusitano. Se luchaba con paciencia e inteligencia, devorando poco a poco en una estrategia de tierra quemada todos sus puntos de aprovisionamiento; ocupando los pasos de montaña; barriendo los caminos y los bosques; poblando el territorio de campamentos y fortines; asfixiando, en definitiva, su movilidad y sus bases en un despliegue de tropas gigantesco, ordenado y prudente que el valle del río Betis no había visto en décadas.

La moral de sus hombres había crecido exponencialmente con la recuperación a mediados de verano de la importante ciudadela de Tucci, pero mucho más tras la quema de otras plazas enemigas cuya rendición había despejado el camino triunfal hacia Corduba. Viriato retrocedía, sin combates, solo con la presión, y lo hacía ensartado por la ofensiva que desde el norte emprendía Cayo Lelio, pretor de Hispania Citerior. Viriato, por fin, estaba estrangulado, tanto que, atenazado desde todos los puntos cardinales, había huido a comienzos de otoño a la ciudad de Baikor,[6] refugiándose tras sus potentes muros.

La llegada repentina del mal tiempo y unas copiosas lluvias muy poco oportunas habían impedido ir tras él, pero era suficiente. Después de cuatro

años campando a sus anchas en la provincia romana, Viriato solo podía arrastrarse por el fango y, a lo sumo, marchar a Lusitania, al norte, para lamer sus heridas y respirar por fin el hedor de la derrota.

Viriato ya no era una amenaza, no de momento, y él, todo un cónsul de Roma, como si fuese la víctima expiatoria, debía sumergirse en las aguas del río Betis a la vista de todo su ejército. Esa había sido su estúpida promesa. Pero lo hacía contento. Había desalojado a Viriato de la Ulterior y regresaba a Roma con la cabeza bien alta. Sin una victoria definitiva y aplastante, era cierto, pero con la provincia libre de Viriato, lo que no era poco.

Vestido con una simple túnica —no estaba dispuesto a bañarse desnudo y que sus hombres le contaran los pelos del culo—, se dio la vuelta una última vez antes de meter los pies en el agua. Un tropel infinito de caras legionarias formando un intimidante muro en toda la extensión de la orilla le contemplaba sonriente y expectante por ver a todo un cónsul patricio remojarse en pleno mes de noviembre. En las primeras filas pudo ver al «contubernio de los pedos», como los llamaba a voz en grito cada vez que quería escupirles una bronca a los jóvenes Tiberio, Fannio, Octavio y a su propio hijo Quintillo.

Un poco adelantado a ellos se encontraba su legado Cayo Nigidio, un hombre rudo y maduro al que nada le hacía gracia, salvo tan estrambótica escena.

—Nigidio, ¿me acompañas? —le preguntó con sorna.

—El agua está muy fría. Si lo hago no me encontraré el falo —contestó muy serio.

—No sabía que tuvieras falo —replicó Fabio.

—Mejor que no lo veáis, pues entonces jamás os volveríais a considerar un hombre —repuso Nigidio con la agilidad del gato.

Fabio rio con ganas. Nigidio le respetaba, tanto como sus hombres, eufóricos porque su cónsul se rebajase puntualmente a hacer la típica bobada propia de los simples legionarios. No solo había que comer habas y dormir en el suelo como un simple soldado para impulsar la moral del ejército y dar ejemplo; también era necesario reír con ellos.

—Pues allá voy —le dijo a Nigidio y se zambulló aparatosamente en las aguas del río Betis.

Para su sorpresa, faltó tiempo para que la tropa, dirigida por el contubernio de los pedos, se lanzara también al agua, elevando al cielo un rugido de alegría.

Ya es mío

Roma, finales de noviembre

Apio Claudio se levantó antes del amanecer. Desayunó un poco de agua, leche y queso y fue a retirarse en soledad al *tablinum*, con la cortina que lo separaba del atrio bien corrida para que nadie le viera, apenas iluminado por la serpenteante y anaranjada llamita de una pequeña lucerna. Se sentó frente a su escritorio y esperó.

Al poco rato, las primeras luces del alba fueron colándose por el hueco del tejado del atrio. Fue entonces cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de la casa. Los goznes chirriaron, se escucharon unas voces y después unos pasos que se acercaban. Pronto la cabeza de uno de sus esclavos emergió de las cortinas.

—Señor, la toma de auspicios ha sido favorable —le dijo.

Apio Claudio asintió.

—Traedme la toga cándida —ordenó.

Unos instantes después, debidamente ataviado con la majestuosidad que la ocasión requería, abandonó su casa, imbuido en una mística solemnidad.

Sin embargo, la voz de Antistia le hizo detenerse en el umbral.

—Es el día más importante de tu vida y de la mía. No vuelvas sin ello. Tráemelo —dijo ella en tono exigente.

Apio Claudio se quedó un instante con la mirada perdida, fija en ninguna parte. Después se limitó a mover la cabeza de modo muy leve y se encaminó al Campo de Marte. Había llegado su gran momento.

Al igual que en los albores de la República, ciclo tras ciclo, el mes de noviembre alumbraba una nueva convocatoria para elegir a los magistrados superiores de Roma para el año siguiente. Llegaba el turno de la votación de los dos nuevos cónsules, lo que había despertado un enorme interés porque entre los candidatos resonaban nombres tan ilustres como Apio Claudio Pulcro y, por tercera vez, Metelo Macedónico, del que se decía que obtendría por fin los votos suficientes por el simple agotamiento de los votantes, hartos de verlo año tras año en la tribuna de los candidatos.

Toda la ciudad, animada por las buenas noticias de la guerra contra Viriato y dibujada por el colorido de los campesinos que llegaban de los campos para dar su voto en el Campo de Marte, bullía alegre y distendida. Era un día especial, en el que los valores cívicos afloraban con fuerza y en el que los ciudadanos sentían el orgullo de participar en la esencia misma de Roma. Era, además, una jornada para dar un descanso a las obligaciones cotidianas,

permitirse algún asueto, visitar parientes o simplemente pasar la tarde en la taberna de una encrucijada.

De esta guisa, todo parecía quedar suspendido, todo menos el fuego eterno de Roma, que debía arder sin descanso en el templo de Vesta bajo el cuidado riguroso y exigente de sacerdotisas vestales como Claudia *prima,* que no podía desatender sus obligaciones ni aun cuando su padre fuera uno de los candidatos al consulado.

Virgen, hermosa, disciplinada e indefectiblemente servil para con sus atenciones religiosas, aquella mañana de comicios, rodeada de penumbra y silencio, escrutaba el fuego de Roma como si su vida o su virginidad dependieran de ello. En verdad que el castigo que se infligía a las vírgenes vestales si la llama se extinguía por un descuido era únicamente el azote con varas a manos del pontífice máximo. Pero no era menos cierto que ella, pese a tener todavía dieciséis años, ejecutaba todo con completa precisión y máxima exigencia.

En su canon de vida no podía ser de otra manera, pues era un inconmensurable honor para ella y para su familia servir en el sagrado colegio de las vestales y velar por la protección e integridad ritual de la ciudad y de los romanos. Ella jamás sería descuidada como su compañera Licinia, que se había dormido recientemente en su turno de vigilancia, desatendiendo el fuego hasta tal extremo que la vestal máxima se lo había encontrado expirando como un simple rescoldo.

Desde aquel lamentable suceso, los gritos de la vestal máxima parecían resonar todavía en el interior de las paredes circulares del templo de Vesta, el hogar público de Roma. Licinia era una tonta caprichosa. Ella una vestal de la *gens* Claudia. Era ella la hija mayor de Apio Claudio Pulcro y de Antistia. La diferencia debía hacerse notar.

Rodeada de tantos aires de grandeza, a punto de finalizar su turno, se levantó de la silla y se acercó al fuego. Ardía impetuoso. No había de qué preocuparse. La prosperidad de Roma nada debía temer con ella en severa actitud vigilante. Después, disciplinada, realizó una última inspección del resto de los objetos sagrados custodiados en aquel lugar. La efigie en forma de falo brillaba misteriosa con vivos tonos anaranjados, garantizando la fertilidad de Roma. El Paladio, como se llamaba a la estatua de Palas Atenea traída por Eneas en su fuga de Troya, mantenía su mirada inquisitiva y aguerrida. Las pequeñas estatuillas de los dioses penates, guardianes de la gran despensa de la ciudad, parecían tener movimiento propio agitadas por las sombras reflectantes de la llama eterna, y las vasijas colocadas con esmero a lo largo de los vetustos muros seguían custodiando la *muries* y la mola salsa, que no eran otra cosa que los aliños elaborados por las vestales para los sacrificios de ferias y fiestas religiosas. Todo estaba en orden.

Satisfecha, fue a sentarse de nuevo cuando la oyó.

—Es mi turno. Puedes irte —graznó su compañera Licinia con su natural tono hiriente. Parecía imposible que con quince años tuviera aquella voz tan descarnada.

—He alimentado la llama hace poco —se limitó a informarla. Desde su imperdonable despiste miraba a Licinia con desprecio.

—Ya lo veo.

—Pues cuídala adecuadamente.

—Si te vas podré hacerlo.

Claudia dejó escapar una risa sarcástica.

—¿De qué te ríes? —inquirió Licinia.

—¿De qué voy a reírme? —escupió Claudia.

—Fue un accidente —se defendió Licinia.

Claudia la miró de arriba abajo con un rictus desaborido de aquellos que imitaban con maestría cualquiera de los de su padre o los de su madre Antistia. Después adoptó una pose solemne.

—Para que cumplas con las obligaciones sagradas que la ley obliga a cumplir a una sacerdotisa vestal a favor del pueblo romano y de sus ciudadanos, según la mejor de las leyes, a ti, Amata, te tomo —declamó usando las mismas palabras que recitaba el pontífice máximo al elegir una nueva vestal. Eran términos de gran boato y peso.

Licinia se puso de todos los colores.

—¡Vete! —chilló.

—Cuida el fuego eterno —espetó Claudia con gesto arrogante, dicho lo cual abandonó el templo por una puertilla trasera que daba a la casa de las vestales, allí donde vivía la pequeña congregación.

Tras prepararse en su cubículo y ataviarse con una nueva estola y con una renovada *infula* —las bandas de lana que portaban las vestales sobre su cabeza a modo de elegante e identificativa diadema—, abandonó el *Atrium Vestae* e irrumpió en la vía Sacra. Allí le aguardaban ya su madre, su hermano mayor Apio y su hermana Claudia *secunda*, todos ellos engalanados para la ocasión.

—Madre, hermanos —dijo hierática. Aunque se querían, se comportaban entre ellos con aristocrática distancia y parquedad.

—Hija —contestó su madre con igual economía emocional.

—Llegas tarde —espetó su hermano Apio.

Claudia le dedicó una mirada furibunda. Su hermano, todo un mocetón de dieciocho años, tenía un carácter soso y apocado incapaz de alzar mínimamente la voz, salvo a sus propias hermanas.

—Si te parece, puedo apagar el fuego eterno y presentarme aquí cuando gustes —le increpó despectiva.

—Yo me alegro de verte —intervino su hermana Claudia *secunda*, una mujercita de catorce años.

Claudia, esta vez, no pudo reprimir una tierna sonrisa. *Secunda* rompía el esquema familiar. Era dulce y agradable. Con ella no se podía ser arisca.

—Yo también me alegro, Claudilla —le dijo con cariño. Todos la llamaban Claudilla para diferenciarla de ella misma, que era Claudia a secas.

—¿Hemos terminado? —prorrumpió ceñuda Antistia—. Hoy vuestro padre va a ser cónsul de Roma. Comportaos como Claudios Pulcro —advirtió.

Claudia alzó la cabeza y estiró su cuello.

—Pues vayamos, madre —dijo.

Antistia asintió repetidamente —lo hacía así cuando estaba nerviosa y no quería que se le notase— y sus hermanos se cuadraron, emprendiendo todos juntos la marcha hacia el Campo de Marte, más estirados que un palo, acompañados de toda una legión de escoltas.

—Mira, mira, la gran matrona y la vestal —anunció Quinto Pompeyo entre risas en cuanto oteó a los Claudio y sus sempiternos cabellos rubios.

Emiliano ronroneó una pequeña carcajada. En verdad que era divertido ver a toda la familia abrir en canal la multitud gigantesca apiñada en la Villa Pública y en los *saepta*, pero mucho más advertir que las temibles Antistia y Claudia *prima*, con sus bocas permanentemente fruncidas, servían de poderoso y vertiginoso ariete.

—Diría que el atuendo de las vestales es un traje de gabios si quien lo lleva es Claudia *prima*. Por todos los dioses, ¡qué respeto infunde! ¡Mira cómo avanza! —continuó Pompeyo envalentonado al comprobar que su primera broma había sido un éxito. No era fácil hacer reír a Emiliano, pero este, sorprendentemente, volvió a emitir un ronroneo contenido.

—Traje de gabios… —masculló riendo y recordando que un traje de gabios era la coletilla que aludía a la panoplia militar de los habitantes de Gabios, una ciudad del Lacio conquistada hacía siglos, pero de importante recuerdo por su resistencia y ferocidad. Que se los relacionase con Claudia *prima* tenía su gracia.

Pompeyo le miró con los ojos como platos.

—¿No me dirás que no? —insistió.

—No, no te digo que no, has dado en el clavo —contestó Emiliano, distendido y risueño, mientras seguía con la mirada cómo Antistia y Claudia *prima*, acompañadas del resto de la familia, penetraban en cuña entre los miles de ciudadanos que ocupaban los recintos electorales, unos ya retirándose después de haber votado y otros a la espera de que su centuria

fuese llamada a votar.

—Esta noche Antistia será la mujer de un cónsul —reconoció Pompeyo, regresando a la seriedad.

—Es lo natural —respondió Emiliano.

—Tanto como que Claudio caminará mañana como si fuese el Rey de Reyes —añadió Pompeyo.

—Es lo natural si de quien hablamos es de Apio Claudio —reiteró Emiliano.

—¿Y el otro…, el otro también será cónsul? —inquirió Pompeyo con sumo desdén.

Emiliano supo a quién se refería Pompeyo. Por ello, con parsimonia, se giró hacia la alta tribuna de madera en la que se encontraban los candidatos, todos ataviados con sus togas cándidas. Entre ellos posaba majestuoso Metelo Macedónico, «el otro» en palabras de Pompeyo.

Emiliano sabía que ambos se odiaban a muerte, aunque nadie en Roma sabía con seguridad por qué. Unos decían que porque Pompeyo, en sus años adolescentes, había violentado a la hermana de Metelo, tocándole los pechos a manos abiertas en unas Saturnalia. Otros decían que, en cierta ocasión, Metelo, rudo y bruto como él solo, se había burlado en un selecto banquete de la calvicie incipiente de Pompeyo y de sus ojos saltones que parecían huevos, afrenta esta imperdonable para alguien como Pompeyo, un hombre nuevo, sin ancestros dignos de mención, dominado siempre por una mirada torva, capaz de devorar a cualquiera bajo su aparente afabilidad.

Aun así, fuera cual fuera el motivo de su mutua inquina, a Emiliano le era de interés la compañía de los dos, la de uno, Metelo, por la importancia de su *gens* y el peso de su clientela, muy relevantes en los comicios, y la del otro, Pompeyo, actual pretor peregrino, por su enorme riqueza, por el apoyo gigantesco y clientelar del que gozaba en el Piceno, en plena costa adriática, y porque todo hombre público necesitaba a la postre tener de su mano a un perro mordedor que, por extraño que pareciera, caía muy bien al pueblo. Porque Pompeyo tenía la habilidad de infundir recelos en la clase senatorial por su permanente gesto de estafador, pero provocar al mismo tiempo que el populacho suspirara por sus huesos. Eran todas ellas buenas razones para tenerlo cerca y patrocinarlo.

—Metelo obtendrá también el consulado, a la tercera —afirmó finalmente tras girarse de nuevo hacia Pompeyo.

Este dejó enseñar sus caninos.

—¡Bah! Lo va a conseguir únicamente porque Claudio y su camarilla se llevan a matar desde lo de Galba y Cotta. Nunca pensé que aquella bronca fuera a serme tan agria —maldijo entre dientes.

Emiliano desplazó sus ojos de modo peligrosamente perceptible,

contemplando de reojo a Pompeyo. Debía patrocinarlo, pero también impedir que se envalentonara.

—¿Serte tan agria? —farfulló.

—Bueno…, sí… —reculó Pompeyo de inmediato.

—¿Has olvidado que conseguí que a mi hermano Fabio se le prorrogara el mandato en Hispania gracias a esa bronca que tanto te molesta ahora? ¿O que gracias a él Viriato ha dejado de humillarnos? ¿Lo comprendes bien, amigo mío? —demandó autoritario y no poco irónico.

—Pero yo no he querido… —se justificó Pompeyo.

—Metelo derrotó a Andrisco de Macedonia y a la Liga Aquea en Acaya. Tiene lazos con mi familia. Merece ser cónsul —continuó Emiliano intransigente.

—Es que ya sabes…

—¿Que ya sé qué?

Pompeyo se pasó la mano por la naciente calva.

—No quería ofenderte —se excusó.

Emiliano dejó escapar una mueca sarcástica.

—Estáis condenados a entenderos, Metelo y tú, ya puedes ir acostumbrándote, porque…

—¡Las treinta y cinco primeras centurias de la segunda clase! —le interrumpió tronante un pregonero electoral—. ¡A votar! —añadió a voz en grito, provocando que una obediente marea humana comenzara a moverse como una densa corriente en dirección a los *saepta*.

—Alejémonos un poco —exigió Emiliano.

Claudia *prima*, su madre y sus hermanos descendieron hacia el Campo de Marte por el *clivus Argentarius* en dirección a los recintos habilitados para las votaciones, donde los electores se agrupaban por miles según su centuria. Cruzando entre todos ellos, alcanzaron con rapidez los prados de la Villa Pública. Allí se detuvieron en seco.

—El sol está más allá del mediodía. Las centurias ecuestres y los de la primera clase ya habrán votado —comentó Claudia *prima*.

—La bandera sigue izada en el Janículo —precisó su madre.

—Entonces, padre aún no ha ganado —añadió Claudilla con una mueca de decepción. La bandera roja no sería arriada hasta que no fueran elegidos los dos nuevos cónsules.

—Acerquémonos más —exigió Claudia *prima*.

Poco más adelante, dejando atrás los campos públicos, los Claudio alcanzaron los *saepta*, justo donde comenzaban los treinta y cinco pasillos de

votación. En ese momento un pregonero llamó a votar a las primeras centurias de la segunda clase, creándose de la nada un remolino que envolvió a la familia.

Pero la vestal, lejos de asustarse, estiró el cuello como una gallina dominante.

—¡Atinio! —gritó de pronto con estridencia.

El tal Atinio, un hombre robusto que caracoleaba por la zona y que tenía una cara de las que no convenía encontrarse en un callejón sin salida, se giró en cuanto oyó que lo llamaban. Al ver quién lo hacía, se acercó como un perrillo bien amaestrado.

—¿Qué hacen aquí las señoras? —preguntó sorprendido.

—Eso no importa. Ábrenos paso hasta el tribunal —requirió la joven, autoritaria.

Atinio era cliente de la familia Claudia, como lo había sido su padre, su abuelo, su bisabuelo y así hasta la noche de los tiempos. Leal hasta la muerte, era de los hombres que en los días de las elecciones se aseguraba de que todos los clientes de los Claudio, que eran miles, votaran debidamente a sus patronos Claudios. El voto era oral y los clientes eran obedientes, pero una pequeña presión en los pasillos de los *saepta* o una mano sobre el hombro en un momento dado servían para que nadie se despistara y votara por accidente a otro candidato. Eso hacía Atinio, y lo hacía muy bien, como casi todo lo que tuviera que ver con los Claudio, por lo que necesitó un solo instante para organizar una gigantesca cuadrilla que a base de puñetazos y mamporros condujo en volandas a toda la familia como si no hubiera suelo bajo sus pies, depositándola inmaculada junto al tribunal y el podio en el que se erguían todos los candidatos. A los pies de la tribuna se hallaba el presidente de los comicios, el cónsul Galba, así como los treinta y cinco senadores que escuchaban el voto oral de los ciudadanos antes de ser anotados por los escribas en unas tablillas de cera.

Claudia *prima* encontró rápidamente la mirada de su padre, pero este se limitó a observarla con suficiencia, manteniendo siempre el boato que requería estar a la vista de toda Roma. Ella lo contempló un instante más, orgullosa y crecida, hasta que de refilón vio pasar a su lado al joven senador Mucio Escévola, el que había sido el jurista de su padre durante su pretura.

—¡Escévola! —lo llamó.

Este, al ver quién le reclamaba, se hizo el loco a la primera, el remolón a la segunda llamada y el sordo a la tercera. A la cuarta ya no pudo escaparse.

—¿Cómo van las votaciones? —le demandó *prima*.

—Han votado ya las doce centurias ecuestres, las seis de los *sex suffragia* y las setenta de la primera clase. Ahora están votando las de la segunda clase —informó con la precisión del jurisconsulto.

—¿Y? —interpeló *prima* con gesto agrio.

—Todas ellas han votado a tu padre.

A Antistia se le iluminaron los ojos como el faro de Alejandría.

—Once centurias más y será cónsul —susurró lasciva.

—Dormirás hoy con un hombre que ha culminado su camino del honor —quiso lisonjearla Escévola.

—Aún debe ser censor y el primer senador de Roma, por supuesto —escupió Antistia.

—Por supuesto, sí, sí, por supuesto, eso mismo quería decir —corrigió Escévola antes de escabullirse.

Claudia *prima* lo siguió con mirada enfurruñada, y cuando lo perdió de vista se giró hacia su madre.

—Cónsul… —balbució llena de emoción.

—Cónsul… —murmuró Antistia.

—Ese engreído de Emiliano ya no podrá mirarnos como si fuéramos una simple familia plebeya sin dignidad consular —siseó Claudia *prima*.

—Nunca lo hemos sido —negó Antistia, cortante.

—¿Crees que no lo sé? Pero una cosa es saberlo y otra acreditarlo a ojos de todos —replicó su hija mayor.

Antistia la miró tan orgullosa como entristecida. Orgullosa de haber parido una hija tan fuerte, pero triste porque todo el carácter de su prole se había concentrado en ella y no en su hijo Apio.

—Aguardemos. Aún no ha sido proclamado —requirió.

La espera no fue larga y todo sucedió con gran rapidez, pues once centurias después un escriba se acercó a Galba y le habló al oído.

—¡Sonríe, Galba sonríe! —dijo extasiada la joven Claudilla, dando uno alegres botecitos.

—Claudilla, para de una vez, por todos los dioses —espetó su madre—. No debemos mostrar tanta alegría cuando conseguimos aquello que es natural para nosotros.

—Eso es —secundó *prima* con cara avinagrada.

—Entonces, ¿qué debo hacer? —se quejó la joven Claudia.

—Mostrar orgullo y suficiencia, nada más —repuso su madre.

—Como si fueses una vestal —añadió su hermana.

La pequeña Claudilla cruzó los brazos enfurruñada, pero no dijo nada. No merecía la pena. Estaba comenzando a comprender que tanta seriedad y protocolo público en su familia, como si tuvieran que pasar el continuo examen de toda la ciudad, era de lo más aburrido y absurdo. Y, además, tenía razón, porque Galba, en efecto, sonreía, de oreja a oreja, tanto que se puso en pie, subió a la tribuna bajo la atenta mirada de Apio Claudio, se colocó al lado de este y bramó sin andarse con rodeos, a pleno pulmón:

—¡Noventa y siete centurias han dado su voto a Apio Claudio Pulcro! ¡Yo lo proclamó cónsul electo de Roma!

Un estentóreo rugido de aprobación se elevó al cielo al tiempo que dos solícitos esclavos salidos de la nada —tan solícitos que casi se arrastraban en lugar de caminar erguidos— accedieron a la tribuna, despojaron a Claudio de su toga cándida, se llevaron sendas collejas de su amo por alguna torpeza con la consiguiente risa de la multitud —las gracias del vencedor siempre eran muy bien acogidas— y le invistieron a la velocidad del rayo con la toga *praetexta*, orlada con las ansiadas y anchas tiras púrpuras, insignia y símbolo del magistrado romano.

Apio Claudio elevó entonces el mentón, expulsó a los esclavos con una simple mirada, oteó a todos los ciudadanos con sus fulgurantes ojos azules, inclinó la cabeza con falsa modestia y emprendió el camino al templo de Júpiter Óptimo Máximo con unas ínfulas que no le cabían en el pecho. En el Capitolio ofrecería la tradicional libación por la victoria electoral.

Antes de abandonar la tarima giró la cabeza y cruzó su mirada con la de Antistia, moviendo ligeramente los labios, como queriendo decir algo que Antistia supo entender a las mil maravillas.

—Ya es mío —susurró ella, repitiendo lo que acababa de balbucear su esposo—. El consulado es mío.

Ocurrido todo esto, la familia Claudia se puso en movimiento. Y si habían llegado al Campo de Marte como un pequeño pelotón de estirados nobles que todo lo desprecian, mucho más lo hicieron al abandonarlo, surcando las multitudes con un aura de gravedad y dignidad de la que carecían el resto de los mortales. En su fuero interno deseaban saltar, reír y gritar de alegría, sobre todo Claudilla, mas eran Claudios y no les estaba permitido.

Cuando ascendían ya el *clivus Argentarius* en su vuelta a la ciudad, una enorme ovación llegó desde los *saepta*. Todos se giraron para averiguar qué ocurría. Claudia *prima* y su vista de águila fueron las primeras en advertir qué sucedía.

—Metelo Macedónico —dijo lacónicamente—. Metelo ha sido elegido —añadió despectivamente.

—Pues que le vaya bien —porfió Antistia. Y los Claudio continuaron su camino.

Metelo Macedónico se invistió con la toga *praetexta* y dejó la tribuna de los candidatos como un chiquillo al que le regalan su primer juego de espada y escudo.

En su majestuoso camino hacia el Capitolio, rodeado de sus fieles y

aclamado por propios y extraños, se topó con Emiliano en la entrada a Roma, bajo el vano de la puerta Fontinal, al que abrazó con su corpachón como si fuese un simple monigote. Se abstuvo, en cambio, de cruzar su mirada con el mezquino Quinto Pompeyo, al que ignoró.

Ya en la explanada del templo de Júpiter se cruzó con Apio Claudio, que regresaba de hacer sus libaciones de agradecimiento al gran dios. Se dieron la mano con cortesía. No eran amigos, pero tampoco se llevaban mal.

Hechas sus propias ofrendas, descendió el Capitolio a paso rápido, atravesó como una exhalación el foro, acometió como un adolescente en plena forma la cuesta palatina, correteó rejuvenecido por la vía alta de la colina e irrumpió en su *domus* con una alegría incontrolable que no le cabía en su fornido pecho.

Al alcanzar el atrio la encontró, allí, junto el *impluvium*, con las manos cruzadas serenamente sobre el vientre, sonriente.

—Atilia —dijo sin poder casi articular palabra.

—Lo sé —contestó su esposa llena de cariño.

—Por fin…

—Ellos también están orgullosos —añadió su esposa, y señaló hacia uno de los laterales de la estancia.

Metelo se giró y los vio también, a todos ellos. Con su ímpetu ni se había percatado de su presencia, pero allí estaban, sus cuatro hijos y sus tres hijas, en fila, ansiosos, con los rostros radiantes, deseando echarse en brazos de su padre, en una perfecta escala de edad que fluctuaba desde los veinte años de su hijo mayor a los siete de la pequeña.

—¿A qué esperáis? —tronó Metelo, abriendo los brazos.

Todos sus hijos se le echaron encima montando una gran algarabía, carcajeando sin parar, y solo cuando Metelo pudo desembarazarse, les dijo a todos ellos:

—Y son todo en mármol, los templos que estoy construyendo, todo en mármol, ¡los primeros de Roma! —exclamó con el dedo índice en alto.

Una nueva y colectiva carcajada inundó con su alegre sonido la casa de los Metelo. Macedónico era el hombre más feliz del orbe. Tenía una familia maravillosa, y por fin era cónsul.

—¡Ya es mío! —gritó loco de alegría.

Instigación lusitana

Termes[7] *(Hispania), finales de diciembre*

Cuatro años a lomos de un caballo recorriendo Lusitania y la Ulterior como una cabra montesa, constantemente de un lado a otro, trotando y galopando por llanuras, serranías y caminos agrestes, unas veces persiguiendo a los romanos y otras siendo perseguido por ellos, pero siempre a la grupa de un corcel, le hacían preguntarse por qué en esta ocasión le dolían las nalgas.

—No me lo explico —le dijo a Ditalcón, apeándose de su montura—. Me duele el culo como si me hubiesen dado un garrotazo en todo el hueso —se quejó reflexivo.

Su segundo al mando, Ditalcón, lo miró divertido. La ciudad celtíbera de Termes estaba ya a la vista y no se le ocurría otra cosa que pensar en sus posaderas. O estaba loco o era un genio, probablemente lo segundo.

—Te estás haciendo un blando. Ha bastado un año en cómodos jergones a orillas del Betis para que protestes como una niña —bromeó.

Viriato, frotándose los glúteos con el ceño fruncido, emprendió su marcha a pie, sujetando al caballo por la brida.

—Descabalga de una vez o los celtíberos creerán que tú eres yo, y no quiero decepcionarles —contraatacó lleno de guasa.

Ditalcón eructó una carcajada rápidamente secundada por el centenar de hombres de armas que les seguían y echó pie a tierra, poniéndose a la par que Viriato.

Debía reconocer que era un hombre extraordinario, muy alejado de la imagen de simple pastor que vendían los romanos, capaz de marear como a perdices estúpidas a legiones enteras con sus famosas emboscadas, muchas de ellas masivas y sanguinariamente mortíferas. Bajo su autoridad decenas de bandas lusitanas, antaño vulgares saqueadores que descendían de Lusitania o de Beturia[8] para rapiñar las riquezas del valle del río Betis, actuaban ahora como una única fuerza, y lo hacían simplemente porque estaba él. Porque él les decía qué hacer y cómo triunfar. Porque él nunca erraba. Porque él les sacaba de todos los atolladeros. Porque con él se sentían arropados. Porque sonreían ufanos cada vez que les observaba con aquella mirada serena pero lobuna. Porque era un hombre de fiar, austero y de palabra. Porque repartía el botín con justicia y generosidad. Porque se decía de él que tenía el arte de prever el futuro. Y, simplemente, porque era Viriato, un hombre lleno de humor incluso en momentos tan trascendentales como aquel.

—Juraría que es por este maldito frío. Se me ha helado el culo. Sí, eso ha ocurrido —oyó que seguía rumiando con ánimo provocativo.

— ¿Y no se te han helado los huevos? —despotricó Ditalcón con toda

burla. Una vez más, la nutrida escolta se carcajeó al unísono.

—Esos están bien calentitos. Si metes tus manos te quemarás, pervertido —replicó Viriato, haciéndose el ofendido. Después se atusó la barba castaña y miró a lo lejos—. Ahí está esa roca rojiza —masculló, ahora muy serio.

Ditalcón elevó la vista. A poco más de quinientos pasos se erguía un poderoso conjunto de espolones y roquedos de rojiza piedra arenisca, semejante a una gran muralla irregular y socavada que sostenía una terraza, y esta a su vez nuevos peñones igual de verticales que los anteriores que daban lugar a otro terrado en el que convivían viviendas de adobe, cuevas y surcos artificiales en la roca.

—La ciudad celtíbera de Termes —dijo Ditalcón.

—Acerquémonos —ordenó Viriato.

La aproximación de Termes desde el sur se hacía a través de una encajonada llanura verdosa salpicada de árboles solitarios. Aquel campo tenía algo de mágico, algo de sobrenatural, pensó Viriato mientras la atravesaba con parsimonia. El sol hacía el resto para conferirle una luz nítida en una mañana realmente fría.

—Cómo me duele el culo. Es este gélido lugar —protestó de nuevo para hacer reír otra vez a sus hombres. Él estaba muy tranquilo, pero ellos no.

—Ahí están los celtíberos —le dijo Ditalcón al rato cuando quedaban apenas cien pasos para alcanzar la ciudad, cuyos espolones emergían violentos, poniendo fin a la plácida llanura.

—Quedaos aquí —requirió Viriato, entregando las riendas de su caballo y caminando solo lo que quedaba de campo abierto, estrechado ahora por un bosquecillo a su izquierda y un pequeño río delimitado por sauces a su derecha.

Después de dar unos pocos pasos más fue a sentarse en un aislado tocón de madera, como si supiera qué debía hacer. El tronco estaba hincado justo delante de un pequeño graderío cóncavo excavado con tosquedad en la misma roca.

La grada no estaba desnuda. Una veintena de hombres con largas pero arregladas cabelleras, algunos viejos y otros menos viejos, representantes todos ellos de las principales ciudades de toda la Celtiberia, le miraban impasibles, rudos y con caras agrietadas por el sol, quietos como postes, con las espaldas bien estiradas. Estaban envueltos en unas capas grisáceas abrochadas al hombro con una fíbula en forma de caballito con un jinete. Y todos ellos apoyaban en el suelo unos bastones rematados con un báculo en bronce que esculpía una figurita de dos caballos al galope. No cabía duda de que en aquel graderío había más caballitos que personas; tampoco que los celtíberos eran unos excelentes y valientes jinetes y aquel su mayor símbolo de autoridad entre ellos.

—¿Eres Viriato? —preguntó un hombre colocado en mitad de las gradas.

—¿Y tú Avaro de Numantia? —replicó Viriato.

—Lo soy.

Viriato asintió complacido, escrutando a aquel hombre con detalle. Como él, era delgado y fibroso, de mediana edad, cabello castaño y gesto desconfiado. Y era de Numantia, la más belicosa de todas las ciudades de Celtiberia.

—Soy Viriato. Vengo a hablar —dijo finalmente.

—Habla entonces —autorizó Avaro.

Viriato apoyó las manos en los muslos.

—Quiero un pacto —dijo yendo al grano. Los celtíberos no eran gentes de andarse con rodeos.

—Ya tenemos pactos con los romanos —contestó Avaro, impasible.

—No de ese tipo de pactos.

—¿De cuáles entonces? Tenemos entendido que has tenido que huir de los romanos.

Viriato rio por lo bajo.

—Yo siempre vuelvo —afirmó al poco—. ¿Y crees de verdad que estoy derrotado? ¿Me ves derrotado? —inquirió ahora con colosal rotundidad.

Avaro, inmutable, le miró fijamente.

—Tenemos un acuerdo con Roma desde hace ocho años. Nos es suficiente. Vivimos en paz —reiteró.

—Sabéis tan bien como yo que Roma, tarde o temprano, lo incumplirá.

—No le damos motivos para ello.

—No hasta que a un nuevo cónsul o a un nuevo pretor le plazca.

—No necesitamos la guerra.

—La necesitáis más que nunca.

—Tú la necesitas. Tu debilidad la necesita.

Viriato inspiró muy despacio al tiempo que bajaba la cabeza y palmeaba repetidamente sus muslos con las manos. Debía ser paciente.

—¿Roma os permite ampliar vuestras murallas o crear nuevas ciudades? —pregunto, alzando súbitamente el mentón.

Avaro dudó un instante, pero al final contestó.

—No.

—¿Roma os castigaría si supiera que estáis aquí todos juntos como un solo cuerpo?

—Sí.

—¿Roma os hace pagar tributo?

—Sí.

—¿Roma os pide hombres para sus guerras?

—Lo hace.

—¿Roma os permite relacionaros entre vosotros?

—No.

—¿Los comerciantes romanos os roban vuestras minas y riquezas?

—Sí.

—Entonces —dijo Viriato, elevando y abriendo sus manos al cielo—, ¿desde cuándo los hombres de Termes, Numantia, Uxama, Nertobriga, Contrebia u Ocilis actúan como si les hubiesen cortado la mano derecha, aquella con la que sujetan la espada? ¿Desde cuándo permiten que Roma les arrebate la libertad de sus ancestros? —inquirió provocativo.

Avaro no respondió, pero apretó ligeramente los labios. Después miró a un lado y al otro del graderío. Nadie movía un músculo ni agitaba sus bastones rematados de caballitos al galope. Se giró de nuevo hacia Viriato.

—No queremos la guerra. Vuelve a tu tierra —espetó.

Viriato se puso en pie, pero no derrotado. Los celtíberos eran unos cabezotas sin remedio, fríos, oscuros y desconfiados al comienzo, pero alegres, borrachos, temperamentales y hospitalarios en exceso cuando rompían el hielo. Solo necesitaba tiempo y ahondar en lo más sagrado de aquellos hombres.

—Es muy hermoso el campo que tenéis frente a vosotros —dijo y señaló la llanura que acababa de atravesar.

—Lo es —confirmó Avaro.

—Sí, sí que lo es… Hay lugares en la naturaleza —prosiguió Viriato— que respiran misticismo, que sobrecogen. Cuando los encuentras te sientes libre y tranquilo. Respiras la naturaleza y percibes la presencia de una fuerza sobrenatural, sea una pequeña regata, un árbol solitario, un claro en el bosque o una cresta de una montaña.

—Hallarás más en los bosques, en las aguas y en los montes que en los escritos de los romanos. Ellos te enseñan más que ningún maestro —dijo Avaro, por fin espoleado.

Viriato asintió con sencillez.

—Pero los romanos encierran a sus dioses en capillas y templos. No son capaces de ver la grandeza de lo natural como lo hacemos nosotros. Ellos lo pueblan todo de seres absurdos y burlones y se ríen de las antiguas costumbres de nuestros antepasados. Somos gentes incultas a las que deben domesticar y conquistar. Somos una aberración que practica ritos salvajes y despiadados. Somos los carroñeros que cortamos cabezas y manos y exponemos a los buitres a nuestros muertos en combate cuando en ello radica precisamente la mayor gloria del difunto… —Viriato hizo una medida pausa —. Y Roma todo lo arruinará, ¿no lo creéis? —continuó—. Vuestros hijos honrarán a Júpiter en un templo de cuatro paredes en lugar de hacerlo a Lug, a

las Matres, a Epona o a Cernunnos, que quedarán esclavizados y convertidos en un vano recuerdo como vosotros mismos… Pero, pese a ello, creéis que no necesitáis la guerra… ¿Estáis seguros de lo que decís? ¿Lo estáis? —interpeló, dejando la pregunta suspendida en el aire al tiempo que los báculos en forma de caballitos comenzaban a vibrar, siquiera imperceptiblemente. Y Viriato no pudo evitar que las comisuras de sus labios se arquearan hacia arriba—. ¿Estáis seguros? —insistió, clavando su mirada lobuna en Avaro. No había cruzado media Hispania en pleno invierno solo para que le doliera el culo.

Año 143 a.C.

EN EL CONSULADO DE APIO CLAUDIO PULCRO Y QUINTO CECILIO METELO MACEDÓNICO

El pequeño demonio

Roma, día de año nuevo

El niño Cayo Sempronio Graco irrumpió en su casa como un remolino. Ni una mañana entera corriendo, saltando y peleándose con los de su edad en el Campo de Marte para preparar su cuerpecillo y su carrera política y militar eran suficientes para calmar su energía. Nunca se estaba quieto, le era imposible.

Cruzó el atrio a toda velocidad, desequilibró por el camino a una esclava que llevaba una bandeja de pastelillos —que salieron volando—, desparramó varios papiros colocados ordenadamente sobre una mesita y frenó en seco al llegar al peristilo. Allí escrutó la altura del sol y la proyección de las sombras sobre las columnas del pórtico. La luz solar todavía bañaba los capiteles. Era justo lo que quería comprobar. Aún tenía tiempo antes de que comenzara su aburridísima clase de gramática con Blosio de Cumas. E incluso tal vez llegase a ver el desfile de los senadores, caballeros, magistrados y sacerdotes en la toma de posesión de los dos nuevos cónsules del año, Apio Claudio y Metelo Macedónico.

Desandando el camino entró en la biblioteca de la *domus* como un caballo sin freno. A punto estuvo de echar al suelo el imponente busto en bronce de su padre —lo que habría provocado un desastroso efecto dominó sobre el resto de las esculturas de otros miembros notables de la familia Graco —, pero logró esquivarlo antes de examinar con ansía los cientos de rollos que albergaba aquella espaciosa habitación de vivos colores rojizos y azules.

Sabía dónde buscar y empleó muy poco tiempo para recolectar con sus manitas de niño de once años varios libros de Aristeas de Proconeso, Ctesias de Cnido, Onesícrito de Astipalea y Filostéfanos de Cirene. Le resultaba imposible repetir aquellos nombres griegos tan largos y raros, pero, en realidad, no necesitaba detenerse en ellos, sino en las historias narradas en esos volúmenes repletos de prodigios, relatos maravillosos y sucesos inauditos.

Le entusiasmaban. Encontraba en ellos relatos de los escitas que viven junto al mismo septentrión y se alimentan de carne, llamándoseles por ello «antropófagos». O historias de hombres que habitaban en esa misma región con un solo ojo en la frente conocidos como «arimaspes», a semejanza de los cíclopes. No faltaban tampoco las leyendas de los hombres africanos que hechizaban con la voz o la lengua. O que en los montes de la India existían seres con cuerpo humano y cabeza de perro y una tribu con el cuerpo erizado cubierto de plumas que nada comían y que solo se alimentaban aspirando por la nariz el olor de las flores.

Le divertían también muchísimo las historias de los ilirios que mataban con solo poner los ojos encima de alguien, atesorando una mirada tan nociva que tenían dos pupilas en cada ojo, o aquellas que narraban que en los confines de la tierra oriental unos hombres llamados «monócolos», que tenían una sola pierna, corrían dando saltos con esa misma extremidad a una velocidad pasmosa.

Cayo había jugado con sus amigos en innumerables ocasiones a ser un «monócolo», dando brincos desmedidos a la pata coja alrededor del templo de Cibeles. No pocas veces se habían llevado por delante a un *gallus*, como se les conocía a los sacerdotes frigios a cargo del culto de la Magna Mater, aunque cuando tal cosa ocurría tenían a bien extender su otra pierna y poner tierra de por medio con los excéntricos sacerdotes, todos ellos dotados de un muy mal carácter.

Riendo en su fuero interno al recordar las persecuciones a que se veían sometidos desde el templo de Cibeles hasta la puerta Mugonia, desenrolló un papiro de Ctesias de Cnido. Buscaba la historia de unos hombres con velocidad sin igual que tenían las plantas de los pies alargadas, pero hacia atrás, no hacia delante. Sin embargo, justo en ese instante, como si él mismo tuviera los oídos en sus omoplatos, oyó un carraspeó a su espalda, uno perfectamente reconocible.

—Cayo, es la hora de nuestra clase de gramática —le dijo Blosio de Cumas con su habitual aspereza.

El pequeño hizo un aspaviento, rápidamente reprendido por el filósofo.

—Deja esos libros de pura fantasía de los que nada aprenderás y coge el tomo de la *Ilíada* —exigió Blosio, hiriente.

Cayo, aún de espaldas, puso una mueca grotesca como imitación de las caras de su gramático, un hombre antipático que solo sabía hacerle repetir una y otra vez textos de Homero o hablarle de cosas aburridísimas.

—Cayo, el Homero —oyó que le repetía Blosio.

El pequeño Graco resopló y enrolló de malas maneras el papiro de Ctesias de Cnido, hecho lo cual se puso en pie y se dio la vuelta, mirando a Blosio con ojos desafiantes. Su maestro sostenía en la mano un rollo, seguramente de Homero.

—Joven Graco —le advirtió Blosio.

Cayo no estaba dispuesto a obedecer. Lo que se le antojaba en ese justo y preciso momento era ver el desfile de los dos nuevos cónsules hacia el Capitolio, y nada más.

—Joven Graco —insistió Blosio, aumentando la intensidad de su aviso, pero sin imaginar lo que se le venía encima.

Sucedió con extrema rapidez. Cayo se arrancó hacia él con la agilidad del gato, golpeándole al pasar y provocando que el rollo que aferraba saliera

propulsado hacia el éter.

Blosio, boquiabierto por tamaña insolencia, dudó un instante, lo suficiente para que, al darse la vuelta, el pequeño demonio le llevara ventaja, escabulléndose hacia el pasillo que se dirigía al *tablinum*.

Blosio, de todos los colores, salió despedido tras él, pero al pasar junto al *tablinum* tuvo el tiempo suficiente para ver que se aproximaba por el otro lado Cornelia, la madre del muchacho. Inconscientemente, en lugar de continuar su persecución, frenó en seco y se escondió tan impulsiva como puerilmente tras una cortina, como un chiquillo. Si Cornelia se enteraba del comportamiento de su hijo sería la primera en castigarlo con severidad, pero qué sería entonces de su prestigio como gramático y filósofo, ¡mancillado y ridiculizado por un niño rebelde y caprichoso!

Cuando Cornelia rebasó su posición, asomó su afilada nariz entre los pliegues de la cortina. Vía libre, podía reemprender su cacería. Corrió aparatosamente, atravesó el atrio y se precipitó a la calle. Miró a su derecha. Nada. Miró a su izquierda. Allí estaba, sonriéndole con cara perversa a punto de girar una esquina. Blosio se lanzó a la carrera. Cayo se esfumó por la vía perpendicular. No hubo manera de atraparlo.

—¡Maldito mocoso! —exclamó, apretando los dientes con furia y jurando que se la haría pagar. Si con once años se comportaba de aquella manera, ¡qué no haría de adulto! ¿Es que no podía ser como su hermano mayor?

¡Guerra!

Roma, mediados de enero

No había evento que le aburriera más a Metelo Macedónico que una representación de teatro. Él era un hombre de acción. Era un cónsul y necesitaba la lucha y el orden y mando. Necesitaba una guerra, su guerra, pero nunca estar sentado en una incómoda silla plegable —el público ordinario permanecía de pie para no ablandar el férreo espíritu romano—, viendo cómo unos actores sobreactuados declamaban con una afección de voz grandilocuente como si todos los espectadores fueran estúpidos o cortos de entendederas.

Para colmo de males, los promotores de aquella puesta en escena, caballeros y senadores de la *gens* Valeria, habían decidido contratar una tragedia. Era verdad que se representaba con ocasión de los juegos fúnebres de uno de sus miembros más notables, fallecido pocos días antes, ¿pero acaso no se podía hacer reír al pueblo con una comedia facilona en lugar de con aquellas idioteces? No lo comprendía y nunca lo haría y, por ello mismo, asqueado, se dedicó a mirar a su alrededor con la esperanza de matar el lánguido paso del tiempo.

Comenzó por su izquierda, topándose de primeras con Emiliano, que parecía disfrutar como un tonto rodeado de todos los suyos y poniendo aquellas caras de petulante interesado que exhibía en público para que los ciudadanos advirtieran que estaba muy versado en la cultura y en todo lo que llegara de Grecia. Cada vez le tenía menos simpatía, máxime ahora que, gracias a los dioses, al tercer intento, ya era cónsul.

También parecía recrearse con la obra teatral Apio Claudio Pulcro, su colega consular, sentado unas pocas sillas a su derecha en aquellas precarias y vertiginosas gradas portátiles de madera montadas a todo correr en el foro. Al menos, Claudio no enseñoreaba el rictus de sabiondo de Emiliano, aunque sí su típica altivez aristocrática heredada de modo natural por línea paterna.

Muchos otros senadores asistían aquella noche al teatro fúnebre, tales como el detestable Pompeyo, el impertinente Nasica el Joven, Galba el Lusitanito, Nobilior el Elefantito o el jurista Publio Mucio Escévola, único al que guardaba algo de estima. A todos los demás los habría lanzado al espectáculo de fieras con el que la familia Valeria les había obsequiado dos días antes, o a las luchas gladiatorias de la jornada anterior. Veinticinco parejas de gladiadores se habían batido en el mismo foro bajo deleite de hombres y mujeres, incluido el suyo. Eso sí que había sido un magnífico espectáculo que valía los treinta talentos de plata pagados por los Valerios, y no una tragedia de Pacuvio llena de arcaísmos y de un lenguaje trágico, que

para unos era elevadísimo y sublime y para él puro y ridículo artificio. ¡Por todos los dioses, nadie hablaba así en la vida real!

La obra escogida era *El baño*, que escenificaba cómo una nodriza le lavaba los pies a Ulises a su regreso de incógnito a Ítaca antes de acabar muriendo a manos de su propio hijo Telégono, incapaz de reconocer a su padre. El argumento podía ser algo atractivo, pero entre declamación y declamación, Metelo fue sintiendo que se le apoderaba el sueño. Y así, creyendo no ser visto, no pudo evitar que sus pesados párpados se plegaran sobre sus ojos más de lo que requería su función lubricante. Los actores seguían con sus letanías. Después, sus membranas oculares cogieron la mala costumbre de no replegarse. La perorata de los trágicos comenzaba a escucharse en la lontananza. Inmediatamente después se despertó con la primera cabezada. Los actores no callaban. Ni bajo el agua lo harían. No contento con ello, una segunda y más robusta cabezada le hizo dar un pequeño brinco en su silla curul. La cansina declamación no cesaba. En cambio, una tercera sacudida de su juguetona y dormilona cabeza le hizo ponerse en guardia como un perro de caza. Algo había cambiado. Los actores callaban ahora con sus bocas completamente cerradas, mirando a todas partes con alarma. El teatro entero y las más de siete mil personas allí congregadas mantenían un silencio mortecino. Le parecía haber escuchado que alguien había proferido un grito, pero solo había mutismo.

Creyendo que sería un espejismo o el producto de un mal sueño, miró a Apio Claudio, comprendiendo rápidamente que algo sucedía. El rostro blanquecino del arrogante patricio estaba congestionado.

—¡Guerra! —aulló de pronto un hombre surgido de la nada y encaramado al escenario—. ¡Guerra! —chilló de nuevo.

Metelo se echó hacia delante con enorme interés.

—¡Los celtíberos se han sublevado! ¡Hispania entera está en llamas! —bramó el hombre con los ojos saliéndose de las órbitas.

Y el teatro se vino abajo, metafóricamente hablando, sacudido por un pánico descontrolado. Todo el mundo gritaba y agitaba los brazos, pues tal era el terror que se les tenía a los celtíberos.

Sin embargo, entre tanto aullido e histerismo, muy propio, por otra parte, de los exagerados ciudadanos romanos, un hombre corpulento y rudo, de gruesas cejas y prominente nariz, sonreía lleno de felicidad. Metelo Macedónico ya no se aburriría más en el teatro. Como todo cónsul que se preciara ya tenía su guerra.

Las noticias de la revuelta celtibérica en Hispania Citerior y su magnitud

preocuparon al Senado de tal manera que se le encargó a Metelo Macedónico la debida respuesta militar, asignándosele un formidable ejército de dos legiones, dos alas itálicas y cuantos auxiliares hispanos pudiera reclutar en la provincia, en total unos treinta mil hombres.

Y la alarma no era para menos, puesto que las noticias que llegaban de la provincia hablaban de un levantamiento general, tanto de los celtíberos citeriores, que eran los más cercanos a la margen derecha del río Iberus, como de los celtíberos ulteriores, allí donde ya no llegaba la frontera romana, en el valle alto del río Durius, alrededor de las belicosas ciudades de Numantia, Termes y Uxama.

Apio Claudio, por su parte, no puso impedimento alguno al nombramiento de Metelo Macedónico, pero ni mucho menos por grácil generosidad. Tenía sus propios planes y miras, y estas no se encontraban en la lúgubre y peligrosa Hispania Citerior, sino en un destino bastante menos comprometido.

Ocurría que pocos días antes había visitado Roma una embajada del pueblo galo de los salasos, que explotaban las ricas minas de oro del valle del río Duria, a los pies de los Alpes occidentales.[9] Los embajadores galos se habían plantado ante el Senado para denunciar que las tribus vecinas asentadas aguas abajo del río les discutían el uso del agua necesaria para aprovechar las arenas auríferas, y precisamente por ello, para evitar un conflicto vecinal que podía perjudicar el tránsito de los pasos alpinos hacia el río Rhodanus, solicitaban la mediación de Roma en aquella agreste región dominada por picos de nieve perenne.

El Senado había accedido a prestar tal arbitraje, faltándole tiempo a Apio Claudio para ponerse en pie y reclamar que se le enviara al frente de un ejército consular, a lo que habían accedido los padres conscriptos.

Y así, sin esperarlo, Claudio tenía por fin lo que ansiaba todo hombre de linaje, ponerse al frente de la tropa, tomar la capa roja, hacer los felices votos a Júpiter Óptimo Máximo y abandonar la ciudad con su panoplia de gala, ovacionado por una muchedumbre extasiada al ver marchar a sus legionarios y a su gran cónsul.

Obviamente, no partía para la guerra, era cierto, sino en misión diplomática, pero aquello no dejaba de ser un simple tecnicismo. Él también quería su guerra, no tan despiadada como la de Metelo, pero una guerra, al fin y al cabo. Ya se le ocurriría algo por el camino para provocar a los salasos o a quien hiciera falta e iniciar las hostilidades que su excelsa alcurnia reclamaba por derecho propio. En Roma no existía la dignidad sin gestas militares.

Llegado el día de su marcha, a comienzos de abril, se levantó ufano e imperial. Desayunó en abundancia, se vistió con su impresionante uniforme militar y se contempló exultante en el enorme espejo de bronce pulido que

había hecho traer de Atenas. En verdad que la adquisición, desmedidamente cara, había merecido la pena, pues ahora podía verse reflejado con toda nitidez, lustrosamente armado: casco broncíneo coronado con una hermosa cresta escarlata, capa de igual color, pectoral brillante de forma musculada, faldellín corto y las grebas también de bronce, todo ello rematado con sus ojos azules, su tez de hombre rubio y, cómo no, su sangre patricia. Se mirara como se mirara, de lado, de frente, de perfil o de espaldas, se apreciaba majestuoso e invencible. Además, algunas de las piezas pertenecían a sus antepasados, por lo que el orgullo de portarlas constituía un auténtico clímax personal.

—Impresionas, padre —dijo llena de vanidad su hija Claudia *prima*, la vestal, que le escrutaba como si vigilara el mismísimo fuego eterno de la ciudad y el resto de los objetos sagrados del templo de Vesta.

—Está casi perfecto —opinó Antistia con ojos inquietos al tiempo que le ajustaba una y otra vez el faldellín. Si su hija mayor le contemplaba como un objeto sacro, su esposa lo hacía como si fuera una estatua algo imperfecta a la que le hace falta un retoque. En los cánones de exigencia de Antistia siempre había un pero.

—Padre, debemos salir ya —le urgió su hijo Apio, también ataviado con su traje militar.

Claudio le hizo una irónica mueca de que lo harían enseguida, en cuanto su madre dejara de toquetearle en su afán de alcanzar la excelencia.

—No te creas que no te veo —graznó Antistia.

—No esperaba menos —repuso Claudio, haciéndole un guiño a su hijo Apio, quien iba a acompañarle como uno de sus jóvenes oficiales.

—¡Oh, madre, déjalo ya! —protestó Apio hijo.

—Sí, deja de manosearme —aprovechó Claudio para quitarse de encima a su agobiante esposa.

—¡Te irás cuando yo te lo diga! —bufó Antistia, ajustando ahora una cinta escarlata enroscada en la armadura pectoral.

—Madre, revisa también el broche del *paludamentum*. No está correcto —añadió su hija *prima* para colmo de males.

—Ya está bien, ¡me voy! —rugió Claudio en una explosión de hartazgo.

—Tú no te mueves de aquí —replicó Antistia.

—Me voy.

—Ni lo sueñes.

—Padre, ¡qué emoción! ¡Estás muy guapo! —exclamó de pronto, con infantil alegría, su hija pequeña, que se movía como una cachorrilla contenta.

Claudio la miró con ojos de tonto. Claudilla era su debilidad, la única que no mostraba en aquella casa un carácter de perro guardián con malas pulgas. Con ternura, pidió que se acercara y le acarició sus graciosos rizos rubios.

—¡No te muevas! —bramó entonces Antistia, que más parecía una costurera exquisita que una rica matrona romana.

Claudio ya no aguantó más.

—Me voy —dijo rotundo. Y lo hizo, apartando a su esposa y encaminándose a la puerta de la *domus*.

Antistia, enfurecida, fue tras él, seguida de Claudia *prima* con su gesto agrio, de Claudilla con su semblante risueño y de Apio con su rictus indiferente.

—¡Vuelve aquí! —exigió Antistia.

—Por nada del mundo —reiteró Claudio sin mirar atrás.

—¡No te puedes ir así! —insistió ella.

—Puedo y lo haré —repuso Claudio.

Logró alcanzar la puerta de salida sin que Antistia le diera alcance. Creyéndose a salvo, antes de abrir el portón, se giró hacia su esposa, quieta junto al *impluvium* con los puños cerrados.

—¿Sabes qué decía Sócrates de su esposa? —inquirió desafiante. Antistia se mordió los labios a duras penas. No había quien no supiera que la esposa de Sócrates era intratable y que trataba con destemplanza al sabio griego—. Dicen que en una ocasión —continuó Claudio— le preguntaron que por qué razón no echaba de su casa a una mujer tan desagradable. ¿Y sabes qué contestó? Que no lo hacía porque al sufrir a una mujer así se acostumbraba y ejercitaba la práctica de sobrellevar más fácilmente la petulancia y las injurias de los de fuera de casa. Y eso mismo me ocurre a mí —dijo con gesto altivo y disponiéndose a abrir la puerta.

—No abras esta puerta antes de jurarme una cosa —murmuró Antistia, hecha una Atenea.

—¿Qué? —preguntó Claudio con curiosidad.

—Júrame que te harás acreedor de un triunfo —susurró ella con ojos de loba.

—No voy a una guerra.

—No me cuentes monsergas.

—Los salasos solo han pedido una mediación —insistió Claudio con ganas de diversión.

—Y yo soy Juno, la esposa de Júpiter. Tráeme un triunfo.

Claudio sonrió perverso y sin decir nada más abrió la puerta, saliendo a la calle acompañado de su hijo Apio. Allí les esperaban cientos de amigos y clientes, pero también sus legados, entre ellos Cayo Hostilio Mancino.

Mancino era aquel que, en su tribunado de la plebe, siete años antes, había detenido a los cónsules Lúculo y Postumio, provocando una enorme crisis política a la que había puesto fin Emiliano con una buena y efectista maniobra. No es que se llevase bien con Mancino, puesto que siempre le

había parecido un recalcitrante pesado muy mediocre y tendente a la obesidad, pero en aquel momento toda alianza era poca. Los Hostilio Mancino eran gente poderosa y el propio Cayo Hostilio Mancino, con sus treinta y ocho años, llegaría sin duda a ser cónsul. Debía soportarlo. Más aún, debía patrocinarlo.

—Mancino —le saludó con cortesía.

—Apio Claudio —respondió Mancino con su cara de bonachón y sus mofletes caídos, porque cara de zorro avispado, desde luego, no tenía.

Claudio asintió, pero antes de partir miró hacia atrás una última vez. Antistia se erguía en el umbral de la puerta, mirándole como una poderosa leona. Aquella mujer era la mejor compañera que podía tener. Sus disputas no eran sino el mejor ejemplo de la salud de su matrimonio.

Después de dedicarle una sonrisa, enfiló la vía alta del Palatino, camino de la Galia Cisalpina. Si Metelo tenía su guerra, él también tendría la suya, pero una más sencilla y rápida contra una miserable tribu gala, no contra los temibles celtíberos. Metelo era un idiota.

La lección del respeto

Kelse[10] (Hispania), comienzos de abril

Metelo Macedónico partió de Roma a mediados de febrero, solventando en un visto y no visto una pequeña rebelión de esclavos en Minturnae. Hecho esto se dirigió por barco hasta Tarraco, ascendiendo con velocidad el valle del río Iberus hasta toparse con Kelse, pequeña ciudad de los iberos sedetanos levantada a orillas de la prominente corriente.

Sin pérdida de tiempo se acomodó en su despacho en una gran mansión con vistas al caudaloso cauce y ordenó que le trajeran los mapas de la región. Una vez que los tuvo encima de su escritorio, frunciendo sus gruesas cejas, se inclinó sobre la cartografía de su provincia, Hispania Citerior, de contornos imprecisos e inexistentes en su vertiente occidental, allí donde nacía la imponente sierra del monte Chaunos[11] y comenzaba la Celtiberia más profunda, ajena todavía al completo dominio romano.

Al oeste de la montaña varios puntitos marcaban las ciudades de Numantia, Uxama o Termes, de la tribu de los arévacos, la más belicosa de entre todas las celtíberas, duramente agazapada en el valle alto de río Durius con sus tierras yermas, sus forestas, barrancos, escarpes y, sobre todo, con un durísimo y gélido invierno que curtía a los celtíberos.

Eran estos gentes duras como su tierra, de rostros agrietados por el sol, apegados a sus ancestrales costumbres y a sus caballos, de fuerte olor a cuero y cuajo, dominados por una férrea creencia en el más allá y por el ardiente deseo de alcanzar una muerte heroica en combate. Era el tipo de guerrero que más temía un romano, y no solo por su fiera e impredecible libertad, sino también por su sorprendente disciplina, pues aquellos bárbaros eran capaces de coaligarse y formar enormes ejércitos de hasta veinticinco mil hombres con una táctica que nada tenía que envidiar a la legionaria.

Metelo era consciente de todo ello; también de que solo el hartazgo de guerras demasiado largas y su menor fuente de recursos humanos y materiales habían logrado en el pasado domeñar a los celtíberos y conducirlos a la firma de acuerdos de paz.

El pacto más antiguo, y el que más había durado en el tiempo, era el famoso tratado de Tiberio Sempronio Graco hacía ya más de treinta años, en virtud del cual las ciudades celtíberas del valle del Iberus y las cercanas a las estribaciones meridionales del monte Chaunos habían conservado su autonomía ordinaria, pero a cambio de no poder crear nuevos centros urbanos y de verse sometidas a la obligación de aportar soldados y tributos si Roma lo pedía. Del mismo modo, les estaba totalmente prohibido formar grandes confederaciones bélicas.

Por muy oneroso para los celtíberos que pareciera el tratado, estos lo habían aceptado y respetado a lo largo de tres décadas, justo hasta el suceso de la ampliación de las murallas de Segeda, que estaba adscrita al pacto. El Senado, sosteniendo que los segedenses incumplían las condiciones establecidas y ante las negativas recibidas por los celtíberos, había enviado al cónsul Nobilior para aplastar cualquier conato de oposición, pero hete aquí que, para desgracia de todos, esto había provocado la entrada en liza de una ciudad hermanada con Segeda por lazos de hospitalidad, Numantia, cuyos hombres parecían haber nacido para la guerra y para tocar las narices, o los testículos, a los romanos.

Numantia no estaba incluida en el tratado de Graco, ni su territorio integrado en la provincia romana, pero poco les había importado. Coaligados con Segeda, habían derrotado a Nobilior sin despeinarse —desde entonces era el Elefantito por la famosa estampida de sus elefantes—, y solo la llegada e intervención de un nuevo y respetado cónsul, Claudio Marcelo, había reconducido la situación, pactando la paz con los indómitos numantinos en unas condiciones similares, aunque atenuadas, a las del tratado de Graco.

De esto hacía ya nueve años, un periodo de relativa tranquilidad roto de modo abrupto y repentino, sin que se supiera exactamente la causa. Se rumoreaba que el instigador del nuevo levantamiento era Viriato, pero nadie podía afirmarlo con rotundidad. En cualquier caso, no era necesario incitar en exceso a los celtíberos para que fueran a la guerra, pues parecían necesitarla de vez en cuando. Y tuviera algo que ver o no Viriato, lo cierto era que ahora casi todas las ciudades de la Celtiberia estaban en armas, ya fuesen las cercanas al río Iberus, las asentadas cerca del monte Chaunos o las ubicadas en el curso superior del río Durius.

—¿Qué ciudad es esta? —preguntó Metelo, poniendo su grueso dedo encima de un puntito situado a cinco días de marcha desde Kelse.

Su legado Quinto Occio, un hombre veterano de gran carrera militar pero nulo linaje, se inclinó también sobre el mapa.

—Nertobriga. Es una ciudad de la tribu celtíbera de los belos —contestó con voz ronca.

—¿Y esta otra? —inquirió Metelo. Esta vez el puntito estaba a tan solo tres días de marcha.

—Contrebia Belaisca, también de los belos —informó Occio con parquedad. No era hombre de palabras, cualidad en cualquier caso muy apreciada por Metelo, complaciente con hombres dispuestos a su machacona severidad.

—Bien —musitó Metelo. Después se irguió, respiró profundamente abriendo sus ollares como si fuese un toro azabache y caminó hasta la ventana del despacho habilitado en una gran casa de tres plantas de altura. Desde la

ventana del segundo piso podía ver el río, que fluía generoso en busca del mar Interior—. Bien —musitó de nuevo.

—¿Y bien? —interpeló Occio.

Metelo rumió la respuesta, creándose un silencio finalmente interrumpido por el tercero de los presentes en aquella pequeña reunión, el hijo mayor de Metelo, también llamado Quinto, que a sus veinte años acompañaba a su padre por primera vez en una campaña militar.

—¿Cuándo atacaremos? —preguntó de pronto, impetuoso y poco paciente para con las reflexiones de su padre.

Metelo, al escuchar a su hijo, se giró como un muelle y le contempló de arriba abajo.

—¿Atacar? —repitió molesto.

—Sí, padre, atacar —repitió Quinto.

—¿Y cómo se supone que debemos atacar, hijo? —demandó Metelo, cruzando los brazos sobre su ancho pecho.

Quinto dudó un instante antes de contestar. Su padre no mostraba alegría por su arrojo, pero sí un ceño arrugado bajo sus espesas cejas que habría hecho retroceder a todo un pelotón de encorajinados celtíberos. Aun así, era peor quedarse callado.

—Marcharía directamente contra Numantia, por supuesto. Si se corta la cabeza, se mata el cuerpo —acertó a exponer.

Su padre comenzó a reír, primero muy por lo bajo, como un simple ronroneo. Después a carcajada limpia, secundado por Occio.

—¿Qué os hace tanta gracia? —se atrevió a preguntar. Tanto su padre como Occio hicieron caso omiso—. ¿He dicho algo gracioso? —insistió valiente.

Metelo fue calmándose poco a poco, pero solo por momentos.

—¿Crees, hijo, que si fuera tan sencillo no habríamos terminado ya con esa ciudad, Numantia, hace mucho tiempo? —le interpeló en uno de aquellos lapsus en el que pudo contener su risa.

Quinto tragó saliva. Los carcajeos a destiempo de su padre acostumbraban a ser el preludio de la furia más desmedida.

—Pero es solo una pequeña ciudad de apenas ocho mil guerreros. Nosotros contamos con treinta mil infantes y dos mil jinetes —insistió.

—¿Una pequeña ciudad?

—Sí…

—¿Y por qué una pequeña ciudad se ha cagado encima de las legiones durante tanto tiempo? —inquirió el padre, intensificando su tono.

—Pues… —titubeó Quinto, a sabiendas de que su padre estaba a punto de explosionar, como así fue.

—¡Dímelo! —rugió Metelo súbitamente.

Quinto dio un paso atrás.

—Es que…

—¡Que me lo digas!

—Porque…

—¿No lo sabes?

—Creo que sí…

—¿Solo lo crees? ¿Esa es la respuesta de mi propio hijo? —rugió Metelo cada vez más encelado con su vástago.

—Me han dicho…

—¿Qué te han dicho?

Quinto ya no sabía dónde meterse. Miró a Occio en busca de ayuda, pero este le contemplaba con indiferencia.

—Pero, padre…

—¿Pero padre qué?

—Me ha parecido la mejor idea.

—¿Me ha parecido? —bramó Metelo.

—No sé… —balbució Quinto desesperado. Su padre furioso era de armas tomar, y, para colmo, sus dudas no hicieron más que exacerbarlo y convertirlo en un enorme jabalí que se desplazaba de un lado a otro mientras que Occio, tranquilamente apoyado en una mesita, se limitaba a mordisquear una ramita.

El joven Quinto sintió que la casa entera se le venía encima y que su enérgico padre le embestiría sin piedad. Sin embargo, sin esperarlo, se detuvo y le miró. Para su sorpresa, sonreía.

—Pero… —farfulló despistado.

El patriarca estiró sus labios de tal manera que casi llegaron a tocar las orejas.

—Occio, ¿es suficiente la lección que acabo de darle a este muchacho impulsivo? —preguntó Metelo, burlón.

—Es más que suficiente, diría yo. Si yo fuera él ya se me habría vaciado la vejiga y soltado el vientre por las nalgas. Y olería peor que ahora —confirmó Occio sin dejar de rumiar su palito.

—Tal vez fuese este mal genio el que me hizo perder votos entre los legionarios de Macedonia —reconoció Metelo con cara reflexiva.

—¿Y lo dudas?

—Pero, aunque sea mi hijo, también debe aprender —afirmó Metelo con autoconvencimiento.

—Más que nadie —dijo Occio impasible.

—Aprenderá. Soy un hombre dichoso por tener siete hijos —continuó Metelo como si su hijo no estuviera allí.

Occio cabeceó rítmicamente.

—Yo me conformaría con la mitad —dijo.

—Ya sabes qué tienes que hacer —siseó Metelo guasón.

—Ya se me ha olvidado.

—Eso nunca se olvida.

—A ti está claro que no —replicó Occio.

Metelo ronroneó divertido. A continuación, miró a su hijo.

—Quinto —lo llamó, ahora con tono compasivo—. Escúchame bien. —Su hijo se cuadró como un simple legionario—. Los celtíberos son como la Hidra de Lerna. Si cortas una de sus apestosas cabezas, crecen dos más. Protegidos por su tierra y por sus dioses se unen en grandes confederaciones de ciudades unidas por pactos de hospitalidad, con ejércitos bien entrenados y pertrechados de veinte o veinticinco mil infantes que hostigan los convoyes de suministros, cortan las líneas, emboscan a los desprevenidos y acosan con su magnífica caballería. Parece que nacen con un caballo pegado a sus enormes huevos, porque los tienen enormes. Son valientes los muy hijos de perra y derrotan ejércitos completos.

Occio emitió un ronco carcajeo mientras seguía machacando la ramita con sus dientes. Como hombre bruto y mal hablado que era le encantaba que Metelo lo fuera también.

—Y luego, después de todo, cuando estás debilitado y son dueños del campo abierto —continuó Metelo—, llega su invierno y empieza a nevar y a soplar un viento gélido que te hace perder la razón. Y el frío se te mete en los huesos hasta que te rompes los dientes de tanto tiritar. Pero eso solo es el comienzo. No crece nada en un suelo áspero como la roca. Los caminos se hielan y no llegan suministros de ninguna parte. Solo sientes el frío y es cuando comprendes que vas a pasar un hambre atroz para la que nuestros legionarios no están preparados. Tal vez los de Zama, Magnesia o Pidna lo soportarían. O mis hombres de Macedonia o las legiones de Emiliano en Cartago. Pero aquí solo tenemos reclutas con dientes de leche, unidades nuevas mal cohesionadas y mandos que solo han dirigido bueyes bajo una yunta. Y llegan las fiebres y las enfermedades mientras los celtíberos se atiborran en sus ciudades, al calor de sus fuegos, de su cerveza, *caelia* la llaman, servida en los cráneos de los vencidos. Y tú apenas puedes sujetarte el falo cuando meas. No, hijo, no marcharemos sin más contra Numantia, no este año, ¿lo has comprendido? Aquí no luchamos contra un solo hombre, como Viriato, aquí luchamos contra ciudades y mil Viriatos, ¿lo has entendido? —reiteró en un poderoso susurro.

A Quinto en cualquier otro momento aquel discursito le habría parecido una historia de miedo para niños, pero dicho en boca de su padre no sonaba en absoluto a cuento infantil.

—Lo he entendido —se limitó a contestar.

Su padre chocó ruidosamente las palmas de las manos y regresó al mapa llevando consigo su corpachón.

—Bien, ¡pues ya está decidido! —exclamó—. Para llegar a Numantia, si es que llegamos, hay que pasar antes por tierras de los belos, ¿verdad?

—Verdad —confirmó Occio.

—Bien, arrasemos en primer lugar sus ciudades más cercanas. Eliminaremos sus puntos de descanso. Quemaremos sus campos y penetraremos en su territorio tomando ciudad por ciudad, desarticulando sus alianzas. No me voy a jugar el cuello en un enfrentamiento con ejércitos bien formados y con su maldita caballería que rodea tus flancos en menos tiempo de lo que me tiro un pedo. Ciudad por ciudad, eso vamos a hacer. Y comenzaremos aquí —declaró expeditivo, poniendo su fornido dedo índice sobre uno de los puntitos.

—Contrebia Belaisca —masculló Occio.

—Sus muros son potentes, pero caerán —aseveró Metelo—. Cuando lo hayamos hecho, iremos a por Nertobriga, y así sucesivamente, sin riesgos. Apagaremos el fuego con inteligencia, paso a paso, de oriente a poniente, aislando poco a poco a los celtíberos más profundos, que son los numantinos y los de Termes, unos verdaderos cabrones. ¿Te parece bien, hijo? —le preguntó Metelo con cara de guasa.

—No me podría parecer mejor —contestó el joven.

Metelo rio a mandíbula batiente. Al mando de las legiones se sentía en su mundo, como el campesino que cuida su huerta y siente pereza cada vez que tiene que viajar a la gran ciudad. Y la huerta que debía atender era hermosa.

La provocación

Al pie de los Alpes occidentales. Comienzos de mayo

Apio Claudio abandonó Roma mucho más tarde de lo que hubiera deseado, pero los ritos expiatorios impuestos por el Senado antes de su marcha no podían ser desatendidos so pena de enfurecer aún más a los dioses. Que un niño en Amiternum hubiera nacido con tres pies o que en Caura fluyeran ríos de sangre no eran prodigios que aconsejaran mirar para otra parte, ni deseaba comenzar su campaña contra los salasos alpinos con malos agüeros y ofendiendo a medio panteón romano.

En cuanto pudo cumplir con sus deberes religiosos, se dirigió hacia el norte por la vía Casia, incorporándose a la calzada Flaminia a la altura de Arretium. Apenas diez días después llegó a Bononia y, desde allí, en cuatro días más, recorriendo la vía Emilia, alcanzó Placentia, donde le aguardaban ya las dos legiones y las dos alas de aliados itálicos que el Senado le había autorizado reclutar.

Después de pasar revista a las tropas y de pasearse entre sus hombres como un gallo con cresta roja, tomó el camino a Mediolanum,[12] desviándose hacia poniente nada más divisar la colonia latina. Una semana después, todavía en la fértil llanura del valle del río Padus,[13] recién entrado el mes de mayo, oteó por fin la frontera de los salasos. En el horizonte se elevaban como murallones imponentes los Alpes occidentales. Por aquellas crestas y pasos vertiginosos se había precipitado Aníbal setenta y cinco años antes. Era un buen lugar para detenerse.

Para su alegría, apenas montado el campamento, se presentó una embajada de los salasos con sus típicas prendas galas de cuadros y sus inconfundibles barbas y trenzas.

—Los recibiré de inmediato, esta noche —le confirmó a Mancino en cuanto supo de su llegada. No quería perder ni un solo día.

Los galos entraron en su portentosa tienda después de que hubiera cenado. Portentosa porque se había llevado consigo varias decenas de bustos de su familia y de griegos famosos, además de cojines, tapices, telas con púrpura de Tiro, estanterías de rollos y una buena colección de plata de su mejor vajilla. Era, por fin, un cónsul de Roma, además de inmensamente rico, y por todos los dioses que debía mostrarse de aquella forma ante cualquiera, pero mucho más frente a unos pobres aldeanos de las montañas a los que iba a llevarse por delante y sin despeinarse.

Claudio dejó que los galos se maravillaran de sus tesoros y grandeza, y cuando creyó que ya estaban saciados y preparados, se arrancó sin preámbulos.

—Y bien, ¿qué mediación buscáis del Senado y del pueblo de Roma? —preguntó yendo al grano, pomposo y altivo al tiempo que, bien aposentado en su silla curul, escrutaba con desdén los ropajes de los embajadores, que permanecían en pie.

Como era de esperar, se adelantó el de mayor edad.

—Roma sabe que en nuestro territorio hay minas y arenas auríferas cuya explotación requieren de una gran cantidad de agua…

—Tanto como que cobráis a precio de oro el paso por los puertos de montaña —le interrumpió Claudio.

El embajador se le quedó mirando un tanto sorprendido, pero continuó con la confianza de que solo hubiera sido un desliz poco afortunado del romano.

—El asunto es que…

—El asunto es que sois pedigüeños por naturaleza —le interrumpió de nuevo Claudio con infinitas ganas de provocar. El salaso, un hombre calvo en su cráneo superior, pero de largas coletas grises, cruzó inconscientemente las manos sobre su vientre, a modo defensivo—. Perdón, perdón, continúa —dijo Claudio fingidamente, como si hubiese sido consciente de su descortesía.

El salaso asintió muy despacio, sin perder de vista al cónsul, y prosiguió:

—El asunto es que necesitamos grandes cantidades de agua para nuestras explotaciones que derivamos en canales desde el río Duria, pero nuestros vecinos del este llegan de noche y los destruyen. Es nuestro derecho explotar el oro.

—¿Y vuestros vecinos, que viven en la llanura gracias a los cultivos de sus campos, no tienen derecho igualmente a recibir en sus fundos el agua que debiera discurrir según su naturaleza y que vosotros desviáis para vuestro propio uso lucrativo? —inquirió Claudio con impertinencia.

—No les privamos del agua —se defendió el galo.

—No es eso lo que afirman —replicó Claudio, emitiendo una sonrisita irónica.

—El agua fluye hacia el valle —insistió pese a todo el salaso, cada vez más aturdido.

—Fluye, pero solo cuando os interesa según vuestro propio provecho —graznó Claudio.

El embajador se quedó callado esta vez. Estaba demasiado perplejo para replicar. Desconcertado por la actitud del cónsul, elevó las manos con las palmas mirando al cielo.

—Es mi pueblo el que ha pedido la mediación de Roma, no que Roma se posicione en contra de mi pueblo antes de escucharnos —protestó, valiente.

Claudio se inclinó hacia delante exhibiendo una sonrisa grotesca. Comenzaba a tener lo que quería, la impaciencia del salaso.

—He recibido numerosas quejas de comerciantes romanos e itálicos sobre el precio del oro y el abuso en los tratos comerciales. No voy a permitirlo —espetó, hiriente.

—Puede que haya comerciantes que se comporten como si el oro fuese suyo —farfulló el galo, comenzando a alzar la voz—. El metal está en nuestros ríos y nosotros lo trabajamos —añadió sin amilanarse.

—¿Insultas a los ciudadanos romanos y a nuestros aliados? —inquirió Claudio maledicente.

—Solo queremos lo que nos corresponde.

—¿Os creéis que todo es vuestro, incluida el agua?

—¿De quién es si no? —replicó el embajador en progresiva ebullición.

—Roma, todo es de Roma, y solo lo tenéis porque nos place a los romanos —dijo Claudio en su permanente empeño por buscar pelea con aquel mequetrefe de un minúsculo pueblo alpino.

—¡Esto es una vergüenza! —clamó el embajador, fuera ya de sus casillas, señalando a Claudio con su dedo índice.

Este estiró su espalda. Los salasos eran magníficos mineros, pero, como buenos galos, eran incapaces de cerrar la boca en cuanto se les metía un poco el dedo por el culo. Qué fácil era provocarlos.

—Es evidente que el pueblo salaso no pretende una mediación, sino imponer sus condiciones a sus vecinos y a Roma —declaró Claudio con soberbia.

—¡No es cierto! —reiteró furioso el embajador, cada vez más fuera de sí —. ¡Roma interpreta lo que se le dice según su antojo! —bramó con voz gutural, al estilo de las tubas galas de combate.

—Marchaos si solo habéis venido a ofender a un cónsul de Roma —proclamó Claudio con desaire.

—¡No hemos venido a ofender al cónsul!

—Y ahora me gritas. Es mejor que te vayas.

La calva del embajador se puso roja como el fuego. Después apretó los dientes, apretó los puños, miró a su alrededor con desprecio y se marchó seguido del resto de los delegados salasos.

Claudio, sonriente como una hiena, lo siguió con la mirada. Después, se giró hacia Mancino y sus tribunos militares, todos ellos cuadrados a su espalda.

—Decid al Senado que los salasos no querían mediación alguna —proclamó solemne—. Han insultado a la majestad de Roma y el cónsul emprenderá acciones militares para restablecer la ofensa. Enviadlo hoy mismo —añadió como si él mismo se creyese lo que acababa de ocurrir.

Dicho esto, rotó su cabeza hacia su hijo Apio.

—¿Ves qué fácil y rápido ha sido? Te lo dije. Ya tenemos nuestra

guerra. Tu madre se va a poner muy contenta —le susurró lascivo.

Su hijo, dominado por su permanente gesto apático, se disponía a contestarle cuando el sonido de otra voz juvenil que todos conocían perfectamente inundó la tienda. Claudio se puso en pie a la velocidad del rayo y fue al encuentro del muchacho que acababa de llegar como si no hubiera suelo bajo sus pies.

—¡Mi joven Graco! —exclamó entusiasmado. Justo a su lado se encontraba el también joven Octavio, pero a este no le hizo el menor caso—. ¡Cuánto deseaba tu llegada! ¡Cuánto me alegra que hayas decidido estar con nosotros en lugar de volver a Roma! —añadió al tiempo que abrazaba o más bien atenazaba a Tiberio—. ¿Cuándo has llegado de Hispania? —le preguntó sin parar de darle achuchones.

—Acabamos de hacerlo —respondió Tiberio como pudo.

—¡Cuánto deseaba tu llegada! —reiteró Claudio, sumamente feliz. No solo iba a tener su guerra, también a Tiberio Sempronio Graco, al que había enviado una carta a Hispania para ofrecerle el puesto de tribuno militar. Que hubiese aceptado era una noticia extraordinaria. Solo lamentaba una cosa, no poder ver la cara de Emiliano cuando se enterase de aquello.

Furia impropia

Roma, 15 de mayo

A Cornelia, Sempronia y al pequeño Cayo todo aquel ceremonial les encantaba. Ahora bien, por qué los romanos lanzaban al río Tíber treinta muñecos de junco cada idus del mes de mayo no es que no lo supieran ellos, es que no lo sabían ni los sacerdotes mayores.

Unos decían que, antaño, en tiempos anteriores a los reyes, en lugar de tirar muñecos, sacrificaban ancianos con más de sesenta y cinco años, y que de ahí provenía la famosa frase «sexagenarios desde el puente», puesto que eran lanzados, como ahora los monigotes, desde el puente Sublicio, el más antiguo de Roma, con vigas, arcos y pasarelas de madera.

Otros decían que era una manera de aplacar al poderoso dios del Tíber, que de tanto en tanto se llevaba el viejo puente y arrasaba las zonas bajas de la ciudad con poderosas riadas.

También había quienes en una mezcolanza de fantasías predicaban que los *argei,* como se conocía a los muñecos, eran una representación de los amigos de Hércules cuando este paró en aquellos parajes y se decidió a vivir en el Capitolio, obligando a los nativos a sustituir sus sacrificios humanos por aquellos juncos humanos.

Sea como sea, se hiciera por un motivo u otro, era arcaico, y si algo veneraban los supersticiosos romanos eran los ritos religiosos que se perdían en la noche de los tiempos, máxime cuando los treinta *argei* se distribuían por toda la ciudad, cada uno con su capillita sagrada, y eran los pontífices, las vestales y los pretores presentes en Roma quienes, en magnífica y pomposa procesión, bajo la música cadenciosa de flautas y tubas, los recogían uno a uno antes de agruparlos y tirarlos al río con un soberbio y digno empujón.

Cornelia, Sempronia y Cayo, que habían bajado juntos del Palatino, aguardaban la llegada de la procesión donde el *clivus Victoriae* desembocaba en la calle de los etruscos, muy cerca ya del foro del ganado.

Apretujados por la multitud que se agolpaba en los laterales de la calle, vieron pasar los treinta muñecos soberbia y solemnemente conducidos por sus portadores y, tras ellos, en una portentosa comitiva, al pontífice máximo —Nasica Córculo—, al resto de pontífices encabezados por su hijo Nasica el Joven y sus inconfundibles labios apretados hacia fuera como un pato, al robusto propretor Marcio Rex, al guapo pretor urbano Quinto Servilio Cepión y, finamente, a las seis vestales, entre ellas Claudia *prima*, que con el rostro duro como el mármol no dejaba de escudriñar de reojo con cara de malas pulgas la larga hilera de espectadores.

Cornelia, Sempronia y el pequeño Cayo, cubiertas sus cabezas las dos

primeras con un velo, se incorporaron respetuosamente a la procesión cuando todos ellos los rebasaron, caminando en silencio a través del foro Boario por en medio de un estrecho pasillo flanqueado por miles de devotos que miraban extasiados el discurrir de los monigotes y de tan magnífica comitiva de sacerdotes, vestales, magistrados y personajes de alta alcurnia.

Poco después, las dos mujeres y el niño se hicieron a un lado en la entrada del puente Sublicio, yéndose a colocar en la margen del río Tíber en una zona reservada para magistrados y familias nobles. Desde allí podrían seguir el resto de la ceremonia y el sagrado lanzamiento de los *argei* desde el puente.

Nasica Córculo, rodeado de sus pontífices, vestales y pretores, se detuvo a mitad de puente y escrutó con todo detalle cómo los muñecos eran atados unos a otros para ser tirados a la vez. Las flautas y tubas habían cesado en sus letanías y apenas se oía el murmullo de las aguas del Tíber y algún que otro llanto de un niño pequeño entre la muchedumbre reunida en las dos márgenes del río.

—El cielo entero se nos va a venir encima como no los lancen pronto —le dijo Sempronia a su madre señalando los nubarrones plúmbeos que llegaban desde el mar.

—Y se ha levantado viento —afirmó Cornelia.

Bien sujetos los monigotes, Nasica Córculo miró también al cielo con gesto poco convencido, hecho lo cual pronunció con voz gutural las plegarias tradicionales. Después, sin perder tiempo, ofrendó al Tíber una libación de aceite y vino, pero justo cuando derramaba los líquidos una fuerte y repentina racha de aire azotó el puente, provocando que el vino y el aceite se dispersaran antes de llegar a las aguas.

—Nos vamos a mojar… —canturreó Sempronia.

—Me temo que sí… —contestó su madre, utilizando el mismo soniquete.

Nasica Córculo levantó su vista de nuevo al cielo y lo observó unos pocos segundos, esperando quizás que tronara o que sobreviniera algún otro mensaje de los dioses. Después bajó la vista y miró a uno de los augures. Este le hizo un gesto con la cabeza para que continuara, y así lo hizo Nasica, ordenando con un enérgico golpe de su testa que se arrojaran los *argei*.

Cuatro hombres de entre los porteadores se aproximaron al montón de muñecos y los empujaron con fuerza. Los monigotes se deslizaron por la pasarela del puente, se inclinaron en su borde y comenzaron su caída. Los espectadores estiraron entonces sus cuellos, el viento sopló aún con más fuerza, comenzaron a caer unas pocas y gruesas gotas de lluvia y, de pronto, sucedió lo que nadie habría imaginado, con la rapidez habitual de las cosas que salen mal. La gran bola de muñecos, en lugar de caer, se quedó

enganchada en un madero que sobresalía del puente, balanceándose rítmicamente como si fuese un ahorcado.

—¡Ay, mi madre! —exclamó una espontánea Sempronia a punto de echarse a reír.

Cornelia la fulminó con la mirada por su poco respeto al tiempo que la multitud ahogaba un grito, las vestales se echaban las manos a la cabeza, los pretores al pecho y los pontífices ni a un sitio ni a otro, quietos como postes como si fuesen ellos mismos los muñequitos del sacrificio.

—¡Ella, lo va a solucionar ella! —exclamó entonces Sempronia, sufriendo por no desternillarse de risa.

—¡Sempronia! —la recriminó su madre.

—¡Ahí va ella! ¡Mira, mira! —dijo divertida Sempronia, con oídos sordos, señalando hacia el puente.

Lo que sucedía era que la vestal Claudia *prima* había decidido ponerse manos a la obra ya que nadie lo hacía, y así, con toda decisión claudiana, avanzó con paso firme hacia los treinta ahorcados por en medio de los patidifusos presentes.

—Esa mujer es todo carácter —aseveró irónicamente Sempronia.

Roma entera miraba a Claudia *prima*, y ella lo sabía. Nada más llegar al borde del puente no se le ocurrió mejor cosa que propinar una formidable patada al caprichoso madero causante de tamaño prodigio. Para sorpresa de propios y extraños el madero se astilló y se partió, cayendo al agua, por fin, la bola de monigotes.

Y empezó a llover. No de forma suave ni agradable, sino como un torrente furioso del que era imposible escapar.

—¡Son las lágrimas de risa de los dioses! —bromeó de nuevo Sempronia.

Su madre la liquidó doblemente con la mirada, pero no era momento de reprimendas.

—¡Vamos! —gritó justo en el momento en el que un poderoso trueno retumbaba con descomunal brío. El vendaval era soberbio y el típico «catacrac» de los rayos cayendo por todas partes era poderoso y suficientemente intimidatorio.

Cornelia, Sempronia y Cayo corrieron como si no hubiera un mañana. Completamente empapados ascendieron las escaleras de Caco —que más parecían una catarata— y ya en el Palatino fueron a refugiarse bajo un alero lateral del templo de Júpiter Víctor.

Pero ni allí estaban a salvo. Les cegaban los relámpagos, las rachas de agua eran tan fuertes que bien podrían arrancarles las ropas e incluso vieron caer estatuas de bronce de sus pedestales y volar los pináculos del templo hasta hacerse trizas contra el suelo. Para colmo, Cayo, incapaz de comprender

el peligro o tal vez comprendiéndolo muy bien, pero dejándose llevar por su rebeldía irrefrenable, abandonó la protección del alero para, con la vista hacia el cielo y con el pecho abombado, ponerse a gritar extasiado mientras se dejaba azotar por la lluvia y el huracán.

—¡Sigamos! —tronó Cornelia, sujetando a su hijo y arrastrándolo con toda la fuerza que tenía. Cayo le traía de cabeza.

Poco después, sanos y salvos, entraron al galope en la *domus* de Cornelia. Sempronia lanzó un agudo chillido al patinar en las losas del atrio. Solo su madre, rápida de reflejos, impidió que cayera al cogerla de un brazo. Sin embargo, engarzadas ambas, comenzaron a resbalar como si estuvieran sobre agua helada. Un esclavo vino en su auxilio, deteniendo lo que estaba a punto de convertirse en una caída segura mientras Cayo se limitaba a gruñir enfurruñado. Se habría partido de risa si su madre y su hermana hubieran terminado desparramadas por el suelo.

Ajenas a las travesuras del pequeño, Cornelia y Sempronia se quedaron mudas un instante, mirándose fijamente hasta que, súbitamente, estallaron en una alegre carcajada.

—¡Mírate cómo estás! —exclamó Sempronia muerta de risa. El moño cónico de matrona de su madre se había desprendido parcialmente, cayendo parte de su cabellera sobre una estola desordenada y vuelta del revés que chorreaba agua.

—Hija, tú no te has visto —replicó Cornelia, poniendo cara de fingido susto mientras trataba de ordenar los pliegues empapados de su estola.

Cornelia oyó reír con ganas a Sempronia durante un rato hasta que, de pronto, su hija cesó abruptamente en su carcajada. Extrañada, levantó la vista, faltándole tiempo para comprobar que Sempronia miraba a su vez a otra persona que se había presentado en el atrio tan silenciosa como un alma atormentada que pulula por el inframundo.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Emiliano entre dientes. Parecía muy enfadado y sus ojos echaban chispas.

—Publio…, ¿qué haces aquí? —balbució Sempronia preocupada, dando inconscientemente un paso atrás.

—Diré a un esclavo que te traiga ropa seca —se apresuró a decir Cornelia, tratando de salir del paso.

—No es necesario —negó Emiliano de malas maneras. Su cara, notablemente sombría, goteaba sin parar y la toga y los zapatos estaban manchados de barro.

Cornelia y Sempronia cruzaron sus miradas. Después se giraron de nuevo hacia Emiliano, que se mantenía rígido como un palo.

—¿Qué ocurre? —titubeó de nuevo Sempronia.

—Los arúspices sabrán cómo expiar este prodigio —dijo Cornelia—, o

quien reciba el encargo del Senado…

Emiliano giró la cabeza y le clavó sus ojos de halcón.

—¿Crees que estoy aquí por eso? —masculló a punto de explotar como el volcán Etna—. ¡Me importa bien poco un simple vendaval! —porfió visiblemente furioso.

Cornelia, muy seria, miró a Sempronia, después a Cayo.

—Vete —le dijo a su hijo.

Cayo, de natural desobediente, se escabulló esta vez como una lagartija. Podía ser rebelde hasta la extenuación, pero no tonto.

Cornelia fijó entonces su mirada en su primo y yerno.

—¿Por qué entonces? —le interpeló ajustando su cuerpo lo suficiente como para lucir su esbelta pose con el cuello armoniosamente estirado. Lo hacía de modo natural cuando algo o alguien trataba de intimidarla—. ¿Por qué entonces? —repitió desafiante.

—Tiberio —se limitó a responder Emiliano.

—¿Qué le ocurre a Tiberio?

—No te hagas la ingenua —escupió Emiliano.

—¿Crees que soy ese tipo de mujer? —replicó Cornelia, alargando aún más el cuello.

Emiliano apretó sus mandíbulas.

—Está al servicio de Apio Claudio en la Galia Cisalpina, y además como tribuno militar, bien que lo sabes —farfulló entre dientes.

—¿Y? —demandó Cornelia, altiva.

—¿Qué hace con Claudio en la Galia en lugar de con Metelo Macedónico en Hispania? —preguntó Emiliano amenazante.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé, explícamelo —exigió Cornelia sin ceder un ápice de terreno.

Emiliano dejó escapar una media sonrisa despectiva.

—Metelo es nuestro aliado y Claudio nuestro enemigo —dijo.

—¿Desde cuándo eres tan simple? —repuso Cornelia.

—¿Necesitas más razones u otras más elaboradas? —replicó él.

—Los Sempronio Graco no están enemistados con los Claudio. Sí, necesito más razones o que sean más elaboradas —afirmó exigente y rotunda.

—No quiero que esté con Claudio.

—Tú no eres quién para tomar esa decisión. Tiberio es ya un adulto y un ciudadano. Debe seguir su camino.

—Es un camino equivocado.

—A mí no me lo parece.

—Cornelia…

—¿Qué?

—Te pido que recapacites —susurró Emiliano como un perro al que solo una soga al cuello le impide lanzarse contra su presa.

—No tengo nada que recapacitar.

—Es un error.

—El error es que te presentes en mi casa de esta manera. ¿Has perdido el juicio? No te educaron para esto. Vete y nadie más sabrá lo que hoy ha hecho el gran Escipión Emiliano Africano —le reprochó Cornelia, hiriente.

Emiliano contrajo su cara de modo grotesco. Su prima era siempre un muro insalvable, pero no siempre podría proteger a su hijo.

—Te arrepentirás —dijo con ira contenida.

—No tengo nada más de que hablar.

Emiliano asintió muy despacio, sin perder de vista a su prima. Después fijó sus ojillos de halcón en Sempronia, que había seguido la disputa con la boca abierta. Pocas veces, por no decir ninguna, había visto a su esposo perder las formas.

—Tú te vienes conmigo a casa —la ordenó Emiliano sin contemplaciones, dicho lo cual miró de perfil a Cornelia como quien vigila una presa, giró sobre sus talones y se marchó.

Sempronia miró a su madre pidiendo auxilio. Su rostro sereno la tranquilizó un poco.

—Confío en ti. Ve con él —dijo su madre con ternura.

Sempronia congestionó su rostro. Estaba furiosa.

—¡Madre! —saltó.

—Qué.

—Debes casar a Tiberio con Claudia *secunda*, la hija de Claudio. ¡Démosle su merecido a ese engreído! —bramó, señalando el lugar por el que se acababa de marchar Emiliano.

—Todo a su tiempo —respondió su madre.

—¡Claudio te lo ha pedido varias veces! ¡Incluso Tiberio te dijo en una ocasión que lo asumiría con agrado! —chilló Sempronia llena de rabia—. ¡Por los hijos de Tiberio correrá sangre de los Escipión, los Claudio, los Emilio y los Graco! ¿Qué puede haber mejor? ¡Ese hombre es insoportable! —gritó fuera de sí.

Cornelia, lejos de dejarse llevar, sonrió con dulzura.

—Todo a su tiempo, hija, todo a su tiempo. Ve con él —insistió.

Sempronia arrugó el entrecejo, cogió enrabietada una nueva estola y un manto que le ofrecía una esclava y fue tras Emiliano jurando en perfecta lengua griega.

Sempronia enfiló la calle en dirección a su casa, avanzando como la gorgona Medusa con deseo de convertir en piedra todo lo que mirara. Estaba muy acalorada, más al advertir que Emiliano, cuya calva trasera veía en la distancia sorteando al resto de peatones, ni siquiera se dignaba a mirar atrás y comprobar si le seguía.

Cuando entró en la *domus* se lo encontró sentado en un pequeño taburete junto al templete de los lares de la casa. Había cogido una de las figurillas y jugueteaba con ella con mirada perdida.

—¿Es que te has vuelto loco? —le increpó al tiempo que se plantaba delante de él con los brazos en jarras.

Una esclava inoportuna —siempre las había más que otras— apareció de repente con unos paños secos.

—Fuera —espetó Emiliano.

La esclava se quedó paralizada.

—Ve —dijo Sempronia más amable.

La esclava huyó hacia el peristilo. Sempronia se dirigió de nuevo a su esposo.

—¿Es que te has vuelto loco? —insistió, aunque esta vez más contenida.

—¿Que si yo me he vuelto loco? —repitió Emiliano lleno de sarcasmo.

—Del todo.

—¡Ja!

—¿No tienes otra cosa que decir? —le reprochó Sempronia.

—No son necesarias más palabras cuando habla tu madre. Sempronia movió la cabeza de derecha a izquierda, con pausa. Emiliano ya no le impresionaba. A sus veintidós años había aprendido a ser fuerte a base de palos.

—No te reconozco —espetó con suficiencia—. Podrás ser muchas cosas, pero no alguien que pierde el control y parece un niño. No es digno ni propio de ti. No te reconozco.

—Estamos hablando de Tiberio —siseó Emiliano entre dientes.

—Como si hablamos de Rómulo y Remo.

—¡Es el nieto de Escipión Africano! —saltó Emiliano.

—Es el hijo de Tiberio Sempronio Graco. Es hora de que lo entiendas —repuso Sempronia.

Emiliano levantó la vista con desprecio, como si se le hubiese dicho una estupidez.

—Tu madre no puede permitir que esté bajo la influencia de Apio Claudio —afirmó.

—¿Y por qué no? —replicó Sempronia.

—¿De verdad es necesario que responda a esa pregunta?

—Sí.

Emiliano puso cara de no entender nada y volvió a juguetear con la figurilla del lar.

—Habéis perdido el juicio —farfulló.

—Para ti pierde el juicio todo aquel al que no controlas, Publio, esa es tu perdición —lamentó Sempronia.

Emiliano cabeceó impaciente.

—Os equivocáis y lo pagaremos todos. Primero lo dejasteis en manos de Blosio de Cumas y ahora en las de Claudio, el hombre más ambicioso y con menos escrúpulos de Roma. El hombre que se ha inventado indignamente una guerra contra los salasos… Lo pagaremos todos, tarde o temprano, pero lo haremos —susurró.

Sempronia dejó escapar una risita irónica.

—¿Me hablas de ambición y de escrúpulos? ¿Tú precisamente? Sois todos iguales, tú, Claudio, Metelo Macedónico, Galba, me da lo mismo, ¡todos iguales!

—No voy a permitir que me compares —repuso Emiliano en un susurro colmado de furia.

—No, claro que no, faltaría más, porque, ¿no eres tú un Escipión Africano por derecho propio? —inquirió Sempronia muy crecida—. ¿No eres tú el triunfador de Cartago y el hombre que fue cónsul con treinta y seis años, sin la edad legal, porque era el favorito del pueblo?

Emiliano levantó de nuevo la vista.

—¿A dónde quieres ir a parar? —desdeñó.

—¿De verdad es necesario que responda a esa pregunta? —contestó Sempronia con toda malicia, reproduciendo las recientes palabras de su esposo.

Emiliano rio por lo bajo.

—No, no lo es —reconoció.

Sempronia respiró y contempló a su marido de arriba abajo.

—Venciste a Cartago —prosiguió—. Conseguiste que tu hermano fuera cónsul y que tu amigo Lelio fuera pretor. Nada más llegar a Roma desbarataste la propuesta de ley sobre la elección de los sacerdotes de Licinio Craso. Después, tu simple autoridad bastó para que ni Galba ni Cotta fueran a Hispania, prorrogándose el mando de tu hermano Fabio. Metelo Macedónico ha sido por fin cónsul por tu apoyo. El próximo mes de enero habrá elecciones a censor y nadie duda de que saldrás victorioso, simplemente por tus actos, por tu autoridad y por lo que tú eres, un Escipión Africano que ha sabido ganar su lugar en Roma y en su familia adoptiva. No eres el primer senador de Roma, pero por tus hechos bien puedes considerarte el primer hombre de Roma… ¿Y aun así te preocupa que un muchacho de veinte años participe en

una campaña militar con Apio Claudio Pulcro? ¿Tanto como para mostrar la peor de tus caras?

Emiliano dejó de juguetear con la figurilla.

—Solo hago lo que creo mejor para Roma y para mi familia —dijo apesadumbrado e incluso con tristeza.

—No debes controlarlo todo —dijo Sempronia comprensiva y complaciente, sintiéndose vencedora—. Es el momento de Tiberio. Él debe seguir su propio camino, como lo hizo su padre, a su manera. No puedes controlarlo.

Emiliano chasqueó la lengua y se puso en pie, dejando la figurita en el altar de los lares. Hecho esto la miró a ella, pero su rostro ya no expresaba abatimiento, sino aquel maldito orgullo de los Escipiones.

—Apio Claudio emponzoñará a Tiberio, tanto como lo hará Blosio de Cumas. Os arrepentiréis, y cuando queráis buscarme tal vez ya no me encontréis —sentenció antes de irse sin decir ni una palabra más.

Sempronia reprimió el deseo de acuchillarlo por la espalda. Creía haber visto algo del interior de su esposo, un halo de adorable debilidad, pero era falso. Emiliano nunca cambiaría.

—Señora, paños secos —oyó que decía su esclava Delfia, que la miraba con ternura y complicidad. Al menos tenía una compañera en aquella casa.

—Gracias, Delfia —contestó agradecida, tomando un paño e, impotente, se echó a reír. Acababa de recordar la pelota de monigotes ahorcada en el puente Sublicio y a la vestal Claudia *prima* dándole una formidable patada. Digno de ver.

Quemar la túnica

Contrebia Belaisca, mediados de mayo

—Son duros los muy cabrones —masculló Metelo escrutando a lo lejos, desde un pequeño promontorio, los muros anaranjados de Contrebia, la principal ciudad de los celtíberos belos. Un mes entero llevaba intentando expugnar sus defensas sin éxito alguno. Los ataques de sus hombres, uno tras otro, eran rechazados sistemáticamente por el arrojo o locura de sus defensores.

—Convoca todas las tropas que están desperdigadas por la región y organiza un bloqueo total. Que se mueran de hambre —le dijo su legado Occio, de pie junto a él sobre aquella colinita áspera plagada de espinos que eran una constante delicia para las pantorrillas. Occio, como era habitual, rumiaba una ramita entre sus dientes.

Metelo negó con la cabeza.

—Necesito hombres hostigando granjas y pueblos a cincuenta millas a la redonda. Contrebia no es Cartago. Caerá —dijo.

—Tal vez lo haga cuando nuestros escrotos cuelguen hasta el suelo —replicó Occio un tanto impertinente pero impasible, pasándose la chupada y machacada ramita de un lado de la boca al otro.

Metelo le miró de refilón, divertido. Occio era como un mulo resabiado, un poco terco en ocasiones, pero sumamente efectivo para mantener la disciplina y el arrojo de los hombres. A veces se ponía faltón y era muy mal hablado y grosero, pero no era nada de qué escandalizarse viniendo de un personaje de manos callosas y fidelidad inquebrantable. Más Occios era lo que Roma necesitaba. Si así fuera, los temibles celtíberos parecerían niños destetados.

—¿Sabes de qué me he enterado? —le preguntó mirando al frente. Justo en ese instante una nueva oleada legionaria golpeaba los muros.

—No —contestó con natural parquedad Occio. Las escalas iban apoyándose en los muros bajo una lluvia de piedras, cascotes, dardos y flechas.

—Ha llegado a mis oídos que un tal Damon de Tesalónica, en Macedonia, me ha dedicado una estatua por mis victorias en Grecia —expuso sin dejar de mirar al frente. Los legionarios trataban de ascender las escalas mientras el cielo se les caía encima—. En el pedestal se me compara con el olímpico Zeus —añadió, torciendo el gesto, no por la comparación con el dios supremo, sino porque las escaleras iban cayendo una tras otra, arrastrando hombres y más hombres a los fosos bajo una polvareda anaranjada.

—Enhorabuena —espetó Occio, moviendo la ramita ahora de abajo

arriba.

Metelo viró su cuello en busca de aquella ramita bamboleante que empezaba a ponerle nervioso. O quizá fuese la escabechina del nuevo ataque, no era capaz de discernirlo.

—Es una gran dignidad que me dediquen una estatua —dijo paciente.

—No cabe duda —repuso Occio sin mover un solo músculo, salvo su lengua tractora, capaz de juguetear sin descanso con el palillito.

—Por tu reacción no parece que te alegres por mi estatua —replicó Metelo con asomos de ansiedad. El lejano griterío de los legionarios estaba convirtiéndose una vez más en un lamento. La ramita hacía el resto para sacarle de quicio.

—Si así lo ordenas, daré saltos de alegría —farfulló Occio inalterable. Los legionarios volvían a retirarse.

Era suficiente para Metelo. Desquiciado, liberó su mano derecha con la destreza suficiente para alcanzar la ramita, aferrarla entre sus gruesos dedos, arrancarla de las fauces de su legado y lanzarla lo más lejos posible, que no fue mucho. Su ligereza y la saliva impregnada provocaron que cayera balanceándose suavemente, bajo la atenta mirada de ambos hombres, a una distancia de apenas un paso.

—¿Sabes qué significa que me hayan dedicado una estatua? —inquirió Metelo tras el impulso, clavando sus rudos ojos en Occio.

—Que Metelo Macedónico arrasará Contrebia —dijo Occio sin dejar de mirar hacia la ciudad.

—¡Veo que piensas mejor sin la maldita ramita! —exclamó Metelo, complacido.

Occio se decidió al fin a mover sus músculos, en esta ocasión los del cuello. Lo giró y miró a su cónsul.

—Pero mato mejor con ella en la boca —dijo tan imperturbable como siempre.

Metelo sonrió lleno de orgullo.

—Bien dicho, Occio, bien dicho —dijo.

—Gracias.

Metelo volvió a escudriñar Contrebia, reflexivo.

—Que me hayan dedicado esa estatua significa que esa maldita ciudad no podrá resistirse a mi empuje. Pero debo ser inteligente y, por eso, amigo mío, nos vamos de aquí —aseveró para sorpresa de Occio, tanto que en esta ocasión se permitió elevar una ceja.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—Por aquí y por allá, no lo sé.

—¿El cónsul no lo sabe?

Metelo negó decididamente.

—Si mi túnica supiera a dónde me dirijo, la quemaría al instante —aseveró enigmáticamente.

Occio cabeceó un tanto incrédulo. No tenía la más mínima idea de qué significaba aquello o qué planes pergeñaba Metelo, pero no estaba dispuesto a contrariar a su enérgico superior, no al menos una vez más.

—Sea entonces, quememos la túnica —se limitó a decir al tiempo que una nueva oleada legionaria intentaba, sin éxito, escalar los muros. Los celtíberos, unos auténticos hijos de perra del peor lupanar posible, eran verdaderamente duros.

La diosa Fortuna ya no sonríe

En tierras de los salasos, mediados de junio

Despachados de malas maneras los embajadores del pueblo galo de los salasos, Apio Claudio dio rienda suelta a su ansiedad de gloria.

Atravesó sus tierras bajas, serpenteadas mansamente por el río Duria mayor, en las cercanías de su desembocadura en el Padus, sin encontrar más oposición que algún nativo aferrado a su granja o a su ganado. Sus dos legiones, reforzadas con alas de socios itálicos, unos veinte mil hombres en total, apisonaron todo cuando hollaron en apenas cuatro días de trayecto, adueñándose del oro y la plata, no mucho, que pudieron rapiñar en su rápido avance.

Pero Apio Claudio no estaba en absoluto colmado. Su gran y principal objetivo no era en sí disponer de una guerra, maliciosamente provocada o no, sino matar salasos, a muchos, al menos a cinco mil, porque ese era justamente el límite de caídos en combate que confería el derecho a celebrar un triunfo al regresar a Roma. Ni uno más, ni uno menos. Si en una campaña se daban muerte a cuatro mil novecientos noventa y nueve enemigos, el Senado no concedía la gloria del triunfo. Pero si la cantidad ascendía a cinco mil, el triunfo estaba prácticamente asegurado.

Evidentemente, los padres de la patria también tenían en cuenta otros factores como el prestigio del rival o las bajas propias, pero eran factores puramente subjetivos, siempre manejables políticamente.

Cinco mil, esa era la cifra objetiva, y si no la alcanzaba, engordaría las cifras, faltaría más. No sería ni el primero ni el último en hacerlo. Todo por alcanzar las dignidades que merecía él mismo y su familia. Todo por igualar los honores del despreciable Emiliano. Todo por ser el mejor de los hombres de su tiempo.

Necesitaba de modo inmediato, en definitiva, una gesta militar y un triunfo para seguir escalando su prestigio.

Al tercer día de marcha la enorme columna legionaria dejó las tierras bajas y comenzó a ascender el valle alto del Duria mayor, cada vez más estrecho y tortuoso, limitado a ambos lados por enormes picos todavía nevados que se alzaban al cielo con colosal fuerza. Los bosques eran progresivamente más frondosos y los ríos más vertiginosos, alimentados por el deshielo primaveral de las altas cumbres. Pero seguía sin verse un solo salaso.

—Estamos penetrando demasiado en estas tierras llenas de simas y rocas. Aquí no podremos desplegar las legiones —le advirtió esa misma noche Mancino, muy poco convencido de la estrategia y de las excesivas

prisas de Claudio.

—Son salvajes, Mancino, no es necesario formar para acabar con ellos —contestó Claudio con suficiencia. Mancino le miró discrepante, pero no dijo nada.

En el cuarto día de marcha el grueso del ejército continuó su camino por los altos pastizales y forestas alpinas del valle del Duria, auténtica espina dorsal del territorio de los salasos. Una parte de las tropas se dispersó por el conjunto de cañones y quebradas transversales que rodeaban el gran valle principal. Seguía sin verse un solo salaso.

—Los hombres están inquietos —insistió esa misma noche Mancino, cada vez más nervioso—. El ejército en marcha es ahora una hilera de quince millas. No me gusta.

—¿Están inquietos los legionarios o tú mismo? —le recriminó Claudio al borde de la impaciencia. Mancino era como un dolor de muelas y empezaba a arrepentirse de haberlo llevado consigo.

—Todos estamos inquietos, los legionarios y yo mismo.

—¡Por todos los dioses, Mancino, qué cenizo eres!

—Haz algo, te lo ruego.

—No.

—¡Apio Claudio!

—No.

El quinto día de marcha, las legiones y las alas de socios itálicos comenzaron a vislumbrar los enormes pasos de montaña que conducían, respectivamente, por el norte, al nacimiento del río Rhodanus, y, por el sur, al del río Isara. Pero el avance era penoso, encajonados entre laderas verticales, roquedos, neveros y saltos de agua. Allí no podría maniobrar ni un triste y solitario manípulo.

—¡Claudio, por todos los dioses! ¡Esto es una ratonera! ¡Si nos rodean, estamos perdidos! ¡Recupera el juicio! —clamó Mancino, también en la oscuridad de la noche, muerto de miedo y descompuesto por el mando descuidado del cónsul.

—¡Oh, Mancino, todo lo que dices es tan aburrido que podrías cometer asesinato por monotonía! —repuso Claudio al borde de la desesperación, tomando una famosa frase de Plauto.

—Consulta a los dioses —replicó aun así Mancino.

Apio Claudio lo fulminó con la mirada, pero cedió en parte.

—Está bien, Mancino. Solo por no oírte graznar más, voy a pedir a Tiberio Sempronio Graco que tome un auspicio al amanecer. Veamos qué dice Júpiter de todo esto.

—También el arúspice —repuso un obstinado Mancino.

—¡Qué pesado eres!

—El arúspice —repitió Mancino sin dar su brazo a torcer.

Claudio cabeceó con los labios fruncidos. Se había llevado consigo uno de estos adivinadores etruscos «examina-entrañas» para exhibirlo en momentos de lucimiento y triunfo —a la tropa, supersticiosa en extremo, le encantaba este tipo de ritos antiguos y sanguinarios—, pero no para utilizarlo en mitad de ninguna parte y rodeados de picos afilados como colmillos. No quería arriesgar su campaña y dejarla a expensas de un simple hígado con mal aspecto.

—El arúspice —reiteró Mancino, cabezota como él solo.

Claudio resopló como un toro.

—Está bien, por Hércules, lo haré solo para no oírte más y para que dejes de entrar cada noche en mi tienda con cara de pasmo —masculló—. Selecciona un buey de los que hemos traído, pero asegúrate de escoger el que mejor pinta tenga. No me cojas al enfermizo ni al escuálido.

Para tranquilidad y sosiego de todos, el auspicio oficiado por Tiberio Sempronio Graco fue favorable. Pese a su juventud, tenía ya fama de ser un excelente augur, por lo que nadie dudó de su dictamen. Y lo mismo ocurrió con el examen del arúspice. Las tripas del buey elegido para la ocasión estaban sanas. Su hígado y demás vísceras y entrañas presentaron un aspecto formidable, sin tumores, protuberancias ni colores u olores extraños. Los dioses daban su aquiescencia.

—En marcha —ordenó Claudio con una sonrisa de oreja a oreja.

Pero seguían sin aparecer los salasos.

—¿Dónde se han metido? —gruñó Claudio al sexto día de marcha, bien elevado en su caballo negro, mirando hacia las cimas. Cabalgaba tranquilo y no dudada en absoluto de la palabra y mensajes de los dioses de Roma, especialmente cuando de él se trataba. Los salasos serían vencidos y esclavizados, pero ¿dónde estaban?

Al final de la mañana el ejército entró en un alargado y profundo valle sin árboles en su base, aunque sí, altísimos y finos, en sus laderas. El paso estaba surcado por un amplio cauce pedregoso y plano de alta montaña, esta vez con pequeños charcos e hilos de agua plagados de renacuajos que nadaban desordenadamente. No se oía otra cosa que las pisadas metálicas de los legionarios, las voces de marcha de los centuriones y el relincho de los caballos de las pocas turmas de jinetes que escoltaban a los infantes. En aquellos parajes alpinos de poco o nada servía la caballería.

—¿Es que esos desgraciados han huido hacia la Galia? —bufó Claudio, sintiendo que sus esperanzas de gloria se desvanecían—. ¿Dónde están los malditos galos? —bramó ya sin mesura poco después, allí donde comenzaba la base de una montaña gigantesca que se elevaba vertiginosamente sobre sus cabezas.

—Tal vez debamos dar la vuelta —oyó que decía a su espalda uno de sus legados. Esta vez no era Mancino.

—Tonterías —le recriminó oportunamente.

—Las líneas se han estirado varias millas —insistió el mismo legado con voz temblorosa.

—Tonterías —reiteró Claudio.

—Esto es una ratonera —se atrevió a decir el mismo legado, un joven de la familia Fulvia.

Furioso, Claudio se disponía a darse la vuelta para abroncarlo por tanta impertinencia cuando oyó que Tiberio lo llamaba.

—Apio —repitió Tiberio, al que le permitía llamarle por su nombre.

Claudio se giró hacia el muchacho, que permanecía muy quieto sobre la grupa de su caballo, como si tratase de captar un sonido en particular.

—¿Qué ocurre, joven Graco? —preguntó Claudio con la paciencia necesaria. En este caso sí que la tenía.

—¿No lo oyes? —dijo Tiberio.

—¿Oír qué?

—Escucha —insistió Tiberio con la cabeza ladeada.

Claudio hizo lo propio.

—No oigo nada —dijo.

—Hay un rumor, lejano.

Claudio volvió a ladear la cabeza para que sus pabellones auditivos captaran hasta el zumbido de un mosquito. Y lo oyó, el rumor.

—¿Qué es eso? —inquirió, empezando a ponerse nervioso. Seguía sin verse nada por ninguna parte.

—No lo sé…

Tiberio se quedó a media frase. El ronco sonido de un desprendimiento en las empinadas laderas le hizo detener sus palabras. Él mismo, Claudio y todos los legionarios, o al menos los que marchaban en vanguardia, giraron sus cabezas a la vez, en dirección a aquel fenómeno. Claudio miró después a su hijo, que cabalgaba a su derecha. Este examinaba las alturas con cara de bobalicón. Bufando, se giró a continuación hacia su izquierda, donde estaba Tiberio, que le miraba muy fijamente.

—Salgamos de aquí —le dijo Tiberio con sorprendente pausa, pero enorme alarma interior.

Claudio no pudo contestar. Las montañas parecieron desplomarse para cerrar el paso de la columna legionaria. El rumor lejano se transformó en un griterío ensordecedor. Y los salasos, por miles, salieron de sus escondites, de gargantas y de barrancos, ululando extasiados. Acababa de desatarse el verdadero caos.

Volaban piedras, proyectiles, flechas, jabalinas y dardos. Los centuriones gritaban. Los legionarios cerraron filas. Algunos tribunos militares se agruparon en torno a los Claudio, Tiberio y Octavio mientras otros trataban de dar órdenes a sus propias unidades. Los salasos siguieron ululando. Volaban más piedras, proyectiles, flechas y dardos. Las filas se descompusieron. Ya no se escuchaba a los centuriones. El rugido galo era insoportable. Los caballos se encabritaron y lanzaron por los aires a sus jinetes. Se vieron carreras de huida a ninguna parte y rostros de pánico bajo los cascos legionarios. No parecía posible salir con vida de allí, no sin perder a la mitad del ejército.

Tiberio, a lomos de su nervioso caballo, buscó al cónsul Claudio, encontrándolo a veinte pasos sobre su corcel, que caracoleaba excitado dando vueltas sobre sí mismo. Claudio despotricaba, se desgañitaba y daba órdenes a diestro y siniestro a tribunos y centuriones, pero la realidad se imponía por sí misma: no tenía un plan preconcebido.

Tiberio, en medio de un desorden incontrolable de hombres corriendo a todos lados y de jabalinas y dardos silbando sobre sus cabezas, miró a su alrededor, desesperadamente, hasta dar milagrosamente con una solución de emergencia. Al menos Claudio había hecho bien una cosa, hacer avanzar en vanguardia a los vélites, los infantes ligeros. Si alguien podía frenar la primera avalancha de los salasos eran, precisamente, los vélites con sus rápidos movimientos y sus ágiles juegos de jabalinas.

—¡Eh, tú, centurión! —le grito a un hombre fornido, *gladius* en mano, que trataba de conducir a su grupo de vélites a la protección de unos enormes peñascos.

—¡Tribuno! —se cuadró el centurión.

—¿Cuántos sois? —le apremio Tiberio.

—¡Unos seiscientos!

—¡No veo contigo a más de treinta! ¿Dónde están los demás? —le urgió Tiberio.

—¡Allí mismo! —contestó el centurión, señalando a un numeroso grupo que se estaba agrupando para proteger su posición. Tiberio los escrutó a lo lejos. Los vélites, identificables por llevar tiras de piel de lobo o incluso las cabezas enteras con sus fauces sobre los cascos, se encontraban a unos cien pasos.

—¡Por todos los dioses! ¡Tráelos aquí! ¡Tráelos a todos! ¡Llámalos! ¡Tenemos que frenar esa embestida! ¡Llámalos! —rugió Tiberio como un león, al borde del ronquido, señalando a una gigantesca horda de salasos que descendía en tropel por el valle—. ¡Vamos! —aulló al comprobar que el centurión se había quedado paralizado ante el intimidante muro de salasos que barría las laderas dando alaridos y saltos, zarandeando sus grandes espaldas y

con sus trenzas brincando violenta y alegremente sobre sus cabezas rubias. Era el mismísimo inframundo de los Campos Elíseos, con todas sus almas, lo que descendía por aquel estrecho valle.

El centurión corrió como jamás lo había hecho, trayendo a los vélites en menos de un minuto, lo suficiente.

—¡Formad un frente de doscientos pasos! ¡Y quiero tres líneas de fondo! —vociferó Tiberio—. ¡Vamos, idiotas, quiero tres líneas de doscientos hombres cada una! —les arengó. Así lo hicieron los vélites.

Los salasos estaban cada vez más cerca, a unos ochenta pasos. Podía incluso apreciarse que algunos de ellos bajaban en estampida, medio desnudos o desnudos del todo, tocándose los genitales sin parar, con la lengua fuera, mientras no cejaban en su loco descenso. Otros portaban los típicos pantalones y camisas de cuadros tan características del mundo galo, con sus rostros pintados de vivos colores. Pero, de una forma u otra, gritaban y cantaban llevados por una extraña embriaguez. Era obvio que aquellos guerreros no temían morir.

—¡Esperad, *ciringite frontem*, mantened la posición! —ordenó Tiberio al ver que el miedo agarrotaba los brazos de los suyos—. ¡Demostradles que sabemos luchar en silencio! ¡No necesitamos berrear como animales asustados!

Con la línea enemiga a setenta pasos, Tiberio alzó el brazo derecho.

—¡Esperad! —insistió bajo la mirada agónica de algunos de sus hombres. La turba compacta y poderosa de salasos se hallaba ya a escasos cincuenta pasos—. ¡Esperad! —dijo una vez más Tiberio. Sus hombres creían desmayarse. Los enemigos estaban a cuarenta pasos—. ¡Ahora, *eicere pila*, lanzad jabalinas! —rugió por fin Tiberio.

A su orden, sincronizada con la del resto de los centuriones, los seiscientos vélites expulsaron su insoportable ansiedad, lanzando al cielo con tanta potencia como precisión la primera de las tres jabalinas de que disponían. Inmediatamente, un zumbido agudo se alzó al cielo, lento pero amenazador. Después, el firmamento se oscureció brevemente. Los salasos pararon en seco y se agacharon en busca de aquel mortal sonido. El tiempo quedo detenido hasta que el enjambre de dardos y jabalinas aceleró poderosamente en su caída, viniéndoselas repentinamente encima con colosal violencia.

El impacto de las finas y alargadas puntas metálicas resonó estrepitosamente en los escudos de los atacantes, elevados sobre sus cabezas. Los brazos que sujetaban los escudos de madera recubiertos de cuero coloreado vibraron violentamente al sentir el disparo. Otros no tuvieron tanta suerte, porque las finas puntas de metal atravesaron y astillaron los escudos, penetrando con fuerza hasta dar con carne y hueso. Decenas de lamentos

emergieron de una masa de guerreros que no iba a amedrentarse tan fácilmente. Puestos nuevamente en pie, los salasos iniciaron sus alaridos, algunos tiraron al suelo los inservibles escudos y reiniciaron su carrera con más locura que antes.

—¡Otra vez! —aulló Tiberio con los galos a treinta pasos—. ¡*Eicere pila*, lanzad jabalinas! —repitió.

De nuevo otras seiscientas jabalinas volaron armoniosas hasta alcanzar al bloque enemigo, en cuclillas y con los escudos sobre las cabezas para mitigar el ataque. Pasado este, con algunas nuevas bajas, se pusieron en pie de un salto y echaron a correr, aún más rápido que antes.

—¡Y otra más! ¡Que coman hierro! —gritó Tiberio con los galos a veinte pasos—. ¡*Eicere pila!* ¡Lanzad jabalinas! —ordenó por tercera vez.

Las jabalinas volaron, pero esta vez los romanos no iban a quedarse quietos a la espera de que aquellas bestias de las montañas les alcanzasen. Mientras los salasos volvían a parapetarse para protegerse de la tercera tanda de jabalinas, Tiberio giró sobre sí mismo.

—¡Corred! —gritó—. ¡Corred todo lo que podáis!

Los seiscientos vélites, con el corazón en la boca, se dieron la vuelta y echaron a correr como si les persiguiesen todas las bestias del infierno. No obstante, para su alivio, un imponente muro de lanzas romanas les iba a cubrir la retirada.

Apio Claudio, pasado el desconcierto inicial, había recuperado por fin el juicio y la situación, y al observar que los vélites frenaban momentáneamente la embestida enemiga, había hecho formar una potente y gruesa línea de triarios, los más veteranos de los legionarios, armados con sus cotas de malla, sus magníficos cascos coronados de plumas rojas y negras de un codo de altura y sus largas picas al estilo de las falanges macedónicas. Normalmente se posicionaban en la última línea de las legiones y actuaban de reserva, pero ahora su armamento pesado e intimidatorio —junto a la gravedad de la situación— era imprescindible para detener la embestida en aquella enorme ratonera alpina.

Los triarios se abrieron ordenadamente para dejar pasar a los vélites y volvieron a cerrar filas, echando una rodilla en tierra, justo cuando llegaban los salasos, que chocaron sin mesura ni terror alguno contra lanzas, picas y escudos. Todo el frente culebreó con el impacto como en una curiosa onda, pero no se rompió. Los triarios, empujando como animales de carga y apoyados en su espalda por manípulos de *hastati* que les cubrían con sus escudos oblongos o lanzaban *pila*, aguantaron el peso y desmedido empuje de los galos en un amasijo de hombres y alaridos. Y así podían estarse los triarios días enteros mientras, con una hiriente sonrisa, lanzaban todo tipo de improperios e insultos a los salasos en su propia lengua bárbara. Aquellos

hombres eran zorros viejos.

—¡Tiberio, bien hecho, por todos los dioses! —exhaló Apio Claudio, apretando violentamente los dientes en cuanto tuvo delante a un jadeante y sudoroso Tiberio.

—No será suficiente —farfulló Tiberio, tratando de coger resuello.

—¿Qué dices, muchacho? —le inquirió Claudio con alarma.

—Las faldas, las faldas de las laderas —advirtió Tiberio sin poder hablar.

Apio Claudio lo comprendió de inmediato. El ataque salaso había comenzado en avalancha descendiendo por el valle, en línea recta, pero podían ser rodeados en aquel altiplano entre enormes picos. Alertado, elevó la vista hacia las vertiginosas laderas del valle y las vio, vio las terrazas que cruzaban aquellos precipicios y que, como caminos naturales, iban a desembocar justo en sus laterales y en su retaguardia. De hecho, una maraña de diminutos guerreros corría ya por las terrazas para sorprenderlos por los flancos y la espalda.

—¡Mancino! —llamó de inmediato a su legado—. ¡Mira, mira ahí arriba! —le instó nervioso.

—Lo veo —contestó Mancino con calma, pero no con una calma normal, sino como la de quien se ha quedado paralizado.

—¡Distribuye a los *hastati* y a los príncipes en ambas laderas! ¡Que formen allí y les esperen! ¡Tienen que detenerlos! ¡Si nos rodean no saldremos vivos de aquí! ¡Corre, idiota! —le gritó Claudio enfurecido.

—¡Apio! —bramó a continuación, atravesando con la mirada a su hijo —. ¡Haz de una vez por todas algo de lo que me tenga que enorgullecer y ordena que se caven zanjas perimetrales y que se claven tantas estacas como se pueda! ¡Constrúyeme un campamento fortificado en el que protegernos esta noche! ¡Muévete o estamos muertos!

Mancino lo hizo bien. Apremiando a tribunos militares y centuriones, una formidable formación de *hastati* y príncipes cerró el paso a los galos de ambas laderas, cerrando filas y escudo con escudo mientras ensartaban con rápidos movimientos de espada barrigas e ingles enemigas. Los salasos, como dementes, se lanzaban contra el muro con furiosos impulsos, una y otra vez, avanzando y retrocediendo en oleadas, impactando y reculando de frente y por las alas. Parecía que podían estarse así todo el día, y de las laderas descendía un número interminable de bárbaros en medio de una gran confusión.

—¡Resistid, resistid por vuestras vidas! —gritaba Claudio, acercándose a los sucesivos puntos de lucha. Y a fe que lo hacían.

A media tarde los manípulos de *hastati* y príncipes —que eran la primera y segunda línea normal de las legiones— no pudieron aguantar más el suicida ataque de los salasos que vomitaban las terrazas, comenzando su

repliegue, de modo ordenado y tapando brechas, pero con numerosas bajas.

Al mismo tiempo, comenzaron a ceder los triarios y los *hastati* de la parte alta del valle, aunque sin fisuras. Únicamente se limitaron a ir dando pasos atrás hasta que un nuevo y renovado ataque de los vélites lanzando miles de dardos les permitió darse la vuelta y entrar en el campamento con fosos y empalizadas construido por dos mil legionarios en unas pocas horas. Lo propio hicieron los *hastati* y los príncipes supervivientes de los flancos y, por último, los vélites, arropados por la caballería.

Los salasos intentaron asaltar sin desenfreno el fortín de zanjas, terraplenes y estacas, pero, agotados por una jornada dura e interminable, optaron por retirarse al llegar la noche, no sin antes cercar el campamento romano como las aguas furiosas que buscan su espacio natural tras la rotura de una presa. Apio Claudio Pulcro estaba rodeado en un valle que solo tenía una escapatoria, el curso del río Duria.

Esa misma noche se reunió en su improvisada tienda de mando con Mancino, su hijo Apio y el resto de los tribunos militares, entre ellos Tiberio y su amigo Octavio. De este último no podía reseñar nada, pero el resto estaban demacrados por el miedo y el cansancio, resultándoles muy difícil reprimir temblores nerviosos en las manos. Apio Claudio, en cambio, se mantenía sereno, e incluso arrogantemente gélido. Seguían con vida y aún disponía de ocho mil hombres dentro del campamento, un número suficiente para salir de aquel encierro y revertir el desastre, o al menos atenuarlo para que no llegara a Roma la noticia de un fracaso humillante para él y para la *gens* Claudia.

—Aguardemos dos o tres días en el campamento, hasta que lleguen refuerzos —se aventuró a rogar su hijo Apio.

—No es una buena idea —repuso Tiberio con su valentía natural—. Han llegado varios mensajeros. Han informado de que el resto de las columnas de los valles adyacentes han sufrido ataques parecidos y que están al borde de ser aniquilados.

—¿Y quiénes son esos mensajeros? ¿Y cómo han podido pasar por en medio de los salasos? —preguntó Apio hijo, dominado por la angustia y la desesperación.

—Han pasado por en medio porque son nuestros mensajeros —intervino en un inquietante susurro su padre—. Han pasado con ropas de galos. ¿Es que me crees tan tonto de no haber infiltrado a varios de los nuestros en esa maldita tribu de las montañas? —porfió con ira contenida y con deseos de apalear a su propio hijo.

—Lo siento, padre —gimió Apio, pero sin quitarse la inseguridad, pues

esos mismos infiltrados no habían avisado del ataque.

Claudio, en cualquier caso, volvió a fulminar a su hijo con la mirada, más si cabe por disculparse públicamente, cosa que jamás debía hacer. Hecho esto, levantó la vista con fuego en los ojos.

—Pero yo os digo a todos que vamos a salir de aquí —farfulló, dirigiéndose a su *consilium*—. De hecho, vamos a hacerlo esta misma noche, antes del amanecer —espetó de pronto y de modo tan confiado y rotundo que todos los presentes dieron un respingo.

—¿Esta misma noche? —gritó Mancino—. ¡Los hombres están agotados! —exclamó en una súplica.

—Mejor agotados que muertos. Si no nos vamos, moriremos todos —replicó Claudio inflexible.

—No tenemos provisiones ni apenas suministros para resistir mucho más. Debemos salir, como sea —afirmó Tiberio.

Claudio elevó el mentón y repasó las caras de sus hombres con sus penetrantes ojos azules.

—El tribuno Tiberio da muestras de una buena dosis de inteligencia. ¿Hay alguien aquí que carezca de ella? —inquirió desafiante, sin que nadie osara abrir la boca—. Bien, eso me gusta. Os diré cómo vamos a hacerlo. Escuchadme.

Todos los presentes aguzaron sus oídos.

—Apenas a una milla cauce abajo —explicó Claudio— hay un puente que cruza el Duria. Si llegamos a él y lo echamos abajo después de que lo hayamos cruzado, estaremos a salvo, porque los salasos no han acampado al otro lado del vado… ¡Me lo han dicho los mensajeros! —matizó de malas formas al descubrir las caras de desconfianza de los suyos.

—Pero si abandonamos el campamento nos atacaran por la espalda —dijo, esta vez con buen criterio, Apio hijo.

—Es cierto —reconoció su padre—, pero, para evitarlo, o al menos demorarlo, dejaremos atrás, en el campamento, a la caballería y a los vélites. Ellos cuidarán y protegerán nuestra retirada. Ellos contendrán a esos salvajes al tiempo que los triarios cargan valle abajo para abrir camino. Justo después saldrán los príncipes y se desplegarán en abanico hacia los flancos. Seremos como una enorme hoz que siega sus cabezas sin que lo esperen.

—Los salasos, como buenos galos, no habrán fortificado su posición —aseveró Mancino con destellos de estar más animado.

—Dalo por seguro. Estarán dormidos o tirados por el suelo bebiendo cerveza. Ni en cien vidas se imaginarían que vamos a salir de aquí esta misma noche —añadió Claudio despectivo.

—Y por el hueco que deje la riada de triarios saldrán en último lugar la caballería y los vélites —concluyó Mancino.

—Exacto —confirmó Claudio, satisfecho de sí mismo—. Para que todos nos entendamos. Los triarios, los hastados y los príncipes van a salir por el culo del campamento como una apestosa y líquida diarrea, y la caballería y los vélites solo tendrán que deslizarse por la mierda que dejemos cuando los salasos quieran meterse por la boca del mismo, ¿lo habéis entendido? —bramó escatológicamente.

—¡Entendido! —confirmaron los tribunos.

Claudio sonrió exultante.

—Salgamos de aquí. Preparad las tropas, en silencio.

Tres horas antes del amanecer, Claudio dio orden de que se abrieran las puertas orientadas hacia la salida del valle.

Los triarios, formados ordenadamente en manípulos, cargaron entonces en formación de cuña con sus lanzas al frente llevándose por delante todo lo que sus cáligas podían pisotear, ya fueran cuerpos, animales, hogueras o tiendas. Como esperaban, los salasos dormían sin precaución, tirados por todas partes, sin fortificaciones, por lo que eran presa fácil, bien del pánico, bien del caos, bien de las puntas de las picas legionarias.

A intervalos regulares, dosificados entre los manípulos de los triarios, irrumpieron también los príncipes y los hastados, desplegándose sobre los flacos como les había ordenado el cónsul para segar con sus *gladii* cabezas, brazos, muñecas o piernas galas, tanto de aquellos que se despertaban agitados, de aquellos que se quitaban de en medio del avance de los triarios como de aquellos que trataban de cortarles el paso.

Se produjeron numerosas escaramuzas, sonaron gritos apagados, los filos de las espadas brillaron en la oscuridad como juguetonas luciérnagas de la muerte, el caos se hizo profundo e invisible y el barro se llenó de sangre gala. Nada podía detener a casi ocho mil romanos e itálicos huyendo desesperadamente valle abajo, en perfecta y mortal disciplina, pero huyendo al fin y al cabo como una enorme serpiente plateada que, acorralada, enseña sus colmillos rebosantes todavía del más temible veneno.

—¡Al puente! ¡Al puente! —era el grito común de Claudio, legados, tribunos y centuriones bajo una densa negrura de la que emergían por oleadas hombres de largos cabellos rubios con instinto asesino. Sin embargo, sorprendidos y desorganizados, no eran rival para el angustiado torrente legionario que descendía de las alturas.

—¡Lo vamos a conseguir! —aullaba Claudio sin saber a quién dirigirse —. ¡Seguid! ¡Seguid!

Poco después, todo el ejército superviviente, excepto la caballería y los

vélites, cruzaba a salvo el puente. Del otro lado, allí donde estaría el campamento, no se veía ahora más que una negra, silenciosa y vacía oscuridad.

—¡Tiradlo, tirad abajo el puente! —ordenó Claudio en cuanto vio pasar a los últimos triarios, hastados y príncipes.

—¡Aún no ha llegado la caballería y los vélites! —le advirtió Mancino, alarmado.

—¿Crees que vamos a echar abajo este puente con un solo golpe? ¡Es de buena piedra romana! —rugió Claudio, haciéndolo callar, al tiempo que miraba al frente y trataba de averiguar qué estaba pasando en el campamento. Llegaban gritos lejanos y unas pequeñas llamaradas comenzaban a dibujarse sobre el cielo estrellado.

—Tres manípulos de triarios, aquí, a la salida del puente, con las picas bien firmes —exigió para el caso de que quienes emergieran de las sombras no fueran romanos.

Los alaridos de los ingenieros y los golpes de las mazas intentando demoler las vigas del puente martillearon los sentidos de Claudio y de quienes permanecían con él, ocasionalmente combinados con el creciente murmullo que provenía de la otra orilla del río.

—Se acercan, quienes quiera que sean, se acercan —murmuró Claudio con la respiración entrecortada—. ¿Cómo va ese puente? —bufó al mismo tiempo.

—Está a punto —le informó un ingeniero salido de la nada—. ¿Lo tiramos ya?

—No, esperad.

El tumulto que descendía de la parte alta del valle era ya nítido y cercano.

—Esperad —repitió Claudio, encomendándose a todo el panteón romano mientras los manípulos de los triarios daban inconscientemente un paso al frente para soportar una posible embestida.

—Si son salasos no tendremos escapatoria —insistió el ingeniero.

—Esperad —reiteró Claudio, alzando la voz.

—Claudio, es una locura —suplicó Mancino, cogiéndolo del brazo.

Claudio se deshizo de su legado de un soberbio manotazo, clavándole una mirada asesina.

—No dejaré aquí más muertos que me priven del triunfo —farfulló entre dientes, con furia tan contenida como desmedida.

—Pero… —balbució Mancino.

—Esperad —repitió Claudio, haciendo caso omiso, girándose hacia el puente.

Las primeras figuras humanas comenzaron a dibujarse casi

inmediatamente después, primero como simples sombras, después con los brillos de los pequeños pectorales típicos de los vélites. Un jinete cruzó entonces el puente, a toda velocidad, frenando en seco ante las lanzas de los triarios.

—¡Venimos todos, por todos los dioses, venimos todos! ¡Abridnos paso! —exclamó entrecortado.

—¿Y los salasos? —se apresuró a preguntar Claudio con el corazón saliéndosele por la boca.

—Todavía se lo están pensando, pero no tardarán en llegar, ¡abridnos paso! —suplicó el caballero.

—¡Abridles paso y tirad el puente abajo! —aulló Claudio, viendo pasar las caras devastadas de los doscientos jinetes y novecientos vélites que les habían cubierto las espaldas.

Al pasar el último de sus hombres bastó un simple tirón de una gruesa soga para que vencieran los pilares del puente, que se desmoronó aparatosamente bajo la débil y repentina luz del alba.

Claudio subió entonces a su caballo y emprendió la huida, pero ya no enseñoreaba en su rostro la determinación de horas atrás, cuando exponía el plan de escape con la exaltación propia de la excitación de la lucha. Ya no se sentía como un cónsul imperioso en combate capaz de salvar a un ejército entero. Estaban vivos no se sabía cómo. Ya no creía en su propia gloria militar. Su cara era un retorcijo oscuro de derrota, humillación, desequilibrio, furia, rabia y arrogancia. Necesitaba un triunfo. Lo necesitaba. Algo debía ocurrírsele, cualquier cosa con tal de no verse obligado a claudicar frente a Emiliano.

«Necesito un triunfo», barruntó para sus adentros. «¡Necesito un triunfo!», explosionó en su fuero interior. Solo imaginar la cara de Emiliano cuando se enterara de la derrota lo descomponía. «¡Piensa»!, se exigió en la oscuridad de la huida.

La túnica de Macedónico

Contrebia, al mismo tiempo

El legado Quinto Occio ascendió imperioso el terraplén de cascotes, piedras y rocas desmenuzadas y reventadas por la artillería romana, atravesó la voluminosa grieta abierta en la muralla y descendió hacia el interior de la ciudad, repartiendo mandobles a diestro y siniestro, cercenando con colosal brío cabezas, muñecas y brazos como si fueran guiñapos de paja. Expugnados al fin los muros de Contrebia, aquellos celtíberos ya no eran tan hijos de perra.

Siguiendo la estela de Occio, una riada de cotas de malla y cascos de bronce con altivas plumas negras y rojas penetró en la ciudad y se desparramó por calles, casas y mercados, llevándose por delante todo cuanto se les oponía, pero no aquello que no se les enfrentara abiertamente, pues era orden del cónsul Metelo —bajo pena de ser azotado por varas los aliados itálicos y garrote los romanos— no dar muerte por simple capricho. El cónsul quería ser magnánimo en la toma de su primera plaza fuerte.

Occio se detuvo cuando se cansó de repartir mandobles. Con parsimonia se quitó el casco, se lo entregó a un legionario que lo escoltaba, buscó algo en el suelo, halló lo que ansiaba, lo cogió y se lo llevó a la boca, mordisqueándolo con frugalidad. No podía faltar en su imagen de hombre tranquilo pero duro como el hierro el palito entre sus dientes.

Metelo Macedónico entró en Contrebia poco después, con su capa roja al aire y una enorme sonrisa en su cara redonda de gruesas cejas. Se puso al lado de Occio, oteando las calles adyacentes, muchas de ellas entre llamas o humeantes. Después vio la maldita ramita moviéndose de un lado a otro, pero esta vez se contuvo.

—No ha hecho falta quemar mi túnica —le dijo a Occio en tono jocoso, recordando su enigmática frase.

—Ya —dijo el legado tan parco como siempre, pero con un destello de reconocimiento.

Metelo se hinchó como un gallo.

—Basta un poco de inteligencia para vencer a estos celtíberos de las ciudades —dijo como en una proclama—. Solo ha hecho falta deambular un mes por todo el territorio de los belos, cambiando de dirección una y otra vez sin sentido alguno, para despistarlos y cogerlos finalmente desprevenidos. Como te dije, si mi túnica hubiera sabido a dónde nos dirigíamos cada día, la habría quemado para que nadie más lo supiera —se jactó orgulloso.

Occio se limitó a asentir de modo cansino, lo que encabritó a Metelo de inmediato. Resultaba admirable que un hombre como su legado, de movimientos lentos que parecía que fuera a caerse a cada paso que daba, fuera

después en combate el más fiero y rápido de los soldados. Pero lo que no le resultaba tan admirable era que sus reacciones fuesen tan recalcitrantemente poco efusivas. Se había cuidado mucho de cuidar su magistral estratagema y no decir a nadie a dónde se dirigiría cada día, tampoco a su túnica, y no era de recibo que su legado se lo reconociera con un simple y anodino cabeceo de su cabezota de oso. ¡Le sacaba de quicio!

—¿Y no tienes nada más que decir? —porfió Metelo indignado.

—Solo que nos ha hecho falta un mes para tomar una sola ciudad —musitó Occio indiferente.

—¿Qué quieres decir con ello? —protestó Metelo.

—El cónsul ya lo comprende por sí mismo —añadió Occio.

Metelo negó ostensiblemente.

—¡No, no y no! ¡Por nada del mundo! No hemos perdido el tiempo en absoluto —se opuso convencido—. Ha servido para que estos novatos de legionarios que nos hemos traído se hayan fortalecido algo. Han conocido el territorio y han aprendido a no temer tanto a los celtíberos. ¡Y yo puedo decir al Senado y a mis hijos que he iniciado mi campaña con una victoria, lo que me asegurará que el Senado prorrogue mi mando un año más!

—Ya.

Metelo le habría arrancado a Occio, no ya el palito, sino la cabeza entera, pero le tenía a su legado demasiado aprecio.

—¿Y sigues pensando que hemos tardado mucho para tan poco? —le reprochó con suma paciencia.

Occio cabeceó de nuevo como un enorme buey al que le pesa el yugo en exceso.

—¿Cuál será la próxima ciudad? —preguntó. Era su manera de decir que estaba de acuerdo.

Metelo sonrió eufórico, mirando al frente.

—Nertobriga —informó.

—Lo estoy deseando —sentenció Occio.

Metelo asintió enérgico.

—Vamos, Occio, inspeccionemos la ciudad. Y por todos los dioses, escupe esa ramita antes de que te la haga comer —le ordenó a su legado. Occio la arrojó obediente y ambos penetraron en la ciudad.

Una justificación divina

En el valle bajo del Duria mayor, días después

Apio Claudio pudo reagrupar lo que quedaba de su ejército cuatro días después de cruzar el vado. Lo hizo en un enorme pastizal montano protegido por varios saltos de agua y un lago glaciar. Los salasos, que les perseguían sin descanso, pero sin grandes alardes, seguían ululando intimidantes por todas partes.

Sus bramidos de guerra eran mitigados, en cambio, no por las voces legionarias, sino por el mortífero silencio que se vivía en la tienda de mando de Apio Claudio. Este, dando vueltas de un lado a otro bajo la atenta y tensa mirada de Mancino, de su hijo Apio y de otros altos oficiales como Tiberio u Octavio, no gritaba, no vociferaba ni berreaba. Mucho peor, ocultaba una furia inmensa bajo un velo de mutismo que bien podía abrasar a quien se colara en su campo de acción.

—¿Cuántos? ¿Cuántos hombres han caído? —preguntó al rato en un peligroso susurro.

—Unos cinco mil —se atrevió a contestar Mancino.

—¿Cinco mil? ¿Has dicho cinco mil? —repitió Claudio, justo antes de lanzar una grosera carcajada—. Precisamente cinco mil. Ni uno más ni uno menos —añadió cuando al fin pudo calmar su risa de enajenado, como si algo le hubiera hecho gracia, o como si el destino le jugara una mala pasada. Era él quien debía acabar con ese número de enemigos, y no a la inversa.

—Es casi un tercio del ejército —aclaró Mancino de forma muy poco oportuna, tanto que Claudio detuvo sus pasos de león herido y lo liquidó con sus ojos azules.

—¿Crees que no sé contar? —le espetó con desdén—. Pero te juro, os juro a todos, que vamos a volver y que los mataremos y esclavizaremos a todos, ¡a todos! —exclamó entre dientes, barriendo con su gélida mirada a los presentes. La mayoría bajó la vista, pero no Mancino.

—Eso ahora es una locura —espetó con agallas.

Claudio se giró como un jabalí herido dispuesto a embestir con sus colmillos, pero contuvo su ataque. Y, además, extrañamente, sonrió, no de un modo risueño, sino como quien maquina algo en su mente sin descanso alguno.

—¿Tan poco confías en mí? —le dijo a su legado con ironía.

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

Mancino, que era un poco pánfilo y temeroso, pero no tonto, no respondió esta vez, no de inmediato, sino que se limitó a observar a Claudio

con mucho interés, comprendiendo que nada ni nadie podrían derrotarlo. Acababa de sufrir un revés memorable de los que hacían historia, pero en su mirada ya no había sufrimiento ni capitulación. Era como si hubiera respirado en un solo y enérgico suspiro la esencia e inteligencia de toda la *gens* Claudia desde los albores de la fundación de Roma. Porque los Claudios patricios —también los había plebeyos— no eran capaces de parir grandes tácticos y estrategas militares, pero sí hombres de una viveza, talento político y agudeza —perfidia para otros— sobresaliente. Claudio era el último producto de aquel vasto ejemplo de memoria histórica. Y pergeñaba sin descanso, sobre todo cuando su fuerza comparativa era Emiliano.

—En quienes no confío es en nuestros hombres. Han perdido la confianza. Sin moral no volverán a entrar en ese valle —admitió Mancino, expectante en conocer por dónde iba a culebrear el cónsul.

—Yo les daré moral —murmuró Claudio impertérrito.

—¿Y cómo piensas hacerlo, padre? —preguntó Apio hijo.

Claudio lo miró con aplastante seguridad. Después, repasó al resto de los oficiales, deteniéndose en el joven Graco.

—El día del ataque sucedió algo extraño, ¿no lo crees, Tiberio? —preguntó malicioso, arrastrando sus palabras.

Tiberio, que no esperaba la pregunta, dudó un instante antes de contestar. Todos le miraron, sorprendidos de que el cónsul le dirigiera aquella pregunta tan enigmática, pero no se dejó amilanar. Sabía a qué se refería Claudio.

—Lo creo. Sucedió algo extraño —confirmó.

El resto de los oficiales giraron de nuevo sus cabezas hacia el cónsul, que persistía en aquella sonrisa maquinadora.

—Sí, sí que lo creo —repitió Claudio, mirando ahora a todos—. Lo creo desde el momento en el que los auspicios del día de la batalla fueron favorables, como también el sacrificio del arúspice… —Claudio guardó un deliberado silencio mientras todos estiraban sus cuellos. Prosiguió—: Sin embargo, a pesar de ello, a pesar de todo ello, fuimos atacados y derrotados… Atacados y derrotados… ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que sucediera tal cosa si contábamos con el beneplácito de nuestros dioses? ¿No son los dioses de Roma los más poderosos de todos? ¿No lo son? —preguntó reiterativo al tiempo que volvía a mirar a Graco—. ¿Cómo es posible? —repitió.

Las cabezas de los oficiales, Mancino incluido, rotaron de nuevo en busca de Tiberio, que permanecía tan inalterable y magnánimo como solía estarlo su famosa madre Cornelia.

—Es posible porque hubo algo que no hicimos bien —contestó Tiberio con toda naturalidad.

—¿Y qué no hicimos bien? —insistió Claudio, echando el cuerpo hacia delante.

—Algo falló en los ritos religiosos —dijo Tiberio.

Claudio explosionó en una sonora carcajada.

—¡Exacto! —exclamó en uno de sus huecos entre risotada y risotada—. ¡Fallamos en los ritos religiosos, en algo que escapó a nuestra voluntad y que debe ser explicado! —expuso, abriendo ahora los ojos como platos.

Mancino ahuecó ligeramente las comisuras de su boca.

—Entiendo… —rumió—. Si los auspicios y sacrificios fueron favorables, debemos buscar en la derrota un simple defecto religioso, ¿no es así?

—¡Exacto! —repitió Claudio con fulgor en los ojos—. Y eso es lo que los hombres deben entender, que la victoria de los salasos se ha debido única y exclusivamente a que no hemos satisfecho debidamente los escrúpulos religiosos. Algo hicimos mal.

—Por supuesto —confirmó Mancino con alegría, subiéndose al carro, no del triunfo, pero sí de la expiación—. Los dioses romanos están airados por alguna razón que no conocemos —aseveró.

Claudio asintió repetidas veces.

—Y debemos encontrar la causa. Si damos con ella, si la encontramos, nuestros hombres volverán a confiar y regresarán a ese valle, más ardientes que nunca, os lo aseguro, porque sabrán que fueron derrotados por el enojo de los dioses —se apresuró a decir.

Mancino cabeceó ligeramente, pero ahora reflexivo.

—Pero también debe convencerse al Senado —dudó.

Claudio dejó enseñar sus blanquísimos colmillos y volvió a mirar a Tiberio con una enorme sonrisa.

—Dime, joven Graco, ¿qué harías tú? —le preguntó.

Tiberio contestó con su franqueza característica, mirando fijamente a los ojos.

—Yo, si fuera el cónsul, solicitaría al Senado que consultase los libros sibilinos. Y que los decenviros buscaran en ellos la respuesta a esta derrota. Eso haría yo.

Apio Claudio dejó enseñar una vez más sus marfileños dientes. Aquel muchacho era una joya y, además, para su regocijo, parecía saber leerle el pensamiento, pues esa misma idea es lo que había arreglado en su retorcida mente tras el ataque de los salasos. Desde entonces, no había perdido el tiempo en dar órdenes —para eso ya estaban sus legados, tribunos y centuriones— ni en pensar en su vida —confiaba plenamente en que su destino no era morir entre crestas alpinas—, sino en discurrir cómo salir políticamente del aquel atolladero. No le cabía la más mínima duda de que

Emiliano, al enterarse de la derrota, clamaría como una plañidera y exigiría su regreso a Roma para dar explicaciones, más no estaba dispuesto a darle tamaña satisfacción. Una cosa era la derrota militar y otra la política.

Y la respuesta se hallaba, efectivamente, en los tres libros sibilinos, aquellos que contenían oráculos proféticos en griego que la Sibila de Cumas había vendido al rey Tarquinio el Soberbio casi cuatrocientos años antes. Custodiados en el templo de Júpiter bajo la vigilancia de diez sacerdotes senatoriales conocidos como los *decemviri sacris faciundis*, eran consultados por mandato del Senado en momentos especialmente calamitosos o ante grandes prodigios tenebrosos o inexplicables. Entre sus misterios siempre podía encontrarse alguna profecía o respuesta adecuada a tales situaciones excepcionales que afligían y angustiaban el supersticioso espíritu romano, y por ello mismo la idea de invocarlos ahora era sencillamente sublime, pero no del todo suficiente. Debía hacer algo más. Los mecanismos políticos de Roma debían ponerse en marcha y él activarlos a su antojo e interés.

—¡Dejadme ahora! —ordenó de pronto, resolutivo—. ¡Dejadme, debo escribir al Senado! —añadió dando palmadas como quien disciplina y echa a unos niños revoltosos.

Todos fueron saliendo del pretorio. El último en hacerlo fue Mancino. Deteniéndose en el vano de la tienda, se giró hacia el cónsul, que ya corría hacia su escritorio cálamo en mano.

—Claudio —lo llamó.

—Dime —contestó Claudio elevando la vista.

—No enredes al muchacho, a Tiberio, es hijo de Cornelia y cuñado de Emiliano, no lo impliques en esto —pidió de buena fe.

Claudio sonrió. Mancino llegaría a ser cónsul, pero tenía mucho que aprender.

—No le conoces lo suficiente —añadió—. Si Tiberio hubiese opinado otra cosa también la hubiera dicho sin despeinarse. Es un muchacho idealista que se rige por lo que considera justo y razonable, y cuando lo encuentra no hay quien le pare los pies, me tenga a mí delante, a Emiliano, a Nasica Córculo o al mismísimo Rómulo. Y ahora, déjame —exigió. Mancino cabeceó reflexivo y se marchó.

Claudio, por su parte, divertido por una ingenuidad, la de Mancino, que no habría perdonado a su propio hijo, se sentó frente a su escritorio y comenzó a escribir una carta, no al Senado —eso lo haría intencionadamente con algún día de retraso—, sino a su fiel aliado Servio Sulpicio Galba, que, ¡oh, casualidad!, era precisamente uno de los *decemviri sacris faciundis* encargados de interpretar los complejos y misteriosos libros sibilinos.

Y si los decenviros daban con una sola razón religiosa para la derrota y ordenaban un acto expiatorio, podría salvar su inmaculado culo y, por este

orden, renovar los ánimos de sus legionarios, buscar después una nueva victoria, exterminar por fin a cinco mil enemigos y tener su triunfo para poder mirar a Emiliano desde la altura del carro triunfal. Solo pensarlo le provocaba el éxtasis.

Galba recibió la carta de Apio Claudio cinco días después. Habría estado en su poder una jornada antes de no haberse encontrado en su villa rústica de Cameria[14] donde inspeccionaba sus enormes y expansivos viñedos, siempre a costa de las tierras lindantes de los pequeños campesinos que se las vendían o que directamente eran expulsados con métodos un tanto arteros.

En cuanto supo de la existencia de la misiva, Galba se desentendió de su desesperante capataz púnico Magón y corrió a su pabellón de descanso. Allí, reconfortado con unas vituallas, vino aguado y con una túnica limpia se tumbó en un triclinio, estiró su cuello venoso, fortaleció su gesto antipático —convenía hacerlo cuando de Claudio se trataba— y comenzó la lectura tras quitar el sello:

Servio Sulpicio Galba, te saludo,

No me andaré con rodeos. No tengo tiempo y tú tampoco. En unos días enviaré un correo al Senado y has de estar prevenido y listo para lo que te voy a pedir. Me lo debes. Voy allá. He sido derrotado por los salasos. Sí, lo que lees. No es una derrota definitiva, por supuesto, pero sí especialmente dura e irritante. Mis hombres han perdido la confianza y han de recuperarla, y te voy a decir cómo.

Voy a pedir formalmente al Senado que se consulten los libros sibilinos, puesto que fuimos derrotados pese a contar con todos los auspicios y sacrificios favorables. Sé que no es comparable en absoluto, pero hay precedentes. Ya se hizo antes tras los descalabros de Trasimeno, Trebia o Cannas frente a Aníbal de Cartago, entre otras derrotas que es mejor no recordar.

No me cabe la menor duda de que Emiliano y el resto de su camarilla y de engreídos Escipiones creerán que es una artimaña de las mías, pondrán el grito en el cielo, pedirán que se me retiren las insignias consulares y que regrese a Roma como un simple ciudadano privado, pero lo llevan crudo. Por mucho que protesten, ninguno de ellos podrá oponerse finalmente a que se consulten los libros sibilinos porque sería tanto como negar la palabra a los dioses. Y si se atreven a hacerlo, lo único que conseguirán es demostrar a ojos de Roma que actúan con fines puramente políticos con el afán de hacerme daño.

Están atrapados por su propia piedad religiosa; y por mucho que sea una de mis jugadas —sí, lo es— solo pueden llegar a quedar en evidencia. El Senado pedirá la consulta.

Y he aquí amigo Galba donde, como puedes imaginar, necesito de una colaboración, la tuya, de la que no dudo. Al fin y al cabo, yo te salvé el culo en tu juicio por lo de la matanza de los lusitanos, y yo te apoyé para que fueras cónsul. Espero de ti en consecuencia la misma gratitud, no solo para votar en el Senado la necesidad de la consulta, sino que, también, en tu condición de decenviro, escrutar cada oráculo de los libros para encontrar una razón religiosa a la derrota. Me da lo mismo que te inventes misterios o interpretaciones. Me es indiferente lo que hagas, pero consíguelo. Sé que algunos miembros del colegio no son mis amigos precisamente. Marco Emilio Lépido, el portavoz, no pondrá ningún entusiasmo en dar con la profecía adecuada, pero sabrás ganártelo con alguna promesa económica de esas tuyas que tan bien manejas. Y Lucio Cornelio Léntulo…, en fin, confío en que quede en minoría. Consígueme un oráculo, Galba, solo uno.

Dicho esto, aun así, posiblemente la consulta no sea suficiente para que Emiliano deje de echar mierda sobre mi nombre. Por ello, Galba, te pido una cosa más, que lances en Roma una noticia, un rumor o lo que se te ocurra que distraiga a los ciudadanos. Algo que les escueza tanto que me olviden por una temporada, que dejen de hablar de mí y de los salasos el tiempo suficiente para que pueda vencerlos y volver a Roma con la victoria. Sabes que un clavo saca otro, y que los ciudadanos son unos borregos a los que podemos conducir como se nos antoje. No me cabe la menor duda de que eres el hombre idóneo para esta tarea. Me lo debes.

Te saluda,

Apio Claudio Pulcro

Galba dejó la carta encima de una mesita con patas de fauno, se levantó del diván y fue a sentarse frente al escritorio que allí tenía. Por supuesto que era el hombre adecuado para tales menesteres. De hecho, ya sabía cómo distraer a los ciudadanos y al Senado mismo para que la atención y las críticas se apartaran de Claudio.

Cogió el cálamo, lo untó en el tintero y escribió muy brevemente:

Amigo Apio Claudio Pulcro,

Cuenta con mi desinteresada colaboración. Apoyaré la consulta en el Senado, encontraré el oráculo oportuno, convenceré al resto de los decenviros y, por supuesto, llegado el momento, me las apañaré para

inocular públicamente un asunto que hará que tu simple nombre y lo que ocurra en los Alpes sea un vago recuerdo. Y ese asunto tiene un nombre, el aqua Marcia.

Te saluda,

Servio Sulpicio Galba

A los seis días Claudio leyó la carta de Galba y no pudo sino desternillarse de risa. La idea del *aqua Marcia*, el nuevo acueducto que se estaba construyendo en Roma para llevar agua al Capitolio y al Palatino, era sencillamente soberbia, más si cabe considerando que quien se encargaba de su construcción era el pretor Quinto Marcio Rex, un hombre de armas tomar al que no se le podía ni toser.

Emponzoñase como emponzoñase Galba el asunto del *aqua Marcia*, el lío estaba asegurado, tanto en el Senado como entre los ciudadanos. Qué lástima no estar en Roma para verlo. ¡El *aqua Marcia*! ¡Qué elevada idea!

Qué trama Claudio

Roma, finales de junio

Cuando el pretor urbano anunció en el Senado que Apio Claudio Pulcro había perdido a cinco mil hombres frente a los salasos, Emiliano, seguido de los Escipiones, de su hermano Fabio, de su amigo Cayo Lelio y de su aliado Pompeyo, se puso en pie bajo un ruidoso pataleo y afirmó pomposamente:

—Solicito el regreso inmediato del cónsul para dar las oportunas explicaciones. Y si estas no son satisfactorias, pido su destitución fulminante y la entrega del mando a uno de los pretores. Es una de las debacles más incomprensibles e inauditas desde los tiempos de las Horcas Caudinas.

Sus peticiones, en cambio, se diluyeron como la sal en el agua cuando el mismo pretor urbano, gritando para hacerse oír en la colosal trifulca organizada por los trescientos senadores, informó que Apio Claudio solicitaba la consulta de los libros sibilinos, a lo que el Senado, y Emiliano a la cabeza, accedió a regañadientes por puro temor reverencial, o al menos así se hizo constar en el acta senatorial.

—¿Qué trama Claudio? ¿Qué trama ese mísero desgraciado? —canturreó Fabio en la *domus* de Emiliano esa misma noche, jugueteando con un racimo de uvas en sus manos.

—Espérate lo peor, no hay quien le iguale en perfidia —contestó Lelio, dando buena cuenta de una voluminosa copa de vino campano.

Emiliano, recostado en el triclinio central del lujoso comedor —recientemente reformado para asemejarse en pequeña medida a los que había visto años atrás en los palacios reales de la corte macedónica—, contempló a su hermano y a su amigo con sincera alegría. Los dos años de ausencia de los hombres en los que más confiaba se le habían hecho eternos, sin el apoyo, los consejos y la buena y distendida conversación de la que siempre disponían. Tenerlos de nuevo en Roma resultaba crítico para el acceso a su próximo objetivo, la censura, la última de las magistraturas mayores de la República que faltaba en su colección, solo al alcance de los antiguos cónsules con mayor prestigio y rectitud moral, cuyas elecciones se celebrarían el próximo mes de enero.

—No sabemos qué trama —porfió finalmente—, pero todos sabemos que Claudio juega muy bien las partidas de dados —añadió metafórico.

Fue Lelio quien advirtió el gesto pensativo de su amigo.

—Pero no la está jugando lo suficientemente bien, ¿verdad? Hay algo que no te cuadra —inquirió antes de dar otro sorbo al vino.

Emiliano asintió con la mirada extraviada.

—La jugada de consultar los libros es buena porque salva el culo de

modo momentáneo —rumió.

—En esos libros siempre hay soluciones para quien busca con tal ánimo —admitió Fabio—. He podido leer en alguna ocasión sus hexámetros griegos y son realmente ininteligibles —añadió frunciendo el ceño.

—El decenviro Galba dará con algo. Sería de idiotas creer lo contrario —dijo Emiliano con desdén.

—Pero la partida de Claudio no es completa —insistió Lelio con el deseo de que fuera Emiliano quien finalizara la reflexión, lo que ocurrió de inmediato.

—Tienes razón, porque en realidad hasta que se pronuncien los decenviros seguimos teniendo la oportunidad de incitar al pueblo en su contra. En el Senado nos hemos visto obligados a callar por piedad religiosa y para que no se interpretara que nos oponíamos por motivos puramente políticos, pero no ocurrirá tal cosa en el foro ni en las calles de la ciudad —se explicó.

—Y si algo ansía Claudio es tener su triunfo y poder competir contigo en las elecciones a censor del año que viene. Si no tiene el apoyo del pueblo jamás podrá vencerte —confirmó Lelio.

—Ni con un triunfo me vencerá, pero es evidente que sin un triunfo no podrá ni presentar su candidatura. No podrá ni mirarme a la cara, y no hay cosa que le corroa más —afirmó Emiliano lleno de natural autosuficiencia.

—Claro, por supuesto —secundó Lelio.

—Pues entonces algo trama Claudio —intervino alegremente Fabio—. Os lo he dicho desde el principio. Claudio no se contentará con un simple oráculo de los libros. —Y se llevó un espárrago a la boca. Los aperitivos con que les obsequiaba su hermano siempre eran excelentes.

—No, no creo, pero… —farfulló Emiliano.

—¿Pero? —le ayudó a continuar Lelio.

Emiliano le dedicó una sonrisa de complicidad.

—Pero hasta que no sepamos qué más entreteje Claudio, procuremos que el pueblo de Roma eche pestes con solo citar su nombre —declaró expeditivo.

—¿Y cuál será el tribuno de la plebe que haga esta vez el trabajo sucio por nosotros? —preguntó Fabio con una enorme e irónica sonrisa.

—Tito Didio Sexto —contestó Emiliano sin pensárselo dos veces.

—Lo imaginaba —rio Lelio.

—El que más ínfulas y aires de grandeza y de posteridad tiene —secundó Fabio.

—En realidad, todos los tribunos de la plebe comparten ya tales características —matizó Lelio con sorna.

—Cierto, pero este más que ninguno —recordó Fabio.

—Cierto —repitió Lelio antes de propulsar una sonora carcajada.

Emiliano también se rio, pero menos. No era su estilo el carcajeo explosivo ni descontrolado, aunque quienes realmente le hacían curvar la comisura de sus labios eran precisamente Fabio y Lelio.

—Tito Didio ha propuesto una nueva ley para sancionar los gastos excesivos de nuestros aliados itálicos en los banquetes y festejos —recordó—. Se ha hecho muy popular y está de nuestra parte. Hablad con él para que incendie al populacho. Que utilice a los muertos, a las viudas y a los huérfanos que han quedado en Italia por la muerte de sus familiares frente a los salasos. Que proclame que los salasos son una tribu insignificante. O que recuerde que harán falta años para restaurar la dignidad del pueblo romano, u otras cosas que se le ocurran, lo necesario para que Claudio pierda prestigio. Hablad con él —instó Emiliano expeditivo.

—De eso me encargo yo —dijo Fabio.

—¿Estás seguro de que quieres que Tito Didio sea tan agresivo y directo en esta ocasión? —inquirió Lelio como el buen consejero que siempre era.

Emiliano lo miró directamente a los ojos, reconociendo con su gesto que el comentario de su amigo no carecía de razones. El uso interesado y excesivo de los tribunos de la plebe por parte de la alta *nobilitas* podía acabar generando dos efectos perversos. El primero, que los tribunos, revestidos de unos poderes realmente extraordinarios, con facultades tan relevantes como proponer leyes, vetar cualquier acción de gobierno de los magistrados, incluso de los cónsules, o detener a todo ciudadano romano, incluso a los cónsules, escaparan del control del Senado al ver crecida su participación e influencia, cometiendo algún dislate o creyéndose los reyes de Roma. Era un riesgo nada desdeñable teniendo en cuenta la juventud y ambición de los tribunos plebeyos y que a través del tribunado iniciaban en realidad su carrera política, con demasiadas ganas de medrar o de crear relaciones clientelares con los grandes hombres de Roma.

El segundo efecto negativo, pensaba, guardaba relación con la creciente atribución al pueblo de un protagonismo superior al deseable en la toma de decisiones públicas. Las familias senatoriales siempre habían sido muy conscientes de que las medidas en materia religiosa, bélica, financiera o colonizadora —con el consiguiente reparto de tierras públicas— debían ser adoptadas por el Senado, pero nunca por el pueblo, siempre volátil, impulsivo, ignorante y reaccionario. Sin embargo, la intervención de los tribunos y de senadores populistas —a él mismo lo criticaban como tal— estaba provocando que el pueblo se interesara en mayor medida en todos estos asuntos de alta política. Y era peligroso.

—Tal vez en este caso no sea necesaria la intervención de un tribuno. Quizás podamos lanzar el mensaje a través de nuestros clientes —oyó que insistía Lelio con mayor fortaleza.

—Los tribunos son siempre muy efectivos —repuso Fabio sin perder de vista los aperitivos.

—Mancino, que ahora está con Claudio en los Alpes, intervino en la detención de los cónsules Lúculo y Postumio —comenzó a enumerar Lelio—, Escribonio Libón en el juicio a Galba, Plauto en tu elección como cónsul, Licinio Craso en el caso de la ley de elección de los sacerdotes… ¿No son demasiados tribunos en escena y con demasiado protagonismo? —musitó.

Emiliano volvió a mirarlo directamente a los ojos. Su amigo tenía razón, pero estaba en juego su elección como censor. Nada era más importante ahora que alcanzar la censura y, por ende, desacreditar al que podía ser su máximo rival en el puesto patricio, Apio Claudio Pulcro.

—Que Tito Didio haga su labor, tal como lo he dicho —aseveró tajante.

Lelio se encogió de hombros.

—Claudio saldrá entonces mal parado —se limitó a señalar.

—Conociéndolo, no lo tengo tan claro —balbució Emiliano, una vez más de forma pensativa. Su mente había dejado atrás a Claudio y a los tribunos revoltosos, volando al repentino recuerdo del joven Tiberio Sempronio Graco, desafortunadamente en manos de Claudio en tierras de los salasos.

—¿Hay algo más que te preocupa? —preguntó el perspicaz Lelio.

Emiliano elevó la vista.

—En absoluto —mintió.

Huyendo del calor de Roma

Miseno,[15] *comienzos de julio*

Cornelia *maior* y su esposo Nasica Córculo abandonaron su inmensa y lujosa villa rústica de veraneo construida en las afueras de Capua, se subieron a un no menos lujoso y espacioso *carpentum* con capota y tomaron el camino a la cercana ciudad portuaria de Miseno.

Cornelia la mayor había dejado Roma para huir del calor sofocante y húmedo de la ciudad, en donde a sus sesenta años y con sus crecientes carnes ni en la frescura del Palatino podía respirarse adecuadamente. Afortunadamente, pronto el *aqua Marcia* llevaría agua a lo alto de la colina, y a buen seguro que su querido Nasica conseguiría con su influencia una canalización privada para disponer de un caudal regular en su *domus* y unas bonitas fuentes que aliviaran el bochorno estival.

Su esposo, en cambio, no había viajado hasta Capua para disfrute personal, sino para inspeccionar las enormes granjas de su propiedad repartidas en grandes latifundios a lo largo de toda Campania. La lucrosa explotación de las alquerías estaba a cargo de eficaces capataces, pero de vez en cuando su Nasica debía acudir para comprobar los cultivos, el cuidado de los utensilios y las bestias, la disciplina de los miles de esclavos de su propiedad, su debida forma física —en caso contrario eran vendidos—, o el rendimiento económico de los trabajos. Su esposo siempre exigía un beneficio mínimo de seis partes por cada cien, castigando severamente la relajación o cualquier otra negligencia que le hiciera perder el cuantioso capital invertido.

En esta ocasión, sin embargo, su marido no solo había acudido para realizar su visita rutinaria a las explotaciones e imponer su presencia, sino para comprar nuevos olivos y unas prensas de aceite en Pompeya, las mejores de toda Italia, inversiones y gastos todos ellos que no eran del agrado de Cornelia. Se sentía mayor, llena de achaques y con un cuerpo cada vez más redondo y flácido que le fatigaba. Y qué decir de su Nasica, medio cojo, con el pelo gris como un jabalí viejo y con un color de piel amarillento que le hacía presagiar lo peor. Eran ya mayores para preocuparse de nuevas inversiones que requerían muchos viajes y que no daban más que quebraderos de cabeza, por no decir que dudaba seriamente del tiempo que le quedara de vida a su querido esposo.

En estas condiciones un matrimonio bien avenido solo podía hacer una cosa, discutir y discutir, y en tal estado llevaban ya varios días, despotricando mutua y vivamente acerca de la oportunidad del nuevo negocio. El pequeño viaje a Miseno no iba a ser una excepción.

—Deberías olvidarte de esos malditos olivos. Son muy caros —le

increpó Cornelia con acritud al pasar junto a una finca que era propiedad de Emiliano.

—Ni por asomo —repuso Nasica con el morro torcido.

—Son trescientos mil sestercios de gasto, toda una fortuna —bufó ella insistente.

—Ganaré el triple cuando los olivos estén en explotación —contradijo Nasica.

—¡Ja, lo ganará tu hijo! Tú ya no tienes edad —le reprochó ella, hiriente.

Nasica abrió los ojos como platos.

—¿Me estás llamando viejo? —protestó.

—Eso lo has dicho tú.

—Cornelia, por todos los dioses.

—¿Cornelia qué? ¡No puedes ni andar y te preocupas de unas pocos yugadas!

—Puedo andar y no son unas pocas yugadas, ¡son doscientas en Etruria! No protestarás tanto cuando las joyas que te compres con los beneficios adornen tu voluptuosa belleza.

Fue Cornelia la que, esta vez, abrió los ojos como platos.

—¿Me estás llamando gorda? —gritó, sintiendo que todo su cuerpo vibraba explosivo.

—Eso lo has dicho tú —contestó él con malicia.

—Por favor, olvídate de los olivos —suplicó ella.

—Si no te callas, te lanzaré al lago Averno. Está a apenas una milla de aquí —dijo Nasica con la cara muy seria.

—¡No serás capaz! —protestó Cornelia, indignada como una chiquilla.

Nasica Córculo no pudo evitar que una sonrisa invadiera su rostro. Las discusiones con Cornelia a lo largo de las más de cuatro décadas que llevaban juntos habían llegado a ser incluso más beligerantes que las antaño mantenidas con el ácido Catón, pero la quería. Amaba a su refunfuñona esposa y solo la idea de lanzarla desde el *carpentum* al cercano lago Averno, una de las entradas del inframundo, e imaginarla flotando en sus aguas sulfurosas entre furiosos gritos, era motivo más que suficiente para recuperar el buen humor y olvidar la disputa.

—Tal vez no te tire, pero te encerraré en la gruta de la Sibila de Cumas —dijo al fin con tono cariñoso.

Cornelia frunció los labios y fingió seguir enfadada.

—Entonces no podrás admirar mis nuevas joyas en mi voluptuoso cuerpo —farfulló irónica.

Un bache en el camino provocó que los generosos y rollizos senos de Cornelia, ocultos en la estola, bailaran de arriba abajo y de un lado a otro

como dos odres de leche. Nasica sonrió y cabeceó paciente. Cornelia era una gran mujer. Ofuscada y simple, pero amable, cariñosa y la mejor compañía para sobrellevar la responsabilidad de ser el pontífice máximo de Roma, el príncipe del Senado y, en definitiva, el senador de mayor dignidad de la ciudad.

Sin tiempo a nada más, el carromato se detuvo.

—Nos veremos en cuatro días —se despidió de su esposa, dándole un beso en la mejilla.

Cornelia se dejó besar, no sin lanzar un ligero gruñido. Después vio marchar a su esposo de malas maneras —por su cojera— y montar a duras penas un pequeño caballo custodiado por una cuadrilla de esclavos y hombres de sus granjas en el cruce hacia Pompeya.

—¡Adiós! —gritó Nasica antes de arrear el caballo.

De la polvareda que levantaron los corceles emergió su prima Emilia, subiendo al *carpentum* y yéndose a sentar en el asiento de enfrente. Su villa estival se levantaba justo en aquella encrucijada de caminos entre Cumas, Miseno, Neapolis y Pompeya, el centro de recreo de todo el Senado de Roma.

—¿Has vuelto a discutir con Nasica? —inquirió divertida en cuanto vio el rostro avinagrado de su prima mayor.

Cornelia arrugó el entrecejo.

—¡Hombres! —bufó—. ¡Solo piensan en guerras y en la rentabilidad de sus malditos campos! —exclamó, dicho lo cual asomó su cabeza por fuera del carromato—. ¡A Miseno! ¡A la *villa* de mi hermana! —ordenó autoritaria.

El *carpentum* crujió e inició su rodadura bajo un sol de justicia y el permanente «cri-cri» de las incansables chicharras cantando en todo su apogeo. El mar Interior, a la derecha de la vía, brillaba infinito, calmado y luminoso, adornado de intensas tonalidades turquesas.

Cornelia *maior* y Emilia entraron en los terrenos de la granja de Cornelia *minor* poco antes del mediodía. El camino discurría entre la playa y un hermoso bosque de pinos cuya sombra se alargaba hacia el litoral. En estas, un niño desaliñado y muy moreno pasó corriendo en dirección opuesta. Perseguía a un perro pastor vara en mano entre grandes carcajadas. Diríase que le estaba dando caza al infortunado can.

Cornelia asomó la cabeza y miró hacia atrás.

—Juraría que ese niño era Cayo, mi sobrino, el hijo pequeño de mi hermana —dudó.

Emilia se asomó igualmente, sacando medio cuerpo del *carpentum*.

—No me extrañaría —dijo al tiempo que volvía a su asiento—. Se hace un pequeño salvaje cada vez que viene aquí. La semana pasada aterrorizó a todos los gatos de mi villa —añadió divertida.

—Juega mucho con tus dos hijos —dijo Cornelia.

—Todo el día. Traen de cabeza a todo aquel que se les cruza —respondió Emilia con una gran sonrisa.

—Aquí son felices.

—Dejemos que lo sean. Sus vidas no serán tan fáciles —murmuró Emilia con la vista perdida en el mar.

Poco después, detrás de otro bosquecillo de pinos, apareció el edificio central de la *villa*, con su alargada fachada porticada rodeada de jardines y pequeños retazos de bosques artificiales salpicados de ménsulas, fuentes y estatuas de ninfas, faunos y genios por doquier. Aquella casa y su entorno ya poco tenían de simple casa de campo y sí mucho de lujoso pabellón rústico al estilo de la realeza y de las aristocracias siria, macedónica o persa. La vieja y austera Roma de los tiempos de Aníbal mutaba en su arte y en sus formas de vida, y aquella villa era uno de sus mejores ejemplos.

El *carpentum* ya no podía avanzar más. Las dos primas descendieron del carruaje y, precedidas de un solícito esclavo que había salido a recibirlas con toallas húmedas, caminaron por un ancho camino bordeado de setos perfectamente recortados. Para hombres como el difunto Catón semejante lujo les habría parecido la peor de las enfermedades importadas de Oriente y la pérdida total de las frugales virtudes romanas. Por el contrario, para mujeres como las hermanas Cornelia o para romanos como los Escipiones esos jardines solo eran el símbolo de un gusto muy refinado por lo bello.

Recorrido el camino de los setos, el esclavo que les hacía de guía condujo a las primas hasta un cercano jardín en el que imperaba una sombra fresca y umbría. Allí había dos bancos de piedra enfrentados. Cornelia *minor* las esperaba sentada en uno de ellos, leyendo la obra *Poética* de Aristóteles. Levantó la mirada al oír las pisadas.

—¡Mi dulce hermana pequeña! —exclamó Cornelia *maior* antes de que pudiera abrir la boca, echándosele encima con su corpachón de matrona bien alimentada para darle un sonoro beso en la mejilla. Lo propio hizo Emilia, aunque con más elegancia y cuidado. Hecho esto, las dos visitantes se sentaron en el banco de enfrente, escrutadas por una expectante Cornelia *minor*.

—Hemos visto a Cayo —dijo Cornelia la mayor.

—Sí, perseguía a un perro que no tenía escapatoria —confirmó Emilia con gesto cariñoso.

Cornelia sonrió con distinción.

—El perro se llama Jerjes —informó.

—¿Jerjes? ¿Cómo el rey persa? —preguntó Emilia.

Cornelia asintió.

—Cayo está estudiando las guerras médicas y juega a ser un ateniense que persigue a los persas —explicó.

—¡Pobre Jerjes! —exclamó su hermana mayor.

—El perro debe de estar llegando ya a Persépolis —susurró Emilia con los ojos muy abiertos y voz de oráculo.

Las tres mujeres rieron con alegría, pero algo había en el rostro de Cornelia *maior* que su hermana pequeña advirtió de inmediato.

—Has vuelto a pelearte con Nasica —afirmó rotunda.

Su hermana puso cara de mayúscula sorpresa.

—¿Y cómo lo sabes si puede saberse? —demandó toda digna.

—Porque te sale humo de las orejas —se mofó Emilia.

—Pues no me hace ninguna gracia —refunfuñó la mayor de las Cornelia como una niña.

—Pues te lo nota el mismísimo Zeus desde el Olimpo —insistió Emilia.

Cornelia *minor* cabeceó paciente.

—¿Tenéis que estar siempre como el perro y el gato?

—Es ella —se eximió su hermana mayor, señalando a su prima.

—¡Que te crees tú eso! —replicó Emilia, elevando altiva el mentón.

—Pero es cierto, te has peleado con Nasica —insistió Cornelia la menor.

—Sí —reconoció su hermana secamente, cruzando los brazos con gesto ofendido.

Cornelia *minor* la miró con sumo afecto. Su hermana se estaba haciendo mayor, pero por muchos años que pasaran su carácter se resistía a sufrir cambio alguno. O le preguntaba pronto qué había ocurrido o reventaría como podía llegar a hacerlo el cercano volcán Vesubio.

—¿Qué ha ocurrido esta vez? —la inquirió con toda generosidad.

Bastó que se sintiera interpelada para agitar su redondo cuerpo, hacer vibrar su moño cónico de matrona y exhalar su queja. Estaba deseando hacerlo desde su salida de Roma.

—¡Nasica ya no tiene edad más que para pasear por Roma acompañado de un bastón, pero solo piensa en tener más y más tierras y plantarlas de olivos y vides! ¡Estoy harta! ¡No para quieto de un lado a otro queriendo controlarlo todo! —graznó ofuscada.

—Y ha ido a Pompeya a por una prensa de aceite —adivinó su hermana pequeña.

—¡A por la más grande y las más cara! ¡No se anda con reparos! Solo piensa en olivos y más olivos. Nuestro hijo por fin ha sido elegido edil curul después de lo que le pasó hace dos años con aquel campesino calloso y pierde el tiempo sin hacerle el más mínimo caso —porfió, tratando de imitar ridículamente los gestos de su esposo.

—Nasica el Joven tiene ya treinta y ocho años, no es un mocoso —terció Emilia.

—Necesita a su padre —repuso Cornelia con obstinación—. Y yo quiero

estar con mi marido, no con olivos —zanjó.

Su hermana sonrió comprensiva. Ojalá pudiera ella gozar por un solo día de la compañía y roce de su esposo Tiberio Sempronio Graco, pero la tenencia de fundos y explotaciones en cultivo no era algo baladí para un senador. Su dignidad, prestigio y fortuna estaban siempre vinculados a la tierra y a las propiedades agrarias. Su hermana hablaba como una mujer triste que no quería reconocer que perdería pronto a su compañero, pero no como una matrona romana que conoce su deber y el de su familia.

—Cornelia —murmuró con cariño—, Nasica hace lo que debe hacer todo hombre de su posición, incrementar su patrimonio inmobiliario y obtener la máxima rentabilidad. No se lo reproches.

—Pues lo hago —contestó enrabietada y con los ojos vidriosos.

—Es el juego de la *lex Claudia*. Los arrastra a todos —balbució Emilia.

—¿La ley qué? —ladró Cornelia *maior*.

—La *lex Claudia de senatoribus* —aclaró su hermana pequeña.

Cornelia la mayor torció el gesto con desaire.

—Nunca he entendido esa vieja ley. Nunca he entendido por qué a los senadores les está prohibido participar en el comercio y en las actividades marítimas. Solo provoca que quieran más y más tierras. ¿Es que en la vida no hay otra cosa que atesorar tierras? ¡No lo entiendo! —se quejó categórica.

—No es digno de senadores enriquecerse con el comercio, sino con sus tierras, como lo hacían nuestros mayores —le recordó Emilia.

—¡Ya, claro, pero sin embargo sí es digno que los navieros, banqueros, publicanos, traficantes de esclavos y demás parásitos de la clase ecuestre tengan villas y casas más lujosas que las nuestras!, ¿verdad? ¡Pues no lo entiendo! —se quejó con amargura.

—Ellos no son senadores —insistió Emilia.

—Nuestra dignidad está ligada a la tierra, hermana, no al simple comercio, no luches contra ello —le aconsejó Cornelia *minor* con dulzura—. Tu esposo es un gran hombre —añadió, yéndose a sentar a su lado.

—Sé que lo es, tanto como que le echaré de menos —gimoteó entristecida, temiendo realmente que le quedara poco de vida.

—Piensa que vuestro hijo heredará una de las mayores fortunas inmobiliarias de Roma. Un cuarto de las explotaciones de Campania es de tu Nasica. Será un gran orgullo —trató de consolarla Emilia.

—Lo será, sin duda —balbució Cornelia *maior* al tiempo que levantaba su mirada y le sonreía a su prima. También buscó consuelo en el rostro de su hermana, pero esta se hallaba extraña y repentinamente ausente—. ¿Qué te pasa si puede saberse? Soy yo la que debería estar triste —ladró enfadada.

—¿Qué piensas? ¡Dinos, dinos! —botó alegremente Emilia en un intento de desviar la conversación a asuntos más livianos y gozosos.

Cornelia *minor* no se hizo de rogar.

—Pensaba que Blosio de Cumas me comentó hace un tiempo que los senadores acaparan demasiadas tierras de cultivo en perjuicio de los campesinos libres, y que estos se ven obligados a abandonar sus pequeños fundos y a emigrar empobrecidos a Roma —desveló.

—¡Pero qué tontería es esa! ¿Es que das crédito a esas palabras? —rugió su hermana mayor, poniéndose en pie de un brinco y colocando sus brazos en jarras.

—Cornelia… —farfulló su hermana, completamente sorprendida.

—¿No te estará embaucando ese Blosio, verdad, ese aprendiz de filósofo? —gritó fuera de sí—. ¡Le he escuchado en mi casa en las reuniones que organiza mi Nasica y te aseguro que las cosas que dice son pura palabrería! ¡Deberían expulsarlo de Roma!

—¿Y qué es lo que dice? —preguntó Emilia con toda ingenuidad.

Cornelia *maior* encendió sus ojos.

—¡Nos insulta! ¡Afirma que debemos repartir tierras entre los desposeídos, como si todos los males de Roma fueran por nuestra culpa! Y dice que todos los hombres somos iguales. ¿Cómo se atreve? —exclamó furibunda.

—Ah —se limitó a decir Emilia con indiferencia. No le interesaban esos debates, pero sí, al parecer, a su prima Cornelia *minor*, que acababa de estirarse en el banco como si ella misma fuera el *princeps Senatus.*

—No comparto muchas de las conclusiones de Blosio, pero esos desposeídos son nuestros campesinos. Y necesitan tierras que labrar. Roma tiene un grave problema que hay que atajar —expuso con gravedad.

—¡Ja! ¿Y vamos a regalárselas? —preguntó Cornelia *maior* con desaire —. ¿Es que no sabes las inversiones que hemos hecho en ellas para entregarlas ahora tan caprichosamente? ¡Que se las ganen y las adquieran si las quieren!

—Sin campesinos no habrá legionarios —aseguró su hermana.

—Y sin tierras no habrá dignidad para nuestros senadores —repuso Cornelia *maior* desairada.

—Es un debate que merece abrirse. Ya ha habido en el pasado leyes agrarias para solucionar la falta de tierras —insistió Cornelia *minor*, bien estirada y sin perder su sitio.

Su hermana abrió los ojos como platos.

—¿Ves? ¡Ese filosofillo estoico te ha embaucado! —sostuvo punzante —. ¿No hablarás a tus hijos de estas tonterías? ¡Pobres muchachos! —añadió.

—Por supuesto que lo hago —espetó ella.

—¡Es terrible! ¡Ese filosofillo estoico os ha embaucado! —gritó su hermana, poniendo los ojos en blanco.

—Solo una mente educada puede entender un pensamiento diferente al suyo sin necesidad de aceptarlo —masculló Cornelia *minor,* firme como una bella escultura, pero mordaz como lo habría sido el mismísimo Catón, provocando que Emilia hiciera auténticos esfuerzos por no reír. Aquella contestación no era de su prima, sino de Aristóteles, y reflejaba perfectamente el saber estar de Cornelia y la ira inculta de Cornelia *maior*, de pie con los ojos inyectados en sangre y a punto de estallar como una bola de magma.

—Ya que mi hermana pequeña ha perdido el juicio y mi prima no para de reír como una tonta, ¡me voy! ¡Me vuelvo a Capua! —bufó, altiva.

—Procura no encontrarte en sus calles con Blosio. Como sabes, Cumas está muy cerca de Capua —dijo con perversa malicia Cornelia *minor*. Hacía tiempo que no discutían de aquella forma, pero ella nada había puesto de su parte. La reacción de su querida hermana mayor era desmesurada.

—¡No lo haré! —replicó Cornelia *maior*, dicho lo cual giró sobre sus talones y echó a andar con grandes zancadas mientras su voluminoso cuerpo se estremecía bamboleante.

Y ocurrió lo impensable. El perro Jerjes, perseguido todavía por Cayo, emergió de la nada a toda velocidad, con la mala fortuna de ir a enroscarse en la túnica larga de Cornelia la mayor. El perrillo se revolvió atrapado por las telas al tiempo que la mujer se trastabillaba y comenzaba su agónica caída. Cayo también apareció, pero al ver el percal se dio la vuelta y se esfumó como una lagartija mientras Emilia y Cornelia *minor* ahogaban un grito. Muy poco después, la mayor de las hermanas se desparramaba sobre un seto, desapareciendo por su otra vertiente. Y el causante de todo, Jerjes, se alejó dando aullidos con el rabo entre las piernas. Su amo Cayo no le había dado caza en toda una mañana, pero sí una matrona rechoncha de sesenta años. Lo impensable.

—La historia ha cambiado. Los persas han derrotado a los atenienses —dijo Emilia conteniendo la risa.

—Socorramos entonces a los atenienses —concluyó Cornelia *minor* con gesto divertido. Su hermana iba a estar enfadada de por vida.

Aqua Marcia

Roma, segunda semana de julio

Aquella mañana se celebraba una nueva reunión senatorial, pero el pretor Quinto Marcio Rex no tenía la más mínima intención de dejarse ver. Estaba sumamente aburrido y harto de los chismorreos y peleas arteras del resto de los padres conscriptos, que se pegaban todo el día despotricando unos contra otros como si no tuvieran mejores cosas que hacer. Además, ese insoportable clima de permanente zancadilla política se había intensificado exponencialmente desde la derrota de Apio Claudio y su posterior petición de consulta de los libros sibilinos. Para los Escipiones y adláteres no había momento que no fuera idóneo para poner de vuelta y media a Claudio y tratar de destruir su, creían, acabada reputación. En este sentido, su nuevo y domesticado perro de presa, el tribuno de la plebe Tito Didio, estaba llevando a cabo una labor inconmensurable, ladrando y enseñando los colmillos desde cada tribuna que pillara en su camino contra el depauperado Claudio. Pero, para otros, como los Galba, los Nobilior y los Hostilio Mancino, su amigo Apio Claudio era la simple víctima de un fatal malentendido con los dioses de Roma, y pronto los sabios, imparciales y respetados *decemviri sacris faciundis*, custodios de los libros sibilinos, darían con la debida explicación.

De hecho, justo en la sesión senatorial que iba a celebrarse al mediodía, los decenviros pretendían trasladar al Senado su dictamen, pero a él en verdad que no le interesaba lo más mínimo, y ello incluso cuando, de modo incomprensible, no se había filtrado nada de sus debates y acuerdos internos. Tanto secretismo era algo del todo inusual, toda vez que los diez decenviros eran cada uno de un padre y de una madre y estaban alistados en facciones senatoriales distintas. Pero esta vez, por raro que resultara, no habían abierto la boca.

En estas, el morbo en Roma alcanzaba ya límites inaguantables para un romano, que era cotilla y chismoso por naturaleza, pero no para él, sumergido con gozosa fruición en su obra, en su gran obra, que mimaba más que a un hijo amado. El acueducto, su acueducto, aquel que llevaría su nombre por siempre como su constructor, era tanto como la suma de la predilección que podía sentir un orgulloso *pater familias* para con su esposa, sus guapas esclavas amantes y sus hijos. Que se pudriera el Senado, Escipión Emiliano, Apio Claudio, los ciudadanos criticones y los *decemviri sacris faciundis*. Él solo le ponía ojitos al *aqua Marcia*.

Llevado por su entusiasmo, había ordenado que se levantara en la oficina de los pretores —donde se encontraba ahora— una magnífica maqueta del acueducto en su entrada a Roma. En realidad, la infraestructura contaba con

una longitud de más de cincuenta millas, tomando su suministro del río Anio. Desde allí sus aguas limpias y frías descenderían pausadas y hermosas hasta su entrada en las inmediaciones de Roma, justo en el sexto hito de la vía Valeria, en una encrucijada, a tres millas a la derecha de la ciudad. En ese lugar comenzaba precisamente su maqueta, y no había día que no llegara a la oficina, se agachara a la altura del modelo, acercara sus ojillos efervescentes y siguiera todo el trazado, cada arcada, cada cruce de los valles, cada galería subterránea y cada depósito regulador, desplazándose alrededor de la maqueta con pequeños y emocionados saltitos.

El objetivo del acueducto era llevar agua renovada al Viminal, al norte de Roma, y, desde allí, hacerla circular por el Celio, el Aventino, el Palatino y, finalmente, el Capitolio, todo ello gracias a una novedosa técnica de sifones invertidos que permitía elevar agua corriente y pura allí donde nunca la había habido, el Palatino y el Capitolio. Era, en suma, una obra colosal, grandiosa, sublime, pero no menos conflictiva, y lo sabía.

Aqua Marcia era sinónimo de malas caras y sanguinarias reyertas entre los fogosos romanos. No había ciudadano que no discutiera bajo pórticos, en tabernas, en el foro, en las encrucijadas, en los mercados o en sus banquetes acerca de la oportunidad y conveniencia de la construcción de este nuevo acueducto que atravesaba media ciudad, llevándose por delante casas, capillas, patios, templetes y recuerdos.

Y por no hablar de los debates broncos sobre su trazado y las dudosas razones de por qué discurría por tal calle, pero no por la de al lado. Además, con el paso de los años, muchos ciudadanos, entre ellos algunos de rango senatorial y de la clase ecuestre, habían realizado derivaciones ilegales de los viejos acueductos *Appia* y *Anio Vetus* para abastecer sus propias casas, lo que dejaba las fuentes públicas con apenas un hilillo de corriente, provocando la furia de propios y extraños.

El Senado, por todos estos y variopintos motivos, le había encomendado encontrar y cerrar estas conexiones ilegales, asignándole por lo demás nada más y nada menos que ciento ochenta millones de sestercios para la ejecución de unas obras que, a la postre, bien por el desorden y el caos que provocaban, bien por las expropiaciones de tierras, bien por las demoliciones de casas particulares, bien por las discrepancias de trazado o bien por el fin de las derivaciones privadas de agua, levantaban ampollas en toda la ciudad. Pero que se pudrieran todos ellos. Él solo le ponía ojitos al *aqua Marcia*.

Absorto como estaba en su formidable maqueta y, más concretamente, en el tramo que discurría cerca del templo de Juventas, en la colina del Aventino, no oyó llegar a Estrabón, que era uno de los ingenieros de la obra. Estrabón tuvo que carraspear para llamar la atención. No lo consiguió a la primera —temía el carácter vehemente del pretor—, pero sí a la segunda.

—¡Estrabón, mira, mira! Este punto del trazado es crucial —le reclamó Marcio Rex con ansia tras levantar la vista.

Estrabón, que traía cara de pasmo, no se movió de su sitio, permaneciendo como indefenso, con las manos mansamente cruzadas sobre su vientre. Marcio, al advertirlo, se irguió sombrío y amenazador.

—¿Qué ocurre? —inquirió destemplado y molesto.

—El Senado…

—¿Qué ocurre con el Senado? —le interrumpió a la defensiva. La cara de Estrabón era todo un poema.

—Los decenviros…

—¿Qué les pasa a los decenviros? —volvió a interrumpirle Marcio Rex cada vez más tenso—. ¡Habla de una vez, por todos los dioses!

Estrabón, un hombrecillo que aglutinaba todo su valor en su mente, pero no en su débil cuerpecillo, decidió ir al grano. Era mejor con el poderoso Marcio Rex.

—Me han dicho de muy buena fuente —dijo con un hilo de voz— que hay un problema con el *aqua Marcia*. Que los decenviros han descubierto algo en los libros sibilinos y que hay que parar las obras…

Marcio Rex no le dejó seguir hablando. Hecho un basilisco lanzó un alarido ronco y se echó las manos a la cabeza con los ojos inyectados en sangre. Hecho esto se tiró de los pelos, convulsionó a continuación los brazos, le dio acto seguido un manotazo a la maqueta, un fragmento de arcada salió volando por los aires y él mismo se abalanzó hacia la calle como si no hubiera suelo bajo sus pies.

—¿Que hay que parar las obras? ¡Malnacidos! ¡Hijos de perra! —bramó desquiciado—. ¡Me cago en los todos los Escipiones, los Claudios y demás desgraciados de ínfulas curules! ¡Que se maten entre ellos con sus jueguecitos políticos, pero que dejen mi acueducto en paz! —rugió, encaminándose a la cercana curia Hostilia, donde se estaba celebrando la reunión senatorial.

Galba se puso en pie y dejó lucir su espigada figura, colocando los brazos de tal modo que la toga y sus variados pliegues cayeron con elegancia. No podía ser de otra forma en un patricio como él que disponía de excelentes artes oratorias, amén de estar colmado de orgullo y satisfacción por su intervención en la crisis de Apio Claudio.

Pese a la oposición de algunos de los decenviros más escipiónicos, había escudriñado cada profecía y cada misterio de los libros sibilinos como si le fuera la vida en ello —cualquier cosa con tal de borrar de la cara de Emiliano ese rictus de soberbia presuntuosa—, hasta dar con el oráculo acertado. No

solo eso, también contaba con su maniobra de distracción, aquella que haría arder Roma mientras caía en el olvido la estrepitosa derrota de Claudio.

El colegio de los *decemviri sacris faciundis* le había encomendado la tarea de comunicar al Senado el resultado de todos los dictámenes, y ya se disponía a iniciar su intervención cuando advirtió por el rabillo del ojo que Marcio Rex se incorporaba a la sesión como el Minotauro de Creta. Era evidente que se había filtrado lo del *aqua Marcia*. Aun así, elevó altivo el mentón y comenzó su perorata.

—Padres conscriptos, seré breve, solo vengo a comunicaros dos relevantes resoluciones. La primera, relativa a la consulta del cónsul Apio Claudio Pulcro confirma que, en efecto, la derrota se debió a un motivo puramente religioso. Uno de los misterios de los libros, debidamente interpretado y con la opinión de la mayoría del colegio de los decenviros, señala que el cónsul debió sacrificar un salaso antes de iniciar la campaña. Por ello, será preceptivo que cada vez que Roma haga la guerra a los salasos se sacrifique a uno de ellos, pero no en cualquier sitio, sino dentro de las fronteras del enemigo. Apio Claudio no lo hizo por lógico desconocimiento y este es el motivo de su fatal desenlace. Los dioses de Roma no estaban satisfechos y condenaron al Senado y al pueblo de Roma. Insto a esta cámara, por lo tanto, a que comunique al cónsul este dictamen y que opere en consecuencia para restablecer la paz con los dioses —expuso Galba con toda claridad y boato, lo que provocó el consiguiente chirrido de las sillas de los senadores raspando el suelo. Todos los padres de la patria se removían en sus asientos, unos dando cabezadas de aceptación como si se dijeran «por fin se ha resuelto el problema, algo ocurría» y otros dando las mismas cabezadas, pero de ironía, como diciendo «qué caradura tenéis».

Entre estas últimas sonrisas de socarronería destacaba con especial sorna la de Emiliano, que no dejaba de mirarle a los ojos. Pero Galba, impertérrito, se la mantuvo tan desafiante como victorioso.

—Insto a la cámara —continuó Galba sin dejar de mirar a Emiliano— a que se le comunique al cónsul de inmediato —reiteró.

El pretor urbano que presidía la sesión, el atractivo escipiónico Quinto Servilio Cepión, frunció los labios y asintió desde la cabecera de la curia. Pese a que le remordía las entrañas, no podía tomar una decisión contraria a los decenviros, so pena de que se le vieran las vergüenzas políticas. Era la palabra de los dioses.

—El Senado lo comunicará al cónsul Apio Claudio Pulcro de inmediato —confirmó a regañadientes.

Galba hizo un gesto de agradecimiento y continuó:

—Debo poner en conocimiento de esta ilustre cámara otra resolución de los *decemviri sacris faciundis* —anunció con solemnidad.

—Habla, Sulpicio Galba —dijo Servilio Cepión con desgana y sin poder evitar una mirada de reojo a Marcio Rex, que estaba a punto de estallar como un gigantesco volcán.

—A raíz del detallado examen de los libros sibilinos —proclamó Galba —, hemos descubierto otro escrúpulo religioso que dictamina que el *aqua Marcia* no puede llegar al Capitolio, pues no es del agrado de Júpiter Óptimo Máximo que su templo reciba aguas que no broten en la misma colina. Las obras al Capitolio deben detenerse.

Al oír aquellas palabras Marcio Rex respiró medianamente tranquilo. Al menos no se paralizaban las labores en su totalidad, sino solo en su tramo final. Aun así, su precaria calma cedió de inmediato a una renovada furia. Su obra, si no era completa, no podría alcanzar una belleza perfecta y armoniosa. Su acueducto debía ser hermoso y esplendoroso, y así como un busto en mármol no era bello si le faltaba la nariz, el *aqua Marcia* no lo sería si el Capitolio no recibía sus aguas. Era intolerable, era inaceptable y no estaba dispuesto a sufrir aquella humillación por una lucha puramente política.

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Creéis que me chupo el dedo? —aulló al tiempo que se ponía en pie—. ¡El acueducto se hará hasta el Capitolio digan lo que digan los libros! ¿Me habéis oído? —tronó fuera de sí, tanto que sus alaridos fueron rebotando de pared en pared de la curia Hostilia hasta salir propulsados al exterior, pues el Senado celebraba sus sesiones normalmente a puertas abiertas. Y muchos eran los congregados en las escalinatas de la curia, algunos simples curiosos, pero otros clientes de Galba y de su facción debidamente apostados para hacer bien el trabajo encomendado, cizañear.

—¿Habéis oído lo que han dicho? —dijo uno de estos últimos girándose hacia el público con los ojos abiertos como platos—. Júpiter no consiente el *aqua Marcia* —añadió con torticera maledicencia.

—¡Lo sabía, bien que lo sabía! ¡Yo tenía razón! ¡Nunca debieron comenzarse las obras! —maldijo otro de los bien instruidos.

—¡Pero qué tontería! ¡Es necesario! —graznó un hombrecillo de pelo ralo que nada tenía que ver con el juego.

—¡Eso es lo que tú te crees! ¿Es que estás sordo? ¡Lo ha dicho Júpiter! —replicó un joven con aires chulescos.

—¡Pues si eso lo ha dicho el dios Júpiter, que me fulmine ahora mismo con uno de sus rayos! —insistió el del pelo ralo.

Un gran y supersticioso círculo se abrió a su alrededor, pero lo cierto fue que en poco menos de una hora la noticia del *aqua Marcia* corría por Roma como una peligrosa enfermedad contagiosa cuyos síntomas era dos. El primero, discutir sin parar, de modo ardoroso y con los brazos y las manos en continuo movimiento, al estilo romano. El segundo, olvidar al instante cualquier otra cosa que no fuera el *aqua Marcia*. La derrota de Apio Claudio

con los salasos era ya, por supuesto, un vago y lejano recuerdo. Lo importante ahora era discutir sin parar. Apio Claudio recibió la carta de Galba pocos días después. La abrió con ansia e inició su lectura:

Amigo Apio,

Ya tienes tu excusa. Recibirás más detalles en el despacho oficial del Senado, además de que dos de los decenviros están ya de camino hacia ti, pero has de saber que bastará con que cojas a alguno de los salasos que tengas prisioneros y lo sacrifiques. Nada más, con eso será suficiente para restablecer la paz con los dioses y que tus legionarios comprendan que fueron derrotados por un tecnicismo sagrado. Queda de nuevo en tus manos regresar con una victoria y con tus ansiados cinco mil enemigos muertos. Yo he cumplido.

También tienes tu maniobra de distracción. El debate del aqua Marcia *se ha extendido por toda Roma como un imparable incendio y ya nadie se acuerda de ti. Misión cumplida, pero te aconsejo que cuando vuelvas no se te ocurra cruzarte con Marcio Rex si es que amas tu vida. Tenías que haberlo visto en el Senado como un auténtico titán despotricando como si el acueducto fuese su hijo más querido al que van a castrar. Además de echarnos en cara con todo lujo de detalle su coste, sestercio a sestercio, denario a denario, y de martillear nuestros oídos con cosas tales como el sifón invertido, que si era la primera vez que una tarea así se le encargaba a un pretor y no a un censor o que si era también la primera vez que a un pretor urbano se le prorrogaba su mandato (como prueba de la importancia de las obras), nos llegó a recordar en un interminable y encendido discurso que el* aqua Marcia *iba a tener un conducto desde la entrada a la ciudad de sesenta y un mil setecientos diez pasos, con cincuenta y cuatro mil doscientos cuarenta y siete de conducto subterráneo, siete mil cuatrocientos sesenta y tres de estructuras sobre el suelo y cuatrocientos sesenta y tres en arcadas. Y más cerca de la ciudad, comenzando en el séptimo hito, quinientos veintiocho pasos en subestructuras y los restantes seis mil cuatrocientos setenta y dos pasos en arcos.*

No te creas ni mucho menos que puse el más mínimo interés en memorizar estos precisos datos. Me importan una mierda, pero es que así consta en el acta senatorial y es el modo de describirte vívidamente la furia desmedida de Marcio Rex. Está tan obsesionado y volcado en su tarea que opina que quitar una sola piedra al acueducto es una aberración imperdonable. No cabe duda de que el aqua Marcia *es una necesidad ineludible, pero de ahí a tratar de provocar nuestra*

compasión recitando cada paso de la estructura o que está siendo construida en opus quadratum *con ligero almohadillado…, en fin, dista un trecho. Con todo, no conviene enemistarse en exceso con semejante fuerza de la naturaleza, por lo que cuando pase un tiempo ya encontraremos otro oráculo en los libros que diga todo lo contrario. Merece la pena que los dioses acaben aceptando esta innovación y que el agua fluya por el Capitolio, ¿no lo crees?*

Por otra parte, te habría gustado ver las caras de idiotas de la Triada Capitolina. Sí, sé que te estás partiendo de risa porque sabes que la Triada Capitolina es el mote que les he puesto a Emiliano, Lelio y Fabio, que van juntitos a todas partes como lo hacen Júpiter, Juno y Minerva. Sé que ellos me llaman a mí el Lusitanito por mi matanza en Hispania, y a Nobilior el Elefantito por los elefantes que se le dieron la vuelta en Numantia, llevándose por delante a la mitad de su ejército. Por eso, yo he decidido vengarme y llamarlos despectivamente la Triada Capitolina. Aún no sé cómo te llaman a ti.

Pues bien, hablando de la Triada Capitolina, era digno de ver cómo se miraban entre ellos, comprendiendo al fin que su derrota era absoluta. Llevaban un tiempo, bien que lo sé, rumiando que algo escondíamos mientras lanzaban a las calles al tribuno de la plebe Tito Didio para soltar dentelladas sin parar contra tu persona. Por fin lo comprendieron, pero no dudes que a tu vuelta Emiliano y todos los esbirros de la Triada Capitolina te estarán esperando con los dientes muy afilados y con ninguna gana de concederte el triunfo que necesitas. Así que, amigo, mata a muchos salasos, a muchos, y vuelve con una victoria incontestable. Esto no ha acabado.

Salud.

Servio Sulpicio Galba

Claudio dejó el rollo con lentitud sobre su escritorio, luciendo un rictus de alegre altanería. ¡La Triada Capitolina!, rio en su fuero interno. Sí que le había hecho gracia. Después hizo llamar a Mancino.

—Que formen las tropas en el campamento —le dijo con sonrisa aviesa en cuanto lo tuvo delante—. Tengo algo que anunciarles, algo que les va a liberar de su angustia, y, ¡ah!, coged un salaso, el más fuerte que tengáis. Júpiter pide su sangre, ¡qué le vamos a hacer! —sentenció encogiéndose de hombros.

La pelea del triunfo

En los Alpes occidentales y en Roma, mediados de septiembre

Apio Claudio ya había aprendido la lección. Consciente de sus primeros errores, no solo sacrificó a un desdichado salaso delante de toda la tropa para aliviar sus temores y congraciarse con los dioses, sino que, hecho esto, inició su contraataque con una táctica bien distinta: penetrar en territorio enemigo por diferentes valles, comprimiendo toda la región como quien aplasta una manzana madura.

En esta ocasión, de poco les sirvió a los salasos esconderse en crestas, barrancos y escarpes. El avance coordinado de las legiones y la encomiable labor de los ingenieros levantando puentes sobre cada arroyo por muy pequeño que fuera bastó para que cada día y cada noche, incansablemente, fueran llenándose las tablillas de cera en las que se anotaban las bajas enemigas. Dos mil, tres mil, cuatro mil, hasta que un día de finales de agosto se consumó la cifra que llevó a Claudio al éxtasis: cinco mil salasos abatidos.

—Es suficiente, ya nada más tenemos que hacer aquí —le dijo entonces a Mancino con pura indiferencia, ordenando el repliegue conjunto de las tropas hacia las tierras bajas, muy cerca ya de la desembocadura del Duria *maior* en el río Padus. Desde allí cabalgaría a Roma con unos miles de hombres escogidos para celebrar su gran triunfo por las calles de la ciudad, al igual que lo había hecho antes Metelo sobre los macedonios, Lucio Mumio sobre los aqueos y Emiliano sobre los cartagineses.

En la luna llena de septiembre, antes de partir, Apio Claudio celebró con su *consilium* militar un gran banquete por la aplastante victoria. Su enorme y lujosa tienda de mando se pobló de triclinios sobre los que descansaron y se atiborraron felices sus tribunos militares, su hijo Apio, su legado Mancino, el joven Octavio y, también, su favorito de entre todos ellos, el apreciado Tiberio Sempronio Graco.

Claudio lo hizo reclinarse muy cerca de él, y fue sin duda al que más atención prestó, mucha más que a su propio hijo, al que había exiliado a los triclinios más lejanos. Graco había luchado con arrojo y valentía, como ya demostrara en Cartago, pero no así su vástago, un gañán insulso capaz de desmayarse con solo oír el silbido de un dardo enemigo. Era evidente que nada de provecho podría obtener de su hijo —más allá de darle nietos—, pero sí de su gran esperanza, el prometedor Tiberio Sempronio Graco.

Finalizaba ya la velada cuando Claudio ordenó que se marcharan todos, todos menos uno. Tiberio, que ya se estaba incorporando, se recostó de nuevo en el triclinio, como si tal cosa, contemplando a Apio Claudio con confianza y

afecto, pues lo conocía desde la infancia. Sus padres respectivos habían coincidido como colegas tanto en el consulado como en la censura, manteniendo numerosísimas reuniones en la casa de Tiberio. Apio Claudio, veintidós años mayor que él, acompañaba a su padre a menudo, por lo que para Tiberio era una de esas personas de las que tenía recuerdos desde su más temprana edad.

De hecho, recordaba cómo, de pequeño, le llamaba especialmente la atención la tez blanquecina de Apio Claudio, que se ponía rosada por el vino, así como sus ojos intensamente azules y vigorosos, capaces de atravesar el alma de un hombre, pero mucho más de, por aquellos años, un niño como él.

Su madre siempre le había dicho que los Claudio Pulcros eran distinguidos, antiguos, muy nobles, patricios hasta la médula y poderosos, pero también instigadores, chismosos, arrogantes y cabezotas, y que por ello mismo convenía tenerlos como amigos antes que como enemigos, como así lo había intentado a lo largo de toda su prolífica y exitosa vida política su padre Tiberio Sempronio Graco.

Claudio era, en definitiva, un recuerdo viviente de su infancia y, también, quien le había promovido para ser nombrado augur, motivos todos estos más que suficientes para que le tuviera sincero cariño pese a tener, en verdad, una vena criticona e inteligentemente traicionera.

—Los dioses por fin nos han sonreído —le dijo con confianza, adelantándose al propio Claudio.

Este sonrió con pequeñas cabezadas y ordenó que le sirvieran más vino. Cuando sintió que la copa estaba llena se la llevó a los labios, mirando fijamente al joven.

—Cuánto me recuerdas a tu padre —reconoció después de dar un suave sorbo.

—Me lo has dicho muchas veces —contestó Tiberio. No había cosa que más le gustara que le recordaran el parecido con su difunto padre.

—Pero esta vez no me refiero a tu complexión física —repuso Claudio. Tiberio lo miró expectante—. Me refiero a tu forma de ser, Tiberio. Tú padre era un hombre de palabra, un hombre justo con la cabeza bien puesta sobre los hombros, como te ocurre a ti. Es digno de admiración, y más a tu edad —añadió lisonjero.

—Gracias —dijo Tiberio lleno de agradecimiento.

—Lo digo de corazón —confirmó Claudio, llevándose la mano al pecho.

—Gracias, Apio Claudio —insistió Tiberio con humilde sonrisa.

—Fue una desgracia que muriera tan pronto —continuó Claudio, chasqueando la lengua.

Tiberio inspiró profundamente, oscureciéndosele el rostro. La ausencia de su padre le seguía resultando enormemente dolorosa.

—Yo tenía solo doce años —balbució—, pero recuerdo muchas cosas de él. Ir al Senado de su mano, esconderle la toga —rememoró con nostalgia—, las gestas familiares que me contaba a los pies de las *imagines*…, sí, ojalá estuviera todavía conmigo —suspiró entristecido.

Claudio se incorporó de una forma suave y afectuosa, con el fin de no romper la atmósfera de familiaridad.

—Sabes que no estás solo, Tiberio. Yo te aprecio como si fueras mi propio hijo —dijo sin abandonar el tono emocional que había conseguido instalar en la conversación.

—Lo sé —dijo Tiberio, dejando enseñar una apagada sonrisa.

—Y sabrás que ofrecí a tu madre la boda con mi hija Claudilla —dejó caer Claudio de seguido, como si tal comentario se le hubiera ocurrido espontáneamente.

Tiberio lo miró a la cara, enarcando una ceja como el legionario que levanta el escudo al oler el peligro.

—Boda que mi madre rechazó muy oportunamente. Yo no tenía todavía la toga viril.

—Pero ya la tienes.

—Claudilla es todavía una niña.

—No tanto, tiene ya quince años, y es dulce y muy hermosa.

Tiberio cabeceó divertido. Claudio era infatigable.

—Lo sé, debo reconocer que es muy hermosa, pero…

—Pero ¿qué? —le interrumpió Claudio, incorporándose de nuevo ligeramente.

—¿Es necesario que lo diga? —repuso Tiberio con crudeza.

Claudio volvió a recostarse.

—Entiendo, se trata de Emiliano —espetó con aparente expresión reflexiva, pero escrutando de refilón la reacción del joven.

Tiberio se limitó a encogerse de hombros.

—Mi madre es una Escipión, y mi abuelo era Escipión Africano.

—Pero eres un Sempronio Graco, Tiberio. Tu familia son los Sempronio Graco —insistió Claudio, comenzando a exhibir el típico y gélido brillo en sus ojos azules.

—No es tan sencillo —negó Tiberio.

—¿Por qué no?

—Porque no —zanjó Tiberio.

Una respuesta así, tan tajante, dicha por cualquier persona del orbe, habría bastado para que Claudio lo despedazara, pero no con Tiberio, por supuesto. Mitigando la fuerza de sus ojos, decidió no insistir, dejando caer de nuevo, con una sonrisa, todo el peso de su cuerpo en el diván. Por el momento, era suficiente. Necesitaría varias dosis de veneno, pero procuraría

suministrarlas paulatinamente para no incomodar al muchacho más de lo debido.

—¿Sabes qué te digo, jovenzuelo? —saltó de pronto, lleno de cómplice alegría, elevando la copa a lo alto.

—¿Qué? —contestó Tiberio un tanto sorprendido.

—Que volvemos a Roma. ¡Tenemos que celebrar un triunfo! —gritó Claudio distendido.

Tiberio alzó también su copa.

—Que así sea, pero el Senado no te lo va a admitir, Apio Claudio —repuso tan sincero y natural como siempre.

—¿Por qué no? —demandó Claudio, ceñudo.

—¿Es necesario que lo diga? —ironizó Tiberio.

Claudio dejó escapar un ronroneo sarcástico.

—Lo admitirá, el Senado y Emiliano lo admitirán, y si no, se lo haré admitir —susurró rotundo.

—¿Tú crees? —inquirió Tiberio de modo coloquial.

—¡Ja! Ya lo creo que sí, Tiberio, ya lo creo que sí —concluyó con un deje divertido antes de deglutir el vino en un solo y ruidoso sorbo.

Apio Claudio llegó a Roma a mediados de septiembre, estacionando sus tropas en el Campo de Marte. Él se hospedó en la Villa Pública.

El Senado no tardó en recibirle, en esta ocasión en el templo de Bellona, erigido extramuros de la ciudad.

Con las gradas laterales hasta rebosar y bajo la adusta mirada de la diosa guerrera, Claudio entró en la gran *cella* con un aura de infinita majestad, con el casco bajo el brazo, luciendo el resto de su magnífica panoplia consular.

En ausencia de Metelo Macedónico, que persistía en su campaña en Hispania Citerior, le dio la palabra quien presidía nuevamente la sesión, el atractivo y guapo pretor urbano Quinto Servilio Cepión.

Claudio frunció los labios y, en medio de la sala, rodeado por un mar de togas blancas y algunas *praetextae*, repasó las filas de senadores, se detuvo un instante en Emiliano, le sonrió altivo, volvió a sonreírle altivo y, finalmente, comenzó su discurso:

—Padres conscriptos —se arrancó—, corregidos los escrúpulos y defectos religiosos, penetré en el territorio de los salasos, que habían ofendido a este cónsul, al Senado y al pueblo de Roma, los perseguí, los derroté y los he sometido a nuestra autoridad como es debido. He obtenido en consecuencia una gran y justa victoria, abatiendo a cinco mil de esos bárbaros de las montañas, lo que acredita mi indiscutible derecho al triunfo. El cuestor

senatorial que esta cámara me ha enviado ha podido atestiguar la realidad de estas cifras, que yo mismo he jurado. Por lo tanto, pido al Senado que ponga a mi disposición el montante dinerario oportuno para que yo, acompañado de mis legiones, entre en Roma como un triunfador. Nada más debo decir —expuso brevemente con soberbia rotundidad.

Sin embargo, si en otras ocasiones los senadores tardaban apenas un instante en ponerse en pie y aplaudir hasta dejarse las palmas de las manos en carne viva, esta vez solo lo hicieron los Claudios, los Galbas, los Fulvios y los Hostilios, manifiestamente insuficientes para lograr la debida mayoría. Los Escipiones, los Cornelios, los Licinios, los Servilios Cepiones, los Postumios, los Cecilios Metelos, los Emilios, los Julio César, etcétera, guardaban un hermético silencio. El Senado dictaba su fría sentencia con su más demoledor mutismo.

—¿Es así como recibe el Senado a un triunfador que trae la gloria a Roma? —insistió Claudio con la pose de una bella estatua griega, todo digno y altanero.

Normalmente quien hablaba en las sesiones senatoriales en primer lugar para mostrar su autoritaria, influyente y digna opinión era el *princeps Senatus*, pero Nasica Córculo no estaba en Roma, sino en Capua ordenando sus inmensos latifundios.

En su defecto hablaban los censorios, los antiguos censores, pero los pocos que seguían con vida declinaron su intervención, lo que allanó el camino para que entraran en acción los consulares, los antiguos cónsules. Y de entre ellos el que no dudó un instante en ponerse en pie fue el que ya era considerado de hecho el primer hombre de Roma.

—Apio Claudio Pulcro —declamó Emiliano con prepotente pausa, dejando que su voz rebotara mansamente en las paredes del templo. Conseguido el efecto que buscaba, se abalanzó lleno de punzante verborrea—. Apio Claudio Pulcro, tú pides un triunfo, pero yo digo, ¿quién ha visto que se dé una corona a quien no ha tomado ciudad alguna ni prendido fuego a ningún campamento enemigo? —La frase que acaba de citar no era suya, sino de Catón, pero todos la conocían bien. Seguro de sí mismo, prosiguió—: Es evidente que el Senado ha mostrado su opinión, pero yo te daré la mía propia —proclamó arrogante y con trazas de estar disfrutando en su fuero interno—. Afirmas que has dado muerte a cinco mil enemigos, pero olvidas que también cayeron cinco mil de tus hombres —recordó con cara de suma y fingida incredulidad—. Sí, he dicho bien, padres conscriptos, cinco mil, ni uno menos y posiblemente alguno más. Pero aun así este hombre, por muy Claudio que sea, tiene la insolencia y la desvergüenza, no ya de pedir un triunfo, sino de solicitar directamente los fondos necesarios para celebrarlo. Y yo os pregunto a todos, os lo pregunto, ¿cómo es posible? ¿De qué tipo de orgullo o de

ceguera adolece Apio Claudio Pulcro para pedir semejante cosa? —interpeló ahora con despectivo gesto burlón—. Pues yo os lo diré. Sufre de la ceguera de la ambición y de la envidia, y por ello mismo no merece nada, tampoco una ovación, y si quieres gozar de una gloria que no mereces —dijo ahora mirando fijamente a Claudio—, ve al monte Albano y celebra un triunfo a tu costa, como así lo hacen aquellos a quienes el Senado no les concede nada. He dicho —sentenció jactancioso, sentándose en su silla plegable, secundado de los vítores y aplausos enardecidos de sus seguidores.

Apagadas las palmas, las cabezas de los senadores se giraron en perfecta coreografía hacia Apio Claudio, que permanecía en pie con un gesto insólitamente sereno e incluso risueño.

—No esperaba otra cosa de ti, Escipión Emiliano —dijo con divertido sarcasmo—, aunque sí tal vez que hablaras con menor engreimiento. Que los dioses nos ayuden si tu lenguaje y tus gestos evolucionan de modo tan regio y divino —bromeó, provocando las risas de los suyos y las primeras protestas y pataleos de los contrarios. Elevando los brazos, pidió que se le dejara seguir hablando—: Ilustres senadores, yo sé bien por qué no se me concede el triunfo, y lo digo con toda franqueza. Simplemente, no se me concede por vuestra propia envidia e inquina. —Un murmullo emergente barbotó de pronto y sobrevoló la sala. Claudio elevó aún más el mentón. No había terminado—. Pero sabed bien —alzó progresivamente la intensidad de su voz — que voy a celebrar el triunfo por las calles de Roma con o sin vuestro consentimiento, con o sin vuestros fondos, con o sin vuestra autorización, ¡porque lo merezco y porque el pueblo lo ansía…!

Fue el acabose. Nuevamente, como empezaba a ser habitual en algunas sesiones del Senado, el murmullo emergente pasó a atronador griterío, organizándose una trifulca en toda regla.

—¡Vete al monte Albano! —le increpó uno de los senadores de las últimas filas, con toda seguridad un escipiónico, imponiéndose a la algarada.

—¡Mejor que se vaya de Roma! —aulló otro sumergido en las filas más revoltosas.

—¡Merece el triunfo! ¡Sin duda lo merece! —rugió Nobilior en un revoltijo de gritos, abucheos, silbidos y pataleos.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Orden! —se vio obligado a pedir el pretor Servilio Cepión desde su estrado presencial.

Claudio, por su parte, situado en el ojo de un huracán, sonreía sin parar, dejando enseñar sus blancos caninos.

—¡No subiré al templo de Júpiter Latiaris de los montes albanos! —declaró, alzando la voz en un momento de súbito silencio—. No pisaré la vía triunfal de los perdedores. Ascenderé la vía triunfal de la colina capitolina, ¡lo queráis o no! ¡Con mis fondos o los vuestros! —aseveró hegemónico en

medio de una renovada bulla—. ¡Y existe un precedente! —añadió exultante.

El Senado en bloque calló de nuevo. La energía de dar gritos se trasladó al cerebro de cada senador, dispuesto a discurrir cuál podía ser ese precedente. En este sentido, las neuronas de Cayo Lelio eran muy rápidas, incluso más que las de Emiliano.

—Hablas del tres veces cónsul Lucio Postumio Megelo —afirmó con toda tranquilidad, poniéndose en pie.

—En efecto —confirmó un exultante Claudio.

Lelio y medio Senado entornaron los ojos, desquiciados.

—¡Por todos los dioses, Claudio, aquel hombre cayó en la locura! —protestó Lelio.

—¡Se nombró cónsul a sí mismo y actuó al margen de toda legalidad! —le increpó Fabio, poniéndose también en pie.

Claudio sonrió ufano. Ya habían hablado todos los miembros de la Triada Capitolina: Emiliano, Fabio y Lelio.

—Pero el Senado cedió y celebró finalmente el triunfo —se enrocó Claudio—. ¿Acaso él era distinto? Yo no estoy loco y él lo estaba de remate —añadió, provocando algunas risitas apagadas rápidamente reprendidas por su gélida mirada azul.

—Entonces recordarás que cuando finalizó su consulado se le impuso una multa de quinientos mil ases —le advirtió Lelio.

Claudio dejó escapar una risita despectiva.

—¿Crees que así dejaré de pedir lo que me he ganado con todo merecimiento, Cayo Lelio? Si así lo crees, eres más ingenuo de lo que pensaba —atizó hiriente.

Lelio inspiró como un león y ya se disponía a contraatacar cuando advirtió que Emiliano le miraba fijamente, como dándole a entender que no se enredara más. Entonces, Apio Claudio sacó pecho como un hermoso gallo de corral, sonriendo a los cuatro vientos.

—Os anuncio que celebraré mi triunfo en dos semanas, cuando hayan llegado todas mis tropas —sentenció, dicho lo cual se puso el casco y abandonó la sala, no sin antes pasar frente al banco de los tribunos de la plebe y dedicarle una mirada burlona a Tito Didio, el gran perro de presa de Emiliano que no había hecho otra cosa que tratar de desprestigiarle con muy poco éxito, por cierto, desde la derrota con los salasos.

Finalizada la sesión senatorial, Emiliano, Lelio y Fabio abandonaron el Campo de Marte y entraron en Roma por la puerta Carmenta. Después de recorrer la calle de los etruscos acometieron el ascenso a la colina palatina por

la cuesta de la Victoria. Les seguían a poca distancia, iracundos y con grandes aspavientos, los miembros del núcleo duro de su grupo, entre ellos Pompeyo. Solo faltaba Metelo Macedónico.

—¿Por qué no has querido hacer sangre? —le interpeló Fabio a su hermano a mitad de cuesta. Como siempre, Emiliano ascendía como si fuese a embestir una muralla.

—Porque no quiero enzarzarme más en una disputa barriobajera en la que Claudio siempre tendrá las de ganar —se explicó conciso.

—¡Pero entonces celebrará el triunfo!

—Que lo celebre, no he de ser yo quien me oponga.

—¿Por qué? —interpeló Fabio sin entender nada.

—Porque al pueblo le gustan los triunfos y yo no me voy a oponer a algo con lo que el pueblo disfruta —explicó Emiliano sin detener su camino.

Fabio se paró un instante, pensativo, para correr después hasta la altura de su hermano.

—Entonces, ¿dónde quedará la autoridad del Senado? —protestó desquiciado.

—¿Dónde quedó su autoridad cuando provocamos que yo mismo fuese elegido cónsul sin tener la edad requerida, hermano? —espetó Emiliano con fría sinceridad.

—Era distinto… —balbució Fabio.

—No, no lo era, amigo —intervino Lelio—, y ahora Claudio, que ha aprendido bien, apelará al pueblo para que acuda al triunfo y lo ensalcen. Las multas y amenazas le importan un bledo porque tiene una gigantesca fortuna para invertirla en su prestigio. El pueblo le seguirá porque solo quiere espectáculo. No debemos entrometernos, no directamente.

—¿No directamente? —repitió Fabio.

—Lo hará en realidad Tito Didio como tribuno de la plebe —aclaró Lelio al ver la cara de pasmo de Fabio.

—¿Tito Didio? ¿Otra vez? ¿Y qué se supone que va a hacer? ¿Detener al cónsul? ¿Detener a Apio Claudio Pulcro? No estarás pensando en algo así, ¿verdad? —preguntó Fabio con los ojos abiertos como platos.

—Pues sí, exactamente —siseó Emiliano con lascivia—. Claudio estará ahora mismo tan hinchado de sí mismo que no lo verá venir. Pero vamos a dejarlo en ridículo delante de toda Roma.

—¿Vamos? —dijo Fabio nada convencido.

Emiliano chasqueó la lengua. Su hermano a veces era obtuso y lento de mollera.

—Nosotros no, lo hará Tito Didio —reiteró—. Venid a mi casa y os explicaré cómo. Lo vamos a disfrutar —masculló.

Fabio se encogió de hombros.

—Pues que así sea. Yo también quiero disfrutarlo —secundó.

Justo en ese instante, Apio Claudio recibía en la Villa Pública la visita de su esposa Antistia y de sus hijas Claudia *prima* y Claudilla. Hasta que no entrase en Roma celebrando el triunfo, no podría cruzar el *pomerium*, el límite sagrado de la ciudad.

—Tendré mi triunfo —le dijo a Antistia en un poderoso susurro. Después se dirigió a su hija pequeña—: Claudilla, mi hermosa hijita, qué gran futuro te depara la vida —le anunció a Claudia *secunda* con una gran sonrisa, hecho lo cual se giró hacia su hija mayor—. Y para ti…, para ti, la más respetada de las vestales de Roma, tengo una tarea que te llenará de orgullo. Creen que me tienen, creen que podrán evitar mi triunfo, pero no saben lo que les espera. Yo sé cómo lo harán porque siempre emplean el mismo truco artero para no mancharse las manos. Pero tú, mi hija, la vestal, les harás caer en el bochorno —le murmuró a Claudia *prima*, aferrándola intensamente de los hombros.

—Lo que sea, padre, haré lo que sea necesario —contestó ella con el persistente rostro presuntuoso de los patricios Claudios Pulcros.

—Y, por cierto —dijo su padre de pronto—, me dijeron que gracias a ti los *argei* cayeron al río desde el puente Sublicio después de quedarse enganchados.

—Les di una patada.

—¡Por Hércules, esta es mi hija! —exclamó Claudio con asombro. Su hija, si hubiese sido hombre, los habría superado a todos.

Interesada generosidad

Nertobriga (Hispania), finales de septiembre

Metelo Macedónico estaba medianamente satisfecho con la campaña en territorio de los celtíberos citeriores. Tras la toma al asalto de Contrebia había continuado su avance hacia poniente, al corazón de la Celtiberia, tomando una a una numerosas ciudades, enclaves y plazas fuertes que requerían su tiempo. A diferencia de lo que le había sucedido en el pasado en Macedonia o en Grecia, en Hispania la toma de una ciudad o la victoria sobre un ejército no conllevaba el desplome total y la capitulación del enemigo. Lo único que significaba era que podía retirar del tablero de combate una sola ficha, solo una, pues todas las demás se mantenían igual de indómitas en la particular organización y estructura de los celtíberos, en los que la unidad política y militar era la ciudad. Derrotada una, era necesario ir a por la siguiente, y así sucesivamente en un avance lento, cansino y peligroso.

Para su sorpresa, disfrutaba de algunas deserciones importantes de los celtíberos, como la de Retógenes, un caudillo de gran renombre y prestigio que, consciente de la inutilidad de mantener la lucha contra Roma, se había cambiado de bando junto con una nutrida red de plazas fuertes y grupos de valiosa caballería.

La deserción de Retógenes había animado enormemente a sus hombres, afanados ahora, a mediados de septiembre, en abatir los muros de la importante ciudadela de Nertobriga.[16] La artillería pesada llevaba todo el día golpeando los muros de la ciudad, propulsando por los aires cientos de enormes bolas pétreas que impactaban de modo inmisericorde, una tras otra, justamente en el mismo sector de muralla.

En estas, Metelo repasaba unos mapas cuando, al mediodía, un centurión entró apresuradamente en su tienda de mando.

—El cónsul debería ver esto —le instó castrense.

Metelo sabía reconocer cuándo su presencia era relevante. Por ello no se hizo de rogar. Se puso en pie y fue tras el centurión hasta la empalizada del campamento. Desde allí se divisaban a poco menos de doscientos pasos los muros de Nertobriga y, en particular, un punto que amenazaba ruina. De hecho, el propio Metelo vio volar un enorme pedrusco que, tras dibujar una cadenciosa parábola, fue a impactar justo en el lugar vulnerable, levantando una explosión de polvo al tiempo que se desplomaban y salían despedidos enormes cascotes.

—¡Magnífico! —exclamó feliz—. En cuanto se venga abajo, entraremos —añadió con decisión, mirando a Occio, que vigilaba todas las operaciones de asalto día y noche.

Su legado removió su sempiterna ramita en la boca y negó con la cabeza.

—El cónsul no ha visto lo suficientemente bien —espetó.

—¿Que no he visto qué? —demandó Metelo, confundido.

—Los prisioneros —contestó Occio señalando hacia los muros de Nertobriga.

Metelo giró la cabeza y apretó sus ojillos para intentar ver mejor, pero solo advirtió algunos pocos hombres sobre las murallas de Nertobriga.

—¡Occio, por todos los dioses, no seas tan parco! ¿Qué quieres decirme? —dijo impaciente.

Sin embargo, no fue su legado quien le contestó, sino alguien oculto tras la prominente figura de Occio. El hombre dio un paso y se dejó ver. Se trataba de Retógenes, el desertor.

—Yo sé lo que ocurre —dijo el celtíbero en un débil susurro.

Metelo se le acercó despacio y cuidadoso. La cara de Retógenes era puro sufrimiento.

—¿Qué ocurre, amigo? —le interpeló preocupado.

Retógenes elevó su rostro.

—Los defensores han colocado en la muralla a tres de mis hijos —se explicó en un sollozo.

Metelo dio un paso atrás.

—¿A tres de tus hijos? ¿Cómo es eso posible? —bramó ofendido.

—Los dejé a buen recaudo… Son todavía unos niños…

—Los han secuestrado —dedujo Metelo con expresión reflexiva mientras sentía cómo su sangre comenzaba a hervir. No era propio del valor de los celtíberos poner a niños como escudos humanos—. ¡Qué cabrones hijos de perra! —escupió furioso.

—Nuestra artillería habrá echado abajo ese muro en unos pocos lanzamientos más —murmuró de pronto Occio.

Metelo lo fulminó con la mirada.

—Detened el ataque —ordenó inflexible.

Retógenes se volvió hacia Metelo como un resorte.

—¡No, por Lug, solo yo tengo la culpa! ¡Acabad con la ciudad! —exigió de inmediato.

—Tus hijos morirán —repuso Metelo.

—Pero a mí me tildarán de cobarde —replicó el celtíbero.

—Tus hijos morirán —insistió Metelo.

—Eso no es ningún impedimento. La culpa es solo mía —reiteró Retógenes con valentía, pero realmente al borde del colapso.

—Solo unos pocos lanzamientos más… —canturreó Occio.

Metelo miró nuevamente a su legado, que le observaba a su vez con cara socarrona y con su sempiterna ramita en la boca. Era evidente que a Occio,

duro como el hierro y más apaleado que un perro callejero, lo que les pasara a aquellos niños le traía sin cuidado. Después escrutó al pobre Retógenes, que se sujetaba a duras penas.

—Detened el ataque —ordenó de nuevo. Y así se hizo.

Occio pidió permiso para hablar con el cónsul esa misma noche. Metelo se lo concedió, pero no se reunieron al cálido abrigo del pretorio, sino que, envueltos en sagos negros hispanos, caminaron de nuevo hasta la misma empalizada. Los muros de Nertobriga no eran ahora más que una mancha oscura en el horizonte bajo un cielo limpio y estrellado. Y comenzaba a hacer un frío intenso, aquel que daba a los celtíberos tantos triunfos como las armas.

—Imagino que querrás saber por qué he detenido el ataque —suspiró Metelo con mirada perdida.

Occio asintió levemente.

—Estábamos a punto de conseguirlo, y ahora los de Nertobriga taparán las grietas. No es bueno para la moral de la tropa —aseguró con una diatriba poco habitual. Normalmente no decía más de cinco palabras seguidas.

Metelo espiró una pequeña carcajada.

—Amigo Occio, hoy hemos ganado para nuestra causa mucho más de lo que hemos perdido —afirmó.

—No lo entiendo. A estas alturas ya habríamos tomado la ciudad y sus llamas calentarían nuestros fríos culos —insistió Occio.

—Pues déjame que te lo explique, porque ahora resulta que no callas —le increpó Metelo.

—Soy todo oídos —dijo Occio.

Metelo, refunfuñando, cabeceó enérgico.

—Occio, los celtíberos son gente de honor, de palabra. Lo que hoy ha sucedido con los hijos de Retógenes es una lamentable excepción que con toda probabilidad censurarán el resto de las ciudades celtíberas. Por el contrario, yo hoy me he investido de un halo de honestidad y lealtad, virtudes de las que ha carecido Roma en estas tierras desde los tiempos del tratado de Graco el Viejo. Por ello, yo te aseguro que a partir de este momento encontraremos más puertas abiertas que cerradas. Demostremos buena fe con nuestros hechos, no con simples promesas que luego incumplimos sistemáticamente, y las ciudades nos recibirán en paz —declaró convencido.

—Entiendo —rumió Occio.

—Las traiciones, amigo —continuó Metelo—, solo crean Viriatos, y yo no quiero provocar que nadie en estas tierras quiera emular a ese pastor lusitano —porfió.

Occio pasó su ramita de un lado de la boca al otro.

—Las noticias de la Ulterior son desastrosas —dijo.

Metelo resopló.

—Ha bastado un año desde que se marchara Fabio para que Viriato se pasee de nuevo por nuestra provincia, enseñándonos sus enormes huevos peludos. Ha derrotado al nuevo pretor y ha adornado su famoso Monte de Venus con túnicas, fasces e insignias romanas —farfulló iracundo.

—Un desastre.

—Lo es —aseguró Metelo.

—Y se cuenta que un jinete lusitano atrapado entre varios caballeros romanos fue capaz de cercenar la cabeza de uno de ellos de un solo tajo y escapar sin peligro alguno —bufó Occio.

Metelo dejó escapar una pequeña risotada.

—¿Ves a lo que me refiero, Occio? —le ilustró al parar de reír—. Viriato empieza a ser una leyenda. Nadie le da caza. Nadie lo vence de modo definitivo y lo conduce a Roma cargado de cadenas. Y nadie le ha visto la cara. Es un mito viviente y yo no quiero mitos vivientes en mi provincia. Nertobriga será perdonada. ¿Lo entiendes? La generosidad de hoy es el triunfo del mañana.

Occio cabeceó mansamente.

—¿Cuándo cruzaremos al otro lado? —preguntó al tiempo que señalaba la enorme mole negra del monte Chaunos, que se erguía imponente como el faro de toda Celtiberia. En su vertiente oeste se encontraban los temibles celtíberos ulteriores, entre ellos los numantinos.

—El año que viene, amigo mío, y con suerte. Hace falta mucho más tiempo para derrotar a esos malditos cabrones y yo no estoy dispuesto a hacer el ridículo —bufó el rudo Metelo Macedónico en su más puro estilo.

Un triunfo con sorpresa

Roma, comienzos de octubre

Apio Claudio brincó como un chiquillo cuando le informaron de que el resto de sus tropas acababa de llegar de la Galia Cisalpina. Ya podía celebrar su triunfo. El Senado no se lo financiaría, pero de eso se encargaba de buena gana la colosal fortuna de su familia, tan grande y lustrosa que bien podía rivalizar con las ingentes reservas dinerarias del mismísimo Senado, custodiadas en los bajos del templo de Saturno.

Apio Claudio, tal como venía haciéndolo desde su llegada a Roma, durmió la noche anterior al desfile en la Villa Pública, y lo hizo saboreando hasta la extenuación cada objeto y cada acción preparatoria de su gran día.

Por ello, sumido en su propio éxtasis, sintió que el colchón de plumas de la gran cama de la sala de invitados era lo más suave y apropiado para su patricia y delicada piel; los aromas de los cojines púrpuras los más deliciosos del orbe entero, solo al alcance de quienes, como él, tenían el merecido privilegio de celebrar una grandiosa victoria; y la luz del alba atravesando los visillos dorados un halo de bendición divina capaz de acariciar su rostro inmaculado. Todo era perfecto, bello y armonioso, tanto como él mismo, especialmente cuando lo vistieron con túnica púrpura, sandalias doradas, corona de laurel y toga *picta* con estrellas bordadas en oro, todo ello bien conjuntado con el rostro bermellón espolvoreado con suaves soplos de cinabrio para emular con el debido boato y ostentación, aunque fuese por un solo día, al gran e insuperable Júpiter Óptimo Máximo.

—Estás inconmensurable —le dijo su esposa Antistia nada más verlo, sumida igualmente en un orgullo celestial.

—Lo estoy —confirmó Claudio, henchido de natural vanidad—. Pero ahora —espetó de pronto, borrando súbitamente de su rostro todo misticismo narcisista—, debo ir al grano y garantizarme que hoy llegue al Capitolio. Nada ni nadie impedirá mi triunfo —dijo, despachando de la sala con repetidos gestos de la mano a todos los presentes; a todos menos a su hija mayor, la vestal Claudia *prima*.

—Estos ropajes y esta imagen son grandiosos, hija, pero de nada servirán si Emiliano y sus esbirros impiden la función —reconoció en cuanto estuvieron a solas.

Claudia frunció los labios y el entrecejo, muy atenta como un fiel perro de presa.

—¿Qué debo hacer? —inquirió pragmática. Desde hacía un tiempo su padre le había venido informado de que ella iba a ser la pieza clave de todo, pero aún no sabía de qué modo—. ¿Qué tengo que hacer? —reiteró con ansia.

—Te lo voy a explicar, escucha —dijo su padre—. No me cabe la menor duda de que Emiliano solo puede impedir que celebre mi victoria de una sola manera.

—Yo sé cómo lo harán —le interrumpió ella.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? —inquirió Claudio con expresión curiosa.

—A través del tribuno de la plebe Tito Didio —dijo con tono despectivo.

Claudio sonrió de oreja a oreja. Qué lista era su hija.

—Exacto, así es —confirmó pedante—. Solo un tribuno puede vetar el triunfo e incluso detenerme cuándo y cómo le venga en gana bajo el pretexto de que mi celebración es ilegal.

—¿Y qué quieres que haga con ese tribuno? —interpeló su hija con el impulsivo deseo de saltar a la arena de los gladiadores.

Claudio sonrió de nuevo, tan satisfecho como orgulloso por la fierecilla que tenía en casa.

—Quiero que le sigas —desveló—. A buen seguro que cuando yo salga de esta villa estará rondando por los alrededores como una rata en busca de desechos. Debes localizarlo y seguirlo sin que te vea, como una gatita que acecha a un incauto ratoncillo.

—¿Nada más? ¿Solo eso? —protestó Claudia, decepcionada. Por su padre sería capaz de matar si fuese necesario. Acechar y masticar un ratoncito no le era suficiente, ni ella, por supuesto, era una gatita, sino una leona en toda regla.

Su padre dejó enseñar sus caninos, con gesto ladino. Su hijita era de lo que no había.

—Ten paciencia, Claudia, y déjame terminar. Escucha bien.

El joven tribuno de la plebe Tito Didio bullía de feliz agitación, sumergido entre la muchedumbre que se iba apiñando en el Campo de Marte para ver el desfile triunfal. Las cosas no le podían ir mejor.

A comienzos de año, con el visto bueno del Senado, pero, sobre todo, de los Escipiones, había impulsado y aprobado en la asamblea plebeya un plebiscito que castigaba el exceso de lujo en los banquetes que se celebraran en las ciudades de Italia. Tales prohibiciones ya se aplicaban en la misma Roma desde hacía años bajo el peso de la *lex Fannia sumptuaria,* pero los senadores habían visto con buenos ojos extender sus efectos al resto de la península debido a la creciente relajación de las costumbres. Al menos esa era la justificación oficial, pero todo el mundo sabía que bajo la nueva propuesta legislativa anidaba otro motivo político inconfesable, a saber, frenar el

ardoroso deseo de dirigir y comprar los favores electorales de los invitados —a veces cientos de ellos— a cambio de manjares y demás corruptelas.

La propuesta había sido aprobada por aplastante mayoría, y ahora, lo que era más importante, su nombre estaba escrito en letras de oro en la historia de Roma, pues la ley había recibido su nombre: *lex Didia sumptuaria.*

Pero no finalizaban aquí sus éxitos personales, aquellos que le podían garantizar un *cursus honorum* atiborrado de magistraturas, dignidades y honores. Los Escipiones, con Emiliano a la cabeza, le tenían cariño, tanto como para darle el protagonismo de convertirlo en el rostro visible de cuantos ataques hubiera que lanzar contra Apio Claudio Pulcro, la presa a abatir.

En verdad que Claudio se asemejaba a un fornido y milenario roble que todo lo soporta, tanto como para resistir sin perder ni una sola de sus hojas la campaña de desprestigio político y militar que había capitaneado contra él con ocasión del desastre de los salasos. Encaramado a cada tribuna y podio de Roma, no había parado de despotricar contra Claudio día y noche hasta que el maldito asunto del *aqua Marcia* había hecho que el interés en sus diatribas se diluyera como la sal en el agua. Todo el mundo sospechaba que lo del *aqua Marcia* no era casual, pero nadie se atrevía a desautorizar a los *decemviri sacris faciundis*. Solo Quinto Marcio Rex seguía chillando como un histérico, pero sin conseguir otra cosa que el puro pataleo.

Lo de los salasos había salido mal, pero no iba a ocurrirle lo mismo con su gran objetivo de aquella mañana, que no era otro que impedir que Claudio celebrara un triunfo a todas luces ilegal. Sabía cómo parar a Claudio y, además, del modo más humillante. Emiliano quedaría a buen seguro muy satisfecho y le premiaría sin descanso.

En estas, poco después del alba, mientras culebreaba nervioso por el Campo de Marte, vio que Claudio abandonaba la Villa Pública y se subía al carruaje que le conduciría a los prados flaminios, de donde partía el desfile. No era este, en cambio, el lugar idóneo para pertrechar su calculada fechoría, por lo que tomó el camino directo a la puerta Carmenta, en las murallas servianas, sorteando en el trayecto, por este orden, a la entusiasta multitud, los templos de Bellona y de Apolo y el gran pórtico marmóreo recientemente construido por Metelo Macedónico.

Ya intramuros, dejó a un lado los pequeños templetes de Fortuna y Mater Matuta y pasó delante de la grada de madera erigida para los senadores que recibían al triunfador en su entrada a la ciudad. De hecho, el graderío estaba ya prácticamente lleno, y tuvo la oportunidad de cruzar su mirada con Emiliano. Le hizo un gesto de complicidad, pero Emiliano se limitó a contemplarlo indiferente antes de girar la cabeza y ponerse a charlar con su hermano Fabio y su amigo Lelio.

Decepcionado momentáneamente por la inapetencia del gran hombre de

Roma, Didio fijó su atención en aquello para lo que había sido requerido. Desde el Campo de Marte llegaba ya el magnífico sonido de trompetas y el canto grosero que los legionarios dedicaban al triunfador. El desfile había comenzado, por lo que fue a situarse en uno de los lados de la grada del Senado. No obstante, embebido por el desfile y por su misión, no fue capaz de advertir que una sacerdotisa vestal le seguía a pocos pasos y que se colocaba discretamente a su espalda.

Tito Didio vio pasar tan paciente como excitado los primeros carromatos prolijamente rebosantes de despojos enemigos. Después fluyó un interminable conjunto de flautistas y bailarinas. A continuación, los bueyes cebones bellamente adornados con cintas de colores y, por último, unas impresionantes maquetas que representaban los valles alpinos de los salasos y las gargantas y barrancos afrontados por las legiones romanas para conseguir tan sonada y dramática victoria. Todo era puro espectáculo, pura magnificencia, pero faltaba el plato principal, el carro triunfal que, impulsado por cuatro magníficos caballos blancos, conducía a Apio Claudio Pulcro hacia el Capitolio.

El corazón de Tito Didio pegó un vuelco cuando detrás de una inmensa cortina de flores lanzada desde la puerta del triunfo vio aparecer por fin al mismísimo Apio Claudio Pulcro, erguido sobre el carro, hierático, imperial, atrapado entre un arrebolado pasillo humano, con una rama de laurel en su mano derecha, realmente divino y majestuoso bajo un clamor ensordecedor y mágico. La escena era sobrecogedora, pero, por mucho que lo fuera, por mucho riesgo que tomase, debía hacerlo. Los Escipiones se lo agradecerían eternamente. Era su momento, el de su propia gloria. Después, una vez consumada su acción, la fiesta languidecería de forma abrupta y el fervor celestial se apagaría consumido en un pozo negro. Pero debía hacerlo. Sentía que su corazón podía reventar. Pero debía hacerlo. Era el momento, su momento, el de su propia gloria, se repetía obsesivamente.

Cuando el carro triunfal y Apio Claudio Pulcro se encontraban ya a apenas veinte pasos, respiró profundamente, cabeceó, inspiró de nuevo, inclinó la cabeza hacia adelante a modo de ariete y echó a andar hacia el triunfador. Se separó de los espectadores, primero un paso, luego dos, después tres. La distancia de seguridad era cada vez más débil. El carro triunfal estaba a tiro de escupitajo. Ya no había vuelta atrás. Claudio estaba a tan solo diez pasos.

Poco antes, al alba, en la Villa Pública

—Ten paciencia, Claudia, y déjame terminar. Escucha bien —insistió Claudio al advertir la cara sombría de su hija.

—Escucho, padre, pero además de acechar a Tito Didio, a ese tribunillo, ¿qué más tengo que hacer? No pienso consentir que esos malnacidos envidiosos frustren lo que tanto te mereces —bufó Claudia *prima* con toda solemnidad y algo de teatralidad.

Claudio le pidió calma con un gesto de la mano.

—Como te he dicho —continuó—, síguelo sin que lo advierta. Tiene que estar desprevenido, creyendo que tiene la gloria a su alcance, pues su único objetivo es arruinar el desfile y arruinarme a mí mismo, y solo lo puede conseguir si me toma del brazo y me detiene allí mismo, en mitad del pueblo, y me lleva a la cárcel —expuso Claudio.

La cara de Claudia se congestionó y arrugó de modo grotesco.

—¿Puede hacer eso? ¿Puede detenerte y encerrarte cuándo y cómo le plazca? —chilló encolerizada.

—Todos los tribunos pueden vetar cualquier acción de un magistrado romano si creen que se está cometiendo una acción ilegal en perjuicio de Roma. Tito Didio puede hacerlo y lo va a intentar —aseguró Claudio con gesto de autosuficiencia.

—¿Detenerte, a ti, a todo un cónsul el día de un triunfo? ¿A un Claudio Pulcro? —insistió Claudia fuera de sí, cerrando los dedillos de sus manos a modo de garra aguileña.

Claudio estiró el cuello y ahuecó los labios.

—¿Qué te crees que traman sino? —masculló—. Buscan la máxima humillación posible. Y por ello, llevado por su vanidad, Tito Didio no me querrá detener al comienzo del desfile. ¡No, no, ni mucho menos! ¡Querrá hacerlo cuando yo haya entrado en Roma, a la vista del Senado, de Emiliano y de los ciudadanos! ¡Ese será su momento! —exclamó Claudio con desdén, pero complacido de su inteligencia.

—Por encima de mi cadáver —farfulló Claudia *prima*.

—Por encima de lo que tú significas, hija —matizó Claudio.

Claudia se quedó mirando a su padre con los labios violentamente fruncidos.

—¿Qué significa eso? —preguntó iracunda.

Claudio sonrió de oreja a oreja.

—¿Tú qué eres, hija? —preguntó divertido.

—¿Que qué soy?

—Sí, ¿qué eres? —insistió Claudio, pero, esta vez, señalando las ropas de su hija.

—Una vestal —comprendió ella.

—Exacto, una sacerdotisa vestal, encargada del fuego eterno de Roma,

¿verdad?

—Verdad…

—Alguien tan sagrado que todo ciudadano debe cederle el paso, ¿me equivoco?

—No…

—Alguien tan cercano a los dioses que salva la vida de los condenados a muerte que tienen la dicha de cruzarse con una vestal, ¿verdad?

—Verdad…

—Pero, sobre todo, alguien tan intocable que nadie puede ponerle la mano encima, ¿no es así?

—Lo es…

—Y todavía, hija, ¿no comprendes qué es lo que necesito que hagas por mí? —inquirió Claudio lleno de irónica malicia.

Claudia esbozó una tiránica sonrisa.

—Seré más rápida que él —afirmó con ojos efervescentes.

—Esa es mi niña.

En el desfile

Pese al frío de aquella mañana, Tito Didio sudaba como un pollo al fuego, pero ya no podía detenerse. Sus piernas se accionaban una detrás de la otra en busca del carro triunfal de Apio Claudio Pulcro, ya a apenas diez pasos, tan cerca que el auriga le miraba con cara de pocos amigos, pero tan lejos como para sentir que el aire de sus pulmones se consumía. Iba a detener al mismísimo cónsul allí mismo, en mitad de su triunfo. Iba a agarrarlo del brazo y a bajarlo del carro, por la fuerza si era necesario, para conducirlo directamente al *Tullianum*, la pequeña cueva cercana al Senado que hacía las veces de cárcel de Roma, e iba a hacerlo justamente allí, bajo la atenta mirada del Senado y bajo la opresiva observación de Emiliano y del fervoroso pueblo romano. Le temblaba todo, pero era el temblor de la gloria.

Ensimismado como se encontraba en escrutar el carro, no advirtió que una pequeña figura de hermoso atavío blanco y característica diadema se separaba de la muchedumbre, yendo, como él, al encuentro de Apio Claudio. Ambos confluían hacia el mismo objetivo, pero mientras él tenía piedras en los tobillos ella parecía flotar sin tocar el suelo, lo que le sirvió para alcanzar la meta en primer lugar.

Y fue ese el momento en el que Tito Didio, paralizado y quieto en mitad de un repentino vacío, comprendió que acababan de propinarle la mayor y más bochornosa bofetada que pudiera imaginar. La figurilla, encaramada

ahora también al carro triunfal, acababa de coger al triunfador del brazo, aferrándose a él como si le fuera la vida en ello. No solo eso. Claudia *prima*, la vestal, la sacerdotisa virgen, le miraba con tanta inquina como desafío, diciéndole con los ojos azules característicos de aquella maldita familia que era un cretino mequetrefe, un afeminado por delante y por detrás, y, en definitiva, alguien que jamás podría llegar a la altura de un Claudio patricio.

Tito Didio no pudo sino retroceder completamente avergonzado y derrotado, sumergiéndose entre los espectadores al tiempo que padre e hija pasaban delante de sus narices sin que pudiera hacer nada. Una vestal era un ser intocable. Nadie podía ponerles un dedo encima so pena de encontrar un castigo terrible o la muerte misma. Violentar a Apio Claudio y sacarlo a rastras del carro con su hija pegada como una sabandija hubiera sido tanto como violarla a ella misma, lo que era inconcebible e imposible. Apio Claudio y su hija la vestal, juntos, eran inviolables, y *sacer*, maldito, quien los tocara.

Sin poder creer todavía lo que acababa de ocurrir, Tito Didio giró la cabeza en busca de Emiliano. Nuevamente encontró su mirada de halcón en el graderío senatorial, pero esta vez no era de indiferencia, sino de plúmbea decepción. Y supo que su carrera política estaba arruinada.

Entretanto, el carro triunfal traqueteaba en su camino hacia el Circo Máximo. Claudia seguía sobre el carro y no bajaría hasta que su padre llegara al templo de Júpiter Capitolino.

Claudio, por su parte, sin dejar de mirar al frente, con la pose de un dios impasible pero deseoso de adulación, luchaba por no explotar en una hiriente y grosera carcajada. Tenía su triunfo y había humillado a Emiliano. ¿Qué más podía esperar de la vida? Pues podía.

—Y ahora, a por la censura —dijo entre dientes para mantener su hierático gesto divino.

—No habrá mejor censor que tú, padre, mucho mejor que Emiliano —confirmó Claudia *prima* bajo el fragor del triunfo.

Tribunos militares

Roma, mediados de noviembre

Ser romano era tanto como ser un ciudadano. Y ser ciudadano romano era tanto como votar, votar sin parar, tantas veces como fuese necesario cada año. Votar leyes, votar plebiscitos, votar declaraciones de guerra, votar penas capitales pero, sobre todo, votar a aquellos que fuesen a ocupar las magistraturas de gobierno de la ciudad.

En esta guisa, fuese verano, otoño o invierno, tanto en época de siega como de siembra, se viviese en Roma o en el campo, los ciudadanos —ufanos, contentos y orgullosos— elegían cada lustro a dos censores. Y cada año, en el Campo de Marte o en el *comitium*, bien en comicios centuriados o por tribus, dos cónsules, ocho pretores, cuatro ediles, diez cuestores y diez tribunos de la plebe. Y lo hacían felices y poseídos por un orgulloso e inquebrantable sentido cívico. Era su intocable tesoro: votar y sentir la ciudadanía.

Pero, aun así, nada era suficiente, pues de un tiempo a esta parte también se votaba cada año a los tribunos militares, que constituían el segundo escalafón de mando de las legiones detrás del propio cónsul.

Para ser más precisos, en realidad no todos los tribunos eran elegidos en las elecciones. Los ciudadanos solo designaban doce. Los otros doce hasta completar veinticuatro —a razón de seis tribunos por legión— eran directamente elegidos por los cónsules de entre los miembros jóvenes de la *nobilitas* que querían iniciar los pasos previos del *cursus honorum*.

Por ello, jóvenes como Tiberio, Octavio, Fannio o Quintillo no tenían una necesidad imperiosa de participar en los comicios de elección de tribunos militares, puesto que su alcurnia y lazos familiares eran suficientes para su designación directa por el Fabio o el Apio Claudio de turno, deseosos estos de atraer a los jóvenes polluelos hacia sí mismos.

Ocurría, no obstante, que los ya famosos integrantes del llamado «contubernio de los pedos» no eran conformistas. Si ser ciudadano romano era tanto como votar, también lo era sentir la inmensa vanidad de ser votado, razón más que suficiente para que los cuatro amigos se encontraran encaramados esa mañana a la tribuna de los candidatos tras haberse presentado a la elección. El cosquilleo de saber si gozaban o no del favor del pueblo era demasiado irresistible para tanta juventud.

—A ti, Octavio, con esa cara de rancio, no te votará ni tu familia —bromeó Fannio, de pie sobre la elevada plataforma desde la que se exhibían como objetos en venta a los ciudadanos que, agrupados en su tribu respectiva, iban pasando a votar.

—¿Has visto últimamente algún tribuno pelirrojo? Pues yo no, que lo sepas —contraatacó Octavio mordaz, cada vez más rápido y gracioso en sus respuestas.

—Al que no le van a votar es a Quintillo —rio Tiberio—, es feo como él solo —añadió intentando mantener la compostura en el estrado al tiempo que provocaba que el pretor Quinto Servilio Cepión, que presidía la votación, se girara para fulminarles con la mirada.

Los cuatro amigos hicieron auténticos esfuerzos por no reír en cuanto el pretor les quitó la vista de encima.

—Yo creo que está chiflado —se atrevió a murmurar Fannio en referencia a Servilio Cepión, lo que aún hizo que los jóvenes se agitaran más.

—Es mejor que no te mire. Su mirada es terrorífica —confirmó Quintillo.

—Pues se lleva muy bien con tu padre —porfió Octavio.

—Mi padre se lleva bien con todo el mundo —repuso Quintillo casi como un reproche. A veces soñaba con tener un padre más agresivo y ladino, más como su tío de sangre Emiliano.

—De los hermanos Servilio Cepión es el más impulsivo —retomó la conversación Tiberio.

—Impulsivo es un adjetivo muy generoso, Graco, deberías ser más valiente en tus palabras —desdeñó Fannio.

—Pues baja ahora mismo ahí y dile a la cara que está loco, ya que tú sí que eres tan valiente —replicó Tiberio con gesto malicioso.

Fannio se puso de todos los colores, ardiendo en deseos de hacerlo so pena de que sus amigos se mofaran de él durante décadas.

—Venga, aspirante a tribunito, baja —reiteró Tiberio, sabiendo que había hecho presa.

—No lo hará, mucho habla, pero poco hace —intervino Octavio.

Fannio, rojo como el fuego, miró desafiante a Quintillo.

—Yo no tengo nada que decir —masculló este levantando las manos para tranquilidad de Fannio, pero Quintillo no había terminado—: Pero yo que tú bajaría, hombretón pelirrojo —añadió sagaz.

Tiberio, Octavio y Quintillo explotaron en una sonora carcajada, tanto que Servilio Cepión se dio la vuelta, hecho una furia.

—¿Qué está pasando ahí arriba que os hace tanta gracia? —bramó.

La cosa no fue a más porque justo en ese instante le entregaron los resultados de las votaciones. Antes de leerlos y hacerlos públicos aún tuvo tiempo de dedicar a los jóvenes una gélida mirada, diríase que incluso cruel. Después comunicó a voz en grito los agraciados, y entre ellos estaban los cuatro amigos, a los que les faltó tiempo para aferrarse por los antebrazos y formar un círculo.

—¡Vuelve el contubernio de los pedos! —bromeó Fannio en recuerdo del apelativo que les había puesto el padre de Quintillo, Fabio Máximo, en Hispania.

—¡El contubernio de los pedos! —rugieron el resto de los amigos, felices por aquellas pequeñas groserías de compañeros aún demasiado jóvenes a los que les hacían gracia aquellas chiquilladas.

—¿Y a dónde queremos ir? —preguntó Tiberio como si fuese el centurión al mando de una centuria de novatos.

—¡A Hispania Ulterior! —contestaron los demás al unísono.

—¿Para luchar contra quién? —interpeló de nuevo Tiberio.

—¡Contra Viriato! —respondieron como una sola voz.

—Eso está por ver, lo mismo os toca Macedonia —oyeron que les decía de pronto, con tono agrio, Quinto Servilio Cepión—. Y ahora, largaos de aquí.

Y el contubernio de los pedos abandonó el *comitium* aturulladamente, entre empujones y risas más propias de adolescentes, con la plena convicción de que en Hispania Ulterior —ya se encargarían de que les tocase ese destino con las influencias de sus familias— continuarían emulando las gestas de sus antepasados. Para eso justamente habían venido al mundo, para emular hazañas y engrandecer el capital político y militar de la familia. ¿Para qué si no?

Año 142 a.C.

EN EL CONSULADO DE LUCIO CECILIO METELO CALVO Y QUINTO FABIO MÁXIMO SERVILIANO

Divino Viriato

Cástulo[17] (Hispania), inicios de febrero

Todos reían en un banquete bien regado de cerveza y con abundante carne de ciervo. Incluso él lo hacía, y motivos tenía para ello.

Cinco años de guerra con Roma y el control de un enorme territorio que se extendía a lo largo de toda la frontera norte de la provincia romana eran su gigantesco aval de presentación ante la sociedad lusitana y el orbe entero. Ciudades grandes y amuralladas como Erisana, en la Beturia, o Corduba, Tucci u Obulco, en la misma provincia romana, contaban ahora con guarniciones de sus fieles, cobrando tributo por doquier y haciéndoselo pagar con su vida o con el fuego a quien se lo negaba. Muchos le decían que era un monarca, o que estaba a punto de culminar la creación de un nuevo reino al modo de Macedonia o de la lejana Siria, cuyas historias de riquezas y grandeza, actual o pasada, llegaban hasta allí de boca de comerciantes y de los propios legionarios a los que tomaban prisioneros.

Sus hombres, por lo demás, por mucho que Roma no quisiera reconocerlo, no eran una banda de desarrapados. En verdad que no lucían cotas de malla, sino de lino, ni llevaban consigo el armamento pesado romano, pero ahí radicaba precisamente su ventaja, en su rapidez, en su inteligencia, en su viveza, hostigando sin descanso a las legiones y a las caravanas de suministro al tiempo que provocaban la dispersión de las lentas columnas romanas con engaños y huidas perfectamente planificadas. Sus hombres eran una verdadera tropa con una disciplina férrea, con cuadros de mando y cuidada logística, hechos a los terrenos escarpados, a las continuas incursiones y a la dureza del frío y del hambre, todo lo cual les hacía superiores a un enemigo que se quebraba con facilidad en tierras montañosas y accidentadas.

En suma, era el dueño y señor de extensos dominios entre los ríos Anas y Betis, con la vejatoria capacidad de reírse y de llamar imbécil en su propia cara a cónsules y pretores romanos.

Pero por muy crecido que estuviera, por muy grandes que fueran sus logros, por muy calurosa y embriagadora que estuviese aquella cerveza —últimamente prefería el vino—, aquella noche no reía como antaño. No terminaba de disfrutar con plenitud, algo que no podía pasar desapercibido a Ditalcón, su amigo y segundo al mando, que le escrutaba con suma atención.

—Si quieres te hacemos traer unas tetitas de cerdo o unas perdices llenas de salsas de esas que comen los romanos —rio Ditalcón con toda guasa. Si algo apreciaba Viriato de su compañía era precisamente que le hacía reír, olvidando por un momento la pesada carga de abatir año tras año a las

legiones romanas.

—Y si quieres te arrancamos esas orejas de puerco que tienes y las estofamos con tu lengua —replicó Viriato, entrando al juego, medio en broma medio en serio.

—Si tú también las comes, aquí tienes mis orejas —se mofó Ditalcón, llevándose un cuchillo a uno de sus pabellones auditivos.

—No antes de que te quites la mugre que tienes metida en esa oreja. No he podido dejar de mirarla en toda la noche —soltó Viriato.

—Tú mismo —dijo Ditalcón, hecho lo cual se hurgó el oído hasta extraer una amarillenta y sólida bola de cera.

Viriato vio aquello y no pudo reprimir una estentórea carcajada, más aún cuando Ditalcón propulsó la bola hasta el plato de Audax, otro de sus lugartenientes, que sin saberlo se la metió en la boca junto con un buen trozo de ciervo.

—¡No he probado ciervo tan tierno en mi vida! —voceó Audax en ese momento por pura casualidad, provocando que los dos amigos se desternillasen de risa.

Así estuvieron un buen rato, como dos chiquillos traviesos. Parecía sorprendente que se llevaran de ese modo, se decían a menudo, porque Viriato era un hombre de origen humilde hecho a sí mismo por su propio liderazgo natural y su genio militar, mientras que Ditalcón era un rico aristócrata bético de Orsón. Sin embargo, su común cultura de hacer la guerra y de rebelarse al control romano había creado entre ellos una poderosa y extraña ligazón.

Al rato, solo cuando la seriedad volvió a dominarlos, Ditalcón pasó a la acción para conocer qué le ocurría a Viriato, cuya expresión volvía a estar lejana y melancólica.

—Te conozco bien, amigo, dime algo —dijo en confianza.

Viriato cogió una buena bocanada de aire.

—Roma envía, al parecer, a un nuevo cónsul —farfulló.

—Sí… ¿Cómo era? Servilico o algo así…

—Serviliano.

—¡Eso!

—Se llama Quinto Fabio Máximo Serviliano —matizó Viriato—. Es hermano adoptivo de Quinto Fabio Máximo Emiliano —añadió con precisión.

Ditalcón arqueó una ceja.

—Serviliano… —masculló pensativo—. Pero, si es hermano adoptivo de Fabio, ¿por qué se llama igual? —preguntó rascándose la cabeza.

—Uno es Fabio Máximo Emiliano y el otro Fabio Máximo Serviliano —contestó Viriato.

—A mí me suena igual.

—Déjalo, es cosa de romanos —dijo Viriato sin ganas de explicarlo.

—Ya… —murmuró Ditalcón, poco convencido—. Entonces, de alguna forma, es pariente también de Emiliano.

—No exactamente, pero algo así —respondió Viriato.

Ditalcón encogió los hombros.

—Bien, sea lo que sea ese tal Serviliano, ¿qué más nos da? No es el primer cónsul que Roma envía contra nosotros. Haremos con él como con los demás. Le dejaremos que nos persiga un poco y acabaremos dándole un azote en las nalgas cuando menos se lo espere —dijo Ditalcón envalentonado.

Viriato negó pausadamente.

—Son ya cinco años de lucha, amigo —susurró.

Ditalcón se quedó muy serio, no sabiendo discernir si Viriato pretendía mofarse de él. Por ello, decidió continuar con su estrategia de hacerlo reír. Se acercó su jarra de cerveza a la cara, miró en su interior exageradamente y después la olió.

—Habrán echado algo a la cerveza…, ¿te ha sentado mal? —dijo con tono irónico y una gran sonrisa.

Viriato, en cambio, apretó aún más los labios.

—Son ya muchos años —insistió.

—¡Como si tienen que ser cien! —replicó Ditalcón cual niño caprichoso que acaba de escuchar lo que no quiere oír—. ¡Como si tienen que ser cien! —repitió malhumorado.

—Los ejércitos consulares nos ponen en aprietos —reconoció Viriato con mirada perdida, ignorándolo.

—¿Los ejércitos consulares? —voceó Ditalcón, aunque nadie le escuchó más allá de Viriato. El jolgorio del banquete era ensordecedor—. ¿No recuerdas el lamentable espectáculo de los últimos legionarios? —continuó exaltado—. Vienen con sus esclavos, y las furcias, los adivinos y los mercaderes les siguen a todas partes. Son un rebaño, ¡son pura mierda! ¡Ni nos derrotan ni nos derrotarán! —gritó.

Viriato se limitó a contemplarlo con poca o ninguna pasión.

—Sabes que Roma es incansable, ¿verdad? —dijo antes de llevarse la jarra de cerveza a la boca, impregnando su cuidada barba.

—No me vengas con esas —repuso Ditalcón.

—Los celtíberos están en guerra —prosiguió Viriato, reflexivo.

—Tú eres el responsable de ello.

—Pero no han querido hacer un frente común.

Ditalcón desplegó del todo su espalda y, entre disgustado y decepcionado, apretó las mandíbulas. No le agradaba en absoluto aquella insólita y repentina versión de su amado Viriato. Prefería la bromista o la cruel, pero nunca aquella.

—¿Te vas a dejar amilanar por la derrota de los belos y los titos? Esos

palurdos no son celtíberos de verdad —murmuró contenido.

Viriato dejó escapar una risa socarrona.

—El cónsul de la provincia romana del norte, Metelo Macedónico, se va a encontrar este año con la verdadera realidad, con los celtíberos de Numantia y Termes, si es que se atreve, cosa que dudo. Me han dicho que es demasiado prudente y que no tiene ganas de meterse en el barro.

—¡Listo ese Metelo! Todos sabemos que los numantinos son como un cardo metido en el culo —bufó Ditalcón—. ¿Crees que ellos se preocupan de si un ejército es consular o no? Cuando muerden ya no sueltan la presa. Son unos hijos de perra y no me gustaría dejar de creer que tú eres aún más hijo de perra que ellos —graznó Ditalcón.

—¿Te parece que no soy lo suficientemente hijo de perra? —demandó Viriato con ácida ironía, clavando ahora en su amigo sus fieros ojos de lobo. Este, enfurruñado, cedió un poco de terreno.

—No he querido decir eso.

—Lo parecía —presionó Viriato, pero con el rostro mudado, exhibiendo el rictus de brutalidad que era necesario tener por naturaleza para controlar a su variopinto ejército y a personajes como Ditalcón, tan leal como zorro.

—¿Bebemos? —salió del paso Ditalcón.

Viriato estiró un poco la espalda y se inclinó para acercar su cara a la de Ditalcón. Se quedó a apenas un palmo.

—Bebe y duerme tranquilo, porque rajaremos el cuello de cada romano que pise esta tierra, pero permíteme que deje de ser un dios por un día. Permíteme que me sacuda cuando me plazca la responsabilidad de soportar el peso de llevar a hombros a personajes como tú. Es mi manera de no relajarme. ¿Lo has entendido, amigo mío? —inquirió en un peligroso susurro.

—¿Bebemos? —reiteró Ditalcón con el semblante muy serio.

—Bebamos —secundó Viriato al tiempo que elevaba su copa.

Ambos hombres la chocaron con fuerza en el aire, como si fuera un pulso. Viriato bebió después con fruición, olvidando la conversación. Ditalcón tragó la cerveza de un solo y ruidoso sorbo, pero lo hizo con desconfianza y resquemor, sin dejar de mirar fijamente a Viriato por encima de la copa.

Tiempos de censura

Roma, inicios de marzo

Los ecos del triunfo de Apio Claudio Pulcro se agotaron en unos pocos días, superados con rapidez por la fulgurante política romana. Porque si a los ciudadanos les había encandilado la estelar intervención de su hija Claudia *prima*, mucho más lo iba a hacer un hecho que se les venía ya encima y, además, que solo sucedía cada cinco años, la elección de los dos censores de Roma, máxime cuando, en esta ocasión, el puesto de censor patricio se lo disputaban las dos cabezas sobresalientes del Senado, Emiliano y Claudio, antagonistas hasta la muerte en su deseo de ser los más grandes de su tiempo.

En realidad, todo lo que Emiliano y Claudio habían hecho a lo largo de los últimos años no era otra cosa que aspirar a la censura, ya fuese con la toma de Cartago, con la victoria sobre los salasos, con la celebración de los triunfos, con la destrucción de propuestas legales inadecuadas o con la promoción al consulado de candidatos afines.

Porque la censura era la verdadera cúspide del *cursus honorum*, la magistratura del honor por excelencia, solo al alcance de aquellos en los que concurría un doble requisito. El primero, haber sido cónsul. El segundo, tener a ojos del pueblo de Roma una inconmensurable dignidad, autoridad moral, integridad y prestigio, pues tales virtudes eran las que los ciudadanos exigían para dar su voto a aquellos que deseaban ostentar el poder de elaborar el censo, de decidir quién era o no ciudadano, senador o caballero o de discernir la moralidad de los hombres, pues eso hacían los dos censores, uno patricio y otro plebeyo, gobernar, no sobre las legiones ni las provincias, sino sobre la vida misma de los ciudadanos, sobre su conducta y sus hechos, sobre sus virtudes y defectos, expulsando de la sociedad a quien no hubiese sido digno de Roma.

Ser cónsul era un gigantesco honor, magistratura mínima que debía alcanzar todo hombre de alcurnia que quisiese ser recordado eternamente. Sin el consulado no se era nada, pero con la censura se era todo. Apio Claudio quería serlo todo y, por descontado, derrotando a Emiliano. Pero hete aquí que Emiliano pensaba precisamente lo mismo, confluyendo ambos hombres por primera vez en sus vidas en la misma y simultánea ambición.

Un hecho tan excitante provocaba que los ciudadanos, babeantes y extasiados, respiraran en un sinvivir, unos en apoyo de Emiliano, otros en rescate de Claudio, observando tan nerviosos como divertidos cómo los dos titanes, los dos dioses del Olimpo de los hombres, se cruzaban en el foro día sí y día también para ganarse la voluntad del pueblo y, de paso, sacar a pasear sus ácidas lenguas cada vez que uno se interponía en el camino del otro.

—Te dejas acompañar de muchos ciudadanos de baja alcurnia. Si lo viera tu padre Emilio Paulo, se avergonzaría, porque yo me he preocupado de conocer a todos los ciudadanos por su nombre, mientras que tú no serías capaz de recordar uno solo —le había reprochado Claudio a Emiliano un día de mediados de febrero junto a la basílica Sempronia, provocando algunas risas y que los ciudadanos apelotonados alrededor abrieran los ojos como platos y viraran sus cuellos para escuchar la réplica, como así fue.

—Pero bien sabes, Apio Claudio —dijo Emiliano—, que mi ocupación ha sido ser conocido por todos, porque yo gané coronas al valor tanto en Hispania como en África, y porque yo tomé Cartago. ¿Tú puedes decir lo mismo?

—Yo derroté a los salasos, no a una ciudad que no tenía más que fama —se apresuró a responder Claudio con vanidosa acritud.

—Pues si de valor de trata —repuso Emiliano como una centella—, yo te propongo aquí y ahora que el pueblo nos elija tribunos militares y que nos envíen a Hispania para que podamos discernir cuál de los dos es más valiente.

Y así podían estarse una mañana entera al tiempo que los ciudadanos, apiñados en el foro y subidos a todas partes para escucharlos, batían sus palmas, se enfurecían, reían, se desconsolaban, se volvían a enfadar, insultaban, cuchicheaban, se ahogaban al quedarse sin aliento o, simplemente, disfrutaban del placer de ser romanos y de que los hombres de mayor inteligencia, prestigio, dignidad y autoridad del orbe entero pisaran su mismo suelo.

Se sentían unos privilegiados, más si cabe cuando eran ellos mismos, los simples ciudadanos, los que tenían que votar cuál de aquellos personajes inconmensurables debía enjuiciarlos moralmente. Y tal día había llegado. Roma entera se echó a la calle. Los campos se vaciaron. Los auspicios fueron favorables. Las tabernas se cerraron. Los dioses se asomaron desde el Olimpo. El Campo de Marte se pobló de arrebolados votantes. Las centurias se pusieron en movimiento. Se montaron los cercados de votación. Y Emiliano y Claudio se dispusieron a conocer cuál de los dos era más el más grande.

El día de la censura

Roma, mediados de marzo

Apio Claudio apenas durmió por la noche, exhibiendo al levantarse unas enormes bolsas bajo sus ojos que no eran habituales en su armonioso rostro.

—*Edepol!* —exclamó Antistia en cuanto lo vio aparecer en el peristilo porticado de la *domus*.

Claudio se quedó petrificado. Su esposa se le había aparecido con los pelos revueltos y cara de loca, y temía que se le viniera encima con alguna nueva bronca de las que acostumbraba por las mayores nimiedades.

—¡Qué ojeras, por todos los dioses! ¡Así no puedes presentarte a las votaciones! —gritó Antistia con grandes aspavientos.

Claudio, tranquilizado, se relajó y dejó caer los hombros, pero solo por un momento. Antistia no había terminado.

—¡Mi caja de cosméticos! ¡Traedme mi caja de cosméticos! —ordenó a voz en grito, provocando, no solo que varias esclavas salieran corriendo en todas direcciones para recoger los afeites, sino que fuera el propio Claudio el que emprendiera la huida a través del peristilo en busca de su despacho.

—¿A dónde vas? —aulló Antistia, emprendiendo la persecución.

—¡A mi fortín! ¡A prepararme para mi censura! ¡No voy a permitir que me embadurnes la cara con un solo potingue! —bramó.

—¡No puedes salir de casa así! —insistió Antistia en pos de su esposo.

—¡No me has de poner grasa sucia de oveja, excrementos, placentas, médulas, bilis, orines o lo que los dioses quieran que te pones en la cara! ¡Apestan! —se opuso Claudio. Ya casi había alcanzado su despacho.

—¡Es gelatina de astrágalo de ternera blanca! —rugió ella.

—¡Jamás! ¡Qué asco, por todos los dioses! —replicó él.

—¡Es tu imagen!

Claudio alcanzó por fin su despacho, y aún tuvo tiempo de darse la vuelta y plantarse mientras sujetaba con ambas manos, cual Coloso de Rodas con los brazos extendidos, las gruesas cortinas que hacían la labor de puerta.

—¿Quién te has creído que soy? ¿Uno de esos senadores afeminados que parecen efebos de lujo? —se defendió, dicho lo cual cerró las cortinas de un solo tirón.

Permaneció así un rato, sintiendo la respiración de su esposa al otro lado de los cortinajes, inmóvil como el niño que sabe que si asoma la cabeza se llevará un sopapo. Y solo cuando oyó que Antistia se alejaba bufando como una fiera, tuvo valor para llamar a sus esclavos, desayunar frugalmente y vestirse con la toga cándida. Estaba ya preparado para someterse a los designios de los comicios por centurias.

En el atrio de la *domus* le esperaba Antistia, pero, por fortuna, no iba armada con ningún ungüento.

—Déjame pasar —le ordenó, tratando de mantenerse autoritario.

—Al menos dale un beso a ella —porfió Antistia, señalando a una personita situada a su lado.

Claudio, cegado por la visión de su esposa, ni la había visto, pero no tuvo tiempo ni de abrir la boca. Su hija Claudilla se le echó encima con su alegría natural para propinarle un sonoro y pegajoso beso en la mejilla.

—¡Cuidado con la toga! —rio Claudio al tiempo que se pasaba la mano por la cara para quitarse la humedad de los labios de Claudilla.

—Suerte, padre —le deseó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Claudio la miró con una ternura infinita. Con dieciséis años su hija se estaba convirtiendo en una mujer de excepcional belleza, o eso quería creer. La verdad es que no podía ser muy objetivo, pero aquellos ojos azules, sus cabellos dorados y su cara de tímida diosa embelesaban a propios y extraños.

—La tendré, Claudilla —contestó, haciéndole un pequeño cariño.

—Suerte, padre —oyó de pronto a su espalda. Aquella voz era ronca y robusta. Y era inconfundible.

—La tendré —contestó vuelto hacia Claudia *prima*, su hija vestal.

—Vete ya, es tarde —masculló en ese instante Antistia.

Claudio se encaminó a la salida, pero antes de cruzar bajo el vano del portón se giró hacia su esposa.

—¿No lo vas a decir esta vez? —graznó impertinente.

—¿Decir qué? —ladró ella.

—Bien que lo sabes.

Antistia avinagró su rostro, si es que era posible hacerlo en mayor medida, y elevó su barbilla.

—Tráeme la censura —exigió.

—Eso está mejor —dijo Claudio, y se marchó, fundiéndose con el enorme séquito de amigos, parientes y clientes que le esperaban para acudir al Campo de Marte.

Emiliano salió de su casa exhibiendo una gigantesca sonrisa. Se acercó a Sempronia para que le diera un beso, ella sonrió también de modo exagerado y fingido, le besó en la mejilla, todos los presentes cabecearon felices entre aplausos y Emiliano se zambulló en su impresionante séquito que, como una enorme cola de una túnica larga, le iba a seguir incondicionalmente, arrastrándose sumiso allí donde su opulento y poderoso patrono se dirigiese. Además de Lelio y Fabio, no faltaban, entre otros muchos, Quinto Pompeyo y

Nasica el Joven.

Después de estrechar la mano a los más allegados, tomó la vía alta del Palatino en dirección al *Germalus*, en el extremo occidental de la colina, con brío y magnificencia, dejando que los ciudadanos se le acercaran —aunque no mucho— extasiados. El olor de su gigantesca alcurnia, heredera de generaciones enteras de cónsules, dejaba a su paso un halo de grandeza inmaterial inconfundible e insuperable.

Con el misticismo con el que le gustaba rehogar su imagen de hombre culto, sobresaliente, familiar y piadoso, no se encaminó en primer lugar al Campo de Marte, sino que, dirigiéndose hacia el gran templo de Magna Mater, emprendió el camino de los recuerdos de antaño.

—Visita antes los edificios construidos y dedicados por los Emilio Paulo y los Escipión, a modo de honra. Al pueblo le apasionan estas supercherías propagandísticas. Les recuerda que también tienen gloria —le había aconsejado días antes Cayo Lelio.

Y así, siguiendo meticulosamente una sugerencia que le había entusiasmado, descendió las escaleras de Caco seguido de su comitiva de togas y, ya en el fondo del valle Murcia, tomó la calle hacia la puerta Trigémina, atravesando de lado a lado el foro Boario.

Poco después abandonaba Roma por el arco central de la puerta Trigémina, topándose con el barrio del Tíber y los muelles fluviales de Roma, rebosantes de actividad y ruidoso ajetreo, más aún al advertir su inesperada aparición. No era su mundo, pero poco importaba. Aquella mañana debía estar allí y entrar en el pórtico *Aemilia*, un gigantesco almacén construido por su padre durante su edilidad hacía ya prácticamente cuarenta años. Era un espacio sucio y oscuro tachonado de cientos de pilares que soportaban a su vez numerosas bóvedas superpuestas para dejar pasar algo de luz. Era también un lugar insano en el que pululaban a su antojo las ratas, pero era obra de su padre, que había querido dotar a la urbe de una gran estructura comercial al estilo de las más importantes ciudades de Siria, Asia Menor o Macedonia. Era, en definitiva, un sitio especial. Emilio Paulo y su ejemplo seguían muy vivos en aquellas piedras, pilares y muros de ladrillos anaranjados y toba gris volcánica.

Volviendo sobre sus pasos, caminó entre el Tíber y el foro Boario, alcanzando rápidamente los pequeños templos gemelos de Fortuna y Mater Matuta. El interior del primero estaba en penumbra, pero no lo suficiente para impedir apreciar en toda su belleza y armonía la Atenea traída de Macedonia por su padre, esculpida con maestría por Fidias. En su momento, la estatua había causado auténtica sensación en comparación con las esperpénticas y viejas figuras etruscas que adornaban los templos romanos, llenas de vivos colores rojizos y sonrisas de bufón de teatro. Pero Roma, gracias a su familia,

se dignificaba y refinaba con el tiempo, absorbiendo arte, ciencia y filosofía griegas. Era el signo distintivo de los Escipiones que él mismo cuidaba con esmero.

Al rato, rodeado de una populosa cohorte de seguidores cada vez más gruesa y estrepitosa, se dirigió al gran foro por el *vicus Tuscus*. Dejó a un lado la basílica Sempronia, giró a la izquierda y emprendió el ascenso del *clivus Capitolinus*. Ya en la cima del Capitolio se detuvo un instante junto al arco erigido treinta años antes por su abuelo adoptivo, Escipión Africano, adornado con siete estatuas, dos caballos dorados y dos fuentes. Lo contempló todo con ostensible orgullo, bien atento a que todos le vieran. A esas alturas los ciudadanos babeaban ya de admiración por respirar su mismo aire.

Hecho esto, llegó a la plaza capitolina y entró en el templo de Júpiter, yéndose a sentar en una bancada adosada a la pared de la *cella* central, la dedicada al gran dios. Esto lo hizo solo, a la manera como lo emprendía su abuelo Escipión Africano, pues cada vez que este tenía que tomar una decisión o presentarse ante una asamblea o unos comicios acudía primero al templo a meditar piadosamente. Era su modo de decir que actuaba bajo inspiración del mismísimo dios. Él no podía ser menos.

Al salir del templo volvió a comprobar que contaba con el apoyo incondicional de los ciudadanos. Un rugido como surgido de las entrañas de la tierra golpeó la plaza capitolina, en la que no cabía un alma más. Sonrió exultante pero comedido, saludó con la mano que la toga le dejaba libre y se encaminó hacia la vertiente oeste de la colina, descendiendo majestuoso las escaleras que conducían al Campo de Marte. Muchos vinieron entonces desde el lugar de votación, fundiéndose con los que bajaban del Capitolio y los que lo bordeaban entre carreras y alborotos.

Tras cruzar azarosamente los jardines de la Villa Pública en un sinfín de apretones de manos, recorrió los *saepta* y se acercó a los pies de la tribuna de los aspirantes a la censura. Se dispuso a subir los peldaños de la tribuna, pero un hombre rubio de brillantes ojos azules se interpuso en su camino. Emiliano no pudo evitar lanzar un suspiro. Apio Claudio era infatigable.

Apio Claudio, a diferencia de Emiliano, abandonó la vieja Roma por la puerta Fontinal, descendiendo al Campo de Marte por el *clivus Argentarius*. Al igual que Emiliano, le acompañaba un séquito enorme, pero bien distinto al de su gran rival. Claudio no se dejaba acompañar de ciudadanos de mala muerte y escasa reputación.

Él no se juntaba con el populacho y la plebe urbana que tanto amaba el Escipión adoptado. Él caminaba con los mejores, con sus clientes y con los

buenos ciudadanos llegados del campo, hombres honrados de rostros curtidos por el sol y la experiencia, de manos robustas y callosas, que trabajaban los campos con virtud y orgullo.

Eran justamente las gentes que sujetaban con su carácter las costumbres de Roma, guardando en sus pequeñas casas la panoplia de legionario que no dudaban en volverse a colocar si el servicio militar lo requería. Emiliano se jactaba de querer recuperar la vieja moralidad, pero al mismo tiempo alimentaba al populacho que estaba dispuesto a liquidarla. No merecía ser censor. Él, sí.

Claudio superó los recintos electorales, rodeado por una enorme y bulliciosa multitud, y se acercó a la tribuna de los candidatos.

Allí, sin parar de estrechar manos, pudo ver de reojo cómo llegaba a la tribuna Emiliano, circunstancia que aprovechó para adelantarse hacia las escaleras que ascendían a la tribuna, justo en el instante en el que su rival principal emergía de la masa humana, seguido de sus esbirros Lelio y Fabio. Claudio se puso en medio.

—Y después de tantas disputas por ser los mejores de Roma, aquí está Escipión Emiliano —le dijo Claudio con ironía.

—Y aquí está el incansable Apio Claudio —repuso Emiliano, usando el mismo tonillo.

—El camino ha sido largo —dijo Claudio.

—Más admirable para uno que para el otro —matizó Emiliano.

—Sin duda, el mío merece todas las cosas —aseveró Claudio.

Emiliano sonrió como pocas veces lo hacía.

—¿Puedo subir ya a la tribuna? —demandó—. Mis amigos y clientes desean votar ya.

—Pues que hablen los votos —zanjó esta vez Claudio, ascendiendo la plataforma, cómo no, en primer lugar.

—Que hablen —contestó un paciente Emiliano.

Y los comicios censales comenzaron. Y las centurias votaron. Y los comicios dictaron su sentencia, provocando que uno de los dos grandes hombres de Roma sonriera sin compasión alguna hacia el otro.

Serviliano sale de caza

Orsón (Hispania Ulterior), al mismo tiempo

Quinto Fabio Máximo Serviliano era el nuevo cónsul de Roma. Aún es más, era el nuevo cónsul al que le había tocado en suerte el gobierno de la provincia Hispania Ulterior.

Era él, por lo tanto, quien debía derrotar de forma definitiva al pastor lusitano llamado Viriato.

Dicho todo esto, Serviliano tenía un orgullo que no le cabía en el pecho. Que esto fuera así tal vez se debiera a quienes le habían tomado en adopción, los Fabio Máximo —lo que le convertía en hermano adoptivo de Fabio— , o quizás proviniera de su familia natural, los Servilio Cepión —de ahí el *cognomen* voluntariamente asumido, Serviliano—, pero, de un modo u otro, le traía sin cuidado. Ambas familias eran de condición patricia y de una alcurnia más grande que el monte Albano, todo lo cual se traducía en una verdad incontestable: por sus venas chorreaba nobleza y altivez.

Al mismo tiempo, se veía también como un hombre tranquilo y amable cuando era oportuno, pero impulsivo, resolutivo, agresivo e incluso poco dado a la piedad en los momentos en los que debía imponer este temperamento, pues no se andaba con zarandajas. Sus ojos negros, pues todo en él era oscuro, tanto su cabello como su tonalidad de piel, eran capaces de tragarse cuanto estuviera a su alcance, y esto era precisamente lo que tenía previsto hacer en Hispania Ulterior, succionar a Viriato y enviarlo al Averno para que se pudriera allí eternamente. Era el destino que merecía quien le había cogido el gusto de mearse en la cara de cada cónsul o pretor que cayera por aquellas tierras.

Aun así, por mucho que llegara a la Ulterior con instinto asesino, era igualmente consciente de que no debía subestimarse en absoluto a Viriato. Para vencerlo, pensaba, era necesaria una esmeradísima planificación y, sobre todo, sorprenderlo con movimientos muy rápidos, pues había llegado la hora de que fuera Viriato quien tuviera que zafarse de los puñetazos, y no al revés; que fuera Viriato quien tuviera que dormir con angustia, sintiendo el aliento del ejército de Roma en el cogote, no al revés; y que fuera Viriato quien saboreara la caliente orina romana sobre su rostro, y no al revés.

Con tal ánimo, tras desembarcar en Carteia, se puso en marcha de inmediato hacia Orsón, lugar en el que había convocado a sus fuerzas para sumar un total de dieciocho mil infantes y mil seiscientos jinetes. No obstante, necesitado de más tropas, antes de su partida de Carteia, se cuidó de solicitar al rey númida Micipsa el envío de elefantes y de contingentes de caballería. Gulusa, el antaño gran aliado en la toma de Cartago y amigo de Emiliano,

había fallecido poco antes.

Ya en Orsón tuvo noticias de que las fuerzas númidas estaban en camino, pero no quería esperar ni un día más. Sabía que Viriato merodeaba cerca de Tucci —a pocos días de distancia— tras haber rapiñado a su antojo durante un año entero la Ulterior occidental, por lo que era preciso ir en su caza antes de que se escabullera en el interior de Hispania, como acostumbraba cuando se veía sometido a presión.

Serviliano tenía las cosas muy claras. No quería expulsar a Viriato hacia Lusitania o hacia Hispania central, ni mucho menos; lo que quería era abatirlo y exhibir su cabeza en Roma. No estaba dispuesto a tener compasión alguna. Llegaba con el apetito de arrasar cada ciudad rebelde, de quemar granjas y cosechas, de arruinar pueblos, violar mujeres, pasar a cuchillo a poblaciones enteras y, sobre todo, cortar manos derechas, tantas como fuera posible, del modo en el que lo hacían los lusitanos como ofrenda a sus primitivos dioses. Quien acompañase o simpatizase con la causa de Viriato podía darse por muerto. Había llegado el momento de imponer la más severa autoridad romana.

Tras reunir a sus legados y tribunos en su tienda de mando, ordenó que se colocaran alrededor de un enorme mapa de Hispania Ulterior. Cuando los tuvo a su derredor, Serviliano escrutó a todos y cada uno de sus oficiales con gesto autoritario, como queriendo marcar desde el principio el carácter con el que iba a manejarse.

Entre los tribunos militares destacaban los jóvenes Tiberio Sempronio Graco, Cayo Fannio Estrabón, Marco Octavio y Quintillo, el hijo mayor de Fabio, su hermano por familia adoptiva. Aquellos jóvenes eran, en suma, los llamados como «el contubernio de los pedos». Al parecer, les había puesto ese ridículo nombrecito su propio hermano adoptivo, Fabio, pero, filtrado a las legiones, no había soldado que no les identificase de este modo. A su juicio, era soez e impropio de muchachos de su alcurnia, pero, aun así, no estaba en Orsón para disciplinar a aquellos jóvenes ni interponerse en aquellas idioteces. Ya crecerían.

—Mañana mismo partiremos a marchas forzadas hacia Tucci —dijo al fin tras terminar su ronda de observación, poniendo uno de sus largos y elegantes dedos sobre el mapa—. Avanzaremos por partes —continuó—, yo mismo al frente de ocho mil infantes y ochocientos jinetes con raciones y aprovisionamientos solo para una semana. No quiero llevar nada más. No quiero carromatos lentos y pesados. Quiero alcanzar Tucci antes de que Viriato nos huela siquiera. Antes de que tenga tiempo de reunir fuerzas. Antes de que comprenda que ya no se enfrenta a un ejército de caracoles. Quiero sorprenderlo.

—¿Y el resto de las tropas? —preguntó Tiberio.

Serviliano asintió enérgico.

—Avanzarán por partes según su velocidad, protegidos por turmas de caballería. No quiero marchas sin cautela, ¿me habéis entendido? —demandó con aspereza—. No quiero columnas legionarias marchando como si fuese un desfile triunfal. Los bagajes irán en medio. Caballería ligera y pesada en vanguardia y retaguardia. Los legionarios con la panoplia puesta, nunca al hombro. Vélites como moscas nerviosas con sus jabalinas dispuestas. Y partidas de exploradores por delante y por los flancos. ¿Me habéis entendido? —repitió sin esperar en verdad respuesta—. Si caga un perro en Tucci quiero saberlo. Si mea un lusitano borracho en Corduba tengo que sentir su orina podrida de cerveza. Y si dos cabras se aparean en Obulco quiero oírlas. ¿Entendido?

—¡Entendido! —rugieron sus legados y tribunos.

Serviliano sonrió de oreja a oreja.

—Pues que comience la cacería —exhaló, lleno de placer.

La moderación de Metelo

Kelse, al mismo tiempo

Metelo Macedónico dejó atrás la ciudad de Kelse para unirse a sus tropas, que le esperaban en perfecta formación a pocas millas tras haber levantado el acuartelamiento invernal.

Un comienzo de año especialmente frío y una primavera torrencial le habían enfangado en tierras del valle medio del Iberus, retrasando su inicio de campaña. Para colmo de males, algunas de las ciudades ya apaciguadas en otoño habían decidido de forma tan torticera como estúpida pasar a cuchillo a algunas guarniciones romanas, cambiando de nuevo de bando. Volverlas a traer al redil le había llevado su tiempo.

—Maldito país —porfió en cuanto pasó revista a sus treinta mil hombres, impresionantemente engalanados con todas sus armas, insignias y enseñas.

—Tierra de lobos —espetó su legado Occio con mirada impasible, dirigida a poniente, hacia el omnipresente monte Chaunos, que como una enorme y natural mole marcaba la frontera con Numantia.

Metelo advirtió el gesto de Occio, clavado en el infinito, y él hizo lo propio, como si fuera un águila y se elevara por encima del Chaunos para sobrevolar la Celtiberia profunda, los dominios numantinos, un lugar escabroso que, en realidad, no tenía ninguna gana de visitar. Sus hombres se habían curtido mínimamente en la campaña pasada en los asedios de Contrebia y Nertobriga, pero no lo suficiente como para penetrar con decisión en los altiplanos boscosos y agrestes de la tribu de los arévacos. No se derrotaba a aquellas gentes con aquellos infantes bisoños que, por muchas cotas de malla que lucieran o por muchos e intimidantes penachos negros y rojos que ondearan sobre sus cascos, solo ansiaban salir por piernas de Hispania. En estas condiciones, el verdadero triunfo era no salir derrotado.

Por lo demás, tampoco tenía voluntad alguna de mostrar la severidad y disciplina aplicada antaño a sus legiones en Macedonia. Su férreo comportamiento con ellas le había costado una catastrófica falta de popularidad y, a la postre, dos sonoros fracasos en las elecciones consulares porque ningún ciudadano quería volver a estar sometido a su mando militar. Y por ello mismo ya no estaba dispuesto a comprometer ni una vez más su prestigio. Ya era cónsul y como pretor había obtenido el derecho a llamarse Macedónico, un logro y una dignidad sin parangón. Su *cursus* estaba de momento colmado y ahora se debía a la prudencia y a cultivar la imagen de un noble dominado por la virtud, la moderación, la gravedad y la elocuencia. Aplastaría la rebelión celtíbera, por supuesto, pero lo haría solo en las

inmediaciones del río Iberus. Avanzaría después hacia el monte Chaunos y escarmentaría a las poblaciones belicosas de sus faldas. E incluso entraría en las tierras de los vacceos, que eran los vecinos occidentales de los numantinos y sus vendedores de trigo, pero allí detendría su campaña, pues no estaba dispuesto a hacer el ridículo como hace años les había sucedido a cónsules como Nobilior, derrotado ignominiosamente por los numantinos en los bosques del interior. No necesitaba desastres, solo popularidad, la toma de algunas ciudades y plazas fuertes y el saqueo y quema sistemática de granjas y cosechas. Con eso, más que suficiente para volver a Roma con suma dignidad. Ya se encargarían sus sucesores de tragarse el sapo que suponía Numantia.

—Tengo ganas de estirar las piernas —oyó que rumiaba Occio.

Metelo rio por lo bajo.

—¿Nada más? —dijo divertido.

Occio se encogió de hombros.

—Si quieres puedo decir que estoy deseando meter *gladii* por los culos de los celtíberos, cortar unas cuantas cabezas y manos derechas y dejar los campos llenos de cadáveres para que los buitres se los coman, como a ellos les gusta, pero creo que ya se sobreentendía con mi primera frase —espetó con su indolencia típica, indolencia que cesaba en cuanto empuñaba el gladio y cargaba contra todo lo que se le pusiera delante con su fuerte corpachón.

Metelo, muerto de risa en su fuero interno, se giró para mirarle a la cara. Enseguida vio que algo no iba bien.

—Occio, no te reconozco —farfulló guasón.

El legado no respondió. Se limitó a mirar al suelo, otear un poco a su derredor y agacharse a arrancar una ramita verde y llevársela a la boca.

—¿Ahora? —preguntó entre dientes.

Metelo dibujó una enorme sonrisa.

—Que resuenen las tubas de avance. Vamos a ofrecer a los buitres un gran banquete a este lado del Chaunos —dijo.

—¿Solo a este lado? —replicó Occio.

—Si quieres, un día te dejaré hacer una incursión más allá del monte para que veas Numantia —condescendió Metelo para satisfacer al niño gigante que tenía a su lado.

Occio asintió muy despacio, al parecer complacido.

—Que toquen a avance —se limitó a ordenar a uno de los tribunos militares.

Las tubas se elevaron entonces al cielo y tembló el suelo. Treinta mil hombres se pusieron en marcha para segar toda hierba que creciera entre el Iberus y el monte Chaunos. Después, para quien fuera elegido cónsul, solo quedaría la verdadera bestia de aquellos lares, Numantia.

Un censor inflexible

Roma, al mismo tiempo

Emiliano se sentía en el Olimpo. Allí, sentado en una silla curul en medio del Campo de Marte, todos le observaban.

Iniciados los comicios censales, el voto de las dieciocho centurias ecuestres había confirmado una ligera ventaja a favor de Claudio, pero sin ser determinante. Después, el escrutinio de las seis centurias de los *sex suffragia* y de las setenta de la primera clase había comenzado a inclinar la balanza a su favor.

Finalmente, pasado el mediodía, el voto de las centurias de la segunda clase, aquellas que empezaban a estar integradas por ciudadanos más humildes que lo adoraban, desniveló el resultado de modo aplastante. La suerte estaba echada. Ya no era necesario que votaran las centurias de la tercera, cuarta y quinta clase. Los comicios eran soberanos. Era el censor patricio de Roma y lo era a los cuarenta y dos años, un hecho extraordinario.

Pero todos le seguían mirando, incluido el derrotado, Apio Claudio, congestionado de modo grotesco, retorcido como un árbol tenebroso, rígidos sus labios, incapaz de digerir su derrota.

Pero debía hablar. Debía sentar las bases de cómo iba a ser su censura, de cómo iba a manejarse ante los ciudadanos en términos de moralidad; de exponer a oídos de todos lo que ya le había anticipado a su hermano Fabio en las ruinas humeantes de Cartago. Su camino era imparable. Era el censor patricio. Era el hombre de mayor rectitud y autoridad de Roma. Era él mismo.

Se puso en pie e inició su discurso, el que tenía bien aprendido desde hace días, aquel que haría escribir con el título «*Oratio quam dixit in censura, cum ad maiorum mores populum hortaretur*».

—Padres conscriptos, quirites, primero está el censo —se arrancó con toda pompa y ceremonial—. Cada lustro el ciudadano romano debe presentarse para ser censado en Roma y declarar bajo juramento su familia, esposa, hijos, esclavos y demás bienes. Inscribirse significa libertad. El censo es lo que nos hace ciudadanos de Roma, lo que nos convierte, no en un puñado de bárbaros, sino en un pueblo que actúa en una comunidad ordenada que obedece libremente a los magistrados. El censo atribuye identidad y sitúa a cada hombre en su tribu y en su clase censitaria en función de su riqueza y de su comportamiento moral. El censo nos hace hombres de Roma. ¡Eso es el censo! —declamó con aires de grandeza al tiempo que advertía cómo las cabezas de los ciudadanos asentían.

»Lo segundo es la lista de senadores y caballeros, pero no todos los senadores ni los caballeros tienen garantizada su posición de por vida, sino

por su ejemplo. Que quede esto claro, ¡por su ejemplo! Los senadores deben lucir con dignidad sus insignias, tanto como los caballeros sus caballos públicos, y todos ellos hacerlo como estandartes que guían al pueblo con sus acciones y sus virtudes. Un senador no puede llevar una existencia lujuriosa y disoluta, ni un caballero lucir su obesidad al tiempo que descuida su caballo público. ¡La dignidad, la decencia, la contención y la virilidad nos hacen hombres de Roma, porque eso es lo que somos, hombres de Roma!

Los ciudadanos asentían convencidos, pero no tanto algunos senadores y caballeros, especialmente los gordos, que comenzaban a temer lo que se les podía venir encima.

—Y, en tercer lugar —prosiguió—, está la justa adjudicación de los contratos del Estado, como el aprovisionamiento de las legiones, la construcción y reparación de templos y edificios públicos o el arrendamiento de los impuestos, labores que han de caer en manos de sociedades y contratistas adecuados según el mejor precio, no según favores y apetencias. La justicia nos hace hombres de Roma, porque eso es lo que somos, ¿verdad? ¡Hombres de Roma! —peroró reiterativo, remarcando cada una de sus palabras—. Y os preguntaréis —dijo tras una breve pausa— que por qué os recuerdo las funciones de los censores. ¿Acaso no las conocemos ya? ¿Es que acaso no conocemos su solemnidad? —inquirió con celo—. Muchos me dirán que sí, que las conocen y respetan, pero permitidme que lo dude. ¡Sí, yo lo dudo! —gritó—, lo que me obliga a recordarlas por una sencilla razón, porque el censo no es confiado a esclavos públicos, a escribas aplicados o a magistrados menores. ¡No! —Elevó súbitamente la voz—. La gravedad de estas funciones recae en hombres que hayan probado su valor y autoridad ¿Cómo si no? ¿Cómo no se va a entregar a hombres de recta integridad evaluar la virtud de un senador, la decencia de un caballero o la fortuna de un ciudadano para asignarle su justo lugar en la jerarquía cívica? ¿Estamos seguros de recordarlo? ¿No hemos olvidado qué nos hace romanos? Porque somos romanos, no bárbaros. Y porque hemos querido desde los tiempos de los reyes servirnos de lealtad, buena fe, severidad, esfuerzo, decencia y disciplina moral. ¡Eso es ser un buen romano!

Su expresión se oscureció. Luego guardó un largo e inquietante silencio, tanto que llegaron a escucharse con nitidez los chillidos de dos águilas que sobrevolaban los miles de cabezas apelotonadas alrededor del altar de Marte.

—Yo os digo hoy y ahora —añadió a modo de conclusión— que he de hacer respetar la antigua solemnidad de las funciones censales y la rectitud de todo hombre. Y sabed bien que reprobaré a quienes descuiden los campos a su cargo, al caballero que tenga su caballo flaco, a quienes hagan chistes a destiempo ante los magistrados, a quienes se divorcien sin motivo justo, a los soldados cobardes, a los senadores que más parezcan mujeres que hombres y,

desde luego, a quienes el vicio sea su forma de vida, por citar ejemplos de cuál ha de ser mi rigor. No dudaré en dictar notas censorias. ¡No dudaré en marcar con la ignominia y arruinar el buen nombre de quien no lo merezca! —rugió, volviendo a elevar la voz—. ¡Y no dudare en degradar senadores, caballeros y ciudadanos a la simple condición de erarios, como simples hombres sin derecho a voto, por lujuria, afeminamiento, declive del espíritu militar y cívico o depravación! —clamó, pasando al grito—. ¡Esto os prometí y esto he de cumplir como censor de Roma! ¡Haré respetar las costumbres de nuestros mayores! ¡Abriré las casas y entraré hasta vuestros dormitorios si es necesario! Tenedlo por hecho y seguro —sentenció con una súbita disminución de volumen para, sin tiempo a nada más, encaminarse al templo de Júpiter Capitolino embebido en su propia soflama.

Solo había una cosa que le disgustaba, el hombre elegido censor plebeyo, su colega en el cargo, Lucio Mumio, el vencedor de la Liga Aquea y destructor de Corinto. No le gustaba nada.

—¿Quién se ha creído que es? —bramó Apio Claudio, agitando los brazos desaforadamente en cuanto puso un pie en su *domus*—. ¿Se piensa que es un gramático griego abroncando a sus alumnos? ¿O se cree el mismísimo Catón en uno de sus famosos discursos de pacotilla? —rugió, echando salivazos por doquier.

Antistia, al oír los gritos, inhaló una enorme bocanada de aire, dejó la lectura de la *Medea* de Eurípides, se puso en pie y salió al atrio, donde su esposo aullaba sin parar en presencia de su hijo Apio.

—¡Igual se cree que habla todavía a las legiones de África! ¿Se ha visto alguna vez tanta insolencia y vanidad en un censor? —continuaba Claudio encelado.

—Apio —se limitó a decir Antistia con suma frialdad, tanto que un halo de hielo barrió la espaciosa sala. Claudio, congelado, se quedó quieto un instante, pero tuvo arrestos de sacudirse la escarcha y volverse hacia su esposa como un animal herido.

—No me digas que me calme —bufó rabioso.

—No te he pedido tal cosa —espetó Antistia.

—Su arrogancia y superioridad se alejan escandalosamente de las virtudes con las que se le llena la boca —jadeó Claudio.

—Te ofuscas en exceso —le reprochó Antistia.

Claudio abrió los ollares como un caballo salvaje.

—Yo lo merecía. ¡Yo merecía ser censor de Roma! —gritó, dominado por la furia—. ¡Yo no contravine la ley para ser cónsul! ¡Yo no manipulé ni

llamé a la rebelión al pueblo para alcanzar mi gloria! ¡Yo luché rodeado de salasos y no contra una ciudad moribunda! ¡Yo tengo más autoridad moral que él! ¡Yo, yo y yo! —clamó con las venas azuladas del cuello a punto de explotarle.

—Te ofuscas demasiado, esposo, no deberías estar tanto tiempo con Galba y Nobilior —insistió Antistia como un témpano, sin levantar la voz lo más mínimo.

Claudio ahuecó el rostro en una mueca hiriente.

—¿No me irás a decir ahora que la solución es el joven Graco? —dijo despectivo.

—No digas tonterías, esposo, ¡y escúchame de una vez! —chilló Antistia. Claudio la miró gruñendo como un perro, nada había que la intimidara—. Dime —continuó Antistia—, ¿quién es el colega de Emiliano en la censura? ¿Quién ha sido elegido censor plebeyo?

—¿Que quién es? —saltó Claudio con sorpresa.

—Sí, que quién es —graznó Antistia con el ceño fruncido.

—Lucio Mumio —contestó Apio hijo, que miraba la escena desde una prudente distancia.

—Lucio Mumio… —masculló entonces Claudio, dejando en suspenso la frase mientras su respiración comenzaba a calmarse.

—Sí, eso mismo, Lucio Mumio —reiteró una altiva Antistia—, el conquistador de la Liga Aquea, el destructor de Corinto y el hombre que más riqueza ha traído a Roma desde los tiempos de Lucio Emilio Paulo —recordó —. Pero si todavía no te das cuenta de lo que significa que Lucio Mumio sea el colega de Emiliano, es que eres el Claudio más memo que haya podido existir.

Claudio fue a sentarse en un sillón colocado en un extremo del atrio. Cuando lo alcanzó, se dejó caer mientras resoplaba para aminorar su agitación. Es verdad que había vuelto a casa desde el Campo de Marte acompañado de Galba y Nobilior, dos auténticos expertos en sacar lo peor de uno mismo.

—Pero yo lo merecía —insistió en un lamento.

—No te engañes, Apio —negó Antistia sin compasión—. Es un Escipión y el vencedor de Cartago.

—¡Y yo el triunfador sobre los salasos! ¡Yo salí de aquel valle de muerte! ¡Yo, no él! Y yo volví para masacrarlos, a todos, a todos… —se dejó llevar, al tiempo que extinguía su voz.

—No podías vencer —insistió Antistia.

Claudio cabeceó impotente. Aun así, calmado, pudo por fin ordenar sus ideas, tanto que el fulgor gélido de sus ojos azules comenzó a brillar de nuevo, como si una chispa celestial hubiera prendido milagrosamente en su alma.

—Pero Lucio Mumio es una enorme almorrana en su culo —porfió en un libidinoso susurro—. Lucio Mumio no le va a dejar cagar a su gusto durante todo el lustro —añadió excitado.

Antistia sonrió. Su esposo estaba por fin de regreso, pero no dijo nada más, dejando que Claudio terminara la reflexión, como así fue.

—Mumio vive en la ostentación y en el lujo —continuó Claudio—. Lucio Mumio es un hombre nuevo, alguien que no querrá enemistarse con nadie, un queda bien que no va a permitir que Emiliano tome ninguna decisión que sea demasiado severa, no al menos contra senadores y caballeros —continuó reflexivo.

—Mumio va a echar por tierra toda la palabrería moralizante de ese Escipión adoptado —farfulló Antistia con cara aviesa.

Claudio se incorporó del sillón como una centella y estiró la espalda.

—Mumio va a vetar todas las decisiones relevantes de Emiliano —confirmó—. Y me encanta cómo suena en tus labios lo de «Escipión adoptado» —añadió divertido.

Antistia giró levemente su cuerpo y miró a su esposo de soslayo, orgullosa, como una víbora amenazante.

—Mumio solo quiere repartir por toda Italia el inmenso botín que trajo de Corinto y convertirse en el hombre más afable, generoso, moderado y desprendido de todos los tiempos —siseó—. Ni por asomo está en su modelo de censura ser severo, retirar caballos públicos ni degradar a nadie. Ejercerá su veto sin pestañear. Emiliano no podrá ni abrir la boca si él no quiere —aseveró.

Claudio, recuperado del todo, exhaló una grotesca carcajada.

—¡La censura de Emiliano va a ser una ruina! —exclamó.

—Y tú, Apio, llegarás a ser censor —le animó Antistia.

—Pero entretanto disfrutaré de la frustración de Emiliano —respondió Claudio, ahora ya eufórico y puesto en pie.

Antistia cabeceó paciente, recuperando su normal rictus de matrona malhumorada e inflexible.

—Disfrutarás de las frustraciones de Emiliano, una detrás de la otra. Y ahora voy a seguir leyendo, pero, por favor, esposo, no te dejes acompañar tanto de Galba y Nobilior —bufó mientras caminaba hacia sus estancias—. Hay hombres más inteligentes en esta ciudad.

—Haré lo que me dé la gana —espetó Claudio.

—Ni lo sueñes —replicó Antistia, alejándose.

—¡Será lo que yo…!

—¡No! —culminó expeditiva Antistia.

Claudio, de todos los colores, puso los brazos en jarras y miró a su hijo con cara de malas pulgas.

—Yo no tengo nada que decir —se excusó Apio hijo antes de escabullirse como una lagartija.

Y Claudio, impotente por no ser él quien dijera la última palabra, le armó la bronca a la primera esclava que tuvo la mala idea de cruzar en ese instante por delante de sus narices. A él, nada ni nadie le dejaba con la palabra en la boca. Ni Emiliano ni Antistia.

La primera frustración

Roma, inicios de abril

Tras el primer discursito moralizante de Emiliano, el censor plebeyo Lucio Mumio convocó una *contio* para abrir el lustro censal, realizando una primera intervención pública en la que relajó notablemente el riguroso mensaje del todopoderoso Emiliano. Este, por su parte, quieto como un poste en las escaleras de la curia Hostilia, bajo la atenta y gozosa mirada de Claudio, se dedicó a observar a su colega con gesto impertérrito, frío como el mármol, pero con el claro deseo de convertirse en el mismísimo Júpiter y chamuscarlo de arriba abajo con uno de sus cegadores y aparatosos rayos.

Después, no pasó nada interesante en tres semanas. Los dos censores se dedicaron a preparar los pliegos de las adjudicaciones de los contratos públicos, que aparecían en las llamadas *leges censoriae*, y a regular en su propia *lex censui censendo* cómo iban a llevar a cabo formalmente el censo.

Hecho esto, como era tradicional, se celebraron en los idus de marzo las subastas públicas para el arriendo de impuestos, la ejecución de obras públicas o la gestión de explotaciones mineras. Y como Emiliano y Mumio eran muy metódicos y escrupulosos cuando del dinero ajeno se trataba —en esto sí que eran asquerosamente iguales—, las pujas de publicanos y contratistas fueron muy beneficiosas para las arcas del Estado, provocando incluso que ambos colegas se dignaran a mirarse a la cara y se felicitaran, aunque no era más que un espejismo.

O al menos así lo deseaba ardientemente Claudio porque lo mejor estaba por suceder. Había llegado el momento. Los dos censores iban a iniciar las labores censales propiamente dichas, y he aquí donde se preveía que chocaran como dos titanes encelados.

A comienzos de abril los dos censores convocaron a los senadores en la curia Hostilia, pero no para celebrar una sesión, sino para renovar la lista de senadores, la conocida *lectio senatus*, renombrando a los que ya lo eran y merecerían seguir siéndolo y designando a los nuevos al tiempo que los ordenaban según su autoridad, dignidad y prestigio.

De hecho, los censores podían expulsar del Senado a los padres de la patria corruptos, inmorales o indignos, todo lo cual requería que senadores y candidatos desfilaran uno a uno para declarar las magistraturas, embajadas y cargos sacerdotales, además de pronunciarse sobre su familia, sus bienes, gastos y si estaban o no divorciados, en un compendio de hechos que los censores analizaban meticulosamente para colocar a cada uno en el lugar adecuado de la lista, ya fuese el *princeps Senatus*, los censorios, los consulares o, en último lugar, los novatos y de menor prestigio, los llamados

senadores pedarios.

Claudio, Galba y Nobilior, acompañados esta vez de Hostilio Mancino, llegaron a la curia Hostilia y pasaron en fila de a uno ante la pequeña tribuna montada en la presidencia del vetusto edificio.

Todos ellos declararon bajo la atenta y penetrante mirada de Emiliano, que no la de Mumio, que les sonrió sin mesura. Ambos censores estaban sentados tras la mesa en la que los escribas anotaban frenéticamente todos los datos.

Realizado el juramento, Claudio y los suyos no abandonaron la curia, sino que, como otros senadores, fueron a sentarse en una de las gradas laterales. Tal vez ocurriera algo, o no, pero tenían tiempo que perder, por lo que se desparramaron e iniciaron una distendida conversación.

Primero hablaron de las cosas serias, entre ellas el estado de la guerra en las dos provincias de Hispania, que consideraban lamentable y humillante bajo el mando de Serviliano y Metelo Macedónico, dos escipiónicos de poca monta. No olvidaron después comentar que en Macedonia las cosas se estaban poniendo feas, con un individuo que pretendía restaurar la vieja monarquía. Y rieron seguidamente al traer a colación que el senador Acilio Glabrión había escrito una *Historia de Roma* en griego que, a su entender, era mala y pedante.

Agotados estos recursos, y mientras seguían circulando cadenciosamente todos los senadores para hacer la oportuna declaración, pasaron a hablar de las cosas menos serias, algo que en verdad les entretenía mucho más.

—He decidido ampliar la rentabilidad de mis fundos de Cameria —dijo Galba. Sus compañeros se echaron hacia adelante para oírle bien—. Eso he decidido hacer. Es hora de invertir —añadió justo antes de que su rostro adoptara una pose de odio al ver entrar a la curia a Nasica el Joven, a quien no soportaba.

—¿Has comprado más esclavos? No dan tantos problemas como los campesinos libres —expuso Mancino, dedicándole a Nasica, igualmente, una furibunda mirada. Tampoco lo aguantaba.

—No es que den más problemas, es que no tienen que alistarse en las legiones. Y si uno se muere, lo reemplazas con tres más y punto —espetó Nobilior, pero esta vez con la táctica de ignorar a Nasica, pues era lo único que se merecía.

—Todavía no nos has dicho cómo vas a incrementar tus ganancias, Galba —dijo Claudio, sonriéndole irónicamente a Nasica, que se disponía ya a prestar juramento—. ¿Vas a plantar más de tus lucrativas viñas?

—¿Más olivos acaso? —añadió Nobilior lleno de curiosidad.

Galba negó decididamente.

—Por nada del mundo —repuso—. He decidido comprar gansos, pavos,

palomas, perdices, peces de colores y abejas para tener la mejor miel de Italia. No todo van a ser vacas, bueyes y ovejas —rio—. El paladar de los romanos es cada vez más exquisito. ¡Hay que criar manjares! —exclamó lleno de júbilo.

—Un buen esclavo cocinero vale los dos ojos de la cara —protestó Claudio.

—Si quieres manjares, cría caracoles —intervino Mancino—. Los de mis fincas en Etruria son gigantescos. En cuanto caen dos gotas de agua aparecen a cientos. Son deliciosos.

—Ahora comprendo esa barriga —se mofó Nobilior.

—Por no hablar de tu papada —contraatacó Mancino.

Nobilior se hizo el ofendido, pero como sus carnes eran insuperables, optó por desviar la atención a otro lugar.

—Y a ti, Apio, ¿cómo te gustan los caracoles? —le preguntó a Claudio. Este, sin embargo, no le contestó, pero sí hizo repetidos ademanes para que todos callasen al tiempo que señalaba con gesto travieso hacia la entrada de la curia, como queriendo decir que se iba a armar la de Cannas.

Galba, Nobilior y Mancino giraron sus cabezas en perfecta coreografía, advirtiendo de inmediato que, efectivamente, podía haber fiesta. Quien acababa de acceder al edificio era Publio Sulpicio Galo, un senador de mediana edad que de un tiempo a esta parte parecía haber desatado todos sus vicios. Se depilaba las cejas, vestía túnicas largas que le cubrían las manos y, para colmo, le gustaban los hombres y efebos a morir. Sulpicio Galo era, en definitiva, el ejemplo de senador indecoroso, el tipo de hombre supuestamente revestido de dignidad que más odiaba Emiliano.

—Esto promete —babeó Claudio, siguiendo cada uno de los pasos de Sulpicio Galo.

—Que se levanta, que se levanta —susurró por lo bajo, muerto de risa, Galba, dando pequeños codazos al resto de los miembros del grupo.

El que se levantaba con gesto serio y severo era Emiliano, que se adelantó hasta la mesa de anotaciones, lugar en el que ya aguardaba Sulpicio Galo.

—Y va vestido al modo antiguo —se mofó Galba, destacando que Emiliano iba ataviado con una simple túnica corta y ceñida bajo la elegante toga, como los senadores de antaño, todo lo cual creaba una estrambótica escena entre dos estilos diametralmente opuestos.

—Shhh, calla, que va a hablar Emiliano —exigió Claudio.

—Sulpicio Galo —oyeron que declamaba Emiliano con toda solemnidad e impostación. Su voz rebotó en las silenciosas paredes de la curia. Nadie hablaba, todos miraban expectantes—. Quien a diario se acicala ante el espejo y se perfuma; quien se depila las cejas y se pasea con la barba y los muslos

rasurados; quien, en los banquetes, como un jovencito, se acuesta con su amante, ocupando un puesto de menor rango, con su túnica de mangas largas; quien no solo es un borracho, sino que, además, le gustan los hombres, de ese, solo puede decirse que es un pervertido. Un hombre así no merece el rango senatorial. Quedarás expulsado del Senado —espetó Emiliano a bocajarro.

Todos los senadores se quedaron patidifusos. Nadie esperaba que Emiliano fuera a llegar tan lejos. Sulpicio Galo intentó replicar, pero se le trabaron las palabras. Claudio se quedó con la boca abierta, extasiado. Galba y Nobilior tuvieron que hacer auténticos esfuerzos para no soltar una carcajada. Mancino miraba a todas partes como queriendo decir «¿Pero es que Emiliano se ha vuelto loco?», y el propio Emiliano se mantenía hierático y con gesto desafiante como un padre radicalmente inflexible que está a punto de defenestrar al hijo que le ha salido decepcionante.

Pero sucedió lo que Antistia había predicho cual oráculo de Delfos. En el silencio más absoluto chirriaron la patas de la silla del censor plebeyo Lucio Mumio. Todos lo miraron. Este se levantó como si tal cosa, dio un paso adelante y se colocó junto a Emiliano.

—Veto —dijo con toda tranquilidad, y volvió a su silla.

Los senadores se quedaron doblemente patidifusos. A Sulpicio Galo no le salían todavía las palabras. Galba, Nobilior y Mancino sellaron sus bocas con el aliento contenido. Emiliano, petrificado, con mirada asesina puesta en ninguna parte, seguía en pie, queriendo liquidar a todo ser viviente mientras Mumio sonreía como si estuviese en una merienda en su villa rústica. Solo Claudio tuvo arrestos de abrir la boca. Eufórico, se volvió hacia Nobilior.

—Me has preguntado antes que cómo me gustan los caracoles —bramó sin miedo a ser oído—. ¡Pues me gustan bien gordos! —exclamó a mandíbula batiente. Si todo continuaba de este modo, se lo iba a pasar mucho mejor que en los grandes juegos de Roma.

Solo una piedra en el camino

Hispania Ulterior, mediados de abril

Según lo planificado, Serviliano partió de Orsón con sus ocho mil infantes y ochocientos jinetes de vanguardia y se precipitó hacia el noreste, tomado a marchas forzadas el camino de la ciudad de Tucci, donde esperaba sorprender a Viriato.

Cruzó el río Singilis[18] y se apresuró como una veloz víbora por los ricos campos de la región, abatiendo partidas enteras de hombres del lusitano que descansaban plácidamente sin esperar la llegada de los romanos. Puede que algunos de aquellos grupos solo fuesen campesinos, pero no estaba para indagaciones. Debía avanzar llevándoselo todo por delante. Aquellas tierras lo mismo un día eran afines a Roma y al siguiente a Viriato, por lo que era del todo necesario hacerles sentir vulnerables y doblegar su voluntad.

El plan marchaba a las mil maravillas. Serviliano estaba contento. Tucci quedaba ya a solo un día de camino. Y no había rastro de Viriato. Su avance era imparable.

Viriato y Ditalcón cabalgaron colina arriba. A pocos pasos de la cima detuvieron sus corceles, echaron pie a tierra, se tumbaron y reptaron hasta el collado, asomando sus cabezas. El viento golpeó sus caras y agitó sus cabellos al tiempo que divisaban el valle de poco más de tres mil pasos de anchura por el que discurría la columna romana.

—¿Un nuevo rebaño al que sorprender? ¿Hacemos lo de siempre? —rumió Ditalcón lleno de lascivia.

—No —repuso Viriato con mirada seria, escrutando el avance de los hombres de Serviliano.

Ditalcón gruñó como un perro de mal carácter.

—¿Vas a dejarlos pasar?

—No he dicho eso.

—¿Pues qué has dicho?

—Que no vamos a hacer lo de siempre —contesto Viriato sin dejar de escudriñar a los romanos, que como hormigas acorazadas avanzaban en perfecta formación.

Ditalcón suspiró paciente.

—¿Qué has visto esta vez? —preguntó hastiado. A Viriato le encantaba marearlo.

—Que han llegado hasta aquí antes de lo previsto —farfulló.

—Eso nunca ha sido un problema.

—Sí, cuando no nos ha dado tiempo a agrupar todas nuestras fuerzas —replicó Viriato.

—Eso nunca ha sido un problema —reiteró Ditalcón con su característica obstinación.

—Mira su disposición —prosiguió Viriato. Así lo hizo Ditalcón—. Los legionarios llevan puesta la panoplia y se mueven en cuadro, con los pocos bagajes que llevan protegidos en el centro.

—Y caballería en los flancos y en la retaguardia —murmuró Ditalcón.

—Además de infantes ligeros en vanguardia —matizó Viriato.

—Parece que vienen aprendidos.

—Vienen preparados.

—¿Y no es lo mismo? —inquirió Ditalcón, medio ofendido.

—Una cosa es venir aprendidos y otra venir preparados —insistió Viriato—. Si han aprendido, harán siempre lo que están haciendo hoy. Lo harán sin pensar, pase lo que pase. Pero si solo vienen preparados, olvidarán en pocos días que deben hacer lo que están haciendo hoy.

Ditalcón miró a Viriato como si hubiera perdido el juicio. A veces le costaba seguirle.

—Todo eso está muy bien, pero, entonces, ¿les damos la bienvenida? —demandó aturdido, pero lleno de inquieta pretensión.

Viriato sonrió con malicia, pero también con ese gesto suyo tan perverso que ponía en ocasiones como aquella.

—Vamos a hacer que cojan confianza, que hoy crean que caminar de forma ordenada les es suficiente —desdeñó.

—Y el día en el que lleguen a confiarse y avancen desordenados, les daremos el golpe final —concluyó Ditalcón con el rostro iluminado.

—Eso mismo he dicho. Ese día llegará más pronto que tarde.

—Entonces, ¿hoy ataque y retirada rápida? ¿Sin exponernos mucho, pero que crean que nos hacen huir? —preguntó Ditalcón con ojos brillantes.

—Te has vuelto un zorro viejo —rio Viriato.

—Soy un poco zorro y otro poco víbora.

—Eso no me tranquiliza mucho —porfió Viriato sin dejar de mirar a los romanos.

—Y me lo dice el hombre que atesora todos los venenos.

Viriato dejó escapar un ronroneo.

—Ataque y retirada rápida, como si nos forzaran. Con seis mil hombres —instruyó Viriato al dejar de ronronear, reptando hacia atrás en busca de su caballo.

El ataque comenzó súbitamente poco antes del atardecer, cuando los hombres de Serviliano se disponían a detener su marcha e iniciar las labores de construcción del campamento. No menos de dos mil jinetes acompañados de otros dos mil guerreros con los pelos al aire y berreando como animales emergieron de una colina boscosa y se abalanzaron contra la vanguardia de la columna. Serviliano, siempre a grupas de su caballo, se dirigió como una exhalación al frente, acompañado de Tiberio y de Fannio. Octavio y Quintillo marchaban días atrás con columnas más lentas y pesadas.

Ya cerca de la primera línea, Serviliano advirtió con satisfacción que los centuriones habían formado una profunda línea de hastados seguida de otra de príncipes, todos ellos protegidos con los escudos en alto, y que partidas de vélites se agitaban nerviosas lanzando sus jabalinas en cuanto sentían que los lusitanos estaban a tiro. Estos, por su parte, no se acercaban demasiado, sino que caracoleaban dando gritos y ágiles saltos al tiempo que movían sus pequeños escudos redondos de derecha a izquierda para quitarse de encima los dardos que caían del cielo.

—Una simple defensa es suficiente para vencer a esos desarrapados —observó Serviliano, sintiendo que su cautela le daría la victoria.

Sin embargo, un agudo sonido de las tubas legionarias que llegaba de su espalda le hizo girarse como una centella. Una gran polvareda se elevaba dos millas más atrás, en su retaguardia.

—¡Hijos de perra! —expresó desde lo más profundo de su corazón. El ataque lusitano se repartía simultáneamente por delante y por detrás de la línea—. Seguidme —les ordenó con determinación a Tiberio y a Fannio.

Cuando llegaron a retaguardia el escenario era exactamente el mismo. Una profunda línea legionaria recién formada intimidaba las aproximaciones lusitanas, y solo partidas de caballería enemiga trataban de superar los flancos. No obstante, los jinetes romanos salían al paso e intentaban a su vez una medida envolvente, provocando que los lusitanos volvieran grupas.

—Excelente —babeó Serviliano al comprobar de nuevo que toda su preparación frustraba fácilmente los intentos enemigos.

Con todo, nuevas tubas legionarias resonaron otra vez en el valle, pero esta vez del extremo izquierdo de la ancha y fortificada columna legionaria.

—Pero ¿qué es esto? —bramó Serviliano, comenzando a perder la paciencia, sorprendido por la dimensión y coordinación del ataque—. ¡Seguidme! —les exigió de nuevo a Tiberio y a Fannio.

Cabalgaron a toda velocidad seguidos de una enorme escolta hasta llegar al flanco izquierdo, donde se sucedía la misma historia. Los lusitanos gritaban como dementes, agitaban sus pelos al aire y lanzaban jabalinas, a muy larga distancia, era cierto, pero con una precisión asombrosa, yéndose a clavar en los escudos legionarios, e incluso a atravesarlos con sus finas puntas hasta dar

con el costillar del infante. No se acercaban más, a excepción de los rápidos jinetes, que atacaban y se retiraban con una rapidez y acoplamiento impropio de simples ladrones.

—Pero no pueden hacernos daño —siseó Serviliano al tiempo que tiraba del bocado de su caballo para girar en redondo. Las polvaredas y alaridos de combate estaban por todas partes, pero los lusitanos no podían atravesar las líneas romanas, perfectamente formadas y pertrechadas—. ¿Es esto todo lo que puedes convocar, Viriato? —gritó desafiante—. Lanzamiento masivo de los *pila* —ordenó de pronto con ojos de triunfo—. Que la caballería los hostigue y que avancen las líneas —exigió de seguido.

Tiberio y Fannio transmitieron las órdenes a los mensajeros adyacentes, que cabalgaron en todas direcciones para dar las oportunas instrucciones a centuriones, decuriones y demás mandos.

Poco después, el zumbido de los *pila* romanos surcando el cielo llegó a oídos de Serviliano como una mortífera música celestial. El horizonte se llenó de dardos subiendo a lo alto para descender con violencia sobre los lusitanos. Luego, la formación en cuadro romana se expandió como un pulmón que coge aire y se lanzó contra los atacantes.

Los lusitanos aguantaron el envite un poco más, brujulearon por aquí y por allá con su típica agilidad, agitaron sus pelos y aullaron todo lo que quisieron hasta que, de pronto, sin pensárselo dos veces, se dieron la vuelta y echaron a correr en todas direcciones, escapando hacia bosquecillos, colinas, barrancos y valles cercanos, protegidos, eso sí, por su caballería que avanzaba y retrocedía con inteligente rapidez.

—Son más ágiles que nosotros —dijo Tiberio al advertir que los legionarios, con sus pesadas cotas de malla, sus escudos y toda su panoplia pesada, no podían dar alcance a los guerreros lusitanos, que, armados con un simple casco de cuero —los que lo llevaban—, cotas de lino y armas ligeras, corrían como gatos que se divierten cuando les persigue un perro viejo y gordo.

—Es peligroso —susurró a continuación su amigo Fannio al darse cuenta de que las tropas legionarias comenzaban a desorganizarse en la persecución de los que huían. Sin embargo, el cónsul Serviliano parecía extasiado con el espectáculo—. ¡Es peligroso! —repitió Fannio, alzando la voz.

Fue suficiente para que Serviliano saliera de su momentáneo y fugaz estado de trance. Se giró hacia Tiberio y Fannio con gesto reprimido.

—Que vuelvan. Detened la persecución. Que vuelvan —instó para, a continuación, inhalar con aires de autosuficiencia una gran bocanada de aire —. ¿Estos son los famosos lusitanos? —desdeñó, haciendo girar a su caballo al tiempo que miraba a todos sus tribunos—. ¿Tanto temor para esto? ¡Por

Marte que cuando reunamos todas las fuerzas vamos a ir a por ese ladrón de las montañas! —bramó, dedicándoles a los tribunos una enorme sonrisa. Qué poco había bastado para repeler un ataque del gran y temible Viriato. ¡Qué poco!

Dos días después las tropas de Serviliano superaron Tucci —no sin dejar una nutrida guarnición en esta ciudad— y avanzaron llenas de arrojo y confianza hacia Cástulo, situada a un par de jornadas a los pies de las serranías que separaban el valle del río Betis de los llanos de Hispania central. Según sus informaciones y las partidas de exploración, Viriato había retrocedido ante el empuje legionario para ocultarse en aquella intrincada y boscosa tierra.

A lo largo de las dos semanas siguientes fue llegando el resto del ejército romano hasta totalizar quince mil legionarios y mil quinientos hombres de caballería. Y poco después llegaron los trescientos jinetes enviados por el rey Micipsa de Numidia y diez hermosos elefantes de combate que causaron sensación entre los propios romanos y los lugareños. Para entonces, el inmenso contingente estaba a buen recaudo, protegido en el interior de un enorme campamento en las inmediaciones de Cástulo.

—Sin descanso —se arrancó Serviliano ante su consejo militar en cuanto tuvo todas las tropas a su disposición—. Sin descanso —reiteró, decidido y lleno de confianza—. Vamos a ir a por él. No vamos a darle tregua. No quiero que pueda aprovisionarse. Yo tengo casi veinte mil bocas que alimentar. Él tendrá algunas menos, pero si yo no puedo forrajear tranquilo, él tampoco. Vamos a por él —porfió con determinación.

—¿Vamos a entrar en las serranías? —preguntó Tiberio. Lo hizo a modo de información, no con duda, pero Serviliano lo entendió de la segunda forma.

—Vamos a entrar en las serranías —confirmó entre dientes.

—¿Cómo desplegaremos las tropas? —inquirió Tiberio.

—No será necesario. Ya hemos visto que con un poco de preparación y disciplina no nos pueden hacer daño. Y les superamos en número. Se verán rodeados —contestó Serviliano sin margen a la duda y pletórico de confianza. Después, elevó el mentón y contempló a todos sus tribunos—. ¿A qué esperáis? Al alba partimos.

—¿Crees que ese tal Serviliano habrá cogido ya la suficiente confianza? Lo de hace unos días fue una simple escaramuza —le dijo Ditalcón a Viriato. Ambos, sumergidos en la sierra, veían titilar en la noche, desde una atalaya, las miles de lucecitas que tachonaban el gigantesco campamento romano, bien

plantado en la cuenca de Cástulo.

—Si tiene el estúpido orgullo y las ganas de victoria rápida que el resto de cónsules, no me cabe la menor duda —contestó Viriato con toda naturalidad.

Ditalcón lanzó una estentórea carcajada.

—¿Has conocido a alguno de esos cónsules y pretores sin orgullo o con algo de inteligencia? Son unos inútiles —dijo al parar de reír.

—Verdaderamente no.

—Pues este no puede ser distinto.

—Lo sabremos mañana.

—¿Crees que picarán el anzuelo? ¿Nos perseguirán? —interpeló Ditalcón.

—Quién sabe, pero si lo hacen…

—Si lo hacen, vamos a cagarnos y a mearnos en sus cascos —se adelantó Ditalcón, reprimiendo la risa.

Viriato le miró divertido.

—Pues no cagues ni mees en toda la noche. Guárdatelo todo en ese vientre fofo que tienes porque si nos persiguen te va a hacer falta mucha de esa mierda que sale de tu pequeño cuerpo —rio.

—Lo de pequeño no era necesario —gruñó Ditalcón.

—No cagues ni mees —volvió a reír Viriato, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Al despuntar el alba, el ejército de Serviliano, perfectamente formado y en sucesivas líneas, abandonó la seguridad del campamento al son de tubas de combate, en una armoniosa, grandiosa e intimidante estampa de miles de hombres con cascos emplumados y brillantes cotas de malla, repartidos en manípulos de acuerdo con sus insignias y estandartes. La caballería iba y venía a lo largo del perímetro fortificado, organizada en sus particulares turmas, al tiempo que los diez elefantes númidas barritaban con las trompas al aire echando a un lado a los incautos que pensaban que los paquidermos los esquivarían. Serviliano, que había arengado a las tropas poco antes, cabalgaba seguido de sus tribunos militares, con aires de grandeza e invencibilidad. No podía ser menos a tenor de su alcurnia y de la renovada confianza ganada con justo merecimiento tras su primer choque con Viriato semanas atrás. Además, el lusitano esquivaba desde entonces toda lucha en campo abierto, lo que era bien indicativo de que lo había sorprendido con pocos efectivos y pocas provisiones. Aquel día iba a sacarlo de sus escondrijos cual cacería de jabalíes en los bosques circundantes de Roma.

Una vez que el ejército estuvo en formación, Serviliano miró a sus tribunos, entre ellos, los pertenecientes al contubernio de los pedos, los inseparables Tiberio, Octavio, Fannio y Quintillo. Aquella jornada, en cambio, cabalgarían separados, pues el ejército iba a dividirse por secciones, con una gran columna central al mando del propio cónsul, otra izquierda en la que estarían Tiberio y Fannio y una derecha con Octavio y Quintillo. En retaguardia permanecerían, cubriendo una posible retirada, parte de la caballería y los elefantes, con los que, a decir verdad, Serviliano no tenía la más mínima idea de qué hacer.

—Toque de avance —se limitó a decir con gesto altivo.

Y así fue cómo sus legiones se pusieron en marcha en busca de la cercana serranía para dar caza a la chusma de bandoleros lusitanos.

Poco después los tres cuerpos de ejército se separaron unos de otros, penetrando en valles distintos sin conexión visual entre ellos. El camino ascendía y el bosque lo cerraba paulatinamente. Los hombres, pese a ello, marchaban confiados. No se oía ni el canto de un pájaro y su superioridad numérica era, o eso creían, aplastante.

—¡Se enconden como conejos! —bramó Serviliano con arrogante tono para que todos le oyeran bien, provocando carcajadas de suficiencia.

Pero no todo iba a ser tan sencillo. El cuerpo central de combate, encabezado por Serviliano, se topó al fin con los lusitanos en una amplia hondonada rodeada de bosque. Cerraba el paso de aquel valle una nutrida línea de caballería enemiga salteada de numerosos infantes ligeros en orden de batalla. Serviliano levantó el brazo para detener el avance.

—¿Nos provocan? —dijo entre sorprendido y divertido—. Son unos miserables —añadió faltón.

—Parece que se ofrecen —musitó uno de los tribunos militares.

Serviliano sonrió con malicia.

—Formad línea, con caballería en ambos flancos —ordenó.

En un visto y no visto, los manípulos legionarios cuadraron cinco líneas sucesivas de combate protegidas en sus extremos por jinetes itálicos y númidas.

—Que coman polvo —sentenció Serviliano mirando al frente.

Las líneas romanas comenzaron a avanzar, de forma tan majestuosa como rítmicamente ruidosa bajo los gritos de centuriones, el toque de las tubas de ataque y el repiqueteo del metal contra el metal, del escudo contra la espada. Las insignias y estandartes fluctuaban intimidantes y las plumas de los cascos legionarios flotaban livianas en un mar de colores. Serviliano sonreía extasiado por la fuerza de Roma.

A treinta pasos de los lusitanos, que permanecían quietos pero desafiantes, los centuriones bramaron con sus voces roncas. La larga y gruesa

línea se detuvo al mismo tiempo, en un sonoro estruendo. Después, el silencio reinó por un instante en el alto valle hasta que los mismos centuriones decidieron exhalar su orden de ataque. Los legionarios, de modo mecánico y bien aprendido, aferraron el *pilum*, armaron el brazo y esperaron disciplinados, todo ello en una inmensa y colectiva coreografía.

—*Eicere pila!* ¡Lanzad jabalinas! —rugieron los mandos. Y miles de *pila* volaron con el silbido de la muerte, descendiendo veloces y pesados, yendo a chocar con extrema violencia sobre los lusitanos, que no solo aguantaron el tipo, sino que prorrumpieron en una ofensiva carcajada que desquició a Serviliano.

—Que avancen, ¡que avancen! —ordenó enardecido.

Los centuriones aullaron de nuevo, tanto como los lusitanos, comenzando la trifulca a corta distancia. Los infantes ligeros de ambos ejércitos, salpicados por destacamentos de caballería, se enzarzaron en rápidas escaramuzas de ida y vuelta. El griterío se hizo cada vez mayor. La infantería pesada romana se adelantó entonces con coraje. Volvieron a volar dardos y venablos en todas direcciones. Chocaron algunas unidades manipulares con gruesos grupos lusitanos que portaban armamento pesado. El griterío se convirtió en bramido. Los romanos estaban encendidos, tanto como el cónsul. Los lusitanos no podían resistir el envite de una masa legionaria expansiva y plateada. La victoria estaba al alcance de la mano.

Pero, una vez más sin que nadie lo esperase, de pronto, los guerreros lusitanos ofrecieron la espalda y se dieron a la fuga en todas direcciones, bien buscando el bosque cuesta arriba, bien hacia la salida de la hondonada, que finalizaba en un collado divisorio de la serranía.

Serviliano se quedó paralizado un instante. Sus legionarios y su caballería se dispersaban sin orden y concierto en pos de los que huían, penetrando algunos en el bosque, pero, la mayoría, corriendo hacia el collado para, una vez superado, desaparecer de su vista, sin duda porque se estaban lanzando por el otro lado del cordal, valle abajo, con el objetivo embriagador de dar alcance a los lusitanos.

El desvarío era general, pero Serviliano se mantenía callado, mirando sin ver mientras su ejército se le escapaba de las manos. Quería detener la estampida, pero al mismo tiempo olfateaba la sangre. Conocía los peligros y ardides por los que era famoso Viriato, pero hasta sus centuriones más veteranos arreaban a los legionarios para salir disparados y masacrar las espaldas de los que huían. ¿Qué hacer entonces? ¿Arriesgar por la victoria o por la debacle? ¿Perder o no perder la oportunidad?

Fue entonces cuando el sol se proyectó sobre una ladera boscosa y vio un infinito conjunto de brillos plateados ocultos en la profundidad del monte. Serviliano aguzó sus ojos para apreciarlo mejor. No podía ver a sus hombres,

pero los imaginaba corriendo por el bosque, cuesta arriba, detrás de los lusitanos. Sin embargo, aquellos malditos brillos se movían muy despacio, o incluso estaban inmóviles, muy por encima de la ladera en la que debían de estar sus legionarios. Y tragó saliva. Y volvió a hacerlo cuando, de pronto, aquellos malditos destellos se pusieron en movimiento a enorme velocidad, descendiendo por millares por la pendiente boscosa como zigzagueantes y agresivas luciérnagas. Aquellos brillos no eran legionarios. Era un completo idiota, aunque al menos el propio dios Júpiter le enviaba una señal y le mostraba la emboscada. Había sido un orgulloso estúpido. Debía salir de allí como fuera. Era un idiota.

—Que vuelvan —dijo en un susurro—. ¡Que vuelvan! —gritó a continuación, enfurecido, sin medida ni punto intermedio, llevado por la desesperación ante la escabechina que estaba por llegar.

Las tubas resonaron poderosas en la estrecha vaguada, pero más de dos tercios del cuerpo central del ejército se había desparramado ya por forestas, barrancos y valles en los que con el fragor de la batalla no era posible oír la llamada. Sus legionarios eran como el perro encelado con un jabalí herido que no es capaz de atender ya una orden.

—¡Qué vuelvan! —aulló desgarrado, sin éxito.

La peor parte iban a llevársela los mil quinientos legionarios que corrían valle abajo una vez superado el collado. Justo al atravesar un bosquecillo irrumpieron con ceguera en un llano ocupado estratégicamente por un enorme contingente de caballería e infantería lusitana al que vieron demasiado tarde. La masacre que sobrevino duró apenas unos minutos. Los lusitanos, prestos y perfectamente armados, presionaron de la misma manera que una mano aplasta un higo maduro, todo ello mientras los romanos que habían entrado en los bosques eran emboscados uno tras otro tanto de forma individual como colectiva, ensartados por dardos, jabalinas y espadas. La velocidad lusitana, su simbiosis con el medio y el sorprendente número de sus fuerzas estrangulaba sin piedad ni compasión a romanos, itálicos y númidas, excesivamente lentos e inoperantes en unos parajes desconocidos y con una panoplia demasiado pesada.

Serviliano, angustiado como un reo a muerte, vio emerger del bosque circundante a los legionarios que huían despavoridos cuesta abajo, muchos de ellos sin escudos ni cascos. Al principio fueron unos pocos, pero en un instante fueron legión, todos ellos en loca y caótica carrera para que los lusitanos que venían tras ellos por miles no les dieran alcance. Serviliano miró por un momento al collado, pero no aparecía ni uno solo de sus hombres. Bien al contrario, lo que asomó fue una horda de caballería enemiga cargando como un muro de barro contra todo lo que no hablara la lengua lusitana.

Los romanos que huían fueron empujando a los que todavía permanecían

en la cuenca, hasta que la fuga se convirtió en un inmenso revoltijo, todos corriendo valle abajo como si fuera lo último que hicieran en vida, y a fe que así podía ser. Al menos cinco mil hombres corrían como pollos sin cabeza. Caían, tropezaban, volvían a levantarse y arrancaban de nuevo sometidos por el pánico más absoluto al tiempo que por detrás descendía el mismísimo Plutón.

—¡A mí, seguidme! —vociferó Serviliano, arrastrando a varias turmas de caballería con el objetivo de interponerse entre las espaldas de unos y los pechos de otros. Al menos pudo frenar en parte el ataque de los de Viriato hasta que una lluvia de dardos y proyectiles les hizo retroceder.

Los romanos consiguieron llegar y superar el lugar en el que los tres cuerpos de ejército se habían separado a la mañana. De ahí al campamento apenas quedaban tres millas de camino. Sin embargo, los lusitanos, sin detener su persecución, dividieron sus fuerzas para penetrar en los valles laterales y sorprender por la retaguardia a las otras dos columnas legionarias, la de Tiberio y Fannio y la de Octavio y Quintillo.

—Este maldito silencio, esta extraña paz —musitó Tiberio al frente de la línea, cabalgando junto a Fannio.

—¿Y qué pasa? —preguntó su amigo con su habitual fanfarronería.

—Que me recuerda a la campaña contra los salasos —contestó Tiberio —. Parecía que caminábamos por el Olimpo cuando en realidad estábamos en el Tártaro.

Fannio encogió los hombros.

—Pues a mí solo me parece que estamos solos —replicó.

—A veces la soledad es más peligrosa que la compañía.

—¿Esa conclusión es tuya o de tu amigo Blosio de Cumas?

—¿Acaso yo no puedo tener mis propias conclusiones? —protestó Tiberio al tiempo que una bandada de pájaros se elevaba súbitamente del bosque que los rodeaba. Tiberio tiró del bocado. Lo propio hizo Fannio. El silencio era aún más penetrante y sofocante.

—No me gusta —balbució Tiberio.

—Por una vez te voy a dar la razón. Prefiero la soledad a la compañía —dijo Fannio mientras miraba a todas partes, sintiendo que una gota de sudor resbalaba por su cara.

Lo que sintieron a continuación fue lo más parecido a un terremoto. Un sonido gutural y profundo salió como del fondo de la tierra, y cuando alcanzó el grado de explosión el suelo pareció agitarse de un lado a otro. Los caballos relincharon y se agitaron, los legionarios tensaron sus mandíbulas y aferraron

gladio y escudo con más fuerza si cabía, y Tiberio y Fannio se miraron un solo instante, lo suficiente para comprender que estaban en serio peligro mientras miles de lusitanos salían de ninguna parte, atronando como la peor de las tormentas, y se lanzaban contra ellos por vanguardia y los flancos.

—¡Formación en cuadro! ¡Formación en cuadro! —rugió Tiberio, retrocediendo al galope por el borde de la línea legionaria.

Que lo hiciera así resultó providencial, pues tuvo la oportunidad de advertir que por retaguardia más lusitanos subían por el valle. Al detener bruscamente su corcel vio que Fannio también le acompañaba.

—Vámonos de aquí, como sea, vámonos —exhaló Tiberio.

—En cuña, ¡formación en cuña! ¡Retirada! —aulló Fannio.

Tiberio acostumbraba a decir en sus interminables charlas con Blosio de Cumas que el ser humano era capaz de lo mejor y de lo peor en situaciones de peligro o amenaza máxima, pero que, fuese lo mejor o lo peor, en ambos casos la disciplina, el coraje, la preparación y carácter romanos marcaban la diferencia con el resto de los pueblos.

Y estaba a punto de corroborar sus tesis, pues por muy rodeados que estuvieran, en mitad de aquel bosque hispano, sometidos a la mayor de las desesperaciones, afloró con automatismo la maquinaria romana.

Así, el compendio de todas las reglas y virtudes ciudadanas, unido a un coraje a vida o muerte, permitió que consiguieran romper el cerco con un muro uniforme y puntiagudo de escudos, imbricados los unos con los otros, cual escamas de un cocodrilo del Nilo, con brazos, piernas y manos a punto de estallar por la fuerza desmedida del empuje, desbaratando los miles de dardos que caían del cielo y repiqueteaban en sus cascos emplumados, mitigando el griterío sordo que impactaba en sus tímpanos, protegiendo con sus pechos las enseñas legionarias, removiendo el suelo bajo sus pies al tiempo que desbordaban como una colada de lava la oposición lusitana. Parecía por un momento que los hombres de hierro de Zama o Pidna estuvieran allí convocados de nuevo.

Aun así, todo el ejército pendía de un hilo.

—¡Qué hijos de puta! ¡Qué hijos de puta! —bramaba una y otra vez, fuera de sí, Fannio. Nadie esperaba aquello. Todo sucedía con extrema rapidez e imprevisión, como la caída más aparatosa que uno no ve venir porque camina por una tortuosa senda con excesiva confianza.

Pero todos comprendían por fin quién era y qué hacía Viriato.

Por pura casualidad, el cuerpo expedicionario de Tiberio y Fannio se encontró en su fuga con el de Octavio y Quintillo, que también habían podido escapar de la ratonera a duras penas. Todos ellos se dirigieron hacia el campamento, acosados y hostigados sin descanso por una turba de lusitanos que no paraba de berrear, de agitar sus cabellos y de lanzar inagotablemente dardos y venablos que destrozaban espaldas y cuellos.

Cuando por fin alcanzaron el campamento gracias sin duda a la intercesión de los dioses romanos, el espectáculo era aterrador. Apenas unos pocos cientos de legionarios defendían las empalizadas frente a una masa incontable de lusitanos. El contubernio de los pedos y todos sus hombres pudieron abrirse paso por su propia inercia, pero una vez dentro se quedaron atónitos al darse cuenta de que los soldados corrían a protegerse a sus tiendas en lugar de tomar posiciones defensivas. Para mayor sonrojo, el propio Serviliano, espada en mano, la agitaba a diestro y siniestro, hecho una furia, para que los hombres no se escondieran.

—¡Luchad, cabrones, luchad! ¡Os diezmaré a todos! —rugía.

El contubernio de los pedos, junto con numerosos centuriones, se unió al cónsul, y poco a poco consiguieron que las empalizadas fueran poblándose de defensores. Y los primeros en batirse cuerpo a cuerpo eran el propio Serviliano y sus tribunos, a quienes miraba con orgullo. Tal vez a partir de ese momento comenzara a coger aprecio a aquel ridículo mote grupal que exhibían con tanta zafiedad. Bienvenidos fueran todos los pedos y flatulencias mundanas si eran capaces de luchar de ese modo.

Solo la noche cerrada detuvo el infatigable ataque de los lusitanos, que desaparecieron en la oscuridad como furtivas sombras que ululan de modo agudo e hiriente para recordar fantasmagóricamente que siguen allí.

—Por todos los dioses, qué pesadilla —se desahogó Octavio cuando cesaron los envites, completamente exhausto y lleno de sudor y sangre.

—Estos hijos de puta van a hacer que prefiramos las luchas por la toma de Cartago —escupió Fannio lleno de ira, pero aliviado.

—¿Y los elefantes? ¿Dónde están esos pobres bichos? —preguntó Tiberio tan agotado como los demás, pero con ganas de dar un soplo de aire fresco. No había rastro de los paquidermos ni de sus sonoras trompas, y no habían sido pocas las bromas que habían hecho días atrás a costa de la longitud de esos apéndices en comparación con otra parte de la anatomía masculina.

—Creo que los lusitanos van a probar su carne. Los he visto a todos muertos ahí fuera —dijo Quintillo con una sonrisa y con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas, a modo de descanso.

—¿Crees que si comen elefante se les pondrá igual de larga? —farfulló Fannio con los ojos muy abiertos.

—A ellos, tal vez. A ti, ni por esas —dijo con toda guasa Tiberio.

—¡Claro! —se defendió Fannio—. ¡Es que a los Gracos les llega hasta la rodilla!

Tiberio sonrió de oreja a oreja.

—También soy un Escipión. Me llega hasta el suelo.

Un coro incontrolable de risas nerviosas se elevó al estrellado cielo de Hispania. Mejor reír que llorar ante la colosal bofetada propinada por Viriato en un día angustioso. Por fortuna, solo era un manotazo, en plena cara y a mano abierta, pero un manotazo, a fin de cuentas. Porque seguían vivos y coleando.

—Has perdido tu oportunidad —rumiaba Serviliano justo en este instante, entre dientes, con los puños apretados, ojos brillantes de depredador, escrutando obsesivamente la oscura montaña en mitad de la noche—. Has perdido tu oportunidad e iré a por ti, Viriato, iré a por ti, lo juro por todos los dioses —farfulló, lleno de ira.

Al mismo tiempo

Viriato, encaramado a una roca desde la que divisaba las miles de hogueras del campamento romano, creía advertir, o simplemente imaginar, que dos de aquellas lucecitas en la noche eran los ojos furiosos del cónsul Serviliano, brillantes como el zorro, penetrantes como la lechuza, sanguinarios como el lobo. Porque, aun habiéndole dado una lección, no lo había derrotado. Porque, pese a la brillante jornada, no oía lamentos en el campamento romano, sino únicamente las carcajadas a destiempo e infantiles de Ditalcón, de pie junto a él en aquella enorme roca bañada por la luz de la luna roja.

—¡Me he meado y cagado en sus cascos! —bramaba su segundo.

—Me alegro —contestó Viriato con la mirada al frente.

—¡Al menos en quinientos! —prosiguió Ditalcón, zarandeando un casco despojado a un centurión.

—Enhorabuena —dijo Viriato igualmente parco.

—¡Y mañana lo haré en otros quinientos! —añadió Ditalcón en busca permanente de una complicidad que no encontraba.

—No sé si tu cuerpo tiene tanta mierda —dijo Viriato fríamente.

Ditalcón lanzó un bufido.

—¿Qué te pasa, si puede saberse? ¡Ha sido una gran victoria! —protestó airado.

—¿Crees que lo ha sido? —repuso Viriato.

—¿Cres que no lo ha sido? —replicó un efervescente Ditalcón.

—No, no lo ha sido —contestó Viriato, cortante.

Ditalcón se tambaleó en la roca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó aturdido—. ¡Les hemos metido nuestros dardos por el culo!

—No ha sido suficiente.

—¡Sí lo ha sido!

Viriato cabeceó paciente.

—Les hemos dado una buena tunda, pero no les hemos vencido, amigo, no lo hemos hecho. En el valle hay todavía un ejército consular. No están vencidos, y él, Serviliano, lo sabe.

—¡Han muerto al menos tres mil romanos! —tronó Ditalcón.

—¡Y más de mil de los nuestros! —rugió Viriato, echando espuma por la boca. Ditalcón dio un paso atrás—. ¡Y estamos sin suministros! —prosiguió rabioso—. Ese cónsul no es tan idiota como parece. Ha luchado con valor. Sin él y sus tribunos el desastre romano habría sido definitivo. Pero no ha sido así y no nos volverá a dar esta oportunidad en mucho tiempo. No podemos vencer a unas legiones consulares al completo. ¡Tienes que entenderlo!

—A veces vaciaría tu cráneo y bebería de él.

Viriato apretó las mandíbulas, dedicándole a Ditalcón una mirada furibunda de las suyas, con una mezcla de desprecio y crueldad.

—Vamos a hostigarlos día y noche durante varias jornadas más, hasta que se nos acaben los suministros —dijo imperativo—. Cortaremos sus líneas de abastecimiento. No les dejaremos forrajear. No podrán dormir. Y cuando ya no puedan más, se retirarán a Tucci.

—¿Les seguiremos?

—No.

—¿Cómo que no? —saltó Ditalcón, que cada vez entendía menos a su gran caudillo—. ¡Si no lo hacemos arrasarán todas las ciudades y pueblos que nos han apoyado en la región! —protestó impotente.

—No es nuestro problema.

—¡Yo soy de Orsón! —rugió Ditalcón.

—No somos un reino, amigo, volveremos a Lusitania y…

—¿Te has vuelto loco?

Viriato contó hasta cien.

—Volveremos a Lusitania y esperaremos una nueva oportunidad —terminó la frase—. Y ahora, déjame solo en esta maldita roca —exigió.

Ditalcón gruñó como un perro rencoroso, giró en redondo y se marchó lanzando juramentos por lo bajo.

Los ataques lusitanos sobre el campamento romano y las partidas que salían en busca de leña y alimento para los legionarios y forraje para los animales se sucedieron durante dos semanas más, colocando al ejército en una situación muy precaria.

Sin embargo, lejos de amilanarse y huir con el rabo entre las piernas, Serviliano sacó a relucir su machacona voluntad y una creciente determinación sazonada con el deseo de venganza y de cumplir aquello que había prometido, dar muerte al mundo de Viriato, porque habían resistido, seguían resistiendo, y si por algo vencía Roma era por su cansina persistencia.

Además, Serviliano sabía que Viriato, tarde o temprano, tendría que desalojar la región. Por muy rica y fértil que fuera aquella tierra, no era capaz de alimentar durante mucho tiempo a dos ejércitos cuya suma total superaría las treinta mil bocas y varios miles de caballos, mulas y bueyes. Y la logística lusitana no era la romana.

—Yo de aquí no me muevo. Que lo haga él antes —aseveró Serviliano día y noche, fijando sus negros y profundos ojos en el fuego.

El gigantesco pulso duró unos días más, hasta que un explorador asfixiado, pero con el rostro radiante, llegó con la noticia.

—¡Viriato! —gritó sin aliento—. ¡Viriato ha quemado su campamento y se dirige al norte! ¡Se va!

Serviliano, en estado depredador, sonrió de oreja a oreja mirando a Tiberio, que en ese momento le acompañaba.

—Ha sido solo una piedra en el camino —se limitó a decirle antes de meter la cabeza en los mapas de Hispania Ulterior. Buscaría a Viriato allí donde hiciera falta.

La segunda frustración del censor

Roma, 10 de julio

Tiberio Claudio Asello, joven caballero de una de las ramas plebeyas de la *gens* Claudia, podrido de riqueza hasta la grosería y elegido aquel mismo día tribuno de la plebe, se autodefinía sin tapujos como un charlatán y un bufón que quería medrar en el *cursus honorum*, pero no a costa de sacrificios ni de frugalidades catonianas. A él lo que le gustaba era la vida licenciosa, porque la existencia solo tenía sentido con diversión, comilonas, orgías y bacanales, al estilo de las cortes orientales.

Dicho esto, entendía a la perfección que él era un romano de alta cuna, de tal forma que cuando procedía tomar las armas, lo hacía, pero, por descontado, solo en los casos de extrema necesidad.

Y cuando, en otras ocasiones, era requerido en sus quehaceres republicanos, se ceñía la toga y sacaba a relucir en el foro la mejor de sus sonrisas, pero no más de lo justo y preciso. El esfuerzo y los valores tradicionales de antaño no casaban bien con su carácter. Solo deseaba pasarlo bien, pues le gustaban las juergas más que a un Escipión la gloria.

Su vida, en resumen, era como un vino demasiado espeso, peleón, ordinario y radicalmente embriagador que no guarda las debidas proporciones de agua. Así le gustaba ser, y lo hacía con plena consciencia y rebeldía.

Por ello, aquella noche brincaba como un niño malcriado al tiempo que reía sin parar, disfrutando al ver cómo su enorme y renovado comedor se poblaba con sus más de cuarenta invitados.

Fallecido su padre y heredada su *domus* palatina, había emprendido una gran reforma para ampliar el austero *triclinium* de los tiempos de la guerra de Aníbal, echando abajo algunos cubículos oscuros y viejos que no servían más que para guardar recuerdos inútiles. Durante varias semanas había temido que las obras no finalizaran a tiempo, pero unas pocas amenazas hacia la integridad del contratista y su familia habían bastado para que estuviesen listas para «mi gran vulgaridad», como él mismo la llamaba.

Y esta no era otra cosa que un lujurioso banquete como ofrenda a su tribunado, y además celebrado en el tiempo de la censura de Emiliano, porque no había nada más transgresor que hacer tales cosas cuando quien controlaba las rancias costumbres romanas era alguien tan severo como el gran Escipión, ese ser soberbio y moralista.

Ufano y sediento de tan provocativa diversión, Claudio Asello saludó con especial efusividad a sus dos mejores amigos, Lucio Hostilio Tubulo —que aquel año era pretor y sobradamente conocido por aceptar sobornos— y Décimo Silano, hecho lo cual dio dos sonoras palmas desde el lugar de honor

de la sala. Todos los invitados, cuarenta y cuatro en total, todavía en pie, cesaron en sus risotadas y le miraron con gesto travieso.

—¡Que comience nuestra particular bacanal! ¡A cenar! —tronó antes de eructar una carcajada, secundada de inmediato por todos los convidados. Las bacanales estaban tajantemente prohibidas por el Senado desde hacía treinta años, y solo citarlas les parecía a todos de lo más excitante.

En el comedor se habían dispuesto cinco mesas bajas, y alrededor de cada una de ellas tres triclinios en forma de «u» con tres puestos cada uno. Una vez que los grupos de nueve comensales se reclinaron en los divanes y apoyaron sus codos izquierdos en cojines de púrpura, una legión de esclavos irrumpió en la sala con bandejas de plata repletas de manjares.

—La cena no os va a decepcionar —les dijo Asello a sus amigos Tubulo y Silano con los ojos llenos de gula.

—¿La ha cocinado el cocinero que te has traído de Pérgamo? —preguntó Tubulo.

—Te habrá costado un ojo de la cara —añadió Silano.

Asello los miró con sonrisa socarrona.

—¡Me ha costado mi escroto mismo! —contestó en una carcajada.

—¡Mejor así! ¡Así podrás meter tu garrote sin riesgo de prole en los orificios de tus esclavas! —rugió un libidinoso Tubulo.

—¡En esta casa abundan los orificios vulvosos! —rio Silano.

—¡Por Hércules! ¡Qué soeces sois! —repuso Asello, haciéndose el ofendido—. Si continuáis así, os echaré de mi casa y llamaré a los censores —dijo igual de serio.

Tubulo y Silano se miraron a punto de estallar de risa.

—¿Llamarás a Emiliano? —inquirió Tubulo.

Los tres amigos lanzaron una carcajada que barrió el salón de arriba abajo, tanto que el resto de invitados giraron sus cabezas a la vez, guardando silencio.

—¡Comed, por todos los dioses! —pidió Asello—. ¡O mejor aún, bebed hasta vomitar! ¡Os prometo que el vino es bueno y mañana no os dolerá vuestro cabezón!

La sala entera estalló en un alarido de depravada diversión, e incluso alguna de las bandejas que traían los siervos salió despedida por los aires junto con todo su contenido: moluscos de mar, ostras, mejillones, tordo sobre espárragos, gallina hervida y salsa de ostras y mejillones. De hecho, una ostra fue a impactar en la coronilla de Tubulo, lo que incrementó aún más el desenfreno.

Al finalizar los entremeses, Asello dio otras dos palmas con cara aviesa.

—Y aquí viene el primer plato —anunció, dicho lo cual un grupo de veinte jóvenes completamente desnudas con cintas colgando de los pezones

entró corriendo en el comedor.

Faltó tiempo para que los cuarenta y cinco comensales comenzaran a aplaudir y a gritar sin parar, cogiendo a las mujeres y llevándoselas consigo al triclinio.

—Pero no hay para todos —dijo Tubulo con cara de decepción.

—Y solo hay mujeres. ¿No hay efebos? —protestó Silano.

Asello rio de nuevo y volvió a dar un par de palmas, que era la señal oportuna para que emergieran otras veinte cortesanas y algunos jovencitos.

—¡Magnífico! —exclamó Tubulo, dejando que una muchachita se le echara en sus brazos.

—¿Cuántas leyes contra el lujo y la perversión vamos a incumplir hoy? —graznó Silano.

—¡Todas! —contestó Tubulo antes de sumergirse en la entrepierna de su regalo.

—¡Rancios senadores del pasado! —bufó Asello despectivo—. ¿Es que acaso los pueblos a los que hemos vencido van a tener más placeres que nosotros?

—¡Jamás! —aseveró Silano con la cabeza metida entre los voluptuosos senos de la joven que le había tocado en gracia.

Pasados unos minutos de alborozo orgiástico, los esclavos entraron con el primer plato de la cena propiamente dicho: peces de mar, filetes de jabalí y pasteles de aves y caza, y después llegó el segundo plato: panecillos calientes, tetillas de marrana, cabeza de cerdo y guisos de pato, liebre y pescado.

En estas condiciones, con comida a raudales y tantas jóvenes y efebos completamente desnudos, los comensales no daban abasto.

—Nunca he visto una cosa así —babeó Tubulo.

—Este cocinero vale su peso en oro —dijo Silano.

—¡Tanto como estas putas y estos jóvenes! —exclamó Tubulo.

—Esta es la nueva Roma —farfulló Asello con un brillo en los ojos—. Esto no es más que el comienzo —añadió lleno de satisfacción por su gran y desafiante espectáculo.

En un amasijo de comida y desenfreno que embelesaba a todos los presentes, por fin llegó el postre, anunciado por una gigantesca flatulencia de alguno de los comensales. Para entonces la borrachera era ya generalizada, y en mucha mayor medida cuando Asello decidió al rato que la proporción de agua escanciada en el vino no llegara al tercio habitual.

—Como rey del festín —avisó con una copa levantada—, os ordeno que bebáis de un trago las copas equivalentes a las letras que tienen los *tria nomina* de Emiliano —graznó, echándose a reír.

Tubulo elevó el dedo índice con los ojos enrojecidos.

—Una aclaración. Solo Publio Cornelio Escipión —barbotó como pudo

—, o Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Menor —dijo de seguido sin trabarse por puro milagro.

—¡Todo! —rugió Asello.

Horas después, cuando ya despuntaba la estrella del alba, tras una melodía de vómitos, orines, eructos, cópulas y pedos, Asello fue despejando su salón y la casa entera.

—¡Fuera de mi casa, cerdos! —bromeó sin cesar hasta que solo quedaron Tubulo y Silano—. Largaos de aquí —les bufó a continuación a sus amigos, sacándoles casi a patadas a la calle entre sonoras risotadas.

Silano y Tubulo, sostenidos por sus propios esclavos, se alejaron dando tumbos. Asello, que apenas permanecía en pie, los siguió con la mirada desde el umbral del portón de su casa, pero tal era su mal estado que no escuchó los pasos que provenían del otro sentido de la calle. Y solo cuando lo tuvo enfrente se percató de que se había metido en un serio problema, aunque realmente en esos momentos de borrachera le importaba un bledo.

—¡*Edepol*, el mismísimo Escipión Emiliano viene a mi fiesta! No recuerdo haberte invitado —se mofó, beodo perdido, sin dar la más mínima muestra de sorpresa o vergüenza.

Emiliano, que cada vez dormía peor y acostumbraba a salir a pasear al alba, contempló a Asello con absoluto desprecio.

—Los cónsules al mando del ejército hacen avanzar las enseñas y levantan el campamento justo a esta hora, Tiberio Claudio Asello —le espetó con gigantesco reproche.

Asello dejó lucir una media sonrisa faltona.

—Por eso mismo… —De pronto una muchachita desnuda salió corriendo de la casa, perseguida por un invitado que se había escondido mejor que los demás. Asello y Emiliano los siguieron hasta que desaparecieron calle abajo—. Por eso mismo —continuó Asello, mirando ahora a Emiliano, que seguía quieto como un poste y con cara de higo—, yo hago avanzar a mis invitados y levanto mi campamento festivo —dijo con sorna.

Emiliano, con expresión dura como el mármol, no abrió la boca. Se arrancó, continuó su camino, dobló una esquina, dobló otra y llegó a su *domus*. En el atrio se cruzó con Sempronia.

—Ni que hubieras visto a una gorgona —dijo ella.

—He visto algo peor —contestó Emiliano sin detenerse.

—¿Y te vas a dignar a contármelo? —repuso ella.

—Voy a limpiar Roma de tanta escoria, lo quiera o no mi colega Lucio Mumio —se limitó a sentenciar, adentrándose en la oscuridad de su hogar hecho una furia. Sempronia cabeceó pacientemente, se encogió de hombros y continuó sus pasos hacia la cocina.

Roma, 12 de julio

—¡La que ha liado Asello! —exclamó como una chismosa, bajando el tono de voz, Emilia, la prima de las dos Cornelias.

Estas se arremolinaron alrededor de aquella. En el extremo este de la colina palatina, lugar de su paseo matutino, caía un calor a plomo y convenía agruparse para darse sombra.

—Pero, eso que se dice, ¿es verdad? —demandó Cornelia *minor*.

—Me lo ha contado mi hermano en persona —cotilleó Emilia poniendo cara muy seria, como para ganar autoridad y credibilidad. Aunque fuese más joven que sus primas, ya peinaba alguna cana—. Jamás le había visto tan fuera de sí. Estaba hecho una furia, aunque también es verdad que todo le parece mal. Que si Asello, que si la ignominia, que si la corrupción, que si Viriato, que si los legionarios dan pena y carecen de virilidad, que si Metelo Macedónico no está haciendo nada reseñable en Hispania, ¡todo le parece mal! —reiteró con los ojos muy abiertos—. Si por él fuera se haría elegir nuevamente cónsul, o dictador, pero ya le digo yo que con la ley en la mano no puede. Y como no puede, está dispuesto a ser un censor implacable, el más exigente que Roma haya conocido nunca —finalizó casi sin aire.

Cornelia la mayor entornó los ojos exageradamente.

—¡Qué vergüenza! —porfió—. ¡Ese Asello y sus amigos son unos sinvergüenzas, unos promiscuos y unos indecentes! ¿Qué va a ser de Roma con esta juventud? Mi Nasica está escandalizado, al igual que mi hijo, ¡qué vergüenza!

Emilia y Cornelia *minor* se cruzaron las miradas con gesto cómplice. Nasica Córculo no podía ser más virtuoso, pero no cabía decir lo mismo de su hijo Nasica el Joven, al que le gustaba perseguir a las esclavas de la casa propia y de las ajenas como una mosca busca la miel.

Cornelia *maior*, que no era tonta, agitó su corpachón para poner fin a aquellas miraditas de mofa entre su hermana y su prima.

—No os hagáis las listas —bufó, saliendo en defensa de su cachorro—. Todas sabemos que a los hombres se les van los ojos detrás de las esclavas. Siempre ha sido así.

—No a mi esposo —discrepó su hermana pequeña.

—Ni a mi pobre y querido Catón —complementó Emilia.

Cornelia la mayor, ofuscada, buscó una salida. Nada podía reprochar al difunto Graco y al fallecido Catón hijo, pero le quedaba un dardo que lanzar.

—Pues a Catón padre sí que le gustaban —canturreó irónica—. Tanto censor, tanto censor, pero acabó metido en la cama con ochenta años con esa Salonia, ¡una esclava!, ¡y haciéndola su esposa! ¡Qué vergüenza! —clamó.

—¡Eso sí que fue un escándalo! —la secundó de inmediato Emilia, muy sensible con el matrimonio indigno de su suegro Catón y de Salonia. Desde entonces, los únicos nietos de Catón ya no eran sus dos hijos, compartiendo herencia con ese pequeño y feucho Catón Saloniano.

—No todos los hombres son iguales —intervino pacientemente Cornelia *minor*.

—Pues ellos dicen que todas las mujeres somos iguales y que solo queremos lucir nuestras joyas —farfulló Emilia, indignada.

—Ellos sí que son iguales, siempre detrás de las esclavas como adolescentes —insistió la mayor de la Cornelias, empeñada en lavar la imagen de su hijo Nasica el Joven, oportunamente casado con una Cecilia Metela que le había dado un hijo varón fuerte y sano.

—¡Que no! —replicó Emilia.

—Ya, ya, va a resultar ahora que todos los hombres son adorables y fieles esposos.

—Calla —le interrumpió Emilia a su prima mayor—. Mirad quién se acerca, pero no miréis —dijo.

Pedir a alguien que no mirara era tanto como un imposible, por lo que las dos Cornelias se giraron a la vez, con poco o ningún disimulo.

—La gran matrona y la vestal —murmuró una mordaz Emilia.

—Yo me voy —dijo muy digna Cornelia *maior*. No soportaba a aquellas dos mujeres.

—No seáis crías —las recriminó Cornelia *minor*, exhibiendo una de sus elegantes sonrisas para recibir a Antistia y a su hija Claudia la vestal.

El choque de los grupos se produjo en el extremo sureste del Palatino, donde la colina se asomaba al Circo Máximo y a la vía triunfal. Antistia y Claudia se acercaron como si no hubiera suelo bajo sus pies, pero, para sorpresa —o indignación— de Emilia y de su prima mayor, sonrieron de oreja a oreja, como si aquellas sirenas de mal carácter fuesen de pronto gatitas inocentes. «Qué desfachatez», se dijeron con la mirada Emilia y Cornelia *maior*, más aún al advertir que a quien sonreían de verdad era a Cornelia *minor*, no a ellas.

—Señoras —saludó Antistia de modo extremadamente amable.

El encuentro fue muy breve, pero vivido con la mayor intensidad por sus protagonistas. Emilia y la mayor de las hermanas se parapetaron detrás de Cornelia con cara enfurruñada. Claudia, pese a su pequeño tamaño, dio un paso al frente como el perro que gruñe para marcar territorio. Y Antistia y Cornelia *minor*, en campo abierto entre las trincheras, se cruzaron unas pocas palabras.

—Hace mucho calor —dijo Cornelia de modo distinguido.

—A la tarde habrá tormenta.

—Será entonces un buen momento para refugiarse en casa y leer con tranquilidad.

—Si de leer se trata —dijo Antistia—, sería un placer que algún día nos visitaras, Cornelia —propuso—. Apio me ha comprado una copia de *Medea* de Eurípides. Dice que soy un poco Medea, ya sabes, cosas de Apio —rio—, pero te encantará ver el rollo y tenerlo entre tus dedos.

—Será un placer —dijo Cornelia, inclinando su cabeza.

—Y también podremos hablar de otras cosas —añadió Antistia con toda intención.

Cornelia levantó ligeramente una ceja, casi de modo imperceptible, como solían ser sus gestos. El deseo de Claudio y Antistia de casar a Claudilla con Tiberio era machaconamente persistente.

—Tal vez —se limitó a contestar.

—Que tengáis buen día —finalizó Antistia, dicho lo cual giró en redondo y se marchó acompañada de Claudia, que se había limitado a observarlo todo por si era necesario dar una dentellada.

—¿Vas a visitarla? ¿A esa Medea? —clamó Cornelia *maior* en cuanto se alejaron.

—Tal vez —reiteró Cornelia.

—¿Y qué ha querido decir con eso de que hablaréis de otras cosas? —inquirió Emilia yendo a lo suyo.

—Sí, sí, dinos —saltó Cornelia *maior* con malhumor.

—No lo sé —mintió su hermana.

Ellas la escrutaron poco convencidas.

—No sé cómo te llevas bien con ella. Es una arpía —protestó una airada Cornelia *maior*.

—Anda que su hijita mayor… —añadió con retintín Emilia.

Cornelia las miró paciente.

—Sabéis que Tiberio —dijo en referencia a su difunto esposo— tenía una magnífica relación con Claudio y con su padre. No olvidéis que mis hijos son Sempronio Graco —salió al paso.

—¡Me vas a comparar a tu Tiberio o a los nuestros con los Claudio! —repuso su hermana de malas maneras, saltando como un muelle.

—¡Eso! —secundó infantilmente Emilia.

Cornelia suspiró resignada.

—Más allá del carácter y de los méritos de cada uno, en su vida pública y ambiciones son todos muy parecidos —aseveró.

—¡Ah, no, no! —replicó Emilia, mirando a su prima como si se hubiese vuelto loca—. Mi hermano no tiene nada que ver con Apio Claudio. ¿Cómo puedes decir eso?

—Sí, ¿cómo puedes decir eso? —se enrabietó Cornelia *maior*.

Cornelia cerró los ojos un instante, imperturbable, contando hasta cien. Afortunadamente, al abrirlos encontró la excusa perfecta para no continuar aquella conversación que bien podía acabar en abierta conflagración. Su hijo Cayo y el hijo pequeño de Emilia, el travieso Cayo Porcio Catón, brincaban como cabras montesas encaramados a un murete que protegía de las caídas por el precipicio oriental de la colina palatina. Un mal paso y se irían abajo.

—Mira a tu hijo —le dijo Cornelia a Emilia.

Esta, ahogando un grito, se olvidó de todo y echó a correr hacia los niños, como una fiera voceando juramentos. Y lo propio hizo exageradamente Cornelia la mayor, que por mucho que su sobrino Cayo fuera un Graco, lo quería con locura.

—¡Estos niños me van a matar a disgustos! —graznó mientras corría, o trataba de hacerlo en pos de Emilia. Su edad y orondo cuerpo no le autorizaban a otra cosa.

Cornelia, aliviada, sonrió al ver la escena. A su hijo Cayo, inquieto por naturaleza, le podrían pasar muchas cosas, todas menos caerse por un barranco. Y lo mismo podía decirse del pequeño Catón, una verdadera lagartija.

Roma, 14 de julio

El censor plebeyo Lucio Mumio no podía ser más feliz. Su carácter amable y su extraña combinación de ambiciosa humildad y generosidad hacían el resto para conformar un estado de serena placidez y dignidad.

Lo había sido todo en la vida, desde cuestor hasta cónsul, de tribuno de la plebe a pretor, celebrando dos fantásticos triunfos, uno por sus victorias contra los lusitanos hacía ya once años, y otro recientemente por la destrucción de Corinto.

Sus méritos eran tan incontestables como encomiables, siendo el primer Mumio en alcanzar no ya la censura, que por sí mismo era algo extraordinario, sino el consulado. Nadie antes en su familia había logrado tales cotas. Su padre no había superado la pretura, pero él, un hombre perteneciente a una *gens* menor, dignificando a los de su sangre con el inmenso honor de pertenecer por fin a la *nobilitas* consular, podía decir sin aspavientos ni exageraciones que estaba a la altura de Escipión Emiliano, el representante de la más excelsa tradición y abolengo dentro de la nobleza senatorial. Tal vez la diferencia entre los Escipiones y los Mumios fuese gigantesca, pero no a nivel particular entre su colega y él mismo. Él era Lucio Mumio Acaico, destructor de Corinto y censor de Roma. Su autoridad era tan

respetable como la de Escipión Emiliano, y así lo hacía valer con toda normalidad, sin elevar su voz por encima de nadie, pero sin hacerla callar por el severo imperio de otros.

Teniendo muy claro todo esto, también sostenía que él no había llegado a censor para enemistarse con media Roma y degradar a senadores, caballeros y ciudadanos a la condición de simples erarios. Con el prestigio adquirido le era suficiente, prestigio que quería incrementar con el dadivoso reparto del inmenso botín traído de Corinto. Esa era la verdadera función de su censura, repartir por todos los templos, ciudades, basílicas, curias y casas particulares de Italia las enormes riquezas de Grecia. Y así, enfrascado en su labor, llevaba toda la mañana repasando el interminable inventario de cuadros, estatuas, estatuillas, ofrendas, vajillas de oro y plata, joyas de todos los tamaños, retratos, muebles, medallones, adornos de todo tipo y demás objetos que componían el botín, apuntando con esmero el destino y distribución de cada elemento, y solo cuando sus ojos le dijeron basta se dignó a levantar la mirada y contemplar impasible a su visitante. En otro momento lo habría recibido en su atrio, como a los clientes, pero a un tribuno de la plebe recién elegido, por muy idiota que fuese, era mejor prestarle atención en su despacho.

—Y bien, Claudio Asello —le dijo para activar la conversación.

—Y bien, Mumio —contestó Asello con su inevitable impertinencia, furioso de que el censor le hubiera tenido durante un buen rato sentado frente a su mesa sin hacerle el más mínimo caso.

Mumio elevó la comisura de los labios.

—Me sorprende que no estés durmiendo todavía —ironizó.

—Soy un hombre honorable —replicó Asello con guasa.

—Y mi cabeza está cubierta por entero de pelo —repuso Mumio, que enseñoreaba una prominente calvicie.

Asello frunció la boca.

—Necesito tu ayuda —pidió.

—¿La mereces? —repuso Mumio.

—Mañana es la *transvectio equitum*. La necesito y la merezco. Soy un caballero y un tribuno de la plebe. Nunca he dañado los intereses de Roma —porfió Asello.

—Basta con dañar los tuyos propios.

—Lo que haga con mi vida y en mi casa solo me incumbe a mí —dijo Asello entre dientes.

—Esto es Roma —replicó Mumio con aspereza.

—Pero no la Roma de Emiliano. Necesito tu ayuda y tú no quieres líos —insistió el tribuno.

Mumio, que apoyaba sus codos en la mesa, se echó hacia atrás, clavando sus ojos en Asello, reflexivo.

—Mañana es efectivamente la *transvectio equitum,* no estás borracho como para haberlo olvidado, pero, en cualquier caso, ¿qué crees que hará mañana Emiliano? —preguntó finalmente.

—Querrá degradarme a la vista de todos —contestó Asello.

Mumio negó categórico.

—Sabes de sobra que en el desfile de mañana los censores nos limitamos a pasar revista a los caballeros. No es un acto censal.

—No me trates por tonto, Mumio —se revolvió Asello con destemplanza—. A Emiliano le importa un bledo que mañana no sea el día de la inscripción formal de los caballeros. Le arden las tripas con solo oír mi nombre. No se estará quieto.

—¿Y qué gano yo con todo esto? —demandó Mumio.

—¿Que qué ganas? Lo que deseas, tu imagen de hombre moderado que es capaz de enfrentarse a todo un Escipión. ¿No te seduce lo más mínimo?

—Merecerías que te lanzara a la Cloaca Máxima, a ti y a todos tus amigos de borrachera.

—Pero me ayudarás.

Mumio exhaló una risa socarrona.

—Permíteme un consejo, Tiberio Claudio Asello —remarcó al dejar de reír.

—No sé si quiero oírlo.

—Oh, claro que vas a oírlo, amigo mío —replicó Mumio.

—Pues no me tengas en ascuas —repuso Asello con sarcasmo.

Mumio sonrió de oreja a oreja, inclinándose hacia adelante.

—Cuídate mañana de no ir borracho —sentenció.

Roma, 15 de julio

Roma, al igual que todos los idus del mes de *quintilis* desde hacía más de trescientos años, se despertó con calor, pero, sobre todo, con un jolgorio indescriptible. Familias enteras, viudas, huérfanos, libertos, prostitutas, esclavos, latinos, itálicos e incluso extranjeros que aquellos días comerciaban en Roma se agolparon en las calles por las que iba a discurrir la hermosa, espectacular y única procesión de los caballeros de Roma, de aquellos que formaban parte de las dieciocho centurias ecuestres, de aquellos a los que el Estado les entregaba un caballo público.

Los caballeros, miembros de las familias de mayor linaje y riqueza, cabalgarían por media ciudad, ordenados por tribus y centurias, en filas, como si vinieran de una batalla, coronados con ramas de olivo y vestidos con la toga

púrpura bordeada de escarlata.

El espectáculo, aderezado con compañías de músicos, con coros entonando canciones épicas, con bailarinas y con jóvenes lanzando flores por doquier, era la máxima expresión del orgullo de Roma por sus héroes presentes y pasados. Era una fiesta que rememoraba la victoria de las legiones sobre la Liga Latina en la batalla del lago Regilo, acaecida trescientos cincuenta y cuatro años antes. Era la *transvectio equitum*, la fiesta de la grandeza militar de Roma, pero, también, en años censales como este, el día en el que los censores pasaban revista a los caballeros desde el podio del templo de Cástor y Pólux, observándolos con ojos inquisitivos antes de proceder días después a la *recognitio equitum*, a la elaboración oficial de la lista de los caballeros que debían conservar el caballo público sostenido por el Estado.

En estas, Emiliano no cejaba en su voluntad de llevar a cabo una censura ejemplarizante, y confiaba en que su colega Mumio no vetara ninguna más de sus decisiones acerca de la moralidad de los ciudadanos, máxime cuando, finalizada con más de un rifirrafe la lista de senadores, al menos se habían puesto de acuerdo en una cosa, designar como príncipe del Senado, nuevamente, a Nasica Córculo. El pobre hombre apenas podía caminar aquejado de fuertes dolores en caderas y rodillas. Hombre corpulento, amable y enérgico por naturaleza, tales limitaciones las asumía francamente mal, traduciéndose en un muy mal carácter y en un aspecto envejecido. Aun así, Nasica Córculo lo merecía.

Aquella mañana, después de los oportunos sacrificios, la magnífica procesión había comenzado en el templo de Honos et Virtus, en el Campo de Marte, y entraba en Roma por la puerta Carmenta bajo un inmenso griterío y flores al aire. Los caballeros cabalgaban apretujados por miles de entusiastas ciudadanos que se echaban a los pies de los caballos para apreciar la belleza engalanada de los équidos y la magnificencia de los sonrientes jinetes, que saludaban sin parar.

La larguísima hilera montada siguió el recorrido del triunfo, por este orden, a través del Circo Máximo, las estribaciones orientales del Palatino, la vía Sacra y, finalmente, el foro, no sin pocas interrupciones por caballos encabritados por la colosal algarabía, pasillos de espectadores que se abrían y cerraban por el empuje de las alegres masas y jinetes que se detenían para saludar a los suyos. Al mismo tiempo, las paradas eran rápidamente aprovechadas por la legión de esclavos que, con cestos en las manos, recogían las voluminosas deposiciones de los corceles mientras los más pequeños bromeaban sin parar al ver cómo los excrementos explosionaban en las losas.

La procesión finalizaba frente al templo de Cástor y Pólux, en cuya tribuna tanto Emiliano como Mumio, ataviados con sus elegantes togas

completamente púrpuras, escrutaban llenos de inquisitiva solemnidad el paso de los caballeros. Hasta el momento, ambos censores habían visto pasar sin contratiempos a amigos y familiares como Fabio, Cayo Lelio, Quinto Pompeyo, Nasica el Joven o al hermano de Lucio Mumio. En tales encuentros habían predominado las miradas de complicidad y amiguismo, pero en cuanto Emiliano olió la cercanía de Asello se tensó como un perro de orejas puntiagudas. Enseñó sus caninos, de la comisura de sus labios brotó espuma, se ajustó los pliegues de la toga, gruñó para preparar su voz y descendió solemne de la tribuna al encuentro de Asello, con el rictus torcido, a lo Catón, provocando que a cada escalón que descendía se expandiera una creciente burbuja de silencio entre la multitud.

Claudio Asello, que se aproximaba con una sonrisa de autosuficiencia, borró la alegría de su rostro en cuanto advirtió que Emiliano bajaba con insoportable dignidad y se le quedaba mirando con cara de pasa arrugada. Aun así, lejos de mostrar sumisión, tiró de las riendas y se detuvo frente al censor.

—¿Puedo pasar mi caballo? —inquirió altanero.

Emiliano torció aún más el morro, clavando sus fríos ojos de halcón en Claudio Asello.

—No, no pasas tu caballo —afirmó rotundo.

—Bien sabes que lo voy a pasar —repuso Asello, elevando la barbilla al tiempo que observaba por el rabillo del ojo cómo Mumio descendía de la tribuna con toda parsimonia, a su estilo.

Emiliano, ajeno a los movimientos de su colega, apretó las mandíbulas.

—No pasas tu caballo —reiteró.

—¿Y por qué no? —replicó Asello, contestón.

—¿Y tú lo preguntas? —dijo Emiliano socarrón—. Has gastado en una prostituta más sestercios que todo lo que has declarado para equipar tu villa de la Sabina. Y has consumido en escándalos más de la tercera parte de la fortuna recibida de tu padre. No pasas el caballo —insistió.

—¿Y qué pruebas tienes? —persistió Asello.

—Ninguna —intervino de pronto Mumio, colocándose junto a Emiliano.

—¿Ves? Ninguna —se jactó Asello.

Emiliano rotó su cuello muy despacio, con la calva roja como si el sol se la hubiera abrasado, mirando fijamente a Mumio.

—Sabes que no le inscribiré en la lista de los caballeros —aseveró entre dientes.

—Sabes que lo vetaré —contestó Mumio con natural desgana.

Y Emiliano, sin decir nada, miró al frente, ascendió a la tribuna y volvió a colocarse en su sitio con semblante desabrido, ardiendo en deseos de quemar Roma entera con Mumio y Asello como combustible leñoso para

purificar la ciudad.

Días después se celebró en el foro la *recognitio equitum*, el verdadero acto censal de configuración de la lista de caballeros con caballo público.

Emiliano, conforme a lo prometido, no inscribió a Asello, privándole de su caballo, pero el veto de Mumio volvió a colocar las cosas en su sitio. Asello, pese a su depravación, seguiría perteneciendo a las centurias ecuestres.

Emiliano, mientras estuvo en el foro, aguantó el tipo con altivo orgullo, máxime al ver el rostro risueño e irónico de Apio Claudio Pulcro y su camarilla, pero en cuanto abandonó el foro, subió al Palatino como una exhalación y entró en su casa a punto de estallar en un ataque de furia.

Mientras se encaminaba a su despacho mugiendo como un toro, se topó con Sempronia. Él pasó de largo, pero ella se quedó parada viendo cómo su esposo la rebasaba.

—¿Otra vez Lucio Mumio? —preguntó con cierto retintín.

Emiliano no contestó, irrumpiendo en el *tablinum* como uno de sus manípulos asaltando Cartago.

Sentado ya frente a su escritorio, tomó un rollo de papiro, lo desenrolló, cogió a continuación un cálamo egipcio, lo untó en tinta y escribió a su hermano Fabio, que acababa de partir hacia su *villa* costera de Gaeta, al sur de Roma:

Querido Quinto,

Ardo en furia. La cólera me corroe las entrañas. Años de espera tirados a una ciénaga. Años de espera para que senadores y caballeros sigan cayendo en la depravación, en el lujo más repugnante y en los excesos más obscenos. Años de espera para que los dioses me castiguen con un colega que solo piensa en lamer culos. Rogaré a Júpiter que le envíe un rayo y lo parta en dos, porque no quiere otra cosa que adular y malcriar a los romanos, como aquellos padres que solo saben colmar de caprichosas atenciones a sus hijos en lugar de educarlos en la severidad, la gravedad y el esfuerzo. ¿Y cuál es el resultado de todo ello? ¿Cuál? Pues jóvenes como Asello, decepcionantes, impertinentes, inmaduros, egoístas y pervertidos que tiran su buen nombre en escándalos sexuales con efebos, prostitutas e incluso con animales, puesto que nada les satisface ya.

Ardo en furia. Tú, como yo, sufrimos ya las dificultades en las levas en los tiempos del cónsul Lúculo. Vimos cómo los jóvenes nobles repudiaban el alistamiento en las legiones. Después padecimos

desastres vergonzosos en Lusitania y pactos indignos con los celtíberos, por no hablar del ejército que acampaba a las puertas de Cartago antes de mi llegada, una auténtica banda sometida a los placeres, al acomodamiento, a las mujeres y al deseo de botín. ¿Esta es la Roma que queremos? ¿Es esta? ¿Una ciudad sumida en la podredumbre, vacía de valores y enfangada en la miseria moral que no castiga a los libertinos como Asello? ¿Es esto lo que queremos?

Ardo en furia. Y no se lo perdono a Mumio. Es indigno de su cargo, tanto que no voy a invitarle a la inauguración del nuevo templo de Hércules que estoy construyendo en el foro Boario y que en breve dedicaré. No quiero verlo por allí. No deseo ver su falsa generosidad que no es otra cosa que abandono de sus funciones; que no es otra cosa que pura cobardía; que no es otra cosa que el fin de Roma. No lo invitaré. No, no lo haré. Ardo en furia.

Salud.

Fabio leyó la carta tres días después. Meditó mucho la respuesta, o incluso si debía responderla. Su hermano parecía realmente fuera de sí.

Finalmente, después de haber paseado reflexivo por las playas de Gaeta y Laurento, se limitó a contestar de este modo:

Querido Publio,

A nuestro padre se le recuerda por Pidna, no por su censura. A tu abuelo Escipión Africano se le rememora por Zama, no por su censura. Y así tantos y tantos grandes hombres de Roma. A ti se te recordará por Cartago, lo que colma la gloria de cualquier ciudadano ilustre. Huye de la exigencia metódica que te caracteriza, ten paciencia y, sobre todo, no dejes de invitar a Mumio a la dedicación del nuevo templo de Hércules. Solo conseguirás perjudicar tu imagen. Invítalo. Ese es mi consejo. Soy tu hermano mayor y puedo permitírmelo, aun a riesgo de que le dediques una mirada furibunda al busto que tienes de mí en tu magnífica biblioteca. Invítalo.

Regresaré pronto a Roma. Recuerda que nuestro común y gran amigo Lelio ha de preparar su candidatura a las próximas elecciones consulares. Ha llegado su momento y necesitará todo nuestro apoyo y todo nuestro buen hacer. Invita a Mumio y centra tus esfuerzos en la candidatura consular de Lelio. Se lo merece más que nadie.

Te saluda tu devoto hermano.

Emiliano recibió a su vez la carta a los pocos días. La leyó una vez. La leyó dos veces y, como era corta, la volvió a repasar de nuevo. Tal vez Fabio tuviera razón. Posiblemente no tuviera el apoyo o fuerza suficiente para hacer cuanto ansiaba. Probablemente caía demasiado en el orgullo. Tal vez no

alcanzaría la grandiosa censura que ansiaba. Pero lo que sí tenía claro era una cosa, una sola cosa: por nada del mundo pensaba invitar a Mumio a la inauguración del templo de Hércules. Ni muerto lo haría. Empezaba a estar cansado de Roma.

Combate de campeones

Aratikos, 19 *finales de septiembre*

El legado Quinto Occio entró en su tienda privada con toda su panoplia bien lucida, se sentó en un taburete, cogió el plato de gachas que le ofrecía uno de sus esclavos y comenzó a comer con mirada fija en ninguna parte.

Apenas se había llevado a la boca dos raciones cuando el griterío de los legionarios arreció con fuerza. Volaron los silbidos y los insultos, pero nadie se atrevía a hacerlo. Aquello le desquiciaba.

Trató de seguir comiendo, ración a ración, pero era imposible. Por muchos gritos y juramentos que se lanzaran, nadie tenía el valor suficiente, y aquello le alteraba cada vez más.

—¡Así no se puede comer tranquilo! —bufó al fin.

Su esclavo, el que le había preparado las gachas, se le quedó mirando con cara de pasmado.

—¿Por qué te quedas quieto? Acércame la espada y el escudo —masculló Occio, enfurruñado por no encontrar un instante en el que poder comer sin contratiempos. Si nadie tenía agallas, las tendría él.

Poco después abandonaba su tienda, dirigiéndose con enfadada parsimonia a la puerta del campamento, aquella orientada a la ciudad celtíbera de Aratikos, levantada en las estribaciones sureñas de la sierra del monte Chaunos. De allí a Numantia apenas había cinco jornadas de marcha.

La masa de legionarios apiñada en la puerta se quedó muda al verle aparecer escudo y espada en mano, con su hermoso yelmo de cresta roja y dos plumas blancas en los laterales, enorme cota de malla y grebas broncíneas. Le abrieron paso bajo un silencio sobrenatural al tiempo que él, con mirada al frente y gesto desabrido, caminaba como el hombre fuera de sí que va a echar la bronca a algún hijo demasiado persistente en sus desobediencias.

Cincuentas pasos más adelante se encontró en la tierra yerma llena de estacas y empalizadas que separaba el campamento de la ciudad sitiada, pero no estaba solo. Un celtíbero que hasta hacía un momento se había dedicado a sacar el dedo a los romanos y a hacer muecas de mofa —provocando la bulla que tanto le molestaba a Occio— le aguardaba con el rostro jubiloso a mitad de camino. Por fin un romano salía a luchar con él para medir el valor de unos y otros.

Occio evaluó al celtíbero en su lento acercamiento. Como él, lucía un magnífico casco de bronce con carrilleras, aunque en esta ocasión con dos largas alas laterales coronadas con plumas escarlatas. Su escudo no era alargado, como el romano, sino redondo, y no protegía su tronco con cota de malla, sino con un simple pectoral cuadrado sobre su pecho. Sus grebas no

eran metálicas, sino peludas, sin duda de piel de lobo enrollada o de cualquier otro animal de aquellos lugares. Y su espada era el típico *gladius* hispano, como el suyo, con punta y dos filos.

«Qué maldita afición tienen estos cabrones por los combates singulares», porfió Occio en su interior antes de terminar su aproximación. Lo hizo tranquilo, como si sus músculos estuvieran flácidos. Sin embargo, en cuanto tuvo al celtíbero a tiro, flexionó las rodillas, echó el cuerpo hacia adelante y enseñó la espada en alto.

—Ven aquí, amiguito —le dijo al celtíbero.

Este se limitó a escrutarlo con desdén, le dijo algo en su enrevesada lengua céltica y, sin previo aviso, cargó como un elefante.

Occio elevó el escudo largo para detener el espadazo del celtíbero, asestado con colosal furia de arriba abajo. Las tablas del escudo aguantaron el seco impacto al tiempo que Occio sacaba a pasear su *gladius*, no desde lo alto, sino en horizontal, en un rápido movimiento de atrás a adelante. El celtíbero encogió su estómago y dio un paso atrás, evitando la estocada.

Los dos guerreros se separaron unos pocos pasos y comenzaron a caracolear, dibujando entre los dos un amplio círculo. Amagaron repetidas veces, pero ninguno dio el paso definitivo.

—Eres un hijo de perra y te daré de comer a los perros, no a tus malditos buitres —le soltó Occio.

El celtíbero debía de entender algo de latín, puesto que desencajó su rostro y se abalanzó dando gritos como un loco. Armó de nuevo su espada de arriba abajo, la descargó sobre el escudo de Occio, este flexionó sus rodillas, aguantó la fuerza y propulsó su *gladius* nuevamente hacia adelante, de modo horizontal.

La espada de Occio penetró con limpieza en el vientre del hispano, encontrando como tope la columna vertebral. Occio, al retirarla, lo hizo con saña, intentando rajar todo lo posible. El celtíbero aulló de dolor y dejó caer escudo y espada, llevándose las manos a la tripa. Occio bajó entonces el escudo y cargó contra el cuerpo de su oponente, golpeándole severamente. El celtíbero se fue al suelo aparatosamente. Después, sin piedad alguna, armó su *gladius* en alto y lo dejó caer a plomo sobre la cabeza de su enemigo. El casco, abollado, soportó el primer golpetazo, pero no el segundo. En un sonoro «catacrac» se partió en dos. También la cabeza del celtíbero, el cual, tras convulsionar unos instantes, se quedó inerte.

Occio, con gesto impasible, dejó en el suelo su escudo y su espada y despojó con toda tranquilidad el cadáver. Después, se lo cargó todo a la espalda, volvió al campamento rodeado del griterío y de los vítores de los legionarios que le rodeaban como moscas, entró de nuevo en su tienda, ordenó al esclavo que cerrara las lonas, echó a tierra su panoplia y los despojos, se

sentó en el taburete, tomó el plato de gachas y siguió comiendo.

Justo cuando se llevaba a la boca el tercer cazo irrumpió en la tienda, aireando sus brazos, Metelo Macedónico.

—¿Te has vuelto loco? —bramó furioso. Occio se limitó a encogerse de hombros y a seguir comiendo.— ¡Vas a conseguir que te maten! ¡Maldito loco! —gritó Metelo sin mesura.

—Puede suceder —repuso Occio con parquedad.

—No lo vuelvas a hacer —dijo entre dientes Metelo, con los brazos en jarras, calmándose poco a poco.

—No me puedes pedir eso —replicó Occio sin dejar de deglutir gachas.

—¡Deja de comer cuando te hablo! —bramó Metelo.

—Me ha entrado hambre.

Metelo apretó las mandíbulas y echó fuego por los ojos, pero le tenía a aquel hombre demasiado aprecio. Resopló como un toro, juró en todos los idiomas y fue a sentarse en una silla. Al hacerlo vio los despojos del celtíbero y el hermoso casco partido en dos.

—Buenos despojos para ofrendarlos a Júpiter Feretrio. Lástima ese casco partido. Una pena —lamentó.

—No se lo ha querido quitar —balbució Occio con desinterés.

Metelo redobló sus pacientes inspiraciones, cabeceó resignado y apoyó sus manos en las rodillas.

—Han llegado noticias de la Ulterior —dijo.

Occio dejó la cuchara a medio camino entre el plato y su boca.

—¿Ha reaparecido Viriato? —preguntó.

—No, sigue desaparecido en alguna parte de la Beturia o de Lusitania —contestó Metelo.

—¿Y qué ha hecho Serviliano en todo este tiempo?

—¿Pues qué va a hacer? —repuso Metelo, frunciendo el ceño—. Arrasar y tomar ciudades. Ha emprendido una enorme ofensiva de castigo por toda la Beturia y el territorio de los cuneos. También ha exterminado a otras bandas de asaltadores, porque al parecer hay más bandidos como Viriato, pero no tan eficaces como él. ¡Qué hijo de perra es ese Viriato! —porfió Metelo.

—Es listo.

—Demasiado.

—Ya daremos con él —dijo Occio, reiniciando su comida.

Metelo comprendió que la conversación había terminado. Se puso en pie después de golpear sus muslos con las manos y se quedó mirando a Occio.

—Ni se te ocurra volver a hacer lo mismo —le exigió.

—¿Hacer qué? —respondió el legado sin levantar la cabeza.

—¡Púdrete en el Hades! —rugió Metelo, abandonando la tienda.

La tercera frustración del censor

Roma, mediados de noviembre

—No te arrepentirás —dijo Apio Claudio Pulcro.

—Por nada del mundo —abundó Nobilior, haciendo bailar su papada y su barriga.

—Es lo que mejor que vas a hacer en tu vida —reincidió Galba, exhibiendo sus fibrosos músculos.

Quinto Pompeyo elevó sus saltones ojos de huevo y se rascó su menguante pelo pelirrojo, escudriñando sucesivamente a Claudio, a Nobilior y a Galba, que le miraban a su vez como tres perros solícitos que esperan con ansia una galleta.

—¿Crees que él no lo haría? ¿Es que acaso tú eres menos que él? —insistió Claudio, intentando suavizar sus típicos gestos de altivo y rancio aristócrata.

—¿Y tendré todo vuestro apoyo? —balbució Pompeyo sin dejar de vigilar a los tres senadores. En la biblioteca de su *domus*, sentados frente a él unos junto a los otros, no parecían de fiar.

—Absolutamente —contestó Galba de inmediato.

—Del todo —secundó Nobilior.

—Lo tendrás, pero, obviamente, no será gratis —matizó Claudio.

Pompeyo sintió un escalofrío.

—Soy consciente de que nada es gratis —farfulló nervioso.

—Me refería a que en el futuro esperamos que los votos de tu inmensa clientela en el Piceno vean con buenos ojos a cualquiera de nuestros candidatos —susurró Claudio con una sonrisa.

—Por descontado —confirmó Pompeyo.

Claudio, Nobilior y Galba sonrieron a la vez, como si respondieran a la misma orden. Y un escalofrío volvió a recorrer el cuerpo de Pompeyo. Aquellos tres hombres eran la contraposición de la Triada Capitolina, como ellos mismos llamaban irónicamente a Emiliano, Fabio y Lelio. Pero a decir verdad que no sabía a quién elegir de las dos ternas. Él quería volar a su aire, pero ¿cómo podría hacerlo un hombre nuevo como él sin un solo ascendiente de renombre? Para ser un simple provinciano del Piceno —muy rico, eso sí— haber llegado a la pretura era ya un logro inmenso, algo conseguido gracias al constante patrocinio de Emiliano, que por alguna extraña razón lo había acogido como uno de los suyos, permitiéndole que le acompañara con los Fabio, Lelio, Metelo Macedónico o el idiota de Nasica el Joven. Pero no le bastaba. No quería ser una simple marioneta escipiónica. Quería más y estaba dispuesto a cualquier cosa, aunque le temblaran todas las carnes.

—Hablamos de Lelio, tal vez él no se lo merezca —dijo como si un halo de pena repentina se hubiera incrustado en su pecho.

Claudio dejó de sonreír y le fulminó con sus ojillos glaciares.

—No te equivoques. Emiliano y Lelio son la misma cosa —dijo con desdén.

Pompeyo cabeceó con la boca apretada.

—Se lo había prometido a Emiliano —se resistió—. Le había prometido que no me entrometería, que no me presentaría.

—¿Le juraste tu palabra? —demandó Claudio.

—Se trata de Cayo Lelio —reincidió Pompeyo.

—¿Le juraste a Emiliano tu palabra? —martilleó Claudio.

—¡Por todos los dioses! ¡No lo hice! —saltó Pompeyo, agobiado.

—Entonces no me vengas con esas —porfió Claudio—. Tú quieres hacerlo. No quieres esperar más tiempo, se trate de Lelio o no. No lo mereces. Deseas suceder a Metelo Macedónico en la Citerior. Deseas ser tú quien acabe con la revuelta celtíbera. Tú debes ser el próximo cónsul plebeyo —insistió con letal fuerza.

—¿Qué cosa puede ser mejor que suceder a Metelo y llevarte tú la gloria en lugar de él? —intervino libidinosamente Galba, muy consciente del odio mutuo que se profesaban Pompeyo y Metelo.

Pompeyo resopló ruidosamente, pero se le iluminaron los ojos con solo pensar que arrebataría la gloria a Metelo al aprovecharse de todo su trabajo, pues conocía que la rebelión celtíbera había quedado ahora reducida a Numantia y alguna otra ciudad más del valle del Durius.

—¿Y tengo garantizados todos los votos de vuestras clientelas? Aún recuerdo vuestro lamentable espectáculo con el cónsul Cotta —farfulló dubitativo.

—Eso es agua pasada —murmuro Galba, dejando enseñar sus dientes. Por el idiota de Cotta se había quedado sin su campaña contra Viriato.

—¿Tengo vuestra palabra? —insistió Pompeyo sin tenerlas todavía todas consigo.

—¿Quieres hacerlo o no quieres hacerlo? ¡No seas memo! —le ladró Claudio, que estaba empezando a perder la paciencia.

Pompeyo inspiró una enorme bocanada de aire. Después estiró su grueso cuello y abrió sus ojos redondos.

—Sea —concluyó.

A los pocos días

Cayo Lelio se sentía el hombre más feliz del orbe entero. En su casa, rodeado de sus amigos Emiliano y Fabio o de aliados, entre otros, como Quinto Pompeyo y Nasica el Joven, respiraba tan complacido como orgulloso. Había llegado su momento. Bajo el ala de Emiliano, pero fortalecido por su propia cultura, su gran inteligencia política, su conocimiento inigualable de la ciencia augural y querido y respetado por propios y extraños, rozaba ya con las yemas de sus dedos el consulado. Por fin podía presentar su candidatura, y él, seguido esta vez de todos y no al revés, acudiría al foro e inscribiría su nombre en la lista de candidatos. Su vida y ambición estarían colmadas.

—Recapitulando —oyó que decía Emiliano—, mañana al mediodía vendremos todos a casa de Lelio y bajaremos juntos al foro. Todos juntos —remarcó—. Traed una buena comitiva.

—Hecho —dijo Nasica el Joven, mirándose las uñas. Él se presentaba a pretor, por lo que estaba allí con el único propósito de obtener justamente la misma ayuda que él proporcionaba.

—Hecho —fueron diciendo el resto de los senadores allí citados, casi todos de la familia Escipión y de otras *gentes* amigas.

Emiliano asintió con firmeza, y ya se disponía a poner fin a la reunión cuando advirtió que Quinto Pompeyo, su protegido, no había abierto la boca, aunque podía comprender por qué.

—Quinto —lo llamó. Pompeyo elevó la vista muy despacio—. Todos agradecemos que hayas renunciado a presentar tu candidatura al consulado cuando por edad ya podías hacerlo. El propio Lelio lo tuvo que hacer el año pasado, ya sabes, esperar un año más por nuestro interés político, pero en las próximas elecciones no dudes de que todos te daremos nuestro apoyo. Este año nuestro candidato plebeyo es Cayo Lelio y nadie más —finalizó comprensivo, pero tajante.

—Yo también te lo agradezco —secundó Lelio.

—Como os pongáis tan ñoños vais a conseguir que esos ojos redondos se le llenen de lagrimitas —bromeó Nasica el Joven.

Pompeyo, poco dado a las bromas y más cuando de sus ojos de huevo se trataba, le hubiera arrancado la lengua de cuajo a aquel graciosillo, porque Nasica era un bobo. Pero debía contenerse y jugar su papel.

—Lo hago con sumo agrado —exhaló finalmente—. Cayo Lelio será nuestro candidato y nuestro cónsul —añadió, y elevó su copa de vino.

—¡Hecho entonces! —exclamó Emiliano, poniéndose en pie—. Mañana bajaremos todos juntos al foro.

Esa misma noche Emiliano cenó con Sempronia, los dos juntos, él en el triclinio y ella sentada a su lado en una silla, como procedía según las buenas y antiguas costumbres. Últimamente habían dejado de insultarse y perseguirse uno al otro incansablemente para charlar animosamente de todo cuanto

sucedía en Roma. Era su particular tregua para no caer exhaustos en una guerra que parecía no tener fin.

En un momento dado, Sempronia se quedó pensativa, lo que fue rápidamente advertido por Emiliano, que como en las legiones o en el Senado no perdía ojo a nada de lo que sucediera a su alrededor.

—¿Ocurre algo? —preguntó con atención.

Sempronia apretó los labios antes de hablar.

—A mi madre no le gusta Quinto Pompeyo —desveló.

Emiliano arqueó una ceja.

—¿Y eso a qué viene ahora? —inquirió.

—Me lo he cruzado hoy en la vía alta del Palatino.

Emiliano puso cara de indiferencia.

—Hay muchos hombres que no le gustan a tu madre.

—Ella afirma que Pompeyo no es de fiar —continuó Sempronia.

—¿Por qué no iba a serlo? —repuso Emiliano, incorporándose ligeramente del diván—. Nunca ha hecho nada que permita pensarlo.

Sempronia encogió los hombros, poco convencida.

—Tal vez sea eso, o cómo mira, siempre de medio lado, bien colocado a tu espalda… —masculló.

—Si pensáramos lo mismo de cada hombre que hace eso en Roma, no nos fiaríamos de nadie —rio Emiliano, apoyando de nuevo su codo izquierdo en el triclinio.

Sempronia dejó escapar igualmente una media sonrisa.

—Me alegro mucho por Lelio. Es un gran hombre —suspiró.

—Pocos hombres en Roma se lo merecen como él.

—Y algún día también lo merecerán mis hermanos, Tiberio y Cayo —deseó Sempronia con los ojos llenos de luz.

Emiliano tardó un segundo antes de contestar, más de lo que debía y lo suficiente para que se le notara. No podía evitarlo cuando de los jóvenes Graco se trataba, que no eran de su devoción.

—Son los nietos de Escipión Africano. Lo serán, claro —dijo con la boca pequeña.

Sempronia ni se lo pensó. Se puso en pie con el rostro enfurruñado y fulminó a Emiliano con la mirada.

—No dudes de que lo serán, y que sus nombres quedarán grabados a fuego en la historia de esta ciudad. Que cenes a gusto —sentenció, y se marchó con toda dignidad, dejando solo y compuesto a su poderosísimo e insensible esposo.

Al día siguiente

Una multitud esperaba a Cayo Lelio a la salida de su *domus*, y en cuanto puso un pie en la calle el mismísimo Emiliano fue el primero en acercársele con una solemne sonrisa para apretar su mano. Después lo hicieron Fabio, Nasica el Joven, Metelo y la legión de senadores afines a las familias Escipión y Fabio Máximo. Y Lelio, con porte elegante y humilde, fue dando la mano a todos ellos, a todos menos a uno.

—¿No ha llegado todavía Pompeyo? —preguntó.

Emiliano miró a su derredor en busca del picentino, sin preocuparse lo más mínimo.

—Podemos esperar un poco más. No tardará en aparecer —dijo al no encontrarlo, al tiempo que comenzaba una charla con uno de los clientes de Lelio que se le había acercado para saludarle.

—¿Dónde se ha metido si puede saberse? —preguntó Fabio al rato. Pompeyo seguía sin aparecer.

Emiliano estiró el cuello y se giró hacia la calle por la que debería venir, pero no había rastro de él.

—¿Todo bien? —inquirió en ese instante Lelio, que se había acercado al corrillo de sus amigos al ver sus caras circunspectas.

—Falta Pompeyo —dijo Fabio.

—Que alguien se acerque a su casa. Id a buscarle —exigió Emiliano, intentando disimular su contrariedad.

Pompeyo vivía muy cerca de allí, junto al templo de Magna Mater, de modo que el esclavo enviado para conocer noticias volvió muy poco tiempo después.

—¿Y bien? —demandó Emiliano.

—Me ha dicho su esclavo Estacio que su amo estaba en casa, que se ha retrasado algo y que no le esperemos, pero que pronto se unirá a la comitiva —informó con el resuello de la carrera.

—¿Pero le has visto? —insistió Emiliano.

—No, señor, solo he hablado con Estacio —contestó el esclavo.

Emiliano cabeceó ligeramente. Después miró de soslayo a su hermano Fabio. Este frunció el entrecejo. Emiliano hizo lo propio. Lelio se les acercó de nuevo.

—¿Tenemos noticias de Pompeyo?

—Ha dicho que vayamos por delante —respondió Fabio.

—Sí…, adelantémonos entonces —masculló Emiliano.

Lelio se tensó de modo casi imperceptible.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—¡Oh, no, por supuesto! —se apresuró a contestar Emiliano—. Bajemos

al foro. ¡Vamos! —ordenó como queriendo quitarse de encima la mirada despistada de su mejor amigo—. Vamos —insistió, echando a andar tras coger del brazo a Lelio y arrastrarle calle abajo.

—Ahí viene —farfulló Galba en cuanto lo vio aparecer en el foro, cruzando entre la basílica Sempronia y el templo de Cástor y Pólux.

—Ya es nuestro —balbució lascivo Nobilior.

—¿Viene solo? —interpeló Claudio para asegurarse.

—Él solito —dijo Galba lleno de guasa.

—Hay que reconocer que tiene valor. No todos los días se engaña a la Tríada Capitolina y a Emiliano en particular —añadió Nobilior.

—No es valor, es inquina y mucha desfachatez, pero me gustan este tipo de hombres que venderían a su madre —aseveró Claudio, gozando como un chiquillo.

—No es de fiar —corrigió de inmediato Nobilior.

—No lo tendría como amigo —secundó Galba.

—¿Y eso qué importa? —porfió Claudio.

—No ha podido resistirse a la idea de alcanzar la gloria en Hispania Citerior —recordó Nobilior.

—Y ser él quien suceda a Metelo —matizó Galba.

—Habría vendido a su propia madre, pero, sea por el motivo que sea, ya es nuestro, los ha traicionado, así que recibámoslo con los brazos bien abiertos —siseó Claudio, yendo al encuentro de Pompeyo.

Lelio fue el primero en entrar en el foro. Lo hizo por el extremo donde se erigía el templo de Vesta. Venía con una gran sonrisa, seguido de una frondosa cohorte de togas y túnicas con franjas púrpuras cuyos portadores simbolizaban a muchas de las grandes familias senatoriales a las que no les bastaban los dedos de las manos y de los pies para contar el sinfín de consulados y censuras de sus ancestros próximos y lejanos. Con tal apoyo, que fuera elegido cónsul plebeyo era un hecho cierto, tanto como que por fin podría acallar las bromas de Emiliano y Fabio, que se pitorreaban día sí y día también sobre su simple rango pretorio.

Su alegría se desvaneció en un solo soplo cuando, de pronto, lo vio junto a Claudio, Nobilior y Galba, dando apretones de manos sin parar a todos cuantos se le acercaban. Era evidente que no estaba en casa, tanto como que su esclavo Estacio había mentido. Y Pompeyo lucía la toga cándida, la toga de candidato.

Al ver aquello no pudo evitar pararse en seco. Emiliano y Fabio se colocaron a su par, a ambos lados, tan atónitos como él mismo. El grupo también se detuvo como si un león les hubiera salido de pronto al camino, en completo silencio. Algunos estiraron sus cuellos y otros comenzaron a gruñir como perros dispuestos a soltar una dentellada. Poco después volaron los primeros reproches e improperios.

—¡Mentiroso! ¡Traidor! —gritó uno.

—¡No tienes vergüenza! —bramó otro.

—¡Cerdo picentino! —rugió Nasica el Joven con cara de asco y con sus labios apretados hacia afuera, a su estilo, con boca de pato.

—¡Deberíamos arrancarte tus ojos de besugo, putón del Piceno! —se oyó desde las últimas filas de la comitiva de Lelio.

Pompeyo, que no cesaba de dar manos y, precisamente, pedir el voto para sí mismo ignorando cualquier tipo de promesa dada a Emiliano y compañía, se giró un instante, lo suficiente para sonreír sin tapujos y seguir a lo suyo, bien arropado de sus nuevos amigos.

Lelio sentía que la furia invadía poco a poco su cuerpo. Fabio bufaba como el Minotauro y solo Emiliano parecía mantener la calma, mostrando una insultante sonrisa mientras negaba repetidas veces con la cabeza.

—Vedlo ahí —dijo finalmente con todo retintín, asegurándose de que Pompeyo y todos le oyeran bien—, no hemos hecho otra cosa que esperar y perder el tiempo por un simple flautista, porque, ¿eso es lo que era tu padre, verdad Pompeyo, un simple flautista? —desdeñó punzante, dejando escapar una risita repleta de despectivo sarcasmo, queriendo remarcar que Pompeyo era un ser insignificante sin antepasados de renombre.

Pompeyo, lejos de hacerle frente o de acallar aquella afirmación falsa sobre su origen, se hizo descaradamente el despistado y se sumergió como un huidizo ratón en la masa de ciudadanos que acudían a su encuentro, perdiéndose de vista. Emiliano rio aún más alto, provocando que la furia de sus seguidores se transformara en una carcajada colectiva. Después, protegido por el coro de risotadas, controlando de modo magistral la ira más furibunda que recorría cada rincón de su cuerpo, miró a Lelio, que seguía inmóvil.

—Vamos, amigo, es tu momento —le dijo con firmeza. Lelio respiró hondo, forzó su sonrisa y comenzó a dar manos.

Esa misma noche Emiliano cenó de nuevo con Sempronia. Esta lo contemplaba en silencio, respetando la gigantesca cólera que brincaba en el interior de su esposo con el claro propósito de salir y estallar por los aires. Emiliano comía huevos cocidos, con los ojos perdidos en el infinito, y de vez en cuando mordía el que tenía en la mano y lo partía en dos muy despacio con sus incisivos, de forma casi asesina, como si aquel huevo fuera uno de los ojos saltones de Pompeyo. Sempronia no sabía si debía hablar o no, pero

finalmente, por su naturaleza, no pudo contenerse.

—Ya sabía yo que no era de fiar —porfió indignada. En verdad que quería a Lelio, tanto como odiaba ahora a Pompeyo.

—Ese sucio mercenario, ese hijo de flautista, no se saldrá con la suya. Le he patrocinado, le he dado todo, y ahora… No se saldrá con la suya —farfulló Emiliano de modo letal, arrastrando inflexible cada una de sus palabras.

—Pero le apoya toda la facción de Apio Claudio. Al parecer se han unido de nuevo después de lo de Cotta —lamentó Sempronia.

—¿Y? —repuso Emiliano, mirándola directamente a los ojos.

—Pues que tal vez sea necesario hacer algo más —contestó ella.

—¿Cómo qué?

Sempronia puso cara de no entender nada. Para ella era obvio.

—Pues sondea el voto de otras familias como los Mucio Escévola o los Postumio Albino. Incluso podrías hablar con Craso Dives. Su edilidad está siendo muy vistosa y tiene una gran influencia —propuso con claridad.

—¿Craso Dives? Es cuñado de Apio Claudio —replico Emiliano.

—Pero quiere casar a una de sus hijas con mi hermano Cayo. Toda ayuda puede hacer falta y es un hombre muy prometedor —insistió Sempronia.

—Craso Dives me odia.

—No es verdad.

Emiliano, cansado, negó de forma categórica.

—Nada de eso es necesario —espetó—. Soy un Escipión Africano y soy el censor patricio de Roma. Los ciudadanos de a pie votarán a mi candidato, no a Pompeyo —aseveró torciendo el morro.

—En Roma se vota. No eres un rey ni los ciudadanos tus súbditos —replicó Sempronia con valentía e incluso temeridad—. Hazlo por Lelio —finalizó, al tiempo que se ponía en pie y abandonaba el comedor.

Emiliano apretó los labios y medio entornó los ojos, dejando los párpados levemente plegados. Después se llevó un huevo duro a la boca e hincó sus dientes hasta seccionarlo en dos. Primero Lucio Mumio y ahora Quinto Pompeyo. Por todos los dioses, qué aciaga estaba siendo su esperada censura.

Una caja de sorpresas

Roma, inicios de diciembre

Emiliano y su hermano Fabio aplicaron todos sus recursos humanos y materiales para garantizar la elección consular de su querido amigo Lelio. Organizaron viajes de los campesinos de todo el suelo itálico, les dieron de comer y los colmaron de atenciones, acudieron al foro cada día y a distintas horas para engatusar los dispuestos oídos de los electores, encargaron a sus clientes y a los magistrados de su cuerda hablar a favor de Lelio, conminaron a contratistas, gremios y cofradías a que hicieran lo propio e incluso dieron unos pocos denarios a gentes del común para llenar Roma de carteles a favor de Cayo Lelio. Todo, en definitiva, para evitar que un simple hombre nuevo como Quinto Pompeyo derrotara a la facción escipiónica.

El día de los comicios todo sucedió con normalidad. Los augurios fueron favorables, se izó la bandera roja en el Janículo y las centurias comenzaron a desfilar por los *saepta* de la Villa Pública.

Emiliano y los suyos votaron pronto y fueron a esperar a cobijo de unos árboles que lindaban con los cercados de las votaciones. De hecho, poco después se supo el nombre del cónsul patricio ganador de las elecciones, uno de los Servilio Cepión, que era hermano natural de Serviliano, destinado en Hispania Ulterior.

Los vítores de su victoria se elevaron al cielo del Campo de Marte mientras continuaban pasando las centurias para decidir al cónsul plebeyo, en una cerrada disputa entre Lelio y Pompeyo.

Apenas una hora después uno de los hombres de Emiliano trajo el nombre del vencedor. Emiliano lo escuchó, asintió, dio la mano a Fabio y al resto de sus partidarios y acompañó a los nuevos cónsules al templo de Júpiter, según la tradición y las buenas normas de cortesía.

Al atardecer, ya en la intimidad de su casa, fue directo a su hermosa biblioteca, repleta de bustos y rollos, y se sentó en una silla de patas de tijera con apoyabrazos. Allí permaneció un buen rato, solo y pensativo, con la mirada perdida, apenas iluminado por dos pequeñas lucernas de tonos anaranjados.

Absorto en sus pensamientos, no se percató de que una sombra se sentaba a su lado, silenciosa y discreta. Solo cuando la sombra posó suavemente una mano en su antebrazo levantó la vista.

—Sempronia —balbució.

—Ese canalla pelirrojo lo pagará algún día —maldijo ella.

Emiliano cabeceó derrotado, exhibiendo una debilidad de ánimo desconocida en su carácter.

—Ha vencido, Sempronia, ha vencido y no debe nada a nadie. Ayer mismo resultó elegido en las elecciones a pretor un idiota como Nasica el Joven, y hoy Roma rechaza a un hombre como Lelio. Nos ha vencido y no entiendo nada —masculló consternado.

—No ha vencido por sus méritos, esposo, bien que deberías tenerlo en cuenta —repuso con repentina dureza Sempronia.

Emiliano elevó el mentón.

—No es el momento —espetó.

—Ya lo creo que lo es.

—Sempronia…

—¡Lo es! —exclamó ella rabiosa—. ¡Déjame hablar por una vez!

Emiliano bajó la mirada.

—Habla.

Sempronia respiró muy despacio antes de hacerlo, armándose de fuerza y razones.

—Sabes que Lelio ha sido derrotado por tu orgullo —se arrancó sin tapujo—. ¿Por qué no buscaste la colaboración de las familias que te propuse? ¿Por qué no invitaste a Mumio a la consagración del templo de Hércules? ¿Por qué has intentado degradar a senadores y caballeros como si tu colega Mumio no existiera? ¿Por qué? ¿Por qué mantienes esa conducta tan moralizante y arrogante? ¿Por qué? —interpeló como una Atenea.

—Dímelo tú —desdeñó Emiliano con la mirada siempre perdida.

Sempronia dejó escapar un soniquete de indignación.

—Solo tú tienes la respuesta —dijo—, pero tú y nadie más que tú has provocado que todos tus adversarios, todos ellos sin excepción, senadores y caballeros, hayan vuelto a unir sus fuerzas para hacerte daño. Y lo peor de todo es que el damnificado ha sido tu mejor amigo, Cayo Lelio. Ya lo creo que debes escucharlo, esposo, ya lo creo —sermoneó más ancha que larga, disfrutando de la insólita debilidad de su esposo, máxime cuando este, lejos de mostrar altivez o desprecio, que eran las armas favoritas que esgrimía contra ella, la miró con una extraña combinación de tristeza y férrea profundidad, tanto que Sempronia tuvo la placentera sensación de estar hablando de igual a igual, de tú a tú, sin ser menospreciada una y otra vez—. Sabes que tengo razón —dijo bien asentada.

Pero su esposo era una caja de sorpresas y estaba a punto de demostrárselo.

—¿Cómo está tu hermano? —la preguntó de pronto.

—¿Mi… Mi hermano? —tartamudeó Sempronia, sorprendida por el giro.

—Sí, tu hermano —insistió Emiliano con una mirada que de repente tenía ya muy poco de frágil.

—¿Te refieres a Cayo? —dudó ella.

—Me refiero a Tiberio.

Sempronia puso cara de desconfiada.

—Sabes que está sirviendo en Hispania Ulterior, con Serviliano.

—Podría ser un gran continuador de la familia.

—¿A qué te refieres? —demandó Sempronia, elevando su estado de alarma.

—Tal vez nosotros nunca podamos tener descendencia —aseveró Emiliano, clavando sus ojos en ella.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora con mi hermano? —interpeló Sempronia, sintiendo que se ahogaba poco a poco.

Emiliano sonrió con gesto de autosuficiente determinación.

—Es plebeyo, pero pese a ello sería una buena opción que lo tomara en adopción. No ahora, por supuesto, yo debo tener más edad, pero él, el nieto de Escipión Africano, sería el nuevo Escipión Africano, descendiente directo de la *gens* Cornelia. ¿Cabe más orgullo que ese? —inquirió con toda naturalidad.

Y Sempronia, con el sofoco enganchado como una lapa en su garganta, se quedó sin habla.

Año 141 a.C.

EN EL CONSULADO DE CNEO SERVILIO CEPIÓN Y QUINTO POMPEYO

y

Año 140 a.C.

EN EL CONSULADO DE QUINTO SERVILIO CEPIÓN Y CAYO LELIO

El incorregible Cayo

Roma, comienzos de enero

El joven Cayo Sempronio Graco y sus amigos Cayo Porcio Catón y Marco Livio Druso no tenían ni una sola buena idea. Rondando todos ellos los catorce años, y acompañados por Jerjes, el perro de Cayo, no hacían otra cosa que ingeniar maldades para divertir sus tardes después de sus clases matutinas y de sus ejercicios físicos, peleas y tiros de jabalina en el Campo de Marte.

Con todo, ni por estas consumían sus energías de adolescentes sobreexcitados y graciosillos. Antes de regresar a sus casas debían gastar algún tipo de broma pesada, hacer tropezar a alguien, ensuciar la toga de un magistrado que ponía el grito en el cielo o, simplemente, dejar libre a Jerjes, un chucho de lo más resabiado que salía disparado con sus ladridos cada vez que veía una rueda en movimiento o una túnica de mujer con demasiado vuelo.

Cayo, Catón y Druso, el terror de media Roma, se desternillaban de risa a sabiendas de que ningún ciudadano normal y corriente se atrevía a ponerles la mano encima. Por sus venas fluía demasiada alcurnia.

Aquella tarde habían decidido tomarla contra las decenas de campesinos arruinados que llegaban a Roma un día sí y otro también tras verse obligados a abandonar o a vender sus pocas tierras a los grandes terratenientes del agro, casi todos ellos senadores que brincaban como niños cada vez que incorporaban, bien por la compra, bien por la fuerza, unas yugadas más a sus extensos latifundios.

La razón por la que los pobres aldeanos llegaban a Roma con una mano delante y otra detrás, en verdad que no les interesaba a los jóvenes lo más mínimo. Solo querían partirse de risa y dejar actuar a Jerjes, que, al olfatear el típico olor de las familias del campo, levantaba las orejas, ampliaba los orificios de la nariz, tensaba sus patas y salía despedido como si no hubiera un mañana detrás de las pantorrillas de los recién llegados. Y así llevaban toda la tarde los tres muchachos, pasándoselo en grande, apostados en la puerta Capena, aquella que daba a las vías Apia y Latina, hasta que, aburridos de ver correr al perro —que tenía ya síntomas de asfixia—, decidieron encaramarse al camino de guardia de la puerta y, desde arriba, tirar piedras a los que entraban.

Tras los primeros lanzamientos, Druso demostró una gran habilidad, impactando en la cabeza de no pocos incautos. El joven Catón, en cambio, cada vez que armaba el brazo se le venía a la mente la imagen colérica de su madre Emilia o el gesto de profundo reproche de su tío Emiliano, factores determinantes para que fallara más que acertara. Y a Cayo no le afectaba

nada. Con la lengua asomada en la comisura de los labios, evaluaba a la víctima sin remordimiento y propulsaba las piedras con maestría, provocando los juramentos más terribles de familias enteras que bastante tenían con temer por su futuro en una Roma incierta plagada de gentes sin recursos. Los jóvenes, en cualquier caso, refugiaban sus cabezas después de cada impacto y no la volvían a mostrar hasta que dejaban de oír los insultos.

Apagados los ecos del último de los bramidos causado por una certera pedrada de Druso, Cayo se arrastró como una lagartija por el paseo de guardia y asomó la cabeza justo en el momento en el que entraba en la ciudad un bello carruaje de dos ruedas tirado por un fibroso caballo. Junto al cochero iba una mujer de elegante estola y manto. Era evidente que no se trataba de aldeanos, pero la tentación era sublime.

—¡Tírales, tírales! —oyó que le incitaba Druso.

—¡Dale, dale! —se mofó Catón.

Y Cayo, envalentonado por las arengas, hincó una rodilla en el pavimento, levantó el brazo y catapultó la piedra.

Sempronia pegó un respingo cuando su cochero lanzó un grito y se llevó las manos a la cabeza. Al retirarlas las tenía llenas de sangre. Rauda y harta de las travesuras pesadas de los niños —porque aquello solo podía ser obra de un niño malcriado—, se giró como un resorte y alzó la vista con una rapidez tan sorprendente que llegó a ver perfectamente la cara de la criatura antes de que se escondiera.

—¡Cayo! —chilló como una histérica, o eso se lo pareció a su hermano antes de que echara a correr seguido de Druso y Catón.

Con el corazón saliéndoseles por la boca, bajaron a trompicones las escaleras de la muralla con la confianza de poder huir por las callejuelas, pero Sempronia no era coja y les aguardaba ya con los brazos en jarras, hecha una furia, cortándoles el paso. Para entonces Jerjes ya se les había adelantado y movía el rabo lleno de frenética alegría. Sempronia no pudo resistirse y le acarició la cabeza. Después liquidó a los muchachos con la mirada.

—Marco Livio Druso, sal de mi vista —dijo entre dientes—. Cayo Porcio Catón —continuó con una peligrosísima exaltación contenida—, hablaré con tu madre y con tu tío —amenazó en toda regla—. Y tú, Cayo, te vienes conmigo a casa. Madre sabrá qué hacer contigo. ¡Qué vergüenza! —ladró imperiosa, hecho lo cual cogió del brazo a su hermano, lo atenazó con sus dedillos y lo arrastró hasta el carruaje, donde el cochero acababa de apañar una venda alrededor de su cabeza. Fulminó con la mirada al joven, arreó al caballo y no hizo otra cosa que gruñir hasta que dejó a los hermanos en la puerta de la *domus.*

Sempronia empujó a su hermano, que mostraba una impertinente resistencia, lo introdujo en el atrio, lo condujo hasta la biblioteca y lo lanzó a

los pies de su madre.

Cornelia y Blosio de Cumas interrumpieron su conversación, miraron a Cayo, que no hacía más que poner muecas de descaro, y luego a Sempronia, cuya tez estaba roja como la lava del Etna.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —inquirió Cornelia, quitándose de en medio a Jerjes, que pugnaba por sus caricias.

—Que te lo diga tu hijo —contestó Sempronia con sumo retintín.

Cornelia viró su cabeza en busca de Cayo.

—¿Qué has hecho esta vez? —le preguntó con infinita paciencia.

—Nada.

—¿Cómo que nada? —saltó Sempronia.

—Que hable él —insistió Cornelia con su augusto talante.

Cayo, al que le asomaban ya algunos pelos en el bigote, se encogió de hombros.

—Nada particular, nos divertíamos con los campesinos pobres que entraban en la ciudad —contestó indiferente.

—¡Les tiraban piedras! —se desahogó Sempronia.

Cornelia asintió e inspiró muy despacio, pero antes de hablar se le adelantó Blosio.

—¿No sois ya un poco mayorcitos para esas tonterías? —graznó el de Cumas con su habitual aspereza.

Cayo le dedicó una mirada asesina y Cornelia, consciente de que entre Blosio y su hijo pequeño saltaban chispas con solo olerse, levantó una mano, autoritaria.

—Y dime, Cayo, ¿con quién estabas? —demandó.

—Con Catón y Druso.

Su madre, fría como el hielo, asintió de nuevo.

—¿Sabes que tu padre se avergonzaría? ¿Sabes que tu abuelo, mi padre, se avergonzaría? ¿No asimilas nada de lo que te he enseñado sobre la virtud, el valor en la acción o la sabiduría de la reflexión? —interpeló con altura.

Cayo, por primera vez, bajó la cabeza. Su madre marcaba territorio de manera impecable. Aun así, no estaba en su naturaleza permanecer callado ni dar su brazo a torcer. Era irremediablemente un contestón, al menos de puertas adentro.

—Solo nos divertíamos —espetó.

—¿Os divertíais? —saltó Blosio sin contención.

Cornelia elevó de nuevo la mano.

—Vete a tu cuarto, Cayo —repuso, plegando parcialmente los párpados —. Hablaremos de ello más tarde. Prepara bien lo que vas a decir, y olvídate de Jerjes una temporada.

—¡De Jerjes no! —reaccionó Cayo, llevándose las manos a la cabeza.

—De Jerjes sí —sentenció Sempronia.

Cayo puso cara de higo, pero pronto asomó su vena desafiante, encogiendo los hombros al tiempo que se alejaba silbando.

—Pero ¿a quién ha salido este niño? —porfió Sempronia con los ojos como platos.

—A su abuelo materno —contestó Blosio de Cumas.

Cornelia y Sempronia se giraron a la vez, pidiendo inmediatas explicaciones. Blosio estiró el cuello y las dio.

—Lo que hace Cayo es propio de quienes muestran carácter, y Escipión Africano lo tenía de modo incuestionable, ¿no es así? —se limitó a contestar.

Sempronia, al que Blosio no le caía bien, emitió un sonido ronco. Cornelia, al parecer convencida, miró a ninguna parte, reflexiva.

—Sé qué estás pensando —dijo Blosio.

—Pareces la pitonisa de Delfos —replicó Cornelia.

—Los campesinos, los campesinos que llegan por decenas a la ciudad —rumió Blosio—, aquellos que se quedan sin tierras por la avaricia de los senadores. Dentro de poco no habrá en el suelo itálico campesinos romanos ni legionarios. Solo senadores que mirarán sus latifundios y sus miles de esclavos y se rascarán la barriga pensando que lo tienen todo en la vida.

Cornelia elevó el mentón y observó a Blosio de reojo.

—¿Vas a seguir siempre con lo mismo? ¿Vas a seguir atacando a los míos? —preguntó inquisitiva.

—Aún no me has dicho qué quieres que sean tus hijos varones, si senadores que busquen la igualdad y la justicia en Roma o senadores que perpetúen el desastre que ha de venir. Por supuesto que voy a seguir siempre con lo mismo —contestó Blosio con aspereza.

Cornelia se ajustó la estola con su imperecedera elegancia y se puso en pie. Jerjes, que se había tumbado a su vera, se levantó también como un resorte, moviendo el rabo de lado a lado.

—En ocasiones, tu impertinencia es insoportable —protestó Cornelia, acariciando a Jerjes.

—En ese caso, no sería Blosio de Cumas.

—Ni yo Cornelia Africana. Por hoy es suficiente —dijo ella.

—Sabes que tengo razón —contratacó Blosio.

—La tengas o no, por hoy es suficiente. Vamos, Jerjes —zanjó Cornelia con orgullo, bien consciente en realidad de que el cumano tenía razón, y bien consciente de que en el futuro alguien debería coger la responsabilidad para acometer este grave problema social de Roma.

El Macedónico en llamas

Kelse, comienzos de enero

El legado Quinto Occio encontró a Metelo en su despacho de la bonita casa de Kelse con vistas al río Iberus. Estaba de pie, asomado a una de las ventanas, con gesto complacido, lo que fue suficiente para que Occio no abriera la boca y contuviera lo que venía a decir, algo que, sin duda, no le iba a gustar nada a Metelo. Aún es más, posiblemente al enterarse sufriría un brote de furia sin límites.

De todas formas, Metelo tampoco le dio opciones de hablar. En cuanto lo vio sonrió de oreja a oreja de esa manera tan ruda que tenía y comenzó a disparar lo que rumiaba.

—Estoy contento —reconoció Metelo.

Occio comprendió que Macedónico aún no conocía la noticia, por lo que se limitó a permanecer quieto como un poste y a escuchar.

—Vine a mi provincia con treinta mil infantes y dos mil jinetes —prosiguió Metelo— y voy a dejar a mi sucesor en el gobierno el mismo número de tropas —se jactó—. He apaciguado cientos de ciudades, les he dado una lección a los vacceos, he sido generoso y he mostrado el poder de Roma por gran parte de la Celtiberia. Incluso tú acabaste con uno de sus malditos campeones —se jactó.

Occio se limitó a curvar sus labios, tratando de pensar cómo se lo iba a decir. Metelo seguía a lo suyo.

—He sido en definitiva un *imperator* prudente, alguien con altura de miras que no ha perdido el juicio por lograr a toda costa una victoria definitiva aun a riesgo de sufrir un descalabro. He dejado el camino preparado para que mi sucesor continúe mi labor, aunque sea él quien se lleve el triunfo y la gloria, como ocurrió en Macedonia cuando Lucio Mumio me sucedió en el mando y pudo terminar con la Liga Aquea y arrasar Corinto. Y aunque hubiera deseado permanecer aquí una campaña más, lo cierto es que no es posible, y yo pienso en Roma por encima de todo, incluso por encima de los intereses particulares de cada cónsul. Porque, amigo Occio, ha de pensarse en una acción continuada en el tiempo. En una acción coordinada, porque solo así se derrotará a esos cabrones celtíberos, ¿no lo crees? He sofocado las llamas de los celtíberos citeriores. He domesticado a las ciudades al sur del Chaunos. He dejado a los vacceos sin trigo, y todos sabemos que las ciudades vacceas son el granero de Numantia y los celtíberos ulteriores. Ya solo falta aplastar a los numantinos y demás ciudades arévacas como Termes. Los legionarios necesitan más preparación y disciplina para afrontar lo que ahora ha de venir, pero todo lo he dejado preparado, ¿no lo crees, Occio? —volvió a

preguntar lleno de feliz rectitud.

Occio supo que era el momento. Hubiera deseado tener en ese instante una ramita en la boca. Le habría dado seguridad, pero no la tenía. Debía decirlo, y Metelo, con gesto impaciente, esperaba su respuesta.

—Justo de esto he venido a informar, del sucesor en el mando de la provincia —expuso.

Metelo, con una sonrisa, echó su corpachón hacia adelante.

—¿Han llegado ya noticias de quiénes son los nuevos cónsules? ¡Cuánto me gustaría que fuese Cayo Lelio! —deseó expectante.

Occio tragó saliva.

—Ya sabemos quién es el nuevo cónsul destinado a la Citerior —dijo, tratando de ganar tiempo.

—¡Por todos los dioses, habla de una vez! —replicó Metelo.

—No es Cayo Lelio —dijo Occio, alargando la agonía.

—¡Habla! —rugió Metelo.

Occio se armó de valor y expulsó el nombre del sucesor.

—Quinto Pompeyo —desveló a bocajarro, y echó un pie atrás. No había hombre al que Metelo odiara más que a Quinto Pompeyo, tanto que la reacción fue inmediata. El fornido cuerpo de Metelo comenzó a agitarse, y con él lo hizo el suelo de la habitación. Primero fue una leve vibración, pero al poco era un claro sismo. Metelo, a punto de reventar como una cámara magmática, apretó lo dientes, abrió exageradamente los ojos, tensó sus manos, arqueó sus rodillas, propulsó los brazos hacia arriba y comenzó a gritar saliéndosele espuma por la boca, olvidando en un instante su bello discurso sobre la solidaridad y coordinación de los cónsules.

—¡No pienso permitir que ese cerdo del Piceno se lleve la gloria! ¿Me has oído, legado? ¿Me has oído? ¡Jamás, jamás y jamás! ¡Y sé muy bien cómo hacerlo! ¿Quieres saberlo? ¡No se llevará la gloria! ¡Jamás, jamás y jamás! ¿Quieres saberlo? —bramó hecho un verdadero basilisco, yendo de un lado para otro.

—Estoy deseándolo —masculló Occio.

Metelo, enrojecido, se detuvo.

—¡Quiero que licencies a todos los legionarios que quieran terminar su servicio! ¡Quiero conceder permisos a todo aquel que me lo pida, y no les preguntaré el motivo ni les fijaré fecha de reincorporación! ¡No quiero ni un centinela en los graneros! Como si los roban enteros. ¿Qué más, qué más puedo hacer? —se preguntó como un demente, yendo de nuevo de un lado a otro—. ¡Ah, sí! ¡Que los auxiliares cretenses rompan sus arcos y flechas y los arrojen al río, y que se prohíba dar de comer a los elefantes! ¡No sé por qué traje a esos bichos que no me han servido para nada! ¡No le voy a dejar ejército alguno con el que terminar mi magnífica obra! —aulló desquiciado

antes de acercarse a su escritorio y dejarse caer en la silla como un saco de arena, derrotado.

—Lo ordenaré todo ahora mismo —se limitó a decir Occio.

—Sí, ahora mismo —repitió Metelo.

Occio guardó unos segundos de silencio, dejando que las aguas volvieran a su cauce.

—¿Lo ordeno? —insistió.

—Por supuesto —confirmó Metelo—. Ese desgraciado no debe llevarse ni un solo reconocimiento.

—Perderás el derecho al triunfo —advirtió Occio.

—Como si los censores me degradan de mi condición de senador —replicó un obstinado Metelo, haciendo con la mano un gesto de desaire.

Occio se cuadró y ya se disponía a marcharse hasta que, por extraño que pareciera, sintió el deseo de dejar enseñar lo que sentía.

—Pues hasta aquí ha llegado nuestro camino —dijo con sincera pena.

Metelo, advirtiéndolo, siendo un hombre tan duro como sensible, se levantó de inmediato y fue al encuentro de su querido legado.

—¡Oh, mi buen Occio! ¿Qué hare yo sin ti? —declamó.

—No tengo ni idea.

Metelo frenó en seco.

—¡Occio, por Hércules! ¡Por un momento he creído que tenías sentimientos! —protestó.

—Mejor no tenerlos si voy a estar a las órdenes de Quinto Pompeyo, ese cerdo picentino —desdeñó.

Metelo, reconfortado, sonrió de oreja a oreja.

—¡Si fueras una mujer, te daría un beso! —exclamó adulador.

—Ni aun siéndolo te lo daría yo —repuso Occio.

Metelo, sin perder la sonrisa, regresó a su escritorio.

—Hasta siempre, Quinto Occio. Y hazlo, hazlo todo. No voy a dejarle nada a Pompeyo.

La cruda realidad

Celtiberia, comienzos de junio

Quinto Pompeyo estaba eufórico. Él, un hombre nuevo, un hombre sin antepasados dignos, no solo había derrotado al candidato de Emiliano al consulado, sino que ahora, elegido cónsul, luciendo al sol su menguante pelo pelirrojo, tenía la oportunidad de borrar del orbe a esa insignificante aldea celtíbera, Numantia, que parecía ser una y otra vez el epicentro de todas las rebeliones desde los tiempos del cónsul Nobilior, hacía ya doce años.

Quinto Fulvio Nobilior, entonces, no había hecho otra cosa que el ridículo, viendo cómo sus elefantes númidas se daban la vuelta bajo los muros de Numantia y arrasaban a sus propios legionarios. También se había dejado emboscar por los celtíberos un señalado día 23 de *sextilis,*[20] fiesta de las Vulcanalia, en una de las mayores derrotas de la historia de Roma, tanto que esa particular fecha había sido declarada oficialmente día nefasto. En definitiva, una debacle en toda regla y un verdadero aguijonazo en el orgullo romano.

Su sustituto, el afamado Marco Claudio Marcelo, había alcanzado un año después un acuerdo de rendición total de la coalición celtíbera, una *deditio*, aunque no sin pocos recelos del Senado, puesto que se dudaba de que tal redición no estuviera apañada y se tratara en realidad de un pacto de cese de las hostilidades bajo la apariencia de una sumisión absoluta. Roma no pactaba de igual de igual, salvo en circunstancias muy excepcionales. Roma imponía siempre la *deditio*, la rendición completa del vencido, más si cabe con los incivilizados celtas de Hispania.

Tras los acuerdos de Marcelo, la región había permanecido ocho años en un estado de aparente paz hasta el gran levantamiento instigado, se decía, por Viriato. Todas las tribus celtibéricas, tanto las cercanas al Iberus como aquellas de la cuenca del Durius, fundamentalmente la tribu de los arévacos, habían tomado la común decisión de vivir al margen del mundo romano, expulsando a ciudadanos y comerciantes en un acto que Roma no podía tolerar y que había merecido el envío de un nuevo cónsul, Metelo Macedónico.

A ojos de Pompeyo, Metelo se había limitado en dos años a pacificar a los celtíberos menos belicosos y a quemar los campos de los vacceos, vecinos occidentales de los arévacos, pero poco más, en unas campañas sin valor ni gloria que no mecerían ni el recuerdo. Él, en cambio, iba a penetrar en territorio arévaco. Él iba a imponer el orgullo y poder romano sobre los numantinos. Él, en suma, iba a llevarse la gloria del triunfo. La historia sabría desde entonces quién era Quinto Pompeyo, un hombre nuevo que, salido del

barro del Piceno, miraría por encima del hombro a las *gentes* de mayor alcurnia.

Llevado por esta euforia, salió de Roma a mediados de febrero, tomando el camino que conducía a Genua. Desde allí, y para evitar a los ligures de la costa, que eran tan irreductibles y peleones como los celtíberos, embarcó rumbo a Masilia, y una vez que puso un pie en su magnífico puerto, emprendió de nuevo el camino a caballo.

Treinta jornadas después llegó a Tarraco, pero necesitó otras once para remontar el valle del Iberus y alcanzar, a comienzos de abril, la pequeña ciudad de Kelse, donde Metelo Macedónico le esperaba con esa cara suya de bobalicón rural que tenían todos los Cecilios.

Apenas cruzaron dos palabras, o gruñidos, justo los formalmente necesarios para el traspaso del mando del ejército.

En verdad que odiaba mucho a Metelo, lo que era mutuo, pero fue mucho peor conocer en persona al legado Quinto Occio, un hombre extremadamente cansino y apático de perenne ramita en la boca que, para colmo, le comunicó con una inoportuna media sonrisa que Metelo había concedido licencias y permisos por doquier.

Al conocer esta noticia, hubiera arrancado cabezas, seccionado troncos y extremidades e incluso perseguido a Metelo para traerlo a rastras y apalearlo desnudo delante de todas las tropas. Por supuesto, habría incluido en el espectáculo el estrangulamiento de Occio, que era, en realidad, lo que más a mano tenía, pero debía contenerse. Occio era un escipiónico y con haber estafado a Emiliano una sola vez era más que suficiente. No era necesario llamar de nuevo la atención del Minotauro una vez que había salido del laberinto escipiónico.

—Que se sepa en Roma lo que ha hecho Macedónico, y que se sepa antes de que pueda solicitar el triunfo en el Senado —se limitó a ordenarle a Occio en un susurro salivado con infinita inquina.

Pero el daño ya estaba hecho. Por la ruindad de Metelo tuvo que esperar un mes más para recomponer sus tropas, pero ahora más bisoñas por los numerosos licenciamientos de veteranos, de tal modo que no pudo irrumpir en Celtiberia hasta comienzos de mayo. Lo hizo avanzando por el valle del río Salo[21] para, después, girar al norte en dirección a su gran objetivo, Numantia.

Bien aprendido de desastres de sus predecesores, y buen conocedor del gusto celtíbero por las emboscadas y por el continuo hostigamiento a convoyes de suministro y guarniciones de enlace, se cuidó de avanzar con cautela por barrancos, desfiladeros y bosques infinitos y profundos, si bien, aunque no lo reconocería en la vida, tenía que admitir que aquellas tierras habían sido oportunamente castigadas y pacificadas por Metelo, lo que garantizaba un elemento esencial en un asalto a Numantia, a saber, mantener

abierta y segura la línea de suministros desde el valle del Iberus, pues sabía que en Numantia y sus alrededores no iba a poder disponer de forraje para los animales, ni de trigo, aceite, vino, vinagre y sal para el ejército. En aquellos páramos del interior de Hispania no había otra cosa que pedregales, bosques por todas partes, ovejas huesudas y el viento del norte que helaba la sangre.

Dejando por el camino a casi la mitad de sus tropas para servir de retaguardia y protección de las bases colocadas por etapas, se plantó sin contratiempos y con el ego en plena efervescencia a las puertas de Numantia, yendo a ocupar, sorprendentemente también sin sobresaltos, el campamento construido hacía ya doce años por el cónsul Claudio Marcelo,[22] que había invernado junto a la ciudad.

Y a fe que el campamento, erigido en una colina distante a poco menos de una milla de Numantia, era magnífico, dotado de gruesos muros, cuarteles y de un amplio pretorio, todo ello en piedra. Lógicamente, los numantinos se habían esmerado en derruir oportunamente lo construido, pero ocho mil legionarios trabajando durante una semana a buen ritmo devolvieron a la fortificación su completo esplendor.

El campamento se ubicaba al norte de Numantia, lo suficientemente lejos para evitar ataques sorpresa, y lo suficientemente cerca para arremeter a los numantinos, con visual directa entre ambos emplazamientos, de tal modo que, una vez que todo estuvo dispuesto, a Pompeyo le faltó tiempo para, llevado por el desprecio y la arrogancia, asomarse a las empalizadas y escrutar fijamente con sus ojos saltones el cerro que cobijaba a aquellos míseros celtíberos que se apretujaban detrás de sus muros en no más de dos mil hogares.

Y lo que vio no era más que una simple aldea, sintiendo vergüenza porque ese conjunto de casuchas siguiera desafiando el poder legionario. Arrasaría Numantia hasta los cimientos, si es que los tenía.

—La ciudad tiene un perímetro de veinticinco estadios[23] y se sitúa en un cerro de unos novecientos cuarenta pasos de largo y doscientos setenta de ancho[24] —le informó Occio esa misma noche—. Por occidente está protegida por escarpes y por el río Durius, al igual que por el sur, por el que discurre un riachuelo que llaman Merdancho. Una laguna pantanosa y el río Tera[25] la defienden por el norte.

—¿Y por oriente? —preguntó Pompeyo, que se impacientaba rápidamente por la pesada lentitud de Occio.

—Del flanco oriental desciende suavemente una ladera de cuatrocientos pasos de ancho que desemboca en un llano.

—Parece el lugar ideal para emprender un ataque —celebró Pompeyo.

—La ladera está surcada de fosos, estacas y piedras hincadas verticales para detener los ataques en masa. Y el llano no es extenso, porque está

ocupado en gran parte por un bosque —matizó Occio.

—Talad todos los árboles —ordenó Pompeyo expeditivo.

—Así lo haremos.

—¿Y la altura de los muros? —inquirió Pompeyo.

—De unos cinco hombres, de piedra en su mayor parte y rematados por tablones de madera.

—¿Cuántos defensores estimamos? —prosiguió Pompeyo.

—No más de seis mil.

—¿Seis mil? —repitió Pompeyo lleno de ironía—. Por todos los dioses, ¡qué miedo!

—Son suficientes —respondió Occio con su habitual parquedad.

—¡Tonterías! —replicó Pompeyo.

—Son suficientes para detener un ataque en la ladera oriental.

—Pues atacaremos por todos lados —repuso Pompeyo.

—No es posible tal cosa.

—Atacaremos por la ladera oriental —se empecinó Pompeyo.

—No tenemos artillería ni máquinas de asedio.

—Ni falta que hacen —farfulló Pompeyo, comenzando a perder la poca paciencia que le quedaba.

—Deberíamos retirar antes las piedras y rellenar los fosos.

—No tenemos tiempo, ni es necesario —replicó Pompeyo.

—El territorio que nos rodea está lleno de aldeas y granjas que proporcionan más infantes y jinetes. No debemos subestimarlos.

—No lo hago.

—Los legionarios no están preparados para emprender este tipo de guerra y contra este rival —incidió el legado.

—¡Quinto Occio, por todos los dioses! —bramó al fin Pompeyo, desquiciado por la tranquila altanería de su subordinado. Si no era capaz de hacerse respetar por él, ¿cómo iba a tomar Numantia?—. Vamos a asaltar ese pueblecito de pastores, ¿me has entendido? —dijo remarcando cada palabra —. ¿Me has entendido? —chilló de pronto, tanto que le salió un gallo en la voz.

Occio siempre respiraba tranquilo y pausado, salvo cuando peleaba, pero en esta ocasión necesitó de toda su flema para coger aire y no echarse a reír. Si Metelo había demostrado ser un hombre tan severo como competente, Pompeyo lo era tan poco disciplinado como idiota. No era de extrañar que Metelo y Pompeyo se odiasen.

—¿Cuándo atacaremos? —preguntó finalmente.

Pompeyo elevó la barbilla y le contempló como quien mira a la mosca que está a punto de aplastar.

—Dentro de dos días. Que forme el ejército en la llanura oriental.

—Sea —lamentó Occio.

Un día después se supo que una partida de cien jinetes romanos en labores de forraje había sido complemente exterminada por un enorme contingente celtíbero que pululaba por las cercanías, pero ni por esas Pompeyo abandonó su plan.

—En la llanura oriental —exigió indiferente.

Y así se cumplió. El ejército formó en posición de combate poco antes del mediodía, con la enorme sorpresa de que los numantinos abrieron uno de sus portones, salieron de la ciudad unos tres mil de ellos, descendieron tranquilamente por la ladera de las piedras hincadas y se alinearon perfectamente en busca de la lucha, juntando sus escudos, algunos circulares y otros largos y oblongos, al estilo romano. Casi todos los defensores lucían cascos de cuero o de bronce con carrilleras rematados con crestas de color escarlata y largas antenas laterales coronadas por plumas. No faltaban las corazas circulares protegiendo el corazón, grebas de piel enrollada en las piernas, un juego de jabalinas y, bien guardado en su funda, la famosa espada hispánica, el *gladius*, con punta y doble filo.

—Que avancen las líneas —gruñó Pompeyo.

Las tubas resonaron, los centuriones iniciaron su sarta de insultos motivadores y las unidades de manípulos, que ocupaban un ancho de quinientos pasos, se pusieron en marcha bajo un sordo estruendo, aproximándose a los celtíberos, que lejos de amilanarse se pusieron a gritar, a provocar, a hacer gestos obscenos y a agitar sus armas, chocando las jabalinas con los escudos. Y sonreían, lo hacían de oreja a oreja, con miradas fuera de sí, como si fueran a recibir el mayor de los regalos.

Los legionarios, por el contrario, todos ellos ciudadanos campesinos con pocas ganas de pelea, muchos recién reclutados por los vengativos licenciamientos de Metelo, caminaban indecisos, titubeantes, desordenando por momentos la línea y los manípulos, añorando volver a sus campos de Campania, del Lacio o de Etruria. No había en aquellas filas el valor, el coraje y la recia disciplina y preparación de los tiempos de la guerra de Aníbal o de las guerras sirias y macedónicas. Nadie quería dejar su sangre en aquellos cascajales de Hispania central de los que no se podía esperar botín alguno. Pompeyo, sin embargo, no quería verlo, dominado por su deseo de triunfo inmediato dentro de su año consular.

Como era habitual, cuando los dos frentes se hallaban a unos treinta pasos, descargaron sus juegos de jabalinas, que volaron y cayeron dibujando un semicírculo sobre los escudos levantados sobre las cabezas. Después

sonaron las tubas, los centuriones se dejaron la garganta y los legionarios echaron a correr, unos antes y otros después. Lo mismo hicieron los numantinos, todos juntos, yendo al choque con mucho más ímpetu que el bando romano e itálico.

El muro de escudos impactó violentamente a medio camino, pero el mayor furor celtíbero provocó que los romanos, pese a tener un fondo notablemente más nutrido, echaran un pie atrás. Los quinientos pasos del frente, desde las lagunas encharcadas del Durius, al norte, hasta el riachuelo del sur, se doblaron y culebrearon como una onda sísmica bajo un griterío ensordecedor mientras los celtíberos no paraban de cantar y soltar carcajadas.

—¡Se están riendo, esos hijos de perra se están riendo! —se indignó Pompeyo.

—Para ellos no hay más honor que morir en combate —expuso Occio, muy poco convencido de lo que veía.

—Pues démosles lo que quieren —escupió aun así Pompeyo, elevado sobre su corcel—. No soportarán la presión por mucho más tiempo —añadió, confiado y altivo.

Y al poco sonrió ufano al comprobar que, efectivamente, tenía razón. Los numantinos comenzaban a retroceder, ganando terreno los romanos, poco a poco, pero ganando, con muy pocas bajas en ambos lados, pues estas llegaban en realidad cuando uno de los bandos rompía las líneas enemigas o el otro daba la espalda y echaba a correr.

—No se descomponen, no me fío —expresó Occio sin poder detener el mordisqueo de su ramita.

—¡Por todos los dioses, Occio, me desquicias! —ladró Pompeyo.

—Nos están llevando a las piedras hincadas.

—¡Tonterías! —rio ahora Pompeyo, hiriente.

Pero ocurrió. Cuando los numantinos, que eran menos, llegaron en su ordenada marcha atrás al campo de piedras, se dieron la vuelta y echaron a correr cuesta arriba, sorteando los obstáculos como ágiles gatos. Apenas veinte pasos les separaban del portón de la ciudad, entrando todos ellos a la velocidad del rayo.

Los romanos, apiñados por cientos en un espacio muy reducido lleno de estacas, fosos y piedras puntiagudas que les llegaban hasta la cintura, con toda su panoplia pesada a cuestas, trataron de seguirlos, unos más decididos que otros, pero era imposible. Empujándose unos a otros, cayendo sobre las piedras o entre sus huecos, hundiéndose en fosos y empalizadas, golpeándose a sí mismos con sus escudos y espadas y bajo órdenes contradictorias de centuriones con poca veteranía, dejaron de ser un ejército disciplinado para mutar en una banda de taberna que se mete en una pelea sin orden ni concierto, más aún cuando oyeron con pánico el característico silbido

descendente de dardos y jabalinas sobre sus cabezas. Poco después, con todos los numantinos asomados a las murallas llegaba el ruidito seco de las puntas clavándose en los escudos, el sonido metálico de las jabalinas impactando en los cascos y cotas y el crujidito y chasqueo de cráneos atravesados, costillas rotas y brazos y piernas partidos por armas arrojadizas y los filos de las piedras hincadas.

Por si fuera poco, a la lluvia de dardos le sucedió una tormenta de pedradas y una salida súbita de los defensores para masacrar el tumultuoso caos y las bolas humanas que, como trozos de carne picada para cocinar, se agrupaban desordenadamente incrustados entre las piedras hincadas sin saber qué hacer. Y los numantinos, con los ojos llenos de locura, echándose encima de la caótica masa legionaria, cortaban sin cesar manos derechas que, como trofeos, elevaban al cielo entre guturales risotadas.

Pompeyo lo miraba todo fuera de sí, encolerizado, con los maxilares tan tensos y apretados que le dolían. Aquello era una terrible escabechina.

—¿Detenemos el ataque? —oyó que preguntaba Occio con su típica e insoportable flema.

Pompeyo dudó un instante, negándose a reconocer su ridículo, pero un rumor a su espalda le hizo reaccionar. Partidas de jinetes celtíberos les atacaban también por retaguardia. O se retiraban o aquello podía ceder al pánico más descontrolado.

—Parece que son más de seis mil. Y nuestros hombres no están preparados —oyó nuevamente que le decía Occio al tiempo que escupía su ramita y la renovaba por otra nueva.

Pompeyo se giró como un resorte en busca de Occio.

—Quita de mi vista esa ramita —susurró entre dientes, apretando sus mandíbulas de tal modo que le rechinaron las muelas.

Occio la empujó con la lengua, cayendo al suelo con una cadencia desesperadamente lenta a ojos de Pompeyo.

—No te quiero ver más con un palito en la boca —reiteró Pompeyo, furioso. Después, descansó sus ojos de huevo en Numantia—. Tocad a retirada —ordenó como si le fueran a arrancar las entrañas.

—Sea —obedeció Occio.

Pompeyo volvió a intentarlo en sucesivos y numerosos días, pero sin artillería, sin máquinas de asedio, sin retirar las piedras hincadas, sin rellenar los fosos y con unos manípulos sin cohesión ni confianza, con unos legionarios poco motivados, preparados y disciplinados, resultaba imposible llegar bajo unos muros defendidos por un enjambre de avispas furiosas y sobreexcitadas, pues

eso parecían los numantinos.

Tampoco eran nada desdeñables los continuos ataques a las caravanas de suministro, las emboscadas de las partidas que salían a forrajear o a por leña o incluso el extremo calor que hacía de día y el contrapuesto y gélido frío nocturno, rigores estos que mermaban poco a poco la moral y la salud del ejército entero. No había más dominio de Pompeyo que el suelo que pisaban sus legiones. El resto pertenecía a los celtíberos.

Por todo ello, a comienzos de agosto, tan impotente como humillantemente colérico, viendo que el corto verano de aquellas tierras podía acabársele sin una victoria sonada y que la moral de sus tropas estaba por los suelos —más bien parecían niños atemorizados—, Pompeyo se vio forzado a cambiar de idea sin haber conseguido absolutamente nada pese a tener en pie de guerra a quince mil infantes.

—Mañana avanzaremos sobre Termes.

—Sea —obedeció nuevamente Occio.

Pero para desesperación de Pompeyo, la ciudad arévaca de Termes fue más de lo mismo. Si los numantinos eran inquietos al extremo, los termestinos eran del mismo pelo. Bien guarnecidos en la enorme roca de arenisca roja que servía de muralla a la ciudad, repelieron una y otra vez a lo largo de agosto todos los ataques romanos.

Aún es más, no solo los rechazaron, sino que fueron capaces de dar muerte a setecientos legionarios y poner en fuga a un tribuno militar que traía los suministros. Todo un desastre confirmado por una pequeña batalla campal celebrada en una de las praderas de acceso a la ciudad en la que Pompeyo no fue capaz de hacer maniobrar correctamente a sus hombres, que se vieron diezmados por la furia termestina.

—Nos vamos a Malia —le dijo Pompeyo a Occio a comienzos de septiembre con el rostro contraído en una desagradable mueca, muy consciente de que estaba haciendo el ridículo y de que a este paso el Senado le haría rendir cuentas.

—Sea —reiteró Occio.

Malia[26] era una pequeña ciudad ubicada en el punto de salida del territorio de los celtíberos arévacos hacia el valle del río Iberus, y contaba con una guarnición numantina. Pompeyo, creyendo que podría con ella, la asedió a lo largo de la primera quincena de septiembre, nuevamente sin éxito. Sus hombres, apoyando escalas en los muros, eran incapaces de poner un pie sobre ellos, y al mínimo contratiempo daban un brinco, saltaban en el aire y corrían al campamento chillando aterrorizados mientras los dardos enemigos les silbaban muy cerca de las orejas.

—¡Niños y mujeres! ¡Eso es lo que tengo como legionarios! —rugió una noche Pompeyo completamente histérico, golpeando con los puños su

escritorio, haciendo volar tinteros, cálamos, rollos y lucernas. Cada vez estaba más fuera de sí, tanto que todos los tribunos militares, prefectos de caballería y centuriones de mayor rango echaron un pie atrás, pero no Occio.

—Ya advertimos al cónsul que los hombres no estaban suficientemente preparados para un asalto. No son buenas legiones —dijo con su áspera naturalidad.

Pompeyo se hubiera aferrado al cuello del legado para arrancarle su cabezota, pero era verdad, estaba advertido.

—¡Pues prepáralos! —aulló.

—No hay tiempo, pero sugiero otra idea —repuso Occio—. Llega a un acuerdo con los de Malia. Promételes que su ciudad será respetada si entregan la guarnición numantina —propuso con indolencia.

Los ojos de huevo de Pompeyo se abrieron exageradamente, de tal modo que incluso habría resultado fácil cogerlos con una sola mano y vaciar las cuencas.

—Eso es —susurró lascivo—, eso es —reiteró emocionado—, la traición, que sepan que la traición les salvará la vida. Encárgate, Occio, sí, hazlo, encárgate —le pidió extasiado.

Y el veneno hizo su efecto. Conocedores los de Malia que tenían la oportunidad de quitarse de encima tanto a romanos como a numantinos, decidieron entregar a estos últimos, pero con tan poca discreción que los numantinos se enteraron, lo que provocó que, furiosos, con la embriaguez de sentirse traicionados y condenados a muerte, se atiborraron de cerveza y se pasearon por la ciudad pasando a cuchillo a todo hombre, mujer y niño.

Los de Malia, que no eran mancos, se organizaron en su defensa, pero tal fue el tumulto y el ajetreo dentro de la ciudad que llegó a oídos de los romanos.

—Poned escalas en los muros, ¡rápido! ¡Entremos! —graznó Pompeyo, rebosante de placer.

Sus hombres subieron tranquilamente las escalas sobre unos muros desguarnecidos y bajaron a las calles con sangre inyectada en los ojos, devastando sin tapujo casas y calles, sin encontrar resistencia.

A la mañana siguiente Pompeyo entró en Malia como si fuese el mismísimo Emiliano surcando Cartago, y cuando estuvo en lo alto de la ciudad, llamó a Occio.

—Voy a enviar un despacho al Senado —le dijo en cuanto lo tuvo delante, afortunadamente sin su odiosa ramita en la boca—. Voy a informar de que la campaña ha sido un éxito, que hemos debilitado a numantinos y termestinos y que se ha tomado el importantísimo enclave de Malia. Voy a solicitar que se me prorrogue el mando un año más y así culminar mis evidentes éxitos, tomar Numantia y acabar con la guerra. Organízalo todo.

—Sea —se limitó a contestar una vez más Occio, haciendo verdaderos esfuerzos por no bufar y poner los ojos en blanco. Pompeyo era insoportable, mentiroso e incompetente.

¿Dónde está Viriato?

Obulco (Hispania Ulterior), finales de septiembre

Cuando en los muros de Obulco[27] se abrió una enorme brecha, los hombres de Serviliano, ávidos de destrucción, penetraron en la ciudad como el plomo fundido, devastándolo y cubriéndolo todo de llanto y muerte.

Obulco no era la primera ciudadela con guarnición lusitana que sufría esta suerte a lo largo de aquel año. Ciudades como Escadia y muchas otras afines a Viriato no eran ahora más que un conjunto humeante de piedras y maderas carbonizadas. Y otras tantas habían sido abandonas al saqueo más cruel donde los hombres eran masacrados y las mujeres violadas en mitad de las calles.

Pero Viriato, desde que se enfrentaran en las cercanías de Cástulo hacía más de un año, seguía sin dar señales de vida. Serviliano llevaba todo el año en su búsqueda, en una gigantesca ofensiva de castigo que le había conducido hasta los conios célticos, en el extremo suroeste de Hispania, después por el valle del río Anas, a continuación por la Beturia, en los confines septentrionales del río Betis y, finalmente, de vuelta a Corduba, por las tierras altas del mismo Betis, pasando a cuchillo a todos y cada uno de los fieles a Viriato, a los que el lusitano parecía haber dejado a su suerte. En este sentido, Serviliano se había hinchado a hacer prisioneros, al menos diez mil, a cortar unas quinientas cabezas y muchas manos derechas. Pero le faltaba el plato principal. Nadie sabía dónde se escondía Viriato.

En los asaltos de las ciudades, normalmente los tribunos militares dejaban que fuesen los centuriones y legionarios los que entraran en primer lugar, pero no era el caso del contubernio de los pedos, que competían por el honor de llegar antes a la cima de la urbe, dado que normalmente todas ellas ascendían hasta una ciudadela dominante.

Fannio y Tiberio irrumpieron con decisión en Obulco, brincando como cabras entre los cascotes y restos del lienzo que acababa de venirse abajo. Detrás lo hicieron Octavio y Quintillo, con algo de torpeza el primero y robusta solidez el segundo.

Una densa bolsa de polvo anaranjado los envolvió de inmediato, al igual que el desmedido griterío de los legionarios que iban entrando y de los defensores que emergían de la polvareda como rápidas sombras asesinas, espada en alto, para evitar la escabechina que estaba por suceder si no cortaban la hemorragia en aquel punto de la fortificación.

El contubernio, bien instruido, formó una compacta línea de escudos y cargó calle arriba, con colosal fuerza, arroyando todo a su paso. De los pisos altos y terrazas de las casas les caía de todo, como había sucedido en Cartago,

ya fuesen muebles, ladrillos, piedras y candelabros, pero con la suerte de que iban a impactar, no sobre sus cabezas, sino sobre las de los legionarios comunes, oportunamente defendidos con los escudos en alto antes de propinar formidables patadas en las puertas para acceder a las viviendas y cercenar tanto lanzamiento.

El contubernio de los pedos siguió ascendiendo por la estrecha callejuela, que se bifurcaba en un laberíntico ramal por el que se colaban más y más legionarios. Se sucedían los combates cuerpo a cuerpo, los alaridos de rabia, dolor o miedo y los primeros fuegos. La matanza comenzaba a ser una realidad. Era la sentencia que Serviliano aplicaba a las ciudades que no entregaban las guarniciones de Viriato o que, simplemente, no querían someterse al poder romano.

Tiberio, Fannio, Octavio y Quintillo llegaron a una plaza desde la que pudieron divisar la parte alta de la ciudad. Quedaba ya poco trecho. No obstante, en aquella plaza tuvieron que hacer frente a un nutrido grupo de hombres de Viriato que les recibieron con una buena descarga de dardos. Tras echar una rodilla al suelo, interponer los escudos y soportar los impactos, toda la línea romana, con el contubernio a la cabeza, se lanzó al ataque como una jauría de perros. Poco después, los lusitanos yacían con piernas, troncos y brazos seccionados. Los romanos, desperdigándose por doquier por calles, callejuelas y pasadizos, continuaron su ascenso.

De las casas seguía lloviendo todo lo que pudiese ser lanzado, mujeres y niños trataban de protegerse en las azoteas o en las bodegas, los defensores se interponían en el camino de los asaltantes con improvisadas barricadas, pero todo era en vano. El terror consumía Obulco y la excitante furia demente de unos atacantes fuera de control superaba con creces una resistencia apocada incapaz de frenar la avalancha.

Tiberio, Fannio y Quintillo hicieron cumbre prácticamente al mismo tiempo. Octavio lo hizo poco después, todos ellos exhaustos, llenos de sudor, polvo y sangre. Tiberio tenía el casco abollado, a Fannio se le había desprendido parte de la coraza, Quintillo mostraba un severo moratón en la cara y solo Octavio parecía indemne.

—¡Miradle! —se mofó Fannio—, parece que viene del desfile de los caballeros.

—Me ha parecido que en algún momento incluso ha gritado tratando de infundir miedo —le secundó de inmediato Quintillo.

—Idos a la mierda —les abroncó Octavio—, y ved bien antes de hablar —añadió, iracundo, al tiempo que les enseñaba un profundo raspazo en la mejilla.

Tiberio se le acercó y lo escrutó de cerca.

—¿Seguro que no te lo has hecho tú mismo? —bromeó, provocando las

risas del grupo y el soberano enfado de Octavio, aunque ya estaba acostumbrado.

—Llegará el día que el nombre de Octavio sea conocido y recordado en el orbe entero, y no vuestras ridículas ínfulas, ¡idiotas! —porfió malhumorado.

Las risotadas arreciaron con fuerza, pero Tiberio dejó el escudo a un lado y echó el brazo por encima de los hombros de su gran amigo Octavio, zarandeándole con cariño.

—Tú serás el primero que dará con Viriato —le dijo Tiberio con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Le cederé con gusto ese honor! —tronó Fannio, propinándole un afectuoso golpecito en el pecho.

—¡Por Júpiter, estoy deseándolo! —rugió Quintillo lleno de júbilo.

Octavio esbozó un gesto de alegre timidez.

—Antes hay que sacarlo de su madriguera —dijo.

—¡Pero si tú eres experto en cazar conejos! —bromeó Fannio.

—A este paso voy a ser experto en cazar idiotas como tú —refunfuñó Octavio, provocando que las carcajadas regresaran al grupo.

Así podían estarse días enteros mientras todos y cada uno de ellos se preguntaba ¿dónde está Viriato?

El descanso del lusitano

Monte de Venus,[28] *mediados de septiembre*

Ditalcón estalló en furia cuando se enteró de que Obulco había sido tomada al asalto por el cónsul Serviliano. Sin poderse contener por más tiempo, irrumpió en la casa en la que vivía Viriato, pero los siervos le dijeron que estaba cazando en los bosques cercanos.

Después de coger su caballo, recorrerse toda la foresta en la que Viriato solía cazar y preguntar a unos y a otros, lo encontró en un claro, almorzando tranquilamente con su cuadrilla de caza.

Cuando Viriato lo vio llegar hecho un basilisco, hizo un gesto de la cabeza para que los dejaran solos.

—¿Qué pasa esta vez, Ditalcón? —preguntó paciente antes de dar un mordisco a un buen trozo de ciervo asado.

—Obulco ha sido saqueada por los romanos, entre otras muchas ciudades —contestó Ditalcón entre dientes.

—¿Y?

Ditalcón abrió los ojos como platos.

—¿Y? ¿Te limitas a decirme eso mientras comes ciervo como si fueses el gobernador romano? ¡Están matando a tus guarniciones y no haces nada! —aulló loco de ira, tanto que el bosque se quedó de pronto en silencio.

Viriato echó el trozo de carne al fuego y se limpió la grasa de la boca con la mano.

—No podemos hacer nada —repuso con tranquilidad.

—¡Sí podemos! ¡Contamos con quince mil hombres! ¡Sí podemos! —rugió Ditalcón.

—Ni podemos ni debemos.

—¡Podemos y debemos! ¡Vamos a perder el control de la región de Corduba, Tucci y Cástulo! —insistió Ditalcón fuera de sí.

—He dicho que no.

—¡Viriato!

—¡Ditalcón! —bramó repentinamente Viriato, explotando en su propia cólera, tanto que su segundo al mando se quedó mudo—. Ditalcón —se arrancó de nuevo con recuperado aguante—, no podemos hacer frente por mucho tiempo a un ejército consular, lo sabes. Intentamos derrotarlo en Cástulo hace un año…

—¡Y casi lo conseguimos! —le interrumpió Ditalcón.

Viriato lo fulminó con la mirada, pero prosiguió:

—Tú lo has dicho, casi —remarcó especialmente—. Pero no conseguimos derrotar definitivamente a Serviliano y el coste fue enorme.

Perdimos cientos de buenos hombres y muchos caballos. Y ahora estamos haciendo lo que debemos hacer. Ya hemos saqueado y sacado suficiente tributo de la región de Corduba. No me interesa ni podemos recuperarla —zanjó.

Ditalcón puso los brazos en jarras.

—¿Eso es entonces lo que somos, simples saqueadores? ¡Vivimos de la guerra! —exclamó desesperado.

—Y vamos a seguir viviendo de ella —confirmó Viriato, cogiendo un nuevo trozo de carne.

Ditalcón cogió aire pesadamente.

—¿Qué planes tienes en esa cabeza retorcida? —preguntó cuando no pudo inhalar más oxígeno.

—Simplemente dejar que Serviliano se confíe —dijo Viriato—. Y escúchame bien, Ditalcón, porque no voy a repetírtelo.

—Escucho —bufó su segundo.

Viriato asintió.

—Este año Serviliano se ha dado un festín de saqueos y matanzas —dijo —. Ha eliminado a otras bandas de ladrones lusitanos y está saciado de triunfos y alegrías. Ha recuperado el valle del río Betis y el año que viene, altivo y arrogante, invadirá la Beturia, que es donde cree que estoy, antes de que llegue su sucesor. Es cruel y no ha dudado en dejar cientos de muertos por el camino. ¿Y sabes qué significa eso? ¿Lo sabes, mi vehemente compañero?

—Dímelo de una vez —porfió Ditalcón. Viriato sonrió.

—Significa que Serviliano está rabioso y que no puede soportar que no haya acabado conmigo. Querrá comerse el último pastel antes de su marcha y lo arriesgará todo para conseguir el más sabroso. Lo hará. Entrará en la Beturia, pero dispersará a sus tropas para abarcar más territorio de caza, pero cuando lo haga, sin que lo espere, caeremos sobre él. ¿Lo has entendido, amigo mío?

Ditalcón puso cara de fingido enfado, pero estaba complacido por una explicación y un dominio estratégico del que él carecía a todas luces.

—Por todos los dioses, que no hay quién te entienda —desdeñó amistoso.

—Ni es necesario que lo hagas, y ahora, por esos mismos dioses, siéntate y come conmigo, pequeño cabezota —rio Viriato.

—No soy pequeño.

—Come.

Una nueva ambición

Roma, finales de septiembre

Trescientos veintiocho mil cuatrocientos cuarenta y dos ciudadanos romanos, ni uno más, ni uno menos. Ese era el número de ciudadanos varones adultos censados por Emiliano y Mumio, con un crecimiento en seis mil unidades respecto a las cifras que había arrojado el anterior censo. Roma, en consecuencia, crecía en número de ciudadanos, pero Emiliano, en la misma proporción, crecía también en su descontento y amargura.

Durante años había suspirado por una censura que sirviera de ejemplo a la sociedad romana, una censura ejercida con valores, con rectitud, en la que quedaran excluidos del censo y, por lo tanto, al margen de los derechos ciudadanos y del buen nombre, aquellos que hubieran mostrado una vida libertina, afeminada o derrochadora, y no eran pocos.

Sin embargo, su colega Mumio no había hecho otra cosa que vetar cada una de sus notas censorias, cada uno de sus reproches morales, permitiendo que manzanas podridas como el senador Sulpicio Galo o el caballero Claudio Asello quedaran libres de su inquisitiva censura.

De hecho, Mumio solo le había permitido tachar a ciudadanos de menor alcurnia, como el centurión que había abandonado el campo de batalla en Pidna o el joven caballero que durante la campaña de África se había gastado una vergonzosa fortuna en un banquete con un enorme pastel de miel hecho con la forma de Cartago para que sus invitados, a modo de mofa, «saquearan Cartago», lo que no era decoroso.

Para colmo, las noticias que llegaban de la Celtiberia le sacaban aún más de quicio. El Senado había recibido un despacho de Pompeyo en el que el cónsul relataba todo tipo de éxitos y triunfos, asegurando que los numantinos estaban a punto de ser derrotados y que para ello necesitaba una campaña más. Pero, al mismo tiempo, Emiliano recibía cartas de centuriones y tribunos afines que mostraban una realidad bien distinta, con derrotas sucesivas, pérdidas de hombres, cortes de las líneas de aprovisionamiento, robos de suministros, decaimiento de la moral de unas tropas poco motivadas, mal preparadas y al borde del pánico y, en suma, una retahíla de desastres que ponían de manifiesto que Pompeyo era un inútil que ni aprovechándose del trabajo de Metelo Macedónico era capaz de salvar la honra.

Aun así, no todo habían sido disgustos y decepciones. Al menos su labor constructiva como censor había sido digna, con obras tales como completar las arcadas en piedra del puente sobre el Tíber —que ahora era llamado en su honor *pons Aemilius*—, edificar en el foro Boario junto al Ara Máxima un nuevo templo circular dedicado a Hércules, con pinturas de Pacuvio —*Aedes*

Aemiliana Herculis—, o el embellecimiento de la cubierta del templo de Júpiter Capitolino con techos dorados, que eran los primeros en Roma.

Tales promociones le reconfortaban, por lo que cuando él y Mumio convocaron al pueblo de Roma para la ceremonia del cierre del lustro y de finalización de sus labores, puso su mejor cara y acudió al rito como si su censura hubiese sido la más sobresaliente de las cincuenta y siete realizadas a lo largo de la historia de Roma.

En la ceremonia, realizada cada cinco años, se procedía a la purificación simbólica del pueblo romano. A tales efectos, se reunía a los ciudadanos según su centuria en el Campo de Marte y se hacía caminar alrededor de la muchedumbre a una cerda, una oveja y un toro. Después, los tres animales eran sacrificados, no sin que uno de los censores pronunciara antes el voto de imploración a los dioses para que protegieran, favorecieran y aumentaran el poder de Roma. El voto no era uno cualquiera, sino preestablecido según la costumbre, de tal forma que su texto había permanecido ritualmente invariable durante siglos.

Iniciados los ritos en el Campo de Marte, Emiliano y Mumio, sentados en su silla curul, esperaron pacientes y sin cruzarse una sola palabra a que los tres animales fueran conducidos a lo largo de todo el perímetro ciudadano. Al rato, cuando los vieron aparecer de regreso, Emiliano, que era el encargado de recitar la plegaria final, se levantó y se situó junto al altar donde los matarifes iban a consumar el sacrificio.

Colocados los desdichados animales junto al altar de Marte, Emiliano le hizo un gesto al escriba que iba a ir leyendo la plegaria, pues era también tradicional que el censor se limitara a repetir la fórmula sagrada que previamente declamaba un servidor de Roma. Y este, al ver el gesto de Emiliano, alzó una ceja, estiró el cuello, carraspeó brevemente y, con gran boato para aclararse la garganta, comenzó la lectura como si fuera a anunciar la victoria sobre Cartago:

—¡Dioses inmortales, hoy cerramos el lustro y purificamos en vuestro honor el lustro censal con el que refundamos el pueblo romano! —recitó como un maestro pedante.

—¡Dioses inmortales —repitió Emiliano bien puesto en su toga púrpura de censor—, hoy cerramos el lustro y purificamos en vuestro honor el lustro censal con el que refundamos el pueblo romano!

El escriba asintió complacido, como si a él le correspondiera censurar al propio censor en el modo de reproducir el voto, y ya se disponía a recitar la continuación, aquella en la que se pedía a los dioses que aumentaran el poder de Roma, cuando Emiliano levantó una mano con el dedo índice extendido.

Y el escriba no supo qué hacer, porque no estaba previsto que nadie le interrumpiera en tan mecánica labor. Le entraron sudores, comenzó a temblar

y quiso hablar, pero se le trabó la lengua. Semanas enteras preparando la intervención estelar de su vida para que el mismísimo Escipión Emiliano Africano siguiera allí con el dedo erguido.

Emiliano permaneció así un rato, provocando que los ciudadanos que se agrupaban más cerca, todos ellos senadores de las dieciocho centurias ecuestres, comenzaran a estirar sus cuellos para ver qué sucedía y a murmurar por lo bajo, bien con sorpresa, bien con crítica, como era el caso de Apio Claudio Pulcro y sus adláteres.

—A ver con qué nos deleita este engreído —masculló Claudio.

—Si no es el protagonista de la función, revienta —bufó Galba.

—Es un niño malcriado —porfió Nobilior, también en el grupeto.

—Es un arrogante —sentenció Mancino, que de un tiempo a esta parte estaba plenamente integrado en la coalición Claudio-Galba-Nobilior.

Pero Emiliano, ajeno al tiempo y a todas las cosas, seguía con el dedo en alto hasta que por fin dijo lo que quería decir. Si su censura había sido frustrante, se iba a dar al menos el gusto de dejar su impronta.

—Como el poder del pueblo romano es ya suficiente y estable —declamó con el mentón bien elevado—, por ello, he de modificar la plegaria. No suplicaré a los dioses inmortales que lo engrandezcan, sino que lo conserven así de incólume antes de que nos arruinemos a nosotros mismos. Con eso debemos darnos por colmados. Esta es mi plegaria —finalizó—. Escriba —añadió de inmediato—, anótalo así en los libros públicos. He dicho —exigió con cara de interesante, o así se lo pareció al compendio Claudio-Galba-Nobilior-Mancino.

—¡Qué presuntuoso! —farfulló Nobilior con los pelos erizados.

—¡No podía estarse callado! —desdeñó Galba.

—¡Se cree que es el mismísimo Catón! —escupió Mancino.

Entre todas las reacciones solo faltaba la de Claudio, pero se mantenía extrañamente sonriente.

—¿De qué te ríes, si puede saberse? —le increpó Galba.

Claudio los miró a los tres con gesto divertido.

—Hay que reconocer que en ocasiones nos supera —exclamó en alegre aturdimiento.

—Pues a mí no me hace tanta gracia —porfió Galba.

—¡Oh, Galba, qué cenizo eres! —saltó Claudio—. Ríe un poco de vez en cuando. A veces es mejor reír que llorar. ¡Ha cambiado la plegaria tradicional! ¡Por Júpiter que nunca pensé que llegara a tanto!

—¿Y te parece bien? —inquirió Nobilior.

Claudio se encogió de hombros.

—Esta vez me ha sorprendido —reconoció—, pero que se vea forzado a llamar la atención cambiando una simple plegaria solo puede interpretarse de

una forma.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —gruñó Nobilior.

—Muy sencillo. Hemos hecho las cosas bien. Su censura le ha sido frustrante —concluyó ufano.

Galba, Nobilior y Mancino se quedaron con cara de higo seco. El Escipión adoptado se acababa de colocar por encima del bien y del mal, y no pararían de criticarlo durante días con todas sus noches.

Emiliano, por el contrario, henchido de virtud, se retiró a su vida privada con el disfrute que le proporcionaban las conversaciones intelectuales sobre historia, política, literatura y filosofía que mantenía en largas veladas con su círculo más íntimo, entre otros su hermano Fabio, Cayo Lelio y su amigo el griego Polibio.

Departía con ellos con alegría, sin el halo de decepción que había turbado su gesto durante el tiempo de su censura, actitud esta que, en realidad, bien pensado, no casaba con su carácter. Sus continuas derrotas políticas a lo largo y ancho del último año habían reducido claramente su crédito y capacidad de influencia, algo que habría provocado en otros tiempos que aflorara el Emiliano más desabrido. Sin embargo, muy al contrario, se mostraba sosegado y sonriente, versiones estas que solo podían significar una cosa, que algo pergeñaba en su retorcida mente, o eso pensaba Sempronia, que vivía en vilo desde que su esposo le insinuara la posibilidad de adoptar a Tiberio.

Y no es que la idea fuera descabellada, porque las adopciones entre familiares cercanos eran habituales para evitar la desaparición de una familia y sus cultos domésticos, especialmente en la *nobilitas*. El propio Emiliano y Fabio eran un destacado ejemplo, entre otros.

Tales adopciones, no obstante, solo se planteaban cuando era evidente que un hombre ya no podía tener hijos, bien por edad, bien por salud, y no era el caso de Emiliano, joven y con una fortaleza envidiable.

A ello habían de sumársele otros factores que chocaban con esta idea, tales como que la familia Sempronia Graco gozaba de un bien ganado prestigio como para diluirse en la *gens* Escipión; que el propio Tiberio ya era un *pater familias*; o que, por muchas excusas que buscase, Sempronia no soportaba la idea de que Emiliano se convirtiera, aunque fuese por puro efecto legal, en el padre de su hermano. Con solo pensarlo se le erizaban los cabellos.

Angustiada y dominada por sus propias recreaciones mentales, una noche se decidió a tirarle de la lengua a su esposo. Eso era mejor que sufrir con su propia imaginación lo que fuera a ocurrir.

—¿Y qué harás ahora? —le preguntó después de una cena de pocas palabras y muchas miradas perdidas.

Emiliano, sorprendentemente, entró al juego con naturalidad.

—De momento, quiero abandonar Roma una temporada. Necesito descansar de ella. Han sido muchos sacrificios y esfuerzos —desveló con la vista fija en los juegos de luz de la copa de plata que sujetaba.

—Ah, ¿y a dónde iras? —preguntó Sempronia, escudriñando a su esposo de reojo. Este cabeceó pensativo.

—Voy a promover que el Senado me envíe de embajador a Oriente. Egipto, Siria, Chipre y Rodas han de ser visitadas. Es una labor sencilla, pero de prestigio —dijo sin distraerse de su copa de vino.

—¿Y cuánto tiempo estarás fuera? —interpeló ella, algo temerosa.

—No menos de un año.

Sempronia contuvo un segundo la respiración, ilusionada, y no solo por perderle de vista durante meses, sino porque parecía difícil embarcarse en las complicadas negociaciones y legalismos de una adopción antes de un viaje tan largo. Pero no le era suficiente, quería una confirmación.

—¿Y nada más? ¿No harás nada más? —inquirió.

—¿Qué más quieres que haga? —replicó Emiliano, elevando sus ojos de la copa.

—No sé, siempre haces cosas —contestó Sempronia hecha un manojo de nervios.

Emiliano, que acababa de comprender por dónde iba su esposa, optó por divertirse.

—¿Y no es evidente? —dijo.

—¿Evi… Evidente? —se trabó ella.

—Sí, evidente, parece que no me conoces.

—¡Pues no, no lo es! —repuso ella, pasando al ataque.

Emiliano bebió un sorbo de vino.

—En ocasiones, te ofuscas —canturreó después.

—¡Igual me ofuscas tú! —protestó Sempronia.

—Puede ser.

—¡Dímelo de una vez! —chilló Sempronia.

Emiliano se echó hacia adelante, exhibiendo sus ojillos de halcón.

—Yo siempre ambiciono algo, bien que lo sabes.

—Habla.

—No se airean las ambiciones.

—¡Habla!

—Lo haré cuando regrese de mi embajada.

—Eres insoportable.

—Soy Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Menor.

Sempronia frunció el ceño y arrugó grotescamente su cara hasta lo inimaginable.

—Eres insoportable —reiteró al tiempo que se ponía en pie y se marchaba, cosa que en presencia de su esposo sabía ejecutar con maestría de tantas veces que lo hacía.

—Siempre ambiciono algo —oyó que canturreaba a lo lejos su esposo.

—¡Insoportable! —gritó desquiciada.

Un reencuentro envenenado

Roma, de octubre de 141 a.C. a febrero de 140 a.C.

Emiliano se las apañó para que, a mediados de octubre, el Senado le encargara la misión de encabezar una embajada a Egipto, Siria, Chipre y Rodas. Muchos eran los intereses romanos en el mundo helénico y, en particular, en los reinos de los Ptolomeos y los Seleúcidas, por lo que la presencia de Roma y de tan ilustre misión diplomática se antojó necesaria para la gran mayoría del Senado.

La coalición de Claudio, Nobilior, Galba y Mancino no fue en esta ocasión suficiente para impedirlo, amén de la tibieza de Galba, interesado él mismo en que se le asignara sin contratiempos una embajada a Creta.

Emiliano aceptó el encargo inducido por él mismo con gran boato, anunciando que partiría en primavera con solo cinco esclavos, a fin de que el erario público no se viera resentido, lo que le valió el elogio del Senado y del pueblo entero.

En noviembre le anunciaron que Nasica Córculo, el antaño gran opositor de Catón y esposo de Cornelia *maior*, se moría.

Nada más conocer la noticia fue a visitarlo a su *domus* y tener con él unas últimas palabras.

Su relación con Nasica Córculo se había deteriorado con el tiempo, especialmente después de sus diferentes pareceres sobre el destino y destrucción de Cartago, pero no podía dejar de despedirse de uno de los últimos grandes de Roma, uno de aquellos que guardaba en su memoria las victorias de Cinoscéfalas, Magnesia o Pidna, atesorando el valor de haber compartido su vida con personajes como Escipión Africano, Emilio Paulo, Catón o Tiberio Sempronio Graco el Viejo. Nasica Córculo, dos veces cónsul, otra censor, el *princeps Senatus* y pontífice máximo, merecía todo su respeto.

Habló con él una tranquila tarde de mediados de mes, calentados ambos por unos pocos rayos de luz que se colaban en el peristilo de una casa llena de cuadros y magníficas obras de arte, algo en verdad muy escipiónico, pese a que Nasica siempre había sido un tajante defensor de las viejas costumbres, tanto como para ordenar la entera demolición de un teatro en piedra que, a su juicio, dañaba la virilidad ciudadana.

Cornelia *maior*, con ojos tristes pero agradecidos, los dejó solos para que pudieran hablar.

—Ha perdido la cabeza. Ya no dice nada coherente —le dijo la mujer, desolada, antes de irse.

Emiliano fue a sentarse en un sillón colocado junto a Nasica, también sentado y con mirada ausente. Tenía muy marcadas las cuencas de los ojos y

estaba extremadamente delgado. El hombre fornido de antaño ya no estaba en aquel lugar.

Sin embargo, para su sorpresa, Nasica lo miró y le reconoció.

—Algo grave debe de pasar para que el gran Escipión Emiliano Africano venga a visitarme —espetó con retintín.

—Siempre es un buen momento para recordar la victoria de Pidna y tu maniobra envolvente por el monte Olimpo —reaccionó Emiliano con rapidez, provocando que Nasica riera por lo bajo.

—Cogimos al rey Perseo por sorpresa. Me habría encantado ver su cara cuando aparecimos por su flanco derecho.

—Sin duda de pánico —secundó Emiliano—. En otro caso no habría abandonado la protección del río Elpeo ni hubiera corrido hasta el Esón con el rabo entre las piernas.

—Ir en su persecución fue digno de cualquier relato homérico —se jactó Nasica.

—Del mejor.

—Y yo, conducido en ese momento por la euforia, fui de los que trataron de convencer a tu padre para que trabara combate cuanto antes. El río Esón no era más que un riachuelo que apenas llevaba agua hasta las rodillas —recordó Nasica, melancólico.

—Fuiste de los pocos, sino el único, que le diste a mi padre tu opinión de cara. Otros se dedicaban a criticarlo por la espalda. Él valoraba aquellos detalles —reconoció Emiliano.

—¡Y bien que hizo en no hacerme caso! —rio Nasica.

—Mi padre sabía cuándo luchar y cuándo no.

—Aquella falange macedónica era intimidante y tu padre…, tu padre era un gran hombre, muy zorro, eso sí —espetó Nasica—, pero no lo suficiente para afrontar la pérdida de un hijo… O eso creía… Aún recuerdo cómo sufría cuando te dieron por desaparecido en la batalla —susurró Nasica como quedándose sin fuerzas. Emiliano, por su parte, esbozó una sonrisa nostálgica.

—Solo me dejé llevar un poco, pero aparecí.

—¡Y su alegría fue inmensa!

—Bien que lo recuerdo.

—Sí…, sin duda —balbució Nasica—, posiblemente veía a aquel en el que te ibas a convertir. Aunque fueras un Emilio Paulo cargabas ya con el peso del orgullo de los Escipiones.

—El mismo que has cargado tú y que carga ahora tu hijo, Nasica el Joven —condescendió Emiliano.

Nasica negó de lado a lado repetidamente.

—No, no es lo mismo, y mi hijo…, en fin, es mi hijo —pareció lamentar.

Emiliano, libre de miradas inquisitivas, sonrió y contempló a Nasica con cariño. Era un sexagenario, pero bien podía tener noventa años a la vista de su menguado estado físico.

—¿Has tenido un vida digna y orgullosa? —le preguntó solemnemente, como para darle pie a que le dijera rotundamente que sí, que por supuesto que la había tenido y que un Escipión Nasica nunca moría porque su vida, sus honores y sus gestas quedaban grabadas en la memoria colectiva del pueblo romano. Sin embargo, la mirada de Nasica, repentinamente fría y vacía, estaba ahora ausente, perdida en alguna parte a la que nadie podía llegar.

—Esta mañana he estado con tu padre —dijo Nasica de pronto.

Emiliano sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Con mi padre? —farfulló.

—Sí, con tu padre. ¿Quién va a ser sino? —contestó enfurruñado como un niño—. Me ha comentado que te pensaba dar en adopción al hijo mayor del Africano. Le he dicho que me parecía una gran idea —añadió ahora rotundo, frunciendo los labios.

—Sí, por supuesto… —balbució Emiliano.

—También le he dicho a tu padre —siguió Nasica como ofuscado— que voy a ordenar que se instale en el foro, a la sombra de la basílica Emilia, un reloj de agua, uno que dé las horas de día y de noche. Esos malditos relojes de sol son una calamidad, uno ya no sabe en qué hora del día vive —aseveró.

Emiliano comprendió sin esfuerzo que la conversación, al menos la lúcida, había terminado. El reloj de agua lo había instalado en efecto Nasica, pero durante su censura, hacía ya casi veinte años, casi el tiempo que llevaba muerto Emilio Paulo.

Emiliano sonrió de nuevo, con sincero afecto, y se puso en pie.

—Hasta siempre, Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo —se despidió con gran respeto, rindiéndole honores.

Nasica murió a los pocos días y su funeral público fue grandioso, en un espectáculo tan intimidante como sobrecogedor. Por las calles de Roma pasearon de nuevo las *imagines* de los Escipiones de los últimos doscientos años, desde Escipión Barbado, el fundador de la estirpe, hasta Escipión Calvo —fallecido en Hispania a manos de los cartagineses— o Escipión Nasica, el padre de Córculo, considerado en su tiempo el mejor hombre de Roma, tanto como para recibir en Italia y llevar a Roma la piedra sagrada de la diosa oriental Magna Mater. En suma, algo glorioso y digno de ver al menos una vez en la vida.

La *laudatio* del difunto corrió a cargo de su hijo Nasica el Joven, y, a decir verdad, a Emiliano le pareció una gran intervención. Su primo lejano siempre había sido un idiota, y posiblemente siempre lo fuera, pero de un tiempo a esta parte parecía haber sentado la cabeza. Estaba ejerciendo una

buena y honrada pretura urbana, lo que, unido a su discurso, le valió para que, a comienzos de diciembre, el pueblo lo eligiera de modo aplastante nuevo pontífice máximo en sustitución de su padre. Un nuevo Escipión emergía a la vida política, y más lo haría teniendo en cuenta que solo le quedaban dos años para poder aspirar al consulado. De ahora en adelante habría que tenerlo muy en cuenta.

Por el contrario, el amargo poso de la muerte de Nasica Córculo quedó superado pocos días después cuando los comicios centuriados eligieron cónsul, por fin, a su amigo Cayo Lelio. Y no solo eso. El puesto de cónsul patricio recayó en Cneo Servilio Cepión, que era hermano de su aliado Serviliano. Eran todas ellas razones más que suficientes para que Emiliano sacara a relucir la mejor de sus sonrisas, sobre todo al ver la cara avinagrada de Apio Claudio y compañía, los grandes derrotados en las elecciones al no haber conseguido colocar a ninguno de sus candidatos en la máxima magistratura.

Pero como no todo podía ser de pronto buenas noticias, antes de su marcha a Egipto vino a tocarle las narices Tiberio Claudio Asello, aquel al que había querido degradar en el censo y sacarlo de la lista de caballeros por su vida obscena y libertina, y lo habría conseguido de no ser por Lucio Mumio.

Resulta que Asello tomó posesión de su cargo como tribuno de la plebe el día 10 de diciembre, faltándole tiempo para que, llevado por el resquemor, lo acusara inmediatamente ante la asamblea plebeya por, decía, haber conducido al pueblo a un lustro infeliz por su desproporcionada severidad en las funciones censales.

Asello no estaba solo, pues contaba con el incondicional apoyo de Claudio Pulcro y sus adláteres, de tal modo que las cosas se le pusieron realmente feas, máxime cuando, además, a una parte del populacho, viciado y corrupto ya de solemnidad, tampoco le había agradado tanta restricción y tanta limitación en sus diversiones.

Emiliano tuvo que defenderse en varias ocasiones ante los ciudadanos, encaramado a la tribuna rostral como un pétreo Catón.

La acusación fracasó finalmente bien entrado el nuevo año, a finales de febrero, y no fue sino hasta entonces cuando Emiliano se reencontró con uno de los hombres a los que más aprecio guardaba, aquel que le había acompañado desde sus tiempos de tribuno militar en Hispania, su viejo y curtido amigo el centurión Aulo Gabinio.

El encuentro fue de lo más efusivo.

—¡Por todos los dioses, Gabinio, aún tienes en las piernas y en los brazos más pelo que antes! ¡Y tu nariz ya no te cabe en la cara! —clamó Emiliano en cuanto lo vio en su atrio, armado con una toga que no le sentaba

nada bien. Gabinio era hombre de armas y azadas, no de refinamientos ciudadanos.

—Señor —se cuadró el centurión como un resorte.

—¡Por Hércules, Gabinio, que no estamos en las legiones! —rio Emiliano, yendo a su encuentro.

—Señor —reiteró Gabinio antes de que en sus labios asomara una sonrisa de oreja a oreja, pero sin perder la admiración y el respeto.

Emiliano, dispuesto a darle un trato preferencial, no atendió a Gabinio en el atrio, como al resto de los clientes, sino que lo condujo a su biblioteca, donde ambos hombres, bien dispuestos con un buen vino de Campania, charlaron animosamente. Llevaban sin verse seis años, tiempo más que suficiente para que Gabinio debiera ponerle al día.

—Vivo bien —agradeció—. Tengo un buen terreno de cuarenta yugadas que me da todo cuanto necesito para vivir y alimentar a mi mujer y mis cinco hijos —aseveró con orgullo.

—Tus hijos tienen que ser ya mayores —se interesó Emiliano.

—Los dos mayores están en el ejército —contestó Gabinio.

—¿Dónde sirven?

—En Macedonia.

Emiliano torció el gesto. No era un destino tranquilo.

—El pretor Junio Silano fue derrotado en territorio de los escordiscos el año pasado, en la frontera norte de Macedonia —recordó.

—Por fortuna, no estaban allí mis hijos, aunque parece que la situación se ha estabilizado. No hay día que no haga sacrificios por ellos —rogó Gabinio, contrayendo los músculos de la cara.

—Como tus hijos sean como tú, que tiemble toda Macedonia —celebró Emiliano para rescatar el ánimo del viejo centurión.

—¡Qué tiemble! —exclamó Gabinio con poco convencimiento.

Emiliano ordenó que les sirvieran más vino, hecho lo cual contempló a Gabinio largo rato mientras iba abandonando el recuerdo de sus hijos.

—Y bien, viejo amigo, ¿qué te trae por aquí? Te conozco bien y sé cuándo quieres decirme algo —dijo sonriente.

Gabinio levantó la vista con sumisión.

—¿Puedo? —pidió permiso.

—Adelante, amigo.

—Tierras, tierras para los veteranos —lanzó a bocajarro.

Emiliano se echó atrás y borró la alegría de su rostro.

—No he querido… —barbotó Gabinio.

—Sigue —le interrumpió Emiliano.

Gabinio cogió aire antes de hablar. Era consciente de lo que estaba pidiendo.

—Los veteranos desmovilizados de Macedonia, Cartago e Hispania han pasado años enteros sirviendo en el ejército, pero al regresar sus tierras estaban yermas o invadidas por las grandes propiedades de senadores y caballeros. Sin herramientas ni ganancias, muchos de ellos están vendiendo o abandonando sus propiedades para emigrar a las ciudades, pero sobre todo a Roma, donde no tienen dónde caerse muertos. Necesitamos tierras, buenas tierras para nuestros legionarios, señor, eso venía a contaros —dijo a modo de informe tan temeroso como respetuoso, bajando de nuevo la vista.

Emiliano se echó aún más atrás. Eso mismo, aunque con otras formas, se lo había oído decir, o más bien ladrar, a Blosio de Cumas. E incluso su prima Cornelia lo había rumiado más de una vez, señalando que la pérdida de campesinos provocaba la disminución de legionarios y la pérdida del espíritu militar. Y no eran pocos los que llegaban a afirmar con bastante temeridad que la culpa de todo la tenían los senadores y el resto de los ricos latifundistas. Era un tema muy serio y delicado.

—Una ley agraria, eso es lo que pides, una ley agraria que reparta en propiedad tierras públicas —balbució Emiliano finalmente, reflexivo, con la mirada perdida.

—Eso es lo que pedimos.

—Sabéis que afecta a las explotaciones senatoriales —repuso Emiliano con aspereza.

—Hay muchos campos de titularidad pública que podrían entregarse, si me lo permite el señor, y es una medida que sería bien vista por el pueblo —susurró Gabinio.

—Los campos públicos ya están ocupados —incidió Emiliano—. Lo que se le da a un hombre se le quita a otro, Gabinio.

—También hay leyes que prohíben las ocupaciones excesivas en el *ager publicus* —se aferró Gabinio.

—Es un asunto muy sensible —se obstinó Emiliano por su parte.

—Y por eso acudimos al único hombre que tiene la autoridad suficiente para hacerlo —dijo Gabinio finalmente, a modo de súplica.

Emiliano se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la biblioteca, calibrando la petición. Roma había conocido muchas reformas agrarias a lo largo de los siglos, y todas ellas, todas, sin excepción, habían sido sumamente problemáticas y terminado de mejor o peor manera, pero en todo caso con enormes broncas. Repartir tierras públicas era tanto como hurgar en los intereses económicos y patrimoniales, no solo de senadores, sino de caballeros y grandes latifundistas itálicos, que no estaban dispuestos a soltar o a renunciar ni a una mísera yugada de tierra que pudiera aminorar sus ganancias agrícolas, porque si alguien ocupaba tierras públicas eran precisamente los senadores y caballeros.

Aun así, quien podía promover un asunto tan peliagudo era precisamente él, lo que le podía conceder, además, un gran apoyo popular.

—Hablaré con Cayo Lelio. Esto debe hacerse con mi patrocinio, pero a través del cónsul —accedió finalmente—. Aun así, no te prometo nada, Aulo, no te prometo nada —masculló.

—Gracias, señor —se desvivió humildemente Gabinio.

—Y ahora, sigamos bebiendo, amigo mío, y dame noticias menos envenenadas.

El éxtasis de Viriato

Erisana,[29] mediados de febrero de 140 a.C.

Viriato y Ditalcón descabalgaron de sus monturas, echaron cuerpo a tierra y reptaron, como solo ellos sabían hacer los últimos pasos de la fuerte pendiente de aquella colina con vistas a la ciudad lusitana de Erisana.

Al asomar sus cabezas divisaron el castro amurallado, pero también el cercano campamento romano en el que acampaba Serviliano con legión y media. El resto de las tropas del cónsul romano se hallaban desperdigadas por la Beturia y el curso medio del río Betis, tratando de dar caza desesperada al hombre más buscado de Hispania.

—Están cavando un foso alrededor de la ciudad —observó Ditalcón.

Viriato se limitó a emitir un ronroneo reflexivo, escudriñando con detalle la ciudad asediada, los imponentes trabajos de circunvalación romanos y el próximo campamento legionario.

—Ese Serviliano es un idiota. No entiendo por qué pierde el tiempo en este asedio —bufó Ditalcón.

—Los pretores y cónsules romanos cometen imprudencias cuando su mandato está próximo a finalizar y no han logrado toda la gloria que ansían —afirmó Viriato sin dejar de escrutarlo todo.

Ditalcón gruñó como mostrando que estaba de acuerdo.

—¿Y has visto a los legionarios que cavan los fosos? Parece que están arando sus campos en un mañana de buen tiempo. Tienen las armas tiradas por el suelo.

—Te lo he dicho, cometen imprudencias.

—Son unos idiotas —insistió un despectivo Ditalcón.

Viriato se giró hacia su segundo al mando.

—¿Te acuerdas qué te dije? —le preguntó con una sonrisa entre malévola y divertida.

Ditalcón se hizo el tonto.

—No, no me acuerdo. ¿Qué me dijiste y cuándo?

—Aquel día en el bosque. Aquel que llegaste furioso porque los romanos habían tomado Obulco. ¡Qué poca memoria tienes! —farfulló Viriato con guasa.

—Cada vez peor, debe de ser la edad.

—Pues ya que te falla tu cabezota, te diré que ha llegado la oportunidad que tanto ansiabas.

—No me lo puedo creer —murmuró un sarcástico Ditalcón.

—Serviliano se ha confiado —prosiguió Viriato, ahora muy serio—. Me busca con desesperación, tanto como para haber dispersado sus tropas en

exceso. Tanto como para creer que no merece la pena guardar la debida diligencia cuando se asedia una ciudad. Tanto como para estar mal aprovisionado por sus prisas en moverse de un lado a otro como una mosca. No me espera. No me huele. No me siente…

—Y algo me dice que mañana va a ser el peor día de su vida —exhaló Ditalcón.

Viriato clavó sus ojos en Erisana.

—Esta noche entraremos a escondidas en la ciudad —expuso—. Creen que en Erisana hay unos pocos defensores, por lo que estarán desprevenidos. Saldremos al amanecer, en tropel, por la puerta más cercana al campamento.

—Y arrasaremos hasta las malas hierbas —dijo Ditalcón, lascivo.

—No lo verán venir.

Ditalcón cabeceó con las mandíbulas apretadas, cogiendo aire entre los dientes, lo que provocó un libidinoso silbido.

—Lo conseguiremos, esta vez sí —dijo en un letal susurro.

Viriato rotó su cuello para enfilar de nuevo a su compañero. En su rostro se dibujaba aquella luz de mágica crueldad de la que tanto disfrutaba el propio Ditalcón.

—Ya lo creo, amigo mío, ya lo creo —desdeñó intemperante.

—¡Esto es mejor que estar con cinco mujeres a la vez! —exclamó Ditalcón antes de eructar una sonora carcajada.

—Vamos a conseguir algo muy grande, amigo, algo muy grande —masculló Viriato.

—¡Con diez a la vez! ¡Mejor que con diez a la vez!

Erisana, al día siguiente

—¡Por Hércules, cavad con más entusiasmo! —tronó Octavio, desquiciado por la molicie de los legionarios al abrir la trinchera de circunvalación de Erisana. Después buscó a Tiberio—. A este paso tardaremos un mes entero —voceó.

Tiberio contempló el avance de los trabajos del foso. Se encontraban en la parte orientada al campamento romano, y en verdad que los hombres, despojados de su panoplia, trabajaban con desgana, asiendo las palas como quien coge un libro de Platón que se prevé somnoliento, con las armas tiradas por todas partes y sin ninguna precaución. Octavio y Tiberio, que acababan de presentarse en el lugar en su ronda de inspección, ya las habían tenido con los centuriones días antes por la dejadez de los hombres, pero era evidente que de nada habían servido las advertencias. La disciplina del ejército se estaba

diluyendo bajo el mando de oficiales excesivamente dados a la buena vida y al conjunto de mercaderías que ofrecían los mercachifles, astrólogos y prostitutas que se acercaban al campamento como las moscas a las cagadas de las mulas.

—Si estuviera aquí Fannio los empalaría a todos —maldijo Tiberio. Tanto Fannio como Quintillo se encontraban en el valle del Betis con el resto del ejército.

Resoplando y al borde del ataque de ira, se giró hacia todas partes para llamar a alguno de los centuriones, pero no encontró a ninguno.

—¿Dónde están? ¿Dónde están los centuriones? —ladró con ganas de llevárselo todo por delante.

Los legionarios, hundidos en el foso, levantaron las cabezas y cesaron en sus tareas, mirando también a todas partes.

—Deberíamos diezmarlos —porfió Octavio.

Mientras todos seguían buscando a los oficiales, un ruido de goznes oxidados que llegaba de la ciudad llamó la atención de Tiberio. Giró su cabeza y advirtió que una de las puertas de Erisana se había abierto de par en par. La línea de fosos se estaba construyendo a unos cien pasos de la muralla de la ciudad, suficientemente lejos para sortear los dardos y lanzamiento de hondas, y lo suficientemente cerca como para apreciar con nitidez qué ocurría en los portones.

—¿Qué hacen? ¿Se rinden? —oyó que farfullaba Octavio, de pie a su derecha, al ver que había movimiento en el portal.

—No sé qué hacen —barbotó Tiberio sin dejar de escrutar la puerta, pero sintiendo que su corazón latía con más fuerza.

—Están saliendo…

—Están saliendo demasiados —matizó Tiberio al tiempo que los legionarios de las zanjas, como pequeñas ardillas, iban estirando sus cuellos y dejando las palas.

—¡Seguid cavando! —tronó enfurecido Octavio. Pero nadie le hizo caso —. ¡Seguid! —aulló de nuevo.

—Espera —dijo Tiberio—, míralos.

Octavio miró al frente. Seguían saliendo más guerreros.

—No me gusta… —dijo en un susurro mientras los defensores comenzaban a arremolinarse.

—Escucha —dijo Tiberio, cada vez más tenso—. Escucha —insistió, echando inconscientemente un paso atrás.

—¿Están cantando? ¿Esos desgraciados cantan? —preguntó un aturdido Octavio.

La entonación, en efecto, llegaba nítidamente hasta sus oídos. Era un cántico, un maldito cántico que resonaba cada vez con más potencia y

agresividad, dejando absortos a todos los romanos.

—Cantan… —murmuró Tiberio, sintiendo que su corazón, ahora sí, se desbocaba. Aquello no era normal ni presagiaba nada halagüeño, como así fue. Cientos de guerreros lusitanos se agitaron bajo los muros de Erisana. Se empujaron después, se contrajeron y expandieron, nerviosos y excitados, y súbita y simplemente dejaron de cantar y echaron a correr, por cientos, furiosos, los de los muros y los que salían vomitados de los portones, que como puertas del Hades conectadas con el mundo exterior expulsaban guerreros salidos de no se sabía dónde con los pelos al aire, berreando extasiados en su ininteligible lengua del inframundo y rostros desencajados. Y eran muchos, más de los que supuestamente tenía la ciudad.

—¿Qué hacen? ¿Nos atacan? ¿Se han vuelto locos? —balbució Octavio tan paralizado como el resto de los legionarios, todos ellos espectadores inmóviles, sin reacción, frente a lo que se les venía encima mientras los lusitanos barrían impunemente el espacio yermo abierto entre la muralla y los fosos.

—A las armas… —masculló entonces Tiberio con la voz quebrada. Los lusitanos estaban ya a cuarenta pasos, exhibiendo el rictus de odio que es necesario haber reunido para realizar tales cargas.

—¡A las armas! —dijo de nuevo Tiberio, esta vez rugiendo como un león, con los lusitanos precipitándose y a treinta pasos al tiempo que volaban las primeras jabalinas sobre sus cabezas.

—Tiberio… —barbotó Octavio, blanco como la cal e inmóvil. Los fosos se acababan de convertir en un verdadero caos o, mejor dicho, en una tumba colectiva. Unos legionarios trataban de salir de las trincheras para coger las armas, otros eran pisoteados en el intento y los más, dejando caer las palas, huían en estampida hacia el campamento.

—¡A las armas! —tronó otra vez Tiberio, intentando parar a los que daban la espalda y dando empujones a otros para que ofrecieran el pecho, con el rostro congestionado por el miedo y la desesperación.

Apenas un instante después, los lusitanos alcanzaron en tromba la trinchera, colmatándola de gritos y muerte, cebándose con los pocos hombres que permanecían en su posición. El choque de metal contra carne resonó lacerante, apenas apagado por los aullidos de furia y de dolor. Algunos legionarios perdían cabezas, manos o brazos enteros. Otros corrían sujetándose las vísceras en el vano intento de meterlas de nuevo en sus barrigas abiertas en un tajo. Se estaba consumando una carnicería donde hasta hace unos pocos segundos reinaba la indolencia.

Tiberio y Octavio, que por fin había abandonado su parálisis, acompañados de unas pocas decenas de legionarios, se zafaron de la primera oleada de lusitanos, de aquellos que habían superado en primer lugar los

fosos, pero la situación era insostenible. La legión de guerreros de Viriato brincaba y se les echaba encima sin descanso.

—¡Vámonos de aquí, Tiberio! ¡Vámonos! —imploró Octavio.

Tiberio, cubierto ya de sangre y polvo, miró hacia atrás. El campamento distaba trescientos pasos. Estaban demasiado lejos.

—¡Tiberio, por todos los dioses! —oyó que chillaba Octavio.

Tiberio vaciló un instante, no mucho. Aquello era una matanza.

—¡Corred! —ordenó—. ¡Corred todo lo que podáis! —graznó.

Y los pocos supervivientes giraron en redondo y accionaron sus piernas como no lo habían hecho en sus vidas.

En pos de ellos regurgitó una agilísima turba de lusitanos encelados por el éxito de la embocada. Unos, los romanos, corrían como conejos desbocados; los otros, los lusitanos, como aplicados perros de caza abatiendo a los pobres conejillos al hundir sus colmillos en cuellos y espaldas. Los romanos seguían cayendo por decenas en un campo que comenzaba a estar plagado de cadáveres conforme se aceleraba la cacería. El campamento distaba todavía doscientos pasos.

Poco más adelante, Octavio tropezó con un legionario caído justo delante de su carrera. Dio dos aparatosas vueltas de campana y terminó de bruces en el suelo. Aturdido, levantó la vista y solo vio cabellos lusitanos, por todas partes, hasta que Tiberio salió de la nada, le arreó una sonora bofetada para espabilarlo y lo levantó del suelo.

—Corre por tu vida —barbulló Tiberio, y a fe que lo hicieron mientras los lusitanos seguían pasando a cuchillo a todo lo que huía.

Muy cerca ya del campamento un destacamento de caballería númida vino a su encuentro, deteniendo a la primera fila lusitana con lanzamientos de venablos. Los hispanos pararon en seco, pero no por mucho tiempo. Con las aletas de sus narices echando humo, descargaron sus propias jabalinas e hicieron ademán de arrancarse contra los jinetes africanos, que guardaron el tipo como pudieron mientras sobrevolaban proyectiles que llegaban girando sobre sí mismos con enorme precisión.

Tiberio y Octavio rebasaron la puerta pretoria sin aire en los pulmones, pero apenas les bastó una bocanada para comprender que no estaban a salvo. La cara de los legionarios apostados era descorazonadora, mirando con horror cómo la caballería númida se desbandaba por la llegada de jinetes lusitanos, superiores en número. Y en el campamento romano el desorden era sublime. Hombres corriendo de un lado a otro sin saber qué hacer, centuriones aullando órdenes contradictorias, algunos legionarios corriendo a las tiendas para protegerse, bestias y caballos relinchando en pánico por el griterío e insignias y estandartes por el suelo.

—Estamos perdidos —dijo Octavio con el resuello entrecortado.

—Que Júpiter nos proteja —imploró Tiberio antes de ponerse en pie y encarar la lengua de barro enemiga que atravesaba las empalizadas sin que nada pudiera detenerla.

Pero de pronto, como un huracán convocado por los cuatro vientos, él llegó por su espalda, los superó a todos y se puso en primera línea, asestando mandobles a diestro y siniestro mientras golpeaba a otros con su escudo oblongo. El nuevo legado recién llegado de Hispania Citerior no estaba dispuesto a rendir el campamento. Quinto Occio, el hombre de la eterna ramita en la boca, parecía un verdadero Aquiles.

Los lusitanos, no obstante, atacaban por miles y el desorden romano no decrecía. Hasta el propio Occio, agotado, comenzó a retroceder ante la permanente embestida lusitana. Rodeado, no vio llegar un dardo que fue a clavársele violentamente en el hombro, provocando que cayera al suelo como lo haría una montaña cuyas laderas se desploman.

—Esto es el fin, que Júpiter nos proteja —gimoteó Octavio al verlo, dispuesto ya a la rendición o a la muerte, cosas ambas a las que, sin embargo, no estaba dispuesto Tiberio. No había visto un ataque igual ni en tierras de los salasos ni, un año antes, en las tierras de Cástulo. El ataque de Viriato era de proporciones colosales, pero no estaba en su naturaleza venirse abajo, sino, bien al contrario, lucir su machacona obstinación.

—¡Confía! —le gritó a Octavio—. ¡Confía y sigue luchando! —le arengó de nuevo al tiempo que corría junto a Quinto Occio, que estaba algo desconcertado, y trataba de ponerlo en pie en un caos de destrucción. Para su sorpresa, pese al corpachón del legado, consiguió sentarlo. Del hombro le colgaba el dardo, pero no parecía haber penetrado en exceso. Occio lo miró entonces con fuerza letal y dientes apretados.

—Una ramita, ¡dame un ramita! —le pidió a Tiberio fuera de sí. Este dudó un instante ante semejante petición—. ¡Un rama! ¿Es que no me has oído? —rugió Occio.

Tiberio no se lo pensó más. Arrancó de cuajo una raíz del suelo y se la entregó al legado, que la cogió con ansia, llevándosela a la boca.

—Ahora sí —aseveró Occio como en un suspiro, dicho lo cual asió el asa del dardo incrustado en su hombro, soltó un alarido de dolor, mordisqueó de nuevo la ramita, lanzó lejos el dardo con la punta ensangrentada, cogió su gladio y escudo y se puso en pie como lo que era, un Aquiles—. ¡Cabrones! —gritó antes de abalanzarse como una fiera contra un grupo de lusitanos.

Tiberio y Octavio se miraron tan asombrados como espoleados por aquella bestia humana. Poco tenían que decirse, por lo que, siguiendo el ejemplo de Occio, se le unieron en una carga desmedida y temeraria que pronto fue secundada por el mismísimo cónsul Serviliano y cientos de legionarios, encendidos nuevamente en el valor y la dignidad.

El contrataque romano fue tan arrollador que los lusitanos, agotados por la carrera desde Erisana, comenzaron a flojear y a dar la espalda, perseguidos ahora con enormes alaridos y espadas chorreantes de sangre por el titán Occio y la manada de leones en los que se habían convertido el resto de los defensores, entre ellos Tiberio y Octavio, librándose en las empalizadas una desesperada lucha cuerpo a cuerpo digna de la mayor matanza de la *Ilíada*.

De esta guisa, poco a poco los atacantes fueron desalojando el campamento, retirándose como la ola impetuosa que ya no puede entrar más en la playa y vuelve al océano, no sin arrastrar consigo a los legionarios aún atrapados en las arenas del rompiente.

Serviliano se asomó entonces a la línea de estacas y fosos. Muchos hombres languidecían con ojos vidriosos. Otros muchos, apelotonados y hundidos en charcos de sangre y barro, permanecían inmóviles. Aquello era la verdadera celebración de una masacre. Y cuando levantó la vista afuera del campamento no vio más que una enorme masa de lusitanos, jadeantes ellos, expectantes, mirándolos a todos con ojos de lobo, pero una masa infranqueable en todo caso.

—¿Qué hacemos? —preguntó Occio, yendo a ponerse a su lado.

—Escapar de aquí, como sea —barbotó Serviliano.

Serviliano aguantó cuatro días más con sus cuatro noches atrapado en su propio campamento, consumiendo sus pocos víveres —no había tenido la previsión de acumular muchos, sacrificando las vituallas a su velocidad de desplazamiento— y repeliendo los continuos ataques lusitanos al tiempo que perdía todas las líneas de comunicación con el mundo exterior. Al quinto día reunió en su tienda al consejo militar. Fue breve y expeditivo.

—Esta noche no apaguéis las hogueras, pero que no estén encendidas todas. Saldremos en orden y en total silencio por la puerta decumana. La caballería lo hará por las puertas principales derecha e izquierda para cubrir nuestra retaguardia. No quiero oír ni un pedo. Hay que alcanzar el valle del Betis antes de que Viriato termine de cerrar la tenaza y nos aplaste como a un higo. Nos vamos.

La salida de las tropas al amparo de la oscuridad y de la luna nueva fue angustiosa. Los mugidos de los bueyes, un relincho de un caballo o el repiquetear de las armas, por muy suave y lejano que sonase, comprimía las gargantas de los hombres, impulsando su corazón como si estuvieran en pleno combate. Incluso el propio Quinto Occio, al que ya todos apodaban Aquiles, parecía inquieto, machacando más que rumiando su famosa ramita en la boca.

Pero lo consiguieron. Esta vez Viriato no tuvo la previsión suficiente, o

no quiso tenerla, porque cuando clareó el día estaban ya lejos del campamento, avanzando con bríos renovados en busca de la frontera de la provincia romana.

—Estamos a salvo —quiso gritar Octavio, pero le salió un susurro apagado y falto de energía por el agotamiento y la tensión.

—Ni lo sueñes —espetó para su decepción Occio.

—Están allí —le dijo Tiberio, señalando cómo en lo alto de una colina se arremolinaba una buena partida de caballería lusitana.

Los romanos consiguieron avanzar durante tres asfixiantes jornadas más, por barrancos, serranías y quebradas, soportando el continuo hostigamiento de los lusitanos, que por miles parecían estar de nuevo por todas partes, atacando por oleadas, lanzando sus venablos con cruel acierto, hostigando la retaguardia sin descanso, matando a los que tenían la imprudencia de separarse demasiado de la columna o de los que se aventuraban a forrajear o a por comida. Viriato, con paciencia, estaba convirtiendo a los pétreos legionarios en simple arenilla.

Al cuarto día, solos en ninguna parte, diezmadas las tropas, sin víveres para los hombres, sin forraje para las bestias, carentes de la moral necesaria y con cientos de heridos y enfermos por hambre, penalidades y agotamiento, Serviliano ordenó lo único que podía hacer.

—Levantad un campamento en ese cerro —exigió.

—Es una madrastra —contestó Occio con su sequedad normal.

Serviliano miró al legado con ojos condescendientes. Aquel campamento iba a ser una madrastra, en efecto, como se les llamaba a los asentamientos militares muy desfavorables e irregulares. Y a fe que aquel lo era, por su pequeño tamaño y porque estaba cortado por la espalda por un precipicio que impediría su huida de aquel lugar.

La situación, no obstante, esta vez sí, era verdaderamente insostenible. Estaban en manos de Viriato, al que le faltaba chasquear los dedos para aniquilar a todo el ejército. Lo que no había conseguido en Cástulo lo tenía ahora en la Beturia, gracias a jugar magistral y pacientemente con la confianza y ansiedad, por partes iguales, de un cónsul que se lo había jugado todo a una sola carta.

De todo esto era también consciente Occio. Mortalmente atrapados y solos en mitad de ninguna parte, escrutó el rictus de derrota del cónsul, sin querer hacer sangre. Bastante tenían con esperar la muerte o la humillación.

—Que la madrastra sea cariñosa esta vez —se limitó a obedecer.

La dichosa propuesta agraria

Roma, finales de febrero

Cayo Lelio no pudo evitar que su ceja derecha se elevara, formando un prominente ángulo. No las tenía todas consigo.

—¿Seguro? —interpeló, tensándose como un perrillo de caza.

El aludido, Emiliano, frunció los labios y cabeceó enérgico. Desde que se entrevistara con el centurión Aulo Gabinio no había hecho otra cosa que devanarse los sesos sobre la oportunidad de promover o no el reparto de tierras públicas entre los veteranos que se licenciaban del ejército. Muchas voces en Roma, como su prima Cornelia, aunque de puertas adentro, creían ya que la distribución del agro se antojaba como una verdadera e inaplazable necesidad, porque lo cierto y objetivo era que cada vez había menos campesinos y más latifundios trabajados con mano de obra servil.

Y esta realidad tenía importantes efectos colaterales, no solo el empobrecimiento de los aldeanos, sino que, en lo que a Emiliano le preocupaba, la disminución de ciudadanos con el suficiente patrimonio para servir en las legiones y la pérdida de los férreos valores cívicos y militares, porque quien nada tenía y vagabundeaba por Roma alimentado de la anona terminaba por caer en el ocio, la envidia y la inquina, virtudes poco compatibles con la grandeza de un cuerpo ciudadano tan orgulloso y conquistador como el romano.

Él mismo estaba de acuerdo en que algo debía hacerse, en que urgía la adopción reformas, pero había dudado en numerosas ocasiones desde su entrevista con Gabinio, porque el reparto de tierras públicas, el *ager publicus*, era más peligroso que meter la cabeza en las fauces del león de Nemea.

Nadando en sus propias incertidumbres, había tratado de encontrar la respuesta ocupando su tiempo en la preparación de su próxima embajada a Oriente, enviando cartas a reyes y plenipotenciarios de Siria o de Egipto. Pero entre carta y carta, como un mal sueño, la propuesta se colaba en su cabeza, en unos momentos para recordarle que era el único hombre con la autoridad necesaria para afrontarlo, y en otros para advertirle que los senadores y ricos terratenientes tenían colmillos muy afilados y potentes maxilares.

Aquella mañana, sin embargo, se había despertado diciéndose a sí mismo que la misión de un Escipión Africano era precisamente esa, enfrentarse al león de Nemea, meter la cabeza hasta su gaznate, salirse con la suya y obtener el reconocimiento del pueblo entero. Era una apuesta arriesgada, más aún si cabe después de su pobre censura, pero sentía la necesidad de recuperar el territorio perdido, de erigirse en el auténtico e incontestable primer hombre de Roma.

—¿Estás seguro? —oyó que reiteraba Lelio mientras él permanecía como un legionario rodeado de enemigos que aferra hasta la muerte una enseña.

—Estoy convencido —contestó finalmente.

Ambos paseaban por el pórtico del peristilo de la casa de Lelio. Al principio lo habían hecho con parsimonia y sosiego, pero la sola cita de la propuesta de reparto de tierras había acelerado sus pasos.

—Ya sabes qué va a ocurrir —masculló Lelio, cabeceando.

Emiliano, ya convencido, se encogió de hombros.

—Protestará algún viejo senador que ha acumulado demasiadas tierras públicas, pero contamos con el suficiente apoyo —dijo.

Lelio se detuvo y resopló aparatosamente. Contempló una estatua de Minerva, miró al cielo, luego de nuevo a la estatua y finalmente a Emiliano, cuyos ojos de halcón le reclamaban una respuesta. No era cierto que solo se opondría algún viejo senador, ni mucho menos.

—¿Cuentas con el apoyo de Nasica el Joven? —preguntó, tratando de desembarazarse de aquella maldita proposición.

—¿Por qué me lo preguntas? Nasica no se atreverá a llevarme la contraria —negó Emiliano sin titubeos. Superadas sus vacilaciones, imperaba el Emiliano más arrollador.

—Sabes que Nasica es uno de los mayores terratenientes dentro del *ager publicus* —incidió Lelio.

—Tanto como yo.

—No lo subestimes, es un Escipión Nasica. Y ya no está su padre para moderarlo.

—Hazlo por mí.

—Me pides mucho.

—Hazlo por mí, en el Senado, en la próxima sesión —insistió Emiliano —. Debemos intentarlo.

Lelio retomó sus pasos, queriéndose retirar del estrecho hueco metafórico que quedaba entre la espada y la pared.

—Es demasiado precipitado. Deberíamos sondear antes a otros miembros del grupo. Es precipitado —repuso en creciente ofuscación.

—Es el momento.

—No lo tengo tan claro.

—Pues es mi momento —repuso Emiliano con dureza. Lelio, azorado, se detuvo en seco—. Es el momento, y no tengo tiempo —continuó Emiliano, ahora menos áspero—. Yo he sido censor. Tú eres el cónsul. Y Servilio Cepión es tu colega consular. Yo no puedo proponerlo. Hazlo por mí, antes de mi marcha a Egipto. Se lo debo a mis veteranos. Solo es una propuesta ante el Senado. Una simple propuesta. No quiero incendiar las calles de Roma. Hazlo

por mí, Cayo Lelio —reiteró Emiliano en tono de súplica, aunque de súplica tuviera poco.

Lelio resopló como un toro. Compartía aquella idea agraria, pero no que le tocara a él pasar bajo el yugo como si de unas nuevas Horcas Caudinas se tratase.

Aun así, por mucho que le pesase, no podía negarse. En realidad, no podía negarse a nada de lo que le pidiera Emiliano ni aun cuando fuera meter un clavo ardiente en las narices de senadores y caballeros.

—Lo propondré en el Senado —cedió a duras penas.

En el Senado, una semana después

La sesión senatorial había discurrido hasta el momento con normalidad. Se había recibido una embajada macedonia que se quejaba de la política de sobornos y expolios perpetrados por el pretor Décimo Junio Silano. Después se había tomado conocimiento de asuntos tales como la invasión de Mesopotamia por Demetrio de Siria o el matrimonio del faraón Ptolomeo Fiscón con su hermana Cleopatra y su posterior y brutal represión en Alejandría, provocando que muchos eruditos griegos de los que proliferaban en aquella ciudad —y a los que les gustaba vocear en exceso su impertinente y autosuficiente opinión— tuvieran que salir por piernas para no ser disciplinados.

No habían faltado tampoco los debates sobre el alto precio del trigo o, para diversión de muchos y desesperación de otros, la decisión final de permitir que el *aqua Marcia* llegara hasta el Capitolio, no sin escuchar antes los gritos de Quinto Marcio Rex y su acusación al Senado entero de sacrílego e hipócrita, pues ahora que ya se habían disipado los intereses políticos se levantaban también los escrúpulos religiosos.

En estas, creyendo Lelio que los ecos del tumulto de Marcio Rex quitarían importancia a lo que quería proponer, elevó sus nalgas de la silla curul desde la que presidía la sesión, tragó saliva con esfuerzo, carraspeó, llenó sus pulmones y acometió la dichosa propuesta, no como punto del orden del día, que no lo estaba, sino como apartado informativo.

—Padres conscriptos —se arrancó—, quiero hablaros de algo importante, de algo que todos advertimos, algo de lo que todos hablamos en nuestros atrios y peristilos, pero algo de lo que este Senado guarda silencio —expuso, si bien con tamaña presentación lo único que consiguió fue que los senadores, en bloque, estiraran sus cuellos como pollos expectantes cuando ven acercarse el cuchillo a su garguero—. Quiero hablaros de nuestros

campesinos —continuó—, pues es mi opinión que necesitamos una nueva ley agraria que permita a nuestros hombres y a nuestras familias permanecer en sus campos en lugar de emigrar arruinados a las ciudades. Una nueva ley agraria que haga respetar las ocupaciones y posesiones máximas de *ager publicus* reguladas legalmente. Una ley que, en definitivas cuentas, promueva la asignación de tierras públicas a favor de campesinos y jornaleros libres a fin de evitar la pérdida de nuestro campesinado y la excesiva proliferación de esclavos. Esto es, padres conscriptos, un problema real que podemos atajar con generosidad y altura de miras. Por ello —dijo con solemnidad, pero con tanto ceremonial que parecía que acabase de caer repentinamente un losa enorme sobre las cabezas de todos—, os comunico que es mi intención proponer una ley que trate de dar solución a esta situación. Será la *rogatio Laelia agraria*.

No hizo falta que Lelio hablara más para comprender que acababa de convocar a los titanes. Los Escipión Nasica y los Escipión Hispalo le miraron, o más bien lo aguijonearon, con los ojos abiertos como platos. A los Cornelios Léntulos parecía que les habían metido un palo por el culo, al igual que a los Postumios. A los Livio Druso y a los Popilio Lenas, entre otras muchas *gentes*, tanto patricias como plebeyas, les repiqueteaban los dientes. Galba y Nobilior parecían dos hienas con el pelaje encrespado. Y los Calpurnio Pisón afilaban las garras.

Pero, pese a todo, el Senado permanecía en un mortal silencio.

—Esto se va a poner de lo más divertido —le susurró Claudio a Galba, que no le veía la gracia y que ya veía peligrar sus enormes olivares y viñedos plantados en el *ager publicus*, y todo para entregárselo a cuatro desarrapados que ya no sabían ni lo que era un arado.

—¿Qué opinan los padres conscriptos? —se aventuró a insistir Lelio con temeridad, tanto que, desafortunadamente, terminó de espolear a la bestia. Los senadores se arremolinaron murmurantes, se miraron unos a otros, se agitaron nerviosos, volvieron a mirarse unos a otros, torcieron sus rostros, algunos sufrieron espasmos, otros adolecieron de repentina tortícolis y, finalmente, en masa, estallaron en una soberbia escandalera de las que no se veía en años, tanto que la curia tembló hasta sus cimientos sacudida por las convulsiones de los censorios, consulares, pretorios e incluso edilicios de gran parte de las familias senatoriales, todos ellos despotricando con las manos en la cabeza mientras las bancadas fluctuaban al compás de abruptas ondas sísmicas.

Y Lelio, que todo lo emprendía con entusiasmo estuviese o no de acuerdo, mantenía la cabeza erguida, soportando el vendaval que le abofeteaba con furia. Mantendría su posición hasta que lo sacasen a rastras de la curia o Emiliano le dijera lo contrario.

Esa misma noche

Emiliano respiró dos veces cuando le anunciaron que Escipión Nasica el Joven había irrumpido en el atrio de su *domus* y exigía verle.

—Dice que no se irá hasta que no le recibas —le anunció uno de sus esclavos.

Emiliano volvió a respirar, esta vez hasta tres veces, inhalando todo el aire posible como combustible de su paciencia.

—Hazlo pasar a la biblioteca —cedió muy a su pesar.

Nasica entró poco después en la majestuosa sala que acumulaba en cientos de rollos distribuidos en estanterías gran parte del saber de la humanidad, desde el mundo persa al helénico. No obstante, Nasica no estaba para cultura. Se sentó en una cátedra colocada frente a otra en la que aguardaba Emiliano, se ajustó la toga y se quedó mirando a su forzado anfitrión con su típico gesto insolente, con aquellos labios fruncidos hacia delante a modo de pico de pato y su mata de pelo dorada. Con cuarenta años a sus espaldas, cabeza de los Escipión Nasica, patricio, pretorio y pontífice máximo, era ya un hombre que respetar.

—Es necesaria, la reforma es necesaria —se adelantó Emiliano.

—Según tu parecer, no el mío —espetó Nasica con ira contenida.

—Necesitamos campesinos libres —prosiguió Emiliano con paciencia —. Necesitamos tierras públicas para nuestros legionarios desmovilizados. Necesitamos mano de obra libre. Necesitamos…

—Tú necesitas, no los demás —le interrumpió Nasica con pavoroso control.

—No te atrevas a decirme qué…

—Y si quieres te recuerdo, sí, te lo recuerdo —volvió a interrumpirle Nasica con cara de asco—, todas las reformas agrarias que se han intentado en nuestra ciudad, desde los tiempos de los tribunos Espurio Mecilio y Marco Metilio hasta la *lex Licinia-Sextia*, entre otras muy antiguas. ¿Y sabes qué provocaron, lo sabes? —interpeló despectivo y sin dejarse impresionar lo más mínimo por la presencia del gran Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano.

Este, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, se quedó entre aturdido y mudo, sin reacción. En otro momento, tal vez en una situación de mayor fortaleza, lo habría echado a patadas de su casa, pero sin saber por qué miraba al imbécil de Nasica con sumisión, dándole la valiosa oportunidad de seguir mordiendo, como así fue.

—Voy a darte tres sencillas razones para que desistas del avispero en el que quieres meterte —escupió Nasica—. La primera, porque ni tú mismo

crees en una reforma agraria, pues de otro modo habrías utilizado a alguno de los tribunos de la plebe, como acostumbras cuando deseas algo de verdad. Ahora solo has querido algo más de popularidad y alguna que otra clientela, y poco más. La segunda —continuó, levantando el dedo índice—, porque no puedes sacrificar a tu amigo Lelio. Si continuas, rodará su cabeza. Y la tercera y más importante —dijo, elevando el anular, con sonrisa hiriente—, porque no puedes defraudar a los Escipiones, a la familia que te tomó en adopción para incrementar su prestigio y su gloria, no para arruinarla con debates propios de tribunos sediciosos ni perjudicar sus posesiones en el *ager publicus*. Porque sigues siendo un Escipión, ¿verdad? ¿O pretendes ser de nuevo un Emilio Paulo? Piénsalo, gran Escipión —finalizó, esta vez con sonrisa de hiena, mientras se ponía en pie—. Y, por cierto —añadió con tonillo impertinente—, si cejas ya en este absurdo, tu amigo Cayo Lelio saldrá bien parado. Tuya es la decisión.

Y se marchó, dejando a Emiliano, por primera vez en su vida, quieto como un poste, sumido en un mar de dudas e incapaz de exhibir sus temibles ojos de voraz halcón. ¿Por qué se habría metido en este lío?

Que la caída sea gloriosa

En algún lugar de la Beturia, inicios de marzo

Dos semanas después de refugiarse en la madrastra, la situación de Serviliano y su tropa era agónica. Hacía unos días que habían empezado a comerse las mulas, y si nadie lo remediaba pasarían a devorar los caballos y a lamer el cuero. Los heridos y enfermos morían, y las pocas partidas de forrajeadores que se aventuran al exterior no regresaban. La peste o como se le quisiera llamar al mal que se extendía sobre sus hombres consumía carne y ánimo, y el hedor de un campamento que no podía desaguar los orines ni las heces resultaba insano e insoportable.

Viriato, por su parte, atacaba el campamento de modo insistente, pero a Serviliano algo no le encajaba. Estaban debilitados, sin provisiones, al borde de un precipicio del que no podían escapar y en manos del lusitano. Era sencillo y previsible que los exterminara, pero no lo hacía. Los atosigaba y los castigaba física y emocionalmente, pero seguían vivos. Por qué era así, no lo sabían, pero estaban a punto de conocerlo.

Viriato y Ditalcón tenían dos grandes aficiones. La primera, derrotar a los romanos. La segunda, arrastrarse colina arriba y asomarse furtivamente a miradores, balcones naturales, roquedos y promontorios para escrutar a los mismos romanos antes de lanzarles su mortal zarpazo.

Esta vez, sin embargo, nos les hizo falta tanta discreción. Con toda parsimonia, como lo habían hecho los días precedentes, ascendieron la colina a caballo y, sin bajar del mismo, bien estirados y a la vista de todo cuanto les rodeaba, clavaron sus ojillos oscuros en el pequeño cerro en el que estaba apretujado y rodeado Serviliano y lo que quedaba de su legión y media.

—Pensar que hace apenas tres semanas acampaban despreocupados ante los muros de Erisana. ¡Qué maravilloso espectáculo! —bramó Ditalcón, que botaba sobre la grupa de su corcel como un chiquillo feliz.

—Lo es —contestó Viriato más contenido.

—Se tienen que estar cagando y meando de miedo. ¡Me encanta jugar con ellos! ¡No tienen escapatoria! —continuó un eufórico Ditalcón.

—No la tienen —respondió un parco Viriato, mirando a lo lejos, aquella mañana especialmente reflexivo.

—Son nuestros, por Endovélico, ¡y vamos a aniquilarlos a todos! —aulló Ditalcón en estado orgiástico.

—No vamos a hacerlo —dijo de pronto Viriato, sin dejar de mirar al frente.

Ditalcón tuvo que hacer esfuerzos para coger aire y no atragantarse con su propia bilis.

—¿Qué? —demandó con los ojos abiertos como platos.

—Que no vamos a hacerlo —repitió Viriato.

—Pero…

—No vamos a hacerlo.

Ditalcón congestionó su rostro en una mueca furiosa. Persistió en su esfuerzo por tomar aire y solo cuando sus pulmones estaban cargados gritó bajo el dominio de la cólera.

—¡No me vengas con estas! ¡Los tenemos ahí, para matarlos a todos, como hizo Galba! ¡Están rodeados, desmoralizados y sin provisiones! ¡Tenemos que pasarlos a cuchillo! —gritó, tirándose de los largos pelos.

—No lo haremos.

—¿Es una de tus bromas? ¿Juegas conmigo? —replicó Ditalcón, sintiendo que podía salir propulsado de la grupa del caballo.

—¿Qué ves en mi cara para entender que bromeo? —espetó Viriato con desdén.

—¡No te entiendo!

—Eres un necio.

Ditalcón tuvo que respirar nuevamente todo el aire de la Beturia para no clavar su espada en Viriato, mas se contuvo.

—Matémoslos —dijo entre dientes.

Viriato negó con la cabeza.

—Le voy a ofrecer un acuerdo a Serviliano —desveló a bocajarro.

Ditalcón expulsó todo el aire anteriormente retenido.

—No es posible —susurró como a quien una repentina decepción lo abate por completo.

—Es lo mejor —dijo Viriato.

—¿Lo mejor? —demandó Ditalcón, empezando a recuperar su impetuoso carácter al tiempo que comenzaba a comprender las decisiones de aquellos días—. Por eso los dejaste escapar del campamento de Erisana, ¿verdad? ¡Por eso no hemos acabado estos días con ellos! ¡Porque solo querías desgastarlos y que Serviliano se viera forzado a negociar! ¡Nunca quisiste aniquilarlos! —rugió exacerbado.

—Por fin piensas con la cabeza.

Y Ditalcón, como si le ardieran las entrañas o a su caballo le hubiera dado una convulsión, salió al galope colina abajo, dejando un reguero de odio.

Dos días después. En la madrastra

Tiberio y Octavio, que acompañaban a Serviliano en la tienda pretoria junto con Quinto Occio y otros prefectos y tribunos militares, echaron el cuerpo hacia delante, tan exhaustos como expectantes. Serviliano, ya de noche, acababa de leer la carta entregada por un mensajero lusitano y el semblante que mostraba bien podía ser de alegría, asombro, aturdimiento o temor.

—Por Júpiter Óptimo Máximo —murmuró el cónsul con mirada perdida, dejando caer los brazos—. ¡Por Júpiter Óptimo Máximo! —reiteró, lleno de sorpresa.

—Algo me dice que tenemos buenas noticias —siseó Occio.

—¿Ofrece algo? ¿Nos ofrece algo? —interpeló Octavio hecho un manojo de nervios.

—¿Podemos saberlo? —inquirió Tiberio, más pausado.

Serviliano elevó la vista y se topó con las caras de todos, en gran medida pálidas y decaídas.

—Nos ofrece un acuerdo de paz —barbotó—. Viriato nos ofrece la paz y dejarnos salir de aquí con vida, pero solo si acepto dos condiciones —añadió todavía aturdido.

—Escuchamos —dijo Occio.

Serviliano cabeceó con los labios fruncidos.

—Quiere tener el control permanente sobre los territorios que ocupa en la actualidad.

—Es decir, la Beturia. Quiere ser rey. ¿Y la segunda condición? —interpeló Occio indiferente, con su ramita de un lado a otro de la boca.

Serviliano no respondió de inmediato, calibrando si la segunda condición podía ser aceptada o era la confirmación de la mayor humillación de su vida. Cuán caprichosa y volátil era la existencia. Había llegado a la Ulterior como un dios en un carro tirado por el sol, con autosuficiencia y barbilla elevada, hierático, imperial y cruel a partes iguales, ordenando la quema de campos, la violación de mujeres, la destrucción de ciudades y aldeas y la sección de cabezas y manos derechas, aunando un espectáculo de terror para finiquitar de una vez por todas al rebelde lusitano. Sin embargo, ahora, después de dos años de campaña y de creer que tenía a Viriato derrotado, había bastado un solo error, un solo momento de confianza, para que lo abofeteara con la misma crueldad que él empleaba, forzándole de un día para otro a una paz y a unas condiciones deshonrosas para Roma.

Por ello, se resistía a descubrir la segunda condición, porque era tanto como lanzarlo de la roca Tarpeya; tanto como hacerle pasar bajo el yugo. Pero todos lo miraban.

—Quiere ser reconocido amigo y aliado del pueblo romano —dijo finalmente.

Un plúmbeo silencio se impuso en la tienda. Aquellas palabras podrían

sonar intrascendentes, pero no lo eran en absoluto.

—Viriato propone un pacto entre iguales —balbució Octavio.

—Quiere un *foedus* —matizó Tiberio en términos precisos.

—El Senado no lo aceptará —farfulló Occio—. El Senado no pacta en igualdad de condiciones sino con grandes reinos.

—Y aun así… —se arrancó un nervioso Octavio—. ¿Qué opciones tenemos de salir de aquí con vida? —preguntó mirando a todos, lleno de ansiedad—. ¿Qué opciones tenemos? —insistió desgarrado—. Mejor que seamos amigos y aliados a no ser nada.

El mutismo invadió la tienda, solo roto por Tiberio.

—¿El cónsul va a aceptarlo? —inquirió, dirigiéndose a Serviliano.

Serviliano resopló con fuerza, mirando a lo alto. Atrapado, dejó enseñar los caninos, decaído, poniendo en marcha la maquinaria de su oscura mente para encontrar una salida digna. Su cabeza se llenó de imágenes, de recuerdos, de sesiones senatoriales, de frases de senadores de antaño, de maldades, hasta que, de pronto, bajo la atenta observación de su estado mayor, fue consciente de que en realidad estaba sonriendo, en una letal combinación de malicia y descanso. Porque, efectivamente, el Senado no acostumbraba a aceptar un *foedus* salvo con grandes reinos, imponiendo en el resto de los casos su inasequible voluntad. Pero esta vez podía ser distinto, porque tenía poderosos aliados y amigos en el Senado que le salvarían el culo pese al desastre; porque tenía amigos que sabrían disfrazar su incompetencia; porque tenía amigos que sabrían convertir la ignominia en ventaja. Y porque lo importante era escapar de allí. Lo que hiciera después el Senado con el pacto no era de su incumbencia. Ya se las apañaría. Salir de allí bien valía un miserable *foedus*.

—Por supuesto que voy a aceptarlo —dijo con tono ofendido.

Dos días después. En los alrededores del campamento lusitano

—¡Por Endovélico, has perdido el juicio! ¡Viriato, por todos los dioses! —bramó Ditalcón hecho una furia, incapaz de comprender absolutamente nada por mucho que lo pensase.

—Serviliano ha aceptado. Voy a firmar el acuerdo —reiteró Viriato sin alterarse.

—¡Recapacita! ¡Podemos aniquilarlos! ¡A un cónsul de Roma! —aulló Ditalcón mesándose los cabellos.

—No —se limitó a responder Viriato.

—Y vosotros, ¿vosotros no tenéis nada que decir? —gritó Ditalcón, dirigiéndose a Audax y Minuro, los otros dos grandes amigos y oficiales de

Viriato. Todos ellos estaban en un claro del bosque, libres de oídos indiscretos, Viriato sentado en un árbol caído, Audax y Minuro diseminados aquí y allá, con los brazos cruzados en el pecho, deambulando con rostros dubitativos, y Ditalcón plantado delante de Viriato con los brazos en jarras y semblante marcado por la desesperación—. ¿No tenéis nada que decir? —insistió, girándose hacia los otros dos.

—Posiblemente es lo mejor —masculló Audax.

—No es tan descabellado —confirmó Minuro.

Ditalcón, sintiéndose solo, volvió a mirar a Viriato, esta vez suplicante.

—Te lo ruego, no lo firmes —suplicó.

—No hay marcha atrás. No serviría de nada que los matásemos a todos —contestó Viriato sin dejar de mirar al suelo.

—Serviría para imponer nuestro orden y pasearnos por toda la provincia romana haciéndolo todo nuestro, ¡todo! —imploró Ditalcón.

—Sabes que volverán con otro ejército consular, y esta vez no nos ofrecerán nada.

—¡No lo sabes! ¡No tienen pasión por la lucha! ¡No defienden su tierra ni hay botín para ellos! —pasó Ditalcón de nuevo al grito.

—Si crees eso es que no conoces bien al Senado de Roma ni a los romanos —repuso Viriato impasible.

Ditalcón expulsó una grotesca carcajada.

—¿Y tú los conoces? —dijo al parar de reír—. ¿No conoces lo que le sucedió a Cartago y todas las mentiras que escupieron? ¿No recuerdas qué hizo Galba? ¿Se te ha olvidado todo? ¡Pactan y luego nada respetan! ¡Viriato! —suplicó de nuevo.

—Lo voy a firmar y lo voy a jurar.

—¿Y de qué valdrá el juramento del romano? —ironizó Ditalcón.

—He exigido que el pacto sea aprobado por el Senado y por el pueblo de Roma en una de sus asambleas.

—¡Lo incumplirán de igual modo!

—No tenemos otro remedio. No podemos luchar con ellos por siempre —se atrincheró Viriato.

—¡Has perdido el juicio!

—Lo conservo en su sitio.

—¿Tanto como para querer casarte con la hija de ese vendido de Astolpas, ese ricachón que solo sabe chupar el culo a los romanos? —le increpó Ditalcón cambiando radicalmente de estrategia, aunque, seguramente, esta vez con demasiada temeridad, porque Viriato levantó la mirada de una forma tal que habría tumbado todos los árboles de aquel bosque.

—¿Qué ocurre con mi boda con la hija de Astolpas? —inquirió en una furiosa contención. Astolpas era un noble del valle del Betis, un hombre

realmente acaudalado al que se le reprochaba tener simpatías, según los casos y según su interés en cada momento, bien con romanos, bien con Viriato, pero la unión con su hija —que en verdad era fea hasta la extenuación, pero poco importaba— le garantizaba una posición social dentro de las élites béticas de la que carecía, atrayendo a su causa a la nobleza hispana de la provincia romana. Era, en definitiva, una boda política de gran interés—. ¿Qué ocurre con mi boda? —reiteró desafiante y con los dientes apretados.

Ditalcón, que había dado dos pasos atrás, se recompuso.

—Sabes que a tus hombres no les gusta Astolpas. Ese enlace solo traerá problemas —dijo altivo.

—Mis hombres saben bien poco lo que me conviene, pero bien saben que les conviene seguirme —declamó Viriato.

—Se sentirán traicionados —incidió Ditalcón—. No lo hagas, no pactes con Roma. Aniquilemos a los romanos, ahora que podemos —rogó Ditalcón en un último intento.

Viriato lo miró muy fijamente.

—Tendremos un territorio en Beturia. Tendremos paz. Tendremos tierras y cultivos para nuestros hombres. Seré lo más parecido a un monarca al que todos obedecerán, incluido Astolpas. Y seremos libres. ¿No te parece que es todo por lo que hemos luchado, Ditalcón? ¿No os lo parece a vosotros, Audax y Minuro? ¿Creéis que si los matamos tendremos todo esto? —demandó, barriéndolos a todos con la mirada.

—Nos engañarán. Y será tu caída —farfulló Ditalcón.

—Pues que sea una caída gloriosa —zanjó Viriato.

Ni siquiera posees mis huesos

En la curia Hostilia, mediados de marzo

Cayo Lelio se puso en pie desde su puesto presidencial, carraspeó antes de hablar, los senadores lo observaron expectantes, miró de refilón a Emiliano, este asintió levemente, levantó entonces la vista, recorrió las bancadas de la curia y los senadores alargaron aún más sus cuellos, esperando aquello que iba a anunciar.

Desde que expusiera en el Senado su voluntad de proponer una ley que asignara a los legionarios licenciados tierras del común, la alta cámara senatorial había sido un auténtico hervidero de presiones, correveidiles, malas caras, amenazas, gruñidos y chismes. Algunos le apoyaban, pero los pocos, recibiendo bien al contrario palos por todas partes y dedicándosele todo tipo de epítetos como traidor, vendido, idiota dispuesto a perder inversiones y explotaciones a favor de pordioseros o simple esbirro de su amo, Emiliano. Habían sido tres semanas de extrema dureza, pero ya no podía más. Debía liberarse del enorme peso que recaía sobre sus hombros. Ya no podía más ni aquello podría prosperar jamás.

Por ello, bien digno en la presidencia, demoró un poco más su intervención como pequeña venganza por todo lo pasado, se aclaró la voz de nuevo, provocó que a algunos senadores se les dislocara el cuello de tanto alargamiento y por fin lo dijo:

—Padres conscriptos, he decidido no seguir adelante con mi propuesta de ley.

Y se sentó. Y pareció que la curia misma se desinflaba como un globo al tiempo que lo hacían los pulmones de los aliviados senadores.

Los aplausos por tan sabia medida resonaron victoriosos en las augustas paredes senatoriales. Y en el clamor, Nasica el Joven pidió la palabra, para lo cual levantó magnánimo una mano y extendió con desgana su dedo índice.

Lelio buscó a los censorios por si querían intervenir, pero estos negaron pausadamente. Después escrutó a los consulares, que hicieron lo propio. Finalmente, barrió a los pretorios, que cabecearon de lado a lado.

—Te escuchamos, Publio Cornelio Escipión Nasica —autorizó como correspondía, respetando el orden de intervenciones.

Nasica el Joven, con un rictus señorial, se puso en pie.

—Padres conscriptos —declamó con pompa y amabilidad, aquella que ostentaba cuando las cosas le iban bien dadas y olvidaba cuando le iban mal dadas—, hoy el cónsul Cayo Lelio ha actuado con gran sabiduría. Tan rápido como propuso su ley la ha abandonado con suma celeridad como un hombre sabio. Porque todos sabemos que lo es por sus vastos conocimientos de la

ciencia augural y del derecho pontifical y civil. Sin embargo, por si esto fuera poco, desde hoy todos sabremos que se ha hecho acreedor de algo más, de recibir un sobrenombre público que le honre y le distinga por su sabiduría, disponiendo según su valor de *tria nomina*. Por ello, padres conscriptos —anunció muy contento—, os vengo a proponer que Cayo Lelio sea llamado de aquí en adelante Cayo Lelio Sapiens, Cayo Lelio Sabio.

La curia se vino abajo, esta vez de rabiosos aplausos, mientras Emiliano, frustrado, mantenía bien alta la barbilla para enseñorear una dignidad nuevamente vapuleada. Lo único que deseaba era marchar de Roma, muy lejos, e iniciar su embajada. No podía más. Estaba harto de la cuadrilla de bobalicones que poblaban el Senado, más aún cuando al finalizar la sesión se le acercó Apio Claudio Pulcro con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Tal vez Nasica debería haber propuesto que se te llamase a ti también Sapiens —ironizó—, aunque en este caso tardaríamos un día entero en decir tu nombre completo —apuntilló.

—*Ave atque salve* —espetó Emiliano, enfilando la salida de la curia.

—No corras tanto, Escipión —le frenó Claudio—, al fin y al cabo, no proponías nada distinto de lo que ya pregona tu prima Cornelia en las tertulias que organiza. Me refiero a Cornelia *minor*, por supuesto, supongo que ya lo imaginabas —se cebó.

Emiliano se detuvo bajo el vano de las puertas del Senado.

—Es necesaria una reforma agraria —dijo muy serio.

—Y estás en lo cierto, pero creía que eras un hombre valiente y que nada te detendría de nuevo. No es propio de ti rendirte en el primer envite —respondió Claudio.

Emiliano arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Y tú habrías apoyado la reforma? —interpeló.

Claudio exhibió su sonrisa de aristócrata empedernido.

—Viniendo de ti, nunca, pero si hubiera venido de mí, siempre —contestó antes de arrancar sus pasos y abandonar el augusto edificio.

Emiliano, parado en el mismo sitio, cabeceó al tiempo que dejaba escapar una pequeña exhalación sarcástica. Los suyos propios, los Escipiones, rechazaban la propuesta, y los ajenos, como Apio Claudio, la veían, al parecer, con buenos ojos. El mundo al revés, pero un mundo en el que Nasica el Joven, con sus ridículos labios fruncidos hacia adelante, se acababa de hacer un hueco para marcar su territorio. Y era un territorio muy bien fortificado.

Dos semanas después, Emiliano estuvo por fin en disposición de salir de Roma. Se despidió fríamente de Sempronia, calurosamente de su hermano Fabio y de Lelio y tomó con alivio la vía Apia, camino de Tarento, donde embarcaría rumbo a Egipto.

Al cruzar la puerta Capena, tiró de las riendas de su caballo y miró atrás una última vez.

—Patria ingrata, ni siquiera posees mis huesos —recitó con grandilocuente rabia, haciendo suyo el epitafio de la tumba de su abuelo adoptivo, Escipión Africano.

—Venga, Publio, que es hora de partir —oyó que le decía con desinterés el senador Metelo Calvo, embajador como él.

—Publio, vamos —barbotó Espurio Mumio, el tercero en nómina de los plenipotenciarios.

Emiliano miró a los dos senadores —ambos impasibles sobre sus grupas como diciendo «No te pongas melodramático»— con cara de fingida ofensa. Tanto Metelo Calvo como Espurio Mumio, hermanos respectivos de Metelo Macedónico y de Lucio Mumio, eran dos muy buenos amigos a los que, a la vista estaba, les daba demasiada confianza.

—Dejadme que me desahogue mínimamente —protestó.

Metelo Calvo y Espurio Mumio se miraron el uno al otro con cara de guasa, hecho lo cual tiraron de las riendas de sus caballos y emprendieron el camino. Emiliano gruñó ligeramente, en realidad divertido, y arreó también su montura, sintiendo por fin un poco de aire fresco. El del Senado y el de Roma eran fétidos e irrespirables. Necesitaba un largo descanso.

El nuevo intento de Pompeyo

Numantia, mediados de abril

Pompeyo dejó atrás la tranquilidad de Kelse a comienzos de primavera y avanzó de nuevo hacia Numantia, recogiendo por el camino parte de las tropas estacionadas durante el invierno.

Como el año anterior, tras superar los enormes bosques que rodeaban el lugar, se plantó a las puertas de la aldea celtíbera con quince mil infantes y mil jinetes sin apenas contratiempos, aunque dispuesto a cambiar su estrategia. Lo importante era arrasar Numantia hasta sus pobres cimientos, fuese como fuese, al asalto o por hambre, y esta última era precisamente la alternativa escogida para su nueva campaña, a saber, matar de hambre a los numantinos para que suplicaran la paz o para que se fuesen todos al Hades, le daba lo mismo una opción que la otra.

Con tal propósito, nada más llegar ordenó que se abriera un gran foso para comunicar el río Durius, al nordeste, con el riachuelo que discurría por el sudeste, el Merdancho. De esta forma, dado que Numantia estaba rodeada de escarpes, colinas, charcas y ríos por norte, oeste y sur, cerraría todo el perímetro de la ciudad, fundamentalmente el paso de la llanura oriental, aquella tan famosa por la estampida de los elefantes de Nobilior o, sin ir más lejos, por su propia debacle del año anterior.

Inflado como un gallo de corral por una idea que consideraba de lo más sublime, reunió presto a su consejo militar para comunicar su derroche imaginativo, cosa que hizo, además, con la alegría de saber que ya no contaba con la grata presencia del legado Quinto Occio, ahora en la Ulterior con Serviliano. Sin embargo, la suerte no podía serle tan favorable, porque fue exponer el plan y advertir que contaba entre sus filas con un nuevo oficial contestón y protestón que sustituía la indolencia desquiciante de Occio. Se trataba del tribuno militar Opio, un treintañero insoportable de ínfima cuna que sin duda había sido elegido por la asamblea por tribus para tan insigne labor solo para tenerlo lejos de Roma durante una buena temporada.

—Lo que pide el procónsul llevará meses —le espetó Opio en medio del consejo militar, a oídos de todos.

—Está previsto —contestó Pompeyo con paciencia.

—Pero el foso debe tener una profundidad de casi diez hombres —continuó Opio—. Hay una estribación en medio de los dos ríos que obliga a salvar los desniveles —añadió.

—Está previsto —reiteró Pompeyo.

—Es un foso de casi dos millas de longitud —prosiguió Opio a su modo natural, que era pedante.

—Está previsto —insistió Pompeyo, sintiendo que los calores comenzaban a nublar su mente.

—Deben protegerse los trabajos con empalizadas y estacas —añadió Opio, colmando por fin la paciencia de Pompeyo, que apoyó sus nudillos en la mesa y levantó la vista de los mapas.

—Que los trabajos comiencen mañana —ordenó contenido—. Y ahora, todos fuera —exigió entre dientes.

Cuando todos se marcharon, Pompeyo resopló como un toro y se dirigió al único hombre que permanecía en el pretorio, su hijo Quinto Pompeyo, un jovenzuelo de diecisiete años que acababa de llegar de Roma para iniciar sus primeros pasos en el ejército.

—No quiero verlo más —le dijo a su vástago al tiempo que intentaba dar con una buena idea para deshacerse de Opio. No estaba dispuesto a soportar más dolores de muelas al estilo Occio.

—Que dirija a los forrajeadores —se le ocurrió espontáneamente a Pompeyo hijo—. Con la caballería celtíbera rondando los campos eso es de lo más peligroso. Lo normal es morir en una emboscada —añadió mientras se limpiaba las uñas con un palillito.

A Pompeyo padre se le iluminó el rostro. Su hijo no había heredado el pelo pelirrojo ni sus ojos saltones, pero sí su perspicacia.

—Eso es precisamente lo que quiero, que dirija a los forrajeadores —celebró con una sonrisa de oreja a oreja.

Pompeyo hijo se encogió de hombros.

—Así se hará —confirmó, dicho lo cual se dirigió a la salida.

—Hijo —lo llamó su padre. Pompeyito, como lo llamaban en chufla los legionarios, se dio la vuelta.

—Escucho.

—No estés cerca de los trabajos del foso. Esos numantinos hijos de perra no se van a quedar parados viendo cómo los cercamos.

—Levantaremos empalizadas y clavaremos estacas de protección.

Pompeyo cabeceó repetidas veces.

—No será suficiente, Quinto, no lo será. Esos guerreros son numantinos. Cuídate de ellos.

El preciado culo de Serviliano

Beturia y Roma, mes de mayo

Serviliano aceptó y juró personalmente el tratado con Viriato, pero lejos de limitarse a salir de la ratonera en la que estaba metido y lamerse las heridas por su inesperada y humillante derrota, trabajó de inmediato para que el *foedus* fuera ratificado en Roma.

Con tal ánimo, sabiendo que debía buscarse el apoyo de amigos y aliados, se armó de cálamo, tinta y papiro y escribió, no al Senado, no al menos en primer lugar, sino a su hermano adoptivo, lo que era tanto como hablar con Emiliano.

A Quinto Fabio Máximo Emiliano. A mi querido hermano,

He sido derrotado por Viriato. Sí, lo que lees, me ha derrotado en tierras de Beturia. No es momento de explicaciones de cómo sucedió, pues escribiré al Senado en tal sentido, pero has de saber antes que nadie que nos hemos salvado de una muerte segura por la firma de un tratado de paz en términos de igualdad, uno que reconoce a Viriato su soberanía sobre la Beturia y que le convierte en amigo y aliado del pueblo de Roma. Y no, la propuesta no salió de mi boca, sino de la de ese hijo de la gran perra, y de no haberla aceptado, ahora estaríamos vagando en el Tártaro mientras las insignias de Roma recibían ultraje en tierras salvajes.

Tampoco me preguntes ahora por qué Viriato tomó esta decisión en lugar de exterminarnos. Te juro que pudo hacerlo, pero ha tomado la opción de ser rey en lugar de asesino. De ser amigo en lugar de ladrón.

Aun así, soy consciente de que la firma de este tratado abrirá en el foro una grieta tan insondable que puede arrastrarnos a todos, a mí, a ti, a Emiliano y a toda la facción. Y por ello mismo te escribo en primer lugar, para que antes de que el Senado lo conozca podáis anticiparos al golpe y transformar la fuerza del puñetazo en nuestro propio impulso. El pacto no es tan humillante. Viriato se ha comprometido a no saquear la provincia, a no apoyar a los celtíberos y a cesar en las incursiones en la Citerior, aquellas que tanto daño nos hacían. Y habrá paz. Cuánto dure, me importa una mierda. Cuánto dure el pacto, me importa otra mierda. Había que salir vivos, y lo hemos hecho. Después, los dioses dirán, amén de que el Senado maneja muy bien las malas artes para contravenir sus propios acuerdos cuando y como le place.

Salvadme el culo. Es la única forma de salvar los vuestros.

De tu querido hermano de la rama Fabia.

La carta llegó a Roma mes y medio después, cayendo en manos de su destinatario, Fabio, quien nada más leerla se la trasladó en confidencia al cónsul Cayo Lelio, el cual, a su vez, convocó de urgencia al propio Fabio, a Nasica el Joven y a Metelo Macedónico.

—Y bien, ¿qué os parece? —les preguntó a los dos últimos.

—Que es un cabrón —saltó Metelo.

—¿Quién? —repuso Fabio como un muelle.

—Tu hermano, ¿quién si no? —confirmó Metelo.

Lelio puso los ojos en blanco.

—Metelo, por todos los dioses —porfió.

—Si os referís a aceptar o no el *foedus*, preferiría que me cagara un elefante encima —reconoció Metelo a su ruda manera.

—Que se pudra en la Cloaca Máxima —intervino Nasica.

—Es lo más indigno que he visto en mi vida —prosiguió Metelo.

—Que se pudra en la Cloaca Máxima —repitió Nasica.

Fabio miró a Lelio en busca de auxilio, encontrándolo.

—Señores, por favor, no perdamos la cabeza —dijo Lelio con infinita paciencia—. El *foedus* es vergonzoso, es verdad —reconoció sin tapujos—, pero nos afecta a todos. El mal de uno es el mal de todos. No tenemos otra opción que apoyar públicamente el tratado. De lo contrario, ninguno de nuestros candidatos olerá el consulado en años. Hay que apoyarlo.

—¡Lo que hay que hacer! —bramó Metelo con ironía.

—Lo haríamos también por ti —desdeñó Fabio.

—Sí, por supuesto —contestó Metelo sin perder su tonillo.

—¿Vamos a apoyar de verdad ese acuerdo? —interpeló Nasica con una mueca de asco.

—Sí, vamos a hacerlo —contestó Lelio tajante.

—Estoy de acuerdo —le secundó Fabio.

—¿Cómo no ibas a estarlo? —ironizó Nasica.

—Sí, sea, hagámoslo —salió al paso Metelo—. Esto nos incumbe a todos. Pero Claudio y sus amiguitos se nos echarán encima.

—No podrán —dijo Lelio convencido.

—Pues tú me dirás —insistió Metelo, fingiendo indiferencia.

Lelio se armó de renovada paciencia. En ausencia de Emiliano solo él parecía conservar la cabeza encima de los hombros.

—El tratado es una magnífica oportunidad para dejar en suspenso una de las dos guerras en Hispania, más ahora cuando las levas son tan conflictivas —se explicó—. Lo impopular sería continuar las hostilidades a toda costa y sacrificar casi dos legiones. ¿Qué ciudadanos querrían ir allí si el Senado condenara a la muerte a todos sus legionarios? Roma entera quemaría la curia Hostilia, y Claudio lo sabe. No podrá negarse.

—Bien pensado —siseó Nasica, divertido al ver la cara de enfurruñado de Metelo, ofendido de que no se le hubiera ocurrido a él.

—¿Y el pueblo? ¿Qué dirá el pueblo? —contraatacó Metelo, tratando de buscarle las cosquillas a Lelio, lo que era poco probable.

—De eso me encargo yo —respondió Lelio con autoridad.

—¿Y vamos a permitir que Viriato sea eternamente nuestro amigo y aliado? —graznó Nasica—. Una cosa es salvarle el culo a Serviliano y otra permitir que ese tratado impida acabar en el futuro con un miserable pastor lusitano criado entre ovejas y cerdos.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —replicó Fabio—. ¿Acaso quieres que esta guerra nos arruine políticamente a todos nosotros?

—Ya se nos ocurrirá algo —espetó Lelio—. Lo importante en este momento es que estemos todos de acuerdo y que cuando el Senado reciba el despacho de Serviliano solicitando la confirmación del tratado, todos vayamos a una. Ya se verá en el futuro qué hacer con Viriato. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Pues bien, salvemos ahora nuestros culos, los del Senado y los de las legiones de Serviliano —concluyó Lelio.

El Senado recibió la carta de Serviliano pocos días después, removiendo e inquietando a todos los padres de la patria como una rata en una olla caliente. A muchos, como a Claudio, pareció que la cabeza se les iba a desencajar del tronco, pero Lelio, con el poder de la información privilegiada y con todo preparado, actuó con rapidez.

En su condición de cónsul en ejercicio, convocó de urgencia al Senado y expuso las ventajas previamente trabajadas entre todos. Que si el tratado había permitido salvaguardar la provincia romana; que si Viriato se había comprometido a no apoyar a los celtíberos; que si Viriato solo obtenía la Beturia, que era una tierra de nadie al norte de la Ulterior; y que así no habría nuevas levas, razones todas ellas tan aplastantes y tan bien hiladas que ni Claudio y compañía, que enseñoreaban caras de higo seco, pudieron rebatirlas, so pena de que el pueblo, harto ya de la guerra lusitana y de miles de muertos, los pusiera del revés.

—Oponernos sería muy impopular. No seáis memos —les había gruñido Claudio a Galba, Nobilior y Mancino, que parecían tres perros de presa a la espera de que se les diera la orden de atacar—. No —había zanjado Claudio, consciente de que, esta vez, no podrían decir ni pío.

Aprobado el tratado por los padres conscriptos por amplia mayoría y con una rapidez, cohesión y facilidad poco común, los alguaciles abrieron las enormes puertas de bronce de la curia Hostilia y dejaron salir a Lelio que, ufano e imperial, se fue directamente a la tribuna rostral a informar de la decisión senatorial a la multitud que, angustiada por las noticias de la debacle, se había congregado en el foro.

Un acuerdo de ese calado, suscrito en términos de igualdad, no solo necesitaba la ratificación del Senado, sino del pueblo mismo, y de convencerle se iba a encargar él en persona.

—¡El Senado ha llegado a un acuerdo con Viriato! —clamó yendo al grano, pero con tal naturalidad y convencimiento que la agonía de los ciudadanos burbujeó unos segundos y desapareció en los siguientes. Si Cayo Lelio lo afirmaba y con rostro relajado, es que nada debían temer, más si cabe al ver que el resto del Senado, apelotonado como siempre en las escaleras de la curia Hostilia, mostraba el mismo semblante—. ¡Y os voy a decir las razones! —añadió Lelio como el buen comerciante que es capaz de vender a su propia madre.

Los ciudadanos, arremolinados en la plaza de los comicios y en el foro, dirigieron sus pabellones auditivos hacia Lelio y lo escucharon. Y en verdad que por muy sorprendente que fuera que el lusitano pasara de mortal adversario a amigo del pueblo romano, a Lelio no le costó dirigir a la masa en una brillante arenga, exponiendo las bondades del pacto.

Por supuesto, obvió el ridículo militar, la poca prevención de Serviliano, que el nombre de Roma quedaba por los suelos o que Viriato se les había meado en la cara, pero para contrarrestarlo trajo a colación muy oportunamente, como a quien se le ocurre de pronto, algo que condujo a los ciudadanos al orgulloso éxtasis.

—Roma ha suscrito numerosos acuerdos en igualdad en el pasado, y os voy a recordar cuáles —declamó Lelio, llenándosele la boca, como si aquellos pactos fueran un regalo de los dioses—. Hemos formalizado tratados con Hierón de Siracusa; con el monarca númida Masinisa; con Filipo de Macedonia; con Agrón, rey de Iliria; con Atalo y Eumenes de Pérgamo, con los Ptolomeos de Egipto, con los Antíocos de Siria, con Mitrídates del Ponto y con Ariarates de Capadocia —expresó entusiasmado—. ¿Sois conscientes de lo que os digo? ¿Los sois? ¿Advertís la majestad y prestigio de Roma cuando tales acuerdos se alcanzan? ¡Pues eso es lo que ocurrirá si se ratifica el *foedus* con Viriato! —bramó Lelio en estado de éxtasis—. ¡Hagámosle amigo y aliado del pueblo de Roma! —solicitó, imperial.

—Qué hijo de perra —barbotó Metelo con admiración al escucharlo, protegido con el resto de los senadores en las escalinatas de la curia Hostilia.

—En verdad que es muy hijo de perra —secundó Nasica.

—Es Cayo Lelio, ¿qué esperabais? —lo defendió Fabio.

Y a los ciudadanos, como a una piara de puercos hambrientos, con solo oír tanto nombre de relumbrón a cada cual más exótico, se les hizo la boca agua conforme iban inflando sus pechos al tiempo que se miraban unos a otros y se decían jactanciosos con su prepotente orgullo ciudadano que eran los dueños de todo cuanto conocían.

Además, el placer del auditorio apiñado en el foro pasó al grado orgiástico cuando Lelio finalizó con majestuosa solemnidad:

—Este pacto permitirá que no haya nuevas levas con destino a Hispania Ulterior. ¡El Senado vela por el bien del pueblo de Roma!

Tales palabras fueron más que suficientes para que Lelio fuera aupado y llevado a su casa en volandas, como si Roma hubiese vencido y exterminado a todos los lusitanos desde la costa del gran mar Exterior hasta las tranquilas playas del mar Interior. Como si Serviliano fuera, para colmo, un héroe. Como si Viriato fuera uno de los suyos. Y como si el Senado, con los Escipiones a la cabeza, no estuviera ya pergeñando en realidad cómo reiniciar las hostilidades y abatir en mejor ocasión a Viriato, ese miserable pastor que no podía aplastar el orgullo senatorial.

—Os dije que de convencer al pueblo me encargaba yo —les dijo Lelio a Metelo y Nasica en una cena esa misma noche.

—Por Hércules que con el poder en tus manos cada vez te pareces más a Emiliano —repuso un burlón Metelo.

—¿Y quién se encargará de borrar esta ofensa? Se ha salvado el pellejo de Serviliano, pero Viriato no puede ser por más tiempo amigo y aliado del pueblo de Roma. ¿Vamos a respetar ese *foedus*? —intervino Nasica con tono impertinente y morro torcido.

—Por supuesto que no —respondió Metelo.

—Es evidente que no podemos hacerlo —confirmó Lelio—. Es solo cuestión de tiempo y de cómo hacerlo.

Nasica pasó de la mueca hiriente a la sonrisa perversa.

—Bien, comamos entonces hasta reventar y dejemos que Viriato viva en un ensueño —celebró antes de aferrar una ostra y succionarla.

Aristófanes y las ventosidades

Hispania, comienzos de junio

El senadoconsulto en el que se daba a conocer la ratificación del *foedus* por el Senado y su confirmación por los comicios centuriados fue recibido por Serviliano en Corduba a comienzos del verano. Jubiloso, se reunió con Viriato en la ciudad de Arsa[30] para formalizar definitivamente el tratado. Era la primera vez que se veían, pues hasta el momento se habían comunicado con intermediarios, y en verdad que a Serviliano le sorprendió Viriato. En efecto, nada tenía de pastor ni de bandolero. Su presencia era austera pero aristocrática, provincial pero refinada, con buenos modales, una maravillosa panoplia, pelo corto, barba cuidada, una gigantesca dosis de autoridad y un latín más que decente.

—Lusitano, ya tienes lo que quieres —le dijo Serviliano al tiempo que apretaban sus manos.

—Romano, ¿y tú no? —contestó Viriato con una media sonrisa.

Serviliano dejó escapar un ronroneo socarrón.

—Haya paz entre nosotros —dijo.

—Haya paz entre nosotros —correspondió Viriato.

Firmado el pacto, el grueso de las legiones de Serviliano se reunió en Orsón a la espera de que llegara a la provincia el nuevo cónsul, que a más señas era el hermano pequeño de Serviliano, y fue allí donde pudo reagruparse el contubernio de los pedos, yendo a celebrarlo a una ruidosa taberna llena de legionarios de servicio con ganas de beber y olvidar.

—¡Llegue a creer que no os vería más! —gritó con júbilo Quintillo, dirigiéndose a Tiberio y Octavio con un enorme cuenco de vino que llevó a lo alto.

—¡*Edepol*, yo casi no lo cuento! —exclamó con alivio Octavio antes de llevarse el vino a la boca.

—¿Y no te fuiste de vientre cuando viste a los lusitanos? —bramó Fannio con una risotada.

—¿Irte de vientre? ¿Qué manera de hablar es esa? ¿Ahora te has vuelto fino? —ironizó Tiberio.

Fannio torció fingidamente el morro.

—¿Y no te cagaste encima? —corrigió, lanzando una sonora carcajada al tiempo que de su vasija salía despedido un buen chorretón de vino que fue a salpicar a todos.

—¡Fannio! —protestó Octavio.

—¡No podía ser otro! —rio Tiberio.

—¡Esto no queda así! —contraatacó Quintillo, que golpeó su vaso sobre

la mesa, provocando que el espeso líquido rojizo rociara las túnicas de todos los amigos reunidos en torno al tablero.

Tal acción no hizo otra cosa que degenerar en una abierta guerra de lanzamiento de un vino que más parecía vinagre de lo malo y rancio que sabía, pero poco les importaba a unos jóvenes cuyos gaznates y ánimo podían con todo.

Fannio volvió al rato a la carga.

—No me has contestado, Octavio, y conociéndote sé bien que te habrías cagado encima al verte rodeado —vociferó.

—Ya que no sabes hablar de otra cosa —repuso de inmediato su amigo con mucha guasa—, será bueno que escuches lo que Tiberio y yo vamos a contarte para que adviertas que hasta tus bromas de crío sobre pedos y cacas han merecido la atención de los sabios griegos.

—¡Octavio, ahora no, por todos los dioses! —protestó Tiberio, consciente de lo que quería su amigo.

—¡Te lo suplico, ahora sí! —repuso con esmerada teatralidad Octavio bajo la divertida y curiosa mirada de Fannio y Quintillo.

—¿Qué tramáis vosotros dos? —inquirió Fannio.

—Nada bueno. Estos se llevan demasiado bien —porfió Quintillo.

—Vamos, Tiberio, tú haces de Estrepsíades y yo de Sócrates —le incitó Octavio.

Tiberio entornó los ojos. No tenía escapatoria.

—Arráncate antes de que me arrepienta —bufó.

—¿Vais a recitar *Las nubes* de Aristófanes? ¿En serio? —rio Quintillo.

—Adelante, Octavio —le animó Tiberio.

Y Octavio se arrancó, él en el papel de Sócrates y Tiberio en el de Estrepsíades en la famosa comedia del griego Aristófanes en la que se ridiculizaba la figura de Sócrates haciéndole artífice de las explicaciones de por qué se producían las ventosidades, afirmando que los truenos eran los pedos de las nubes, entre otros comentarios:

—«¿No me oíste decir que las nubes al caer unas sobre otras llenas de agua retumbaban a causa de lo apretadas que están?» —recitó Sócrates-Octavio.

—«¿Y qué? ¿Por qué he de creérmelo?» —replicó Estrepsíades-Tiberio.

—«Te lo explicaré a partir de ti mismo. ¿Nunca después de haberte atiborrado de sopa en las Panateneas se te ha revuelto el estómago y de pronto se ha puesto a dar sonoros retortijones?» —prosiguió Sócrates-Octavio.

—«Sí, por Apolo, y me hacía sufrir mucho. Y los jugos retumbaban como el trueno y hacían un ruido terrible: primero despacio, ¡papax, papapax! Y luego, aumentando, ¡papapapax! y al cagar, una retahíla de truenos toda seguida, ¡papapax!, como ellas» —contestó Estrepsíades-Tiberio.

—«Considera tú la pedorrera que armas con un estómago de nada. ¿Cómo no van a dar ellas unos truenos tremendos siendo el aire inmenso?» —explicó Sócrates-Octavio.

Cuando Octavio y Tiberio finalizaron su declamación, Quintillo no sabía ni qué decir, y Fannio tampoco.

—¡Por todos los dioses, me habéis condenado! —rugió finalmente Fannio—. Ahora, cada vez que oiga un trueno pensaré que es un pedo —protestó.

—Un pedo muy culto, eso sí —matizó Quintillo muerto de risa.

—Hay otro diálogo muy bueno en el que se explica que el zumbido de los mosquitos lo producen sus flatulencias al estrecharse en su estómago y salir propulsadas por su pequeño ano, ¿queréis que lo recitemos? —provocó Octavio.

—¡Nooooo! —solicitaron a coro los tres amigos.

—Bien, pues ahora que ya os he civilizado, bebamos —dijo Octavio, pero en lugar de hacerlo echó todo el vino sobre sus amigos y emprendió la huida a carcajada limpia.

—¿Lo matamos? —exigió Fannio.

—Lo matamos —confirmaron al unísono Tiberio y Quintillo, saliendo en alocada y divertidísima persecución de Octavio.

La desesperación de Pompeyo

Numantia, mediados de agosto

Pompeyo, elevado a duras penas sobre la grupa de su majestuoso caballo de combate de color blanco, apretó sus mandíbulas con tal fuerza que corrió el riesgo de que sus molares se hicieran añicos.

Divisándolo todo desde un pequeño promontorio de la llanura oriental de Numantia, lo único que le quedaba por hacer para darse completamente por vencido era bajar de su corcel, tirar su hermoso casco allí donde cayera, despojarse de malas maneras de su armadura musculada, hincar las rodillas en el pedregoso suelo celtíbero y dejarse caer de bruces a la espera de que el barquero viniera a llevárselo para cruzar el río Estigia. Porque lo cierto era que no podía más. Lo que estaba viendo de nuevo con sus propios ojos era el mejor ejemplo de la vergüenza y del ridículo.

Sus hombres llevaban dos meses enteros intentando cavar aquel maldito canal que uniera el Durius y el riachuelo que circulaba por el sudoeste de la ciudad, pero no había madrugada, mañana, mediodía, tarde o noche, unos días de un modo y otros de otro, que los numantinos, sin toques de trompetas, salieran de la ciudad y cargaran a la carrera contra los excavadores y los legionarios, bien en un lado del foso, bien en el contrario, bien en todos a la vez, expulsando a los romanos, arruinando lo hecho, robando palas y picos y enseñándoles el culo. Era humillante e incluso habían perdido la vida no menos de trescientos legionarios.

Y esta ocasión, la de aquella mañana, no era distinta, o sí lo era, porque los numantinos, que acababan de desalojar de romanos la trinchera, envalentonados como estaban, no paraban su carrera, yendo en pos de los que huían.

—Esos desgraciados —le bufó Pompeyo a su hijo en referencia a los legionarios—, no podrían tomar al asalto ni los muros del patio de su casa.

—Deberíamos refugiarnos en el campamento —advirtió su hijo con voz trémula.

Pompeyo miró al frente, pero no comprendió el tonillo de su vástago hasta cuando un dardo numantino pasó volando muy cerca de su cara. Los celtíberos se aproximaban y nada los detenía.

—¡Hijos de perra! —ladró furioso, retirándose.

Al llegar al campamento un tribuno le salió al paso con cara desencajada.

—¡Han asaltado a los forrajeadores! ¡Han muerto todos! —aulló de dolor.

—¿Todos? —repitió Pompeyo hijo.

—Todos, los quinientos —balbució el tribuno.

—¿Y el tribuno Opio? ¿No los dirigía él? —interpeló Pompeyo padre.

—Muerto también —dijo el tribuno.

Pompeyo asintió muy serio, pero en su fuero interno sonrió de oreja a oreja. Habían muerto muchos y buenos hombres, romanos, itálicos y auxiliares hispanos, sobre todo estos últimos, pero ya se había desembarazado del tribuno Opio. Qué sencillo había resultado. No era una victoria, pero como si lo fuera.

Su alegría, en cambio, cesó abruptamente cuando el mismo tribuno militar que le acababa de anunciar el desastre le dio otra noticia.

—Ya han llegado. Aguardan en el pretorio —le anunció.

—¿Llegar? ¿Quiénes? —se sorprendió Pompeyo.

—La comisión senatorial.

A Pompeyo se le cambió la cara, y con tal semblante, sin decir nada, pero gruñendo como un perro malencarado, entró en el pretorio, donde se topó con los diez padres conscriptos enviados por el Senado para tocarle las narices con sus togas bien colocadas cual escuadrón de malignos lémures.

—¡Por Marte Vengador! ¡No os esperaba tan pronto! —clamó con desdén.

Las diez sombras blancas se quedaron inmóviles hasta que una de ellas, la central, dio un paso adelante. Era el consular Sexto Julio César, miembro de una *gens* patricia de gran prestigio en Roma, aunque venida a menos.

—Lo que acabamos de presenciar no se compadece con los informes favorables enviados al Senado —le recriminó César sin preámbulos.

—Pues ahora podréis contarle al Senado la realidad del pueblo numantino, si es que tanto os molesta —replicó Pompeyo.

Sexto Julio César escrutó a Pompeyo con severidad. Ya se había enfrentado con personajes de la calaña de aquel pelirrojo en otras embajadas, concretamente siete años antes en Acaya para evitar disputas entre la Liga Aquea y los espartanos, por lo que no se iba a dejar amilanar.

—Traemos los relevos de las tropas. Ha terminado el servicio de seis años —expuso con frialdad.

—¿Nuevos reclutas? —saltó Pompeyo con una mueca grotesca—. ¿Creéis que voy a tomar Numantia con legionarios bisoños recién reclutados que no están acostumbrados a la guerra, al frío o al hambre? ¿Sois conscientes de lo que decís, senadores? —farfulló a punto de caer en una punzante carcajada.

—Seis años, Pompeyo, ni uno más ni uno menos, ese es el tiempo que ha pasado —se limitó a decir un impasible Sexto Julio César.

Pompeyo se encogió de hombros, con prepotencia, yendo a abrir el cortinaje de su tienda para que la comisión senatorial contemplara Numantia y

el foso a medio excavar.

—Pues tomen asiento, senadores, y vean cómo mueren sus bisoños —les conminó bien digno.

—Es solo una aldea —repuso Sexto Julio César.

—Es Numantia —aclaró Pompeyo.

Cepión quiere su guerra

Hispania Ulterior, mediados de noviembre

El nuevo cónsul destinado en Hispania Ulterior, Quinto Servilio Cepión, era el hermano pequeño de Serviliano, pero también una amalgama de virtudes y defectos aristocráticos.

Hombre de rancio abolengo, patricio hasta la médula, de pelo castaño y ojos verdes, de complexión fibrosa y mirada turbadora, había nacido con un carácter muy rebelde y propenso a las malas jugarretas.

Ya en su infancia, era uno de aquellos niños que, levantando apenas un palmo del suelo, disfrutaba arrancando las alas de una mosca para después quemarla, ahogarla o cortar su cabeza muy lentamente.

Algo más mayor, capturaba ranas, sapos, gatos, perros o cualquier tipo de animalillo para torturarlo sin mesura, metiéndoles palos por la boca o por el ano, o simplemente rajándoles la panza de arriba abajo antes de dejarlos libres y reír a carcajadas al ver cómo las tripas de los desdichados animalitos se iban esparciendo por el suelo.

Estas chiquilladas habían sido el deleite de su infancia, y bien podían haber quedado en simples y naturales cosas de niños si no fuera porque en su juventud había desarrollado un gusto especialmente tendente a los constantes azotes a siervos, violaciones a sus propias esclavas o crueldad en el trato con sus hombres, que poco o ningún cariño le tenían, como era de todo punto lógico.

Cepión era, en definitiva, y se regocijaba de ello, egoísta y poco empático. Siempre se quería salir con la suya y derribaba cuanto fuese necesario para conseguirlo, incluso cuando el obstáculo eran los actos de Serviliano, su hermano mayor. Porque por mucha y buena relación fraternal que hubiese entre ambos, lo cierto era que no estaba dispuesto de ninguna de las maneras a quedarse de brazos cruzados y aceptar un tratado de paz que le parecía de lo más indigno.

A este respecto, poco le afectaba que el artífice del *foedus* fuera su hermanito mayor. A él, tan nimio detalle le importaba un bledo. Solo ansiaba gloria y botín, costase lo que costase, porque estaba escrito, o eso quería creer, que él cazaría a Viriato, su particular sapo al que abrir en canal para disfrutar del espectáculo.

Su furia y mente torcida rezumaban, además, el hedor putrefacto de una letrina de pobres porque, para su desconsuelo, había llegado muy tarde a la Ulterior. En condiciones normales lo habría hecho en febrero, posiblemente a tiempo para sustituir a su hermano antes de su derrota, pero Apio Claudio Pulcro y el tribuno de la plebe Tiberio Claudio Asello se habían empeñado en

tocarle los genitales a manos abiertas para retrasar su salida de Roma, y todo bajo el pretexto de que estaba actuando con mucha dureza en las levas.

Después, resueltillo su conflicto con los Claudios, aunque no sin poco alboroto, había llegado a la Ulterior en mayo, dirigiéndose como una centella a Corduba, lugar en el que la noticia de la confirmación del *foedus* por el Senado le había provocado un ataque de cólera sin igual.

Había necesitado semanas para recuperarse del colosal disgusto, haciendo estrellar contra el suelo estanterías, estatuillas y todo lo que pillase a mano para aliviar una frustración que solo había podido superar con una campaña de acoso y derribo contra el Senado, enviándole carta tras carta para que la augusta cámara acordase la ruptura del tratado y el reinicio de las hostilidades, pues solo de este modo podía lavarse la indignidad de Roma. Que Viriato fuera amigo y aliado del pueblo de Roma era una absoluta ofensa que a él, particularmente, le provocaba apestosos retortijones.

El Senado, en cambio, después de ocho misivas de ida y vuelta, no hacía otra cosa que ignorarlo o remitirle pequeñas cartitas dilatorias en las que se le permitía acometer en secreto algunas escaramuzas fronterizas, pero poco más, lo que no le satisfacía de ningún modo. No quería secretismos, sino una ofensiva abierta y en toda regla que le permitiera penetrar en la Beturia, el reino del lusitano.

—¡Esos viejos! —le decía a Quinto Occio y al resto de los tribunos, ente ellos los miembros del contubernio de los pedos, en clara referencia a los padres conscriptos—. ¡Esos viejos son unos pusilánimes que solo quieren guardar las apariencias! ¡Ese tratado no debe permanecer vigente ni un solo día más! ¡Es ignominioso! —bramaba, llenándosele la boca con cada vocal y consonante de la palabrita en cuestión.

En estas, aquella mañana de mediados de noviembre, viendo cómo su consulado se consumía como la débil lucecita de una lucerna, no pudo más. Si el Senado no reaccionaba, lo haría Cayo Lelio y el resto de los miembros de la facción escipiónica.

Lleno de ardor, revuelto como si estuviera metido en un saco lleno de víboras, se armó de cálamo, tintero y papiro y escribió:

Querido cónsul Cayo Lelio,

No me voy a andar con remilgos. Mi familia entera te apoyó en tu candidatura al consulado, y me lo debes. Me lo debéis todos. Si no se me autoriza a acosar y a derrotar a Viriato, ten por buen seguro que cuando regrese te acusaré de extorsionar a los provinciales en tu pretura en la Citerior, o de haber admitido sobornos para debatir esa ridícula propuesta de ley agraria que lanzaste hace un tiempo, o de haberlos recibido igualmente para retirarla, lo que se me ocurra con tal

de que tu prestigio y reputación terminen en la Cloaca Máxima. Ten por seguro que lo haré, Cayo Lelio. Mentiré cuanto sea necesario, te lo juro.

Todos sabemos que ese tratado fue una solución tan humillante como urgente, pero ha llegado ya el tiempo de lavar la mierda. Viriato, en su ingenua confianza, ha enviado a sus soldados a sus casas y a sus campos. Vive en la ciudad de Arsa como un monarca oriental. Ha contraído matrimonio con la hija de Astolpas, un aristócrata de Orsón, y no ofrecerá gran resistencia. Está desprevenido y confiado. No lo verá venir. Limpiemos la pocilga.

Os lo advierto. Procuradme una guerra o todos, absolutamente todos, se llamen Fabio Máximo, Lelio, Pompeyo, Nasica o Escipión, acabaréis manchados del estiércol de cerdo más asqueroso que os podáis imaginar.

Quinto Servilio Cepión

Y Cepión, que no iba a quedarse quieto, no solo remitió la afectuosa carta, sino que hizo llamar inmediatamente a Quinto Occio.

—Prepara partidas de caballería y que penetren en el territorio de Viriato —le ordenó en cuanto lo tuvo delante.

Occio asintió muy despacio.

—¿Y qué harán en la Beturia nuestras partidas de caballería? —preguntó con fingida ingenuidad, tanto que Cepión dejó escapar una risita socarrona.

—Eres lo suficientemente inteligente para dar tú mismo con la respuesta adecuada —ironizó al dejar de reír.

—Entiendo —balbució Occio, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—, el cónsul tiene ganas de meterle el dedo por el culo a Viriato, haya tratado o no —añadió a su manera.

—Ni yo mismo lo habría dicho mejor —celebró Cepión.

—Sea —se limitó a decir Occio al tiempo que se cuadraba, asentía firmemente con la cabeza e iniciaba su marcha.

—Una cosa más —oyó que le indicaba Cepión.

—Escucho.

—Contrata también bandas de matones que se hagan pasar por hombres de Viriato y que saqueen granjas fronterizas dentro de nuestra provincia. En realidad, vamos a meterle por el culo la mano entera hasta llegar a la garganta, cualquier cosa con tal de provocarlo y que nos dé un motivo para romper el tratado si no lo hace antes el Senado. ¿Te parece oportuno? —inquirió con renovado sarcasmo.

Occio tardó un instante en contestar. Había estado al servicio de cuatro cónsules de lo más dispares, pero a cada cual más singular: el rudo pero leal

Metelo, el cizañero y estafador Pompeyo, el sanguinario pero desprevenido Serviliano y, ahora, el abyecto y sin escrúpulos Cepión. De todos ellos prefería a Metelo, pero él no estaba allí para decidir cuál tenía mejores métodos.

—Sea —reiteró con su flema típica.

Año 139 a.C.

EN EL CONSULADO DE CNEO CALPURNIO PISÓN Y MARCO POPILIO LENAS

y

Año 138 a.C.

EN EL CONSULADO DE PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN NASICA SERAPIÓN Y DÉCIMO JUNIO BRUTO GALAICO

Nadie quiere estiércol

Roma, mediados de enero

—«Procuradme una guerra o todos, absolutamente todos, se llamen Fabio Máximo, Lelio, Pompeyo, Nasica o Escipión, acabaréis manchados del estiércol de cerdo más asqueroso que os podáis imaginar» —leyó Cayo Lelio, hecho lo cual dejó sobre una mesilla la carta del cónsul Cepión y elevó la vista.

—Es un hombre de sangre caliente —resopló Fabio.

Lelio no contestó de inmediato. Repasó con la mirada, como si buscara algo, las estanterías de la biblioteca de su casa. Un enorme brasero crepitaba con brío. Hacía un frío de justicia.

—¿Crees que será capaz de todo esto? —inquirió al fin, reflexivo.

—Es capaz de todo. Mentirá lo que haga falta —afirmó Fabio.

Lelio dejó escapar una sonrisa socarrona. Quinto Servilio Cepión era un hombre al que no convenía tener como enemigo.

—Parece increíble que Serviliano y Cepión sean hermanos —dijo jocosamente—. Ambos tan…

—¿Tan despiadados? —se adelantó Fabio.

—Tan despiadados como faltos de escrúpulos —completó Lelio.

Fabio cabeceó con los labios fruncidos. Después clavó su vista en su amigo.

—Debemos hacerlo —afirmó sin atisbo de duda.

—¿Hacer qué? —se revolvió Lelio.

—Romper el tratado con Viriato.

—Es pronto —negó Lelio.

—Serviliano no se opone —insistió Fabio.

—Es pronto —reiteró Lelio, al que la idea no le agradaba en absoluto—. Me importa bien poco la imagen de Serviliano, pero, ¿cómo quedará la del Senado ante el orbe? —interpeló como en una súplica.

—A los griegos, sirios o egipcios, si por orbe civilizado te refieres a ellos, les trae sin cuidado qué hagamos con un simple pastor lusitano —replicó Fabio con los hombros encogidos.

—Es pronto —se atrincheró aun así Lelio.

—¿Y tenemos alguna otra opción? —se quejó Fabio—. Serviliano es mi hermano adoptivo, y Cepión su hermano a su vez. Estoy obligado a apoyarlos y a que todo esto finalice de modo digno. Yo no pude con Viriato. Tampoco Serviliano. Cepión debe terminar el trabajo y lavar el prestigio de todos nosotros. Siempre hemos defendido la derrota total del enemigo, como Cartago. Viriato debe ser completamente aniquilado. Y mi familia y amigos

los que lavemos la imagen de Roma. Es el momento. Viriato está dormido. Es el momento…

—Me estás recordando a tu hermano Emiliano —protestó Lelio.

—Un gran halago, sin duda —contestó Fabio con una gran sonrisa. Lelio, en cambio, exhaló un sonoro bufido.

—Hubo un tiempo en el que los viejos senadores abroncaban a los jóvenes que regresaban de una embajada alegrándose por haber engañado al enemigo —barbotó reflexivo.

—Lo recuerdo bien. Tal cosa sucedió poco antes de la guerra con Perseo de Macedonia, hace poco más de treinta años —puntualizó Fabio.

Lelio cabeceó con la mirada perdida.

—Decían aquellos viejos senadores que el engaño no era el estilo romano, que los antepasados no habían hecho guerras recurriendo a trampas ni enorgulleciéndose de la marrullería antes que del valor —continuó.

—Y que eso era propio de la doblez púnica o de la astucia de los griegos, para los cuales era mayor motivo de gloria engañar al enemigo que vencerlo por la fuerza —prosiguió Fabio.

—Pero en aquel Senado, el de hace treinta años, se impuso finalmente el sector que prefería lo eficaz a lo honesto —masculló Lelio.

—Pues seamos de nuevo eficaces en lugar de honestos. Aboguemos en el Senado por la ruptura del acuerdo. Nasica el Joven y Metelo Macedónico están deseándolo —se apresuró a concluir Fabio.

Lelio agitó la cabeza como los toros blancos que están a punto de ser sacrificados en honor a Júpiter. No era su estilo faltar a la palabra y a los pactos de una forma tan descarada. Pero no tenían escapatoria. Que Viriato fuera por más tiempo amigo y aliado del pueblo de Roma era una aberración. Lo había sido desde el primer día.

—¿Y qué razones dará el Senado? —cedió.

Fabio, en esta ocasión muy lúcido, se encogió de hombros al tiempo que sonreía de oreja a oreja.

—Las razones de siempre, algún escrúpulo religioso —dijo.

—El tratado no fue consagrado en el Capitolio —farfulló Lelio.

—¿Y eso es motivo suficiente? —demandó Fabio, que era menos religioso que su amigo y no dominaba tanto aquellas materias.

—Ante los dioses, lo es —afirmó Lelio.

—¡Pues que lo sea también ante los hombres! ¡Ya tenemos motivo para incumplir el tratado! —celebró Fabio, elevando su copa de vino caliente.

Pompeyo y su propio tratado

Numantia, mediados de febrero

Quinto Pompeyo miró a los dos numantinos con gesto de impertinente impaciencia. Al abrigo de una simple lona en mitad de ninguna parte, azotados por el viento gélido de aquella maldita tierra celtibérica, el tal Avaro y el tal Megaravico, embajadores de los celtíberos, bien enfundados en pieles de lobo y sin soltar ni un solo instante sus báculos coronados por dos caballitos con jinete al galope, hablaban entre ellos al margen de todo y de todos los romanos presentes en aquella ininteligible lengua hispana. E incluso parecían discutir. Ambos de mediana edad —aunque Avaro mayor que Megaravico—, fornidos, llenos de arrugas y sabañones y con caras de zorros astutos, escupían sus fonemas célticos sin descanso, unas veces a la par, pisoteándose en sus intervenciones, otras escuchándose con sereno respeto. En verdad que era difícil comprenderlos, no en su habla, que también, sino en su forma de ser, nobles y serios unas veces y agresivos, borrachos y pendencieros en otras. Pero de lo que no cabía ninguna duda era de que no se ponían de acuerdo sobre el tratado de paz que acababa de ofrecerles.

—¿Qué dicen? —le preguntó Pompeyo a su traductor en un educado bufido.

—Avaro está cansado y quiere la paz. Dice que ya han muerto muchos de los suyos y que los campos y los rebaños están abandonados, pero Megaravico no se fía —murmuró el traductor, un celtíbero de Nertobriga, intentando no perder detalle de la conversación.

—Que se pudran los dos —maldijo Pompeyo entre dientes.

Y es que la realidad se imponía. Estaba desquiciado y sumamente harto de aquellos lares. Humillado por no poder tomar la ciudad durante el verano —la idea del foso había sido un desastre y apenas había corrido agua para que nadaran algunos renacuajos—, temeroso de hacer aún más el ridículo y escrutado día y noche por Sexto Julio César y el resto de los senadores que formaban la comisión, había tomado la decisión de no retirarse a pasar el invierno en las ciudades y permanecer allí, a los pies de Numantia, con el vano propósito de que algún dios del amplio panteón romano viniera a socorrerle y a ofrecerle alguna victoria antes de regresar a Roma, aunque fuese un victoria pírrica, pues cualquier cosa era preferible en lugar de regresar con la manos vacías y afrontar una acusación por incompetente de manos de algún tribunillo de la plebe con ganas de notoriedad, y de estos no faltaban.

Sin embargo, tampoco el plan había dado ningún resultado. Bien al contrario, estaba siendo una debacle. Sumidos en un invierno particularmente

duro, sometidos a frecuentes lluvias, nevadas y ventiscas, con poco alimento, manantiales helados y la moral por los suelos, sus bisoños legionarios recién llegados de Roma caían como moscas, bien de hambre, bien por enfermedad, bien de tristeza, bien congelados, diezmándose el ejército día tras día en una suma descontrolada de bajas y lamentos, tanto de simples legionarios como de tribunos y prefectos de buenas familias senatoriales.

—Ya puedes ir preparando tu defensa en Roma —le había escupido una noche Sexto Julio César tras la muerte de un joven patricio—. Su familia no descansará hasta que terminen contigo.

Pompeyo le había dedicado una furibunda mirada con sus ojillos de huevo, viéndose aun así incapaz de dar réplica alguna. César tenía razón. Aquello era una calamidad en toda regla, tanto que solo quedaba una opción, pactar, pues era también de dominio público que los numantinos lo deseaban después de una guerra más larga de lo esperado y con muchos y buenos hombres muertos de su parte.

Con todo, decirlo era más fácil que hacerlo. El Senado, a diferencia de lo sucedido en la Ulterior y del *foedus aequum* con Viriato, había dado instrucciones tajantes: la guerra en la Citerior solo podía terminar con la rendición total de Numantia, con una *deditio* en términos de derecho de guerra romano. Nada de tratados en términos de igualdad como si los celtíberos fueran el reino sirio de los monarcas seleúcidas. Los celtíberos, irredentos y caprichosos rebeldes, unos bárbaros bebecerveza, debían ser domeñados por completo, pues esa era la augusta voluntad de los padres de la patria, muy confortables ellos desde la seguridad de la curia Hostilia.

Y he aquí donde a Pompeyo se le había ocurrido una idea que no era nueva, pero sí muy efectiva, llegar a acuerdo, a un verdadero *foedus*, pero disfrazado de rendición. Les diría a los celtíberos que aquello era un tratado, pero que en Roma diría que en realidad era una *deditio*, algo que no debía preocuparles en absoluto porque se trataba de un simple tecnicismo. En suma, un *foedus*, al estilo del acordado con Viriato, pero sin reconocer públicamente que lo era. Al fin y al cabo, ¿quién iba a enterarse? Ni el propio Sexto Julio César lo sabría.

Y en este punto se había quedado detenido el encuentro con Avaro y Megaravico, que no paraban de discutir entre ellos como dos amigotes en una cena bien regada de cerveza pese a que sus largos cabellos parecían congelarse por momentos.

—¿Siguen con lo mismo? —le preguntó Pompeyo al traductor con cara de malas pulgas. El viento no paraba de abofetearles y los dientes empezaban a repiquetearle.

—Creo que ya han terminado —contestó el traductor. Pompeyo rotó al instante su cuello en busca de los numantinos, topándose con la mirada de

Avaro, un hombre de estos que destellaban presencia y buen hacer natural. Lo que no sabía Pompeyo era que Avaro era el mismo que se había entrevistado con Viriato cuatro años antes en el graderío rupestre de la ciudad de Termes, donde se había fraguado la rebelión celtibérica.

—¿El romano cumplirá? —preguntó de pronto el numantino en un latín bastante aceptable.

Pompeyo abrió los ojos como platos, lo que en su caso ya era mucho decir. Aquel sucio celtíbero les entendía. Pese a ello, no era momento de hacerse el ofendido.

—Como os he dicho, ya llegasteis al mismo acuerdo con el cónsul Marcelo hace años. ¿Qué os hace pensar que no lo cumpliré? —repuso.

—Pompeyo no es Marcelo —se limitó a contestar Avaro.

Pompeyo se habría levantado como un resorte para meterle el báculo por el gaznate, caballitos incluidos, pero lo importante era largarse de allí pudiendo decir que los numantinos se habían rendido.

—Tenéis mi palabra —contestó con una esforzada sonrisa.

—Queremos los mismos pactos de Graco —dijo Avaro.

—Hecho.

—¿Ellos están de acuerdo? —preguntó Avaro al tiempo que señalaba a la espalda de Pompeyo, justo donde se apelotonaban envueltos en sus capas, muertos de frío, su hijo y los tribunos militares.

—No desean otra cosa. Y todos lo han oído —contestó Pompeyo.

—¿Y los otros senadores? ¿Los que llegaron antes del invierno? —insistió Avaro, puesto que allí ni estaban.

—Lo saben y aceptan el acuerdo —mintió Pompeyo sin despeinarse.

Avaro asintió entonces muy despacio. Después miró a Megaravico y le habló en su lengua. Tras intercambiar unas pocas palabras, volvió a Pompeyo.

—Dinos las condiciones del acuerdo —pidió.

Pompeyo, exultante, se puso en pie. Había comenzado a nevar copiosamente, pero los gruesos copos le parecían ahora un regalo de los dioses.

—Deberéis entregar algunos rehenes y a los prisioneros, además de treinta talentos de plata, la mitad ahora y el resto antes de mi marcha. A cambio abandonaremos vuestras tierras y os devolveremos los cautivos, aparte de renovar los viejos pactos de Graco. ¿Hay acuerdo? —demandó ahora bien crecido.

—Sí —finalizó Avaro en su parco latín.

Pompeyo regresó al campamento henchido de alivio y de felicidad. Había salvado el culo en el último momento y no quería otra cosa que restregárselo a Sexto Julio César.

—Los numantinos se han rendido, incondicionalmente —le soltó con

orgullosa prepotencia nada más verlo. Sin embargo, lejos de impresionarse o de dar botes de alegría, César torció el gesto y gruñó como un chucho desconfiado—. Por todos los dioses, hasta en el triunfo eres desagradecido, Sexto Julio César —porfió Pompeyo despectivo y todo digno.

César, sin dejar de gruñir ni de perder de vista a Pompeyo, giró en redondo muy despacio y emprendió la marcha, vigilando en todo caso su espalda. Al poco, detuvo sus pasos.

—Si mientes, y es algo que haces a menudo, lo sabré —espetó, y desapareció al tiempo que a Pompeyo le hervía la sangre y le llameaban sus cabellos pelirrojos.

Un tratado efímero

Corduba, inicios de marzo

Cepión no paraba de hacer de las suyas. El hombre que en la infancia torturaba moscas, ranas, sapos, ratones, gatos, esclavos y todo cuando estuviera a su alcance, no podía permanecer pasivo mientras aguardaba la respuesta del Senado.

Por ello, sus «chicos», como llamaba a los legionarios y a las partidas de caballería que pululaban en la frontera entre la provincia romana y los dominios de Viriato, no paraban de hostigar y provocar, quemando en ocasiones, violando en otras, llevándose las más de las veces rebaños enteros bajo el pretexto de que habían sido robados y debían ser devueltos a sus legítimos dueños o, simplemente, haciendo suyos vados, manantiales y pozos de agua. En definitiva, cualquier cosa menos hacer nuevos amigos.

Sin embargo, para su desgracia, Viriato era listo y no respondía a las provocaciones, enviando pacientemente numerosos delegados para reclamar la vigencia del *foedus*. En estos casos, Cepión ponía cara de tonto y afirmaba no saber nada.

En marzo, por fin, recibió correo senatorial. Abrió el rollo con majestad, elevó el mentón, arqueó una ceja y leyó la carta. Su contenido era escueto, pero suficiente. Sus amenazas habían dado en el clavo.

—Occio —le dijo a su legado.

—Cónsul —contestó Occio.

Cepión sonrió como una hiena antes de hablar.

—¿Viriato sigue en Arsa? —preguntó.

—Por lo último que sabemos, sí.

—¿Ha convocado a sus tropas?

—Por lo que sabemos, no.

—Si penetramos rápido en la Beturia, ¿le sorprenderemos?

—Por lo que sabemos, sí, se ha confiado.

Cepión sonrió de nuevo, iluminando sus ojillos verdes.

—Prepara las legiones de inmediato. Nos vamos a Arsa.

—¿Ya no hay acuerdo? —interpeló Occio a su manera.

—No lo hay —gozó Cepión.

—¿Y cuál ha sido el motivo? —demandó Occio.

Cepión sonrió de tal modo que las comisuras de los labios le llegaron hasta las orejas. Bullía de felicidad.

—El tratado con Viriato no fue consagrado en el Capitolio —dijo—, por lo que no existe ni ha existido nunca una obligación de cumplimiento ni de respetar lo firmado. Así de sencillo. No hay nada como jurar en nombre de los

dioses para incumplir después lo acordado en nombre de los mismos dioses —aseveró con suma mordacidad.

—Es lo que tiene dejar de respetarlos —masculló Occio.

Cepión se quedó mirando a su legado sin saber discernir si aquello sonaba o no a reproche, pero la disyuntiva le duró poco.

—Prepara las legiones. Viriato no se espera una ofensiva total. Prepáralas. Nos vamos a Arsa —exigió reiterativo.

—Sea.

La amarga retirada

Arsa (Hispania), inicios de abril

—¡Te lo dije! ¡Por los dioses que te lo dije y no quisiste escucharme! ¡Te lo dije! —vociferaba Ditalcón hecho una furia, yendo de un lado a otro de la habitación mientras que Viriato, desolado y paralizado, sentado en un simple y humilde taburete, seguía con la carta del Senado en la mano como si aquello no pudiese ser verdad.

—Debemos evacuar la ciudad, Cepión está a menos de un día de marcha. Ya se han visto por las cercanías a sus partidas de caballería. Viene con todo el ejército consular —expuso Astolpas, el suegro de Viriato, con abierto nerviosismo.

Ditalcón se detuvo en seco y lo fulminó con la mirada. Odiaba a ese ricachón traicionero de prominente barriga y cuidada barba que por sus ropas y ademanes parecía un romano y no un hispano; un hombre que tenía más amigos romanos que lusitanos; un hombre cuya interesada cercanía con Viriato solo había traído disensión entre los lusitanos. La boda de Viriato y la hija de Astolpas, por muchas ventajas y enlaces aristocráticos que conllevase, había sido un tremendo error.

—¿Huir? ¿Eso es lo único que se te ocurre? —le increpó.

—Tal vez quieras enfrentarte tú solo a los treinta mil hombres de Cepión —ironizó Astolpas—. Aquí apenas llegamos a mil —matizó con gesto insolente.

—¡Podemos reunir otros treinta mil! —graznó Ditalcón.

—¿En cuánto tiempo? —se mofó Astolpas.

—Los llamaremos de los campos y de las ciudades. ¡Vendrán por miles!

—Para entonces estaremos muertos —siseó Astolpas.

—¡El único que va a morir aquí eres tú! —se arrancó Ditalcón, echando la mano a la espada.

—¡Miserable! —chilló Astolpas al tiempo que retrocedía asustado hasta toparse con la pared.

—¡Basta! —ordenó Viriato en un bramido, saliendo de su letargo, con la carta del Senado todavía en sus manos.

Ditalcón se quedó a medio camino, con los dientes apretados y la respiración como un toro, mirando a Viriato con furia.

—Te lo dije —susurró reiterativo—. Te advertí de que nos engañarían. Pero nunca has querido escucharme ni llamar a nuestros hombres, y ahora, por tu estúpida confianza, no tenemos guerreros con los que defendernos —escupió con severa dureza—. ¿Para qué ha servido todo esto? ¿Para qué? ¿Para qué ha servido este maldito tratado? ¡Debimos aniquilar a Serviliano y repartir el botín y los despojos entre todos! ¡Porque eso es lo que te hacía

grande, Viriato, tu inteligencia para derrotarlos y para enriquecer a los que te rodeaban! ¿Qué valor tenemos ahora? ¿Dónde está nuestra riqueza? ¿Cómo has podido ser tan ingenuo? ¿Cómo…?

—¡Era un tratado ratificado por el Senado y por el pueblo de Roma! —rugió Viriato, interrumpiéndole, con manos temblorosas y puesto súbitamente en pie—. ¡Era un acuerdo firmado por el mismo Serviliano! —añadió tan furioso como impotente.

Ditalcón no se amilanó, exhibiendo sus caninos.

—Y le ha bastado al Senado poner una excusa religiosa para desvincularse. Todo lo que hemos construido acaba de desmoronarse. Solo tenemos un reino de polvo —expelió, dicho lo cual giró sobre sus talones y salió de la casa.

—Te traicionará, en algún momento te traicionará —expectoró Astolpas todavía pegado a la pared.

Viriato contempló a su discutido suegro con evidente gesto de reproche. Con todo, no era el momento de seguir dando alimento a las tensiones.

—Nos vamos de Arsa —le limitó a decir.

—Yo puedo detenerlo, yo puedo hablar con Cepión, yo tengo influencias. Tal vez sea conveniente que me quede en la ciudad —propuso Astolpas.

Viriato lo escudriñó de nuevo de arriba abajo.

—Tú te vienes conmigo. Nos vamos de Arsa.

César lo sabía

Nertobriga, mediados de abril

Quinto Pompeyo se asomó fugazmente a la ventana de su despacho —instalado en la segunda planta del edificio habilitado como pretorio en la ciudad celtíbera de Nertobriga— para supervisar cómo continuaban en la plaza las labores de descarga de los últimos quince talentos de plata solicitados a los numantinos en cumplimiento de su acuerdo de paz.

Allí, en la plaza, seguía el mismísimo y parco Avaro, quieto como un poste y con su inseparable báculo coronado con caballitos al galope, escrutando todo con gran minuciosidad. Y allí permanecían los cuatro manípulos de legionarios encargados de vigilar que ni uno solo de los sacos de plata se extraviara en su recorrido desde los carros hasta un pequeño almacén anexo.

Hecho esto, Pompeyo regresó a su diván y se recostó felizmente cuan ancho y largo era. Acercó su mano a un cuenco lleno de avellanas ya partidas y siguió comiéndolas con fruición a la espera de que le avisasen de que la entrega estaba finalizada. Solo entonces bajaría a la plaza con gran pompa, acompañado de su hijo y de la comisión senatorial, entre ellos Sexto Julio César, para estrechar alguna que otra mano y largarse de aquel país a toda velocidad, antes de que llegara su sustituto, el nuevo cónsul Marco Popilio Lenas, al que nada sibilinamente había informado sobre el tratado.

Lenas, que era un hombre de carácter bastante prepotente y con muchas ganas de emular anteriores victorias y éxitos diplomáticos de su familia, se iba a poner como una furia al enterarse de que ya no tenía guerra, pero a él esto le traía sin cuidado. Para cuando Lenas montara en cólera, estaría ya muy lejos de los gritos e insultos para con su persona.

Y así, entre avellana y avellana, Pompeyo fue jactándose de su inteligencia, pues lo cierto era que hasta el momento su engaño era una obra maestra, y ni el propio Sexto Julio César, indagador como un gato hambriento en busca de ratones, daba con nada.

—Por muchos campos que estén sin labrar —le había dicho César con desconfianza—, por muchos buenos guerreros que hayan perdido, o por muy larga que sea la guerra, nada, absolutamente nada, justifica una *deditio*, una rendición incondicional que impone una sumisión que no casa con el carácter numantino.

—Eres desconfiado por naturaleza —le había contestado una y otra vez a César con desaire.

Y en cuanto a los celtíberos, más de lo mismo. Todo marchaba sobre ruedas. Se habían postrado a sus pies entregando lo exigido bajo los muros de

Numantia, a saber, algunos pocos rehenes, prisioneros, sagos, caballos y la mitad de los treinta talentos de plata impuestos como indemnización, emplazándose a la entrega del resto en Nertobriga, como así sucedía justamente en aquel momento sin que nadie, salvo su propio hijo y algunos tribunos militares, sospechara que en realidad se trataba de un acuerdo. Y era feliz. Los padres conscriptos estaban muy lejos para poder oler que todo era una pantomima que le permitía salvar su culo y regresar a Roma con algo de dignidad.

En estas, inflado como una ardilla empachada de avellanas, tuvo arrestos para lanzar una grotesca carcajada, importándole bien poco que los legionarios de guardia le escucharan. Pronto finalizaría tanta pesadilla, dejaría atrás los lúgubres páramos numantinos y volvería a pisar las losas de Roma, donde haría valer sus deseos de presentarse a censor en las próximas elecciones censales.

Sumergido en su propia y alegre imaginación, volvió a expulsar una segunda risotada, como si quisiera burlarse del orbe entero por su sagaz talento, pero un repentino barullo que provenía de la plaza le hizo callar en seco. Aguzó el oído para determinar qué ocurría, pero ahora solo se oían unos pocos relinchos de caballos y a un hombre dando voces sin mesura.

Pensando que algún pilluelo de la ciudad habría querido robar un poco de plata, Pompeyo se incorporó del diván, apoyó sus pies en el suelo, se puso en pie y caminó tranquilamente hasta la ventana, llevándose algunas avellanas a la boca.

Se asomó, sacó su cabecita llena de pelo pelirrojo, desplazó sus redondos globos oculares por la plaza, vio de pronto a quien no esperaba encontrar de ninguna manera, se quedó sin aire por la profunda impresión y trató de respirar, pero una avellana fue a colocarse en el fondo de su garganta, y allí decidió quedarse, privándole del anhelado oxígeno. Por fortuna, la obstrucción no fue total, tanto que pudo lanzar una estentórea tos. Fue entonces cuando el hombre que acababa de llegar y que miraba todo lo que sucedía en la plaza con pasmo levantó la mirada y lo vio, allí, en el alfeizar, carraspeando aparatosamente para extraer los restos del maldito fruto seco. El hombre abrió las aletas de su nariz, hizo algunas preguntas a los celtíberos y a los legionarios, se puso de pronto colorado como los fuegos del Etna y entró como un vendaval en el edificio.

Pompeyo, ya liberado de toses, carraspeos y arcadas, oyó perfectamente cómo el hombre golpeaba cada escalón de madera en su ascenso al segundo piso.

Preparándose para afrontar a la fuerza de la naturaleza que estaba a punto de presentarse, corrió a colocarse como pudo una toga, se cuadró después, elevó el mentón, puso pose de estatua griega y soportó la irrupción

del recién llegado como a quien se le presenta de golpe el mismísimo Júpiter lanzando rayos.

El cónsul Marco Popilio Lenas, a la sazón el improvisado invitado cuya llegada se había adelantado al menos dos semanas, plantó sus pies a modo de Coloso de Rodas y apretó los dientes con desmedida tensión. De su espalda emergió el oportunista Sexto Julio César.

—¿Qué has hecho? —preguntó Lenas con infinita contención.

Pompeyo miró a su sustituto en la provincia con arrogancia. Lenas era un hombre de cara cuadrada con marcas de viruela, piernas fuertes, pecho de toro, ni bajo ni alto y medio calvo, aunque muy peludo en piernas, pecho y brazos, nada en definitiva que pudiera intimidarle.

—No te entiendo —espetó.

—Los celtíberos se han rendido —siseó Lenas, furioso.

—Lo han hecho. Es una *deditio* —aclaró Pompeyo.

—No es eso lo que parece.

—¿Y qué te parece que es?

—Un *foedus*.

—¿Me estás llamando mentiroso? —se arrancó Pompeyo con puro desdén.

Lenas congestionó su rostro de modo exagerado, tanto que las marcas de viruela parecieron cráteres.

—César —le dijo a Sexto Julio con tono imperativo—, que suban los celtíberos, el del báculo —precisó exigente. Poco después entraban en la habitación Avaro y Sexto Julio César.

—Numantino —le ladró Lenas a Avaro—, entregad ahora mismo vuestras armas, tú y todo tu pueblo. Lo ordeno yo en cumplimiento de vuestra rendición. Entregadlas todas —exigió sin miramientos.

Avaro miró a los romanos con parsimonia, comprendiendo que mientras la lejana ciudad de Roma enviara a aquel tipo de hombres no tendrían nada que temer.

—No haremos tal cosa —contestó secamente.

—¿Y por qué no? ¡Os habéis rendido! —exclamó Lenas, sintiendo que le hervía la sangre. Se estaba quedando sin guerra por el engaño de un miserable.

—Por supuesto que se han rendido —intervino Pompeyo al tiempo que miraba al numantino como queriendo decir que no le metiera en líos.

—La entrega de las armas no forma parte del acuerdo —repuso aun así Avaro, sin empequeñecerse.

Pompeyo abrió los ojos como platos.

—¡No hay ningún acuerdo, lo niego! —chilló con voz aflautada.

—Lo sabía —barbotó lleno de placer Sexto Julio César.

—¡No hay ningún acuerdo! —insistió Pompeyo.

—Mientes —dijo Avaro. Pompeyo creyó que una losa se le venía encima—. Y lo saben tus tribunos —añadió.

—¡Que suban! ¡Que suban también los tribunos militares! —gritó encolerizado Lenas.

Al poco entraban en la sala, cada uno más menguante, los únicos cinco tribunos que habían podido localizar.

—Y bien —les conminó Lenas—, ¿ha habido un acuerdo con los numantinos? —interpeló con desafiante paciencia.

—No —dijo uno de ellos de inmediato.

—No exactamente —desveló otro al mismo tiempo.

—Nos dijeron que no lo era —dudó el tercero con cara de pánico.

—¿Lo ha habido o no lo ha habido? ¿Tan difícil es de entender? —rugió Lenas.

—Bueno…

—No…

—Es que…

—Mienten, todos mienten. Hay un acuerdo y exijo que se cumpla —salió al paso Avaro con gesto imperturbable. Pompeyo se habría abalanzado sobre él para hacerle tragar el dichoso báculo de los caballitos, pero a cambio respiró muy profundamente y colocó en su semblante su rictus de engañador que nunca ha roto un plato.

—¿Te encuentras con unos hombres entregando quince talentos de plata y solo piensas que se ha llegado a un acuerdo? —preguntó altivo—. ¿Pones la palabra de un numantino por encima de la mía propia? ¿Tan bajo has caído, Marco Popilio Lenas? Tu padre y tu tío, que fueron grandes hombres, se avergonzarían —afirmó punzante.

—Perjuro —se despachó Avaro.

Pompeyo puso la peor de sus caras y se la dedicó al numantino. Después la trasladó hasta Lenas, que con los brazos en jarras parecía dudar.

—Te juro por todos los dioses que se han rendido —proclamó.

—Perjuro —insistió Avaro.

—¡Basta! —gritó Lenas completamente desquiciado, pero sin saber qué hacer. Todos le miraron y tomó la primera decisión que se le pasó por la cabeza—. No tengo competencia para decidir quién dice la verdad, pero sí el Senado. Que sea él quien decida estas cuestiones. Todos iréis a Roma a hablar ante el Senado y exponer vuestra versión. Tú también, numantino.

—¿Te has vuelto loco? —se alzó Pompeyo.

—Perjuro —reiteró Avaro.

—Mentiroso —le escupió este a su vez.

—Lo sabía —disfrutó Sexto Julio César.

—Todos a Roma —zanjó Lenas a punto de tirarse de los pocos pelos que le quedaban.

Las ocas sagradas

Roma, de junio a julio

Pompeyo, César y Avaro llegaron a Roma a inicios de junio. Recibidos de inmediato por el Senado en el templo de Bellona, extramuros del *pomerium*, primero habló Pompeyo, y lo hizo de modo arrebolado y vehemente, sosteniendo en nombre de todos sus antepasados que jamás había alcanzado un acuerdo con los celtíberos.

—Miente más que habla —le susurró Lelio a Fabio mientras el pelirrojo picentino arreciaba en su diatriba defensiva.

—Pero por mucho odio que le tengamos, por mucho que te privara de un consulado, no podemos defenestrarlo políticamente sin llevarnos por delante a Serviliano, que llegó al mismo tipo de acuerdo. No podemos alabar a uno y atropellar al otro por hacer lo mismo —musitó Fabio, siempre velando por su hermano adoptivo.

—Así será —consintió Lelio.

Después de Pompeyo habló Avaro, defendiendo con su profunda seriedad y su inseparable báculo rematado por los caballitos que Pompeyo les había ofrecido un tratado de paz, y que de buena fe lo habían cumplido y respetado ante sus dioses y los de los romanos. Toda su intervención la hizo en su lengua celta a excepción de una sola palabra, «perjuro», que repitió hasta la extenuación cada vez que miraba o señalaba a Pompeyo.

A continuación, intervino Sexto Julio César, que desmintió abiertamente las palabras de Pompeyo.

Finalmente entraron en juego los tribunos militares, que, muertos de miedo, se contradijeron entre sí entre balbuceos y trabalenguas.

Escuchadas todas las partes, el Senado se congregó en sucesivas reuniones para decidir si Pompeyo decía o no la verdad y si debían o no autorizarse los acuerdos a los que hubiera llegado, fuesen cuales fuesen.

Los debates fueron de lo más acalorados. Metelo Macedónico propugnaba la presentación de una acusación formal contra Pompeyo. Lelio y Fabio que debía continuarse la guerra, tal como había sucedido en la Ulterior contra Viriato, pero dejarse incólume a Pompeyo, que era tanto como su manera de garantizar que se dejara en paz a Serviliano. Y la facción de Claudio y compañía arremetían contra todo y contra todos.

Finalmente, el Senado decretó no autorizar ningún tratado y ordenar la continuidad de la guerra hasta la completa destrucción de Numantia y de toda la rebelión celtíbera. Y en cuanto a Pompeyo, de momento, se libró de cargos y acusaciones por la abstención de Lelio y Fabio y el apoyo de Claudio y las facciones contrarias a los Escipión. Si en su momento le habían pedido a

Pompeyo que traicionase a Emiliano y a Lelio para presentarse a cónsul, no podían ahora pagar aquella valiente felonía lanzándolo a una letrina.

—Esto es el Senado, un sucio mercado de favores —escupió Claudio por lo bajo en cuanto se conoció la absolución de Pompeyo.

Avaro abandonó Roma tan impasible como siempre, pero con una buena retahíla de serenos insultos en latín debidamente asimilados para escupirlos en cuanto volviera a ver un romano a los pies de Numantia. Se iba, en cualquier caso, bien aprendido. Si un nuevo cónsul de Roma le ofrecía la paz en el futuro, a buen seguro que haría jurar a todo el ejército el cumplimiento del tratado.

Avaro dejó el suelo italiano tres días después de los idus de *quintilis*.[31] Y en tan señalado día, las dos hermanas Cornelia se reunieron bien temprano en la esquina del templo palatino de Júpiter victorioso. Desde allí, tras cruzarse unas pocas palabras de saludo matinal, bien vestidas con sus elegantes estolas y mantos, avanzaron hacia el templo de Magna Mater, donde habían quedado con su prima Emilia.

—Llegáis tarde, no vamos a tener sitio —saltó esta con cara de higo rancio mientras pegaba golpecitos en el suelo con uno de sus pies.

—Yo nunca llego tarde a ninguna parte —bufó Cornelia *maior* con aquella manera tan especial de agitar su rechoncho cuerpo.

—Sois incorregibles —dijo sin detenerse y por enésima vez en tantos y tantos encuentros la pequeña de las Cornelias.

Las tres mujeres, a buen paso, siguiendo la riada humana, pasaron junto al templo de la gran diosa Cibeles, dejaron atrás la choza redonda de Rómulo y emprendieron el descenso de las escaleras de Caco.

A la altura del desvío al Lupercal, Cornelia la mayor se quedó atrás, resollando como una vaca vieja, pero en el fondo del valle, justamente donde se levantaba el Ara Máxima de Hércules, volvieron a reagruparse. El gentío que caracoleaba a su alrededor era ya inmenso, en un movimiento manso pero imparable hacia el Circo Máximo, tanto que los alguaciles se veían obligados a abrir a golpetazos el estrecho pasillo por el que iba a llegar desde el templo de Juno Moneta la litera de oro y púrpura con su especial y estridente invitada.

—No vamos a tener sitio —insistió Emilia.

—Por todos los dioses —farfulló desquiciada su prima mayor.

Pese a la jubilosa maraña de gente, no tuvieron problema en alcanzar el lado oeste del Circo Máximo y entrar por una de sus puertas, bien atendidas, eso sí, por la cohorte de esclavos que les hacían hueco. La majestad patricia de las tres mujeres hizo el resto para que la muchedumbre se partiera en canal y pudieran colocarse en la primera fila del ritual expiatorio que estaba por suceder. Las laderas del Circo Máximo rebosaban de ciudadanos alegremente

apiñados y bulliciosos.

Frente a ellas, a apenas veinte pasos, cuatro desdichados perros, los perros capitolinos, colgaban de unas horcas de madera de saúco. Dos de ellos estaban ya estrangulados, mientras que el tercero y cuarto se agitaban por su vida con la lengua y los ojos a punto de salírseles de las cuencas oculares, pataleando en su agónico final.

—Pobres animales —barbotó Emilia.

—Pues a mí no me dan ninguna pena, lo tienen bien merecido —replicó Cornelia *maior*.

—Tienes la sensibilidad de un mosquito —repuso Emilia.

—Que hubiesen ladrado —insistió la otra, enfrascada de nuevo.

—Ahí llega la litera —advirtió Cornelia la menor.

Las mujeres, al igual que todo el Circo Máximo, estiraron sus cuellos para ver llegar a la invitada de honor del cruel final de los perros. Se oyó entonces un estridente sonido animal, como de una tuba. La gente alargó aún más el cuello. Volvió a escucharse el mismo y agudo sonido. Los cuellos de los congregados acabaron por dislocarse de tanto estirarse y, finalmente, de entre el pasillo humano, emergió una lujosísima litera de oro y púrpura llevada por cuatro hombres con maravillosas túnicas y coronas de flores en su cabeza. Y en lo alto de la litera, bien aposentada en un cojín púrpura, graznando sin parar, se agitaba una de las ocas sagradas de la diosa Juno, mirando a todos como el Rey de Reyes.

—¡Me encanta esta ceremonia! —exclamó entusiasmada Emilia al tiempo que los portadores dejaban suavemente la litera frente a las horcas de los perros, dando un paso atrás para que la oca pudiera, a su antojo, disfrutar del terrible final de los canes—. ¡Me encanta! —repitió.

—¿Pero no te daban pena los perros? —porfió Cornelia *maior*.

—Yo no he dicho eso, ¡me encanta! —repitió su prima, ajustándose la estola con retintín.

Y a fe que le gustaba el ritual, a ella y a toda Roma, porque contaba la historia, o la leyenda, que hacía doscientos cincuenta y un años el galo Breno había vencido a las tropas romanas en la batalla del río Alia, saqueando Roma inmediatamente después, a excepción del Capitolio, custodiado por los ciudadanos supervivientes del desastre.

Pero el galo Breno lo quería todo, por lo que, en una oscura noche, sus hombres habían trepado por los roquedos del Capitolio para tomarlo por sorpresa, y tenían puesto ya un pie en su cima cuando se les echaron encima con sus desagradables e hirientes graznidos las ocas sagradas del cercano recinto de la diosa Juno, verdaderas defensoras de Roma.

El ruido había despertado a los centinelas y al resto de los romanos, todos dormidos, repeliéndose así el ataque gracias a las escandalosas ocas,

que no a los perros guardianes del Capitolio, los cuales, lejos de ladrar, habían merodeado felices con el rabo de un lado a otro ante el enojo de los defensores, conscientes de que tal pasividad merecía un castigo eterno.

Por ello, año tras año, tres días después de los idus del mes de *sextilis*, los perros capitolinos eran colgados y sacrificados para expiar su despiste, mientras que las ocas sagradas de Juno merecían pasearse solemnemente por Roma envueltas en oro y púrpura, como agradecimiento por haber salvado la ciudad.

—¿Os parece justo? —preguntó de pronto Cornelia *minor*. El último perro con vida daba los últimos estertores.

—¿Justo? ¡Que hubiesen ladrado! —vocearon a coro su hermana mayor y su prima.

Cornelia *minor*, paciente como siempre, entornó los ojos, aunque en verdad que esta vez no se había explicado bien.

—Quería decir si os parece justo que el Senado decidiera romper el acuerdo con Viriato —aclaró.

—*Edepol!* ¿Y eso a qué viene ahora? —graznó su hermana.

—Cada día estás más filosófica —ironizó Emilia.

—Los perros colgados me han recordado a los lusitanos —se justificó Cornelia *minor*.

—Pues hablando de esto —se arrancó Emilia—, recibí una carta de mi hermano Emiliano desde Pérgamo en la que reconocía que el Senado había estado un poco artero, pero que, al fin y al cabo, a nadie en el mundo griego le importa un bledo ese Viriato —aseveró.

—Ese hispano tiene lo que se merece —farfulló Cornelia *maior*.

—Y ahora Cepión dará buena cuenta de él —dijo Emilia.

—Cepión y Marco Popilio Lenas —matizó Cornelia *minor*.

Su hermana arqueó una ceja.

—¿Lenas? Lenas está en la Citerior. ¿Qué sabes que nosotras no sepamos? —inquirió.

Cornelia *minor* estiró el cuello.

—Ayer recibí una carta de Tiberio —reconoció—. Me cuenta que cuando Viriato se enteró de que el Senado daba por roto el tratado, evacuó apresuradamente la ciudad de Arsa y huyó hacia el interior de Hispania.

—Y Cepión le habrá seguido —la interrumpió su hermana.

—Lo hizo, pero Viriato escapó.

—¡Ese Cepión es un idiota! —clamó su hermana.

—Solo se sabe que Viriato ha cruzado el río Tagus —prosiguió Cornelia *minor*—, y que se esconde en el sur de la Citerior, donde le busca también el propio Lenas.

—Pues que uno u otro den buena cuenta de él —desdeñó su hermana.

—Pero no es la manera de hacer las cosas, no incumpliendo tratados. Primero Viriato y ahora los numantinos. ¿Dónde va a quedar la buena fe romana? —interpeló Cornelia *minor*.

Su hermana, que vio en aquellas palabras un reproche a su hijo Nasica y al resto de los Escipiones que habían apoyado la ruptura de los tratados, abrió los ojos exageradamente e hizo vibrar todo su cuerpo, tanto que sus rollizos senos de matrona veterana se agitaron ostensiblemente de izquierda a derecha y viceversa.

—¡Ya está la díscola de la familia! —exclamó enfadada.

—Solo opino —refutó ella.

—¡Ese Blosio de Cumas es una mala influencia! —continuó su hermana a lo suyo.

—¿Y eso a qué viene? Blosio no tiene nada que ver.

—¡Que si el Senado, que si el reparto de tierras, que si hay que hacer más ciudadanos! ¡No te entiendo! ¡Solo espero que tus hijos no acaben pensando como tú! ¡Eres una rebelde! —prosiguió la mayor, encelada.

—Mi hijos sabrán pensar por sí solos.

—Ya, sí, claro.

—No voy a discutir contigo aquí —trató de cortarla la menor.

Cornelia *maior* fue a replicar cuando, de pronto, la oca sagrada de Juno, harta de ver a los perros ahorcados y suficientemente satisfecha, comenzó a graznar con su potente y habitual estridencia, interrumpiéndola.

—¡Juno no quiere oírte más! —se mofó Emilia muerta de risa.

—O Juno ha querido que sus palabras se conviertan en graznidos —añadió una lacerante Cornelia la menor.

La mayor apretó los labios violentamente.

—¿Sabéis qué os digo? —declamó.

—¿Que te vas? —la azuzó su hermana pequeña.

—*¡Edepol!* —rio Emilia.

Cornelia *maior* tembló esta vez con tal fuerza que pareciera que fuese a salir despedida.

—¡Eres tan obstinada y orgullosa como lo era padre! —increpó a su hermana.

—No puede haber mayor halago. Y ahora, soy yo la que me voy —repuso Cornelia *minor*, dicho lo cual se dio elegantemente la vuelta y desapareció entre el gentío. Emilia miró entonces a su prima mayor.

—¿El Africano era así? —preguntó. Ella no lo había conocido.

—Exactamente igual que ella, pero en hombre —dijo Cornelia mayor entre dientes justo en el momento en el que la oca, ahora con el cuello bien estirado y mirada al frente, era llevada en su lujosa litera de vuelta al templo de Juno Moneta, tan imperial y divina como un Escipión, pero sin conocer

que su destino era, lamentablemente, ser sacrificada.

Nace la leyenda

Mediados de agosto, en un lugar cerca de Toletum

Viriato contempló al gobernador de la Citerior, el cónsul Marco Popilio Lenas, con cara de espontáneo asombro. Lenas era un hombre pequeño pero fornido, de penetrantes ojos marrones, mandíbula y cabeza cuadrada, plagado de marcas de viruela y, en lo que ahora interesaba, con un impresionante habón rojizo en una de sus palpitantes sienes producto, sin duda, del picotazo de alguno de los gigantescos mosquitos que zumbaban en los campos de aquella tierra en plena canícula.

En otros tiempos habría mirado de reojo a Ditalcón para desternillarse en su fuero interno de las viruelas, de aquel hermoso aguijonazo o del rectilíneo maxilar del romano, pero en esta ocasión nada podía ser jocoso. Lenas lo escrutaba desde una perceptible superioridad, la de Roma y la de toda su inflexible e histórica autoridad, y cualquier arqueo de la comisura de los labios podía terminar en catástrofe. Lenas era como un muro infranqueable lleno de púas, y él carecía de escalas para sortearlo.

—Te daré lo demás, pero lo de Astolpas es imposible —admitió Viriato en su propia lengua, dicho lo cual el intérprete lo reprodujo en latín.

Lenas, impasible, cabeceó ligeramente con el morro torcido. Después, sin dejar de cabecear y con el rostro igualmente imperioso, extendió los brazos y miró sucesivamente a un lado y a otro del solitario secarral en el que se encontraban, apenas cubiertos por una lona bajo un sol de justicia y el incansable cántico de las chicharras.

—Tú has venido a mí para pedir la paz —contestó en latín—. Tú me has buscado y has venido hasta mi provincia para pedir la paz. ¿Y no me quieres dar nada a cambio? Quiero que me entregues a Astolpas —inquirió faltón.

Viriato miró al traductor. Entendía el latín bastante bien, pero no como para jugársela en un momento tan delicado.

—Ha dicho que tú has pedido la paz, que tú le has buscado en su provincia y que tú debes darle algo a cambio. Quiere a Astolpas —dijo.

Viriato clavó sus ojos de lobo en Lenas.

—Es mi suegro —replicó a modo de precaria súplica.

Traducido de nuevo, Lenas dejó escapar una punzante risita.

—Tu suegro tiene su propio ejército y es un mentiroso. Entrégamelo y habrá paz —repuso en latín.

Viriato se giró de inmediato para conocer la respuesta de boca del intérprete, con la debida precisión y exactitud.

—Dice que Astolpas es un gran hombre con un poderoso ejército a su cargo y que ha mentido muchas veces. Si se lo entregas, tendrás la paz.

Viriato inspiró muy despacio, sin dejar de mirar al romano, pero sin la fuerza e intensidad de antaño, agotado por una lucha sin descanso. Durante unos pocos meses, seguramente en la estúpida ingenuidad de creer que las cosas podrían cambiar y que Roma cedería, se había visto a sí mismo como un gran régulo de la Beturia, el germen de un reino al estilo de los orientales, con un territorio fronterizo con la provincia romana en el que sus hombres tendrían tierras, ganados y familias. A todo ello había aspirado, y no sin razones tras vencerles una y otra vez, humillándolos sin decoro. Pero Roma era como una excrecencia inagotable, como un tumor que se extendía por piel y cuerpo. Ya no podía derrotarlos más, lo sabía, lo intuía, lo veía en las viruelas y en la arrogancia de Lenas. Y lo asumía tras la traición y deslealtad del Senado y del mismísimo Cepión, convertido ahora en un cazador insaciable y obsesivo que persigue a una presa herida día y noche.

Tras la evacuación de Arsa había conseguido despistarlo en tierras de los carpetanos, justo antes de cruzar el río Tagus, pero era cuestión de tiempo que diese con él. Y sin hombres suficientes —muchos de ellos no querían abandonar las nuevas tierras asignadas tras el tratado—, con la esperanza perdida después de desvanecerse la gran ilusión de la paz, exhausto y atenazado por las legiones, solo podía buscar la paz más honrosa, o algo que se le aproximase. Y por ello mismo había buscado a Lenas, del que le habían dicho que tenía un carácter menos sanguinario y vengativo. Con él tal vez pudiera negociar. Con Cepión, a buen seguro que no.

Pero, para su sorpresa, Lenas parecía estar centrado, principalmente, en la cabeza de Astolpas, seguramente como escarmiento y aviso hacia todos aquellos aristócratas hispanos que se habían embarcado en el bando equivocado.

—No puedo darte a Astolpas —le reiteró a Lenas.

Este escuchó la traducción y puso cara de desinteresado.

—Viniste a negociar conmigo porque me prefieres a mí antes que a Cepión —dijo Lenas en su latín—. Sin duda estás en lo cierto. Yo soy más de fiar, pero si no te gusta lo que te ofrezco, vuelve con Cepión. No está lejos de aquí y te busca con mucho interés —escupió con fingida elegancia y moderación.

Viriato se giró de nuevo hacia al intérprete.

—Dice que él es más de fiar que Cepión y que por ello lo buscaste a él. Pero que, si no te convencen las condiciones, te deja libertad para que negocies con Cepión, que debe de estar ya muy cerca de aquí buscándote con mucho interés —tradujo.

—¿Libertad? ¿Que me da libertad? —saltó Viriato con desaire.

—Eso ha dicho —confirmó el traductor.

Viriato enseñó los dientes y aspiró aire entre ellos, provocando un siseo

de víbora.

—*Astolpas et pax* —repitió Lenas con suficiencia.

—Astolpas y…

—Ya lo he entendido —le interrumpió al intérprete un desabrido Viriato —. Dile que lo pensaré.

Viriato regresó al campamento como si una losa entera le hubiera caído en la coronilla. Sus ojeras eran apreciables y en muy poco tiempo unos brillantes y desordenados mechones blancos habían invadido el cabello de cabeza y barba. Sus manos también temblaban por momentos, debilidad que trataba de evitar escondiéndose de sus hombres y del propio Ditalcón, que preguntaba por él de modo persistente.

Con todo, no podía ocultarse eternamente, por lo que, tres días después, lo hizo llamar.

—No te encuentras bien —le dijo Ditalcón en cuanto lo vio, y no era una pregunta, sino una afirmación.

—Lenas pide que le entreguemos a los desertores y que demos rehenes si queremos la paz —expuso Viriato.

—Y está claro que se los vas a dar —contestó Ditalcón.

—Pero pide algo más.

—Astolpas —se adelantó Ditalcón.

Viriato emitió un gruñido.

—Es mi suegro.

—Yo mismo lo llevaré ante Lenas si es preciso —afirmó Ditalcón sin asomo de piedad.

—Si entrego a Astolpas me abandonará toda la aristocracia hispana del valle del Betis. Me considerarán un traidor y perderemos sus hombres de armas, que son miles —balbució Viriato.

Ditalcón congestionó su rostro. Empezaba a no reconocer a Viriato.

—¿De verdad crees que por un momento te han considerado uno de los suyos? —le increpó punzante.

—No.

—Pues yo mismo llevaré a Astolpas ante Lenas si es preciso —repitió Ditalcón.

Viriato cerró los ojos y permaneció unos segundos, reflexivo, con la cabeza gacha.

—Entregádselo —confirmó al fin—. Y al resto de los rehenes y desertores. A todos ellos, sin excepción.

Ditalcón sonrió satisfecho y cumplió la orden sin rechistar, llevando ante los romanos a Astolpas, que gritaba como un niño, y a los desertores y a los rehenes escogidos. A todos ellos Lenas les cortó la mano derecha.

Pocos días después, Viriato y Lenas se encontraron de nuevo en mitad

del secarral plagado de chicharras. Un miserable toldo era lo único que les protegía nuevamente de un sol que caía a plomo.

—Tienes lo que me pediste. Firmemos la paz —se arrancó Viriato sin preámbulos.

Una vez más el intérprete hizo su labor, provocando que Lenas estirara su cuello como una tortuga enfurruñada.

—Entregad todas las armas —exigió de pronto.

Viriato, que había comprendido medianamente la frase, contuvo la respiración y su furia a la espera de que el traductor hiciera su labor, como así fue.

—Pide que le sean entregadas todas las armas —dijo.

—¿Cómo? —balbució Viriato, todavía incrédulo.

—Entregad todas las armas —reiteró Lenas en estado imperial.

—Pide que le sean entregadas las armas —repitió a su vez el intérprete, dando un paso atrás. Viriato resoplaba como un toro acorralado y bien podía arremeter contra todo lo que tuviera delante.

—Entregad todas las armas —volvió a decir Lenas con impertinencia.

Viriato, a punto de estallar, se puso en pie de un brinco y tiró al suelo la mesita de una sola pata que los separaba.

—¿Y por qué no nos pides ya nuestras vidas? ¡Eso no era lo pactado! —gritó en una combinación de ira y desesperación.

Lenas, que no había entendido nada, pero se lo imaginaba, se limitó a encoger los hombros, manteniendo su mirada impertérrita en su rostro cuadrado y rectilíneo.

—No tenéis dignidad —balbució Viriato con sus ojos encendidos, recuperando su letal mirada lobuna.

Lenas, ahora sí, escuchó al traductor con parsimonia, sentado en su silla curul, hecho lo cual elevó la vista y contempló a Viriato.

—Cepión no te dará nada mejor —siseó.

—No tenéis palabra —susurró Viriato entre dientes, dando la espalda a Lenas al tiempo que le oía decir *«felix»*, suerte.

Tras las fallidas negociaciones con Lenas, Viriato y las pocas tropas de las que disponía —todavía menos tras la marcha de los hombres fieles al traicionado Astolpas— se dirigieron al Monte de Venus, no muy lejos de Toletum. Allí tenía Viriato una gran ascendencia, y no solo por su liderazgo militar, sino por sus dotes religiosas, pues se decía que era capaz de adivinar el futuro con la ayuda de la divinidad indígena asentada en aquella sierra llena de bosques y estribaciones.

Tal vez fuera por sus dones para ver lo que había de venir, o tal vez fuera porque se sabía atrapado entre los dos cónsules y el propio Cepión estaba aproximándose hacia su posición, se dejaba ver muy poco en el campamento, y cuando lo hacía era para adentrarse en el bosque, donde nadie pudiera apreciar su semblante apagado y su enorme cansancio. A sus cincuenta años parecía que un fuego hubiera arrugado su rostro.

En una de estas salidas furtivas pidió que lo acompañaran Ditalcón, Audax y Minuro, sus tres hombres de mayor confianza.

—Escuchadme —les dijo tras descabalgar en un claro del bosque y sentarse en una gran piedra aplanada. Lo propio hicieron sus tres amigos, esparciéndose por aquí y por allá—. Cepión ha acampado a un día de marcha de aquí.

—Entonces es el momento de escapar —balbució Minuro.

—Aún tenemos tiempo —secundó Audax.

—¿Y a dónde íbamos a ir? —desdeñó Ditalcón con cara rancia—. No somos más de cuatro mil desdichados. Cepión nos dará caza y nos asará en sus parrillas.

—No vamos a ir a ninguna parte —espetó Viriato con destemplanza. Los tres amigos se le quedaron mirando—. No vamos a ir a ninguna parte —repitió con lentitud, como si le pesasen las palabras o lo que estuviera a punto de decir—. Vamos a intentar negociar con Cepión —desveló finalmente.

—¡Ese puerco nos empalará! —rugió Minuro, poniéndose de golpe en pie—. ¡No estoy dispuesto a que me meta un *pilum* por el culo!

—Calla y siéntate —le espetó Ditalcón.

—¿Y tú estás de acuerdo? —le interpeló Minuro con los ojos echando chispas.

—¿Y qué podemos hacer? —se defendió Ditalcón.

—Debemos pactar, ¿pero en qué términos? —dudó Audax.

Viriato tomó la palabra.

—Le ofreceremos retirarnos definitivamente al norte del río Tagus. Y no nos volverá a ver nunca más —porfió.

—Eso es tanto como estar muerto en vida —replicó Minuro.

—Roma nos quiere muertos. No lo aceptará —negó Audax.

—Entonces, ¿qué proponéis? —preguntó Ditalcón con su sempiterno retintín.

—Vamos a llegar a un acuerdo —insistió Viriato, remarcando sus palabras—, y os voy a enviar a los tres para llegar a ese acuerdo.

—¿A nosotros tres? —clamaron al unísono Audax y Minuro.

—¿Estáis sordos? —les increpó Ditalcón.

—Si Cepión me ve a mí en persona —prosiguió Viriato—, solo querrá despedazarme. No le daré el placer de que me conozca. Iréis los tres en mi

nombre —exigió autoritario.

—Tal vez Cepión nos despedace a nosotros —farfulló Minuro.

—Como no te calles, yo mismo te despedazaré aquí mismo —bufó Ditalcón.

—Iréis los tres —reiteró Viriato con mirada perdida.

—Así sea —confirmó Ditalcón.

Audax y Minuro se miraron antes de contestar.

—Así sea —confirmaron al fin, con muy poco convencimiento.

Viriato elevó la vista.

—Bien, lo haréis mañana —ordenó—. Enviad un mensajero al campamento de Cepión solicitando la reunión —finalizó al tiempo que chocaba las palmas de las manos en sus muslos y se ponía en pie. En ese instante se le acercó Ditalcón, que le puso la mano en el hombro.

—Lo tuvimos, por un momento lo tuvimos —dijo tratando de insuflar ánimo.

Viriato, con gesto agrio, negó ostensiblemente.

—Nada se tiene ante Roma, amigo mío, pero me he dado cuenta demasiado tarde —lamentó, y abandonó el claro del bosque como un alma atormentada.

Cepión brincó como un saltamontes cuando fue informado de la petición de negociaciones por parte de Viriato, pero mucho más cuando le confirmaron que la embajada lusitana estaría encabezada por Ditalcón, Minuro y Audax. Por mucho que fuesen los tres hombres de mayor confianza de Viriato, equiparables a verdaderos amigos, prefería negociar con ellos antes que hacerlo con Viriato en persona, sin duda más duro de pelar pese a que ante Lenas se había llegado a rebajar de una forma impropia de su genio y fama. Que lo hubiera hecho era signo de una enorme e incluso inesperada debilidad.

Cepión engalanó el campamento para recibir a los lusitanos. Hizo formar a todo el ejército y condujo a Ditalcón, Audax y Minuro por en medio de un intimidante e interminable pasillo de legionarios, insignias y estandartes. Cuando alcanzaron por fin el pretorio, les aguardaban los tribunos militares y prefectos de caballería, igualmente emperifollados, amén de legados y centuriones de más alto rango con cara de malas pulgas, cualquier cosa con tal de impresionar y dimensionar la gigantesca majestad de Roma.

Cepión recibió a los amigos de Viriato en el interior de su enorme tienda de mando, bien asentado en su silla curul y con toda su dorada panoplia a cuestas. Los contempló durante largo rato. Después, cuando pensó que la espera dejaba a cada uno en su lugar —él dominante, y los tres lusitanos

simples súbditos—, les ofreció asiento y vino, yendo directamente el grano.

—Y bien, doy por hecho que venís a darme vuestra rendición —comenzó altanero, fiel a su estilo.

Los tres hombres se miraron unos a otros, tomando la palabra, finalmente, Ditalcón.

—El cónsul se equivoca —repuso también a su manera, con impertinencia, como si tuviera delante al propio Viriato en sus típicas trifulcas —. No hemos venido a tal cosa —insistió.

Cepión arqueó una ceja con forzada incredulidad.

—¡Oh, me tomáis por tonto! —espetó con teatral arrogancia.

—Tal vez el cónsul crea que los tontos somos nosotros —replicó Ditalcón, imaginando de nuevo que quien tenía delante era Viriato, más no tardó en salir de su error. Cepión acababa de transformar su rostro de actor melodramático y mostraba ahora una perfecta simbiosis de crueldad, desprecio y perversa inteligencia. Viriato podía llegar a ser las tres cosas, pero nunca todas a la vez.

—Escúchame…, ¿Ditalcón? Porque te llamas así, ¿verdad? —preguntó Cepión con ganas de provocar.

—Lo soy —contestó Ditalcón aguantando el tipo.

Cepión asintió reconfortado.

—Pues escúchame, Ditalcón, y hacedlo muy bien también vosotros dos —advirtió, señalándoles con divina desgana—. Habéis venido a ofrecerme que nunca más saquearéis la provincia romana, y que nunca más cruzaréis al sur del río Tagus, ¿me equivoco? —El gesto de los lusitanos le confirmó que no erraba—. Lo imaginaba —prosiguió jactancioso—, pero tal ofrecimiento es totalmente inaceptable —porfió como en una risita—. ¿Cómo iba yo a aceptar algo de un hombre que pudo exterminar a un ejército consular entero y tomar preso a un procónsul y terminó por ofrecer una paz estúpida? ¡Es ridículo! —clamó—. ¿Cómo iba yo a aceptar ningún trato si Viriato, en contra de hombres tan leales como vosotros, decidió insultaros al casarse con una mujer solo para ganar linaje aristocrático? —desdeñó—. ¿Cuántos de vosotros os sentisteis entonces traicionados, compartiendo mesa con Astolpas, un verdadero especialista en lamer culos? ¿O cuántos de vosotros os asombrasteis cuando luego lo entregó indecentemente a Lenas? ¿Acaso seréis vosotros los próximos? ¿Creéis de verdad que voy a iniciar negociaciones con un hombre así? ¿Un hombre que ya no sabe dónde tiene su propio culo? —interpeló repetidamente con exagerados ademanes.

Hizo una pequeña y teatral pausa y luego continuó, muy satisfecho al comprobar por los gestos de los lusitanos que seguía dando en el clavo:

—Por si esto no fuera poco, ¿cómo se comprende que Viriato, en una estúpida confianza, enviara a sus hombres a sus tierras y se quedara sin

ejército? ¿O que renunciara a la guerra cuando mantenía la obediencia de muchos de ellos gracias a los repartos de botín? ¡Es inaudito! ¡Dejó de alimentar a sus perros carroñeros! —rugió Cepión de pronto, poniendo una cara grotesca.

»¡Dio tierras a sus hombres y estos mismos hombres dejaron de acompañarle en sus saqueos porque ya no querían abandonar sus cultivos! ¡Ya no tuvieron la necesidad de robar y lo abandonaron! ¡Vaya paradoja de tratado! ¿Cómo se comprende que Viriato tomara su reino en la Beturia y dejara en manos de Roma muchas de las ciudades del valle del Betis que le habían dado todo su apoyo? ¡Incomprensible! ¡Viriato prendió fuego a su propia pira funeraria el día que decidió perdonar la vida de mi hermano y de sus legiones! ¡Él mismo prendió la antorcha cuando firmó el acuerdo! ¡Cuando provocó el descontento de todos vosotros y el sentimiento de traición de quienes habían luchado codo con codo con él! ¿Y me equivoco en algo? ¿Hay algo que no sea cierto? ¿Algo que me haga pensar que vuestro amado Viriato ha pasado del Olimpo al infierno por sus propios méritos? ¿Y de verdad pretendéis que os tome por hombres serios con buenas propuestas de paz? ¡Qué lamentable! ¡Viriato os ha traicionado a todos y se ha traicionado a sí mismo!

Ni siquiera tras este último bramido cejó ni un solo instante en su simbiosis perfecta de crueldad, desprecio y perversa inteligencia.

Ditalcón, Audax y Minuro se miraron con desconcierto. Nuevamente tomó la palabra el primero, renunciando a todas sus ínfulas, lo que era mucho decir.

—¿Y qué propone entonces el cónsul? —interpeló.

Cepión sonrió de oreja a oreja, echando el cuerpo hacia adelante.

—¿De verdad es necesario que os diga qué es lo que debéis hacer? ¿Tenéis alguna otra alternativa? —Un profundo silencio cortó la atmósfera comprimida en el pretorio. Cepión siguió a lo suyo—. Los tres sois de Orsón, ¿verdad? —inquirió libidinoso, como si se le hubiera ocurrido de pronto—. ¿Es esa la indómita ciudad de la Ulterior que Viriato dejó a su suerte al hacerse rey de la Beturia y que yo podría destruir con un solo chasqueo de mis dedos? ¿O acaso no deseáis regresar a ella y vivir como ciudadanos respetados que terminaron con esta locura y salvaron a los suyos? —preguntó en un siseo antes de echar de nuevo el cuerpo atrás—. No es necesario que os diga nada más. Hacedlo y yo os recompensaré. Hacedlo, hoy mismo, esa es mi propuesta.

El camino de regreso al campamento lusitano, levantado a solo cuatro millas

del romano, fue un tortuoso ejercicio de silencio por parte de Ditalcón, Minuro y Audax, aún más apreciable cuando se les hizo de noche y comenzaron a escuchar el latido de su propio corazón.

Ninguno de los tres hombres había dado respuesta alguna a la proposición de Cepión, ni a favor ni en contra, lo que era bien indicativo de que el cónsul había logrado, en apenas unos segundos de intimidante perorata, infundirles una pesada duda que venía a ser como una enorme estaca clavada en el estómago.

Al comienzo, recorridas las dos primeras millas, no se atrevieron a mirarse a la cara. Después, en la tercera milla, comenzaron los reojos y los carraspeos para provocar que alguno de ellos abriera la boca. Por fin, con las luces del campamento lusitano a escasos setecientos pasos, Ditalcón cogió aire aparatosamente y se interpuso en el camino de sus dos compañeros.

—¡Tiene razón, Cepión tiene razón! —aulló como si le arrancaran las entrañas. Minuro y Audax se le quedaron mirando con cara de pasmo—. ¡Es inevitable, es un hecho inevitable! —rugió de nuevo con los dientes apretados y con las manos en alto, temblorosas, a modo de súplica—. Ya nada podemos esperar de él —continuó—. Los hombres se sienten traicionados y ya no tiene la autoridad de antaño. Estamos atrapados y no hacemos otra cosa que huir. ¡Es inevitable! —insistió en un profundo gemido.

—Hagámoslo —dijo de pronto Audax, lo que provocó que Minuro pegara un respingo. Ditalcón, por su parte, liberado de su angustia, abrió los ojos como platos.

—¡Esta misma noche! —le conminó a Audax—. Tus hombres vigilan hoy su tienda. ¡Que lo hagan ellos! ¡Que entren y lo hagan! —jadeó.

—Estoy de acuerdo —susurró, también de pronto, Minuro. Audax y Ditalcón lo escrutaron expectantes—. Esto es el fin. Cepión tiene razón. Ya nada tiene sentido. Hace mucho tiempo que solo toma decisiones equivocadas. Esta misma noche —añadió.

Ditalcón se giró hacia Audax como un resorte.

—¿Esta noche? —le preguntó para obtener la confirmación.

—Antes de que nos llame para informarle de esta entrevista, debe ser antes —urgió Minuro, repentinamente animado.

Audax elevó la vista al cielo estrellado y dio una inmensa bocanada de aire. Después, ostensiblemente nervioso, miró al suelo, resopló, dio una patadita a una piedra, se llevó la mano a la cara y se rascó una oreja. Hecho todo esto, levantó de nuevo la mirada y la clavó sucesivamente en los rostros de Ditalcón y Minuro.

—Esta noche —exhaló.

Viriato preguntó repetidas veces a lo largo de la tarde por Ditalcón, Audax y Minuro, obteniendo siempre la misma respuesta:

—Aún no han regresado.

Ya de noche, inquieto por la falta de noticias, se removió de un lado a otro de su tienda, interesándose cada poco tiempo por la llegada de sus amigos. En todos los casos la contestación no cambió de sentido:

—Aún no han regresado.

Avanzada la madrugada, agotado por la tensión y la incertidumbre, decidió echarse sobre el camastro, con toda la panoplia puesta, tal como hacía de un tiempo a esta parte.

Con la mirada fija en la lona de cuero que servía de techo, cruzó los brazos sobre el pecho y apretó los dientes, inspirando y expirando con regularidad. Le ayudaba a relajarse y a ver las cosas de otra forma. Por su mente se cruzó entonces la fugaz idea de abandonarlo todo y huir al norte, más allá del río Durius, lejos de Roma y de ocho años agotadores de continua lucha. Se sentía viejo y exhausto, sin vitalidad y energía, preso de su propia fama y prestigio, al albur de una Roma incansable y de los conflictos con sus propios hombres, muchos de los cuales le reprochaban continuamente no haber exterminado al ejército de Serviliano o haber confiado después en la palabra podrida del Senado.

Así permaneció un rato, ahora con los ojos cerrados, concentrado en sus propios pensamientos y dudas, hasta que, súbitamente, oyó un ruido. Sobresaltado, abrió los ojos y se incorporó del camastro, echando la mano a la espada. Al instante aflojó su ímpetu; era uno de sus guardias, uno de los hombres de Audax, que había entrado a la tienda.

—¿Ya han llegado? —le preguntó con ansia.

—No, aún no —contestó el centinela. No obstante, le miraba con el gesto duro, con ojos penetrantes.

—¿Ocurre algo? —le demandó Viriato, un tanto extrañado.

—Nada, no ocurre nada —espetó el guardia con fingida seguridad, quedándose quieto como quien no sabe si tirar para adelante o para atrás.

Viriato lo escrutó de arriba abajo, pero no vio otra cosa que a un hombre dominado por el nerviosismo, como lo estaba él mismo.

—Déjame solo, y en cuanto se sepa algo, decídmelo —le ordenó al tiempo que se volvía a recostar en el camastro. El hombre de Audax asintió, giró sobre sus talones y salió de la tienda.

Viriato volvió a cerrar los ojos y cruzó de nuevo los brazos sobre el pecho, reiniciando sus respiraciones hasta que, en un momento imperceptible, dejó de sentirlas, abatido por el sueño y el cansancio.

Ajeno a todo y a todos, dormido y sumergido en la indefinible

intemporalidad del sueño, no advirtió que estaba en peligro y que se le acercaban unas sombras. Él seguía en ninguna parte, en el vacío del sueño, en su falta de realidad, al tiempo que los cuchillos brillaban en el mundo de los despiertos, elevándose con sigilo y traición.

Y de pronto, regresando adormilado de su particular inexistencia, lo sintió, invadiendo su cuello un dolor agudo y lacerante. Al daño le sobrevino el calor y el sabor de la sangre corriendo por su garganta, y la angustiosa imposibilidad de coger aire.

Absorto de lo que sucedía a su alrededor, se llevó las manos al cuello con el instinto de incorporarse y agarrarse a la vida, pero no pudo. Sus brazos y su pecho estaban bien sujetos por hombres, no sabía discernir cómo ni cuántos.

La vista se le nublaba, los oídos le zumbaban, la oscuridad le sobrevenía y los pulmones estaban a punto de explotarle mientras todo su cuerpo se agitaba y convulsionaba en una última lucha feroz.

Batalló un poco más, siempre presa de la más mortal y atormentada desesperación, intentando respirar, moverse, escapar, hasta que todo, simplemente todo, se desvaneció, regresando a la intemporalidad y a la nada.

Al amanecer entraron en la tienda Ditalcón, Audax y Minuro, contemplando el cadáver largo rato.

—Está hecho —se limitó a decir Ditalcón tras un infinito silencio.

—¿Y qué haremos ahora? —demandó Minuro con ojos vidriosos.

—Pedir que Roma nos lo premie —dijo Ditalcón con aspereza justo en el instante en el que el murmullo lejano de los hombres a lo largo y ancho del campamento se transformaba en un aullido de lamento y dolor. Poca alegría había por la muerte de Viriato.

—¿Estamos a salvo? —dudó Audax, preocupado por los gritos.

—Larguémonos de aquí —zanjó Ditalcón.

Un esclavo avispado

Roma, finales de septiembre

Emiliano, sobre la grupa de su caballo, encaró el último tramo de la vía Apia rodeado de numerosos ciudadanos, niños y mujeres que se acercaban a saludarle o simplemente a verlo pasar con cara de bobalicones, extasiados por tener de forma tan inesperada y en sus mismas narices a alguien con tan inmensa alcurnia y dignidad. Él, por su parte, se limitaba a sonreírles en una inconfundible mezcla de gravedad y cercanía, lo suficientemente distante pero lo suficientemente próximo.

Superado el último miliario antes del alcanzar la puerta Capena, tiró de las riendas del caballo y lo detuvo justo a pocos pasos de la tumba de los Escipiones, excavada en una pequeña colina a la derecha de la calzada. Vista desde el exterior, no se veía otra cosa que un austero muro y una sencilla puerta decorada con dos columnillas sobre la que figuraba una inscripción en piedra que anunciaba que allí descansaban los miembros de la familia desde los tiempos de Escipión Barbado, constructor del monumento. En realidad, allí estaban todos, salvo dos de los más ilustres representantes de la familia, Escipión Africano y su hermano Escipión Asiageno.

Emiliano contempló la tumba durante un buen rato, escudriñándola con metódico esmero, y solo cuando le pareció suficiente arreó al caballo al tiempo que emitía un ligero chasqueo con la lengua.

Al llegar a la puerta Capena media Roma se había enterado de su regreso de Oriente, por lo que tuvo verdaderas dificultades para llegar a la cima del Palatino, donde, rodeado de una legión de devotos, se dirigió en primer lugar, como acostumbraba cuando volvía de un viaje, a la *domus* de su hermano Fabio. Ansiaba verlo mucho antes que a Sempronia, que a buen seguro le recibiría con el morro torcido.

Descabalgó con brío delante de la puerta de la casa, se giró al pelotón de ciudadanos, dio alguna que otra mano y se escurrió como una lagartija en el interior de la *domus*, dejando a su espalda cuatro esclavos forzudos de esos que te parten la cara en un visto y no visto.

En el atrio le aguardaba con cara de bondadosa felicidad su hermano Fabio, pero también su amigo Cayo Lelio; les faltó tiempo para que, lejos de formalismos y miradas indiscretas, se dieran un efusivo y conjunto abrazo.

—¡Por todos los dioses, juraría que te ha vuelto a brotar el pelo en la cabeza! —rio Fabio lleno de confianza al ver que su hermano estaba aún más calvo.

—No es pelo —secundó Lelio con guasa—, es que ha vuelto con la piel negra por el sol.

—Y yo juro que vosotros dos seréis mis gladiadores de lujo cuando organice las próximas luchas —les increpó Emiliano con fingido enfado.

Los tres hombres rieron con ganas y se dijeron bravuconadas durante un buen rato hasta que Fabio, como anfitrión, decidió que era el momento de hablar de lo serio alrededor de una mesita circular colocada en mitad del peristilo de la casa, bañados por el sol y con sendas copas de buen vino en la mano.

—Y bien, ¿qué te traes de tu maravilloso viaje por Egipto, Siria, Chipre y Rodas, entre otros lugares, hermanito? —preguntó alegremente.

—Grecia —se limitó a contestar Emiliano.

—Seguro que puedes ser un poco más explícito —porfió Lelio.

—Que Roma es una ciudad de ladrillo y terracota que merecería ser demolida para edificar otra nueva en mármol —espetó Emiliano.

—¡Te han deslumbrado los palacios orientales! —exclamó Fabio.

—Los palacios y las ciudades —resopló Emiliano—. Sus avenidas, templos, villas de recreo, mausoleos y jardines. Roma es una aldea de chozas en comparación con Alejandría o Pérgamo.

—Pero dominamos sobre todos —recordó Fabio.

—Lo que no es incompatible con tener una ciudad digna de ese dominio —repuso Emiliano—. Hoy mismo me he detenido junto a la tumba de los Escipiones, apenas un agujero lleno de sarcófagos que no hace honor a la familia ni a la ciudad —añadió en un lamento.

—Y me temo que ya has pergeñado algo —intervino Lelio.

—Voy a darle la majestad que merece.

Lelio y Fabio se miraron con gesto divertido.

—Algo más te habrás traído aparte de mármol —incidió el primero.

—En Rodas conocí a un tipo muy interesante, a alguien que invitaré a venir a Roma. Es un pensador de la doctrina estoica —dijo.

Fabio abrió los ojos como platos.

—¿No estarás pensando en traer a Roma a otro Blosio de Cumas? —preguntó alarmado.

—¡No, no, por todos los dioses, con un Blosio es suficiente!

—¡Qué alivio! —secundó Lelio.

—Se llama Panecio —continuó Emiliano—, pero su forma de pensar es muy distinta a nuestro querido Blosio. No pierde el tiempo con ideas de humanidad ni solidaridad absurda entre los hombres. Propugna el valor en la acción, el dominio de uno mismo o la templanza como formas para alcanzar la sabiduría.

—Es algo parecido a nuestra virtud tradicional —aseveró Lelio.

—Por eso mismo lo voy a traer a Roma —confirmó Emiliano—. Es hora de que un pensador griego no nos deje a la altura del barro, nos llame

ignorantes o nos tome por idiotas. Panecio va a dar categoría a nuestra forma de ser y pensar —finalizó con rotunda solemnidad.

Fabio y Lelio cruzaron sus miradas en cómplice sintonía.

—No dejas nada al azar —canturreó Fabio.

—Emiliano en su más pura esencia —añadió un risueño Lelio.

—¿Qué creíais? —porfió Emiliano, ajeno a tanta broma—. ¿Que me iba a limitar a reunirme con el rey Ptolomeo Evergetes, el segundo de su nombre, o con Atalo de Pérgamo? ¿O que solo viajaba para apoyar en el trono sirio a Antíoco?

—Por supuesto que no —contestó Lelio como un resorte.

—Jamás —apuntaló Lelio.

Emiliano, ahora sonriente, cabeceó divertido.

—Tengo que llegar a mi casa antes de que Sempronia envíe un manípulo de esclavos a buscarme y llevarme a rastras. Contadme rápido las últimas novedades —pidió.

—Viriato ha muerto —espetó Fabio a bocajarro. Emiliano levantó una ceja, pidiendo más información. Su hermano continuó—: Cepión ha informado en un despacho enviado al Senado que tres de los hombres de mayor confianza de Viriato lo traicionaron, acuchillándolo mientras dormía.

—¿Y lo creéis? —preguntó Emiliano abiertamente.

—Que mataran a Viriato a traición sí —contestó Lelio—, pero no que lo hicieran sus hombres por propia iniciativa —matizó.

—Con Quinto Servilio Cepión de por medio no se puede llegar a otra conclusión —apuntilló Fabio.

—Cepión y el soborno, algo puramente compatible —masculló Emiliano —. ¿Y se han rendido los lusitanos? —interpeló de seguido.

—Al parecer celebraron un majestuoso funeral y luego nombraron como sucesor a un tal Táutalo —informó Fabio.

—Entonces no se han rendido —repuso Emiliano.

—Cepión afirma que ese Táutalo es un miserable si lo compara con Viriato y que pronto lo derrotará —aclaró Lelio.

Emiliano ronroneó divertido.

—Si demuestra ser tan expeditivo como con Viriato, me lo creo —resopló—. ¿Y qué ha sido de los traidores?

—Tuvieron que huir del campamento de Viriato para no ser linchados —desdeñó Fabio.

—Y buscaron el refugio de Cepión para pedir favores, pero Cepión los envió a Roma para que decidiera el Senado. Deben de estar ya de camino —añadió Lelio.

Emiliano puso cara de no entender nada.

—¿Mataron a Viriato para tener que huir? —preguntó con guasa.

—Es que Cepión es muy persuasivo —bromeó Fabio.

Emiliano ahuecó los labios, hecho lo cual cabeceó rítmicamente y decidió pasar a otra cosa, dando por zanjado el problema lusitano.

—En fin, ¿ha habido más novedades? —pidió.

—Nada que ya no sepas —se adelantó su hermano Fabio—. Mientras Cepión está a punto de terminar la guerra lusitana, su colega Popilio Lenas no sabe qué hacer en la Citerior, aunque todos tememos que acabará siendo derrotado de nuevo por los numantinos. Metelo Macedónico grita más que habla en el Senado, ya sabes lo rudo que es. Pompeyo se pasea por Roma como si fuese un rey sin importarle lo más mínimo que su vergonzoso pacto con los numantinos fuera un fraude. Apio Claudio emponzoña cada debate senatorial. Y Nasica el Joven, que sigue tan impertinente como siempre, se prepara para ser elegido cónsul, lo que logrará casi con toda seguridad en los comicios de fin de año. En conclusión, la misma Roma que dejaste hace unos meses.

—Pero una Roma más revuelta —matizó Lelio. Emiliano le miró con atención—. El precio del trigo ha subido escandalosamente por problemas de abastecimiento y el ambiente está caliente. El pueblo está harto de las levas y del esfuerzo de guerra en las dos provincias de Hispania. Y para colmo de males el pretor peregrino ha decretado la expulsión de la ciudad de los judíos y los caldeos, a los que acusa de todos los males y de prácticas religiosas sediciosas.

—Siempre hay que buscar un enemigo común cuando las cosas no vienen bien dadas —expuso Emiliano.

—En ese caso, los judíos son la diana perfecta —afirmó Fabio.

Emiliano apretó los labios, abrió las aletas de la nariz y, dando una palmada a sus muslos, se puso en pie.

—Debo irme. Es hora de reencontrarme con Sempronia —dijo en un lamento.

—Publio… —murmuró con cariñoso reproche su hermano.

—No puedo evitarlo —sentenció Emiliano.

Poco después entraba en su *domus* con el máximo sigilo, pero ni por estas podía escapar de su destino. Sempronia, cual pitonisa de Delfos que todo lo sabe y todo lo percibe, le aguardaba en el atrio con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Pareces Leónidas en la Termópilas —le espetó a su esposa.

—Ya pensaba que no vendrías —contratacó ella.

—Me he entretenido en casa de mi hermano —se excusó él.

—Con tal de retrasarte te detendrías incluso en las casas de tus enemigos —replicó ella.

—Te he traído de Siria perfumes de azafrán y aromas de fenogreco,

mejorana y bálsamo de iris —trató de zafarse él.

—No pienses que me vas a engañar —barbotó ella con retintín.

—Estoy cansado —bufó él.

—Llevo esperando meses y no me voy a mover de aquí hasta que no me lo digas —amenazó ella.

Emiliano arqueó una ceja, pero comprendió de inmediato a qué se refería Sempronia, que al parecer mantenía una obsesiva preocupación desde que le dijera hacía casi ya dos años que podía ser una buena opción la adopción de su hermano Tiberio. De hecho, esa había sido justamente la última conversación de ambos antes de partir en embajada a Oriente. De aquella ocasión recordaba que se había divertido un rato a costa de ella al reconocerle enigmáticamente que él siempre ambicionaba algo. En realidad, no se refería a Tiberio, pero era muy embriagador hacerla sufrir y que creyera lo contrario.

—No ha cambiado mi forma de pensar —afirmó con malicia.

—No lo dudo, pero te he dicho que no me moveré de aquí hasta que me digas qué piensas de Tiberio y si esa es tu ambición —insistió Sempronia hecha una mula.

—Y yo te repito que es evidente.

—¿Evidente el qué? Dímelo.

—Todo a su momento.

—Que me lo digas.

—No.

—No te lo diré de nuevo.

—Que no.

—Eres despreciable.

—La última vez me dijiste que era insoportable, en verdad que me honras.

Sempronia se puso roja como la lava del volcán Etna.

—No eres como él —escupió de pronto.

—¿Cómo quién? —inquirió Emiliano, ensombreciendo el rostro. Preveía por dónde se acercaba el ataque y no le gustaba lo más mínimo.

—Como tu padre, no eres como tu padre. Él jamás haría algo así —susurró Sempronia con ganas de hacer daño, algo que efectivamente consiguió.

—Qué sabrás tú de mi padre si no lo conociste —se revolvió él.

—Sé lo que me cuenta mi madre. Lo sé todo —repuso ella, haciendo sangre. Era ahora Emiliano el que parecía estar a punto de estallar como el Etna.

—Si tanto te preocupa que adopte a tu hermano, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo entre dientes, vengativo.

—Pues no, no lo sé —contestó ella altiva.

—Darme un hijo.

Sempronia, hecha ya toda una mujer a sus veintiocho años, no se vino abajo ni reaccionó airada como antaño. Al contrario, dejó escapar una sonrisita hiriente.

—Eres más valiente con tus adversarios que conmigo —farfulló al parar de reír—. Si quieres que te dé un hijo, eres tú el que deberías saber qué hay que hacer. Sé un hombre. Te espero en mi dormitorio, Escipión Africano —Y se dio la vuelta y se marchó.

Emiliano sacudió la cabeza, desesperado.

—Como en el hogar en ningún sitio —le dijo entonces y con todo sarcasmo a Estacio, un viejo esclavo que vino a asistirle.

—La señora, en realidad, le ha echado de menos. Ella no sabría vivir sin estas discusiones —contestó con aventurera confianza el bueno de Estacio, tanto que Emiliano se le quedó mirando muy serio—. He creído conveniente que el señor lo supiera —añadió sumiso.

Emiliano mudó su rostro, dejando escapar una media sonrisa.

—No creo que Sempronia piense así, Estacio, no lo creo, pero déjame ir, no me detengas ni me entretengas, que debo ser un hombre —declamó mordaz, adentrándose a continuación en la casa en busca de su desquiciante esposa.

—Señor —oyó que lo llamaba sin embargo el bueno de Estacio.

Emiliano, sorprendido nuevamente, pero no molesto, se giró.

—Dime, Estacio.

—Señor, permitidme una cosa, una sola cosa —pidió.

—Habla, Estacio —le autorizó Emiliano con curiosidad.

—No es necesario que el señor diga que sí ni que no, pero creo saber cuál es la ambición del señor que tanto le preocupa a la señora.

Emiliano alzó una ceja. Aquello se ponía interesante.

—Continua, Estacio.

—Llevo muchos años en esta casa y aprendo. El señor ha vuelto de una embajada muy importante, pero ya no tiene nada que hacer en Oriente. Viriato ha muerto. Y en el resto de los dominios de Roma ya no hay destinos de prestigio, salvo uno, señor —expuso Estacio.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —inquirió Emiliano, totalmente sorprendido por tener en su propia casa a un verdadero senador—. Habla, Estacio —le conminó afectuoso.

—Numantia. El señor ambiciona la guerra de Numantia. Y Roma lo necesita, señor. Roma lo necesita —desveló el viejo esclavo, echando a continuación un paso atrás con la cabeza gacha.

Emiliano no pudo evitar que una enorme sonrisa se dibujara en su rostro. Tal vez fuera el momento de dar la libertad a aquel buen hombre.

—Estacio, como te he dicho antes, no me detengas ni entretengas, que debo ser un hombre. Esa es ahora mi ambición. Lo que deba ser mañana, solo los dioses lo conocen —dijo con cariño, perdiéndose en el interior de la *domus* pero, eso sí, sin poder dejar de sonreír.

Todo a su tiempo

Roma, finales de noviembre

El contubernio de los pedos ascendió la cuesta del palatino entre grandes voces. Todos ellos lucían ya unos hermosos y robustos veinticinco años —salvo Quintillo, que tenía uno menos— y habían completado sus primeros años obligatorios de servicio en las legiones. Eran ya hombres en el más puro sentido de la palabra, pero no por ello cesaban en sus bromas y risotadas, cual eternos adolescentes. Tal vez no fueran ya tan estridentes, pero no renunciaban ni a su amistad ni a meterse los unos con los otros en un incansable juego de ingeniosos ataques dialécticos que llenaban las calles de potentes carcajadas.

Muerto Viriato, los cuatro amigos habían emprendido el regreso a Roma. Cepión aún permanecía en Hispania Ulterior tratando de abatir al insignificante sucesor de Viriato, el tal Táutalo, pero, finalizada *de facto* la guerra, había consentido la marcha de los jóvenes, a los que ya nada retenía allí, más si cabe cuando por edad debían preparar el comienzo de sus *cursus honorum* y hacerse muy presentes en el foro como verdaderos y aristocráticos ciudadanos romanos a los que les ha llegado el turno de ejercer las distinguidas responsabilidades de la ciudad.

El contubernio de los pedos se despidió a los pies de la escalinata del templo de la diosa palatina de Viriplaca. Todos ellos se abrazaron efusivamente, se lanzaron las típicas puyas y se golpearon en brazos y espaldas con espontáneos golpes de hermandad.

Tiberio rio y se divirtió, pero no abrazó ni trató a todos por igual. Guardó su mayor efusividad para Octavio, verdaderamente su mejor amigo. Como él, era tranquilo y responsable, además de leal, muy culto y extremadamente educado. A ambos les gustaba hablar de las mismas cosas y se entendían a la perfección en sus pausas y momentos personales, motivos todos ellos más que suficientes para que su afinidad y confianza fuera dura como el granito.

Emplazándose para verse pronto, los amigos tomaron cada uno el camino de sus respectivas casas. Tiberio apenas tuvo que andar cien pasos para llegar a la suya. Un sonriente esclavo le abrió el portón en cuanto vio aparecer su esbelta figura, otro corrió alborotado al interior de la *domus* para anunciar su llegada entre grandes voces, una joven esclava se apresuró en traerle un paño húmedo con el rostro iluminado y otra vieja de rechonchas caderas que le había visto nacer no pudo evitar acercársele con desparpajo para escrutarle de arriba abajo como si fuese su propio hijo y verificar que regresaba con las extremidades en su sitio. Todos los siervos le tenían en gran

estima por el trato cariñoso y amable que siempre les dispensaba.

Tiberio recordaba cómo en su regreso de Cartago se le había echado encima un pequeño revoltoso de apenas nueve años que solo ansiaba ver sus regalos. Ahora, en cambio, todo era muy distinto. El muchacho que le aguardaba sonriente y con gesto pícaro en mitad del atrio ya nada tenía de niño. Su hermano Cayo, a punto de iniciar su andadura militar en cuanto cumpliera los diecisiete años —solo le faltaban unos pocos meses—, se había transformado en un fibroso joven. Su cuerpo no era tan esbelto como el de los Sempronios, ni su rostro tan sereno como aquellos. En este sentido, era más Escipión, más como su madre, con una complexión más comedida, pero con unos ojos llenos de vitalidad y ambición. Si Tiberio respiraba la elegancia y autoridad de los Sempronios Graco, Cayo irradiaba la energía e inquietud de los Escipiones.

—¿Se puede saber qué haces ahí quieto como un poste sin venir a darle un abrazo a tu hermano? —le recriminó Tiberio a modo de chifla.

Cayo sonrió aún más, yendo finalmente al encuentro de su hermano mayor, con los brazos ya abiertos, como si quisiera disfrutar de cada momento. El abrazo fue largo y efusivo.

—Aún no me has pasado —rio Tiberio al separarse, evaluando que seguía siendo más alto que su hermano.

—Dame un par de años y tendrás que elevar tu cabezota para mirarme a los ojos —contraatacó Cayo con un tono grave que sorprendió a Tiberio.

—¡Te ha cambiado la voz! —exclamó muerto de risa.

—¿Qué esperabas? ¿Qué tuviera todavía tu vocecita de flauta?

—Yo no tengo voz de flauta, idiota —replicó Tiberio, fingiendo enfado.

—No, la tienes de sacerdote castrado de la diosa Cibeles —bromeó Cayo.

—Ambos tenéis el timbre de vuestro padre —dijo de pronto otra voz melodiosa y distinguida, una incomparable e inconfundible.

—Madre —exhaló Tiberio al tiempo que se giraba hacia Cornelia, especialmente aficionada en aparecer sigilosa y de la nada en su característica y refinada discreción.

—Hijo —se limitó a contestar ella con una comedida sonrisa.

Fue esta vez Tiberio el que abrió los brazos y caminó hacia ella con el deseo de disfrutar del reencuentro. Su madre tenía cincuenta años. En su rostro ya no se disimulaban las arrugas y los cabellos estaban tachonados de canas, pero seguía siendo en su más pura esencia la hija de Escipión Africano. Allí, en el atrio, junto al *impluvium*, iluminada por la luz del hueco cuadrangular del tejado, ataviada como matrona, envuelta en su estola, parecía una figura inmortalmente serena y siempre orgullosa cuyos pies no tocan el suelo.

El abrazo de madre e hijo fue también largo y emocionado. Mucho tiempo habían estado separados, y no habían sido pocos los peligros afrontados por Tiberio en Hispania. Para Cornelia, tener de nuevo a su hijo en sus brazos, sentir su aliento y su pecho respirando, era el mejor de los obsequios. Aun así, le duró poco la vena sentimental, aflorando rápidamente su visión práctica y grandiosa de las cosas.

—Debes dejarte ver en el foro —dijo, echando un pie atrás.

—Lo sé —sonrió Tiberio.

—Ya he hablado con Emiliano y con Apio Claudio. Todos ellos y sus clientelas apoyarán tu candidatura a cuestor —prosiguió Cornelia.

—Lo sé, me escribí con ellos —contestó sonriente Tiberio.

—También contarás con el apoyo de los Mucio Escévola y de los Licinio Craso —continuó ella sin mirar ni escuchar en realidad a su hijo, centrada como estaba en todos los apoyos conseguidos para el acceso a la cuestura de Tiberio. El comienzo formal del *cursus honorum* de su vástago mayor debía ser fulgurante e incontestable.

—También lo sé —respondió él, igual de risueño.

—Habrás de visitar a nuestros clientes de Etruria y Campania, y recordarles que deben venir a Roma a votar, todos ellos —expuso ella yendo a lo suyo. No podía olvidar nada.

—Les he escrito también. Les visitaré en primavera.

—Y has de…

—Madre —la interrumpió Tiberio, sujetándola cariñosamente por los hombros. Ella elevó la vista—. ¡La pequeña Escipión que nunca descansa! —exclamó divertido.

—¡Mejor llamarla la pequeña Catón! —intervino Cayo con una carcajada—. No ha parado de escribir cartas y de hablar con unos y otros durante los últimos meses. Parece que es ella la que va a presentarse a la cuestura. ¡Es incansable!

—A la vista está —rio igualmente Tiberio.

Cornelia, lejos de enfadarse o de sentirse burlada por sus hijos, adoptó uno de sus indestructibles gestos de distinguida soberanía, ladeando ligeramente la cabeza.

—Pues si ya lo tienes todo arreglado —se arrancó con férrea dulzura al tiempo que clavaba sus ojos en Tiberio—, es hora de ir pensando en tu compromiso matrimonial. Licinio Craso Dives quiere entregar a una de sus hijas como esposa de Cayo, y tú, Tiberio, un cuestor debe tener una buena esposa —espetó de pronto.

—¡Por Hércules! ¡Esto se pone interesante! —clamó Cayo.

—¡Y tanto! —le secundó Tiberio.

—¡Es verdaderamente incansable! —tronó Cayo.

—¡Y tanto! —repitió Tiberio.

—¿Sois mis hijos o dos charlatanes de la Subura? —les recriminó su madre. Cuanto más mayores se hacían, más complicidad surgía entre los dos hermanos, cosa que le agradaba en unos casos y le molestaba en otros, especialmente cuando era ella la víctima de tanta confabulación fraternal.

Vino a salvar la situación, no obstante, una aparición inesperada. Se oyó que se abría una puerta y que unas pequeñas pisadas se acercaban desde el *tablinum*. Tiberio aguzó los sentidos, Cornelia respiró paciente y Cayo, consciente de qué se trataba, silbó como reclamo. La pisaditas se aceleraron, llegaron los ladridos e irrumpió en el atrio un perro moviendo desaforadamente la cola.

—¡Jerjes! —prorrumpió Tiberio con el can echándosele encima para lamerle brazos, la cara y todo lo que pillase a su alcance.

—Está viejo, pero no te ha olvidado —voceó Cayo.

—Perro listo —rio Tiberio, rascando las orejas del chucho.

Cornelia, por su parte, con la batalla de la formalidad y de la seriedad definitivamente perdida, estiró el cuello, giró sobre sus talones y se alejó con parsimonia.

—Madre —oyó que la llamaba Tiberio.

—Hijo —dijo ella, girándose. Su hijo seguía acariciando a Jerjes, pero la miraba con semblante comprensivo.

—Sabes que es un asunto delicado. Apio Claudio desea desde hace años que me case con su hija Claudilla —recordó Tiberio.

—Lo sé.

—Y sabes que la idea no le gustará a Emiliano.

—Lo sé.

Tiberio cabeceó alegremente sin dejar de rascar las orejas de Jerjes, tirado ahora en el suelo, boca abajo, para recibir más caricias.

—Hablaremos de todo ello más tarde, ¿de acuerdo? —propuso él.

Cornelia asintió magnánima, consciente de que además de un hijo tenía ante sí a todo un Sempronio Graco con sangre Escipión, a un hijo que era un hombre y al que poco o nada podía ya enseñar. Estaba orgullosa. Su trabajo había finalizado.

—Cuando a mi hijo mayor le parezca oportuno —condescendió.

Tiberio sonrió de oreja a oreja.

—Hablaremos, madre, hablaremos, todo en su momento.

El tiempo de Nasica el Joven

Roma, noviembre y diciembre

Ditalcón, Audax y Minuro llegaron a Roma a comienzos de noviembre, enviados por Cepión para que fuese el Senado quien premiase su valerosa acción. Después de haber calibrado erróneamente la reacción de los fieles a Viriato y tener que salir por piernas tras su asesinato, confiaban al menos que Roma les pagara el enorme servicio prestado.

Bien enfundados en buenas túnicas y ropajes, se plantaron ante el Senado para solicitar recompensas y favores, pero tuvieron el inoportuno desliz de dejar caer con toda ingenuidad que habían actuado incitados por Cepión, que para ellos no era otra cosa que el representante del Senado en Hispania.

En este estado de cosas, temerosos los padres conscriptos de que se les pudiera achacar a ellos de forma pública la enorme mala fe de Cepión, congestionaron sus caras, torcieron el morro, echaron fuego por boca y ojos, afirmaron que ellos jamás harían tal cosa y, finalmente, ordenaron con semblante ofendido y brazo extendido hacia Hispania que fueran expulsados de Roma y del territorio romano, y que jamás se volviera a saber nada de ellos.

—Roma no paga a traidores —fue la demoledora frase que Nasica el Joven espetó lleno de inquina y altanería, asumiendo —porque él lo valía— la portavocía de los padres conscriptos con el sano interés de catapultar su candidatura al consulado, cuyas elecciones se iban a celebrar ese mismo mes de noviembre.

Audax, Ditalcón y Minuro, con cara de no creer lo que les estaba sucediendo, quisieron defenderse, pero Nasica no les dio opción ni de abrir la boca. Servidores del Senado los cogieron en volandas, los arrastraron hasta Ostia y los lanzaron como sacos de trigo podrido a uno de los pocos barcos que en aquella época navegaría hasta Hispania.

—Si se ahogan, mejor —le confesó Nasica esa misma noche a su protuberante esposa, Cecilia Metela. Esta era una mujer de cabello morena y nariz nada desdeñable, ruda y robusta en su físico como lo era su familiar Metelo Macedónico. Con casi cuarenta años, se hacía respetar a base de bien, y no toleraba ni temía las salidas de tono de su importante esposo. En este sentido, como venía sucediendo cada vez en mayor medida con las mujeres de alta alcurnia como Cornelia, lo que dijera y cómo lo dijera no podía ser ignorado por sus maridos so pena de llevarse un temible bufido.

—Supongo que habrás sido de los primeros en hablar en el Senado —contestó ella como un resorte.

—El primero —aclaró Nasica.

—Y habrás defendido que esos traidores no merecían nada —aseveró ella despectiva.

—Vehementemente —confirmó Nasica con una enorme sonrisa.

Cecilia Metela asintió satisfecha.

—Los ciudadanos se enteran de todo y premian con el consulado a los hombres rotundos. Quiero ser esposa de un cónsul —apuntaló.

—No lo olvido —siseó Nasica.

Y en verdad que no podía olvidarlo porque el momento, su momento, se aproximaba. Toda una vida a la sombra de su respetado padre, Nasica Córculo, y del popular y todopoderoso Emiliano, estaba a punto de llegar a su fin. Siempre le habían criticado por su arrogancia, por su mirar por encima del hombro, por su boca apretada hacia afuera, por su impertinencia, por sus bromas de graciosillo, por su carácter tendente a lo violento, por sus arranques de furia e incluso por el famoso apretón de manos a un simple campesino y el posterior comentario sobre si caminaba con las manos. En aquella ocasión, Roma entera le había tildado de idiota redomado, de noble mimado, pero ahora, años después, tras alcanzar en su segundo intento la edilidad y ejercer una magnífica pretura, tocaba ya con la punta de los dedos la cima que merecía. Era patricio, era el pontífice máximo, era un Escipión de la rama de los Nasica, era nieto de Escipión Africano, su atrio estaba lleno de *imagines* mortuorias y disponía de un patrimonio y de un relumbrón como pocos. Solo le faltaba el consulado. Y se lo merecía.

En estas lides, a lo largo de octubre y noviembre hizo lo que debía, apretar muchas manos, dejarse ver en el foro de modo permanente, organizar comidas populares, invitar a magníficas cenas privadas, prometer mucho, prometer aún más a contratistas, publicanos y ricos *negotiatores* en general, evitar comentarios idiotas u ofensivos por los que tan bien se caracterizaba y sonreír como jamás lo había hecho, incluso a las gentes de más baja condición.

Por lo demás, disfrutó como si estuviera en una desternillante comedia de Menandro al verse acompañado en su campaña por Emiliano, que en su integridad y asquerosa rectitud como líder de la facción no podía hacer otra cosa que patrocinar a todos los Escipiones, fuesen quienes fuesen, incluido él. La relación entre ambos era más que cortante, pero los dos supieron estar en su lugar y caminar uno al lado del otro como si fuesen los mejores amigos.

Y los ciudadanos, verdadero rebaño de tontas ovejas, lo creyeron, y contentos de tener de nuevo a un Escipión en lo más alto, le dieron su voto de forma masiva el día de los comicios centuriados.

Terminadas las votaciones, que por primera vez en la historia de la ciudad se ejercieron en secreto gracias a la recientemente aprobada *lex*

Gabinia tabellaria, Nasica acudió al templo de Júpiter Óptimo Máximo como era tradición, y después quiso pasar por la *domus* de su madre, la gran matrona Cornelia *maior*, un ejemplo viviente de mujer que, tras haber sufrido permanentemente sus salidas de tono, sus carcajadas a destiempo y sus fracasos, podría por fin sentirse plenamente orgullosa de su hijo, o eso creía.

—Aquí tienes a todo un cónsul de Roma—le dijo con una sonrisa que no le cabía en la cara en cuanto la tuvo delante—. A un hijo que podrá honrar la dignidad de los suyos —añadió exultante.

Cornelia *maior*, a la que la viudedad no le había privado de su imagen rechoncha de mujer sexagenaria, le miró en cambio con expresión triste.

—Ojalá viviera tu padre para verlo —suspiró.

—Lo verán los que están vivos —replicó Nasica con una de sus típicas contestaciones poco oportunas, decepcionado por una recepción tan poco efusiva. Ni siendo cónsul parecía hacer feliz a su madre.

Cornelia, que conocía muy bien a su hijo, elevó la vista, mostrando ahora sí sus ojos vivarachos y su alegre energía.

—Estoy deseando contárselo a mi hermana y a Emilia. Mañana pasearé con ellas —soltó con buscada felicidad.

Nasica, reconfortado como un niño caprichoso al que le dan un regalo, ronroneó una risita ronca.

—Ya solo por eso merece la pena alcanzar el consulado.

—Pero prométeme solo una cosa —pidió su madre, regresando a la sobriedad. Nasica arqueó una ceja.

—¿Qué cosa? —preguntó él a la defensiva.

—Que nunca te dejes llevar por tus impulsos.

El rostro de Nasica se arrugó como una pasa seca.

—No sé por qué dices eso —graznó desabrido.

—Porque solo yo puedo decírtelo.

—He llegado a lo más alto siendo como soy —bufó, sintiendo que los calores se le extendían por el cuerpo.

—Pero has de controlar tus impulsos —se obcecó Cornelia en su papel de madre preocupada que sabe cómo es su hijo.

Nasica advirtió que el corazón se le aceleraba y que le dominaba la más demoledora furia. Apretó las manos, se le agarrotaron las mandíbulas y dejó enseñar los caninos.

—¿Ves a qué me refiero? —le dijo entonces su madre.

Nasica tuvo deseos de abalanzarse sobre ella, pero se contentó con lanzar al cielo un grito de impotente rabia.

—Ten por seguro —murmuró entre dientes después del fenomenal alarido— que tu hijo será reconocido como un hombre digno de su familia y de Roma, un hombre recordado por siempre, tenlo por seguro. —Y giró en

redondo y se marchó dando grandes zancadas.

—Yo también lo espero, hijo, yo también lo espero —balbució Cornelia *maior* poco convencida.

El honor de llamarse Serapión

Roma, de enero a marzo de 138 a.C.

Nasica el Joven se las prometía muy felices cuando en las calendas de enero tomó posesión de su cargo como cónsul de Roma. Por fin podría brillar con luz propia y erigirse como un hombre de prestigio lleno de autoridad y dignidad, un hombre del que enorgullecerse.

Con tal ánimo, su primera decisión al frente de la máxima magistratura de gobierno fue ejemplarizante. De la mano de su colega consular, Décimo Junio Bruto, culpó y llevó ante el pueblo a Cayo Matienio, un hombre acusado de haber desertado del ejército de Hispania. Nasica no estaba dispuesto a permitir una conducta asquerosamente incívica, máxime en unos tiempos en los que la relajación de los valores militares comenzaba a ser verdaderamente vergonzosa y alarmante. Además, con una acción tan drástica, buscaba también notoriedad entre los suyos y erigirse en el bastión de las viejas costumbres, incluso por encima del mismísimo Emiliano.

—Todos han de saber que hay un Escipión al frente de la ciudad —decía en la intimidad a sus amigos y devotos más cercanos—. Y todos han de saber que hay más Escipiones que Emiliano —añadía fervoroso.

Teniendo en cuenta la alcurnia del acusador y la inversamente proporcional del acusado, el pueblo reunido en asamblea declaró culpable al pobre Matienio. Y este, incapaz de defenderse, fue azotado con varas largo tiempo y vendido como esclavo por un mísero sestercio bajo la atenta e inquisitiva mirada de un exultante Nasica, que caminaba por el foro exhibiendo sus cabellos dorados, su perfecta dentadura, sus ojos azules, sus labios fruncidos hacia adelante a modo de pico de pato y su impresionante toga *praetexta*.

Su calvario, no obstante, comenzó poco después, y todo ello con ocasión de la intervención de un nuevo tribuno de la plebe con excesivas ganas de protagonismo. Tal tribuno se llamaba Cayo Curiacio, un joven plebeyo con demasiado apego al tocamiento de los genitales masculinos, especialmente los de Nasica.

—¿Tiene algo que ver en todo esto Apio Claudio? —bramó en esta ocasión Nasica ante sus íntimos, hecho una furia. Todos, sin embargo, se encogían de hombros—. ¿Y Emiliano? —demandaba a continuación como un demente, pero con el mismo resultado. Nadie sabía si Curiacio actuaba orquestado o por propia iniciativa, pero en realidad poco importaba. Era un toca testículos que comprometía su dignidad, lo que le irritaba en extremo.

El asunto era que, de un tiempo a esta parte, Roma estaba sufriendo una grave carestía de suministro de trigo y el consecuente encarecimiento de su

precio. Una perfecta combinación de tormentas, malas cosechas y especuladores era el origen de estos males, en los que nada tenía que ver Nasica, y así lo entendían todos, todos menos uno, el tribuno Curiacio, que haciendo suyas las tribunas de la ciudad y con el rostro artificiosamente congestionado se dedicó a clamar día sí y día también contra los cónsules.

—¡Son unos ineptos que os engañan! —rugía el tribuno, desaforado—. ¡Ellos tienen el oro y la plata! ¡Ellos tienen pan hasta atiborrarse! ¡Y ellos no hacen nada por vosotros! —voceaba subido a las estatuas y a las plataformas de los templos.

Al principio las proclamas no surtieron especial efecto, pero conforme aumentaba la escasez de grano y subían los precios, los ánimos se fueron caldeando al albur de los gritos del «toca testículos», como lo llamaba Nasica.

—¡Ese imbécil va a incendiar la ciudad! —aulló Nasica una noche en la paz de su casa y ante la mirada indiferente de su esposa, Cecilia Metela, y la desconfianza de su madre, Cornelia *maior*, que a cada momento le recordaba con una tenacidad inasequible que controlara sus impulsos. Ni que decir tiene que la frasecita en cuestión le provocaba el efecto contrario.

En estas, con una Roma llena de carteles contra los cónsules que bien podía ser el preludio de una semana de disturbios, el picajoso tribuno de la plebe cometió un error, o al menos así se lo pareció a Nasica.

—Ha encendido su propia pira —barbotó al enterarse.

Resultaba que, a comienzos de febrero, creyéndose el rey de Roma y con el pueblo comiendo de su mano, Curiacio convocó a la asamblea plebeya y llamó a su presencia a los dos cónsules, y en cuanto los tuvo delante y frente a una multitud apiñada en el foro se irguió como un gallo de corral, ajustó su toga y exhaló sus demandas:

—Yo, como representante del pueblo de Roma, como defensor de sus intereses, exijo a los cónsules que ordenen al Senado la compra pública de trigo y que envíen legados a Sicilia y a Egipto para su adquisición y posterior entrega gratuita. Os lo exijo —declamó con especial temeridad.

Era la ocasión que Nasica esperaba desde hacía tiempo. Y así, adelantándose al creciente rumor del populacho, dio dos pasos al frente, elevó el mentón, fulminó con su mirada a todo ser viviente, elevó aún más la barbilla, estiró amenazante su brazo derecho, reiteró su abrasadora mirada, apretó los dientes y habló desde su infinita superioridad:

—Y yo, Publio Cornelio Escipión Nasica, hijo de Nasica Córculo, nieto del mejor hombre de Roma, aquel que trajo la piedra sagrada de la diosa Cibeles, y bisnieto de Gneo Cornelio Escipión Calvo, que murió en Hispania a manos de los cartagineses, os digo que aquí y ahora guardéis silencio, porque yo, quirites, sé mejor que vosotros lo que conviene a la República, y nada de lo que os diga este hombre resulta útil ni oportuno —afirmó autosuficiente,

dicho lo cual, volvió a barrer el foro con sus ojos azules, levantó hasta lo imposible el mentón y trasmitió tal grado de asesina amenaza que una onda invisible sacudió y atravesó el pecho de los presentes bajo un silencio sobrenatural. Había vencido, así de sencillo, con su sola y desmedida autoridad escipiónica.

Después de su intervención, los ciudadanos se marcharon a casa y olvidaron el precio del trigo, pero no así un vengativo Curiacio, que de tan humillado y ofendido que estaba rescató a los pocos días una vieja petición que sabía que corroería las tripas de Nasica.

Ocurría nuevamente que los cónsules acababan de dictar los edictos anuales de reclutamiento para las legiones, y he aquí que en la primera sesión senatorial en la que tuvo ocasión Curiacio pidió la palabra, le fue concedida, se levantó del banco tribunicio y dijo:

—Reclamo el antiguo derecho de cada uno de los diez tribunos de la plebe a eximir del reclutamiento a diez hombres.

—No —se limitó a contestar Nasica, que presidía la sesión y que detestaba costumbres como aquella que no hacían otra cosa que pagar favores y minar el espíritu militar.

—Reclamo el derecho de cada uno de los diez tribunos de la plebe a eximir del reclutamiento a diez hombres —reiteró Curiacio sin bajarse del burro, alzando el tono de voz.

—No —repitió Nasica entre dientes.

—Entonces, que los cónsules se atengan a las consecuencias —advirtió Curiacio.

—Haz lo que te plazca —contestó Nasica—. Los cónsules no autorizamos la exención.

Terminada la sesión, a Curiacio le faltó tiempo para abandonar la curia Hostilia, cruzar el *comitium* como un toro y encaramarse a la adyacente tribuna rostral, asomándose al foro.

—Quirites —bramó al tiempo que una multitud ociosa se apelotonaba rápidamente alrededor de los *rostra*—, los cónsules niegan el derecho de los tribunos de la plebe a eximir del ejército a diez hombres, lo que conculca nuestras facultades y ofende a la majestad del pueblo de Roma —aseveró rimbombante—. Pero sabed que no voy a permitirlo y por ello mismo ordenaré que se detenga a los cónsules y que sean llevados a la cárcel si no cesan en su negativa —anunció ante las caras de pasmo de los ciudadanos, pues algo así no se veía desde el consulado de Lúculo y Postumio Albino, hacía ya trece años, ambos encarcelados por obra y gracia de los entonces tribunos de la plebe.

Lanzada la breve filípica, Curiacio se dio la vuelta y topó su mirada con la gélida de Nasica, que se hallaba quieto como un poste, pero con claros

deseos de pelea en el podio de la curia, justo al otro lado de la pequeña plaza circular de los comicios. Curiacio sonrió entonces hiriente y se giró de nuevo hacia el foro. Era el momento de perpetrar la humillación pública que le rondaba la mente desde hacía meses. Nasica, un hombre arrogante que nada había demostrado en la vida más allá de nacer en el seno de la familia Escipión, se lo merecía.

—Ved ahí, quirites —clamó con guasa—, al cónsul Serapión. A Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión —remarcó.

El segundo posterior a tales palabras fue puro y violento silencio, pero en el siguiente segundo el tiempo se abalanzó, explotando una sonora y punzante masa coral de carcajadas que arrasó el foro y avanzó hasta la curia, despeinando los formidables cabellos dorados de Nasica, al que le salía humo por las orejas. Porque sabía, al igual que toda Roma, que Serapión era un famoso vendedor de cerdos que guardaba un asombroso parecido con él. Era un secreto a voces, pero nadie se atrevía ni siquiera a mentarlo, nadie salvo el miserable Curiacio, dispuesto a llevar la guerra hasta donde hiciera falta.

—¡Serapión, Serapión, Serapión! —fue el insoportable coro que se elevó entonces al cielo de Roma.

Poco después, Nasica entraba en su casa hecho un basilisco, despotricando sin mesura contra Curiacio. Se encontraban en el peristilo su esposa Cecilia Metela y su madre Cornelia *maior*, ambas disfrutando de los suaves rayos de sol del mes de marzo. No obstante, ninguna de las dos se sorprendió de los aullidos de Nasica. Roma era un hervidero de cuchicheos y la noticia ya había llegado a sus oídos.

—¡Ese imbécil me ha llamado Serapión delante de toda Roma! —se desgañitó Nasica, irrumpiendo en el peristilo—. ¡Ese imbécil me ha humillado! ¡Lo pagará, bien que lo pagará! ¡No llegará ni a cuestor! ¡Jamás le votará nadie! ¡Lo juro por Júpiter, Juno y Minerva! ¡Jamás!

Su madre miró a Cecilia Metela y resopló paciente.

—Controla tus impulsos —le dijo finalmente a su hijo.

Nasica, que se agitaba de un lado a otro, detuvo de golpe sus zancadas y apretó los dientes de tal manera que bien corría el riego de arenar sus molares.

—¿Que controle mis impulsos? —chilló desquiciado—. ¡Me ha llamado Serapión! ¡Ahora todo el mundo me llamará Serapión, como ese vulgar vendedor de cerdos! ¡Seré el hazmerreír de Roma! —Y se tiró de los pelos con desesperación.

—Hijo, eres idiota —espetó su madre.

—Completamente idiota —confirmó Cecilia Metela.

Nasica, repentinamente aturdido, clavó su mirada en su madre y en su esposa. Ambas eran mujeres rechonchas de senos generosos.

—¿Que soy un idiota? —repitió incrédulo.

—El más grande que he conocido —contestó su madre.

—Opino de la misma manera —secundó Cecilia.

Nasica no sabía si creer o no lo que estaba escuchando.

—¿Es que acaso debería estar contento? —replicó ofendido.

—Por supuesto —dijeron ambas mujeres al unísono.

Nasica eructó una grotesca carcajada al tiempo que daba palmas.

—Eres idiota —reiteró su madre.

—Pues si tanto lo soy, estoy ansioso por conocer por qué lo soy —repuso Nasica con un tonillo irónico e irritante mientras seguía riendo y dando palmadas.

—¿Es que aún no te has dado cuenta de que todos los sobrenombres de los grandes hombres de Roma sonaron ridículos al principio? —se alzó su madre al estilo Escipión. Su hijo comenzó a dejar de reír—. ¿Es que no te has dado cuenta de que Paulo significa pequeño, que Nasica es nariz afilada, que Escipión es bastón o que Estrabón alude a alguien a quien los ojos miran hacia sitios distintos? —Nasica dejó de reír del todo—. ¿Es que aún no ves que ese tribuno de la plebe, queriendo ofenderte, te acaba de dar un nuevo sobrenombre en vida? —inquirió Cornelia cada vez más crecida—. ¿Es que aún no sabes que cuantos más sobrenombres tengas más prestigio tendrás tú y los tuyos?

—Curiacio te acaba de hacer un gran favor, esposo —espetó Cecilia Metela—. Luce ese *cognomen* con orgullo.

Nasica, completamente mudo, cruzó los brazos sobre el pecho y se llevó la mano derecha a la barbilla, con gesto reflexivo.

Segundos después, sin decir absolutamente nada, giró en redondo y se encaminó al *tablinum*. Tenía pendiente escribir una carta a uno de sus clientes en Campania y le acababa de surgir el antojo de hacerlo de inmediato.

Se sentó frente al escritorio, tomó el cálamo, lo untó en tinta y escribió con rapidez. Hecho esto, finalizado el cuerpo de la carta, alzó la vista, respiró pausadamente, cabeceó convencido, volvió a bajar la cabeza y la firmó del siguiente modo: «Te saluda afectuosamente, Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión».

El tiempo de Tiberio

Roma, de abril a mediados de octubre

El regreso de Emiliano puso fin al feliz tiempo de solidaria camaradería en el Senado, aquella que había permitido que los augustos padres conscriptos se pusieran sorprendentemente de acuerdo para aniquilar sin sonrojarse los tratados de Serviliano con Viriato y Pompeyo con los numantinos.

Así las cosas, harto de tanto amiguismo y una vez salvados los culos curules de todos, Metelo Macedónico, coaligado con los Servilio Cepión, decidió a comienzos de la primavera cargar como un elefante númida contra su odiado Pompeyo, acusándolo ante un jurado senatorial por extorsión de los provinciales durante su gobierno en la Citerior.

Metelo azuzó con ganas, pero Pompeyo no era una malva, defendiéndose como gato panza arriba, tanto que los senadores elegidos como jueces, visto el cariz de los acontecimientos y que les daba mucha pereza condenar a uno de los suyos, optaron por rechazar la acusación, declamando pomposamente: «Que no parezca que el prestigio de los acusadores se imponga a la independencia del jurado».

Finalizado el juicio —desarrollado en el marco de la famosa acción jurídica conocida como *quaestio de rebus repetundis*, creada en los tiempos del juicio de Galba por su masacre de lusitanos—, quien decidió tomar el testigo del barullo y de la popularidad que estos actos conferían fue el propio Emiliano.

Con renovadas ganas tras haber recuperado su energía vital en la embajada oriental, la emprendió con el primer afortunado que pasó por su mente, en este caso Lucio Aurelio Cotta, aquel que había discutido con Galba por el mando de la guerra contra Viriato, permitiendo gracias a tamaña estupidez que quien continuara en la Ulterior fuera Fabio.

Emiliano llevó a Cotta ante el mismo jurado provincial que había absuelto a Pompeyo y por iguales motivos, a saber, por extorsión provincial durante su pretura como espurio medio de saldar sus deudas.

Cotta, por su parte, que vivía a cuerpo de rey y no esperaba el ataque, dudó el primer día, pero se revolvió como una viborilla a partir del segundo, buscando y obteniendo un rudo defensor totalmente inesperado, Metelo Macedónico, que quería estar en todas las salsas.

—Es la oportunidad que buscabas de distanciarte de Emiliano y de seguir tu propio camino —le conminó su esposa Atilia una noche.

—Si lo hago, si defiendo a Cotta, será como si Júpiter lanzara un rayo en mitad del foro —había vacilado Metelo.

—Como si lanza mil rayos y el Capitolio se viene abajo.

—Emiliano no me lo perdonará.

—No serás el único al que no perdona algo.

—¡Pues lo haré, por Hércules que lo haré! —se había convencido Metelo, bien dispuesto a que su familia tuviera por fin su propio lugar en el orbe, algo que deseaba desde hacía tiempo.

Emiliano, que siempre iba a lo suyo, desdeñó la inesperada defensa de Metelo e intensificó su embestida, presentando testimonios irrefutables acerca de la culpabilidad de Cotta mientras el pueblo le alababa por su intachable rectitud.

Metelo tampoco se quedó atrás. Erguido como un coloso en la sala de sesiones del jurado senatorial, bramó día tras día que Emiliano solo buscaba notoriedad y que los hechos denunciados eran falsos.

La lucha fue tan encarnizada que hicieron falta hasta siete emplazamientos en los que las partes sostuvieron con vehemencia sus alegatos y pruebas. Finalmente, el jurado acordó absolver a Cotta para que, al igual que había sucedido con la acusación a Pompeyo, no pareciera que el prestigio de Emiliano se imponía a la independencia de los miembros del tribunal.

Y en estas, sintiéndose todos muy felices por tanta diversión, mientras Metelo se independizaba, Emiliano recuperaba su popularidad y Nasica el Joven se hinchaba como un gallo cada vez que le llamaban Serapión, Tiberio presentó en octubre su candidatura para alcanzar el primer escalón del *cursus honorum*, la cuestura.

Contando con el apoyo de todos los grandes senadores de Roma, se paseó por el foro con distinción y pronunció varios discursos muy aplaudidos. Todo lo hizo bien y a su debida forma, e incluso el día de las elecciones amaneció tranquilo y pausado, a su manera, soportando pacientemente las bromas de su hermano Cayo, los ladridos de Jerjes, los nervios de Sempronia o la sempiterna mirada aristocrática de su madre, que todo lo escrutaba para que estuviese perfecto, desde el rasurado de su cara, la disposición de sus cabellos, cómo debía mirar, hablar o caminar o los pliegues de la toga cándida.

Como venía siendo costumbre, cuando todo estuvo listo, Tiberio salió al atrio de la casa, acercándose al altar de los lares para ofrendar un pequeño sacrificio.

Hecho esto, su mirada descansó en los templetes que custodiaban las *imagines* de los antepasados consulares. Respiró para descargar cualquier atisbo de presión, y a fe que no era poca.

Desde que cumpliera diecisiete años se había distinguido por su valor en distintas campañas militares, ya fuese en la toma de Cartago con Emiliano, en Hispania Ulterior con Fabio, Serviliano y Cepión, o en los valles alpinos de la tribu gala de los salasos con Apio Claudio. En todas estas ocasiones había

destacado por su arrojo y criterio, ganando incluso una corona mural en Cartago.

Y todo ello era suyo e incontestable, acumulando un capital valiosísimo que ahora debía invertir en aquello que hacía grande de verdad a un ciudadano romano, el transitar del *cursus honorum*, la ordenada sucesión de magistraturas de gobierno de la ciudad, desde las menores hasta las mayores, desde la cuestura hasta el consulado y la censura. Este era el camino que emprendía, aquel ya transitado con enorme éxito por su abuelo Escipión Africano y por su padre. Esta era ahora su responsabilidad, imitarlos e incluso superarlos. Era su tiempo.

Tiberio sonrió en el atrio de su *domus*, infló sus pulmones, dejó que entrara en ellos el aire que solo respiran los destinados a las mayores dignidades de Roma y abandonó su casa con el mentón bien elevado y muy orgulloso, confiado de que el pueblo le diese los votos necesarios para ser distinguido como uno de los diez cuestores del año, los magistrados que se encargaban, según el destino que les tocara en el pertinente sorteo, de la gestión de las finanzas del Senado o de la de los gobernadores provinciales.

Al poner los pies en la calle se encontró con una ruidosa masa de amigos y clientes que habrían de acompañarle hasta el Campo de Marte. Allí estaba su amigo Quintillo, pero también muchos miembros de la *gens* Sempronia y el mismísimo Emiliano, bien secundado por Fabio y Lelio. La relación entre su cuñado y su madre seguía siendo distante y tirante, y a él mismo siempre le había costado estar en compañía de Emiliano, pero aquel día, aquel momento, era especial, y un hombre socialmente tan cumplidor como Escipión Emiliano no podía estar ausente, no de manera pública.

Entre otros grandes hombres que le iban a servir de impresionante séquito no podían faltar Apio Claudio Pulcro o Metelo Macedónico. Al parecer, nadie quería perder la ocasión de acompañarle y de mostrar su generosidad para con el joven y prometedor Graco.

Incluso vio en el cortejo a Nasica el Joven, o Nasica Serapión, con quien tenía en verdad una relación nefasta desde su infancia. Su primo lo odiaba, esa era la verdad, como había odiado antes a su padre, pero no era de extrañar. Por mucho que Nasica tuviese ahora la cabeza más arreglada, seguía siendo el de siempre, muy estirado, altivamente aristocrático e impertinente.

Al que, por contra, no era posible otear por ninguna parte era al pelirrojo Pompeyo, aunque más le valía para no ser devorado por Metelo o por la manada de Escipiones con Emiliano a la cabeza.

—Esta comitiva va a parecerse a un triunfo —bromeó en cualquier caso con espontaneidad, provocando las risas de todos los grandes hombres, enzarzados en conseguir la mejor posición dentro de la línea.

Tiberio echó entonces a andar, arrastrando a todos tras su estela, en

busca del Campo de Marte, donde se celebraban ahora las elecciones de las magistraturas menores tras una reciente reforma legislativa.

Descendió del Palatino por la cuesta de la Victoria, alcanzó rápidamente el barrio de los etruscos, cruzó el *vicus Tuscus*, atravesó el barrio del Velabro y llegó bajo una gran algarabía a la puerta Carmenta.

Girando a la derecha, bordeó el Capitolio por su vertiente oeste, dejó a la izquierda los pórticos marmóreos construidos un lustro atrás por Metelo Macedónico y se plantó magnánimo en los cercados de votación, donde fue recibido con una estruendosa ovación por los miles de ciudadanos congregados por tribus.

Allí, deteniéndose continuamente, con una sonrisa que no le cabía en la cara, se hartó de apretar manos y de recibir empellones en la espalda de los rudos votantes campesinos, todos ellos deseando tocarlo por el cariño y respeto que le profesaban. Por joven que fuera, no era un cualquiera quien caminaba entre ellos. Era un hombre que atesoraba la sangre de los Escipión, los Emilio Paulo y los Sempronio Graco.

En el tablado de los candidatos, Tiberio se reunió con su íntimo amigo Octavio, que también se presentaba a la elección, y con Fannio, que hacía lo propio. Todos ellos se dieron un efusivo abrazo.

Cumpliendo los escrúpulos religiosos, se tomaron los auspicios antes de comenzar las votaciones. Hecho esto, el presidente de la asamblea por tribus, precisamente el cónsul Nasica Serapión, leyó el nombre de todos los candidatos. Después se sorteó en qué tribu votarían los latinos. Finalmente, comenzaron las votaciones, desparramándose los votantes de las treinta y cinco tribus en cada uno de los treinta y cinco cercados por los que debían pasar a votar.

Al rato, depositadas las tablillas, comenzó el laborioso recuento. Cada vez que se finalizaba el de una tribu, el cónsul Nasica Serapión graznaba el nombre de los candidatos elegidos. En alguna tribu hubo empates, que fueron resueltos por sorteo, pero al finalizar la jornada un nombre imperaba aplastantemente sobre todos los demás, ocupando invariablemente el primer puesto de los diez elegidos. Se trataba de Tiberio Sempronio Graco.

El pueblo se volvió entonces loco de alegría, lanzando voluminosos vítores en loa de las familias Graco y Escipión mientras Tiberio, contenido y formal como la ocasión y el austero espíritu romano requerían, se colocaba la toga *praetexta* con su bordado en púrpura y caminaba al templo de Júpiter entre un pasillo de calor humano.

Ya casi al anochecer, observadas nuevamente las formalidades que la

parafernalia y la metódica religiosidad romana exigían, Tiberio emprendió el camino a casa como si no hubiera suelo bajo sus pies.

Años de esfuerzo y de peligros acababan de culminar en su primera gran magistratura. El camino había sido largo, pero rápido aquel día, sin tiempo a saborearlo ni a atender las innumerables muestras de cariño que le profesaban, no ya su madre y sus hermanos, o incluso, para su sorpresa, el propio Emiliano, sino Roma entera. Ahora sí que era un verdadero ciudadano de importancia. Era cuestor, todo un acontecimiento que vivía con humildad, pero no más de la necesaria.

Atravesó el foro entre un olor de multitudes, acometió el ascenso del *clivus Palatinus* allí donde se erigía la antigua puerta Mugonia y culebreó por las vías altas del Palatino en busca de su hogar, siempre bien precedido y seguido de media Roma y de su lustrosísimo séquito.

En estas, ya casi en el vano de la puerta de su *domus*, bajo una estrecha arcada que dificultaba las miradas y oídos maliciosos y envidiosos, Apio Claudio Pulcro y toda su familia al completo lo interceptaron luciendo unas enormes sonrisas, gélida la de Apio, artificiosa la de Antistia, escalofriante la de Claudia la vestal, indiferente la del joven Claudio y, para su alivio, dulce y sincera la de Claudilla, que a sus veinte años era ya toda una mujer, y muy hermosa, a decir verdad, dueña de una estilizada figura, de un rostro perfecto, de unos brillantes cabellos rubios y, también, de una forma de estar discreta y moderada. Era difícil creer que fuera hija de Claudio y de la temible Antistia.

—Es una gran alegría para todos nosotros que hayas comenzado tu *cursus* de una manera tan brillante —le engatusó Apio Claudio sin perder su fría sonrisa, que era la mejor que tenía.

—Como no podía ser de otra manera, a la vista de tu alcurnia —se apresuró a intervenir Antistia.

—Enhorabuena, Tiberio —farfulló el joven Claudio.

—Sí, enhorabuena, Tiberio —dijo Claudilla con un hilillo de voz. Claudia la vestal se limitó a asentir con la cabeza con su gesto típicamente perruno.

Tiberio los miró a todos, divertido y por fin con la suficiente tranquilidad para poder mostrarse distendido. Era evidente que la súbita aparición de la familia no era ninguna casualidad, pero aun así se mostró agradecido. Su madre Cornelia le había inculcado el respeto y cariño a los Claudios por muy engreídos que fueran, manteniendo así las buenas relaciones personales y políticas que su padre tenía con ellos.

—Es todo un honor que tú mismo y tu familia vengáis a felicitarme a mi propia casa —le dijo a Claudio con afecto—. Y espero que podamos vernos próximamente —añadió, pero mirando en esta ocasión a Claudilla, la cual, vergonzosa, bajó la vista.

—Será un placer —contestaron Apio y Antistia al unísono con un encantador brillo en los ojos.

—Hasta pronto, entonces —se despidió Tiberio, mirando nuevamente a Claudilla, que volvió a bajar la vista.

Poco después, en cuanto Apio Claudio y Antistia entraron en su propia casa, no muy lejos de allí, se buscaron extasiados.

—¿Has visto cómo la ha mirado? —exhaló Apio.

—Una madre nunca pierde estos detalles —desdeñó Antistia.

—¡Ha sido una magnífica idea que viniese Claudilla!

—La idea ha sido mía —aclaró ella.

—Eres incorregible —bufó él.

—Soy la esposa de un Claudio —recordó ella.

Claudio se dio por vencido.

—Antistia, lo vamos a conseguir —suspiró feliz.

—¿Alguna vez lo has dudado? —aguijoneó ella.

—¡Antistia! —ladró de nuevo Claudio con los brazos en jarras—. ¡Aún no sé si estás contenta o no!

—Estoy muy contenta —farfulló ella a su modo natural.

Claudio resopló paciente.

—Aunque Emiliano se opondrá —dijo, bajando de las nubes.

Antistia dejó escapar un ronroneo de leona.

—Emiliano se opondrá, sí, pero tiene la virtud de crear enemigos cada vez que respira. Será el propio Emiliano el que termine de lanzar a Tiberio en brazos de nuestra hija —se regocijó.

—Que los dioses te escuchen —suplicó Claudio.

—Lo harán —apuntilló ella, alejándose hacia sus estancias.

Y Claudio, como acostumbraba tras aquellas manifestaciones de poderío de su esposa, sonrió abiertamente. Si Antistia lo creía, así sucedería.

El tiempo de Mancino

Roma, comienzos de diciembre

A Cayo Hostilio Mancino le habían dedicado todo tipo de irónicos y maledicentes cariños a lo largo de toda su vida. Que si era fofo, que si su cara era redonda con mofletes caídos, que si era incapaz de nadar de una orilla a otra del Tíber, que si en alguna ocasión se había clavado a sí mismo una jabalina en el pie ejercitándose en el Campo de Marte, que si en la campaña contra los salasos bajo las órdenes de Apio Claudio Pulcro se le había visto temblar de miedo o que, simplemente, no llegaría a nada en su insulsa existencia. Su vida, en definitiva, estaba machaconamente salpicada de calificativos obscenos, maliciosos o directamente falsos e injustos.

Pero, hete aquí, que ya nadie podría reírse de él. Porque los comicios centuriados acababan de elegirlo cónsul. Porque la bandera roja del Janículo acababa de ser arriada. Porque nadie, absolutamente nadie, había podido privarle, por muchas chuflas que le dedicaran, de su particular y honesto *cursus honorum*.

Y no es que hubiese alcanzado las diferentes magistraturas en su año y de modo brillante, ni mucho menos, pero todo eso ya poco importaba. Él, con su cuerpo fofo, con sus mofletes caídos, con su cara redonda de poco avispado y con su nula experiencia en el mando de legiones, bien apoyado y patrocinado por su familia y por la facción de Apio Claudio, podría enseñorear ahora con vanidad, y a la vista de todos sus detractores —especialmente los escipiónicos—, la toga *praetexta*, el cetro de marfil rematado por un águila y la escolta de doce lictores.

Por si todo esto no era suficiente, su elección como cónsul le podía deparar una oportunidad de esas que acallarían para siempre las bromitas sobre su persona, puesto que en las próximas calendas del mes de enero se sortearían los destinos militares consulares, y él solo aspiraba a uno, al gobierno de Hispania Citerior y, sin solución de continuidad, al mando de la guerra contra Numantia. Si lo conseguía, si la diosa Fortuna le daba Numantia, sería su manera de mostrar a la humanidad la capacidad y confianza de la que todo el mundo dudaba.

Emiliano, Fabio y Lelio, al igual que el resto de los senadores, lo escoltaron tras el triunfo electoral al templo de Júpiter, y en su plaza esperaron a que Mancino realizara las ofrendas y libaciones al dios de dioses.

Poco después, Mancino salió de la *cella* central del templo y, bajo las enormes columnas, saludó a la masa ciudadana que se había apiñado en el lugar. Acto seguido, emprendió el descenso de la escalinata con tan mala suerte que vino a tropezar aparatosamente. La multitud ahogó entonces un

grito. Mancino se mantuvo en pie a duras penas. Los ciudadanos contuvieron aún más el aliento. El flamante cónsul pataleó rápidamente y, al fin, recuperó la compostura. Y todos respiraron aliviados, todos menos la Triada Capitolina.

—Es un cenizo —resopló Fabio.

—Es un incompetente —secundó Lelio.

—Por todos los dioses, que no le toque Numantia o seremos testigos de una nueva debacle —prosiguió Fabio.

—Tal vez no nos importe que en Numantia haga el ridículo —masculló Emiliano, cuya mente volaba por encima de todas las cosas—, pero, pase lo que pase, yo no siento lástima por él —añadió con dureza.

—¿Por quién entonces? —inquirió Fabio.

—Por el cuestor que tenga la desgracia de acompañarle.

Lelio y Fabio se miraron con cara de circunstancias.

—El sorteo de los cuestores será en breve —dijo Lelio.

—Pues Tiberio es uno de ellos —saltó Fabio espontáneamente.

Emiliano miró a su hermano con cara de «Hermanito, eso mismo quería decir». Después, cabeceó resignado.

—Que los dioses se apiaden de todos nosotros —concluyó al tiempo que seguía los pasos dubitativos de Mancino entre la multitud, un hombre del que nadie esperaba nada.

Año 137 a.C.

EN EL CONSULADO DE MARCO EMILIO LÉPIDO PORCINA Y CAYO HOSTILIO MANCINO

Año 136 a.C.

EN EL CONSULADO DE LUCIO FURIO FILO Y SEXTO ATILIO SERRANO

y

Año 135 a.C.

EN EL CONSULADO DE SERVIO FULVIO FLACO Y QUINTO CALPURNIO PISÓN

Los pollitos voladores

Roma, inicios de enero

En las calendas de enero, al abrigo del templo del Júpiter Capitolino, bajo la atenta mirada de senadores, sacerdotes y caballeros de las centurias ecuestres, los dos nuevos cónsules tomaron posesión de sus cargos.

Efectuado a continuación el sorteo de las provincias, la suerte quiso precisamente que Cayo Hostilio Mancino fuera elegido gobernador de Hispania Citerior, lo que solo significaba una cosa, que él dirigiría la guerra contra Numantia.

A los pocos días, en la curia Hostilia y bajo la presidencia de los dos nuevos cónsules, se celebró igualmente el sorteo que había de decidir el destino de cada uno de los nueve cuestores, ya fuese controlar las finanzas del Senado o acompañar a los cónsules y pretores a sus respectivas provincias.

Y la suerte deparó igualmente que Tiberio quedara asignado al cónsul Mancino y, por ende, al conflicto celtibérico.

Apenas conocida la noticia, Emiliano se llevó las manos a la cabeza, Claudio al corazón creyendo que se le iba a parar y el resto de Roma a la garganta por un enrevesado y súbito nudo, toda vez que nadie deseaba que un joven tan prometedor como Tiberio quedara emparejado con alguien tan mediocre.

Tiberio, sin embargo, luciendo su elegante compostura y su cabezonería sin par, se alegró enormemente. La Celtiberia no le era un lugar extraño. Su padre había servido allí como pretor durante dos años y con notable éxito, enseñoreando sonadas victorias y la formalización de los famosos pactos de Graco, aquellos que habían conducido a una prolongada paz de más de veinte años. Servir allí, en definitiva, era algo que le hacía especial ilusión, amén de soñar como todo noble con el aplastamiento definitivo de los irreductibles numantinos.

Si Tiberio nadaba en la orgullosa satisfacción, más aún lo hacía el propio Mancino, que no solo iba a estar acompañado de un joven que daba enorme lustre a su estado mayor, sino que soñaba con hacer realidad sus mayores aspiraciones, a saber, ganar la guerra que nadie sabía ganar y, de otra parte, que todo ser viviente le dejase de ver como un memo insignificante.

Y así, hinchado como un gallo, a mediados de enero marchó a la ciudad marítima de Lavinio, a pocas millas al sur de Roma, para, como era costumbre, realizar antes de la marcha a su provincia una ofrenda a la diosa Vesta y a los penates.

Una vez en la ciudad, acompañado de todo un séquito de togas y de Tiberio, Apio Claudio, Galba y Nobilior, entre otros muchos, caminó hasta el

santuario dedicado a Vesta como si flotara en el éter, bien dispuesto a tomar los auspicios mediante la observación del modo de comer de los pollos sagrados.

Si los animalitos —oportunamente en ayunas— comían el grano como si no hubiera un mañana, el auspicio sería excelente, y fabulosa su campaña en Hispania.

Si, por el contrario, se hacían los remolones y volvían a sus jaulas sin haber probado bocado, los dioses darían la espalda a la ofrenda, manifestando que estaban de morros por alguna acción inoportuna de los hombres.

Elevado en la plataforma del altar, bajo un intenso cielo azul, rodeado de personalidades de Lavinio, de senadores, augures, pontífices, sacerdotisas vestales y demás parafernalia pública y religiosa, Mancino asintió para que sus ayudantes abrieran las jaulas de los pollos y pudieran salir a darse un festín. Su gesto fue enérgico y decidido, para que todos los allí presentes se maravillaran de su autoridad y dignidad.

Los servidores abrieron entonces las puertitas de las jaulas y dieron un paso atrás para no importunar el buen apetito de las aves sagradas.

Estas, por su parte, cautelosas, fueron asomando sus picos y sus cuellos tractores de adelante atrás, mirándolo todo con presuntuosidad. Eran cinco los pollos, todos ellos de buen tamaño.

Cuando estuvieron fuera de la jaula, cuatro comenzaron a picotear el grano del suelo, y además con enormes puñados, dejando caer restos al terreno. Era un resultado extraordinario, o no tanto, porque el quinto, desafiante, comenzó a pisotear indiferente la comida al tiempo que escrutaba la nutrida presencia humana como queriendo decir que todo aquello le importaba un bledo.

—Se va a liar —bufó Claudio por lo bajo y sin perder de vista, sucesivamente, a Mancino y al ave.

—Me da que el pollo díscolo va a echar a volar —siseó Nobilior.

—Este Mancino es un cenizo —canturreó Galba.

—Me da que sí —balbució Claudio, temiendo lo peor, y no solo por el ave, sino al ver que Mancino estaba blanco como la sal y que Emiliano, situado a unos pocos pasos, lucía una cara de bobalicón satisfecho de las que le resultaban insoportables.

Y si algo puede salir mal, pues sale mal. El pollo rebelde se paseó con descaro un poco más, sin echarse nada al buche, rodeó con chulería a sus compañeros, cambió de dirección, los volvió a rodear, pisoteó los granos y, en un solo instante, con el ahogo de la multitud, echó a volar en dirección al bosque cercano, el llamado Laurentino.

Mancino, de por sí carente de autoestima, casi se desplomó, más si cabe al comprobar que los cuatro pollos restantes, guiados por su líder,

abandonaban igualmente su instinto de comer hasta explotar y emprendían también el vuelo hacia el bosque, perdiéndose en el follaje.

El terror que sobrevino a continuación por tamaño mal agüero fue indescriptible. Mancino se quedó de piedra. Era lo que le faltaba. Los pontífices, augures y demás sacerdotes convulsionaron sus labios. Las vestales agitaron nerviosas sus *infulae*. La multitud decidió dejar de respirar. Y el propio Tiberio, siempre tan tranquilo, frunció la boca y levantó una ceja. Para suerte de todos y especialmente del pobre Mancino, Claudio estaba allí. Se acercó al petrificado cónsul y le habló al oído.

—Mancino —le dijo entre dientes—. Encuentra a esos pollos. Encuéntralos, aunque sea lo último que hagas en tu miserable vida —añadió en un letal susurro.

—¡Buscadlos! ¡Buscadlos ya! —gritó Mancino, saliendo de su parálisis. Y una horda de victimarios salió disparada hacia el bosque.

La batida de los pollos en fuga se alargó hasta el atardecer y se hizo con un rigor inimaginable. En la foresta se encontró de todo, hasta varias parejas de jóvenes sorprendidas en su rebosante amor. Pero de los pollos, ni rastro. Era un desastre, una verdadera calamidad para quien pretendía vencer a los numantinos, y Claudio, Galba y Nobilior, en corro, intentaban desahogarse mientras Mancino deambulaba por aquí y por allí tratando de encontrar la confianza que tanto le había costado adquirir.

—¡Solo nos va a dar disgustos! —porfió Galba.

—Que no vaya a la Citerior. Va a hacer el ridículo y nosotros con él. Que se muera antes. Que no vaya —porfió Nobilior en modo obsesivo.

—¿Y qué hacemos? ¿Despeñarlo hoy en el regreso a Roma? —farfulló Claudio. Las caras de Galba y Nobilior parecieron darle a entender que era una buena alternativa—. No seáis idiotas —les recriminó—, aunque tengo que reconocer que me agradaría hacerlo —añadió con una mueca dominada por sus ojos azul hielo.

—Que los dioses nos ayuden —exhaló Galba.

—Nos hemos hecho amigos de un idiota —lamentó Nobilior.

—¡Mi pobre Tiberio! ¡Me lo va a matar en los páramos celtíberos! ¡Su vida se extinguirá con un venablo numantino clavado en el pecho! —declamó Claudio en su modo teatral, cual tragedia griega.

Tampoco Emiliano era un derroche de felicidad. Partido de risa en su fuero interno por la ridícula fuga de los pollos rebeldes, su jolgorio se desvaneció al recordar que el cuestor de Mancino era precisamente Tiberio, al que por extraño que pareciera, y aunque nunca se interpretara de este modo, siempre quería proteger, bien o mal, interesado o no, con mayor o menor voluntad, pero proteger, al fin y al cabo.

—Tiberio no puede acompañar a ese gafe. Vámonos de aquí —maldijo

con el rostro ensombrecido, emprendiendo el regreso a Roma mientras Mancino vagaba errante con la vista perdida en lo alto, a la espera del milagro y de que los pollos insurrectos llovieran del cielo.

Una petición imposible

Roma, finales de enero

Tiberio, ajeno a las calamidades de Mancino y olvidado el suceso del planeo sedicioso de los pollos sagrados, se sumergió en sus labores de cuestor, enfrascándose con denodado entusiasmo en la contabilidad y en la gestión de los ingentes aprovisionamientos que necesitaba el ejército de acuerdo a las disponibilidades presupuestarias autorizadas por el Senado.

Un ejército consular requería un volumen de suministros realmente inmenso, y aunque muchas de las necesidades se cubrirían en la misma Citerior, necesitaba conocer y organizar los enclaves logísticos y el aprovisionamiento de caballos, mulas, burros, bueyes, cerdos y ovejas, esparto, cuero, metales, madera, cereales, carne, agua, vino, sal, hortalizas, legumbres, verduras, telas, cinturones, armamento, equipo de caballería, equipo de infantería, moneda, herramientas, utensilios, enseres de cocina, cerámica o chisqueros.

De esta guisa, rodeado de tablillas de cera en las que iba anotando cada partida y su coste, estimó entre otros muchos datos que cada legión demandaría quinientas veinticinco mulas, cuatrocientos siete modios de trigo,[32] ochenta y ocho de carne,[33] seis modios de sal,[34] trescientos cincuenta y tres congios de vino[35] y doscientos noventa y siete modios de cebada,[36] todo ello por día. Una suma, en definitiva, gigantesca, que debía asegurar y administrar contablemente con absoluta precisión para que el ejército no quedara desabastecido, puesto que no había derrota más segura que aquella en la que la tropa estaba hambrienta.

Ultimadas ya las cuentas, un esclavo le anunció una visita inesperada pocos días antes de su partida.

—Escipión espera en el atrio —le comunicaron vagamente.

Tiberio, sumergido en el *tablinum* bajo documentos y las tablillas de la provincia, levantó la vista un tanto sorprendido.

—¿Qué Escipión? ¿Escipión Emiliano, Escipión Nasica…?

—Escipión Emiliano, por supuesto —se aventuró a interrumpirle el esclavo, consciente de su torpeza o de haber dado por sentado que se sobreentendía quién era Escipión a secas.

Tiberio asintió muy despacio, sin saber si debía alegrarse o no por aquella visita, cuyo motivo desconocía, pero podía intuir. Pocos días antes, Apio Claudio había irrumpido en su casa con el rostro demudado y tirándose de sus rubios cabellos —cada vez más canosos— por la, según decía a gritos, enorme fatalidad de que se le hubiera emparejado con Mancino. Tiberio lo había tranquilizado, pero esa misma tarde había sido su propia madre y

hermana quienes aparecieron cual mujeres enlutadas por igual motivo. Con estos antecedentes, era previsible que Emiliano viniera con la misma monserga. Si así fuera, se limitaría a escucharlo y punto.

—Tráeme la toga y los zapatos —le exigió al esclavo, que poco después volvía con todas las prendas.

Emiliano aguardaba pacientemente en el atrio a la tenue luz de las anaranjadas lucernas, escrutando los detalles que simbolizaban la grandeza y dignidad de los Sempronio Graco, ya fuese el hermoso árbol genealógico que estaba dibujado en una de las paredes o los pequeños templetes bellamente decorados que custodiaban las *imagines* de la familia. Cuando Tiberio irrumpió en el atrio, señaló una de las capillitas.

—¿Puedo verlo? —le pidió a su cuñado.

—Por supuesto —dijo Tiberio, yendo a abrir con sus propias manos el templete que refugiaba la *imago* de su padre, Tiberio Sempronio Graco el Viejo.

Tanto Emiliano como Tiberio sintieron un escalofrío cuando quedó a la vista la máscara mortuoria. Por muchas veces que las vieran, era tanto como encontrarse frente a frente con el difunto, como si este los contemplara desde el inframundo con un rostro eterno, céreo e imperecedero, como si el alma del fallecido se liberara de golpe y, con un frío soplo, atravesara el cuerpo de los vivos para cantar tanto la tristeza de la muerte como la gloria de su recuerdo.

—Siempre he dicho que eras su viva imagen —musitó Emiliano.

—No es la primera vez que me lo dices —respondió Tiberio.

—Fue un hombre extraordinario, tanto como para defender a los Escipiones pese a que no eran sus amigos —recordó Emiliano.

—Actuaba de buena fe.

—Y sabía llegar a acuerdos. Sus pactos en Hispania fueron muy celebrados —aseveró Emiliano.

—Lo fueron.

—Lástima que Mancino no le llegue a la altura de los tobillos —soltó de pronto Emiliano.

Tiberio torció el gesto, poniéndose en guardia. Emergían las verdaderas razones de aquella visita, precisamente las que intuía y de las que en verdad estaba ya un poco cansado.

—No es fácil estar a la altura de mi padre —repuso hierático.

—Ya sabes a qué me refiero —insistió Emiliano.

—No, no lo sé —espetó Tiberio.

Emiliano, consciente de que su cuñado parecía importunado, no hizo nada por arreglarlo, manteniendo su posición en el campo de batalla de modo inmisericorde, como acostumbraba en vida.

—Déjame que te lo explique —requirió.

—Te escucho.

Emiliano se arrancó sin contemplaciones.

—Sabes que Mancino será un inútil al mando de las legiones. Es tan incompetente que ni los pollos sagrados le respetan —aseveró con desdén. Tiberio no dijo nada. Continuó—: Y no será lo último que ocurra, porque a ese hombre y a su familia de defenestrados les persigue la torpeza —porfió con una mueca de reproche—. Su abuelo provocó su propia ruina y la de sus legionarios en la guerra contra Aníbal por puro descuido. Su padre fue cónsul pasados los cincuenta, con ocho años de retraso sobre la edad consular, y nunca se distinguió en Macedonia, su provincia. Y el hijo, nuestro Mancino, ¡qué decir de él! Para colmo de males, va a hacerse cargo de un ejército bisoño, frustrado y desmoralizado. De una tropa de vagos indisciplinados que no han cosechado más que derrotas durante los tres últimos años, de unos legionarios que…

—Publio —le cortó Tiberio sin contemplaciones—. ¿A qué has venido? —interpeló con penetrante seriedad.

Emiliano, molesto, lo miró directamente a los ojos.

—He venido a que renuncies a tu destino en Hispania.

Tiberio, boquiabierto por semejante petición, no supo si dar un paso atrás o uno adelante. Nadie se había atrevido a tanto, ni Claudio, ni su madre, ni nadie. Todos temblaban de miedo por verlo marchar con Mancino, pero aquello no solo era demasiado, era no conocerlo.

—Eso no es posible —dijo sin poder salir de su asombro.

—Todo es posible en Roma —repuso un marmóreo Emiliano.

—No, no lo es.

—Mancino no es más que un esbirro de Apio Claudio.

—Se me eligió por sorteo.

—Mancino te arrastrará en su vergüenza.

—Como si me arrastra al Hades.

—No sabes lo que dices.

—Tal vez no sea yo el que no sabe lo que dice.

Emiliano ahuecó los labios con cierta ironía y cabeceó rítmicamente al tiempo que se ponía en movimiento alrededor de Tiberio.

—¿Sabes algo de los celtíberos, muchacho? —inquirió, cambiando ahora de estrategia y exhibiendo una mueca de altiva superioridad—. ¿Sabes algo de sus frías noches, de su gélido viento, de su resistencia infatigable, de su tierra yerma, de su glacial invierno o de su anhelo por morir combatiendo? ¿Lo sabes? ¿Los conoces?

—Mi padre los venció y los condujo a la paz.

—¡Ay de tu padre! —exclamó Emiliano—. Ya te he dicho que fue un gran hombre, como lo eran sus legionarios, muchos de ellos veteranos de los

tiempos de las guerras sirias y macedónicas, hombres de hierro con manos agrietadas por la dureza de los campos que labraban. —Emiliano hizo una pausa mientras no paraba de rodear a Tiberio—. ¿Pero crees que los legionarios de Hispania se parecen en algo a aquellos hombres? ¿Lo crees? —Tiberio siguió sin contestar—. El Senado licenció a mis hombres de Cartago y a los soldados de Macedonia y Grecia. ¿Y esto qué significa? ¿Lo sabes? —Tiberio permanecía mudo—. Significa que cada vez que los legionarios de Hispania ven a un numantino solo piensan en lanzar sus armas al suelo y echar a correr. Significa que en el invierno enfermarán. Significa que en el verano morirán de sed. Significa que sucumbirán. Y significa que no sabrán ser soldados bajo las órdenes de cónsules incompetentes como Mancino, al que le persigue el mal agüero. ¿Por qué crees si no que una aldea como Numantia es capaz de humillarnos de este modo? ¿Por qué crees que nos derrotan una y otra vez? ¿Lo sabes? Pues yo tengo la respuesta, porque en Hispania no tenemos hombres ni cónsules —desdeñó con una plúmbea mueca de desprecio.

Tiberio, que había soportado estoicamente la perorata y verse rodeado como una vulgar presa, alzó el mentón, irradiando su particular energía y presencia. Era suficiente. No tenía nada más que escuchar ni estaba en su naturaleza ser desleal o irse de la lengua contra quien iba a ser su superior. Mancino era su cónsul y lo sería contra viento y marea.

—¿Has terminado? —demandó con la clara intención de poner fin a aquel insólito intercambio.

—Tiberio… —le advirtió Emiliano.

—No lo haré. No renunciaré, y si no tienes nada más que decir, te rogaría que abandonaras esta casa. Debo prepararme para mi partida —expuso tajante.

Emiliano sonrió con gesto compasivo.

—Nunca podré contigo, siempre tan obstinado, tan leal, con ese sentido inquebrantable de la justicia y de lo que es correcto —farfulló mordaz—. Nunca podré contigo —repitió—, como nunca he podido con tu madre —murmuró con signos de resignación y dejando escapar un apagado ronroneo. Después, fijó nuevamente su atención en su joven cuñado—. Que tengas suerte, Tiberio, te la deseo de verdad, incluso aunque yerres en tus compañías y decisiones. Cuídate de Mancino y cuídate de la oscuridad que se os avecina en una tierra descarnada, angustiosa y triste que todo lo consume. *Ave atque salve* —se despidió, enfilando, sin mirar atrás, la salida de la casa.

—*Ave atque salve* —se limitó a contestar Tiberio, desistiendo de cualquier réplica, pues no iba a conseguir otra cosa que inflamar al gran Escipión.

Ni siquiera en su despedida le dijo a su madre nada sobre la inoportuna

visita de Emiliano, un hombre, a su juicio, subyugado por su propio orgullo y por sus férreos valores, alguien que, sin duda, actuaba de buena fe y con el ánimo de sostener la grandeza romana, pero incapaz de atemperar sus reacciones cuando se le llevaba la contraria. Emiliano nunca había sabido tratarlo, y por mucho que lo intentase no hacía otra cosa que elevar entre ellos un muro infranqueable.

Mancino era su cónsul y lo seguiría siendo incluso aun cuando descendiese del Olimpo el mismísimo Júpiter para decirle lo contrario.

Se multiplica el mal agüero

Puerto de Hércules, mediados de febrero

Mancino abandonó Roma sin mirar atrás, harto de ser el objeto de las chanzas de media clase senatorial por el mal presagio de los pollos sagrados y su desternillante vuelo al bosque Laurentino.

Aun así, lo que peor llevaba era que un hombre tan respetable como él, que se había hecho a sí mismo pese a no tener ninguna cualidad especial, tuviera ahora un nuevo apodo, pero no uno de prestigio, como Serapión, sino uno que odiaba y que, por descontando, no heredarían ni sus hijos ni la historia. Porque si Galba era el Lusitanito y Nobilior el Elefantito, él era ahora el Pollo Volador, algo, en definitiva, repugnante y humillante que a buen seguro tendría como inductor a alguno de los Escipiones o sus amigotes.

Dispuesto a dejar atrás tanta bromita, tomó a pie el camino que se dirigía al Puerto de Hércules,[37] de donde embarcaría hacia Hispania.

Tres semanas después pisaba las dársenas y la pasarela que había de conducirle a la hermosa quinquerreme en la que navegaría hasta Tarraco. Lucía un buen día y las aguas estaban en calma.

La tabla que unía la nave con tierra firme chirrió y se bamboleó a su paso, nada anormal. Sin embargo, cuando estaba a punto de alcanzar la cubierta, una extraña y súbita ráfaga de aire agitó las crines de su casco e hizo hondear su capa roja.

Sensibilizado por cualquier fenómeno que ocurriera a su alrededor, por muy nimio que fuera, paró en seco, levantó la vista al cielo y frunció el entrecejo, temiendo que una nueva y funesta señal de los dioses le amargara el viaje. La ventolina, en cambio, había cesado. Mugió como un toro viejo, volvió a mirar en todas direcciones sin advertir nada extraño y arrancó sus pasos, pero fue hacerlo y el viento arreció de golpe, zarandeando crines, capa y su cuerpo mismo.

Y la oyó, no de forma nítida, pero la oyó, una especie de voz trémula y lastimera traída de ningún lado y de todas partes, provocando que, azorado, se detuviera en mitad del puente, sobre las aguas, el corazón en un vuelco, con los cabellos erizados y sin poder respirar, más si cabe cuando la vocecita gritó de nuevo con toda claridad:

—¡Mancino, quédate!

No fue el único que percibió el inanimado mensaje. También los tres tribunos militares que lo acompañaban, todos ellos quietos como postes y con el rostro contraído por tan pavorosa llamada.

Mancino, sin embargo, dispuesto ahora a enfrentarse a todas las almas del inframundo, se giró como un resorte en dirección al puerto, como

queriendo encontrar a un furtivo y graciosillo voceador, pero no dio con nada ni nadie.

Y el viento, tan pronto como había surgido y golpeado su inestable confianza, se esfumó. Y al miedo le sobrevino la angustia, viéndose allí, solo, a caballo entre la tierra y el navío, mecido por una voz invisible que martilleaba su confianza, con gesto turbado y sombrío.

—Cónsul, ¿qué hacemos? —balbució uno de los tribunos.

—¿Vamos a embarcar? —dudó otro con gesto de pánico, imaginando ya cómo el barco era tragado por una tormenta.

Mancino no sabía qué hacer, si ir hacia adelante o hacia atrás, hacia la temeridad o la seguridad, hacia la valentía o las chanzas.

No necesitó mucho tiempo para solucionar tanta disyuntiva.

—A Genua, partiremos desde Genua —ordenó, desandando no solo sus pasos sobre la pasarela, sino una semana entera de camino, porque el puerto de Genua estaba a su espalda, en Italia.

Y ahora una serpiente

Genua, pocos días después

Tiberio, después de haber marchado a pie desde Roma para ir recogiendo levas y tropas, alcanzó Genua a mediados de marzo. Desde allí pensaba navegar hasta Puerto Hércules para unirse con Mancino, pero, para su sorpresa, le comunicaron que el cónsul regresaba por tierra.

Sin entender nada, se encogió de hombros, se instaló en las dependencias portuarias y aguardó el advenimiento, lo que ocurrió pocos días después.

—El cónsul ordena que le recibas en el puerto, donde ambos embarcaréis de inmediato rumbo a Tarraco —le informó un mensajero.

Tiberio se limitó a hacer lo que le ordenaban, esperando a Mancino en el lugar y en el momento indicado.

La espera no fue larga. El cónsul se dejó ver por el camino de la costa, acercándose a pie hasta la dársena en la que les esperaba el quinquerreme. Tiberio, sin embargo, advirtió algo extraño en el comportamiento de Mancino. Parecía caminar tambaleante, desconfiado, y miraba a todas partes, como si temiera algo. No era, desde luego, la imagen de un magistrado consular que come el suelo que pisa.

—Embarquemos —se limitó a decirle en cuanto llegó a su altura.

Tiberio asintió y estaban ya ambos a punto de poner un pie en la pasarela que conducía a la nave cuando la vio. Era verde y marrón, escurridiza y rápida, zigzagueando y cruzándose justamente delante del camino del cónsul que, por puro instinto, aunque en verdad de forma totalmente aparatosa y exagerada, lanzó un ridículo chillido y pegó un bochornoso brinco, elevando las rodillas y los pies uno detrás del otro para huir de la maldita víbora que había surgido de no se sabía dónde.

Tiberio se quedó pasmado, no por el reptil, sino por la pueril reacción de Mancino, que trataba ahora de recolocarse de la forma más digna que podía, si es que tal cosa era posible.

—¡Por todos los dioses! ¿De dónde ha salido esa víbora? —clamó Mancino como si fuese lo peor que le hubiera pasado en la vida.

—Estaría oculta en algún fardo —excusó Tiberio con despreocupación.

Pero Mancino no se movía, dudando nuevamente si embarcar o no. A este paso, o hacía todo el camino a pie o aparecerían los pollos voladores para elevarlo por los aires y llevarlo a Hispania, todo era posible a la vista de tanta fatalidad.

—¿Ocurre algo? —inquirió un sorprendido Tiberio, al que todo aquello le parecía disparatado.

Mancino cabeceó nervioso. Adelantó un pie hasta posarlo en la pasarela. Después accionó el otro, colocando ambas plantas. Y así estuvo un segundo hasta que, súbitamente, llevado por un arrojo a esas alturas extraordinario, apretó los puños, asintió enérgico para darse fuerzas a sí mismo y cruzó temerariamente el puente.

—Es mejor que no preguntes —le susurró a Tiberio un tribuno militar que pasó a su lado.

Tiberio, sin entender nada, siguió a Mancino, en aquel momento el hombre más cenizo de Roma entera que iba a enfrentarse al enemigo más mortífero de Roma entera.

La loba insaciable

Numantia, finales de abril

Mancino, aunque intentaba disimularlo, estaba muerto de miedo y exageradamente sugestionado por cada fenómeno que le rodeaba. Que un ratón lanzaba un chillido, ofrendaba sacrificios. Que un trueno le sobresaltaba en la cama, ofrendaba sacrificios. Que una mosca se le posaba en la nariz, ofrendaba sacrificios. Y que una ráfaga agitaba el velamen de la nave que le conducía a Hispania, ofrendaba más sacrificios.

Ya en Tarraco se hartó de ordenar la toma de auspicios en busca de respuestas divinas favorables que le tranquilizasen. Por fortuna, contaba con un excelente y respetado augur, Tiberio Sempronio Graco.

—Ya solo falta que te haga tomar los auspicios cada vez que va a mear o a cagar —le decía por lo bajo uno de los tribunos militares durante sus días en Tarraco y en el posterior y lento avance de Mancino y todo su estado mayor por el valle del río Iberus. Pero Tiberio, con su seria formalidad, se limitaba a hacer lo que se le pedía con precisión y entusiasmo.

Todos ellos alcanzaron Kelse a mediados de abril, donde aguardaba el grueso de las legiones en un improvisado campamento que casi provoca el colapso definitivo de Mancino. Allí no había fortificaciones ni guardias, pero sí muchos astrólogos de pacotilla, prostitutas a puñados, estafadores ambulantes y adivinadores de poca monta para cumplir y satisfacer los vicios y molicie de veinte mil legionarios, si es que podían merecer tal nombre. La indisciplina era común en una masa de hombres desmoralizados y anárquicos.

Pese a ello, Mancino no escuchó a nadie —tampoco las prudentes sugerencias de Tiberio acerca de la necesidad de disciplinar y endurecer las legiones—, ordenando la marcha inmediata contra Numantia. Solo quería acometer los combates cuanto antes, como quien cree que beber le hará olvidar, como si luchar difuminara sus inseguridades.

—¿El cónsul está convencido? —reiteró una noche Tiberio.

Mancino no contestó al instante, sino que permaneció inmerso en los mapas en los que se dibujaban ciudades, montañas, desfiladeros, quebradas, rutas, ríos, bosques y fortificaciones logísticas en el camino de aproximación a Numantia, distante a diez jornadas de marcha.

Así estuvo un rato, barruntando algo para sus adentros. De vez en cuando levantaba la vista y escrutaba a Tiberio con cara seria, hecho lo cual bajaba de nuevo la mirada, cruzaba los brazos, apoyaba la barbilla en su mano derecha y seguía con su interna rumia.

—Hagamos que Roma tome esa ciudad —se limitó a espetar después de un tiempo de vacilación, despachando a Tiberio.

Mancino, con sus veinte mil legionarios y diez mil auxiliares hispanos, partió de Kelse a finales de abril.

Por el camino fue dejando numerosas partidas militares como refuerzo de las bases y centros logísticos de suministro, puesto que acampar en Numantia sin tener asegurada la conexión con el valle del Iberus era un suicidio.

Al mismo tiempo, cerca ya de la ciudad, desvió una pequeña parte de sus tropas para que vigilaran los movimientos de la Celtiberia occidental, dado que muchas ciudades como Termes, Uxama, Lutia o Clunia seguían en pie de guerra contra Roma, aunque con menos fogosidad que los irredentos numantinos.

Finalmente, tras diez días de caminata, alcanzó la ciudad arévaca. Lo hizo sin contratiempos. Al parecer, según le hicieron saber sus partidas de exploración y algunos pastores, los numantinos, cansados y disminuidos sus efectivos bélicos tras años de lucha, habían tomado la decisión de esperar detrás de sus muros y no emboscar las columnas legionarias como lo habían hecho en el pasado, información esta que, fuese cierta o no, provocó que Mancino se creciera.

Y así, ordenó que se ocupara el campamento construido una década antes por el cónsul Marcelo y posteriormente reutilizado por Pompeyo, erigido en un promontorio situado a una milla al norte de la ciudad. Como era costumbre, los numantinos habían aprovechado la ausencia de tropas romanas para desmantelar zanjas, terraplenes y edificios, no obstante lo cual, Mancino quiso mostrar un derroche de recuperada autoridad.

—Reconstruid todo —exigió con la vista puesta en Numantia—. Y llamad a negociaciones a los numantinos. Tengo algo que ofrecerles —apostilló, sintiendo por fin que su maltrecha confianza burbujeaba llena de renovada vitalidad. Ya estaba en Numantia, lo quisiesen o no los dioses con sus jugarretas.

Pocos días después

Los numantinos aceptaron entablar conversaciones, enviando de nuevo a los de siempre, a los imperturbables Avaro y Megaravico.

Estos, superados los cincuenta años —casi sexagenario Avaro—, pertenecientes a las familias dirigentes de la ciudad, peinaban ya un buen número de canas y sus rostros se mostraban agrietados y azotados por la dureza de aquel lugar. Hombres de pocas palabras, de carácter descarnado salvo cuando bebían cerveza *caelia* en las fiestas comunes, de mirada seria y

desconfiada, guardaban siempre la debida distancia, pero sabiendo escuchar y observar. A ojos de Roma podían ser unos incultos y salvajes incivilizados, pero qué poco sabían los romanos de ellos y de su sabiduría en la vida misma. No vestirían toga, pero eran elegantes y refinados a su manera. Listos como el lobo, fuertes como el oso y astutos como el zorro, sabían distinguir la naturaleza humana mejor que nadie, y les bastaba muy poco para apreciar la inseguridad del nuevo cónsul llegado hasta sus tierras, Cayo Hostilio Mancino.

—Rendid la ciudad y será respetada, al igual que los campos y las sepulturas —oyeron que repetía Mancino, que permanecía sentado en aquella ridícula silla de marfil que los cónsules romanos llevaban siempre consigo para hacer descansar su culo. Para los romanos era un signo de gran distinción y poder. A ellos les bastaba un simple tocón—. Entregad todas las armas y Roma será generosa —oyeron que continuaba Mancino con la declamación grandilocuente y típica de los cónsules, como si cada palabra que dijeran fuera a quedar escrita por siempre en piedra, pues todo lo escribían como si temieran olvidarlo.

Para no escucharlo más, Avaro tomó la palabra.

—¿Rendirnos? —dijo sin ánimo de ser impertinente.

—Eso he exigido —contestó Mancino.

Avaro y Megaravico no tenían prisa. En mitad del fundo embarrado en el que habían concertado la entrevista, a mitad de camino entre Numantia y el campamento romano, cruzaron sus miradas para hablarse con el lenguaje de los gestos corporales. Mancino no les impresionaba lo más mínimo. Con su cara redonda y mofletuda no imponía respeto, ni su imagen transmitía el carácter y la malicia de sus predecesores.

Y por no hablar de la tropa que se había traído. Era ostensible que estaba mal preparada y equipada y que los legionarios, verdaderos novatos, caminaban con desidia y separándose de la columna, siempre acompañados de cientos de prostitutas, esclavos y mercaderes de botín.

En suma, lo que acampaba a sus puertas no era un ejército, sino una cuadrilla desvencijada y ociosa. Los romanos tendrían que esmerarse más para llevarlos a la sumisión. O los tendrían que matar a todos, algo a lo que cualquier guerrero celtíbero estaba dispuesto con alegría.

Después de entenderse con la simple mirada, Megaravico hizo un gesto de discreto asentimiento. Avaro rotó entonces su cuello y se dirigió al cónsul.

—Nos rendimos con Marcelo, y Roma volvió —dijo—. Nos rendimos con Pompeyo, y Roma volvió —aseveró—. Y si nos rendimos de nuevo, Roma volverá, porque Roma es una loba insaciable —espetó.

—Yo os juro que no será así —recitó Mancino.

Avaro cabeceó ligeramente, sin dejar de escrutar al cónsul. Así

permaneció un rato hasta que, de pronto, elevó la vista y repasó de un solo vistazo a los legados, tribunos y centuriones que secundaban a Mancino, todos ellos de pie como una formidable escolta.

—¿Quién de vosotros es el hijo de Tiberio Sempronio Graco? —preguntó con vivo interés.

—¿Para qué quieres saberlo? —replicó Mancino.

—¿Quién de vosotros es el hijo de Tiberio Sempronio Graco? —demandó nuevamente Avaro, ignorando por completo a Mancino.

—Soy yo —dijo Tiberio, y dio un paso adelante.

Avaro lo miró de arriba abajo, pero no con gesto desafiante, sino con verdadera curiosidad, e incluso con respeto. Hecho esto, con toda parsimonia, clavó de nuevo sus ojos de lobo en Mancino.

—Queremos los pactos de Graco —espetó, repitiendo lo que ya había acordado con el perjuro Pompeyo.

—Eso no es posible —contestó Mancino.

—Lo fue en el pasado —insistió Avaro.

—El Senado solo me autoriza la rendición —negó Mancino.

—Entonces yo tenía razón —dijo Avaro.

—¿En qué si puede saberse? —saltó Mancino.

—En que Roma es una loba insaciable —repitió, dicho lo cual se puso en pie y apoyó el peso de su cuerpo en su báculo rematado con caballitos al galope—. Si Roma no nos engaña, habrá paz. Si el cónsul no es capaz de dar algo tan sencillo como los acuerdos de Graco, venid a buscar nuestra rendición —concluyó al tiempo que giraba en redondo y abandonaba el campo en compañía de Megaravico.

Mancino, sintiéndose un idiota, se quedó quieto, hierático, como si nada le importara, sufriendo en realidad el escarnio de ver cómo se alejaban los numantinos delante de sus mismísimas narices sin que supiera cómo reaccionar. Tiberio acudió a su rescate.

—¿Qué ordena el cónsul? —le preguntó.

—Es obvio. Dentro de tres días, en la ladera oriental. Preparad las tropas. Asaltaremos la ciudad —contestó en forzada pompa.

El inicio de la oscuridad

Numantia, inicios de mayo

Los manípulos comenzaron a avanzar al compás de las tubas legionarias y el vocerío de los centuriones en un día gris y plomizo.

En los primeros pasos lo hicieron ordenadamente y sin que los nervios de los legionarios novatos, casi todos ellos, alterara la fila, pero cuando alcanzaron las estacas defensivas de madera, las piedras hincadas y los enormes agujeros y fosos con que los numantinos habían minado la pequeña llanura oriental, comenzaron las dudas y el culebreo de hombres, unos por delante de los otros, y los más sorteando torpemente estacas, pedregales y piedras verticales como si aquello fuese un laberinto tenebroso que fuese a absorber a quienes lo atravesaran en un cavernoso vacío eterno. Entretanto, los centuriones se dejaban la garganta. Casi todos ellos sabían que no estaban preparados para acometer aquella empresa, pero obedecían sin rechistar.

Mancino, secundado por Tiberio, lo escrutaba todo desde lo alto de un pequeño promontorio. Y comenzó a llover. Primero con unas pocas gotas que repiqueteaban en cascos y cotas de malla. Después, intensamente, enlodazando el campo de batalla.

—¿Detenemos el ataque? —interpeló Tiberio.

—¿Cómo lo interpretarían los numantinos? —repuso Mancino.

—Como cobardía —respondió Tiberio.

—Entonces, está todo dicho —sentenció el cónsul.

Al rato, con miles de hombres mezclados y confundidos ya en un paisaje gris, yermo y lúgubre, horadado por irregulares fosos, aguijoneado por afiladas estacas y enormes bloques de piedra, resonaron las agudas y sonoras trompetas celtíberas, con sus famosas fauces de lobo. Mancino y Tiberio estiraron el cuello en dirección a Numantia. Un nutrido grupo de numantinos ataviados con magníficas panoplias pesadas corrió por la base de la muralla, descendió parte de la ladera y formó en posición de combate para afrontar la acometida romana.

—Son valientes —dijo Tiberio.

—Todos ellos habrán muerto antes del mediodía —declamó Mancino en su pose de imperioso cónsul.

Los centuriones, al ver la línea de combatientes celtíbera, reordenaron las filas como pudieron. Hecho esto, con la lluvia que caía a fuertes rachas cegándoles la vista, con el persistente repiqueteo metálico del agua impactando en las armas, miraron al frente, allí donde, a poco más de cincuenta pasos, aguardaba un fornido y alargado muro de celtíberos con escudos oblongos, pectorales en el pecho, cascos con altas plumas y decisión,

mucha decisión, callados como muertos, pero con ojos de lobo hambriento.

—Qué hijos de perra —le susurró un centurión a otro.

—Ojalá hubiera entre los nuestros la mitad de esos hijos de perra —contestó el aludido en el momento en el que resonaban nuevamente las tubas de combate, pero esta vez las romanas.

Los centuriones y demás mandos en primera línea elevaron entonces los brazos y rugieron desaforados. Lo propio hicieron los numantinos, envalentonados e hirientemente ofensivos en sus gestos, muecas y bailes.

—¡*Eicere pila*, lanzad jabalinas! —ordenaron al unísono los encabritados centuriones. Y los *pila* legionarios salieron volando por miles, oscureciendo aún más el cielo lluvioso.

Al verlos caer, los numantinos se parapetaron bajo sus escudos, aguantando la lluvia de dardos con pasmosa facilidad. Recibida la andanada, bajaron las defensas con caras sonrientes.

Los manípulos reiniciaron su avance.

Los celtíberos exhibieron sus genitales y sacaron la lengua.

Desde los muros de la ciudad se elevó un gran bullicio.

Los legionarios, inexpertos y asustados por la presencia celtíbera y la fuerza de la lluvia, comenzaron a atropellarse en su carrera.

A Mancino le empezaron a temblar las rodillas.

Los guerreros numantinos se empeñaron en aullar y provocar aún más, a la espera de la acometida, sin temor alguno, disfrutando del sabor de la guerra y la muerte.

Los romanos, por su propio mérito, se fueron aturullando entre estacas, piedras hincadas y fosos, formando revoltijos y remolinos. Los centuriones estaban ya roncos.

Mancino sentía que le faltaba el aire.

Todo el frente comenzó a romperse y a descomponerse por sí solo, como si la tierra se abriera y convulsionara violentamente, sin ni siquiera haber entrado en combate.

Los cuernos celtíberos con sus temibles fauces de lobo volvieron a resonar como si el cielo se abriera y descendieran en tropel todos los dioses del panteón celta en socorro de Numantia.

El gutural sonido barrió la llanura enfangada y fúnebre, sobresaltando a los atacantes, envueltos estos en su propia incompetencia al albur de gritos por todas partes sin orden ni concierto.

Mancino sentía desplomarse.

Los centuriones eran incapaces de mantener ningún tipo de mandato mientras el suelo se vencía a sus pies.

Las insignias romanas, trastabillados los que las portaban, fueron cayendo al suelo embarrado.

Los celtíberos, hartos ya de exponer al aire su virilidad, rugieron en un coral alarido y echaron a correr cuesta abajo como si les diera lo mismo chocar sus cabezas contra la roca.

Mancino ya no sentía nada ni sabía qué hacer.

Muchos legionarios, atrapados en la confusión de escudos, *pila*, espadas y cascos, trataron de darse la vuelta.

La montonera fue mortal.

Mancino miró a Tiberio, pero no encontró su mirada.

Convertido todo en una gigantesca anarquía en la que unos chocaban contra otros y era imposible maniobrar o empuñar el *gladius*, los legionarios recibieron la brutal embestida y atropello del millar de defensores que habían abandonado la seguridad de la ciudad.

Los soldados de la primera fila cayeron aparatosamente hacia atrás, arrastrando irremediablemente a quienes les seguían y estos a su vez a los siguientes en un fondo de quince pasos.

Los numantinos, irradiando una locura y furia sobrenatural, comenzaron a saltar sobre los cuerpos tirados por el suelo, matando sin piedad entre repetidos mandobles; impactando escudos sobre cráneos; clavando lanzas en los pechos; hundiendo espadas en barrigas y cuellos.

Volaron entonces manos, cabezas y brazos enteros.

Las fuentes de sangre emergieron del tumulto como potentes manantiales de muerte mientras romanos e itálicos se postraban, morían y asfixiaban en el lodazal de sangre y légamo en el que se acaba de convertir el suelo de una llanura colapsada de vidas legionarias.

En una longitud de cuarenta pasos de fondo los numantinos segaban de tajo toda existencia que no hablase la lengua celta.

La carnicería, empero, no finalizaba.

Mancino, en lo alto del promontorio, era una simple estatua que observaba en colapso cómo los numantinos masacraban con toda impunidad a sus hombres.

—Mancino —oyó que alguien lo llamaba desde la lejanía, como quien escucha voces en un duermevela y no es capaz de distinguir si proceden del sueño o de la realidad.

—¡Mancino! —oyó esta vez de forma clara y nítida. Dándose la vuelta, se topó con Tiberio.

No hubo tiempo a que su cuestor le dijera nada, puesto que se oyó de nuevo una trompa enemiga, potente, gutural, hiriente para los oídos, y los numantinos, salpicados de sangre, chorreando sudor y con pegotes de polvo y barro rojizo, cesaron en su matanza, e inmóviles y con los ojos a punto de salírseles de las órbitas, en un escenario momentáneamente paralizado, miraron a los romanos y comenzaron a reírse, no de modo discreto, sino con

irritantes y grotescas carcajadas.

Dos legionarios, ofendidos en su orgullo, salieron entonces de las líneas a empellones y se arrancaron contra los celtíberos, pero no encontraron otra cosa que una muerte rápida al tiempo que el coro de carcajeos aumentaba su intensidad frente al lamento de la muerte romana.

Las caras devastadas de los legionarios espolearon de nuevo a los celtíberos, que emprendieron una salvaje y última carga.

El frente romano cayó hacia atrás como lo haría un pesado muro, en bloque y de forma aparatosa. No era posible detener a los numantinos, auténticas bestias de la guerra. Sus espadas penetraban por las gargantas de los que se atrevían a hacerles frente, y por la espalda a los que volvían grupas y encontraban la muerte más deshonrosa. La matanza y la masacre, teñidas de rojo, era el único color en aquella llanura plomiza.

Tiberio, recordando las dudas de Apio Claudio y de su madre, así como las advertencias de su cuñado Emiliano y las miradas de soslayo de todos aquellos que le habían avisado, contempló entonces a Mancino sin saber si sentía por aquel hombre compasión, odio, pena o rabia.

La humillación era total, muy superior a la que un hijo de la loba pudiera soportar, pero allí seguía su cónsul, inmóvil, con semblante demudado, sin reacción, azotado por las ráfagas del formidable aguacero.

Había estado bajo las órdenes de muchos hombres de gran linaje, ya fuera el metódico e incansable Emiliano, el arrogante y resuelto Apio Claudio Pulcro, el mediocre y esforzado Fabio Máximo, el impetuoso y confiado Serviliano o el irrefrenable Cepión, autor del asesinato de Viriato, pero jamás había servido bajo un hombre tan débil. Definitivamente, lo que sentía por él era compasión. Pero le debía lealtad.

Resonó entonces nuevamente la trompa celtíbera. Era la señal para que los numantinos de la llanura se dieran tranquilamente la vuelta y volvieran a la ciudad bajo los enfervorecidos vítores de los suyos, subidos a los parapetos de las murallas, enseñando sin parar culos, genitales, tetas de jóvenes y ancianas y dedos medios de la mano erguidos, al estilo como lo habían aprendido de los propios invasores.

Ninguno de los suyos había encontrado la muerte. Pero ochocientos romanos pululaban ya en el inframundo.

—Que vuelvan los hombres al campamento —ordenó Mancino.

Tiberio fue llamado al pretorio esa misma noche. Cuando accedió al despacho de Mancino lo encontró apenas iluminado por dos débiles lucernas, vestido con una simple túnica militar y sentado melancólicamente en una cátedra con

mirada distraída y una copa de vino en las manos, sin llevarse ni un solo sorbo a los labios.

Tiberio, pese a ser el cuestor de la provincia, no se permitió la confianza de sentarse, sino que, callado, permaneció de pie ante Mancino, esperando a que este le hablase.

Así permaneció un rato, envueltos los dos en el silencio de la gélida noche celtíbera, hasta que el cónsul decidió dar su primer sorbo al vino y mirarle directamente a los ojos.

—Sé qué piensas, Tiberio, lo sé muy bien. Callas por respeto y por tu instruida prudencia, pero quiero que seas muy consciente de que escrutar todo desde tus ojos es muy sencillo —farfulló entre dientes y con claros deseos de frustrado desahogo, y así lo entendió Tiberio, que alzó una ceja, pero permaneció educadamente en silencio mientras Mancino seguía en su propia soflama—. Sí, joven Graco, lo es, todo es más sencillo para jóvenes como tú —prosiguió con trazas de rabia—. Por tus venas corre la sangre de los Escipiones, de los Emilio Paulo y de los Sempronio Graco. Todo te ha venido dado de nacimiento y con tu simple presencia, con tu simple aliento, el camino se abre paso. ¿Acaso no es verdad? ¿No lo es? Pero yo, en cambio, pese a pertenecer a una familia de alcurnia, debo labrarme mi dignidad cada vez que respiro. ¡Cada vez que lo hago! —exclamó súbitamente, apretando los puños.

Tras coger aire, continuó:

—Hace años fui tribuno de la plebe y quise ganarme mi honor al encarcelar a los cónsules Lúculo y Postumio. Gané apoyos, pero temibles enemigos de por vida. Transité después por mi *cursus*, mirando siempre de reojo para no encontrar un puñal en mi espalda, sin méritos destacables, encontrándome como tú al borde de la muerte en aquel maldito valle de los salasos, atrapados en mitad de la noche entre riscos y aullidos de bestias… —Mancino, que había bajado la cabeza, volvió a levantarla—. Y ahora soy cónsul, la mayor dignidad a la que un hombre puede aspirar junto con la censura —susurró con fuerza—, y no estoy dispuesto a desaprovechar la ocasión, ¡no lo estoy! —bramó con los dientes apretados, poniéndose súbitamente en pie—. Porque, aunque me sigas mirando con gesto compasivo —dijo, acercándose a Tiberio—, aunque todos me observen como si fuese un idiota, un inútil o un pusilánime, ¡no voy a desaprovechar mi momento! ¡No lo haré! ¡Y volveremos a esa ladera doscientas veces si hace falta! ¿Lo entiendes, joven Graco, lo entiendes?

Con un gesto de creciente desesperación se puso a un paso de Tiberio, que conservaba su sitio sin ceder un ápice de terreno. Aún le faltaba a Mancino su último aliento defensivo.

—Porque has de saber que la culpa de la derrota de hoy no es mía, sino

de quien incumplió su palabra ante los mismísimos dioses y negó haber llegado a un acuerdo con los numantinos —increpó en referencia a Pompeyo —; de quienes han permitido que en Hispania haya un ejército de mujeres —reprochó, pensando en el Senado y también en Pompeyo—; de quienes se ríen del viejo espíritu militar —aulló sin saber ya a quién atribuir las culpas—; ¡y de quienes en Italia roban y se apropian de campos enteros y expulsan a los campesinos, a nuestros propios campesinos, privándoles de todos sus valores cívicos, de su orgullo mismo como ciudadanos romanos! —arremetió contra senadores latifundistas—. ¡De todos ellos es la responsabilidad, no mía! ¿Lo entiendes? ¡De todos ellos es la culpa! ¡No mía! ¿Lo entiendes? ¡La culpa de lo que hoy has visto es de Roma entera! —gimió desquiciado, buscando una respuesta que no se hizo de rogar.

—Puedo entender muchas cosas, pero corresponde al cónsul dirigir este ejército sean cuales sean las circunstancias —espetó Tiberio.

Mancino se le quedó mirando como quien suplica por su vida, solo un instante, dejando caer después los hombros, resignado, al tiempo que giraba en redondo, regresaba a su cátedra y caía pesadamente sobre ella.

—Lo sé —reconoció tras dar una pesada bocanada—, yo soy el cónsul de estas legiones y tú el cuestor de la provincia. Yo dirijo las legiones y tú controlas mis finanzas. No es tuya la responsabilidad de lo que suceda aquí, sino enteramente mía, pero no eres un cualquiera, Tiberio, no lo eres —murmuró Mancino—. Hoy no he visto tu mirada. Hoy he visto tu compasión, o tu furia, o tu muda rabia, o tu inquebrantable lealtad, o no sé qué he visto en ti, pero ya no sé qué es mejor, si recibir tu silencio o las réplicas que dejaron sin palabras al mismísimo Catón. Tal vez ese viejo amargado viera en ti la viva imagen de Escipión Africano, quién sabe, o tal vez seas quien nos supere a todos, pero yo solo necesito saber una cosa —balbució Mancino—. ¿Tendré tu lealtad? ¿La tendré aquí y en Roma a nuestro regreso? —interpeló, no como una exigencia, sino como un ruego.

Para Tiberio, sin embargo, no era necesaria ni una cosa ni la otra, ni la exigencia ni el ruego, y si Mancino se lo preguntaba es que no lo conocía bien. Allí donde se embarcase, siempre debía terminar su misión.

—Tendrás mi lealtad, aquí y en Roma —aseveró rotundo.

Mancino resopló aliviado. Los sucesos de los pollos voladores, el «¡Mancino, quédate!», la víbora escurridiza y ahora la colosal debacle de la batalla provocaban que temblara en su fuero interno como una estatuilla de terracota agitada por un terremoto que amenaza con tirarla al suelo y romperla en mil pedazos.

—Gracias, joven Graco —exhaló—. Y ahora, te pido que me dejes. Debo reunirme con los legados y los tribunos para afrontar los próximos días. Insistiremos en la ladera oriental.

El desastre

Termes, segunda semana de mayo

El numantino Avaro, protegido por su capa de lana abrochada con una hermosa fíbula de bronce con forma de caballito y aferrando en su mano derecha el báculo igualmente rematado con dos équidos, fue a sentarse en el tocón colocado frente al graderío rupestre de Termes, aquel en el que, excavado en la roca, Viriato había seducido años atrás a las ciudades celtíberas para que entraran en guerra contra Roma. Desde entonces, todas ellas, con mayor o menor intensidad, pero cada una por su lado, peleaban por su tierra, sus dioses, sus costumbres y su libertad.

Avaro levantó la vista y se topó con un graderío parcialmente ocupado. No habían venido los representantes de todas las ciudades llamadas al cónclave, pero estaban las más importantes en un cuadro de sagos, capas grises, fíbulas, cetros, báculos y broches de cinturón de Termes, Clunia, Uxama, Lutia, Secontia o Voluce.

—Seré breve —comenzó con su habitual austeridad—. Un nuevo ejército consular acampa frente a mi ciudad. Un nuevo cónsul lo dirige, llamado Mancino. Este hombre es lo más parecido a la oveja menos inteligente de vuestros rebaños. Sabéis para qué os he llamado. No son necesarias más palabras —concluyó tan pronto como había empezado, con su típico gesto desconfiado, pero consciente de que a un celtíbero no le hacía falta palabrería. Verdaderos zorros lobunos de los páramos de Hispania central, pendencieros y fanfarrones, se entendían perfectamente con solo escudriñarse sus rostros morenos agrietados por el frío y el sol.

Durante un tiempo nadie dijo nada. El graderío se mantuvo en absoluto silencio, mostrando los delegados su elevada distinción a través del silencio más digno.

—Sed generosos —añadió entonces Avaro, pero no como súplica, sino porque no había mejor manera de coaligarse que invocar la proverbial y exagerada hospitalidad celtíbera, tanto particular como colectiva, acuñada durante décadas por pactos de ayuda mutua.

—¿Y dices que ese Mancino es tan tonto como una oveja? —inquirió de pronto el representante de Uxama, un hombre rubio de mejillas rojizas llamado Leucón.

—Como no has visto ninguna —contestó Avaro.

El de Uxama lanzó entonces una sonora y grotesca carcajada.

—¿Bebemos? Tengo sed. ¡Quiero cerveza! —bramó al parar de reír en su particular forma de mostrar coraje, baladronada y, por supuesto, que se sumaba a la fiesta de la guerra.

—¿Alguien más quiere una buena *caelia*? —preguntó Avaro.

—Es áspera y embriagadora. Por nada del mundo me lo perdería —confirmó de inmediato el embajador de Termes, poniéndose en pie con jactancia, al modo celta de aparentar permanentemente ante los demás la constante bravuconada.

Avaro se permitió exhibir una ligera sonrisa.

—¿Nadie más quiere una *caelia*? —aguijoneó al tiempo que el resto de los delegados, poco a poco, iban poniéndose en pie para reclamar su porción de cerveza celtíbera. No iban a ser menos que nadie y también tenían una repentina e insaciable sed.

Numantia, pocos días después

Los ataques romanos contra Numantia se sucedieron sin solución de continuidad, de modo reiterado, pero en todos los casos el resultado acababa siendo el mismo.

Los legionarios, cada vez más desmoralizados y muertos de miedo, llegaban a la temible zona de estacas, fosos y bloques de piedra para ser diezmados por la desmedida locura de los guerreros celtíberos, que armados con una sólida panoplia de infante pesado, parecían volar sobre el suelo, arrollando a los desdichados atacantes.

El séptimo ataque, sin embargo, discurrió de forma aparentemente más favorable. El ímpetu de los numantinos pareció menguar, permitiendo que algunos manípulos sobrepasaran el campo minado y alcanzaran la base de los muros de Numantia, con los defensores en franca retirada. Fue el momento en el que Mancino, observándolo todo desde su promontorio particular, creyó que podía llegar por fin la victoria, más si cabe cuando, para su éxtasis, varios legionarios consiguieron apoyar escalas en la muralla.

—¡Están subiendo! —gimió extasiado y como un chiquillo con un regalo nuevo cuando sus hombres comenzaron la escalada. No eran más de diez, pero después de tantas humillaciones le parecían un millar—. ¡Tiberio, están subiendo! ¡Suben! —insistió, colmado de ingenua felicidad.

Poco después un legionario ponía el pie en lo alto del muro.

Muy poco después, otro hacía lo mismo.

Y casi al mismo tiempo lo conseguía un tercero y un cuarto.

Y Mancino comenzó a botar.

—¡Están en lo alto! ¡En lo alto! —exhaló en compañía de unos pocos miembros de su estado mayor, entre ellos Tiberio.

Pero no parecía ser deseo de los dioses inmortales que los romanos

expugnaran Numantia ese día ni ninguno.

El primer legionario en hollar la muralla recibió el violentísimo impacto en la boca de una jabalina que llegó de ninguna parte y con colosal fuerza, entrándole entre los dientes y saliéndole por el cogote.

El segundo legionario perdió de un tajo la cabeza con la segada limpia y silbante de una espada celtíbera.

El tercero se vino abajo con el golpe desmedido de una pedrada en el entrecejo que en un sonoro «catacrac» le desfiguró por completo.

Y el cuarto vio cómo rajaban su vientre.

Los cuerpos inertes de los cuatro soldados cayeron hacia atrás, a la vez y en perfecta coreografía, arrastrando a los que subían e impactando sobre los que esperaban, lo cuales, repentinamente aturdidos por el espectáculo, se quedaron paralizados al ver llover sobre ellos una cabeza seccionada, un cuerpo sin cabeza que expulsaba un grueso y potente chorro de sangre, un legionario sin cara atravesado por una jabalina incrustada en la boca, un tercero con el cráneo roto y con los ojos fuera de las órbitas por el impacto de una piedra y un cuarto al que se le desparramaron las vísceras.

—¡Seguid! ¡Por Hércules, seguid! —aulló Mancino sin poder reprimir su desesperación—. ¡No tengo hombres, tengo niños asustados! —chilló a continuación, pasando a una frustrante cólera.

Todo parecía torcerse, y de hecho así fue cuando el maldito cuerno de guerra numantino volvió a sonar de aquella forma tan desagradable e hiriente.

Mancino se quedó mudo al escucharlo, y mucho más al comprobar que un nuevo y nutrido grupo de guerreros celtíberos salía por una portezuela lateral de la muralla y acometía por la espalda a los que permanecían bajo las escalas.

—Era una trampa —murmuró un tribuno militar.

Mancino tuvo deseos de arrancarle los ojos, pero se contuvo.

El muchacho, lamentablemente, tenía razón.

El renovado ataque numantino fue aún más mortífero.

Los que habían quedado atrapados bajo la muralla, unos cien legionarios, fueron liquidados con rapidez, formando una sangrienta montonera de cadáveres al tratar de protegerse unos con los otros.

Otro pelotón de numantinos vomitados del interior de la ciudad se echó encima de los que estaban en la zona de estacas, fosos y bloques hincados, que al ver lo que se les venía encima volvieron grupas y emprendieron una huida alocada y desordenada en la que los más lentos tuvieron la oportunidad de sentir la lacerante penetración en espalda y cuello del hierro celtíbero.

Los que estaban en fuga cayeron entonces sobre los manípulos que aguardaban en la llanura, provocando un desconcierto incontrolable.

Los centuriones más veteranos bramaban sin cesar, pero todo era en

vano en un amasijo de hombres en el que los más pequeños estiraban sus cuellos para coger aire o simplemente no ser aplastados por los suyos.

Mancino, mostrando una mueca torcida e imposible, se echaba las manos a la cabeza.

El instinto de huir se transmitió como el rayo entre cada hombre, y en apenas un instante todo el ejército corría en busca del campamento perseguido por unos dos mil celtíberos totalmente encelados.

—Debemos retirarnos ya —oyó Mancino que le decía, o casi ordenaba, Tiberio.

—Sí, sí, ahora mismo —barbotó al tiempo que se daba la vuelta y subía a su caballo. O se movían o las tropas en fuga les pasarían por encima.

Mancino, ya a salvo en las puertas del campamento, pudo advertir desde la altura que los celtíberos cesaban en la persecución al ser hostigados por turmas de caballería romana que protegían la espalda, lo que no fue óbice para que los legionarios siguieran entrando y amontonándose en los accesos de manera vergonzante e ignominiosa.

Desquiciado, pero tranquilo porque el campamento estaba de momento asegurado, fue directo a su tienda, dejándose caer como un saco de arena en un lujoso diván. Dos esclavos le miraban sin saber qué hacer, pero se enteraron rápidamente.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¿Es que no veis que quiero estar solo? —chilló como un energúmeno con las venas del cuello a punto de la explosión. Los siervos salieron corriendo despavoridos, tras lo cual se desparramó todo lo largo que era en el mismo diván.

Así permaneció un rato, no sabía cuánto, hasta que comenzó a oír nuevos y renovados gritos. Era ya noche cerrada, pero las voces no eran de fuga, ni parecían responder a un ataque. En su hartazgo, los alaridos le recordaban a los chillidos de un cerdo al que le acaban de punzar el cuello para desangrarlo y clama con angustia por una vida que se le escapa.

En estas se disponía a ponerse en pie para averiguar qué ocurría cuando, para su sorpresa y enfado, uno de sus tribunos militares, un joven de la *gens* Licinia, entró en la tienda con el rostro demudado.

—¿Qué pasa si puede saberse? —tronó Mancino, encabritado.

—¡Están aquí! ¡Por miles! ¡Están aquí! —se atropelló el muchacho con los ojos saliéndose de las órbitas.

—¿Que está quién? —bufó Mancino como un toro acorralado.

—¡Celtíberos, por miles! ¡De otras ciudades! ¡Vienen en ayuda de Numantia! —contestó otro tribuno que también tuvo a bien irrumpir en el pretorio en ese mismo momento. Traía igualmente un gesto totalmente descontrolado.

—¿Pero de qué estáis hablando? —bramó Mancino, ya visiblemente

alterado.

Para su desesperación, un tercer tribuno entró en la tienda al galope, mostrando el mismo semblante de pánico que los otros dos.

—¡Un ejército celtíbero, a apenas diez millas de aquí! ¡Lo han visto los exploradores! ¡Son al menos quince mil hombres! —chilló el recién incorporado.

—¿Celtíberos? ¿Quince mil? ¿A diez millas? —repitió Mancino al borde del ahogo, tratando de ganar tiempo.

En el ínterin llegó un nuevo visitante, Tiberio, que no pudo ni abrir la boca porque Mancino se le echó encima.

—¡Tiberio! —lo llamó en plena convulsión—. ¡Los exploradores han visto a quince mil guerreros celtíberos! ¡Nos rodearán! —gimió sin saber qué hacer, como venía siendo habitual.

Tiberio iba a contestar cuando un cuarto tribuno se presentó en el pretorio a toda velocidad, al igual que los demás.

—¡Cántabros y vacceos! ¡Al menos veinte mil! —comunicó en estado de pura angustia, provocando, esta vez, que el silencio se abatiera en la tienda de mando consular. Los guerreros vacceos infundían notable respeto, pero qué decir de los cántabros, verdaderas bestias del norte de Hispania, invencibles y salvajes, cuya simple mención acababa de dejar a todos con los pelos en punta.

—¿Cántabros y vacceos? —repitió finalmente Tiberio, con gesto incrédulo y como queriendo remarcar que lo que se estaba diciendo era un disparate—. ¿Quién lo ha informado? ¿Quién ha traído esa información? —demandó, tratando de poner mesura, lo que fue en vano.

—¡Han visto sus insignias! —clamó uno de los tribunos.

—¡Son ellos! —chilló otro.

—¡Vienen en ayuda de los numantinos! —se desgañitó un tercero.

—Puede ser un engaño —se opuso Tiberio.

—¡Los han visto los exploradores! ¡Son cántabros! ¡Miles de ellos! —reiteró un cuarto tribuno al borde del desmayo.

Mancino, no obstante, tomando como un hecho cierto que un ejército de cántabros y vacceos había aparecido de la nada y podía aniquilarlos, sabía por fin qué decisión tomar.

Hecho un manojo de nervios, tratando de controlar sus temblores por el miedo, carraspeó fuertemente y desveló su plan.

—Nos vamos de aquí, antes de que amanezca —dijo con voz trémula—. Cargad todo lo que pueda llevarse y, hecho esto, apagad todos los fuegos y hogueras del campamento. Que la noche nos proteja. No nos atraparán. Nos vamos de aquí.

—Pero ¿a dónde? —inquirió Tiberio.

—Lejos de Numantia —se limitó a contestar Mancino.

En Numantia, poco después

Avaro cenaba frente al fuego un guiso de conejo y verdura cuando unos golpes martillearon la puerta de su casa. Los perros se pusieron en pie y ladraron. Su gruesa esposa hizo lo propio, salvo ladrar. Y el propio Avaro echó mano a la espada que había dejado encima de un banco de piedra adosado a la pared.

—¿Quién llama de esta forma? —demandó a su manera, agrio.

—Megaravico —se oyó del otro lado de la puerta.

Avaro, contrariado, le hizo un gesto con la cabeza a su esposa para que le dejara pasar. Megaravico entró, pero no estaba solo.

—¿Qué haces aquí con Retógenes? —porfió al ver a Megaravico con el hijo de una de sus hermanas, un muchacho que rondaba las veinte primaveras, valeroso, fibroso y ágil como un gato, un joven linajudo que en unos años se convertiría sin duda en uno de los principales guerreros de la ciudad.

—Retógenes tiene algo que contarte —dijo Megaravico.

—¿Y bien? —interpeló Avaro, mirando al joven.

—Me he acercado al campamento romano —comenzó Retógenes.

—Eres un idiota imprudente.

—Y he visto que los romanos habían apagado todas las hogueras —prosiguió el joven—, pero permanecían con todas sus armas y cotas de malla puestas. También cargaban las mulas.

—¿Cargaban las mulas? —saltó Avaro, arqueando una ceja.

—Huyen —espetó Megaravico con brillo en los ojos.

—¿Y por qué iban a hacer tal cosa? —preguntó Avaro.

—Porque la coalición de los guerreros de Termes, Uxama, Clunia y demás ciudades celtíberas ya está aquí. Yo los he visto, y ellos también lo habrán hecho —contestó Retógenes.

—Eso no justifica la estampida de todo un ejército romano bien defendido en su campamento —negó Avaro.

—Huyen —reiteró Megaravico con mirada asesina.

Avaro, nuevamente molesto, chasqueó la lengua, hecho lo cual se terminó el guiso con toda parsimonia, mostrando así su gran autoridad y que nada en la vida podía alterarlo.

—Seguidme —les ordenó finalmente tras beber con un sonoro sorbo el caldo del guiso—. Sé por dónde huirán. Llamad a todos, pero en silencio. No quiero cuernos ni bravuconadas —advirtió al tiempo que se recolocaba su

hermosa panoplia.

Apagados todos los fuegos, el campamento romano quedó sumido en un vacío mundo de tinieblas. El espectáculo de la bóveda celeste, inundada por miles de estrellas, era soberbio, pero ninguno de los quince mil legionarios de Mancino elevaba la cabeza. Ataviados con sus cotas de malla y sus cascos, y bien sujetos a sus armas y a su fardo, aguardaban sentados en grupos de cientos de ellos, acurrucados y acoquinados unos junto a los otros para soportar el frío y el miedo, con la vista puesta en ninguna parte, pero en todas a la vez, sugestionados por cada ruido que se oía en la noche, temiendo que miles de cántabros atravesaran los muros del campamento y los consumieran a todos con su simple halo.

Cuatro horas antes del amanecer Mancino dio la orden.

—Nos vamos, todos por la puerta decumana —exigió.

El ejército, atenazado por la angustia, caminando hacia la nada, fue saliendo por la puerta contraria a Numantia, en sucesivas columnas acompañadas de cientos de mulas y caballos. Tanto hombres como animales estaban forrados en paja para que no sonara el tintineo metálico de armas, pectorales, cotas de malla, arreos y bocados.

La columna, sumida en una oscuridad agobiante, rodeó el campamento por su espalda y tomó apresuradamente dirección sureste, penetrando para ahogo de todos en el bosque que cerraba por el norte la ya famosa llanura oriental de Numantia. Era noche de luna nueva y, para colmo de males, jirones de niebla cerraban la vista.

«¿Algo más, Júpiter? ¿Vas a enviarme alguna calamidad más?», porfiaba Mancino en su fuero interno.

Pero no era el único que farfullaba para sus adentros. Toda la columna era un vivo lamento, un compendio de miedo, angustia y claustrofobia.

Mancino sabía que un simple ulular de una lechuza, el chillido de un ratón, el gruñido de un oso o cualquiera de los sobrenaturales sonidos que se oyen en un bosque en medio de la nocturnidad podían provocar la irracional estampida de toda la tropa.

Por ello, había tenido la precaución de apostar a los centuriones más veteranos en las alas de la línea, para que a bastonazos impidieran cualquier conato de desbandada.

—A quien se le oiga respirar recibirá el azote de varas —amenazaba en vanguardia, ya en medio de la foresta, sumergidos todos en un angustioso mutismo. Ni los abundantes lobos de la zona se atrevían a lanzar un solo aullido, pero no eran pocos los que veían titilar sus ojos asesinos en la

espesura del boscaje.

Dos horas después, todavía de noche, la larga columna, que se extendía dos millas, alcanzó las faldas de la colina en la que el cónsul Nobilior había acampado dieciséis años antes.[38] Construido en su momento enteramente en piedra, en su ladera podían otearse ahora entre tinieblas las ruinas del lienzo de la entonces potente muralla, convertida con el paso del tiempo en un despojo consumido por la vegetación y por las propias labores de demolición llevadas a cabo por los numantinos.

Los legionarios pasaron de largo con respiración entrecortada y sudores fríos, temiendo igualmente que de aquellas trémulas piedras descendieran los cántabros para conducirlos al tártaro.

Una hora más tarde, la hilera legionaria dejó atrás la ladera del viejo asentamiento militar de Nobilior y penetró por el sureste en el desfiladero de salida de la llanura oriental,[39] un estrecho y pedregoso pasillo de seis millas de largo que desembocaba en el camino a Segeda y al valle del Iberus, a donde pretendía llegar Mancino a marchas forzadas en cuanto rompiese el día y ya no pudieran ser vistos ni oídos por los numantinos y sus aliados los cántabros.

—Ya casi estamos —le susurró a Tiberio, exhalando vaho por la boca. El frío era intenso, pero en el cielo, en oriente, la oscuridad comenzaba a dar paso a la anaranjada luminosidad que precede al alba.

—Aún queda —replicó Tiberio para disgusto de Mancino.

—¡No estoy para malos auspicios! —masculló entre dientes.

—Este silencio ya lo he sentido antes —repuso Tiberio sin dejar de mirar a los barrancos y boscosas estribaciones que, como moles parduzcas, les cerraban el paso por los flancos.

Por fin despuntó el día. La oscuridad se desvaneció cuando la tropa circulaba a mitad de la hoya. Los legionarios pudieron ver entonces los pequeños macizos que les rodeaban. Pudieron ver cada árbol, cada roca, las aguas del río que discurrían por la quebrada e incluso un rebaño de ovejas. Pero también los pudieron ver a ellos, por miles, apostados en las laderas y a la salida del valle, estrangulando el espacio en sucesivos muros de escudos y cascos emplumados con las características crines escarlatas. No faltaban enormes contingentes de caballería, caracoleando y reprimiendo el galope de los corceles.

—¡Alto! —gritó Mancino con voz ahogada, pero de modo completamente innecesario. La columna se había detenido ya por sí misma al tiempo que los hombres estiraban sus cuellos y se agitaban en un creciente murmullo—. ¿Cómo lo han sabido? ¿Cómo han sabido que nos marchábamos? —gimoteó sin parar de mirar a todas partes—. Estamos perdidos —añadió balbuceante.

—Estamos rodeados —matizó Tiberio.

—¿Qué hacemos? —sollozó Mancino.

Tiberio apretó los labios y frunció el entrecejo. Los celtíberos, o cántabros, o lo que fueran, permanecían parados, pero tensando los músculos como el depredador que ha visto a su presa y que espera que esta eche a correr para comenzar la cacería.

—¿Qué hacemos? —oyó que suplicaba Mancino—. Estamos…

No pudo continuar, interrumpido por los guturales cuernos de guerra numantinos.

Con solo oírlos la columna legionaria comenzó a descomponerse.

Los caballos se encabritaron y hasta las indolentes mulas comenzaron a dar coces y botes para quitarse de encima la carga.

Muchos hombres comenzaron a tirar al suelo sus fardos y a dar la espalda, mientras otros, llevados por la desesperación, blandían el *gladius* y provocaban temerariamente a los hispanos.

O se actuaba rápido o nadie saldría vivo de allí.

—¡Al campamento viejo de Nobilior! ¡Es nuestra única oportunidad! —gritó de pronto Tiberio.

Mancino pareció recuperar la compostura, aunque solo fuese por puro instinto de supervivencia.

—¡Al campamento de Nobilior! ¡Corred! —aulló de tal modo que pudo imponerse al caótico desconcierto convocado en aquella encerrona.

Una masa de veinte mil hombres y cientos de caballos y mulas giraron en redondo y emprendieron la peor de las carreras, la del miedo, abandonándolo todo, sintiendo en sus mismos cogotes el aliento, los proyectiles de honda y los dardos de los celtíberos que daban caza a los más lentos.

Los romanos se desbandaron en estampida en busca del campamento derruido de Nobilior mientras Mancino, en su ataque de pánico, rodeado por su escolta, creyó ver sobrevolar a las mismísimas Keres, los espíritus femeninos mitológicos de la muerte violenta que, como negras fatalidades, rechinando sus dientes blancos y sus garras negras, ojos severos, fieras, sangrientas y aterradoras, buscaban a los hombres agonizantes, deseando beber su sangre oscura. Y tan pronto como agarraban a un legionario que había caído o acababa de ser herido, apretaban sus grandes garras en torno a él y lo arrojaban al Hades, al frío Tártaro, apresurándose en su vuelta al campo y al tumulto. Tal era el desastre que Mancino creía ver a estos espíritus mitológicos de la Hélade.

No era el caso de Tiberio. Con el corazón saliéndosele por la boca, solo veía hombres cayendo unos detrás de los otros, pisoteados por los propios compañeros, absorbidos por la demente locura de los enemigos, sin armas, sin valor, sin nada. Con todo, pudo ordenar cinco turmas de caballería y frenar

por un tiempo la persecución celtíbera.

Una hora después, los legionarios de retaguardia, ahora convertidos en vanguardia, entraron a la carrera en el viejo campamento, cruzando a través de las enormes grietas que presentaba la muralla.

No obstante, lejos de ofrecer resistencia, aterrorizados, corrieron a esconderse en los derruidos cuarteles, como si aquello les fuese a salvar la vida. Tuvo que ser nuevamente Tiberio el que, al llegar poco después, hiciera formar sobre los muros a los arqueros cretenses y a varios manípulos de príncipes y triarios.

Pero ni por esas los numantinos dejaron de atacar. Embistieron los muros, los treparon como arañas sangrientas y reventaron y aplastaron como una manzana podrida las montoneras de legionarios que trataban de entrar por las hendiduras de la vieja fortificación. Se luchaba sobre los derruidos lienzos, en las puertas y en los fosos en medio de un griterío atronador, desesperado y agónico en el de los romanos, furioso y enloquecido en el de los numantinos. Miles de hombres venidos de ultramar luchaban por no encontrar un final miserable en unos páramos desolados en manos de unos guerreros extraordinarios a los que aquello les parecía el éxtasis.

—¡Resistid! —aullaba Tiberio, encaramado a una roca—. ¡Resistid! —reiteraba al tiempo que varios hastados situados a su espalda descargaban una lluvia de jabalinas sobre un pelotón de numantinos que pugnaban por irrumpir en el campamento.

El bramido era ensordecedor. Todo eran aullidos y lamentos confundidos en una atmósfera que olía a sangre, en una tierra colmatada de heridos y cadáveres.

Pero los numantinos también eran humanos. Jadeando, llenos de mugre, polvo y sangre negruzca, se retiraron al poco, aunque no se fueron, sino que, con sus característicos rostros agrietados, se dedicaron a mofarse de los romanos, a reír a carcajadas, a mear despreocupados, a sacarles el dedo o a enseñar todo tipo de atributos propios de la virilidad masculina en un continuo alarde de bravata y burla.

Y de pronto comenzaron a caer del cielo, por decenas, impulsadas por los numantinos. A Tiberio casi le golpea una en la cara, una mano derecha amputada, recién seccionada del brazo de algún desdichado legionario caído en la atropellada huida, todavía chorreante, y siempre con un inconfundible canturreo de fondo, el de las burlas celtíberas.

Se escucharon entonces algunos sollozos de legionarios a los que les temblaba todo. Otros corrieron atemorizados hacia el interior del campamento y los más congestionaron sus caras en un rictus de pavor y desesperanza. Tiberio, furioso, se dio la vuelta hacia intramuros y el alma se le cayó a los pies. Los hombres estaban desparramos y tirados por todas partes, en

desaliñados grupos, mostrando cabezas bajas, ojos hundidos y mandíbulas temblantes, despojados todos de cualquier deseo de resistencia, derrumbados, muchos sin panoplias, casi todos sucios y desarrapados. Ni un rebaño de ovejas podría ser vencido en aquellas condiciones.

—Quemad las manos. ¡Quemad las manos! —rugió reiterativo al advertir la exasperante parálisis de la tropa. Dicho esto, dio un salto, bajó de la muralla, pasó por en medio de un contingente devastado e irrumpió en el campamento en busca de un hombre al que no se le veía por ninguna parte.

Mancino deambulaba solo y desesperado, en el patio del antiguo pretorio de la fortificación, como si hubiera perdido el juicio, cuando vio aparecer a su cuestor.

—¡Oh, Tiberio! ¿Qué puedo hacer? —sollozó de forma impropia, corriendo a su encuentro—. ¡Qué puedo hacer! —pasó al grito más desgarrado, cayendo sobre el pecho de Tiberio.

Este se lo quitó de encima sin contemplaciones.

—¡Hemos llegado a los triarios! —gimió Mancino, llevándose las manos a la cara al tiempo que él mismo se alejaba de Tiberio e iba a apoyarse, o a refugiarse, en una esquina del muro del patio como un animalillo apaleado y asustado.

—Los triarios han sido más que superados —farfulló Tiberio con extrema dureza y realismo, tanto que Mancino retiró sus manos del rostro y elevó la vista, mostrando el mismo semblante de angustiosa derrota que el resto del ejército.

—¿Y qué podemos hacer? —suplicó apocado—. ¡Nos aniquilarán! ¡No tenemos apenas víveres ni forraje! ¡Aquí solo hay piedras amontonadas y cuarteles a la intemperie!

—No debimos abandonar el campamento —le reprochó Tiberio.

—¡Nos aniquilarán! —insistió Mancino a punto del colapso.

—¡No debimos abandonar el campamento! —repitió Tiberio por pura frustración, envuelto él mismo en la rabia.

—¡Sí, no debimos hacerlo! —reaccionó Mancino—. ¡Pero lo ordené, sí, yo lo ordené! ¿Pero qué iba a hacer? ¡Los cántabros habrían acabado con nosotros igualmente! ¡Por todos los dioses, nos habrían atrapado en estas tierras yermas y desoladas!

—Deja a un lado a los dioses, porque ni con toda su ayuda podremos salir de aquí sin ser masacrados —espetó Tiberio, ahora en un letal susurro, poniendo fin a los gritos.

Mancino, como si le hubieran abofeteado en su cara mofletuda, volvió a

levantar la mirada. Se le caía irremediablemente una y otra vez.

—¿Y qué podemos hacer? —barbotó.

—Negociar —contestó Tiberio sin asomo de duda.

—¿Negociar? —dudó Mancino.

—Un tratado en términos de igualdad —confirmó Tiberio—. No hay otra opción, Mancino, no ahora mismo si queremos salvar al ejército entero. Ya lo hizo Serviliano con Viriato. Debemos negociar un *foedus* —insistió.

—Un *foedus*…

—Es lo único que los numantinos podrán reconocer.

Mancino sacudió la cabeza.

—El Senado no lo aceptará.

—Lo haría si ellos estuvieran aquí.

—¡No lo aceptará!

—¡Mancino! ¡Nunca saldremos vivos de aquí!

—¡No, no y no! ¡Prefiero que una jabalina me atraviese el pecho ahora mismo y me quite esta miserable vida! —declamó Mancino cual Homero escribiendo la *Ilíada*.

Tiberio, anonadado por una teatralidad pueril y ridícula, lo fulminó con la mirada. Aquel hombre estaba enajenado, pero no iba a ser una jabalina enemiga la que le devolviera a la realidad, sino otra cosa bien distinta. Llegó volando sin que ninguno de los dos la viera venir, pero tuvo a bien descender sobre el hombro de Mancino, rebotar en su boca, resbalar por la coraza musculada y caer al suelo en un reguero rojizo.

—¡Por todos los dioses! —brincó Mancino al ver qué era.

Tiberio se agachó y recogió del suelo la mano seccionada, ya dura y fría, mortecina, mostrándosela a Mancino, que la miraba con terror.

—Nuestros hombres, los que se desparraman por el cerro, carecen de valor, Mancino. Si no hacemos nada nos extinguiremos aquí dentro como la llama de una lucerna sin aceite. Les hemos fallado a todos ellos. Les hemos quitado su orgullo ciudadano y su espíritu. Y lo hemos hecho nosotros, la clase senatorial, con nuestro estúpido engreimiento y nuestra insaciable ambición. No tienen nada por lo que luchar porque todo se lo arrebatamos y nada les damos. Permíteme que al menos les salve la vida. Yo acordaré los términos.

—¿Tú? —farfulló Mancino sin dejar de mirar la extremidad ensangrentada.

—Yo soy el hijo de Tiberio Sempronio Graco, al que conocieron y respetaron —dijo Tiberio con natural solemnidad—. Ellos se avendrán a negociar conmigo. Nos rodean, sí; nos pueden aniquilar, sí, pero, ¿cuántos de los suyos morirían también? Siendo los vencedores, no tienen tampoco otra alternativa. Debemos hacerlo, Mancino. Hagámoslo —pidió casi con

paternalismo.

Mancino contempló una vez la diestra amputada. Después miró a Tiberio, bien plantado sobre la tierra celtíbera. Nada ni nadie sería capaz de arrancarlo de allí. Pero tenía razón. Habían bastado veinticuatro horas de desconcierto y pánico para alcanzar el desastre. Ya no había vuelta atrás. No había otra opción. No quería ver más manos mutiladas.

—Propónselo, Tiberio, hazlo. Sácanos de aquí —consintió.

El pacto

Numantia, en los días siguientes

Esa misma tarde un mensajero romano salió a campo abierto para ofrecer negociaciones. Los numantinos dijeron que se lo pensarían.

Bien entrada la noche, todos con el corazón en un puño a la espera de la respuesta celtíbera, Tiberio se adentró en el campamento, un lugar, para ser exactos, lleno de edificaciones sin techo y carcomido por arbustos, raíces y árboles que agrietaban la tierra y las piedras.

Caminó despacio, sorteando las hogueras, observando los rostros asustados de los hombres, apiñados estos en pequeños grupos alrededor de los fuegos. No se oían carcajadas, ni a bravucones inventándose acciones heroicas en combate. No había mucho de qué hablar. Solo se oía el silencio, el crepitar de las hogueras y gritos lejanos de los centinelas.

—Antistio Turpio —le dijo a un legionario al que conocía bien con la sana intención de insuflar un poco de ánimo—. Si tu esposa te viera esa cara, te echaría de casa sin dudarlo —bromeó, provocando algunas risas apagadas y que los hombres fueran levantando las cabezas.

—Cayo Trebonio —voceó al pasar junto a otro contubernio con miradas clavadas en el suelo—, sonríe un poco para que veamos tus dientes negros y torcidos —se mofó con el mismo espíritu.

—¡Ya no tiene dientes! ¡Se le han caído todos! —gritó un legionario de un grupo próximo. Tiberio se giró como un resorte.

—¡Por Hércules, si quien habla es el mismísimo Lucio Munatio, el más feo de todo el ejército! —exclamó con toda guasa.

—¡Te equivocas, Graco, el más feo es Tito Torio! —aulló muerto de risa un anónimo soldado, generando un creciente ambiente de alegría. Aunque solo durase unos instantes, valían su peso en oro.

Tiberio rio también con ganas, continuando su avance entre las hogueras al tiempo que repartía mofas y comentarios irónicos, sintiendo a la vez el cariño de la tropa, que le tenía gran respeto.

Al rato se topó con un grupo en el que destacaba un hombre ya veterano, de gran complexión, procedente de Etruria, al que Tiberio conocía de tiempo atrás. Fue a sentarse a su lado, compartiendo fogata con el resto de los hombres que la circundaban, ocho en total.

—Anio Escápula —le dijo con cariño.

—Tiberio Sempronio Graco, es un honor —contestó Escápula.

—Hoy no ha sido un buen día. Lo será mañana, Escápula, alegra esa cara —trató de animarlo, dándole un pequeño codazo—. Alegradla todos vosotros —añadió a continuación, dirigiéndose al resto.

La reacción, en cambio, no fue esta vez la esperada. Escápula no era el único veterano de aquel corro, también lo eran todos los demás, pero ninguno sonrió ni dio muestras de querer hacerlo, permaneciendo en un profundo silencio.

—Escápula… —susurró entonces Tiberio.

El soldado elevó la vista y, con cara de pensárselo mucho, habló.

—No sabemos por qué luchamos —soltó a bocajarro.

Tiberio, lejos de sorprenderse, cabeceó rítmicamente, como dando a entender que lo comprendía.

—Lucháis por Roma, por su grandeza y por su orgullo —contestó aun así.

—¿Y qué nos da Roma a nosotros? —repuso Escápula con los ojos humildemente fijos en Tiberio—. Volveremos, pero no tendremos campos que trabajar, o ya no podremos hacerlo porque estarán abandonados. O se los habrá apropiado alguien poderoso que prefiere esclavos, esa ralea inferior y siempre maliciosa, en lugar de ciudadanos. Luchamos para nada. Luchamos para ser desposeídos. ¿Qué hacemos realmente aquí? ¿Qué nos da Roma a nosotros? Solo nos da el hierro de esos hijos de la gran perra —masculló Escápula, rabioso, en referencia a las espadas de los numantinos.

—¿El hierro? ¿Eso creéis que os damos? —interpeló Tiberio, poniéndose bruscamente en pie. Escápula contuvo el aliento. Tal vez había sido demasiado directo e impertinente.

—Yo no quería…

—Tranquilo, Escápula, tranquilo —le interrumpió Tiberio.

—Solo quería… —insistió Escápula de todos modos.

—Solo querías mi comprensión y apoyo —le interrumpió Tiberio. Para alivio del veterano, el joven Graco ya no parecía indignado. Al contrario, lo observaba con respeto—. Tranquilo, Escápula. Tranquilos todos —añadió, mirando al resto, que le observaban a su vez quietos como postes y con la respiración interrumpida—. Descansad y elevad vuestro ánimo. Los novatos es lo que esperan de vosotros. Os sacaremos a todos de aquí, a todos —afirmó en alto, para que los legionarios le oyeran, dicho lo cual se dirigió a su cuartel, si es que la construcción podía merecer esa denominación.

Allí intentó dormir. Lo hizo a duras penas, en un constante duermevela dominado por los sueños, pero, especialmente, por uno en el que debía afrontar la toma de dos caminos. El primero, más cercano, le dirigía a la salvación de aquel ejército. El segundo, más lejano, le empujaba a la salvación de la República misma. Roma no se sostendría en pie un día más si no se les devolvía a sus ciudadanos el orgullo de poseer y trabajar campos de cultivo y pastoreo. El orgullo de sentirse campesinos, como antaño.

Dos jornadas después, un enviado numantino comunicó que accedían a

entablar negociaciones, las cuales debían comenzar justo al día siguiente. La tropa respiró momentáneamente aliviada, y el propio Mancino pareció recuperar la cordura.

—Joven Graco, sácanos de aquí —le instó, cogiéndolo por los hombros —. Rememora a tu padre —añadió efusivo.

Tiberio amaneció muy temprano. Cobijado en su destartalado cuartel, desayunó un poco de queso antes de colocarse su panoplia.

Al abandonar la ruinosa casucha se topó de bruces con una masa apretujada de silenciosos legionarios que aguardaban su marcha. Todos ellos mostraban unos semblantes arrasados, pero él los miró con serena seguridad, echando a andar al tiempo que un estrecho y taciturno pasillo se iba abriendo en su camino.

Algunos hombres le animaban, otros le tocaban discretamente para reconfortarse por el contacto con el nieto de Escipión Africano y los más lo contemplaban con ojos de ruego, sin que nadie elevara la voz.

Poco después salía por la puerta pretoria, escoltado por dos tribunos y dos contubernios legionarios. Lo hizo caminando bien erguido, consciente de que en su mano estaba la salvación del ejército entero, sintiendo el inconfundible hormigueo de la aristocrática vanidad de quien sabe que ha nacido para enfrentar circunstancias como aquella, porque estaba preparado, porque los numantinos habían accedido a negociar con él, y solo con él. Esa era la única condición.

Imbuido en su propia sensación de grandeza, llegó al punto acordado, un lugar circundado por un bosquecillo en mitad de la llanura oriental.

Allí le esperaban ocho celtíberos, pero solo le habló uno de ellos, un hombre de cabellos blancos que bien podría ser un anciano por su piel arrugada y castigada. Su presencia y vigor, no obstante, no eran ni mucho menos los de un anciano.

—Sígueme, tú solo —le dijo el viejo numantino. Tiberio dudó un instante—. ¿Es que acaso un romano no puede confiar en uno de nosotros? —le espetó el hombre al advertir su titubeo—. Somos nosotros los que tenemos razones para no confiar en vosotros —añadió expeditivo.

—Dime al menos quién eres —pidió Tiberio.

—Avaro. Sígueme, tú solo.

Tiberio hizo un gesto con la cabeza para que no le acompañara su escolta y le siguió, conduciéndole, para su sorpresa, no solo hasta el interior de la misma Numantia, sino hasta su vivienda, una construcción rectangular con basamento de piedra y muros de adobe y madera con cubierta de ramaje a

dos aguas, como todas las demás de la ciudad, distribuidas ordenadamente en manzanas, muchas de ellas con un pequeño corral repleto de gallinas y ovejas.

El interior de la casa se asemejaba mucho a las viejas casas de campo de los agricultores romanos más humildes. Apenas tres estancias con la central como hogar de la vivienda, con bancos corridos en las paredes, un telar, un molino circular de piedra, suelo de tierra apisonada, algún baúl de madera, olor a leña y cuero rancio y vasijas y platos con figuras geométricas o pinturas de lo que parecían guerreros u hombres bailando con los brazos enfundados en cuernos. No había riqueza material en aquellas gentes, pero sí mucho valor y férreas convicciones, justamente de lo que adolecía el ejército de Mancino.

Avaro se sentó en un banco adosado a la pared, indicando a Tiberio que hiciera lo propio en el de enfrente, como así hizo.

Hecho esto, una mujer gruesa le trajo un tazón de guiso. Tiberio lo cogió con ambas manos al tiempo que advertía cómo el numantino lo escrutaba en completo mutismo, con sus profundos y penetrantes ojos bañados en la experiencia.

Avaro permaneció así largo rato, tranquilo, sin prisa, sosegado, hasta que, poniéndose aún más serio, decidió comenzar la reunión.

—El hijo de Tiberio Sempronio Graco merece nuestra hospitalidad —se avino a reconocer—. Tu padre respetó e hizo respetar su palabra ante vuestro Senado. Tu padre es de buen recuerdo. Queremos que el hijo sea como el padre —aseveró como lo hacía al hablar latín, sin derrochar palabras. Tiberio asintió complacido.

—Mi padre me educó para cumplir los compromisos —agradeció.

Avaro cabeceó con pausa, sin dejar de escrutarle.

—Entonces, confiamos en ti. Hemos hecho bien en pedir que fueras tú quien hablara aquí, el hijo de Graco… —Avaro dejó la frase en suspenso—, y también hermano de la mujer de Escipión Emiliano. Dicen de él que siempre respeta los acuerdos —añadió con toda intención, provocando que Tiberio curvara ligeramente los labios por la astucia de aquel zorro celtíbero, comprendiendo bien su posición. No cabía duda de que los numantinos le habían aceptado por el buen recuerdo de su padre, buscando en él la misma honestidad y lealtad. Pero no era menos cierto que a Emiliano le resultaría más difícil oponerse o rechazar en Roma un pacto cerrado por su propio cuñado.

No era tonto Avaro, ni había estupidez en aquellos hombres de hierro, nada de lo cual, en cualquier caso, le iba a sacar de su camino, que no era otro que negociar como si fuera él quien estuviera en una posición de fuerza y no al revés. Tampoco tenía otra elección.

—Te diré cuáles son nuestras condiciones —espetó de pronto con soberbia audacia, provocando que fuera Avaro esta vez quien, sorprendido,

dibujara una media sonrisa. El joven romano, sentado en el humilde banco de piedra como si fuera un trono y con un gesto de natural rebeldía, no había tardado un solo instante en mostrar el perseverante e incombustible ímpetu de los hijos de la loba.

—Te enseñó bien tu padre —le dijo sonriente.

—Ya te lo he dicho antes —contestó Tiberio.

Avaro agitó lentamente su cabeza, pensando que más les habría valido haber llamado al propio Mancino antes que a aquel jovenzuelo.

—Bien, romano, creo que es más sensato que te diga antes cuáles son nuestras condiciones si queréis evitar realmente que os matemos a todos —dijo.

—Lo que significa que queréis alcanzar un acuerdo. De otro modo, no me expondrías ninguna condición —repuso Tiberio como una centella.

—Más despacio, romano, más despacio —zanjó Avaro con gesto divertido.

A lo largo de los días siguientes

Las negociaciones comenzaron duras como una piedra de molino. Superada la cordialidad inicial, Avaro se mostró inflexible, negando cualquier posibilidad de entendimiento.

—Acabaremos con todos vosotros —repitió incansablemente durante tres agotadoras jornadas.

—Sea entonces, muramos todos —contratacó Tiberio, haciéndose el ofendido—. Pero recuerda bien, Avaro, recuerda bien —le advirtió con mirada profunda—, que Roma siempre vuelve para hacerlo pagar.

Al cuarto día Tiberio sacó a relucir los viejos acuerdos de su padre, que tanta paz habían llevado a la región durante tres décadas.

—Los pactos de mi padre fueron buenos para todos —recordó.

—No estás en condiciones de pedir los pactos de tu padre. Os los ofrecimos antes, pero no los quisisteis. Ahora os mataremos a todos —reiteraba un infatigable Avaro.

—No sois suficientes para hacerlo, y nos llevaremos al más allá a muchos de los vuestros —replicaba Tiberio con suficiencia.

—Jamás volveréis a Roma —presionaba Avaro.

—¿Cuántos de los vuestros morirán? ¿Mil? ¿Dos mil? No habrá buitres suficientes para elevar vuestras almas allí a donde vayan —contestaba Tiberio con indiferencia.

—Poco importan unas vidas más.

—Sea entonces, ¡muramos todos! —reiteraba Tiberio, dicho lo cual

regresaba al campamento, como se le permitía tras cada jornada.

—Tráeme un acuerdo, joven Graco, tráeme uno —le suplicaba Mancino cada noche.

En la sexta reunión Tiberio hizo nuevas propuestas.

—Abandonaremos vuestras tierras y podréis despojar los campamentos —ofreció.

—Dejad las armas —exigió Avaro.

—De ningún modo. Las armas no las dejaremos —se opuso Tiberio en un permanente tira y afloja.

—Entonces os enviaremos al inframundo —amenazó Avaro.

—Conformaos con los campamentos.

—Las armas.

—Tendréis que venir a por ellas.

—Os mataremos a todos —repitió Avaro como amenaza favorita.

—Sea entonces, muramos todos —replicó Tiberio como contestación igualmente predilecta.

El octavo día comenzó con nuevos ofrecimientos, pero esta vez de Avaro, que mostró por fin algo de cintura.

—Numantia será dueña de todo su territorio, sin que un ejército romano pueda pisarlo jamás —requirió impasible.

—A cambio habréis de respetar las propiedades romanas en la provincia y dejar de apoyar a quienes sean nuestros enemigos —replicó Tiberio como una exhalación.

—Eres insolente en tus peticiones —protestó Avaro.

—No es de extrañar, lo que pretendes es un *foedus aequum*, un tratado en términos de igualdad —objetó Tiberio muy tieso, como fingiendo que aquello era inaceptable.

—Sé muy bien qué os pedimos.

—Tanto como que el Senado no lo aceptará —desdeñó Tiberio.

—Entonces, os mataremos a todos.

—Sea entonces, muramos todos —reiteró Tiberio con los ojos en blanco, volviendo de noche al campamento.

—Joven Graco, el acuerdo —le instó Mancino hecho un manojo de nervios, a lo que Tiberio se limitaba a asentir.

En el noveno día de ardorosas y tenaces negociaciones, Avaro dio paso a lo religioso y a la desconfianza.

—Es necesario que cualquier acuerdo sea jurado ante los dioses, los nuestros y los vuestros, por todos vosotros, el cónsul y su consejo, incluido tú mismo —exigió, escarmentado tras lo de Pompeyo.

—Qué muestra de suspicacia —escupió Tiberio.

—Y que la ira de los dioses caiga sobre el Senado y el pueblo romano si

os atrevéis a incumplir lo acordado —añadió Avaro.

—Hoy la insolencia no es mía —se quejó Tiberio.

—Pues os mataremos a todos —concluyó Avaro.

—Sea entonces, muramos todos.

En la décima jornada el propio Avaro, ya sexagenario, estaba agotado, no así Tiberio, que parecía el martillo de un incansable herrero en cada una de sus réplicas. Tal era la exasperación de Avaro que este solo pudo decir:

—Pues os mataremos a todos.

Tiberio, sin embargo, esta vez no contestó el ya famoso «Pues muramos todos», sino que, guardando silencio, sonrió con malicia, lanzando una pregunta que llenó de desconcierto al numantino.

—¿Entre los vuestros hay cántabros? —interpeló.

Avaro puso cara de no entender nada.

—No los hay —contestó aturdido.

Tiberio cabeceó rítmicamente de lado a lado, acompañando su gesto con un ronroneo socarrón.

—Me lo temía —farfulló. Después se puso en pie y ofreció súbitamente su mano—. Y bien, Avaro de Numantia, ¿tenemos acuerdo o no? ¿Tenemos un *foedus* o no lo tenemos? ¿Vamos a estar días enteros hablando de lo mismo? Ambos sabemos que no hay otra alternativa. Vuestros campos están abandonados, los rebaños desperdigados o perdidos para siempre y os faltan hombres para la caza, la guerra y el pastoreo. Estáis al límite de vuestra resistencia. Terminemos los dos de la mejor manera posible, como amigos. Nunca conseguiréis nada igual. Tengamos acuerdo. Tengamos un *foedus aequum.*

Poco después, ya de noche, Tiberio llegaba al desvencijado campamento romano, donde Mancino y veinte mil legionarios le aguardaban abatidos por la desolación y sin poder reprimir su congoja.

—¿Qué noticias nos traes, joven Graco, qué noticias? —le imploró Mancino en la puerta del campamento.

Tiberio frunció los labios. Mancino hizo lo propio. Los legionarios contuvieron el aliento. Tiberio cogió aire pesadamente y miró a lo alto. Mancino no podía más. Los legionarios tampoco. Mancino se desvanecía. Los legionarios también.

—¡Joven Graco! —protestó Mancino.

Tiberio dibujó un arco en sus labios, primero discreto, después desplegado en una rebosante alegría. O lo decía o caerían desmayados.

—Podemos irnos —proclamó.

Y un gigantesco y explosivo júbilo se elevó al cielo y llegó incluso a tierras de los cántabros, sin saber estos que un falso rumor sobre su temible presencia había bastado para doblegar y llevar a la rendición a todo un ejército

consular de Roma.

La sorpresa

De Numantia a Tarraco, de mayo a septiembre

El ejército de Mancino abandonó el viejo campamento de Nobilior dos días después, dejando atrás bagajes, muebles, utensilios, herramientas y cuanto pudieran poseer, todo menos las armas y la comida suficiente para llegar al valle del Iberus.

Los numantinos, en cuanto los vieron marcharse, corrieron a saquear el campamento cual enorme despensa y botín, regresando a sus casas con el vivo semblante de la felicidad, orgullosos por una gesta que sería narrada una y otra vez en sus cantos épicos.

La columna romana tomó el camino del sur a toda velocidad, embocando el valle del Iberus desde las tierras altas del río Salo. Pocos días después alcanzaron el pequeño poblado sedetano de Salduie,[40] donde Mancino, aliviado de tanto peso, decidió quedarse para curar a los heridos, recabar nuevos suministros y quitarse el susto del cuerpo.

Aprovechó también la calma para escribir al Senado y solicitar que se ratificara el *foedus*, cosa de la que no dudaba ni por asomo. En idéntica situación se había encontrado Serviliano con Viriato cuatro años antes, por lo que, tratándose del mismo caso, no temía en absoluto que los padres conscriptos y el pueblo no fueran a dar su visto bueno a un tratado que había salvado a un ejército entero.

Tiberio, por su parte, no hacía más que recibir las constantes muestras de cariño y entusiasta admiración de los legionarios. Todos ellos pensaban que el hombre que aglutinaba la condición de nieto de Escipión Africano, hijo de Graco el Viejo y cuñado de Emiliano, los había librado de una muerte segura, y no solo porque con su simple nombre había abierto las puertas del pacto por la confianza que inspiraba a los numantinos, sino por su tenacidad negociadora, cediendo en unos casos y resistiendo en otros durante diez jornadas agotadoras.

Por lo demás, todos creían igualmente que el acuerdo salvaguardaba la dignidad romana, puesto que, si bien era cierto que Roma salía con el rabo entre las piernas y reconociendo la soberanía y territorio de Numantia, no lo era menos que los numantinos ya no podrían luchar contra Roma o ayudar a sus enemigos, amén de tener que respetar las propiedades y negocios de los ciudadanos romanos en la provincia.

El *foedus* era, en suma, un éxito que Tiberio vivía con agitación y alegría. Había salvado a un ejército completo en unas condiciones nefastas y aplastantemente adversas, renovando de alguna forma el respeto y fama de los Graco en la Celtiberia, tenidos ambos, el padre y el hijo, cada uno en su

tiempo y en sus circunstancias, como hombres justos y de palabra. Por ello, su primer sueño, aquel vivido en Numantia en forma de camino que se abría a sus pies, estaba saciado y de forma brillante, tanto que incluso a su regreso a Roma esperaba ser alabado en bloque por el Senado. Lo merecía.

Transcurridos los meses de verano, Mancino decidió trasladarse a la capital provincial, Tarraco, llevando consigo a Tiberio. Allí esperaría la confirmación senatorial del tratado al tiempo que arreglaba otros asuntos del gobierno de la Citerior, toda vez que numerosas ciudades, publicanos, contratistas, explotadores de minas y ricachones hispanos solicitaban su atención sobre asuntos de toda índole, ya fuesen disputas, intereses comerciales o simple adulación.

Mancino y Tiberio llegaron alegremente a Tarraco doce jornadas después. Las legiones, con licencia provisional, se desparramaron por las tabernas y cuchitriles de la ciudad para olvidar al albur del vino el pánico sentido en Numantia. Mancino y Tiberio, por su parte, culebrearon por las efervescentes calles de Tarraco y ascendieron sobre sus monturas y entre bromas las callejuelas que conducían a las oficinas y estancias del gobierno provincial, situadas en un edificio porticado en lo alto de la colina que dominaba la ciudad. Superadas las penurias numantinas, exhibían ambos un excelente buen humor.

Ya en la cima, trotaron por una estrecha y oscura calle hasta alcanzar la plaza del pretorio, y fue allí donde, de pronto, una inesperada visión les arrancó de cuajo tanto regocijo y júbilo.

Mancino detuvo de golpe su caballo, tieso como un palo, con la boca tan abierta que bien podía desencajarse la mandíbula, con la respiración oprimida, como si le acabaran de colocar todo el peso del monte Olimpo sobre el pecho.

—Pero ¿qué hacen aquí? —demandó, volviéndose hacia Tiberio.

Este, por su parte, tan aturdido como Mancino, se quedó mirando con rostro sombrío aquello que les había turbado de modo tan violento, a saber, un grupo de hombres que aguardaban achicharrados bajo el sol en el portón de acceso al edificio gubernamental, pero no un grupo cualquiera, porque todos ellos lucían túnicas escarlatas ceñidas por un ancho cinturón de cuero negro claveteado con latón. Eran lictores. Y Tiberio los contó, no una vez ni dos, sino tres. Tenía que estar bien seguro.

—Son doce —farfulló finalmente.

Mancino casi se cayó de espaldas. La presencia de doce lictores delante de sus narices solo podía significar una cosa, que él no era el único cónsul que estaba allí.

—No es posible, no deberían estar aquí. Esta es mi provincia, no la suya —dijo Mancino con voz temblorosa pero con preludio de ira.

—Esto no pinta bien —masculló Tiberio.

—¡Por supuesto que no! —explosionó de pronto Mancino—. ¡Él no debería estar aquí! ¡Yo soy el cónsul de la Citerior, no él! ¡Por todos los dioses! ¿Qué hace aquí? —bramó, imaginando ya lo peor.

Abandonando su parálisis, Mancino bajó del corcel con una agilidad impropia de sus facultades físicas, se abalanzó sobre la puerta del pretorio, echó a un lado a los lictores y a una pareja de indolentes legionarios, acometió la subida al segundo piso e irrumpió jadeante en el despacho principal.

El cónsul Marco Emilio Lépido, que estaba sentado detrás del escritorio, elevó la vista en cuanto vio entrar a su colega consular, hecho lo cual se puso en pie como un rayo, tragó saliva y se arrancó en su propia soflama sin dar la oportunidad a que Mancino pudiera ni siquiera abrir la boca y agitar sus mofletes.

—Cayo Hostilio Mancino —recitó con pomposa figura—, el Senado te reclama en Roma para que des explicaciones sobre tu derrota y sobre el infame tratado suscrito con los numantinos. Entretanto, esta será mi provincia, no la tuya. Se te ordena volver a Roma de inmediato como un ciudadano privado —se despachó a bocajarro.

—¿Infame? ¿Un tratado infame dices? ¿Un ciudadano privado? —aulló Mancino, tan enloquecido como atónito.

—Eso he dicho. El acuerdo es infame e ignominioso.

—¡Hemos salvado a un ejército entero!

—Infame.

—¡Ellos no estaban allí, no había otra opción! —se atrincheró Mancino con el cuchillo entre los dientes.

—Infame —hizo lo propio el cónsul Lépido.

Como era lo último que podía esperar, y mucho más de forma tan abrupta, Mancino sintió por primera vez en mucho tiempo un furor tan asombroso que habría agarrado a Lépido por los pelos para arrastrarlo hasta el puerto y arrojarlo al mar, pero una mano poderosa y autoritaria lo detuvo. Quiso quitársela de encima, pero era fuerte y le sujetaba como una tenaza. Se giró para zafarse, pero ni por estas aflojó Tiberio, que mostraba un semblante letal.

—No es culpa de Lépido —siseó Tiberio en un peligroso susurro totalmente inédito en su carácter.

—¿De quién entonces? —gimió Mancino al borde del colapso.

—De Emiliano. Ha sido Emiliano —exhaló Tiberio como si las palabras llegaran del mismísimo inframundo, macerado en una ira sin límites. Lejos de alabársele por haber alcanzado un acuerdo, iba a ser humillado.

Te lo advertí

Roma, mediados de octubre

Tiberio llegó a Roma en estado de combustión. Inflamado por la colosal indignación que le asolaba desde que conociera las noticias del Senado, bañado en su propia frustración durante el viaje de regreso, entró en la ciudad como un vendaval. Quemó bajo sus pies las vías y cuestas de Roma, ascendió el Palatino echando fuego por boca y orejas, mandó aporrear la puerta de la *domus* de Emiliano, pasó por encima del esclavo que tuvo a bien abrir el portón e irrumpió en el atrio como si lo fuera a echar todo abajo.

Fue su hermana Sempronia quien salió alegremente a recibirle, pero en lugar de encontrar a su hermano, al Tiberio amable y sosegado, tuvo que apartarse para no ser atropellada.

—¿Dónde está? —demandó Tiberio con aspereza.

—¿Dónde está quién? —preguntó ella con alarma.

—Emiliano, ¿dónde está? —voceó él sin detenerse.

—Está en la biblioteca… ¿Qué ocurre? ¡Cálmate! —le suplicó Sempronia en su persecución.

Emiliano leía la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides cuando sintió que la temperatura de la enorme y lujosa habitación se caldeaba. Y no era para menos. Su cuñado Tiberio, prendido inusualmente en llamas, acababa de presentarse de modo precipitado, seguido de Sempronia, que trataba de detenerlo o, mejor dicho, apaciguarlo.

Muy consciente de qué provocaba aquella insólita versión de Tiberio, le hizo un gesto a su esposa para que no lo agobiara.

—Déjale, Sempronia, y déjanos solos —pidió con tranquilidad. Después, exhibiendo como parapeto defensivo sus ojillos de halcón hambriento, se dirigió a Tiberio, que permanecía de pie con rostro lóbrego—: Supongo que vienes a por una explicación —dijo.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo habéis podido? —inquirió Tiberio con los dientes apretados, quieto y desafiante, sumido en una incombustible rabia.

Emiliano, altivo al modo Escipión, se encogió de hombros.

—Te lo advertí, Tiberio —masculló con desapego—. Te advertí que Mancino era una calamidad y que podía arrastrarte en su vergüenza, y no quisiste escucharme. Sabías que esto podía pasar. Sabías que…

—¡Hemos salvado la vida de veinte mil hombres! ¡De veinte mil! —le interrumpió Tiberio en un grito de furia y desahogo—. ¡Yo salvé la vida de todos y la dignidad de Roma! ¡Yo negocie el acuerdo! ¡Y el Senado y tú mismo lo pagáis con la humillación! ¡Con mi humillación! —rugió fuera de sí.

—Tú no eres el cónsul —espetó Emiliano.

—¡Yo cerré el tratado! ¡Y ahora nos tratáis de este modo! ¿Hicisteis lo mismo con Serviliano? ¡Dímelo! ¿Le privasteis de su provincia cuando declaró a Viriato amigo y aliado del pueblo romano? ¿Lo hicisteis? —continuó Tiberio encelado y desgarrado, señalando a Emiliano violentamente con su dedo índice—. ¡Hicimos lo correcto! ¡Y esos hombres a los que hemos salvado podrán volver a luchar! ¿Cómo habéis podido?

Emiliano, que había aguantado la embestida con rostro impasible, mantuvo la calma a duras penas. No estaba acostumbrado a que nadie lo abroncase. De hecho, nadie lo había hecho hasta el momento salvo Sempronia en sus histerismos y Cornelia con su afilada presencia y sus punzantes dardos verbales. Era ahora Tiberio el que entraba en tan distinguida asociación, todo ellos, paradójicamente, de la misma familia.

Pese a ello, consciente de que no podía perder el control ni su natural superioridad, se armó de paciencia, aunque mostrando a través de su autoritaria mirada que no estaba dispuesto a ceder un ápice de terreno.

—Escúchame bien, Tiberio, porque no te lo repetiré más —inició su propia matraca con dureza e intensidad. Su cuñado, bombeando su pecho, así lo hizo, permaneciendo clavado en el suelo—. La campaña de Mancino ha sido una de las mayores humillaciones que Roma ha sufrido en décadas, y no, Tiberio, no te engañes, el rival no era Filipo de Macedonia, ni Aníbal de Cartago, sino una simple aldea hispana que no suma ni media legión. Lamento tu gigantesca desilusión, pero no voy a permitirlo —masculló, apretando sus mandíbulas con colosal imperio—. Yo destruí Cartago y no voy a tolerar que Roma sea el hazmerreír del orbe entero. Si creías que se te ensalzaría, te has equivocado. Si creías que te bañaríamos en laureles, te has equivocado. Si creías que emulabas a tu padre y su pacto, te has equivocado. Vuelve a la realidad. Numantia nunca vencerá. Esa miserable ciudad debe ser arrasada por completo y sus habitantes muertos o vendidos como esclavos. El tratado es una ignominia, una más, pero te juro por Júpiter que será la última. Bien que te lo advertí —declamó con suma inclemencia.

Tiberio, contenido ahora él mismo, puso lo brazos en jarras, cabeceando al tiempo que dejaba escapar una pequeña risa producto de la desesperación. Sumido en una violenta decepción, bien que podía arrasar con todo lo que estuviera a su alrededor.

—Tú no estabas allí —barbulló—. No estabas para comprender que es un milagro que sigamos vivos.

—Si hubiera estado, jamás habría ocurrido algo así.

—No lo hagas —pidió Tiberio.

—Es inevitable.

—No lo hagas —insistió Tiberio.

—El oprobio debe ser reparado —se enrocó Emiliano.

—No lo hagas —repitió Tiberio hasta la extenuación, tanto que, de tanto llamar a la puerta, provocó la cólera del gran Escipión.

—¡Esto es Roma! —rugió Emiliano, cansado de su propia paciencia y de la desquiciante e ingenua tozudez de Tiberio—. ¿Dónde te crees que estás, muchacho? —añadió con desdén—. ¿Crees que una manada de lobos como el Senado va a amedrentarse ante un rebaño de cabras celtíberas malencaradas? ¿Lo crees? ¿Es esto lo que te enseñó tu padre y te enseña tu madre? ¡Tu padre era un noble magnífico! ¡Y tu madre de haber nacido hombre nos habría ensombrecido a todos! ¡Intenta parecerte a ellos! —le recriminó de modo corrosivo.

Tiberio, que había bajado la vista, la elevó de modo muy lento, volcando sobre su cuñado unos desconocidos ojos de depredador.

—Lo juramos todos —susurró—. Pusimos a los dioses como testigos de nuestra palabra. Ellos fueron los fiadores del pacto, y caerá sobre Roma entera su ira si faltamos al juramento —barbotó.

Hacía falta, no obstante, mucho más para doblegar a su poderoso cuñado, tanto que este, con cara petulante, encogió los hombros como si aquello le importara un bledo.

—¿La firma del tratado contó con la intervención de los sacerdotes *fetiales* y del *pater patratus*? —interpeló, mostrando así las razones de su indiferencia.

Tiberio, cogido por sorpresa, contrajo el rostro.

—¿Ese es el nuevo escrúpulo religioso que invocará el Senado para anular el tratado? —desdeñó con incredulidad.

—Los escrúpulos y ritos que nos legaron nuestros mayores están para cumplirlos —repuso Emiliano.

—¡Hace décadas que no se aplica el derecho de los feciales! ¡No me tomes por un idiota! —regurgitó Tiberio, volviendo al grito.

—Si es necesario y lo demandan los dioses, volverá a aplicarse —replicó Emiliano con irritante calma.

Tiberio, exasperado, lanzó un irónico bufido.

—Sé qué pretendes —dijo—. Nada de esto es una decisión religiosa, sino puramente política. Lo único que deseas es que el tratado no sea ratificado para que tú, el gran triunfador sobre Cartago, el gran Escipión, puedas acabar con Numantia. ¿Me equivoco? Eso es lo que quieres en realidad y llevas preparando en la sombra durante años. Solo quieres terminar tú con ellos. *¡Numantia delenda est!* —clamó con infinita mordacidad, una que no agradó de ningún modo a Emiliano, con el rostro ahora duro como el granito.

—La *lex de consulatu non iterando* no permite que nadie que haya sido

cónsul pueda serlo de nuevo. No puedo dirigir las legiones —rumió con hiriente precisión legal.

—Ah, ¿no? —interpeló Tiberio—. ¿Y quién es ahora el ingenuo? ¿Es que el hombre que fue cónsul sin la edad requerida y sin haber alcanzado la edilidad no podrá remover de nuevo los obstáculos de una simple ley? ¿Es que ya no hay tribunos de la plebe dispuestos a someterse y a hacer el trabajo sucio por ti?

—¡Ya basta! —saltó Emiliano con furia—. ¡No reconozco en ti al joven Tiberio Sempronio Graco!

—¿Y cómo quieres que sea cuando me humillas públicamente? —replicó Tiberio, desgarrado.

Emiliano no contestó, no de inmediato. Respirando con el ceño fruncido, aguardó a que los latidos de su corazón amainaran.

—No deseo discutir contigo eternamente, por lo que has de saber que solo caerá Mancino. Él es el único responsable —anunció magnánimo.

—¿El único responsable? —repitió Tiberio con cara de sorpresa.

—Solo caerá Mancino. Ni tú ni nadie más del *consilium*. Lo hago porque eres tú y por tu madre. Esa es mi liberalidad.

—¿Tu liberalidad? —redundó un incrédulo Tiberio.

—Tienes mi palabra.

Tiberio resopló hastiado.

—Pues ya puestos a comprometer nuestras palabras —dijo—, ten por seguro que desde hoy nada será lo mismo. Tenlo por seguro.

Sin piedad

Roma, de noviembre de 137 a.C. a enero de 136 a.C.

El mes de noviembre fue propicio para Apio Claudio Pulcro. Por fin, cinco años después de su dolorosa derrota a manos de Emiliano en las elecciones censales, los comicios centuriados tuvieron a bien tener un poco de criterio y cordura y elegirlo censor patricio para el siguiente lustro, y además en compañía de su aliado Quinto Fulvio Nobilior, el Elefantito.

—En nada me supera ya Escipión Emiliano —fanfarroneó en actitud egocéntrica el día de su triunfo electoral.

—En nada te ha superado nunca —apostilló su siempre vigilante y celosa esposa, la no menos ególatra Antistia.

Superados los ecos de esta victoria, esperada, por otra parte, porque Claudio no tenía rivales capaces de superarlo, los romanos se sentaron en el metafórico graderío del teatro de los líos y salivaron de placer con otro asunto dramático que se prometía de lo más divertido y artero, el regreso de Mancino y, en particular, la sesión senatorial en la que iba a ser sometido a la inquisición de los padres de la patria.

Mancino, por su parte, desde su llegada a Roma a inicios de noviembre, se había dedicado a buscar todos los apoyos posibles, y no solo dentro de las filas del Senado, sino que haciendo llamar a los familiares de los legionarios salvados de la masacre en Hispania para que montaran bronca en Roma. Hecho esto, se paseó por el foro acompañado de todo su consejo militar, también de Tiberio, apelando a la rectitud del tratado.

—Parecía tonto —ironizó Fabio una fría mañana de enero al verlo pasar con su séquito de desagraviados.

—Y lo es —ratificó Emiliano, que acompañaba a su hermano.

—¿Y por qué estás tan seguro? —preguntó Fabio, divertido.

—Porque haga lo que haga y se defienda como se defienda, no será capaz de soportar nuestro ataque en el Senado.

—¡Pobre Mancino! —exclamó un socarrón Fabio.

—Nos ha hecho un favor —sentenció un enigmático Emiliano.

Pudiese o no Mancino hacer frente a los ataques, la facción escipiónica no se quedó atrás a la espera de la ansiada sesión senatorial. A tales efectos, activó todos los resortes de su enorme clientela con el fin de abatir a Mancino, todo lo cual desembocó en multitudinarias peleas populares de las que tanto gustaban a los más aficionados a la pendencia, y de estos los había y en abundancia en una Roma con una plebe urbana cada vez más ociosa y politizada, lo que era una combinación letal de la que trataban de sacar partido unos y otros.

En una creciente polarización y radicalización entre los que simpatizaban con Mancino y creían que había hecho lo correcto y entre los que querían arrojarlo de la roca Tarpeya e incluso privarle de su ciudadanía, se celebró por fin a comienzos de enero la ansiada sesión del Senado, arremolinándose los senadores, casi al completo, en las bancadas de la vetusta curia Hostilia.

Al poco, colocados todos obedientemente en su sitio, introdujeron el debate los nuevos cónsules, Lucio Furio Filo y Sexto Atilio Serrano.

Mancino los contempló mientras hablaban con gesto antipático. Ambos cónsules eran amigos personales de Emiliano, por lo que no tenía ningún motivo para fiarse de ellos. Bien al contrario, si Emiliano soltaba la correa enredada en sus consulares cuellos, se abalanzarían sobre él sin piedad.

Mecido por los ladridos de los cónsules, que no callaban, Mancino fijó su vista en Claudio, Galba y Nobilior. Los tres le habían prometido su apoyo, pero en verdad que con poco entusiasmo. Y ahora, sentados bien juntitos, parecían tres hienas togadas con brillos en los ojos, sonrisa perversa y cuellos inclinados. Poco podía esperar de ellos.

Menos aún podía hacerlo de la Triada Capitolina, el siguiente objetivo en su somero repaso. Emiliano, Lelio y Fabio, igualmente adosados los unos a los otros, no eran hienas, pero le miraban a su vez con altiva superioridad, como si fuesen tres estatuas griegas que lo observan todo con despectiva autoridad, como si la belleza solo residiera en la talla de fino mármol y lo demás fuera arte de la más ínfima condición. Para la Triada, él era el vulgar actor de teatro, la fulana bailarina o el enano bufón.

Parecidos reproches recibió del senador que se sentaba cerca de Emiliano, el impertinente Nasica el Joven, o de los archienemigos Pompeyo y Metelo Macedónico, que por una vez en sus crispadas existencias parecían haberse dejado de insultar mutuamente para dirigir sus diatribas en comandita contra su campaña en Hispania.

Un hiriente sonido le hizo regresar a la realidad. Los lejanos ladridos de los cónsules se transformaron en un emplazamiento.

—Cayo Hostilio Mancino, tienes la palabra —oyó que reiteraba con impaciencia Lucio Furio.

Mancino asintió, despegó el culo de la silla y se puso en pie, pero no arrancó su intervención de inmediato porque, simplemente, se le quebró la voz, le faltó el aire y las rodillas comenzaron a temblarle bajo la túnica. Tenía bien preparada su defensa, una tan provocativa que iba a causar que la techumbre de la curia Hostilia saliera despedida por los aires. E incluso la había ensayado sin descanso para asentar su determinación, pero, ahora, en el momento clave, estaba tan nervioso e inseguro como en Numantia, como si siguiera temiendo que un terrible ejército de cántabros viniera a comerle los

sesos.

—Cayo Hostilio Mancino —insistió Lucio Furio en un gruñido.

Mancino se debatía por recuperar el control.

—Cayo Hostilio Mancino —graznó Lucio Furio—. Si no tienes nada que decir, siéntate.

—Padres conscriptos —se arrancó por fin Mancino, de modo súbito, sacando fuerzas de flaqueza de donde no las tenía. Solo debía repetir la puesta en escena ensayada en su propia casa, nada más—, el tratado es justo, pero no voy a hablar hoy de esta cuestión. No, no lo haré. Es justo y nada más diré —negó con la cara de sorpresa de un abigarrado público—. Fui a Hispania rodeado de funestos presagios —recordó en referencia a los famosos pollos voladores, la víbora y el «Mancino, quédate»—. Allí me encontré una tropa desmoralizada, mal preparada y sin provisiones. Avancé después sobre Numantia sin que nada me fuera propicio. Luchamos sin que nada nos fuera favorable. Un rumor nos envolvió entonces en una extraña locura y tuvimos que levantar el campamento. Fuimos rodeados y nos vimos abocados a pactar de igual a igual para salvar la vida de veinte mil ciudadanos romanos y socios itálicos. Fue lo justo y debido, porque nadie que mora en el inframundo puede regresar para blandir una espada y seguir peleando por su patria. Hice lo que debía hacer en unas circunstancias tan oscuras —peroró para hacer una pausa con gesto reflexivo, hecho lo cual, contento en su fuero interno, reanudó sus palabras. Estaba bordando su representación. La confianza brotaba de nuevo en su frágil carácter—. Logramos regresar, pero dejando atrás un constante compendio de infortunios que no encuentran una explicación humana. Solo los dioses son capaces de provocar tal conjunto de desgracias. Solo unos dioses disgustados lo harían, y yo sé la razón de tal desvarío, de tal desazón divina que dio lugar a una continua maldición. ¡Yo lo sé! —declamó en un repentino giro de voz bajo un incipiente murmullo.

»Los dioses estaban contrariados, lo estaban y lo están, y hay en esta sala un hombre culpable de haberlos ofendido. Un hombre que mintió y faltó a su juramento sagrado. Un hombre que traicionó a los celtíberos y quiso después engañar a este Senado. Un hombre que puso a los dioses por testigos para después reírse de ellos. ¡Un hombre que, al faltar a su palabra, rompió la *pax deorum!* ¡Y ese hombre es el culpable de mis calamidades! ¡Ese hombre está hoy aquí con nosotros! ¡Ese hombre es mi predecesor en la Citerior! ¡Bien que lo conocéis! ¡Se llama Quinto Pompeyo! ¡Él es el culpable de todas nuestras desgracias! ¡Solo por él me vi obligado a formalizar el *foedus*!

Su discurso había ido creciendo en intensidad hasta rematar en un aullido acusador. Y nuevamente fue el acabose.

Pompeyo lanzó un alarido gutural y avanzó hacia Mancino hecho un basilisco hasta que un grupo de senadores lo detuvo a duras penas.

Metelo Macedónico se echó a reír a carcajadas, pateando el suelo.

Los miembros de la facción de Apio Claudio estallaron en ruidosas palmas, dejando sus manos al rojo vivo.

Lelio, Fabio y la nutrida facción escipiónica botaron como si tuvieran un cangrejo en las nalgas, desgañitándose con los puños en alto.

Y el resto de las familias senatoriales, ya fuesen Servilios Cepiones, Mucios Escévolas, Postumios Albinos, Licinios, Cornelios o Julios Césares, se unieron a la fenomenal trifulca convocada en un solo instante, tanto a favor como en contra, haciendo temblar el augusto edificio con sus chillidos, protestas, gestos de todo tipo y rabietas varias.

Mancino, en el ojo del huracán, pese a su cara mofletuda, mantenía, ahora sí, una pose aristocrática envidiable. Tal vez aquello le saliera bien, o no, pero al menos, como ya hiciera Apio Claudio Pulcro tras su catastrófica derrota a manos de los salasos, se adentraba como excusa en el resbaladizo campo religioso, donde todo era posible.

—¡Eres un miserable! ¡Yo ya fui juzgado! ¡Miserable! —oyó que escupía Pompeyo con la cabeza desencajada del tronco.

—¡Eres un perjuro! ¡Tú has contrariado a los dioses! —replicó Mancino en medio de una bronca de las que hacían época.

—¡Perjuro, perjuro, perjuro! —comenzaron a gritar los Claudio y compañía.

—¡Miserable, miserable, miserable! —secundaron para no quedarse atrás los adversarios de Mancino.

Y así tuvieron a bien permanecer los padres de la patria durante largo rato hasta que, inflamadas las cuerdas vocales, agotadas y roncas las voces, creyéndoselas Mancino muy felices, Emiliano levantó la mano, faltándole tiempo a Lucio Furio para concederle la palabra.

Emiliano se puso lentamente en pie con gesto adusto y pose imperial, como si fuese cien Catones, y Mancino, sin poderlo evitar, comenzó a flojear de nuevo, sintiendo cómo su cuerpo se empequeñecía frente al vendaval de autoridad que se le venía encima. También había ensayado en su *domus* frente a un espejo en bronce pulido la cara que debía exhibir cuando Emiliano se pusiese en pie, pero era más fácil ejercitarlo al abrigo de su casa que en la intemperie del Senado. Emiliano era mucho Emiliano.

—Padres conscriptos, Mancino es un inútil —se abalanzó este sin tapujos ni dilaciones—. Nos habla ahora de Pompeyo y de los dioses, pero olvida que las legiones de la Citerior carecían de guía; nadie las preparó; nadie envió exploradores; nadie las ordenó en la batalla; y asustado por un simple rumor no contrastado, sin que se reconociera el terreno, Mancino hizo lo que todo noble sabe que no hay que hacer jamás, abandonar el campamento. Ahí radica la diferencia entre la vida o la muerte, entre sentirse

seguro o inseguro, entre dormir o no lo hacerlo. Pero él lo hizo —expuso con teatral cara de incredulidad, dando grandes cabezadas—, él abandonó el campamento y cayó ciegamente en el foso como el animal salvaje que huye alocadamente hacia ninguna parte —ejemplificó sin abandonar su gesto de sorpresa, hecho lo cual oscureció su rostro, elevó su brazo derecho, señaló a Mancino y lo embistió sin piedad.

»¿Qué tienen que ver en todo ello los dioses o Pompeyo? ¿Es que los dioses le dijeron que debía abandonar la protección de las empalizadas y estacas? ¿Es que los dioses o tal vez el mismo Pompeyo le susurraron al oído que no enviara exploradores? ¡No, no y mil veces no! ¡Él, solo él es el responsable de una derrota humillante y de una paz vergonzosa que no debe ser ratificada! ¡Mancino marchó a Hispania rodeado de malos augurios y se derrotó a sí mismo! ¡Los pollos sagrados volaron, una voz lo llamó para que se quedara y una serpiente se cruzó en su camino! ¡Que no caiga sobre nuestros hombros la responsabilidad de un hombre maldito que solo pensó en su propia seguridad!

A medida que bramaba no dejaba de mirar a todos y a todo, incluido a Mancino. Por un instante sus ojos se detuvieron también en Tiberio, que lo observaba a su vez con el rostro congestionado, pero no fue más que eso, un leve relámpago desvanecido en el aire.

Apretando los molares, continuó con menor intensidad vocal, pero con igual potencia absorbente.

—Propongo que el tratado no sea ratificado. Y propongo que los cónsules presenten ante el pueblo una propuesta legal de no aprobación del *foedus*. El tratado no fue suscrito por los sacerdotes feciales, sino en nombre propio de Mancino, por lo que en nada quedó comprometido este Senado ni el pueblo de Roma. Acordemos días de luto por esta ignominia, cerremos las tiendas del foro, suspendamos como expiación los asuntos públicos, hagamos lo que creamos conveniente, pero rechacemos el tratado.

—¡No fuiste de la misma opinión cuando Serviliano pactó con Viriato y lo convirtió en amigo y aliado del pueblo romano! —graznó de pronto, puesto en pie, Apio Claudio.

—Serviliano se enfrentó a un enemigo superior en fuerzas —repuso Emiliano sin titubear—. Aun así, combatió con valor y solo cuando se convenció de que no tenía escapatoria frente a un enemigo real, que no imaginado, se avino a pactar. Mancino se dejó engañar y creyó que unos inexistentes cántabros venían a chuparle la sangre —espetó con su natural superioridad.

—Quieres ver lo que te conviene —replicó Claudio.

—Eres tan ciego como tu antepasado —repuso Emiliano en referencia al famoso Apio Claudio el Ciego.

—¡Por Hércules que no es lo mismo! —se animó a intervenir Metelo Macedónico—. No se puede comparar a Serviliano con Mancino, y en caso contrario que mis cojones caigan al suelo —añadió en su rudeza típica, provocando algunas risas.

—Y si es comparable, yo he visto volar a un cerdo —se propulsó Pompeyo con el claro deseo de vengarse de la acusación de Mancino al tiempo que se convocaba de nuevo un pequeño jaleo en la cámara.

Fue Emiliano el que, levantando las manos, acalló las voces. Debía matizar una cuestión que, sin duda, tranquilizaría a Claudio.

—Reitero que el único responsable es Mancino, no su consejo militar ni su cuestor —aclaró oportunamente.

Claudio sabía qué batallas debía acometer y cuáles no, y le bastó saber que Tiberio quedaría incólume para dar un paso atrás, más si cabe al advertir que Mancino, sentado en uno de los laterales de la sala, parecía un muñequito cuyo único fin era recibir palos.

—Mancino debiera recibir el mismo trato que Serviliano —reiteró, aun así, con dignidad, para que no pareciera que daba su brazo a torcer con demasiada facilidad, pero sin ánimo alguno de mantener la lucha.

Y Emiliano, sin obstáculo alguno, soberano, con un Mancino apocado y tiritante, exhaló su voluntad.

—El tratado no debe ser ratificado. Y no debe importarnos si fue jurado o no ante los dioses. ¿Y por qué? —preguntó con severidad—. Por muchas razones. Porque Mancino lo cerró sin el mandato del Senado y del pueblo romano. Porque Mancino no llamó a los sacerdotes feciales. ¡Porque Mancino no comprometió la voluntad de nadie, ni nuestra, ni del Senado! —abroncó en ascendente inflamación—. ¡Porque la ira divina solo caerá sobre él! ¡Y porque a los numantinos no se les debe otra cosa más que su persona! ¡Liberemos a los padres conscriptos y al pueblo de obligaciones religiosas para que ningún obstáculo divino ni humano impida reemprender una guerra necesaria y justa! ¡Que Mancino pague por su propio e impío crimen! ¡Él es el único deudor ante los dioses! —bramó como un titán enfurecido sin que nadie, absolutamente nadie, osara abrir la boca. Emiliano repasó las bancadas y dejó descansar finalmente sus ojillos de halcón en el desdichado Mancino.

»Para limpiar su culpa —prosiguió ahora con peligrosa calma y sin dejar de escudriñarlo de arriba abajo— debe hacerse el rito de expiación según nuestros escrúpulos religiosos, como ya lo hicieron nuestros mayores tras las Horcas Caudinas. Que Mancino sea llevado por los sacerdotes feciales hasta las puertas de Numantia para que, desnudo y maniatado, sea exhibido y entregado a los numantinos. Sean ellos y sus dioses quienes se tomen la venganza que les resulte oportuna. Todo esto propongo —concluyó con extrema dureza.

Las palabras rebotaron huecas a lo largo de la antigua curia Hostilia, provocando semblantes de lo más variopintos. Pálido el de Mancino; indiferente el de Claudio; gozoso el de Pompeyo; circunspecto el de Metelo; triunfal en el numeroso bando escipiónico; compungido en el resto; y oscuro, tenebrosamente oscuro en el de Tiberio.

Se cumple un sueño

Roma, días después

Los debates senatoriales y los consecuentes disturbios en Roma se sucedieron todavía durante varias jornadas más. Las facciones afines a Mancino agitaron a las masas y los familiares de los legionarios salvados gracias al tratado de Tiberio se dedicaron a recorrer la ciudad como bandas de matones, llenándola de pintadas y enfrentándose con violencia a todos aquellos que se les oponían.

—Se les pasará pronto —despachaba Emiliano a aquellos que, alarmados por el cariz de los acontecimientos, corrían a pedir su consejo.

Pero la indignación no era solo cosa de los partidarios de Mancino, también de los embajadores numantinos, porque ellos, encabezados en esta ocasión por Megaravico, también habían sido llamados para exponer su punto de vista.

Megaravico apeló a la buena voluntad numantina y a las reiteradas injusticias de Roma, recordando en especial al perjuro Pompeyo. Insistió igualmente que el pacto estaba jurado ante los dioses de unos y otros por todo el consejo militar, pero la suerte parecía estar echada, puesto que el Senado lo miraba en indolente mutismo.

De hecho, días después, bajo el mando indiscutible de Emiliano, la augusta cámara dictaminó su drástica decisión, ratificada posteriormente por el pueblo convocado en comicios centuriados. Los ciudadanos aborrecían la guerra celtibérica, que no hacía otra cosa que sumar muertos y desgracias, pero no estaban dispuestos a un final tan humillante. Roma rechazaba el *foedus*.

Pese a ello, Megaravico, exhibiendo las tablas del acuerdo, intentó hacerse oír de nuevo, pero no encontró más que una pared.

—El tratado no ha sido ratificado —le dijo el cónsul Lucio Furio con una persistencia inamovible.

—¡Entregadnos a todo el ejército, no solo a Mancino! —replicó Megaravico—. ¡La ira de los dioses no se sacia con la sangre de un solo hombre! —expuso desquiciado.

—Solo Mancino. Volved por donde habéis venido. Ya no hay tregua ni armisticio que os salvaguarde. Sois enemigos declarados de Roma. Marchaos —obtuvo como única respuesta.

El propio Tiberio acudió al Campo de Marte a despedirse de Megaravico y del resto de los embajadores. Lo hizo de forma rápida y concisa, pues no tenía palabras con las que justificarse.

Después, con el mismo rostro contraído que mostraba desde su regreso a

Roma, aguijoneado en su orgullo y resoplando como una fumarola volcánica, entró a la ciudad por la puerta Carmenta y acometió el *clivus Victoriae* como si no hubiera suelo bajo sus pies.

Su determinación seguía siendo la misma cuando traspasó la puerta Mugonia e inició el ascenso de la cuesta palatina. Se cruzó con clientes, conocidos y amigos, entre ellos Octavio, pero ni por estas detuvo sus pasos de legionario.

—¿A dónde vas si puede saberse? —le preguntó a modo de chifla Octavio, que se había quedado con cara de pasmarote al ver que su amigo no se detenía.

—A hacer lo que le corresponde a un hombre —contestó Tiberio sin freno.

Ya en lo alto de la cima palatina enfiló la vía que se dirigía al Germalus, que a modo de balcón hacía de mirador sobre el foro. La casa de Apio Claudio Pulcro no estaba ya lejos.

Sorteando y zigzagueando un par de callejuelas delimitadas por los soberbios y austeros muros de muchas *domus* senatoriales, golpeó poco después el portón de la casa de Claudio. Los goznes chirriaron y un esclavo asomó su pelambrera rubia.

—Anuncia al señor que Tiberio Sempronio Graco quiere verle —dijo expeditivo.

El esclavo acompañó a Tiberio hasta el atrio, hecho lo cual se esfumó como una culebrilla en busca de su dueño. Tiberio se limitó entonces a observar la vasta habitación, bien decorada con cuadros, esculturas al estilo griego, columnillas estriadas adosadas a las paredes y la sempiterna estantería que cobijaba los templetes guardianes de las *imagines* de los Claudios del pasado. No faltaba en una esquina el altar a los lares de la casa, ni el impluvio central iluminado por el haz de luz que penetraba por la claraboya superior del tejado.

Así permaneció un rato, absorto en cuanto le rodeaba, repasando mentalmente aquello que quería decirle a Apio Claudio cuando, de pronto, ella apareció de la nada, mostrando sus cariñosos ojos azules y una sonrisa perfecta que se extendía con sinceridad de oreja a oreja. A sus veintiún años en verdad que era muy hermosa, con un rostro armonioso, cinturas y caderas bien contorneadas, pechos pequeños pero esbeltos y piernas largas. Claudilla era la viva representación de la belleza, y no paraba de sonreírle, alegremente quieta, con las manos cruzadas sobre el vientre y los pies graciosamente orientados hacia adentro.

—¿Acostumbras a aparecer siempre como si fueras un lar? —acertó a decir Tiberio con cierta timidez, dejando a un lado la tensión y mal carácter que traía.

—Peso poco —contestó ella sin parar de sonreír, mostrando unos ojos que iluminaban la sala entera, o eso le pareció a Tiberio.

—He venido a hablar con tu padre —barbotó.

—Ya sé de qué quieres hablarle —saltó ella, provocando que a Tiberio se le acelerara el corazón.

—¿Lo sabes? —titubeó.

—Lo sé, pero no debes preocuparte, Tiberio, lo que ha pasado con Mancino es solo cosa del Senado —aclaró ella con dulce alegría.

Tiberio respiró hondo, dejando escapar una amplia sonrisa, justo en el momento en el que irrumpía en el atrio el mismísimo Apio Claudio.

—¡Os dejo solos! —exclamó entonces Claudilla, alejándose como un duendecillo.

—¡Tiberio, mi querido Tiberio! —clamó Claudio, yendo al encuentro del joven con los brazos abiertos.

Tiberio, por su parte, luciendo el mejor de sus semblantes, aferró a Claudio por los antebrazos, impidiendo así que se le echara encima.

—¿Qué te trae a mi casa? Ven, sígueme al peristilo, tomaremos el mejor de los vinos —añadió Claudio eufórico, pero sin poder moverse porque su invitado seguía sujetándolo.

—Apio Claudio —le dijo Tiberio, pero con un tono que presagiaba algo, no se sabía si bueno o malo, pero lo suficiente para que Claudio quedara paralizado.

—¿Qué ocurre, joven Graco? —preguntó con alarma. Tiberio se hizo de rogar—. ¿Qué ocurre? —insistió Claudio al borde del colapso.

—Tenemos una boda que organizar —anunció Tiberio.

—¿Una boda? —vaciló Claudio.

—¿Es que ya no lo deseas? —demandó Tiberio con guasa.

—¿Una boda? —repitió Claudio, al que no le salían las palabras.

—Conmigo y con tu hija Claudilla, por supuesto.

—¿Con Claudilla? —insistió Claudio, embobado.

—¿Con quién si no?

Y Claudio, después de años de recalcitrante insistencia y larga espera, tan martilleante como Catón, no supo cómo reaccionar. Cónsul, triunfador y reciente censor patricio, con un *cursus honorum* completo, sentía que se desvanecía. Solo los fuertes brazos de Tiberio le sostenían, y es que su sueño, su gran sueño y el de su esposa Antistia, estaba por fin a punto de consumarse, así de simple y de repentinamente abrupto. Tiberio sería su yerno, aunando sus nietos la sangre de los Claudio Pulcro, los Escipión Africano, los Emilio Paulo y los Sempronio Graco. Así de simple y así de abrupto.

En cuanto Tiberio abandonó su casa, le faltó tiempo para correr junto a Antistia y contárselo con sofoco.

—Te dije que Emiliano terminaría de lanzar a Tiberio en brazos de nuestra hija. Te lo dije. Emiliano ha hecho el trabajo —le recordó ella con el mentón elevado y altiva sonrisa.

—Voy a terminar cogiéndole cariño a Emiliano —ironizó Claudio.

—Por encima de mi cadáver —replicó Antistia.

—Eres de lo que no hay —sonrió Claudio.

—Tú lo has dicho.

—¿Cuándo celebraremos la boda? —interpeló Claudio con la emoción de un chiquillo.

—Inmediatamente —sentenció Antistia.

El cónsul desnudo

Numantia, finales de julio

—Los romanos ya están aquí.

Avaro, que desayunaba un poco de queso, miró al mensajero que le traía la noticia y asintió muy despacio.

Resoplando con un cierto deje de abatimiento, se puso en pie, abandonó su casa y se encaminó a la muralla oriental. En lo alto del parapeto le aguardaba Megaravico con cara de odio, muy radicalizado y furibundo desde que fuera echado a patadas de Roma.

—Por allí vienen —masculló este en cuanto estuvo a su lado.

Avaro colocó su agrietada mano derecha a modo de visera, distinguiendo cómo a escasos cuarenta pasos de la muralla, en la ladera que ascendía hasta Numantia, el mismísimo Mancino, ataviado únicamente con una sencilla túnica, era conducido por un pequeño grupo de legionarios y por dos hombres con toga que, a buen seguro, serían los famosos sacerdotes feciales que tanto habían invocado los romanos como pretexto para desautorizar el acuerdo de paz.

—Deberíamos haberlos matado a todos —susurró letalmente Megaravico al advertir que uno de los togados, que portaba un cetro, ordenaba mediante ostensibles signos que se le quitara la túnica a Mancino.

—De nada sirve ya lamentarse —contestó Avaro sin dejar de escrutar la humillación a la que era sometido Mancino, ahora completamente desnudo y con las manos atadas a la espalda, pese a lo cual mantenía una pose orgullosa y digna.

—¿Y esta es la manera en la que los romanos expían su culpa según sus ritos? ¿Entregando a un solo hombre? Me dan asco —farfulló Megaravico.

—Son romanos —se limitó a contestar Avaro, como queriendo decir que no eran necesarias más palabras.

Dejando atrás a Mancino tal y como había venido al mundo, el sacerdote del cetro se adelantó unos pasos y gritó hacia la muralla con férrea solemnidad, según los ritos:

—¡Puesto que este hombre sin el mandato del pueblo romano de los quirites hizo su propia promesa de que se firmaría un tratado y por ello incurrió en falta, por este motivo, a fin de que el pueblo romano quede libre de un crimen impío, os lo estrego! —dicho lo cual todos los romanos giraron sobre sus talones y se marcharon, dejando a Mancino solo, sujeto a su propia suerte o a la que los numantinos y sus dioses tuvieran a bien en un espectáculo esperpéntico a ojos de Avaro, Megaravico y los cientos de numantinos que, asomados a la muralla, iniciaron furiosos un gigantesco coro de insultos.

—¿Qué hacemos con él? —interpeló Megaravico.

—Dejadlo ahí —contestó Avaro sin atisbo de duda—. Lo contrario supondría aceptar las condiciones romanas. Dejadlo ahí y no impidáis que se vaya.

Dicho esto, sin dejar de oír los constantes gruñidos de Megaravico, abandonó el paseo de ronda de la muralla. Al hacerlo, girado ya hacia el interior de Numantia, vio desde la altura las techumbres de barro y rama de las casas, que apenas cobijaban dos mil hombres, mujeres y niños.

Avaro detuvo entonces su descenso del lienzo, observándolo todo de modo pausado, exhalando una pequeña risa tan socarrona como melancólica.

Era un verdadero alarde y una incomparable gesta de los dioses y de los hombres celtíberos que Numantia, con sus pequeñas y fangosas calles de cantos rodados, con sus líneas quebradas para cortar el intenso y gélido viento que barría el cerro, con sus casas de adobe y madera, con sus rústicas divinidades y, a la postre, con su inmensa sencillez y dureza, siguiera aún en pie, abatiendo legiones y humillando a cónsules que, como Mancino, se postraban desnudos y maniatados.

Aquello no era sino el más bello y heroico gesto de que Numantia, su hogar, había derrotado el carácter y fiereza de Roma.

Pero por cuánto tiempo sería así, no lo sabía.

—Nunca nos vencerán —oyó que rumiaba a su espalda Megaravico, inflamado en un fuego interior incombustible y un tanto infantil.

—Solo pido que no le envíen a él —repuso Avaro de inmediato.

—¿A él? ¿A quién? —demandó Megaravico.

—A Escipión Emiliano —confesó Avaro, perdiéndose en las estrechas callejuelas de Numantia.

Una nueva vida y un nuevo propósito

Roma, inicios de enero de 135 a.C.

A comienzos de año estalló en Sicilia una gigantesca rebelión servil de proporciones hasta entonces desconocidas.

Cuatrocientos esclavos de un rico latifundista siciliano llamado Damófilo, incapaces ya de soportar las crueldades y obscenidades de su amo, tomaron las armas bajo el mando de un sirio llamado Euno y degollaron a todo lo que coleaba, asaltando incluso la ciudad de Enna, en el centro de la isla, donde se sucedieron matanzas salvajes en las que ni los niños de pecho salieron indemnes, siendo arrebatados de los brazos de sus madres para estrellarlos contra el suelo.

Tal era el odio acumulado durante años por azotes, encadenamientos, ergástulas, marcas de hierro candente, falta de alimento y vejaciones de todo tipo de manos de los terratenientes de Sicilia, la mayoría de ellos senadores y caballeros romanos sumidos en la más miserable lujuria que fiaban sus enormes latifundios al trabajo inhumano de millares de esclavos que vivían en condiciones ínfimas.

La rebelión, inicialmente local, se extendió por el centro y oriente de Sicilia como un devastador fuego, tanto que tres días después los esclavos en armas superaban más de cinco mil, número que ascendió a veinte mil cuando poco después un cilicio llamado Cleón, un simple cuidador de caballos, se alzó como una bestia salvaje en las inmediaciones de Agrigento, uniendo su banda de matones a la de Euno, personajillo este de gran carisma con dotes adivinatorias y proféticas del que se decía que echaba fuego por la boca inspirado por la diosa siria Atargatis, la cual le hablaba en sueños y le animaba a seguir haciendo de las suyas en un estado global de pánico, brutalidad y destrucción.

No eran estas, sin embargo, las únicas contrariedades.

De Hispania Citerior seguían llegando cataclismos en forma de sonadas derrotas, en este caso contra los vecinos occidentales de los numantinos, los vacceos.

Además, otro pueblo, los vardeos, habían entrado en la Iliria romana y era preciso despacharlos.

En Macedonia los escordiscos se habían vuelto revoltosos y era igualmente oportuno disciplinarlos.

Por su parte, Emiliano no cejaba en su afán por arruinar a Mancino, encargando en la sombra al tribuno de la plebe Publio Rutilio que le impidiera acceder al Senado al sostener que Mancino había perdido la ciudadanía romana tras ser entregado a los numantinos.

Por si lo anterior no fuera poco, Apio Claudio, flamante nuevo censor patricio, no paraba de discutir con su colega censal, su sempiterno aliado Nobilior, el Elefantito, que quería mostrar una desesperante mayor moderación en las labores del censo y en la confección de la lista de senadores y caballeros.

Para colmo de males, el monte Etna despedía mayores llamas de las habituales, en Roma había nacido un niño sin ano, un buey se había dignado a hablar y un búho había tenido el atrevimiento de cantar en el Capitolio y en las inmediaciones de la ciudad, prodigio tan funesto que había dado lugar a sendos edictos de los cónsules para que se diera caza y muerte a la desvergonzada ave.

Pero, aun así, por muchos problemas o señales divinas que asolaran Roma, o por muy enfadado que estuviera todavía tras la humillación del asunto Mancino, Tiberio no tenía aquella mañana más que ojos y oídos para lo que estaba sucediendo en su *domus* palatina.

Diez meses después de su boda, acompañado ahora de su suegro Apio Claudio y de su hermano Cayo, pululaba nervioso de un lado a otro de la habitación sufriendo por los gritos de su esposa Claudilla, sometida a los tormentos del parto en la sala contigua. No eran pocas las mujeres que morían sobre la silla de parir, y más aún los niños que lo hacían nada más nacer.

Ante la incertidumbre de la vida o la muerte, no podía hacer otra cosa que deambular con paso rápido y suplicar sin parar a las numerosas deidades existentes para la ocasión, ya fuese Carmenta, la diosa del parto, o Vagitanus, para que el niño abriese la boca y llorase al nacer, u Opis, para que le protegiera al tocar tierra, o Levana, para ser elevado del suelo por la comadrona, o Rumina, la diosa de la lactancia. En realidad, no había momento de las parturientas que no estuviese dedicado a alguna diosa, y Tiberio, entrecruzando nervioso sus manos, se encomendaba a todas ellas.

—Todo saldrá bien, mi Claudilla es fuerte —oyó que le animaba su suegro Claudio, pero sin la fuerza suficiente para consolarle, no cuando no había que ser un zorro para advertir que el gélido y altivo Claudio corría también el riesgo de caer en redondo cada vez que su hijita pequeña lanzaba un alarido.

La espera fue realmente larga y más intensos los chillidos de Claudilla hasta que, por fin, al rato, dejaron de oírse. Tiberio paró entonces en seco a la espera de un nuevo sonido, aguzando sus cinco sentidos.

No se oía nada. Solo silencio, un mortal mutismo que todo lo absorbía hasta que, por fin, estalló una nueva vida. El llanto alto y poderoso del recién nacido barrió la habitación. Tiberio miró a Claudio, después a su hermano, mordiéndose el labio inferior. El lloro del bebé no cesaba. Aquel nuevo ser desataba toda su rabia tras un parto largo y complicado.

Sin tiempo a recomponerse, Tiberio vio que la comadrona, portando a la nueva personita, entraba en la sala con gesto adusto. Tras ella lo hicieron en tropel, abriéndose en abanico hacia los laterales, su madre Cornelia, su hermana Sempronia, su suegra Antistia y su cuñada Claudia la vestal, que por una vez lucía una agradable sonrisa.

La comadrona, como era costumbre, colocó frente a Tiberio una mantita en el suelo, y sobre ella depositó con sumo cuidado al niño, o a la niña, porque Tiberio desconocía todavía su sexo. No obstante, como es natural, le bastó un solo vistazo. El niño, su hijo, juntaba sus manitas sobre la cara, removiéndose inquieto, unas veces llorando a pleno pulmón, otras sollozando a golpes.

Tiberio sonrió emocionado. Todos lo miraban con iguales sonrisas, esperando que reconociera formalmente a la criatura como su hijo legítimo, como así fue. Tiberio se agachó y lo cogió en brazos. Si hubiese sido una niña, habría ordenado que le dieran de mamar de inmediato. Y de no haber querido reconocer su paternidad, se habría limitado a indicar que lo abandonaran a su suerte en el pedestal de la Columna Lactaria, en el foro Holitorio.

Pero el niño era afortunado. Era el hijo de Tiberio Sempronio Graco.

—¿Ella está bien? —preguntó Tiberio al tiempo que se elevaba un coro de risas y aplausos.

—Vivirá, es fuerte —se limitó a contestar la comadrona, arreciando las muestras de alegría y cariño.

Pese a ello, no todo estaba dicho todavía en la vida del retoño. Ante el enorme riesgo de muerte que tenían los vástagos en sus primeros momentos, no se les daba nombre hasta pasados nueve días, ínterin este en el que Tiberio y Apio Claudio, más serenos, tuvieron ocasión de charlar distendidamente mientras seguían paso a paso la recuperación de Claudilla y el engorde del recién nacido, que mamaba con fruición.

—Te resultará extraño, pero estos días he pensado en Emiliano —reconoció Claudio una tarde, recostado en un triclinio y disfrutando del calor de un buen vino campano en el gaznate.

—Pues por extraño que te parezca, no me sorprende —contestó Tiberio con sorna, despatarrado en otro diván y saboreando el mismo vino.

—Algo pergeña últimamente —siguió Claudio a lo suyo.

Tiberio encogió sus hombros.

—Bien que lo sabes, aunque no lo reconozca todavía, quiere la guerra de Numantia —dijo.

—No puede hacerlo. No puede ser de nuevo cónsul —repuso Claudio con mirada pensativa.

Tiberio, sorprendido, desplazó sus ojos para hacerlos descansar en su

suegro. Apio Claudio no era ni mucho menos un ingenuo, y sabía tan bien como él que ese pequeño tecnicismo legal no detendría a Emiliano. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, Claudio parecía haber rebajado su martilleante deseo de superarlo.

Luciendo ahora unos cabellos de un blanco nieve, con cincuenta años ya lo había sido todo en vida. La cuestura, la edilidad curul, la pretura, el consulado y un triunfo jalonaban su envidiable *cursus honorum*, ahora engalanado con su aplastante elección en los últimos comicios como censor patricio, igualando así, por fin, a Emiliano. Mejor dicho, superándolo, porque se había autonombrado el primero de la lista de los senadores, el *princeps Senatus*, sustituyendo así en tan inconmensurable dignidad al difunto Nasica Córculo.

Tal vez por todo ello Apio respiraba por primera vez en su existencia tranquilo y satisfecho, e incluso pusilánime, sabiéndose el mejor, o tal vez no, pues todo podía suceder en la enrevesada cabecita de su suegro.

—Si Emiliano quiere dirigir esa guerra, lo hará —insistió Tiberio.

Claudio ahuecó los labios y negó con la cabeza.

—Como si quiere conquistar Siria, que lo haga y se vaya, estaremos mejor sin él —espetó con desdén—. Lo importante, Tiberio, lo importante —prosiguió ahora con un teatral gesto de complicidad—, es que ha llegado tu momento, sí, tu momento —reiteró al ver la cara de su yerno—. El año que viene podrás presentar tu candidatura a tribuno de la plebe y debemos hacer algo para salvar a esta Roma decadente. Y si Emiliano no está, mejor.

—¿Debemos? —inquirió Tiberio, frunciendo el ceño.

—Debes.

—¿Y en qué piensas? —interpeló Tiberio algo abrumado por el repentino arranque de Apio.

Claudio, antes de hablar, se acomodó con agitación en el triclinio.

—Pienso en la gigantesca rebelión de esclavos de Sicilia; pienso en el preocupante número de siervos; pienso en el empobrecimiento de los campesinos; pienso en la pérdida de ciudadanos libres, puesto que el próximo censo deparará menos ciudadanos que el anterior —enumeró con semblante reflexivo—; pienso en la decadencia de las familias, de las clientelas y de las viejas costumbres tradicionales; pienso en la pérdida de la piedad a los dioses; y pienso en el menoscabo de los valores cívicos y militares, como has podido comprobar personalmente en la Citerior de la mano de unas legiones indisciplinadas, viciosas, cobardes y blandas. En todo esto pienso.

—Piensas como el censor que eres —aseveró Tiberio.

Claudio clavó en Tiberio sus ojos azul glacial.

—Y tú debes pensar como un joven tribuno de la plebe, alguien que puede proponer leyes, alguien que puede defender al pueblo y a Roma misma

de su putrefacción —expuso sombrío y exigente.

Tiberio removió la copa de vino antes de contestar.

—Suena revolucionario —farfulló.

—No si eres tú quien lo promueve —siseó Claudio—. Tendrás mi apoyo y el de otros grandes senadores. Y además…

—Además, ¿qué? —le interrumpió Tiberio, dejando de agitar la copa y elevando la vista.

—Que no me engañas, muchacho, no pienses que lo haces, no conmigo. Piensas del mismo modo que yo —afirmó Claudio, echando su cuerpo hacia adelante.

—Ah, ¿sí? —dijo Tiberio, divertido.

—Sé leer tu mirada y tus gestos desde que volviste de Numantia —prosiguió a lo suyo Claudio—. Porque el Tiberio que marchó a Hispania, lleno de ilusión y grandeza, murió allí. Lo hizo cuando se percató de la debilidad de nuestro ejército, de la desesperanza de nuestros legionarios o de la traición del Senado echando abajo un acuerdo que merecía que se exaltase al hombre que lo hizo posible. Te conozco bien, Tiberio, siempre te he conocido bien. No eres el tipo de hombre que vaya a quedarse quieto frente a tanta injusticia. Tú eres el hombre más prometedor que Roma haya parido en siglos.

—Me abrumas.

—Y sabes cuál es la solución a todos los males —continuó Claudio sin soltar la presa—, una que alguien muy cercano a ti no se atrevió a llevar adelante. Ese alguien te ha humillado y te ha decepcionado. Y Roma necesita hombres valientes, Tiberio —dijo entre dientes al tiempo que se incorporaba aún más del triclinio—. Roma necesita valores y una clase ciudadana fuerte y vigorosa que cuide de sus campos, como antaño, cuando nuestros agricultores, curtidos por la dureza de sus vidas, tomaban las armas para defender sus propiedades y a los suyos. Nuestros hombres necesitan las tierras que la guerra y los senadores les han arrebatado. Solo así recuperarán el valor. Solo así sabrán que luchan por algo y que Roma no los abandona en cuanto dejan las legiones. Tú puedes hacer aquello a lo que Emiliano no se atrevió. Es de justicia. Puedes salvar la República. Estamos a tiempo. Hazlo como tribuno de la plebe —suplicó exigente.

Tiberio, dejando a un lado su gesto divertido, cabeceó reflexivo.

—Una reforma agraria… —musitó.

—Un reforma del *ager publicus*.

—Eso es tanto como socavar los cimientos del Capitolio.

—Tú puedes hacerlo —insistió Claudio.

—Cuando lo intentó Lelio, el Senado se agitó como una víbora.

—Fue cosa de Nasica el Joven —despreció Claudio.

—No solo de él —negó Tiberio.

—No me engañas, muchacho. No puedes jugar conmigo —reiteró Claudio—. Lo veo en tu mirada. Veo ya al Tiberio tribuno de la plebe, al hombre que ha mamado desde la infancia los problemas de las levas, de los campesinos arruinados y de la avaricia de los latifundistas. Un hombre que regresó de Numantia transformado. Y solo uno puede hacerlo, el hombre justo y decidido que tengo ahora delante de mis patricias narices.

Tiberio volvió a bajar la mirada, de nuevo sonriente, removiendo la copa de vino en un suave movimiento circular.

—Vayamos a ver a Claudilla —barbotó finalmente.

—Vayamos —secundó Claudio con una media sonrisa.

Nueve días después del nacimiento de su hijo se celebró por fin la *lustratio*, la ceremonia que supondría la nominación del pequeño y su definitiva protección por los lares de la casa. Hasta el momento, carente de nombre, el niño había estado protegido por el dios Pilumnus, al que se le había puesto una camita junto a la cuna.

Al mediodía, toda la familia se dispuso alrededor del retoño, como una especie de muro defensivo, y procesionaron brevemente en torno al mismo.

Después, a fin de librar al pequeño de cualquier espíritu maligno que pudiera haber adquirido al nacer, se le vertió sobre su cabecita agua con una rama de laurel, hecho lo cual Tiberio volvió a cogerlo en brazos y, exultante, desveló el nombre de su hijo.

—Tiberio, su *praenomen* será Tiberio, de la rama de los Graco de la *gens* Sempronia —declamó orgulloso entre las muestras de conformidad y emoción de Claudilla, ya recuperada, de su madre Cornelia, de sus hermanos Cayo y Sempronia, y de su suegra Antistia.

Solo Apio Claudio permanecía ahora grave y formal, recordándole con la mirada que su momento se aproximaba.

El caballo de octubre

Roma, 15 de octubre de 135 a.C.

El año transcurrió en Roma con cierta tranquilidad, pero con mucho desencanto. La guerra servil de Sicilia alcanzaba proporciones devastadoras. En Hispania Citerior el nuevo cónsul, Calpurnio Pisón, apenas había hecho una ridícula incursión contra la ciudad vaccea de Pallantia para, después, retirarse al campamento invernal de Carpetania. El otro cónsul, Fulvio Flaco, trataba de someter al pueblo ilirio, pero sin avances significativos. Y solo en la lejana Tracia el pretor Marco Cosconio parecía luchar con éxito contra los escordiscos.

Nada, en definitiva, de lo que enorgullecerse en absoluto, más si cabe cuando la corrosiva Numantia aún seguía en pie, desafiante y altanera, sin que nadie pudiera con ella, lo que era tanto como meterles por el gaznate a los orgullosos romanos hierro derretido.

No lo soportaban. No eran capaces de asumir que Cartago, Siria, Macedonia o Corinto estuvieran derrotadas o directamente arruinadas, pero que Numantia se meara en sus caras. Se hablaba de ello con grandes aspavientos en los pórticos, en las basílicas, en las tabernas, en las encrucijadas o el foro. Nadie tenía una solución para aquel escarnio, para aquel ridículo, pero lo que sí percibían todos los ciudadanos era que Roma, llegados a este punto, se asemejaba ya a la erupción de un volcán, una que avisa en forma de terremotillos y fumarolas, pero una que un día, de pronto, estalla con una furia espantosa. Y ese día estaba en ciernes. Era la celebración de la fiesta del caballo de octubre.

La jornada empezó con normalidad. La ciudad entera se echó a la calle y acudió en masa al Campo de Marte para ver las carreras de bigas. Así lo hizo también Emiliano, al que le entusiasmaba esta festividad. Le acompañaban, para variar, su hermano Fabio y su amigo Cayo Lelio, uniéndose al grupo, en esta ocasión, su sobrino Quintillo.

Las trepidantes carreras se celebraron a lo largo de toda la mañana bajo un griterío atronador. Los romanos disfrutaban a rabiar con cada competición eliminatoria, hinchándose a comer y a beber en los tiempos muertos gracias a las decenas de puestos ambulantes y vendedores de vino, pasteles y salchichas que se amontonaban en las campas dedicadas al dios Marte. Lucía, además, un sol radiante, y no eran pocos los que, eufóricos por las victorias de sus caballos en las apuestas y bien regados de vino, terminaban lanzándose al río Tíber para acreditar su valor en el típico y altanero arrebato de orgullosa tontería.

Pasado el mediodía se supo cuál era la biga ganadora, arremolinándose

una multitud enardecida junto al altar de Marte. Nadie quería perderse cómo era sacrificado el corcel de la derecha del carro vencedor, precisamente el que se convertía en el caballo de octubre.

La turba, bien comida y bebida, aulló exaltada cuando el *flamen martialis* —el sacerdote de Marte— ordenó que el animal, coronado con una guirnalda, fuera atravesado con una lanza ritual, hecho lo cual sus matarifes cortaron a hachazos la cabeza y la cola del équido, dando comienzo, en realidad, a lo mejor de la fiesta, o al menos en opinión de los habitantes de los barrios de la Subura y de la vía Sacra.

Y es que la cola, todavía chorreando sangre, era llevada con toda celeridad a la Regia para que goteara en el sagrado hogar de Roma. Pero la cabeza, en bloque, tenía otro destino. Debía lanzarse en un espacio libre violentamente delimitado por los habitantes de los barrios de la Subura y de la vía Sacra para que estos pugnaran por hacerse con ella. Si vencían los primeros, la cabeza se expondría en la Torre Mamilia. Si lo hacían los de la vía Sacra, se colgaría de los muros de la Regia.

—Los últimos cinco años han vencido los de la Subura —recordó Lelio, subido a una pequeña plataforma con el resto del grupo.

—A costa de perder varios pares de ojos, cientos de dientes, con un buen número de huesos rotos y una decena de muertos —se regodeó Fabio.

—¡Ay, si las legiones lucharan como ellos! —exclamó Emiliano.

—¡No descansas! —porfió Fabio.

—Sabes que no —zanjó Emiliano.

Al poco, cientos de hombres de los barrios se abalanzaron a por la cabeza como perros salvajes cuando fue lanzada al vacío, organizándose una montonera de la que era difícil salir vivo.

La montaña humana fluctuó, se agitó, convulsionó, expulsó a algunos desventurados y se movió, siempre a costa de puñetazos, mordiscos, insultos y empujones, pero del trofeo ni rastro hasta que, milagrosamente, un joven con la nariz aplastada y rostro ensangrentado emergió del tumulto, arrastrándose por el suelo con la enorme cabeza prensada entre sus brazos.

—No va a quedar nada de él… —canturreó Fabio, como así fue. Apenas el joven echó a correr, doce hombres del tamaño de un morlaco lo aplastaron bajo su peso, sin piedad, tanto que la cabeza salió rodando.

Se formó entonces una nueva montonera.

Al rato volvió a verse la cabeza en manos de un veloz corredor, para repetirse sucesivamente la misma historia: carrera, descomunal aplastamiento y montaña humana.

—¡Acerquémonos, acerquémonos! —repitió Fabio, que se lo estaba pasando en grande.

—¡Te va a salpicar la sangre! —bromeó Lelio.

—*Edepol*, no os hagáis de rogar, ¡vamos! —insistió un sonriente Fabio, arrastrando consigo a todo el grupo.

Dos horas después, en un sinfín de luchas descarnadas, luxaciones de articulaciones, roturas óseas, orejas desmembradas, bocas sin dientes, algunos tuertos y tres cadáveres, los de la vía Sacra consiguieron colgar la cabeza destrozada del caballo de octubre en los muros de la Regia, en el foro, tomándose así firme venganza de sus repetidas derrotas anteriores.

—A casa, esto ha terminado —bufó entonces con resignación Fabio. El grupeto deambulaba ahora junto a la basílica Emilia.

—Espera, espera, aún no… —farfulló de pronto Emiliano, que miraba muy fijamente a los vencedores, que con los ojos inyectados en sangre y puños apretados tenían ganas de más jaleo y de seguir humillando a los vencidos después de tantas capitulaciones seguidas.

—¡Parecéis los legionarios de Hispania! ¡Simples mujercitas frente a los numantinos! —les chilló de súbito a los de la Subura un hombre con pecho de toro, provocando que los derrotados volvieran grupas con los dientes afilados.

—¡O los de las legiones de Sicilia! ¡Los esclavos luchan mejor que vosotros, suburanos! —bramó hiriente otro de complexión chulesca, colaborando en el afán por humillar a los vencidos.

Y conociendo el carácter romano, especialmente si ya venía calentito, como era el caso, no fueron necesarias más chanzas ni estímulos para que se desatara la de Cannas. Los de la Subura, temblando de furia y pataleando el suelo cuales toros minoicos, se pusieron rojos como las lavas del volcán Etna, echaron humo por las orejas, congestionaron sus rostros de matones de taberna y cargaron como un pelotón de elefantes de combate a los que les han metido una lanza por el culo, convocándose una trifulca de lo más sanguinaria.

—¡Por Hércules, se van a matar entre ellos! —exclamó Fabio sin saber si reír o lamentarse. La escena en verdad que podía ser incluso cómica.

Su hermano Emiliano, sin embargo, contemplándolo todo desde la altura de su inteligencia estratégica, tenía otros planes y su propia visión de aquella explosión. No dejaba de ser el efecto de una simple frustración, porque acostumbrados los ciudadanos a orinarse encima de los pueblos del orbe, no podían tolerar por más tiempo que Roma fuera despreciada por Numantia o por vulgares esclavos sicilianos. En aquella muestra desbocada de furia los ciudadanos estaban pidiendo a gritos que alguien recuperara la dignidad de los romanos.

—Hablad con el panadero —ordenó de pronto, inflexible—. Ha llegado la hora. Roma me necesita de nuevo —añadió enérgico y conciso al tiempo que giraba en redondo y tomaba como una centella el camino del *vicus Tuscus*.

—¿Con el panadero? —dudó Fabio—. ¿No sería mejor hacerlo con alguno de los tribunos de la plebe? —fluctuó en su persecución.

—Con el panadero. Esto tiene que terminar —zanjó Emiliano mientras los de la Subura y la vía Sacra daban rienda suelta a la impotencia del pueblo romano por tantas derrotas y vergüenzas. Roma le necesitaba. Le necesitaba ya.

El panadero

Roma, mediados de octubre

Aulo Trebelio era el panadero más famoso de Roma desde que, trece años antes, en un arrebato, provocara el levantamiento popular que había hecho cónsul a Emiliano pese a que no contaba con la edad requerida ni tenía completado el *cursus* exigido por la *lex Villia annalis*.

En aquella ocasión, el Senado no había tenido otro remedio que ceder ante la enorme presión popular, fruto del descontento por los desastres que se sucedían en la toma de Cartago, venciendo así el clamor que pregonaba a gritos que solo un Escipión podría destruir al archienemigo cartaginés.

Desde entonces, Trebelio no solo formaba parte de la nómina de clientes de Emiliano, sino que, además, había quintuplicado sus ventas de pan y pastelillos en su local del Aventino, tanto como para invertir en nuevas panaderías en los diferentes barrios de la ciudad.

Todo ello le permitía vivir con holgura y viajar a menudo a su ciudad natal, Tusculum, para cenar y charlar con sus parientes y amigos de la infancia en un estado de permanente felicidad.

Su dicha, sin embargo, había alcanzado cotas orgiásticas al recibir, hacía pocos días, una misiva de Fabio en la que le instaba a acudir a su casa, como así hizo perdiendo el culo.

—Trebelio, estás de suerte, queremos que hagas algo por nosotros y te voy a decir qué —le dijo Fabio en el atrio de su *domus* con una enorme sonrisa y los brazos abiertos.

Él había escuchado todo con suma atención, viéndose enormemente gozoso por ayudar de nuevo a su patrono, al que se sentía vinculado hasta la muerte.

Por supuesto, le había faltado tiempo para decir que sí, que lo haría todo tal como se le indicaba, el día y en la forma convenida.

Así las cosas, varios días después, en la mañana de la elección de los nuevos cuestores del año, cuyos comicios se celebraban en el Campo de Marte, Trebelio, ataviado con la mejor de sus togas y el calzado más caro, se apostó debidamente en el lugar por el que debía pasar el hijo de Fabio, el joven Quintillo, a la sazón uno de los candidatos a la cuestura.

Quintillo no acudiría en solitario, sino que lo haría acompañado, no solo de su padre, sino de una lustrosa cohorte de senadores y consulares tales como Serviliano, que era su tío por adopción; Cayo Lelio; los Servilio Cepión; Nasica el Joven y, cómo no, el mismísimo Emiliano. Era aquella una pléyade majestuosa de personalidades arropando a uno de sus más prometedores cachorros.

A media mañana, con la bandera roja alzada en lo alto del Janículo, Trebelio advirtió con el corazón palpitándole en las sienes que la masa humana apelotonada junto a los cercados de votación se partía en dos para dejar pasar a Quintillo y a su colosal séquito. Emiliano caminaba sonriente junto a Quintillo, que con visibles nervios sonreía también sin parar, deteniéndose una y otra vez para dar apretones de manos.

Trebelio tuvo tiempo para situarse en la trayectoria de su objetivo, sin que para ello se abstuviera de dar codazos y empujones. No podía fallar. No podía defraudar a su benefactor. Quintillo y Emiliano estaban cada vez más cerca, pero las mareas humanas fluctuaban y lo arrastraban de un lado a otro. No obstante, empleando sus manazas de horneador de pan, no dudó en dar unos manotazos complementarios para colocarse en el momento oportuno en la línea de avance de Quintillo, que se detuvo al verlo.

—¡Joven Fabio, que los dioses te den la victoria! —gritó Trebelio para ser bien oído al tiempo que estrechaba la mano de Quintillo.

Pero no era esta su misión, por lo que, dirigiéndose esta vez a Emiliano, se apresuró a declamar:

—¡Quieran también los dioses que tú, Escipión Emiliano, asumas la guerra contra Numantia y nos libres de esta vergüenza! ¡Porque solo tú puedes tomar Numantia!

La frasecita, de tanto repetirla para memorizarla, le sonó artificiosa, impostada y teatral, pero no eran cualidades que un romano rechazara. Bien al contrario, le apasionaban, y fue recitar estas palabras para que los ojos de todos los que allí estaban se abrieran repentinamente como platos, elevándose al cielo, a la velocidad del rayo, un sonoro rugido de aceptación que barrió la explanada como una imparable onda expansiva. Al fin alguien se atrevía a decir lo que todos pensaban.

—¡Cónsul! ¡Escipión debe ser cónsul de nuevo! —empezó a chillar un exaltado Trebelio, elevando los brazos y animando a que todos lo hicieran. Estaba en su salsa, tanto como Emiliano, que haciéndose el sorprendido y el humilde, negaba con la cabeza.

—¡Sabes que no puedo! —exclamó alegremente—. ¡La ley impide repetir el consulado! —se opuso, haciendo gestos con las manos para que aquello cesara.

—¡Pues yo pido a los ciudadanos —se arrancó Trebelio— que pidan a los padres conscriptos que la ley sea suspendida para que Escipión Emiliano pueda ser cónsul! ¡Solo él puede acabar con Numantia! ¡Cónsul, cónsul, cónsul! —aulló al borde del éxtasis, sintiendo que el Campo de Marte se sacudía y ondulaba sísmicamente por el grito de miles de gargantas que coreaban con rabia liberadora: «¡Cónsul, cónsul, cónsul!».

Y Trebelio renovó su felicidad de por vida. No solo había hecho bien su

interpretación, sino que podría abrir más panaderías y ser un amasador de renombre. ¿Qué más podía pedir?

Ave atque salve

Roma e Hispania, noviembre de 135 a.C.

De un modo sorprendentemente rápido y sencillo, incluso mucho más de lo esperado, empujado por el clamor popular, el Senado aceptó que Emiliano, aun sin haber presentado candidatura en plazo ni haber hecho campaña, se presentara nuevamente a las elecciones consulares, promulgándose un edicto senatorial por el que se instaba a los tribunos de la plebe a que llevaran ante el pueblo una propuesta de plebiscito que dejara en suspenso, por un año, la ley que prohibía la reelección como cónsul. Así lo hicieron, y así quedó aprobado por el pueblo reunido en asamblea por tribus. Emiliano podía ser de nuevo candidato a cónsul.

En contra de lo que algunos vaticinaban, Apio Claudio y su camarilla no opusieron una resistencia denodada a las pretensiones de Emiliano. Es verdad que Claudio, Galba y Nobilior pusieron el grito en el cielo, pero por puro artificio, despotricando con la boca pequeña acerca de las ínfulas reales de Emiliano y de su insolidaria ambición monárquica, pero no fueron más allá. No trataron de usar a los tribunos de la plebe para vetar ninguna de las acciones que allanaba el camino del Escipión adoptado, ni se esforzaron en encontrar un consenso entre las diferentes facciones para que el Senado se opusiera de ningún modo. De hecho, incluso Claudio parecía cómodo y contento con la idea de perder de vista a Emiliano durante una buena temporada.

—Algo trama, no es normal que no se rasgue la túnica y arroje la toga al suelo —farfulló Fabio por lo bajo en el Senado.

—Claudio siempre trama algo —dijo Lelio.

—Es como si deseara que Emiliano no estuviese en Roma —prosiguió Fabio con una ceja levantada.

—Que haga lo que se le antoje —concluyó Lelio.

Claudio solo planteó una cuestión muy concreta, una que sí defendió esta vez con uñas y dientes.

—Si Escipión quiere ser de nuevo cónsul y dirigir la guerra contra Numantia, que lo sea —clamó con soberbia claudiana en una de las sesiones senatoriales—, pero sin nuevas levas. Que reclute todos los voluntarios que quiera, e incluso que llame a los reyes orientales con los que tan buenos tratos tiene, pero las únicas tropas financiadas por este Senado deben ser las acantonadas en la Citerior, ni una más ni una menos —exigió antes de sentarse con dignidad mayestática.

—Así sea —condescendió Emiliano como un resorte. No quería dar la oportunidad de que Claudio, a la postre el *princeps Senatus* y un maestro en el

enredo, emponzoñara sus planes. Riqueza, lo que era riqueza, Emiliano la tenía a raudales, amén de que las legiones de Hispania, que sumaban veinte mil hombres, debían ser suficientes.

Con los cuatro vientos a favor, Emiliano obtuvo en los comicios por centurias celebrados a mediados de noviembre una victoria unánime, alcanzando por segunda vez y a la edad de cincuenta años el consulado.

El pueblo estalló en desbordante alegría; el Senado lo felicitó; el mismo Apio Claudio Pulcro, escoltado por los incombustibles Galba y Nobilior, estrechó su mano; su antiguo aliado Quinto Pompeyo tuvo a bien igualmente acercársele y mostrarle su respeto exhibiendo sus ojillos saltones; Metelo Macedónico, imprevisible en su rudeza, le estampó con repentino cariño su mano en la espalda; hasta la estatua en terracota del Júpiter Óptimo Máximo del templo capitolino le sonrió, pero una persona, solo una, se cruzó en su camino cual sombra alargada.

—Que tengas a los dioses de tu parte —le espetó Tiberio con extrema rigidez en el momento en el que abandonaba el templo de Júpiter después de haber ofrecido sacrificios de agradecimiento por su victoria electoral.

Su cuñado se encontraba apostado discretamente junto a una de las robustas columnas que conformaban el profundo vestíbulo columnado de acceso a las capillas del templo, oculto a las miradas de la multitud que se agolpaba en la amplia plaza exterior.

El primer impulso de Emiliano fue el de continuar sus pasos, pero algo le hizo detenerse, una extraña intuición o, incluso, un subterráneo deseo de reconciliación.

Por ello, girándose, encaró a su cuñado.

—Todo lo que he hecho ha sido por el bien de Roma, todo —confesó como intentando que Tiberio lo comprendiera de una vez. Este, sin embargo, permaneció impasible, mostrando la invencible elegancia y distinción de su madre así como la natural dignidad de su padre—. Solo ansío restablecer el espíritu de nuestros mayores. No podemos permitir tratados ni derrotas indignas —prosiguió Emiliano con intensidad, en una inusual búsqueda de la aceptación del joven, lo que no practicaba con nadie.

Tiberio, en cambio, lejos de ablandarse, tensionó su cuello y ladeó ligeramente la cabeza.

—No te importó humillar ni a Pompeyo ni a Mancino al desautorizar sus tratados —masculló con distancia.

—Esos tratados eran una ignominia.

—Como tampoco te importó humillarme a mí, al nieto de Escipión Africano, familia de tu familia, ni aun cuando mi prestigio, los dioses y la salvación de veinte mil hombres estaban de por medio —continuó Tiberio a lo suyo—. Pero ya posees lo que tanto ansiabas, tu guerra con Numantia. Sin

duda, no hay ambición que se te resista. Enhorabuena —porfió sarcástico.

Emiliano inspiró muy despacio, consciente de haber perdido para siempre a Tiberio. Durante un tiempo incluso había sopesado la idea de adoptarlo, lo que no era nada descabellado. No obstante, abandonó tal pretensión; la ruptura pública y formal había llegado con su matrimonio con la hija menor de Apio Claudio, lo que constituía la verdadera carta de intenciones de la senda política y personal que Tiberio había decidido seguir. Tal vez tuviera él la culpa de su distanciamiento definitivo, o tal vez la tuviera Cornelia, o nadie en particular, quién sabía, pero lo cierto era que sus posiciones y caracteres divergían ya de modo irreconciliable. Siendo así, no se iba a rebajar más.

—Escúchame, Tiberio —le dijo, anticipando con su gesto que su buena voluntad había terminado—, por mucho que tu indignación te nuble, yo soy el hombre que mantengo en pie la Roma que tú también quieres. Yo fui el único que pudo tomar y destruir Cartago después de disciplinar las legiones. Yo sostuve después la piedad y el respeto a los dioses. Yo hice valer los valores tradiciones en mi censura. Y yo he evitado que Roma caiga en el bochorno ante una ciudad hispana insignificante. ¿Dónde quedaría la fuerza y el espíritu romano si admitiéramos que Numantia puede vencernos o llegar a términos de paz en condiciones de igualdad? ¿Dónde? —demandó con plúmbea suficiencia y aguardando una réplica que, para su sorpresa, no llegó, lo que le dio la oportunidad de cerrar su sermón—. Compartes los mismos principios que yo, y no me cabe la menor duda de que sabes igualmente que yo he hecho por Roma mucho más de lo que han hecho el resto de los senadores. Que tu enfado no tuerza tu camino.

Pero Tiberio seguía mirándolo sin dar un solo paso atrás, escultural y sereno, mostrando en su rostro la imperturbable obstinación que dominaba su carácter desde la infancia. Nada de lo que era injusto a ojos de Tiberio contaría jamás con su aprobación, y que se hubiese rechazado el tratado numantino era a sus ojos la mayor de las injusticias, una verdaderamente obscena e inaguantable. Tiberio no daría su brazo a torcer ni aun cuando se lo sujetaran veinte gladiadores.

—*Ave atque salve*, joven Graco, que tus decisiones sean las correctas —se despidió Emiliano.

—Que tengas a los dioses de tu parte —hizo lo propio Tiberio, pero con aquel especial tono que provocó que Emiliano, que ya se marchaba, volviera a girarse de nuevo, sintiendo que aquellas simples palabras escondían un mensaje más profundo, como si hubiese querido decirle que algo importante se disponía a hacer.

Emiliano lo miró directamente a los ojos, pugnando por desentrañar la mente de Tiberio. Llevaba toda una vida observándolo, tratando con acierto o

sin él que su camino no se torciese por la fuerza atractiva de Apio Claudio, por la mente radical de Blosio de Cumas, por el orgullo de Cornelia, por idiotas como Mancino o por la propia potencia de Tiberio, y resultaba que justo ahora, justo cuando su joven cuñado estaba a punto de acceder al tribunado de la plebe y tendría por primera vez en su vida una posición política relevante y decisiva, debía abandonar Roma durante al menos dos años.

Pero poco o nada podía hacer, más si cabe cuando los ojos de Tiberio no seguían mostrando otra cosa que su obstinación.

—*Ave atque salve* —repitió Emiliano.

—*Ave atque salve* —se despidió Tiberio.

Año 134 a.C.

EN EL CONSULADO DE PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN EMILIANO Y CAYO FULVIO FLACO

y

Año 133 a.C.

EN EL CONSULADO DE PUBLIO MUCIO ESCÉVOLA Y LUCIO CALPURNIO PISÓN

Estás en todo

Roma e Hispania, de enero a junio

Emiliano, consciente de que no dispondría de nuevas levas y de que al mismo tiempo era necesario dar lustre y empaque a su campaña militar porque, como era evidente, Numantia no tenía el prestigio de Cartago ni de Corinto, no perdió el tiempo, escribiendo con celeridad a los reyes Atalo de Pérgamo, Antíoco Sidetes de Siria y Micipsa de Numidia para que le enviaran efectivos militares y regalos. Todos estos monarcas estaban vinculados a la casa Escipión por lazos clientelares, bien producto de la guerra, bien producto de favores políticos, y Emiliano, adecuadamente posicionado en un contexto internacional, sacaba provecho de ello en el momento oportuno.

—¿Qué te crees que hice en mi embajada de hace tres años? —se jactó ante su hermano Fabio—. Pues recordar y fortalecer estos lazos.

—Estás en todo —contestó un risueño Fabio.

—Ya me conoces.

Hecho esto, y en esa búsqueda de convertir su guerra en la más sonada de los últimos tiempos, hizo un llamamiento público para que todo aquel ciudadano romano que lo desease se alistase bajo sus órdenes, prometiendo grandes recompensas.

—Las financiaré con los regalos que me envíen los monarcas orientales. Están ávidos por agradarme. Serán regalos muy suntuosos —le informó también a su hermano.

—Estás en todo —reiteró Fabio con guasa.

—Ya me conoces —repuso Emiliano con igual sorna.

Finalmente, para dar todavía más relumbrón a la conquista, convocó a sus clientes más pudientes y de mayor rango social y a todos sus familiares y amigos cercanos, constituyendo un preciado grupo de ricachones, caballeros, senadores y hombres de la más alta influencia, todos los cuales le acompañarían a Numantia.

—Voy a llamarlos la «compañía de los amigos» —le contó a Fabio.

—Estás en todo —repitió Fabio con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya me conoces —reincidió Emiliano—. Y, por cierto —añadió—, tú y Lelio también vendréis.

—Pues va a haber bajo los muros de esa ciudad más togas y anillos de oro que en la misma Roma —rio Fabio.

—De eso se trata —zanjó Emiliano.

A mediados de enero, el Senado acordó instar a los tribunos de la plebe que llevaran ante al pueblo una nueva propuesta de ley para poder asignar a Emiliano, sin sorteo, el mando de la provincia de Hispania Citerior y, por

ende, la guerra contra Numantia.

Así lo cumplieron obedientemente los tribunos, aprobándose la ley por unanimidad de las tribus, absolutamente extasiadas por las manifestaciones de grandeza y parafernalia que Emiliano organizaba para mayor gloria de Roma.

Superados todos los escollos legales, Emiliano no esperó la llegada de los efectivos orientales ni la constitución de sus voluntarios y de la compañía de los amigos, sino que, acompañado de Fabio y Lelio, bien consciente de la molicie, baja estima e indisciplina de un ejército que en seis años solo acumulaba humillantes derrotas, se apresuró a marchar a Hispania, concretamente a la Carpetania, en el límite sur de la frontera celtíbera, donde se hallaban acantonadas las legiones de la Citerior.

—Vamos a ver con nuestros propios ojos, y cuanto antes, la desidia y mala fama de aquellos legionarios de la que todos hablan —le informó nuevamente a Fabio.

—Como sucedió en Cartago, endurecer antes que pelear —respondió su hermano, lo que provocó que Emiliano, divertido, arqueara una ceja.

—¿Y no me vas a decir que estoy en todo? —preguntó.

—¿Es necesario?

—No, no lo es —porfió Emiliano—, porque efectivamente estoy en todo. Si quiero derrotar a los celtíberos, antes tendré que dominar a mis propios hombres.

—Que la proverbial severidad y disciplina de Escipión Emiliano caiga sobre todos ellos —masculló Fabio a modo de oráculo.

—Eres idiota —finalizó Emiliano.

Después de un veloz viaje, la Triada Capitolina —Emiliano, Fabio y Lelio— llegó al campamento donde se acantonaban las legiones, situado al este de la ciudad de Toletum, a mediados de abril, donde el cónsul del año anterior, Calpurnio Pisón, le entregó el mando.

Hecho esto, Emiliano, que no tenía ni un instante que perder, inspeccionó de inmediato el enorme acuartelamiento, construido en piedra y con tejados de rama y barro, al servir de cobijo invernal. Se paseó por sus sucias calles, se cruzó con fulanas unas detrás de las otras, entró de improviso en los desordenados cuarteles, vio las camas y los inmensos ajuares de los legionarios para el cuidado del aspecto y del cuerpo, examinó los pequeños fosos y las irregulares empalizadas, supervisó las caóticas guardias, hizo que se le enseñaran las descuidadas armas y que los hombres intentaran formar con celeridad, contempló el estado deplorable de caballos y mulas y escrutó los almacenamientos de suministros poblados de ratas y alimañas. Y solo cuando terminó reunió a Fabio y a Lelio en el pretorio, además de a los tribunos militares, prefectos de caballería y centuriones de mayor jerarquía. Su rostro, congestionado y violento por todo lo que había visto y por todo

cuanto echaba en falta, era la viva imagen de la furia. El Emiliano distendido con su hermano era ahora el hombre que, pese a su complexión menuda, podía destrozar a cualquiera con un zarpazo de sus garrillas de voraz halcón.

—Las dos mil prostitutas, los adivinadores, los mercaderes y los sacrificadores, todos, absolutamente todos, los quiero fuera de este campamento esta misma noche —susurró con letal rabia—. Ningún hombre dormirá en un lecho. Todos al suelo sobre la hierba o la paja —continuó con los dientes apretados—. Echad al fuego los espejos, las pinzas para los pelos, los ungüentos y todo aquello que sea propio de una mujer, todo —farfulló encelado—. Cada hombre solo tendrá un asador, una marmita de bronce y una sola copa. Todo lo demás, fundidlo para armamento, tiradlo o vendedlo. ¿Me habéis entendido?

Nadie rechistó. Continuó su mortífera bronca.

—Solo se comerá carne cocida y asada. Vended los carros y las bestias de carga que sean innecesarias. Acabad con todo lo superfluo, y mañana, al alba, sí, mañana —repitió al ver algunas caras de su consejo—, quiero a todo el ejército formado con los petates a cuestas y con una carga de trigo para treinta días y siete estacas cada legionario. Nadie marchará subido en una mula ni abandonará la formación. Quien no lo cumpla, quien no acate algo de lo que acabo de exigir, por muy mínimo que sea, será azotado con el bastón si es romano y con las varas si es itálico. ¿Me habéis entendido?

Nuevamente, nadie abrió la boca. Prosiguió sin descanso:

—Y cuando hayamos aprendido a caminar como hombres y a que nuestras manos y pies queden ocultas por los callos, levantaremos campamentos, uno detrás del otro, y los derribaremos, uno detrás del otro, y cavaremos zanjas y las rellenaremos, y construiremos muros y los echaremos abajo para volverlos a reconstruir. Todo esto haremos cuando dejemos de comer, beber y retozar como reyes persas y cuando sepamos marchar como una tropa disciplinada que respeta a sus mandos y se respeta a sí misma.

—¿Y no entrenaremos el combate? —se aventuró a preguntar Fabio, único junto con Lelio que en realidad se podía permitir hablar cuando Emiliano se ponía de aquel modo.

—No va a ser necesario. Todos fuera de mi vista.

Y cuando prometía algo, lo cumplía. El entrenamiento al que sometió a sus veinte mil legionarios y socios itálicos y a sus diez mil auxiliares hispanos fue feroz a lo largo de dos meses interminables, incluso hasta para los más fuertes.

Primero, una vez expulsadas del campamento todas las prostitutas, efebos, mercachifles y astrólogos, y eliminada toda superchería, comenzaron las marchas de cuarenta millas con todo a cuestas, pero a mitad de ejercicio Emiliano exigía levantar un campamento completo, con sus fosos y

empalizadas, para destruirlo a continuación, rellenar los fosos y recuperar las estacas, reiniciando unas caminatas a paso rápido que se alargaban desde la aurora hasta el anochecer. Y el que no seguía el ritmo, o se detenía para refrescarse o comer a destiempo, o se separaba de la columna, fuese cual fuese el motivo, incluso una diarrea, o perdía su sitio asignado, era severamente castigado.

Dos semanas de inclemente dureza dieron lugar a otras dos semanas de esfuerzo extremo.

Las marchas eran ahora de cincuentas millas, incluyendo cavar zanjas muy profundas, levantar muros y echarlo todo abajo hasta que manos, pies, brazos y muslos de los legionarios se hinchaban de dolor y se laceraban de heridas, cortes, arañazos y ampollas al rojo vivo.

Pero el que no cumplía era inflexiblemente castigado, aunque fuesen los menos porque Emiliano, siempre a lomos de su caballo, cabalgaba todo el día de vanguardia a retaguardia y viceversa, infatigable él mismo en un continuo dispendio de frases llenas de ácida mordacidad.

—¿Qué se puede esperar de hombres que no saben caminar? —les increpaba a los que, creyendo que nadie los veía, se subían llenos de fatiga a los mulos.

—¡Cuando aprendáis a defenderos con el escudo y a atacar con el *gladius* dejaréis de cargar con el trigo y las estacas! —se mofaba de los que le suplicaban con ojos de besugo que se les liberase de tanto peso.

—¡Los mulos, como no tienen manos, necesitan que los froten! —gritaba a aquellos que se bañaban en los ríos untándose mutuamente ungüentos, lo que le parecía de lo más vicioso y despreciable.

—¡Aquellos cónsules severos y estrictos son útiles para los suyos, mientras que los relajados y amigos de las concesiones lo hacen en favor de los enemigos! —rugía con sus ojos de halcón cuando se le pedía clemencia por tan atroz disciplina.

No se libraban de sus diatribas ni los nobles que le acompañaban, ni aun cuando se tratase del joven Cecilio Metelo, uno de los hijos de Metelo Macedónico.

—¡Si tu madre hubiera parido más hijos, habría sido sin duda un asno! —le espetó a la cara sin ningún miramiento.

—¿Te va a quedar alguno vivo? —ironizaba su hermano Fabio a la vista de la escabechina que tanto rigor provocaba.

—Lo soportarán todos. Mis comentarios son caricias al lado de lo que pueden llegar a hacer los numantinos —replicaba Emiliano.

En la quinta semana, sin que cesaran las palizas físicas y mentales, decidió que era necesario dividir y coordinar los trabajos de construcción de empalizadas, zanjas, campamentos y muros, de tal forma que unos tenían la

orden de cavar zanjas, otros de fortificar, otros de levantar tiendas, otros de proteger a los anteriores y el cuerpo de jinetes de recorrer sin descanso los alrededores, y limitaba el cómputo de tiempo fijado para cada tarea y lo medía. Y él estaba en todas partes a la vez.

En la sexta semana todos los hombres aprendieron a moverse en formación táctica como uno solo, y a responder con toda celeridad en cuanto oían toques de tubas o veían fuegos o banderas izadas repentinamente en los lugares más insospechados. Cuando esto ocurría, todos debían correr hacia el mismo punto, y el que se despistaba o no acudía, era rigurosamente castigado.

Tres semanas después, a comienzos de junio, Emiliano ya no tenía hombres, sino bestias embrutecidas perfectamente entrenadas, disciplinadas y adaptadas a las mayores penalidades, capaces de marchar cincuenta millas con toda la indumentaria a cuestas; capaces de detenerse ese mismo día, levantar un campamento con sus fosos y empalizadas y volver a echarlo abajo; capaces de erigir siete muros de piedra y tirarlos en poco tiempo; capaces, en definitiva, de hacer sin rechistar y con una dureza física y mental extraordinaria todo lo que se les ordenara.

Fue solo entonces cuando convocó a Fabio y a Lelio y les dijo con parquedad:

—Ahora sí. Partimos hacia Numantia.

El lobo

Numantia, mediados de junio

Emiliano, con sus treinta mil hombres bien entrenados y fortalecidos, tardó apenas seis días en atravesar territorio carpetano de sur a norte, dejando atrás el río Tagus y las ciudades de Complutum y Arriaca.[41]

Después, ya en tierras celtíberas, avanzó con mayores cautelas, cual oruga acorazada, desconfiando de cada quebrada en cuanto tuvo a la vista las parduzcas sierras y páramos de la Celtiberia.

El ejército, compacto y robusto, tardó nueve jornadas más en alcanzar su destino, Numantia, lo que hizo sin contratiempos ni peligros.

Emiliano ordenó que se ocupara de inmediato el viejo campamento de Nobilior, aquel en el que había quedado atrapado Mancino tras creerse que un ejército de cántabros venía a atropellarlo.

Fue esa misma tarde cuando, desde los muros en reconstrucción del acuartelamiento, se asomó pausadamente al parapeto y vio por primera vez, a lo lejos, el pequeño cerro que cobijaba la ciudad.

Desde el momento en que conoció que el mando de la guerra iba a recaer sobre sus hombros se había preguntado a menudo qué sentiría al llegar a la indómita y rebelde Numantia, envuelta en Roma en un halo de terror, de parajes descarnados, de miles de vidas romanas lanzadas al inframundo, de bosques inmensos, de ventiscas interminables, de cielos gélidos y de aguas puras y frías llenas de misterio y oscuridad.

Sus sensaciones de respeto reverencial habían crecido conforme se aproximaba desde el sur, consciente de que llegar a Numantia iba a ser muy distinto a Cartago, y a fe que así lo era, porque, escrutando la colinita, sentía un extraña conmoción, o un singular hormigueo, como si admirara en realidad a aquellas gentes, como si conectara emocionalmente con el valor de los numantinos, ahora agazapados tras sus muros en no más de dos mil hogares que inspiraban y expiraban lentamente, elevando a un cielo limpio, nítido y anaranjado los humos de los fuegos de las casas de abobe y techumbre de madera y paja.

Ya estaba frente a Numantia, la pequeña pero poderosa aldea celtíbera. Y sobrecogido por la férrea grandeza de aquel humilde y diminuto lugar, supo que su nombre iba a quedar vinculado por siempre a él. En realidad, siempre lo había sabido, desde que veinte años antes llegara a oídos de Roma que una ciudad de la Hispania céltica era capaz de descalabrar a las invencibles legiones, en este caso bajo el mando de Nobilior, el Elefantito.

Muchos habían dicho entonces que Nobilior era un inepto, pero la sucesión de cónsules incapaces de tomar la ciudad, ya fuese el respetado

Claudio Marcelo como los menos respetables Pompeyo y Mancino, entre otros, no había sino confirmado que algo especial moraba en ese mundo celtíbero dominado por hombres arrugados por la inclemencia del tiempo que cabalgaban como si el caballo formara parte de su cuerpo y que sujetaban con orgullo báculos rematados con jinetes al galope.

Numantia, en definitiva, era el terror de los legionarios y una pesadilla en el imaginario colectivo de los ciudadanos romanos.

Así permaneció Emiliano largo rato, observando en silencio la ciudad. Y cuando creyó que era el momento oportuno llamó a su consejo militar.

Todos se alinearon a su espalda, guardando un par de pasos de prudente distancia. No convenía acercarse al ave rapaz que escruta su presa.

—¿Qué te parece? —le preguntó al rato a Fabio.

—Que no parece Cartago —murmuró sarcásticamente su hermano, yéndose a colocar en confianza a su lado—. Apenas tiene un perímetro de veinticinco estadios y murallas de una altura de solo cinco hombres. Por occidente la ciudad está protegida por escarpes y por el río Durius, al igual que por el sur, por el que discurre además un riachuelo llamado Merdancho. Una laguna pantanosa, el río Tera y otros escarpes la defienden por el norte. Pero la llanura oriental, aunque esté repleta de fosos, zanjas, piedras hincadas y estacas, no presenta dificultades para un ataque directo. La llanura sube en pendiente suave hasta las murallas.

—No conviene subestimarlos —repuso Emiliano.

—No lo hago, es solo una realidad objetiva —dijo Fabio.

Emiliano ahuecó los labios sin dejar de mirar hacia el pequeño cerro.

Como era propio de su metódico carácter, antes de salir de Roma se había procurado entrevistarse con quienes ya habían servido en aquellas tierras para conocer cualquier pormenor de Numantia, los celtíberos y los numantinos en particular. Y lo sabía todo, desde su número de combatientes, sus tácticas, su caballería, sus costumbres, cómo y dónde se alimentaban, que el paisaje estaba cubierto de pinos, robles o quejigos, los cerros que la rodeaban y hasta los más nimios detalles sobre su topografía.

Escuchado a su hermano, se giró hacia uno de sus tribunos militares, un joven de veinte años por cuyas venas corría el mismo carácter rebelde que el de su abuelo Escipión Africano.

—¿Y tú qué opinas sobre Numantia? —le preguntó al muchacho.

—Que no parece gran cosa —contestó Cayo Sempronio Graco.

Emiliano clavó sus ojillos en el hermano de Tiberio. Cayo estaba allí por muchas razones, ya fuesen su alcurnia, ser nieto e hijo de quien era o porque había sentido la presión de Cornelia para que lo llevara como antes había hecho con Tiberio en Cartago. Pero también estaba allí por el especial empuje del joven, realmente impetuoso, lejos de la moderación de Tiberio, aunque

posiblemente con igual cabezonería. Aquella última parecía ser la marca de los hermanos Graco.

Dejando a Cayo, Emiliano descansó su vista nuevamente en Numantia. Los humos de los fuegos ascendían tranquilos hacia el cielo. Efectivamente, la ciudad y su entorno, ahora en calma, no parecían gran cosa.

—Y tú, ¿qué opinas? —le preguntó esta vez, girándose de nuevo, a otro de sus tribunos militares, uno que ya tenía experiencia en la guerra celtíbera, un hombre en el que había puesto su atención gracias a la disciplina y dureza demostrada hasta el momento.

—Que el cónsul no debe fiarse —respondió finalmente el aludido, de nombre Cayo Mario, dicho lo cual se cuadró como un simple legionario.

Emiliano le sonrió a Mario con afecto. Veía en aquel tribuno un futuro muy prometedor pese a ser un hombre nuevo sin ascendientes senatoriales. Algo había en aquel tribuno que no debía perderse de vista. Cayo Mario tenía trazas de grandeza.

Con todo, dispuesto a recabar más opiniones, Emiliano buscó a su último interlocutor, un oficial que no paraba de mascar una ramita.

—Y a ti, Quinto Occio, ¿qué te parece? —le preguntó.

Una conquista como la numantina no podía hacerse sin el famoso Quinto Occio Aquiles, un hombre veterano, respetado y cuya sola y magnífica presencia hacía temblar a todo el ejército. Por ello, Emiliano no había dudado un solo segundo en buscarlo y rescatarlo de nuevo para el ejército, porque soldados como aquel son los que necesitaba para fortalecer el endeble espíritu legionario.

Y Occio, fiel a su estilo, no decepcionó a nadie.

—Parecen poca cosa, pero han aprendido a despreciarnos. Si te acercas a uno de esos cabrones te arranca la cabeza con los dientes. Y si te descuidas te cogen de los huevos y te los arrancan igualmente —masculló sin parar de agitar la ramita.

—¡La fama de este hombre está justificada! —rio Fabio.

Emiliano arqueó hacia arriba la comisura de los labios.

—Como parece claro que no nos fiamos de los numantinos —dijo—, procuradme primero una entrevista con ellos. Después, los dioses dirán.

Emiliano se reunió con los embajadores numantinos tres días después, a mitad de camino entre el campamento y la ciudad, en la llanura oriental, allí donde antes habían parlamentado los cónsules Pompeyo y Mancino con los sempiternos Avaro y Megaravico, que repetían por los numantinos, pero no en solitario. En esa ocasión, los acompañaba también el joven Retógenes, aquel

que había descubierto la huida de Mancino en mitad de la noche.

Retógenes ya no era un crío. Con casi veinticuatro primaveras, era uno de los hombres de mayor arrojo y valentía de Numantia, y todas las muchachas suspiraban por sus huesos. Fuerte, alto e impetuoso, de barba pelirroja, estaba allí por deseo de Avaro, para que cogiera experiencia.

Emiliano, por su parte, que había llegado antes de lo acordado, observó con todo detalle por dónde venían los numantinos, cómo eran sus monturas y sus armas y qué signos de comunicación no verbal trasladaban puertas afuera, y en verdad que los hispanos, muy bien ataviados a su manera, no mostraban temor alguno, sino todo lo contrario. Crecidos por su enorme victoria a costa del malogrado Mancino, venían como lo que eran, celtas bravucones de miradas desafiantes.

Bien pertrechados por un intérprete, fue Emiliano quien comenzó la embajada, yendo directamente al grano. No procedía otra cosa con aquellos hombres arrugados de pocas palabras y ojos lobunos.

—Rendid la ciudad y entregad las armas. Solo en este caso serán respetadas vuestras vidas y bienes —espetó a bocajarro.

Avaro escuchó plácidamente al traductor, sin inmutarse lo más mínimo. Cuando finalizó, puso una imperceptible mueca de indiferencia y miró a Emiliano directamente a los ojos.

—¿Eres tú el que llaman Africano? —preguntó.

—Lo soy —confirmó un expectante Emiliano.

—¿Eres tú quien destruyó Cartago? —continuó Avaro.

—El mismo hombre —contestó Emiliano con su natural vanidad.

—Dicen que Cartago era mil veces más grande que Numantia —prosiguió Avaro.

—Lo era.

—Con altas murallas.

—Las tenía.

—Y muchas familias.

—Miles.

—Y, sin embargo —musitó Avaro—, ¿cuánto tiempo necesitó Roma para entrar en sus calles y destruirla?

Emiliano no contestó de inmediato, comprendiendo qué buscaba el numantino.

—Tres años —contestó en cualquier caso, dándole la oportunidad a Avaro de alcanzar su conclusión final, como así fue.

—En cambio, hace veinte que llegasteis a nuestras tierras y nunca habéis puesto un pie en Numantia —recordó oportunamente—. ¿Cree el romano que nos rendiremos ahora porque un nuevo ejército acampe otra vez frente a nuestros hogares? Aquí solo hallaréis más vergüenza.

—Marchad por donde habéis venido —se despachó de pronto Megaravico, entre dientes, abriendo la boca por primera vez.

Emiliano miró a los dos hombres con gesto impasible. Creía reconocer en Megaravico al delegado numantino expulsado de Roma tras defenestrarse a Mancino, y tal vez fuera por aquella acción por la que le miraba con indisimulado odio. Avaro, por su parte, parecía interpretar la versión algo moderada de ambos.

—Rendid la ciudad —repitió de todas formas.

—Dadnos los pactos de Graco —requirió Avaro.

—Rendid la ciudad y entregad las armas —insistió Emiliano.

—Que Lug os abrase a todos si no nos dais los pactos de Graco —reiteró Avaro.

—¿Es vuestra última palabra?

—Oléis peor que las meadas y las cagadas de un cerdo —escupió de pronto Retógenes, hablando cuando no debía hacerlo.

Avaro, Megaravico y el propio Emiliano lo censuraron con la mirada, pero ni por estas el joven bajó el mentón, que lo tenía muy elevado y provocativo.

—He aquí el carácter numantino del que tanto me han hablado —dijo Emiliano con sarcasmo.

—Los pactos de Graco —se limitó a reiterar Avaro.

—Después de años de guerra apenas llegáis a cuatro mil guerreros —recordó Emiliano, con poco éxito.

—Uno de los nuestros equivale a cinco de los vuestros. Dadnos los pactos de Graco —reincidió Avaro.

Emiliano, imperturbable, asintió y se puso en pie. En verdad que no estaba en su ánimo alcanzar ningún acuerdo por mucho que lo quisiese aparentar. Por suerte, el aguerrido e irascible carácter celta todo lo hacía más fácil.

—Hasta aquí ha llegado mi piedad, Avaro de Numantia —dijo—. Suplicad a vuestros dioses por vuestros hogares, vuestros lugares sagrados y vuestras tumbas, porque todo será destruido —sentenció.

—Suplicad a los vuestros por el valor del que carecéis —replicó Avaro en un verdadero diálogo de sordos.

Poco después, ya en el campamento, Emiliano se rodeó en el pretorio de todo su consejo militar.

—Y bien, Cayo Graco, llegados a este punto, ¿qué harías tú en mi lugar? —le preguntó con cara de curiosidad.

—Limpiar la llanura oriental de estacas y piedras, rellenar los fosos y avanzar con máquinas y torres de asedio —propuso el aludido.

—¿Y tú, Cayo Mario?

—Provocarles a un enfrentamiento fuera de las murallas.

—¿Quinto Occio? —demandó finalmente Emiliano.

—Matar de hambre a esos hijos de perra.

Emiliano miró de soslayo a su hermano Fabio y a Lelio, con gesto cómplice, hecho lo cual tomó las riendas del consejo.

—Cumplidas las formalidades —dijo con suficiencia y decisión—, no cabe duda de que los numantinos han aprendido a no temernos y a despreciarnos abiertamente, por lo que no les daremos la oportunidad de un combate en el que ratificar su orgullo —expuso con la cara de desilusión de los más impetuosos que ansiaban un asalto a gran escala a los muros de la ciudad—. Vamos a limitarnos a saquear los campos cercanos y a segar el trigo para aprovisionarnos, aunque esté verde. No adelantaremos fortificaciones, ni dividiremos el ejército, ni caeremos en sus provocaciones si salen de su ciudad y nos llaman a la lucha. Da igual lo que nos insulten o cómo nos enseñen sus culos y dedos en alto, no lo haremos. No ha llegado todavía su momento ni correremos ningún riesgo salvo en caso de extrema necesidad. Solo quiero observarlos y dejar sus tierras sin una sola mies de trigo, nada más. Solo observarlos —exigió.

—No quisiera yo que nadie me observara de este modo —le dijo Fabio a Lelio a la oreja, con guasa, mientras el resto asentía marcialmente.

—¡Yo tampoco! —resopló su amigo.

Cumpliendo a rajatabla las órdenes de Emiliano, el ejército entero se afanó en labores de forraje y aprovisionamiento, tanto en los campos que estaban a la espalda del campamento, como en aquellos otros más cercanos a Numantia, pero siempre en perfecta actitud vigilante, con la protección de la caballería y con las armas a mano. De esta forma, no solo se alimentaba a las legiones, sino que se privaba de grano a los numantinos.

Estos, por su parte, se limitaron los primeros días a observarlo todo desde la seguridad de sus muros, lanzando improperios sin cesar mientras realizaban todo tipo de gestos ofensivos contra los romanos.

Pero en cuanto los invasores comenzaron a saquear los campos más próximos a la ciudad no tardaron en ponerse en pie de guerra y salir al exterior para ofrecer lucha. Como era habitual en ellos, no temían morir en la refriega. Bien al contrario, muchos de ellos casi lo ansiaban.

Un tribuno militar que llegó al galope avisó a Emiliano de que los numantinos se movían, enterado de lo cual brincó sobre su propio corcel y cabalgó hasta la cima de una pequeña colinita que se elevaba discretamente en la famosa llanura oriental.

Cuando llegó tuvo tiempo de ver todavía cómo unos dos mil guerreros celtíberos, perfectamente pertrechados y armados, salían escupidos por dos puertas laterales de la ciudad, y cómo, en perfecto orden y marcha, discurrían en columna por las empinadas laderas hasta alcanzar el lienzo oriental.

Allí se reorganizaron de nuevo con enseñas y bajo el clamoroso sonido de sus cuernos de combate terminados con fauces de lobo, y siempre en total coordinación descendieron calmadamente en líneas sucesivas, sorteando piedras hincadas y estacas.

Hecho esto, ya a los pies de la llanura, formaron un formidable muro de seis infantes de grosor, y con las plumas escarlatas de sus cascos agitadas por el viento y destellando los brillos de placas pectorales, cascos y espadas, esperaron con sus coloridos escudos en alto, entonando un poderoso, grave y coral cántico que inundó el valle.

Pero Emiliano no movió un músculo, escudriñando durante horas la persistente voluntad de los numantinos.

—Podrían estarse ahí toda una vida —bufó Fabio al atardecer.

—Son duros como la roca —añadió Lelio.

—Su dureza es equivalente a la blandura de nuestros hombres —porfió Emiliano sin dejar de mirar a los guerreros celtíberos.

—Al menos les has enseñado a marchar, a cavar zanjas y a levantar empalizadas y muros —dijo Fabio.

—No sirven para nada más —lamentó Lelio.

—Vámonos de aquí, no lucharemos con ellos —ordenó Emiliano.

Los numantinos, no sin ponerse roncos de provocaciones y ofensas, todas ellas correspondidas a lo lejos por los legionarios, se retiraron cuando declinaban las luces, pero no se estuvieron quietos. Envalentonados por lo que interpretaban como cobardía romana, realizaron sin descanso a lo largo de los días siguientes rápidas incursiones para intentar emboscar a los forrajeadores, operaciones que en el pasado habían ejecutado con éxito letal, destrozando así la moral romana y su confianza en la victoria. Sus ataques, sin embargo, eran ahora repelidos sin causar ningún daño.

—Te lo dije —le dijo una tarde Avaro a Megaravico. Ambos estaban asomados a la muralla.

—¿Que me dijiste qué? —gruñó Megaravico.

—Que solo pedía que no le enviaran a él —recordó Avaro.

Megaravico puso una mueca de desprecio. Superados los cincuenta años, al igual que Avaro, le dolía el cuerpo y estaba cansado de la guerra y de ver desfilar año tras año a los ejércitos romanos. Pero su odio había crecido exponencialmente después de los descarados incumplimientos del Senado, mostrando un espíritu más rencoroso.

—No ha demostrado nada, ni siquiera se ha atrevido a atacarnos. Es un

cobarde —desdeño orgulloso.

Avaro cabeceó como un buey.

—Tienes ya muchas canas y arrugas para ser un iluso —replicó.

—¿Un iluso? —saltó Megaravico como un muelle.

—Deberías observar mejor, como el romano lo hace.

—¡No me digas qué debería hacer! —bramó Megaravico desquiciado—. ¡Debimos matarlos a todos! ¡A Mancino y a todos!

—Emiliano es distinto —prosiguió Avaro, paciente.

—Es un cobarde. Solo saquea —exhaló Megaravico.

—¿Te parece que un lobo que te merodea en el bosque es un cobarde? No, amigo, solo espera su momento. Algo prepara. No es como los demás. Es frío y no actúa hasta que lo controla todo. Y su ejército está bien entrenado —advirtió Avaro negando de lado a lado.

—Mis ojos no ven otra cosa que cobardía —insistió Megaravico.

—Emiliano esconde algo distinto —negó un sombrío Avaro.

—Es tan tonto como una oveja.

—Este no lo es.

—Por Lug que sí lo es.

Y el tiempo pareció darle la razón a Megaravico, porque a comienzos de julio, sin haber ofrecido combate, Emiliano levantó el campamento y, simplemente, se marchó.

—Te dije que era un cobarde, ¡un cónsul más con la cabeza hueca! —aulló el numantino, viendo cómo las tropas romanas se dirigían hacia el oeste bordeando por el norte los campos numantinos.

—Volverá —repuso Avaro.

—Si solo es capaz de esto, que vuelva cada primavera —ironizó Megaravico cual celtíbero fanfarrón con demasiada cerveza en el estómago.

—Es capaz de mucho más. Volverá. Es un lobo —lamentó Avaro.

Pasemos a la historia de la República

Roma, 10 de julio

Como toda Roma esperaba, Tiberio fue elegido tribuno de la plebe en los concilios plebeyos convocados cinco días antes de los idus de *quintilis*. La plebe le respaldó de forma mayoritariamente abrumadora, siendo elegido también, para gozo de ambos, su amigo más querido, leal y cercano, Marco Octavio, con quien se fundió en un emotivo abrazo en la misma tribuna bajo el atronador griterío de los votantes.

Cumplidos los ritos y demás escrúpulos religiosos que la elección requería, Tiberio tuvo tiempo de recibir la felicitación de algunos de los grandes nobles que permanecían en Roma, ya fuese el rudo Metelo Macedónico; Quintillo, que ejercía la cuestura; el sibilino Pompeyo o incluso su impertinente primo Nasica el Joven —o Nasica Serapión—, que le ofreció una mano fría e inerte como símbolo de la distancia y antipatía que reinaba entre ambos, y no por Tiberio, sino por el propio Nasica, incapaz de olvidar que su padre había tenido que renunciar a un consulado por una jugarreta ritual de Tiberio Sempronio Graco el Viejo.

En cualquier caso, pusiese o no Tiberio algo de su parte, en verdad que no se profesaban ningún cariño mutuo.

Tiberio se afanó en dar apretones de manos sin cesar, y en cuanto pudo desembarazarse de sus compromisos, corrió hasta su casa palatina, encontrando en el atrio como magnífica bienvenida a su madre Cornelia, a su esposa y a su suegro Apio Claudio. Claudilla sostenía en brazos al segundo hijo de ambos, venido al mundo apenas hacía siete meses, mientras que su vástago mayor, con año y medio, aupado por Claudio, pugnaba por bajarse y correr hasta él.

—Suelta a la fierecilla antes de que te devore —bromeó Tiberio.

—Toda tuya —rio Claudio, soltando al pequeño, que se abalanzó en brazos de su padre.

Superada la embestida del niño, Tiberio le dio un beso. Después, otro a su madre y a Claudilla. Hecho esto, dejó al pequeño en el suelo, se acercó a Claudio, lo cogió del hombro y lo alejó de escuchas indiscretas.

—Y bien, mi querido suegro, ya soy tribuno de la plebe —le dijo.

Claudio se tensó como un perrillo de caza.

—¿Qué quieres decir? —titubeó.

—¿No era yo el hombre que podía salvar la República? —preguntó Tiberio lleno de sarcasmo.

A Claudio se le iluminó la cara.

—¿Has meditado lo que te dije?

—No ha hecho falta.

—Entonces —balbució Claudio—, ¿son necesarias más palabras? ¿Estás ahora dispuesto a ello? ¿Estás dispuesto a matar al león de Nemea y a entrar en el laberinto del Minotauro y terminar lo que Emiliano no fue capaz? —interpeló expectante.

—Emiliano no es mi motivación —repuso Tiberio.

—No, no, claro, por supuesto —condescendió de inmediato Claudio. No sería el estímulo de su yerno, pero para él era uno muy importante y de peso, dejar en evidencia a Emiliano y, de paso, ser más popular que él—. Pero ¿acometerás entonces la reforma agraria? —apuntilló en cualquier caso, ansioso.

Tiberio alzó su figura con inconmensurable elegancia. Efectivamente, no eran necesarias más palabras.

—¿Tendré tu ayuda? —preguntó con un gesto que delataba que ya nada lo podría detener—. Lo haré con o sin ti.

Claudio arqueó la comisura de los labios. No se había equivocado. Nunca lo había hecho, ni él ni otros grandes hombres de Roma como Catón o Nasica Córculo, capaces todos ellos de advertir la especial fuerza de un joven en apariencia tranquilo, pero de fondo decidido y obstinado en aquello en lo que creía. Porque acometer una reforma agraria no era una propuesta legal cualquiera, era «la propuesta», aquella que exigía un valor, una grandeza, una determinación y una altura de miras inconmensurable. Y todo ello lo tenía Tiberio en abundancia, capaz de emprender cada cosa que se le metía entre ceja y ceja como si fuese lo último que tuviese que hacer en su vida.

—Lo haré con o sin ti —oyó que insistía Tiberio.

Claudio sonrió de oreja a oreja.

—Tendrás todo mi apoyo. Y no seré el único —exhaló lascivo.

—Sea, búscame esos apoyos —requirió Tiberio.

Roma, pocos días después

Conforme a lo prometido, Apio Claudio convocó en la casa de Tiberio a los principales prohombres que habrían de ayudarles en la preparación de la propuesta de reforma agraria. Un asunto de este calado, por afectar a tierras de propiedad pública, requería de un fuerte apoyo político, pero también de un asesoramiento jurídico de alto nivel.

Por lo demás, teniendo en cuenta que quien iba a proponer la reforma era Tiberio en su condición de tribuno de la plebe, la misma habría de encauzarse a través de un instrumento legal muy concreto, el plebiscito, que no era otra

cosa que una ley, pero aprobada por el pueblo reunido en la asamblea plebeya por excelencia, el *concilium plebis*.

Reunidos todos en la biblioteca de la *domus*, Tiberio repasó con la mirada a los allí reunidos. Además del propio Apio Claudio y de Blosio de Cumas —convocado este último por el propio Tiberio—, tres eran los senadores presentes, Publio Mucio Escévola, su hermano mayor Publio Licinio Craso Dives Muciano y Marco Fulvio Flaco.

El más conocido de todos ellos era Escévola, y también el más veleta. Sirviendo unas veces a los intereses de escipiónicos y otras a las de Claudio, navegaba a menudo entre dos aguas, pero orientado siempre a la búsqueda de lo que más le gustaba en la vida, el derecho, ya fuese civil o pontifical. Porque Escévola era uno de los jurisconsultos más reconocidos de Roma, incapaz de resistirse a un buen asunto legal. En este sentido, la propuesta de ley de reparto de tierras públicas era para él tanto como la miel para las hormigas.

Abandonando a Escévola, Tiberio puso su atención en Craso Muciano, hermano mayor del anterior.

Craso era nuevamente un caso muy particular. Miembro del colegio de los pontífices, era un senador de gran autoridad e inmensamente rico —se decía que su fortuna ascendía a cien millones de sestercios—, además de propietario de enormes latifundios. Sin embargo, aquello tampoco era un obstáculo para que estuviese allí, probablemente por motivos tanto personales como políticos. Entre los primeros, destacaban su matrimonio con una hermana de Claudio, que una de sus hijas estaba casada con el consular Sulpicio Galo, acérrimo enemigo de Emiliano, y que de un tiempo a esta parte no cejaba en el intento de matrimoniar a otra de sus hijas con Cayo, ahora en Numantia. Entre las razones políticas rezumaba su manía a Emiliano —lo que saltaba a la vista con su política de matrimonios— y el deseo de popularidad para seguir impulsando su carrera política, todo lo cual explicaba razonablemente su participación.

Finalmente, Tiberio observó a Fulvio Flaco, a quien conocía bien desde pequeño. Incluso podía decirse que eran amigos. Tres años mayor que él, rubio como los celtas, espigado e inteligente como los egipcios, siempre irónico y quizás algo metete cuando le convenía, Flaco pertenecía a una de las potentísimas ramas plebeyas de las *gens* Fulvia con la que los Claudios siempre habían tenido grandes afinidades políticas. Uno de sus tíos había sido un importante censor, y de sus dos primos, también Fulvio Flaco, uno era el cónsul saliente y el otro el vigente cónsul en ejercicio destinado en Sicilia. Flaco no era, en definitiva, un cualquiera.

Tiberio se disponía a examinar las motivaciones del propio Claudio cuando un aparatoso y buscado carraspeo de su suegro le dio a entender que la reunión formal iba a comenzar.

—Bien, señores —inició Claudio con rimbombancia—, hoy estamos aquí para acometer un asunto de gran importancia, una reforma agraria, un reparto de tierras públicas. Sabemos que su sola mención provocará que a algunos senadores les salgan pústulas en la cara y en el culo, pero es necesario afrontarla. Si otros no se atrevieron, nosotros lo haremos, y gracias a los dioses contamos con un joven tribuno de la plebe con inmenso linaje dispuesto a ello. Hace apenas unos días fue elegido por el pueblo, pero no tomará posesión del cargo hasta diciembre. Disponemos por lo tanto de varios meses para preparar el texto de la ley, que habrá de ser propuesta en cuanto Tiberio tome posesión, ¿no es así, Tiberio? —interpeló Claudio, dándole paso a su yerno.

Tiberio, muy serio, cabeceó decidido y se arrancó.

—Creo que todos los que hoy estamos aquí somos conscientes de que el mayor peligro de Roma no fue Cartago, ni Viriato, ni lo es Numantia o los esclavos rebeldes de Sicilia, sino Roma misma —introdujo, provocando los primeros asentimientos de Escévola, Craso y Flaco—. Estamos conduciendo a Roma a la pobreza, a la injusticia y, lo que es más grave, a la pérdida de una clase agrícola fuerte capaz de sustentar un ejército fiable. Durante mucho tiempo no hemos querido verlo, pero las advertencias ya estaban ahí desde hace tiempo, delante de nosotros mismos, ya fuesen las constantes dificultades en las levas, el crecimiento de la masa urbana desposeída de tierras y empobrecida o los levantamientos de esclavos.

—Todo esto es cierto —terció Claudio. Tiberio continuó.

—Todos sabemos que en la guerra de Aníbal tanto los cartagineses como nuestras legiones practicaron una política de tierra quemada, lo que devastó millones de yugadas de bosques, campos y buenas tierras para el cultivo y el pastoreo. Terminada la guerra, miles de hombres no volvieron nunca a sus propiedades, o los que lo hicieron no tenían ganados que cuidar o semillas y aperos de labranza para poner en cultivo unas tierras destrozadas, por lo que se vieron forzados a venderlas a bajo precio a quienes sí podían comprarlas, los senadores y caballeros.

—Todas nuestras familias lo hicimos —intervino Craso.

—Pero no eran conscientes del problema que nacía —justificó Tiberio —. Las mejores tierras de entre las abandonadas fueron vendidas o arrendadas por los censores y cuestores, pero, en general, los campos devastados e infértiles quedaron a la libre ocupación de quienes podían invertir el capital suficiente para ponerlos nuevamente en explotación.

—Pero era una mera tolerancia —matizó Claudio.

—Así es —confirmó Tiberio.

—En efecto —intervino Escévola—. Esas ocupaciones toleradas no lo fueron en concepto de propiedad, sino de simple posesión hasta que el Senado

dispusiese otra cosa y a cambio del pago de una renta —precisó jurídicamente.

—Y todo ello sin olvidar que la vieja *lex Licinia-Sextia* prohibía ocupar más de quinientas yugadas de *ager publicus* —puntualizó Craso.

—Ley que nadie respeta —porfió Flaco—. Se cultivan a ojos abiertos más de quinientas yugadas de tierras públicas, y nadie abona la renta porque después de tantos años se creen los titulares de los campos.

—Eso es —confirmó Tiberio—, pero lo cierto es que, bien por compras a bajo precio, bien por ocupaciones toleradas, bien a través de sicarios y matones que amedrentan a los campesinos libres, los senadores y caballeros han acumulado gigantescos latifundios a cargo de mano de obra servil y a cargo de lo que es de todos, las tierras ganadas a nuestros enemigos en las conquistas, el *ager publicus*.

—¿Y dónde están ahora los antiguos y valerosos campesinos que hacían fuertes y temibles a nuestras legiones? —saltó Claudio con desdén—. Pues o muertos o como simples vagabundos en Roma, alimentados por el trigo a bajo precio que traemos de Sicilia y de África, ¡pura chusma sin valores ni fortunas suficientes para servir en el ejército!

—Lo que contraría cualquier concepto de humanidad e igualdad entre los hombres, porque todos procedemos del mismo logos universal —intervino Blosio de Cumas con su típica impertinencia.

Todos lo miraron un instante, de soslayo, hasta que Escévola desarrolló el planteamiento oportuno.

—Y bien, Tiberio, todos somos conscientes de que Roma tiene un grave problema social que debe atajarse, y que es necesario recuperar un campesinado tradicional que dé buenos ciudadanos con brazos fuertes para defender sus tierras y ganar otras nuevas para la comunidad.

—Debemos repartir la riqueza, ahora en manos de unos pocos —le interrumpió Flaco.

Escévola, conforme, prosiguió:

—Algunos como los aquí presentes estamos dispuestos a todo ello pese a que mengüen nuestras propiedades y senadores como Nasica el Joven nos echen a los perros. En este sentido, a lo largo de nuestra historia ha habido ya otras propuestas de leyes agrarias, como las antiguas *rogatio Titia agraria* —comenzó a enumerar, exhibiendo su dominio legal—, la *lex Sextia agraria* o la *lex Maenia agraria*, todas ellas fracasadas, violentadas u olvidadas hasta que se aprobó, hace más de doscientos años, la *lex Licinia-Sextia*, que prohíbe cultivar más de quinientas yugadas de tierras públicas…

—Fue aprobada a instancia del tribuno de la plebe Licinio Estolón, que luego fue condenado por tener más tierras de las permitidas, ¡será idiota! —bramó Claudio muerto de risa.

—Es la condición humana —lapidó Escévola antes de continuar—. Después, hace un siglo, el tribuno Flaminio consiguió la distribución de una gran cantidad de tierras pertenecientes al *ager publicus* en el territorio de los galos senones…

—Distribución que el Senado se negó a ratificar —le interrumpió de nuevo Claudio en su permanente afán de protagonismo.

—Las malas artes del Senado llegaron a tal punto —aprovechó para intervenir Flaco— que utilizaron la patria potestad del padre del tribuno para hacerle callar en mitad de su discurso y no atentar contra su inviolabilidad.

—¡Serán idiotas! —rio de nuevo Claudio. Pero Escévola, con infinita paciencia, llegó al fin a donde quería llegar desde el principio.

—Los últimos en intentar una propuesta agraria fueron Lelio y Emiliano, hace pocos años, con el revuelo que supuso. Por ello, llegados a este punto, con estos halagüeños antecedentes y la tradicional violencia que han generado, ¿cuál es tu propuesta de ley?

Tiberio, observado por cinco pares de ojos, no se hizo de rogar.

—Es muy sencillo. La idea es la de recuperar la vieja prohibición de que nadie puede tener más de quinientas yugadas de tierras públicas, pero con suplementos de doscientas yugadas por hijo hasta un máximo de mil. El resto debe ser devuelto para, a su vez, repartirse entre los ciudadanos pobres que lo soliciten a razón de parcelas de treinta yugadas inalienables.

Escévola rumió aquella propuesta, sencilla en su planteamiento, pero letal para los intereses de senadores y caballeros que habían invertido enormes capitales en tierras que ahora debían restituir, amén de perder las futuras ganancias.

—¿La devolución de las tierras conllevará indemnización? —preguntó.

—No —contestó tajantemente Tiberio—. Esas tierras se han ocupado durante décadas sin pagar los cánones y cuando son propiedad del Estado romano. Ya las han disfrutado más de lo que debían. Deben ser restituidas en su integridad junto con las inversiones.

—Pero la entrega y distribución de tierras resultará una tarea inverosímil. Será necesario estudiar documentos de propiedad, herencias, ventas, etcétera. Los conflictos serán permanentes —reflexionó Escévola.

—Y por eso la propuesta de ley contemplará la creación de una comisión de tres miembros que, financiada con cargo a fondos públicos, contará con todos los poderes, incluso judiciales, para llevar a cabo los trabajos de recuperación y reparcelación —contestó Tiberio como una centella.

—Comisión triunviral que estará formada por mí mismo, por Tiberio y por su hermano Cayo, con presidencia rotatoria por anualidades —salió al paso Claudio.

—¿Y afectará al *ager campanus*? —interpeló Escévola.

—No —respondió tajantemente Tiberio.

—Mejor así —secundó Craso—. Las tierras de Campania son excelentes y dan muy buenas rentas al tesoro público. Es prudente que sigan gestionándolas los censores.

Escévola cabeceó repetidas veces con vista perdida.

—Una ley que recupera la vieja prohibición de las quinientas yugadas —murmuró pensativo—, con suplementos de doscientas más por hijo y entrega de lo restituido a los ciudadanos desposeídos a razón de parcelas de treinta yugadas, con una comisión de triunviros agrarios que ejecute las operaciones de modo obligatorio… Jurídicamente la propuesta es intachable —desveló finalmente, elevando la vista.

—Y es justa —añadieron al unísono Blosio y Fulvio Flaco.

—¿Está todo dicho entonces? —aplaudió Claudio.

—¿La llevarás a debate previamente al Senado? —se interesó Craso.

—A la vista del resultado que tuvo Lelio, no, no lo haré —contestó Tiberio.

—Vas a por todas, ¿eh? —dijo Flaco con gesto divertido. Le motivaba enormemente aquel proyecto.

—En cuanto tome posesión en diciembre presentaré directamente la propuesta ante el pueblo —se reafirmó Tiberio.

—Nasica se pondrá de todos los colores —rio Fulvio Flaco.

—Aunque pueda ser un acto de deferencia, ya no hay obligatoriedad alguna de presentar en primer lugar la propuesta ante el Senado —informó Escévola.

—Entonces —se elevó Claudio—, ¿nos ponemos manos a la obra? Tenemos cinco meses para pulir el texto.

—Y de manera discreta —pidió Tiberio.

Todos los presentes, uno a uno, dieron su conformidad.

—Bien, señores —encomió Claudio, haciendo brillar sus ojos glacial alpino—. Pasemos a la historia de la República.

Cincuenta mil estacas

Hispania Citerior, de julio a comienzos de septiembre

Emiliano ordenó abandonar el campamento de Nobilior a mediados de julio, pero, muy en contra de lo que pensaba Megaravico, lo hizo con arreglo a un plan totalmente calculado y preconcebido.

—Lo que tenía que ver aquí ya lo he visto —se despachó ante su consejo militar, todos ellos alrededor de un enorme plano que dibujaba la Citerior y sus imprecisas fronteras occidentales—. Conozco ya cómo atacan los numantinos, por qué puertas de la ciudad salen para hacer las incursiones y cómo distribuyen sus efectivos —enumeró con aplastante criterio—. Por lo demás, ya nos hemos aprovisionado de trigo y de forraje y hemos garantizado que ellos no puedan hacerlo en sus propios campos. Este invierno no tendrán grano, pero aun así debemos asegurarnos de que no lo reciban de ninguna parte. Por ello, avanzaremos dentro de dos días hacia aquí —anunció, poniendo el dedo índice sobre el enorme mapa, concretamente en un punto de Hispania central situado a poniente de la Celtiberia.

Todo su lustroso consejo militar se inclinó hacia adelante para saber a qué lugar se refería. Fue Quinto Occio el que habló por todos.

—Tierras de vacceos, llanuras yermas y secas —masculló.

—El granero de Numantia —confirmó Emiliano—. Es aquí donde los numantinos se abastecen de los suplementos de trigo que necesitan. Lo segaremos todo a nuestro paso para nuestros propios estómagos y el resto lo quemaremos y saquearemos.

—Tierra quemada —espetó Occio.

—Este invierno solo comeremos nosotros —sentenció Emiliano sin compasión. En su plan resultaba vital que los numantinos no dispusiesen de alimento durante mucho tiempo.

Ordenado esto, el ejército levantó el campamento y, bordeando Numantia por el norte para evitar choques innecesarios de los que ningún beneficio cabía obtener, avanzó hacia el oeste, en busca de la ciudad de Pallantia,[42] la principal ciudad de los vacceos, situada a ocho días de marcha.

El camino se abría en amplios valles ya conocidos por Emiliano, pues en ellos había servido como tribuno militar del cónsul Lúculo dieciocho años antes.

—El amigo Lúculo dejó un reguero de sangre, traiciones y despropósitos en aquella campaña —recordó Emiliano a lomos de su caballo, cabalgando junto a su hermano bajo un sol de justicia.

—Pero fue aquí donde ganaste tu *corona muralis* —se le vino a la cabeza a Fabio—. Y donde te volviste loco y decidiste jugarte la vida en un

combate singular con un vacceo.

—Era joven —rio Emiliano.

—Creo que no tuvo nada que ver con la juventud —repuso Fabio.

—Estos lugareños nos tenían en gran estima y era necesario atenderlos debidamente —ironizó Emiliano.

—Pues no sé por qué nos quieren tanto. No hemos hecho otra cosa que quemar sus campos y llevarnos su ganado en los últimos veinte años —dijo Fabio, dándole continuidad a la broma.

—Y aun con todo nos siguen recibiendo de malas maneras —finalizó Emiliano, encogiendo los hombros.

Y a fe que los vacceos seguían guardando un gran cariño a los romanos, porque pese a la magnitud de las tropas invasoras y la inusual disciplina y orden que mostraban, no cejaron en su intento de emboscar a las partidas legionarias que se desperdigaban para cumplir su doble labor de tomar provisiones y dar fuego al resto, todo ello bajo una canícula realmente insoportable.

Con todo, los legionarios de Emiliano ya no eran niños que se aterrorizaban a las primeras de cambio, viéndose capaces de rechazar y de salir airosos de combates, celadas, depredaciones, aprovisionamientos y marchas de cuarenta millas diarias.

Superada Pallantia, segados y ennegrecidos debidamente sus campos en una orquestada operación de destrucción absoluta, Emiliano tomó dirección sur para evitar más emboscadas, adentrándose en unos páramos secos y ásperos con arroyos cenagosos y pozos de agua amarga.

—Que se marche de noche y se descanse de día —ordenó cuando comenzaron a morir de sed algunos caballos y bestias de carga.

—Pensaba que eras capaz de vivir sin agua —protestó Fabio.

El camino hacia el sur, que no era más que una pequeña vía indígena de ganados trashumantes, fue dando lugar poco a poco a campos llenos de trigo en todo su esplendor, trigo que las tropas romanas, sin prisa, pero sin pausa, fueron devastando y despojando sin que ningún nativo se atreviera en este caso a elevar la voz, más si cabe cuando tras mes y medio de voraz periplo el ejército alcanzó la ciudad vaccea de Cauca.[43]

Allí el cónsul Lúculo había pertrechado una brutal matanza a traición tras prometer la paz, y fue por ello por lo que Emiliano les pidió que volviesen sin temor a sus casas, porque él nada había de hacerles como piadosa y excepcional restauración de la masacre.

En aquel punto, dejando atrás el olor del fuego y una miseria completa en un radio de doscientas millas a la redonda, el disuasorio y vigorizado ejército giró hacia el este y tomó el valle del río Durius, ascendiendo aguas arriba en busca de Numantia.

—Los vacceos se lo pensarán dos veces antes de socorrer a los numantinos —celebró Fabio una noche de bochorno y lleno de picotazos de mosquitos gigantescos a los que se les podían contar los pelos.

—Bastante tendrán con llevarse algo a la boca —expelió Emiliano, que por alguna razón se libraba de los picotazos.

Pocas jornadas después, con Numantia ya a tiro de piedra, los bosques del curso alto del río Durius se hicieron más densos, ofreciendo la última de las materias primas que Emiliano necesitaba recolectar.

—Estos árboles son de buen porte —le dijo a su hermano en mitad de la foresta, tirando del bocado de su caballo.

Fabio hizo lo propio, colocándose a su lado al tiempo que elevaba la vista hacia las copas de los árboles.

—¿Cuántas estacas necesitaremos? —preguntó.

—Según mis cálculos, en la llanura oriental no menos de dieciséis mil —respondió Emiliano.

—¿Y si hablamos de todo el perímetro? —demandó Fabio.

—Unas treinta y seis mil. Pero acopiaremos cincuenta mil.

Fabio asintió en señal de conformidad, hecho lo cual se giró hacia atrás, donde aguardaban sobre sus monturas Cayo Sempronio Graco, Quinto Occio y Cayo Mario.

—Ya habéis oído —les dijo—. Necesitamos cincuenta mil estacas del grosor de un brazo fuerte y con la longitud de un hombre. Manos a la obra. Pelad este bosque. Tenemos dos días. Moveos.

A comienzos de septiembre, acompañado de una inmensa hilera de carromatos llenos de fardos de trigo y de estacas de madera, finalizada su campaña de gigantesco pillaje, Emiliano volvió a ocupar el viejo campamento de Nobilior, asomándose una vez más a los muros para divisar, a lo lejos, el cerro de Numantia.

—Volved a saquear todos los campos y aldeas de la región —exigió con el rostro frío como el mármol—. Saquead de nuevo todos los campos, graneros, granjas y aldeas —reiteró expeditivo—. Que los hombres se lleven todo, ya sea ganado, utensilios de cocina, leña, trigo, forraje, cebada, avellanas, carne seca, pescados en salazón, nueces o bellotas, me da igual, pero que no quede comida ni madera para cocinar o calentarse en cincuenta millas a la redonda. Y esquilmad los bosques. Que quede todo arrasado salvo lo que sea necesario para nuestro propio provecho y para tener leña durante el invierno.

—Creo que va a ser necesario algo más —le recordó discretamente su amigo Lelio. Emiliano asintió.

—Que a lo largo de todo el perímetro de la ciudad, a una distancia de media milla, se vayan recogiendo y acumulando piedras grandes y pequeñas

en montones distribuidos cada cien pasos. Y enviad mensajeros a todas las ciudades y pueblos aliados de la Citerior y reclamadles que cumplan sus compromisos de entrega de auxiliares. Para finales de septiembre quiero aquí a treinta mil hombres más —ordenó inflexible.

Que dé comienzo la tragedia

Numantia, mediados de septiembre

Durante el mes de septiembre las tropas romanas se dedicaron a ejecutar disciplinadamente lo ordenado. Saquearon, destruyeron, quemaron y esquilmaron en un radio de cincuenta millas alrededor de Numantia, y todo ello a la vista del impotente ardor de los numantinos. Porque los antecesores de Escipión, verdaderos maestros de la improvisación y del atolondramiento, no solo se dejaban emboscar como si fuesen pequeños cervatillos, sino que atacaban frontalmente los muros de la ciudad como animalillos ciegos que huyen de un peligro mayor. Aquellos cónsules sí que saciaban la sed de combate y de gloria de los aguerridos numantinos. Emiliano, nunca.

Este, por su parte, no paraba de medir cauteloso e inteligente cada paso. Si los numantinos salían de la ciudad y ofrecían el combate a los pies de la llanura oriental, exhibiendo fanfarria, fauces, plumas escarlatas, ofensas de todo tipo y culos y genitales al aire, los ignoraba. Si los numantinos trataban de importunar a los forrajeadores, redoblaba la vigilancia y la caballería. Y si los numantinos trataban de amedrentar columnas de convoyes o el campamento mismo, multiplicaba a los exploradores, protegía los flancos y no permitía que nadie se alejase.

Solo un día los numantinos fueron capaces de ponerle en mayores aprietos. Saqueaba en aquella ocasión una importante aldea rodeada por tres de sus lados por un cenagal y por el cuarto por una garganta cuando de la misma, con el ejército ya enfrascado en la rapiña, surgió de improviso la encorajinada caballería celtíbera.

La embestida del millar de jinetes numantinos dejó helado al propio Emiliano, que llamó con toda celeridad a los cuerpos legionarios que estaban dentro de la aldea, presentándose mil de ellos en un visto y no visto, lo suficiente para, junto con los destacamentos de caballería que acudieron al auxilio, rechazar un ataque que no pasó a mayores, pero que le sirvió de acicate para dejar de perder el tiempo en más depredaciones y ejecutar su plan final, aquel ya pergeñado incluso antes de su salida de Roma, aquel que llevaba preparando desde que llegara al campamento invernal de Carpetania y sometiera a su tropa a un constante y devastador ejercicio de levantar campamentos, muros, empalizadas y fosos.

Esa misma noche reunió a su consejo militar en torno a un mapa de Numantia y exhaló sus deseos.

—¿Han llegado ya todos los hombres que pedimos a las ciudades y tribus de la Citerior? —preguntó inquisitivo.

—Casi todos, unos veintiséis mil. El resto llegará en los próximos días

—le informó Fabio.

Emiliano cabeceó conforme.

—Bien, señores, se acabaron las bromas, hagamos por fin aquello para lo que hemos venido —declaró con suficiencia—. Vamos a adelantar nuestras posiciones. La primera legión permanecerá en este mismo campamento, pero el resto se distribuirán en dos nuevos campamentos, uno situado aquí, que estará a mi cargo —informó, señalando el antiguo asentamiento militar ocupado por Marcelo y Pompeyo, a menos de una milla al norte de la ciudad —, y otro situado aquí, al frente del cual estará Fabio —dijo, poniendo su dedo índice encima de un elevado cerro levantado al sur de Numantia, justo en el vado contrario del río Merdancho—. El campamento a mi cargo se llamará Escipión, y el otro será el Fabio.

—¿En cuánto tiempo debemos levantar los campamentos? —preguntó Occio, siempre con su ramita en la boca, algo que permitía con agrado Emiliano.

—Deben ser campamentos invernales, porque vamos a quedarnos aquí todo lo que haga falta. Los quiero con sus fosos, empalizadas, muros de piedra y cuarteles a cubierto, todo construido en una semana y bien protegido para cuando empiece a nevar —requirió sin dejar de mirar el mapa. Con la mano de obra de sesenta mil legionarios, socios itálicos y auxiliares hispanos el plazo dado era más que suficiente.

—Sea —dijo Occio sin despeinarse.

—Hecho esto —continuó Emiliano—, levantaremos siete fuertes alrededor de Numantia, que serán ocupados de modo permanente por secciones regulares integradas por auxiliares hispanos, legionarios y socios itálicos. Quiero dos en la llanura oriental, otro ribereño donde el Merdancho desemboca en el Durius y cuatro más en poniente, justo en la orilla contraria del río Durius.

—¿En qué ubicación exacta? —preguntó Occio, bien consciente de que su superior lo tendría todo perfectamente calculado y hablado con agrimensores y los ingenieros del ejército.

Y así fue, porque precisamente uno de los ingenieros dio un paso al frente, apartando a todos sin contemplaciones —salvo a Emiliano, Lelio y Fabio— y desenrolló con cuadriculado método un enorme plano que detallaba la posición de los siete fuertes.

—En la línea del Durius —se arrancó Lucio Pomponio, el aludido ingeniero, sin esperar a que nadie le diera la palabra—, se edificarán tres fuertes, todos ellos en las alturas que ascienden abruptamente hacia la orilla oriental de río. De sur a septentrión serán los fuertes Capitolio, Aventino y Viminal —expuso con la precisión de quien sabe de lo que habla.

El consejo militar echó el cuerpo hacia adelante para ver mejor las

posiciones, conscientes de que cada fuerte iba a tener el nombre de una de las siete colinas de Roma, como si la ciudad de la loba estuviera allí para imponer su enorme peso sobre los desdichados numantinos.

—Mi hermano quería ponerle al principio los nombres de los siete reyes de Roma, pero le dije que no era apropiado —le susurró por lo bajo Fabio a Cayo Graco a modo de divertida confidencia—. Y después tuve que quitarle de la cabeza la idea de que les diera el nombre de los siete sabios de Grecia. Nuestra tropa no iba a ser capaz de memorizarlos —añadió en un ronroneo mientras Pomponio seguía a lo suyo.

—En la línea norte, donde el río Tera se une al Durius, se erigirá otro, llamado Quirinal. Y en la zona más expuesta, que es la franja de la llanura oriental, los fuertes se alejarán media milla para poder divisar con más tiempo los ataques frontales. Habrá uno en este cerro, el Palatino, y otro en la hondonada entre el campamento Escipión y el Viminal, que se llamará…

—Esquilino —se adelantó Emiliano—. Será el único fuerte de la línea oriental que no estará en las alturas, y por lo tanto el más vulnerable. Lo dirigirá Cayo Lelio con el apoyo de Cayo Mario —dicho lo cual miró al ingeniero para que terminara.

—El último de los fuertes se situará en la desembocadura del Merdancho en el Durius, en el sur, para evitar las salidas o entradas de pequeños esquifes y botes por el río. Será el fuerte Celio —finalizó Pomponio, dejando paso nuevamente a un expeditivo Emiliano.

—Siete fuertes como las siete colinas de Roma, además de los dos campamentos principales, el Escipión y el Fabio, todos ellos a cuatrocientos pasos o menos entre sí para poder disparar al enemigo por los flancos y para los auxilios mutuos en caso de ataque. ¿Algo que añadir?

Nadie dijo ni esta boca es mía, salvo Fabio.

—Se construirán en una semana —requirió.

—Con sus fosos, empalizadas y cuarteles —matizó Emiliano.

—Sea —clamó todo el *consilium*.

—Pero antes de acometer todo esto, antes de levantar los siete fuertes… —siseó Emiliano, dejando la frase en suspenso mientras no le quitaba el ojo al mapa—. Antes de acometer todo esto ha llegado la hora de las estacas. ¿Están preparadas y distribuidas por todo el perímetro? —inquirió levantando la vista.

—Están listas, las cincuenta mil —confirmó Fabio.

—Bien, señores, pues manos a la obra. Hagamos como los espartanos en Platea o nuestros mayores en Agrigento, pero a mí manera. Si este ejército no sabe luchar, que sea al menos temible en las trincheras y en la guerra del pico y la pala. Vamos a rodear la ciudad. Que Roma y Numantia sean recordadas por lo que aquí va a hacerse. Que dé comienzo la tragedia —sentenció del

modo que lo hacía cuando estaba en trance combativo, sanguinario como el lobo, voraz como el halcón y con la peligrosa inteligencia del ser humano al mando de sesenta mil hombres, el mayor ejército visto en Hispania desde los tiempos de la guerra de Aníbal. Frente a tan colosal tropa e ingeniería, tan solo cuatro mil guerreros numantinos.

El primer dogal

Numantia, tres semanas después. Comienzos de octubre

Megaravico irrumpió en la casa de Avaro como un musculoso buey al que un perro pastor ha hecho presa en sus cuartos traseros. Avaro, que todavía dormía, pegó un brinco de su lecho de paja, imaginando ya que los romanos asaltaban los muros de Numantia. Aguzando su oído, descartó rápidamente la idea. El silencio era absoluto. Amanecía en la Celtiberia y las primeras luces de alba se colaban apagadas y serenas por las rendijas de los portones de los pequeños ventanucos.

—¡Qué ocurre! —gritó como desahogo por el susto—. ¿Es que quieres matarme? —protestó con sus largos cabellos blancos totalmente revueltos.

—Sígueme —exhaló Megaravico con la cara demudada.

—¿Qué ocurre? —insistió Avaro, ahora con alarma.

—Sígueme —repitió Megaravico antes de girar sobre sus talones y abandonar la casa como una nerviosa centella.

Ambos hombres, bajo un cielo negruzco en el que afloraban ya las primeras tonalidades anaranjadas del día, sortearon las intrincadas callejuelas de la ciudad. Poco después acometían los escalones que ascendían a la muralla oriental. Algunos numantinos madrugadores se encontraban ya asomados a los parapetos, señalando algo que se encontraba fuera de los muros.

—¿Se puede saber qué ocurr…? —inquirió de nuevo Avaro, dejando su pregunta en el aire en cuanto él mismo vio qué sucedía.

—Hemos oído ruidos como de palas y picos durante la noche que llegaban del campo, de todas partes, y hemos venido a verlo —bufó el joven Retógenes, también asomado sobre el lienzo mientras sus amigos cabeceaban en conformidad—. Al principio no distinguíamos nada, pero en cuanto ha empezado a despuntar el alba los hemos visto a todos. Llevan haciéndolo al menos desde la madrugada —informó tan sorprendido como los demás.

Avaro, que había escuchado a Retógenes con la vista en el frente, ensombreció su rostro como un oscuro día de plomiza lluvia. Después, sin decir nada, pero sin dejar de detenerse cada pocos pasos para apoyar sus manos en los parapetos y escrutar en la lejanía, fue recorriendo con rápidos impulsos todo el camino de ronda, hacia el sur, inquieto y desasosegado, como si quisiera quitarse una tenaza sobre su cuerpo, una que cada vez le agobiaba más.

Y en todos los sitios veía lo mismo, ya fuese en los llanos, en la orilla opuesta del Merdancho o serpenteando en veredas y colinas. También en poniente, más allá del Durius, e incluso en la laguna cenagosa del norte y del

río Tera.

Mirara donde mirara, en norte, sur, este y oeste, alrededor de toda Numantia, como un inmenso y perfectamente ordenado ejército de hormigas, los romanos cavaban una profunda zanja en la tierra, elevando sobre la misma una empinada empalizada en cuya cima clavaban una tras otra miles de gruesas estacas de madera entrelazadas entre sí con ramas menores. Y no había hueco o lugar que no estuviese delineado por la singular fortaleza de púas.

Y Avaro, sobrepasado, se echó las manos a la cabeza. A lo largo de la última semana, Emiliano había construido un nuevo campamento al sur de Numantia y exhibido en derredor de la ciudad a sus sesenta mil hombres, haciéndolos desfilar de un lado a otro en perfecta formación, para decir que allí estaba y que lo hacía con una fuerza imponente. Pero lo que ahora veían sus ojos excedía con mucho de lo que jamás hubiera podido imaginar.

En los últimos días habían despreciado al romano, que se paseaba como una paloma con el pecho abombado, pero sin atreverse a atacar ni a ser atacado. Cobarde, oveja, gallina o cabra tuerta eran algunos de los más suaves epítetos que le habían dedicado, pero, confiados y relajados como idiotas, no habían sido capaces de ver de qué era capaz. Porque Emiliano acababa de colgarles al cuello, en apenas unas horas y aprovechando la noche, un inmenso dogal de cuarenta estadios de perímetro.[44]

—Ahora lo entiendo todo —susurró Avaro.

—Tal vez quiera hacer un canal, como ya lo intentó Pompeyo —dijo Megaravico con gesto dubitativo.

—No, no es eso…, son muchos legionarios —balbució Avaro.

—Conseguimos rechazar a Pompeyo —continuó Megaravico.

—Este romano es distinto, os lo dije —masculló Avaro cada vez más convencido—. Es diferente…

—¿Y qué pretende? —porfió Megaravico.

Avaro se puso pálido.

—Nos quiere matar de hambre —dijo con la voz apagada, atónito y asustado—. Nos quiere matar de hambre —reiteró con mayor intensidad—. ¡Nos quiere matar de hambre! ¿Es que no lo ves? ¡Nos quiere matar de hambre! —pasó al grito.

Megaravico dio un paso atrás, mirando sucesivamente a Avaro y a la línea fortificada. Y lo comprendió también.

—Tenemos que salir —dijo de pronto, en repentino estado catatónico—. Tenemos que romper esas empalizadas…

—Hazlo —barbotó Avaro—. ¡Hazlo! —pasó al más desesperado aullido al ver que Megaravico no reaccionaba—. ¡Por Lug, rompamos ese cerco! ¡Porque después no se detendrá! ¿No has visto las montañas de piedras que

tiene preparadas por todas partes? ¡Está preparando algo peor! ¡Hazlo! —rugió nuevamente, provocando al fin que su compañero saliera de la parálisis.

—¡Retógenes, te vienes conmigo! —le gritó Megaravico al joven—. ¡Tú y dos mil más! ¡Ya! ¡Que suene el cuerno! ¡Ya!

—Que sean tres mil —farfulló Avaro.

La numerosa tropa numantina, prácticamente dos tercios de sus efectivos totales, salió de Numantia poco después, por dos de sus puertas, uniéndose a los pies de la llanura de oriente.

El ataque en masa por oeste, sur o norte era imposible por la presencia natural de los tres ríos que confluían en la ciudad y por la elevación al norte del campamento romano que había sido renombrado como «Escipión». Por ello, la única vía de combate plausible y eficaz volvía a situarse en los llanos orientales, y, en particular, en una nava entre dos colinas que ofrecía las mayores posibilidades.

Dejando atrás el campo horadado con piedras hincadas y fosos que había triturado a los anteriores ejércitos de Roma, los numantinos, seiscientos de ellos a caballo, cargaron con desmedido salvajismo contra la línea de zanjas, empalizadas y estacas de la hondonada, todavía inacabada. El griterío de los celtíberos en trance era ensordecedor, acompañado de los relinchos de los corceles, golpes de espadas contra escudos y los guturales aullidos de los cuernos de guerra. Con ojos fuera de sus órbitas, bocas ensalivadas y colmillos al aire, hacían retumbar el pasto que arrasaban a su paso.

Emiliano, que era consciente de la debilidad de aquel lugar en el que en poco tiempo se levantaría el fuerte Esquilino, no estaba desprevenido, y había situado delante de las zanjas, por líneas, un amplio contingente armado.

A grupas de su caballo en lo alto de una colina, acompañado de Fabio y Lelio, fue narrando y ordenando los movimientos de sus tropas.

—Vélites —indicó en primer lugar.

Una primera andanada de los dardos ligeros de mil vélites romanos hizo detenerse a los numantinos por primera vez. Echando una rodilla al suelo, elevaron sus escudos, la mayor parte circulares, aunque no faltaban los oblongos, y aguantaron la mortífera caía del hierro. Finalizada la lluvia, se pusieron en pie, rieron, rugieron, gritaron, tiraron algunos los escudos inservibles y arrancaron su nueva acometida.

—Vélites —reiteró Emiliano.

Y una nueva cortina de puntas férreas cayó sobre la masa celtíbera, que como un enorme manto escudado se agachó a la vez, cerró huecos y soportó el repiqueteo de los dardos sobre el techado de escudos.

Pero extinguido el ruido, volvieron a ponerse en pie, rieron de modo más grotesco que antes y reiniciaron su estampida hacia adelante, donde les aguarda ya la segunda defensa romana, los auxiliares hispanos, quienes, tras abrir filas para dejar pasar a los vélites, y en un fondo de seis hombres y una línea de seiscientos pasos de lado a lado, juntaron escudo con escudo para afrontar lo que se les venía encima.

—¿Aguantarán? —dudo Fabio.

—No lo creo —respondió un tajante Emiliano.

La carga de los numantinos sobre la línea fue tanto como si un océano entero decidiera chocar y caer con todo su peso, volumen y universal empuje contra una ensenada poco protegida frente a las tempestades.

Los auxiliares cayeron hacia atrás, empujando a los que estaban a su espalda. Los jinetes celtas brincaron sobre cascos y *pila*, aplastando cráneos, tórax y extremidades. Los numantinos más ágiles escalaron los escudos y se lanzaron contra las líneas de atrás a pecho descubierto. Cayeron las enseñas romanas a un suelo seco que comenzaba a enrojecerse. El loco ardor numantino partió la defensa en cuatro puntos, superándola y envolviéndola en la característica masacre vista antes en aquellos lares. Y las espadas celtas, tanto largas como cortas, tajaban y estocaban la carne de auxiliares, que incapaces de hacer frente a la furia convocada en la llanura, giraron en redondo y emprendieron la huida. Era imposible frenar aquella maraña de bestias de la guerra.

Dejando atrás un mar de cadáveres, heridos y mutilados, los encelados numantinos se reorganizaron por secciones y acometieron su tercera tarea, una nueva línea defensiva, pero esta vez de legionarios, los príncipes.

—¿Y estos aguantarán? —reflexionó Fabio.

—Tienen que hacerlo —confió Emiliano.

Los numantinos comenzaban a estar exhaustos, pero después de respirar todo el aire de la Celtiberia, se lanzaron como perros furiosos contra los príncipes, que les recibieron con dos andanadas de *pila*, una cuando estaban a treinta pasos y otra a quince. Pero como ni esto detuvo a los celtíberos, los romanos sufrieron en sus carnes el mismo y arrollador impacto vivido por los auxiliares.

Los muros enfrentados golpearon son suma potencia, culebreando y vibrando en una anchura de quinientos pasos. La caballería numantina trató también de embestir los escudos legionarios, pero sus dueños tenían más entrenamiento y disciplina que los auxiliares. Y chocando broqueles con broqueles, desde ambos bandos impulsaban sus brazos para estocar con las puntas de las espadas, clavando en muslos, bajo vientre, costillas y rostros, que se desfiguran tajados por el hierro, haciendo colgar orejas, mejillas y labios, en una brutalidad desesperada para unos y aprendida con severidad por

otros.

Unos minutos después, pese a colgar todo el peso de su cuerpo en los escudos y clavar sus pies en el suelo, la formación legionaria comenzó a ceder, pero de modo ordenado, sin dar la espalda, separándose de los numantinos poco a poco al tiempo que los que cavaban las empalizadas y colocaban las estacas, que estaban justo detrás, a cincuenta pasos, se iban dando la vuelta y se largaban de allí.

—Estamos llegando a los triarios —masculló Fabio.

Emiliano no dijo nada de inmediato, aunque dejó delatar en su rostro una perceptible preocupación. Nada detenía a aquellos dementes.

—Los númidas y los elefantes —exhaló a continuación.

Superado el escollo de los príncipes, que agotados y diezmados se retiraron por detrás de la empalizada, los numantinos llegaron por fin a los fosos en excavación, saltándolos y pataleándolos al tiempo que desmochaban las estacas de madera y corrían hacia los laterales para abrir la mayor brecha posible. Estaban ya donde querían estar, pero los recursos del invasor eran infinitos, y nada más superar la estacada se toparon con doce elefantes a la carga y el disparo indiscriminado de decenas de honderos y arqueros númidas llegados a Numantia pocos días antes al mando de uno de los príncipes de la casa real, Yugurta, amigo y cliente de Emiliano.

Los proyectiles de honda y las flechas, junto con la intimidante presencia de los paquidermos, dejó confusos a los numantinos, que por primera vez comenzaron a flaquear. Algunos cargaron, alzando gritos desgarradores, pero cayeron como sacos de arena acribillados por glandes y flechas. Y detrás de los númidas iban llegando a todo correr del campamento Escipión numerosos manípulos de triarios. Los romanos no solo eran más numerosos que nunca, sino que, por primera vez, más rápidos y organizados que nunca. Sus caras ya no exhibían el terror de antaño, aquel que les hacía desbandarse con solo mirarlos. Esta Roma era distinta.

—Son demasiados —exhaló Retógenes sin aire en los pulmones.

Megaravico, subido en lo alto de la empalizada, lleno de polvo y sangre, miró a todos lados. Las tubas legionarias y un sistema de izado de banderas rojas que hasta el momento no había advertido, indicaban al resto del ejército romano, distribuido por aquí y por allá, el lugar del ataque. Y cada vez llegaban más y nuevas tropas de refuerzo con una velocidad y coordinación insólita.

—A la ciudad —ordenó entonces entre dientes, con una ira e impotencia incontrolables, no sin antes tratar de destruir entre todos los atacantes y con rabiosa furia lo ejecutado por los romanos en las secciones a las que habían llegado, colmatando fosos, derruyendo empalizadas y arrancando estacas. Hecho esto, y ante la pasividad romana, muchos mearon y cagaron sobre lo

echado abajo y se refugiaron en Numantia.

Entretanto, Emiliano y Fabio continuaban en lo alto de la colina.

—Hemos necesitado hasta cuatro líneas defensivas para pararlos —porfió Fabio con incredulidad.

—¿Por qué crees que vamos a cercarlos? Que continúen los trabajos —se limitó a decir Emiliano con la vista clavada en la pequeña Numantia.

El dogal de la muerte

Numantia, inicios de octubre

A lo largo de ese mismo día, Emiliano y sus ciento veinte mil brazos se llevaron y quemaron a los muertos. Después, armados unos con picos y palas y otros con escudo, *pilum* y espada, completaron y cerraron el cerco de trinchera, empalizada y estacas, rodeando la ciudad por completo.

Acto seguido, protegidos por los tres ríos y por la línea de empalizadas y estacas defendida por treinta mil de sus hombres debidamente distribuidos, los otros treinta mil se afanaron en las obras de construcción de los siete fuertes, labor que completaron en una sola semana bajo el estupor de los numantinos.

Estos, dirigidos nuevamente por Megaravico y Retógenes, trataron de romper las líneas, bien de noche, bien atacando en varios puntos a la vez, bien navegando por el Durius aguas abajo para sorprender a los romanos por la espalda y tratar de provocar un caos que diera lugar a la desbandada, pero nada era suficiente.

—Quebrad, quebrad ese yugo o no habrá un mañana —suplicaba Avaro cada jornada a los cuatro mil guerreros atrapados en la ratonera, pero sin ningún éxito. Izando banderas rojas de día, o encendiendo hogueras de noche, las tropas romanas se plantaban en los lugares atacados en pocos instantes, frustrando cualquier ofensiva al tiempo que, poco a poco, los numantinos iban perdiendo efectivos.

Terminados los campamentos y los siete fuertes, Emiliano convocó a su consejo y lo reunió en torno a una gigantesca mesa de roble. No habló en primer lugar, sino que, con un leve gesto, le dio la palabra al ingeniero Lucio Pomponio, quien extendió un enorme mapa del cerco de Numantia.

—Si los numantinos se pensaban que los campamentos, los siete fuertes y la empalizada de estacas eran suficientes, estaban muy equivocados —dijo con pedantería, orgulloso de los cálculos y estudios topográficos y de todo tipo que había efectuado para hacer realidad el plan de Emiliano—. Vamos a circunvalar la ciudad entera con un muro de piedra con torres de defensa cada treinta pasos que discurrirá por llanos y colinas y conectará todos los campamentos y fuertes. No podrá salir de Numantia ni una rata —expelió venido arriba.

—La muralla se construirá cincuenta pasos por detrás de la actual empalizada —intervino Emiliano, poniendo fin al crecido protagonismo de Pomponio—. Irá precedida de un nuevo foso, la anchura de los lienzos será de ocho pies[45] en su base y alcanzarán una altura de diez pies,[46] sin contar el parapeto superior, hecho de troncos y almenado, con lo que su presencia será aún mayor.

—¿Qué haremos en la laguna cenagosa del norte? Ahí no puede construirse una muralla —dijo Occio.

—Es cierto. Por ello se levantará un terraplén de tierra con la misma altura que la muralla —explicó Emiliano.

—Todo esto supone una circunvalación total en piedra de cuarenta y ocho estadios,[47] que será ejecutada por tramos a cargo de los hombres de cada campamento y de los fuertes —aclaró Fabio.

—¿Tiempo de ejecución? —demandó Occio.

—Diez días —contestó Emiliano sin dar margen a la duda, provocando que Cayo Graco lanzara un espontáneo silbido—. ¿No cree el joven Graco que seamos capaces de hacerlo en ese plazo? —le interpeló Emiliano. Su sino parecía estar siempre a la gresca con los hijos de Cornelia.

—Hágase en nueve días si es necesario —replicó Cayo.

—Con diez será suficiente —repuso Emiliano—. El muro tendrá una torre defensiva cada treinta pasos.

—Eso son doscientas diecisiete torres —sumó Fabio.

—Cada una de ellas con cuatro pisos de altura, dedicado el tercero para catapultas y el último para señales. Buenas torres de treinta pies de altura —se jactó Emiliano.

—Seguirán escapando por el río Durius —advirtió Occio—. Pese al fuerte ribereño y los controles, de noche entran y salen nadando o en pequeños esquifes de remos o a vela. Traen víveres a la ciudad.

Emiliano, que todo lo tenía previsto con el asesoramiento técnico del ingeniero Lucio Pomponio, cabeceó enérgico.

—No podrán hacerlo más —afirmó—. El Durius es ancho y de corriente muy rápida, por lo que no podemos levantar un puente. Pero lo que sí podemos hacer es erigir dos fortines aguas abajo del fuerte Celio, unirlos con cuerdas y colgar de ellas vigas de madera llevando clavadas espadas y dardos. De esta forma, con la corriente, chocarán y girarán todo el rato, impidiendo que nada ni nadie puedan pasar inadvertidos.

El consejo militar enmudeció por completo.

—Será un bloqueo absoluto. Morirán de hambre —dijo Occio.

—*Romanus sedendo vincit*. El romano vence sentado —zanjó Emiliano.

Diez días, ni uno más ni uno menos, fue lo que necesitó nuevamente Emiliano y su colosal tropa para poner en pie un anillo pétreo de nueva manufactura con doscientas diecisiete torres y cuarenta y ocho estadios de perímetro.

Cientos de carretas tiradas por millares de mulas transportaron incansablemente la piedra, roca, grava y tierra acopiada en decenas de millas a

la redonda. Los ingenieros se agitaron como hormigas nerviosas, yendo de aquí para allá de modo frenético para coordinar la mano de obra de treinta mil hombres que hacían de canteros y albañiles, delimitar sobre el terreno el trazado de la muralla por llanos, colinas y roquedos, y dirigir los arcos de medio punto que salvaban regatos, riachuelos y ríos. Se vigiló y calculó la anchura de los lienzos, con un grosor de hasta dos pasos largos, y la altura, de hasta cuatro hombres en total sumando el parapeto superior de madera. Se talaron los bosques cercanos para muros, andamiajes y torres. Se emplearon miles de clavos e infinitas cuerdas en su longitud. Se aplanó y habilitó un vasto e interminable paseo de ronda. A la muralla, en su cara interior, se adosaron chozas, cuarteles y barracones para las tropas de guarnición. Y en la parte exterior de los lienzos se cavaron nuevas zanjas y fosos bien aderezados con renovadas y puntiagudas estacas. Esto mientras Emiliano lo supervisaba todo a lomos de su caballo, recorriendo cada palmo de terreno al tiempo que no descuidaba la intimidante línea formada por sus otros treinta mil hombres, distribuidos a modo de escudo defensivo y disuasorio para evitar que los trabajos se interrumpieran, ya fuese de día como de noche.

Hecho todo esto, un día más fue suficiente para dotar a cada torre de piezas de artillería con una capacidad de propulsar dardos y bolas de piedra a doscientos pasos.

Del mismo modo, a lo largo del longitudinal e ininterrumpido paseo de ronda, distribuyó miles de jabalinas, dardos y piedras pequeñas, y dispuso en todos los puestos fortificados honderos y arqueros.

Asimismo, exigió que mensajeros situados de forma espaciada a lo largo de toda la fortificación fueran y vinieran, de noche o de día, pasándose noticias unos a otros, y contaba el tiempo que tardaban en presentarse desde diferentes lugares, diferenciando a aquellos que eran más rápidos de los que eran más resistentes, a los que apostaba en un puesto diverso según sus condiciones.

Respecto a las torres, ordenó nuevamente que se izara una bandera roja o se prendiera una hoguera de noche en la primera que sufriera el ataque, y que las demás hicieran lo mismo al verlo para que él conociera la perturbación lo más rápido posible a partir de la señal, y con mayor precisión gracias al enjambre de mensajeros.

—Intentadlo otra vez, por Lug, ¡intentadlo otra vez! ¡Romped el cerco! —rogaba Avaro cada vez más envejecido y con una cojera que le impedía pelear.

Y a fe que lo intentaban, atacando de todas las maneras imaginables, ya fuese haciendo descender botes en llamas por el Durius para romper el bloqueo del río, o atacando simultáneamente, por ejemplo, el fuerte Celio y el diametralmente opuesto, el Esquilino, para despistar a los romanos y que

desguarnecieran otros puntos de la fortificación, entre otras tácticas posibles tanto diurnas como nocturnas.

Pero el ejército romano era tan gigantesco que todos los hombres juntos unidos de la mano podían circunvalar seis veces Numantia.

—Que treinta mil se distribuyan en los campamentos y en los siete fuertes y que acudan a donde haga falta en caso de necesidad como fuerza de reserva principal —ordenó Emiliano al cerrar el bloqueo.

»Que otros veinte mil constituyan la guarnición de la muralla. Que estos duerman y se cobijen en las chozas cercanas al lienzo o adosadas al mismo. Y que el resto, diez mil, situados más atrás por secciones, quede como reserva secundaria, siempre en guardia y alerta para acudir con rapidez allí donde sea necesario.

»Se asignará a cada unidad su sitio, y nadie podrá cambiar de puesto si no se le ordena. En caso de ataque, deberán lanzarse a la posición fijada cuando se alce una bandera o se encienda un fuego en las torres. Ni uno de ellos debe poner un solo pie fuera del anillo o estaremos en peligro. ¿Está claro? —interpeló autoritario, barriendo con su mirada a todos sus tribunos y legados.

Los oficiales lo tenían claro, aunque a algunos les pareciese desproporcionada tanta cautela y semejante demostración de fuerza, pero quienes en verdad lo tenían claro y lo sufrían eran los numantinos, que veían desquiciados cómo cada ataque daba lugar al izado de banderas o encendidos de hogueras, uno detrás del otro, en perfecta sincronía, de una forma tan bella como eficaz, pues en muy poco tiempo se arremolinaban en bloque miles de legionarios en los lugares en peligro, resonando por doquier las tubas legionarias y comenzando acto seguido una mortífera lluvia de dardos, flechas, jabalinas y glandes de honda que rompían y atravesaban cráneos, costillas y huesos de brazos y piernas.

Y así, cada día era una pequeña masacre de guerreros numantinos, con más de quinientos muertos, hasta que, a mediados de noviembre, la temperatura, ya fría a las noches, se desplomó, formándose una enorme ventisca que dejó un manto de nieve que llegaba hasta el muslo.

—¡Se irán, no lo soportarán, no podrán pasar el invierno! —aullaba tan colérico como desesperado un pueril Retógenes, asomado a la muralla mientras el viento del norte helaba su rostro.

—No seas idiota —replicó Megaravico.

—¡Nunca lo han soportado! —repuso Retógenes, ofendido.

—¿Qué ves que te haga pensar que se irán? ¡Dime! ¿Qué ves? —pasó al más impotente gemido el propio Megaravico—. ¡Beberán de nuestra agua! ¡Se calentarán con nuestros bosques! ¡Dormirán a cubierto! ¡Y comerán nuestros animales! ¡No se irán!

—Callaos los dos —farfulló Avaro, bien enfundado en un sago sobre el que había colocado una piel de oso—. No, no lo harán. No se irán —masculló resignado, con los ojos hundidos y posados en la naturaleza exterior, o en lo que quedaba de ella, recordando cómo hacía pocos meses el trigo verde era mecido por el viento de la primavera, los ríos descendían caudalosos y llenos de vida, los bosques que rodeaban Numantia bullían con la vida de lobos, jabalíes o linces, y ellos, orgullosos e invencibles, bebían cerveza y cantaban sus hazañas en el calor de sus hogares.

Ahora, en cambio, todo era destrucción. Los bosques habían desaparecido; los campos de trigo parecían arrasados por una piara de gigantescos jabalíes; en los ríos ya no había peces; el mundo lucía apagado y tenebroso; el cerco y los fuertes romanos se alzaban como las puertas del inframundo; y acercarse a los cauces era tanto como jugarse la vida, porque desde las torres o los fuertes las catapultas eran extremadamente precisas en el lanzamiento de dardos de la longitud de un hombre y el grosor de la muñeca de un brazo.

No pocos que buscaban agua o pescar algo con lo que alimentar a su familia habían vuelto con un brazo arrancado. Y estos eran los afortunados, porque a otros una bola de piedra les había desgajado la cabeza de cuajo, o su tronco había sido abierto de par en par por el seco impacto de un dardo disparado por las pequeñas máquinas de torsión de la artillería romana. Desde entonces solo bajaban a los ríos de noche.

Una ráfaga de aire glacial rescató a Avaro de su depresivo ensimismamiento. Respiró por la nariz, apoyó las manos llenas de durezas y sabañones en el parapeto, se giró después un instante para ver las casas de Numantia y volvió a mirar al frente.

—¿Los almacenes y despensas de las casas están llenas? —preguntó con temor de oír lo contrario.

—Podremos aguantar seis meses, siete a lo sumo, hasta bien entrada la primavera —contestó Megaravico.

—No será suficiente —negó Avaro.

—Tendrá que serlo —repuso Megaravico.

—¿Y leña? —continuó Avaro.

—Hay suficiente. Y si no aprovecharemos las vigas de las casas.

—Yo saldré a por ayuda. Las ciudades con las que tenemos sagrados juramentos y parentesco nos ayudarán. Formarán una gran coalición como las de antaño y atacarán al romano desde el exterior —declaró impulsivo el joven Retógenes.

Avaro lo miró con compasión, como quien contempla al fiero lobo atrapado en una jaula que conserva en la mirada su rebeldía al tiempo que enseñorea sus colmillos, porque eso eran ahora los numantinos, lobos salvajes

atrapados que jamás perderían su instinto.

—Lo harás, joven Retógenes, lo harás. Después del invierno.

Y Retógenes sonrió como si nada temiera en la vida.

Emiliano se asomó al parapeto de su campamento, el Escipión, para comprobar que los legionarios estaban despejando los fosos de la nieve caída, pues todo debía estar siempre inflexiblemente preparado para el combate. Y cuando vio que las cosas estaban como él quería, miró al frente y escrutó Numantia, cuya cima se alzaba a menos de una milla romana, a una cota parecida.

—Y bien, Occio, ¿qué te parece? —le preguntó al tranquilo fortachón, al que le había cogido estima como antaño lo hiciera Metelo Macedónico.

—¿Puedo hablar con mis palabras? —repreguntó Occio.

Emiliano arqueó una ceja. Aquel hombre de sempiterna ramita en la boca era capaz de expulsar la mayor de las barbaridades.

—Habla, Occio, por supuesto, habla —condescendió al fin.

—Pienso que el cónsul es un hijo de perra.

Emiliano, con los ojos abiertos como platos, no supo si reír o tomárselo como un insulto. Optó por lo primero.

—Me refería a qué te parecía el bloqueo, no mi persona —rio.

—¿Es que ambas cosas no son lo mismo? El cónsul es un hijo de perra porque lo que aquí ha hecho no lo volveré a ver jamás. Solo un buen hijo de perra puede hacerlo —se explicó Occio.

—¡Entonces debo tomármelo como un cumplido!

—Es lo que he dicho —masculló Occio.

Emiliano sonrió de oreja a oreja. Aquel hombre, apodado Aquiles desde las campañas lusitanas, era el tipo de individuo que debía cultivarse en el ejército.

—¿Sabes cuál es uno de mis libros preferidos? —le preguntó.

—No tengo ni idea —respondió Occio a su manera.

—*Ciropedia*, de Jenofonte.

—La educación de Ciro —tradujo Occio, mostrando sus habilidades en lengua griega. Emiliano asintió complacido.

—Jenofonte narra la vida del rey persa Ciro, un hombre que superó las dificultades y que se hizo respetar y amar en su vasto imperio.

—Conozco a Ciro, el más grande de los reyes persas.

—Y el rey que elogiaba el bloqueo por hambre.

—En este caso, si Ciro estuviera aquí, sería un hombre feliz.

—Sería un hijo de perra —bromeó Emiliano.

—Con un hijo de perra es suficiente —espetó Occio.

Emiliano sonrió de nuevo. Disfrutaba hablando con hombres sencillos y brutos como aquel, pero rebosantes de valentía y honradez.

—Pero no te equivoques, Occio —le dijo—, los verdaderos hijos de perra son ellos. Han resistido veinte años. Son dignos de admiración.

—Son valientes, pero están condenados.

—No, amigo Occio, no lo están todavía, no los des por muertos —negó Emiliano antes de girar en redondo y protegerse en el pretorio. El frío era insoportable y había comenzado a nevar con fuerza. Les aguardaba a todos un invierno devastador en aquellas desoladas tierras.

Mírame a los ojos

Roma, comienzos de diciembre

De Hispania Citerior llegaban noticias de que Emiliano había optado por lo práctico, que no era otra cosa que, en lugar de luchar con fieras salvajes, vencer a los numantinos con una enorme circunvalación que los rindiera por inanición. Y esta misma era precisamente la intención de Tiberio: ser práctico y evitar una pelea que pudiera desbaratar antes de tiempo su propuesta de ley agraria, preparada fervientemente durante meses con el asesoramiento del prestigioso jurista Mucio Escévola y el apoyo ideológico y moral de Apio Claudio, Licinio Craso, Blosio de Cumas y Fulvio Flaco.

Porque más allá de estos personajes y de su madre Cornelia, que había dado el visto bueno al texto con su particular distinción, nadie más conocía sus intenciones, ni el Senado, a quien nada se le iba a consultar previamente, ni el resto de los tribunos de la plebe. Y es que Tiberio recordaba a menudo que Emiliano afirmaba que no era propio de un buen cónsul entrar en batalla salvo en caso de extrema necesidad, y él, bien aprendido, iba a hacer exactamente lo mismo.

—Guárdalo en secreto antes de que la inmensa mediocridad y putrefacción del Senado cercene la propuesta —le había aconsejado su madre, resentida, no solo por el trato que su padre, el gran Escipión Africano, había recibido del Senado en los últimos años de su vida, sino por la reciente humillación sufrida por su propio hijo con ocasión del tratado de Mancino con los numantinos—. Son tan miserables y envidiosos que cortan la cabeza de aquellos de los suyos que destacan por encima de los demás —se había despachado sin tapujos.

Pese a todo ello, Tiberio sentía la necesidad de hacer una única excepción en su confidencialidad, y esta excepción tenía un nombre propio, Marco Octavio, su mejor amigo y que, como él, tomaría en breve posesión del cargo como tribuno de la plebe. Además, desvelar la propuesta era una buena manera de testar qué reacciones suscitaría, porque Octavio era propietario de numerosas tierras.

Tiberio lo invitó a cenar una noche a comienzos de diciembre. Ambos se dieron un abrazo, se recostaron en el triclinio, bebieron un buen vino, comieron excelentes manjares y rieron con ganas recordando anécdotas pasadas, tanto personales como del contubernio de los pedos. No obstante, Tiberio no demoró aquello que quería decir, y aprovechó el intervalo entre dos platos para contarle a Octavio su voluntad de presentar la propuesta de ley agraria.

Y Octavio, después de sentir espasmos con solo escucharlo, con el vello

erizado por la impresión y el corazón pugnando por reventarle el pecho, titubeó al fin unas pocas palabras.

—Te has vuelto loco.

—Estoy decidido, Marco —repuso un rotundo Tiberio.

—Recuerda cómo acabó Lelio al intentarlo —farfulló Octavio sin poder quitarse el miedo de encima.

—Aquel no era todavía el momento —se defendió Tiberio.

—Yo mismo y mi familia tenemos tierras y explotaciones en las que hemos invertido millones de sestercios —replicó Octavio, sintiendo que el calor volvía a sus mejillas.

—Es necesario hacerlo, Marco.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Cuento con el apoyo de Claudio, Escévola, Craso y Flaco.

—¿Y crees que es suficiente? Nasica el Joven se te echará encima y me llevará a mí por delante. ¡Moriré aplastado por todos los Escipiones y su facción! —tronó repentinamente Octavio, en estado de pánico.

—¿No te parece suficiente el apoyo de Claudio, que es el *princeps Senatus*, de Escévola, que va a ser cónsul de Roma, de Craso, que es el hombre más rico de esta ciudad, y de Flaco, que arrastra a la *gens* Fulvia? ¿No te parece suficiente? —inquirió un agitado Tiberio, incorporándose súbitamente del triclinio.

—¡No, no es suficiente! —negó Octavio, erguido como un palo.

—¡El pueblo se entusiasmará! —protestó Tiberio.

—¡Eres un Graco! ¡Eres un noble! —le recordó Octavio.

Tiberio se contuvo.

—Marco, escúchame —suplicó ahora en un susurro—. Sabes que regresé de Hispania tras haber salvado la vida de veinte mil hombres.

—Bien que lo sé…

—¿Y recuerdas qué dijo el Senado? ¿Lo recuerdas? Que el pacto era ignominioso y ofensivo para la República. ¡Ofensivo e ignominioso! —chilló Tiberio lleno de rabia—. ¡Al Senado no le importó en absoluto la vida de sus propios ciudadanos! ¡Solo querían guerra y más guerra para su propia gloria! ¿Lo entiendes?

—Tiberio…

—Y mejor si morían todos los legionarios, pues en este caso se habrían quedado con sus tierras para poblar Italia de esclavos y de sus pingües granjas. ¿Es que no lo ves, Marco? ¿No ves en qué manos estamos? ¡Dejaron a Mancino desnudo ante los numantinos! ¿No ves cómo la arbitrariedad y la injusticia toman asiento en el Senado? Ellos no harán nada por solucionarlo. Debemos repartir la riqueza. Debemos dar tierras antes de sucumbir a la avaricia de unos pocos. O devolvemos a los ciudadanos lo que es de ellos o no

tendremos legionarios, ni gloria, ni prosperidad, ni justicia —declamó como en una súplica recitada.

—Tiberio…

—Y ahora, Marco, mírame a los ojos —le interrumpió Tiberio con poderosa decisión—, y dime que no tengo razón. Dime que, pese a todo, no apoyarás mi propuesta. Pero dímelo mirándome a los ojos.

—¡Por Hércules, Tiberio! ¡Deja a un lado tu obstinación y tu elocuencia! —se quejó Octavio, intentando sacudirse la presión.

—Marco —se limitó a decir Tiberio sin retirar su mirada.

—¡Te has vuelto loco! ¡Es peligroso! ¡No te reconozco!

—Marco…

—¡Oh, por todos los dioses! ¡Apoyaré la propuesta! —cedió Octavio, poniendo los ojos en blanco.

El tribuno de todos

Roma, 10 y 11 de diciembre

Tiberio tomó posesión del cargo de tribuno de la plebe el 10 de diciembre. Hecho esto, esa misma mañana, enfundado ya en su cargo, convocó para el día siguiente una *contio* en la que pensaba exponer al pueblo por primera vez su propuesta agraria y dar lectura pública del texto del plebiscito en el acto formal conocido como *promulgatio*.

Sin embargo, aunque estaba plenamente convencido de lo que hacía, la reacción de Octavio había abierto una pequeña brecha de última hora en su determinación. O tal vez fuera el comprensible respeto que le infundía aquello que iba hacer, sumergiéndole en una desagradable sensación de inseguridad.

Durante las primeras horas de la tarde estuvo a punto de compartir su vacilación con su Claudilla, pero no lo hizo. No era la persona adecuada. También estuvo tentado de hablarlo con Blosio de Cumas, o incluso con Claudio, pero tampoco era buena idea. Ambos eran demasiado apasionados.

No fue hasta bien entrada la noche cuando comprendió que existía la persona idónea para expresar sus dudas.

—¿A dónde vas? —le pregunto Claudilla, no como reproche, sino alertada en realidad por la mirada perdida de su esposo.

—A casa de mi madre —respondió él.

Al poco, Cornelia no necesitó mayores explicaciones cuando vio entrar a su hijo por la puerta de la casa. Sonriéndole, ambos se refugiaron en la biblioteca, bajo las adustas miradas de los bustos de Escipiones y Gracos.

Tiberio, con vista en el suelo, no dijo nada al principio, pero lo dijo todo, dudando ya abiertamente de su propuesta, y no porque no fuese justa, que lo era, sino por lo que pensaran de él. El propio Octavio le había dicho que no le reconocía, o que era un noble, como queriéndole decir que se adentraba en el camino de lo subversivo o de la traición a los suyos, a los de su estirpe.

Con la indecisión dibujada en el rostro, levantó finalmente la mirada, encontrando la de su madre, poderosa, segura y distinguida.

—Mañana voy a proponer lo que tantas veces he escuchado de tu boca y de muchos de los nuestros —acertó a decir Tiberio, buscando en el último momento el aliento de la familia Escipión y de quien más se parecía al Africano, su propia madre.

Ella contempló a su hijo con grandioso orgullo.

—Hace un tiempo —dijo— que Blosio de Cumas me preguntó que qué quería que fuesen mis hijos, si unos nobles enriquecidos que se aferran a los poderes de su clase, o unos hombres con altura de miras. También me dijo que solo los grandes hombres emprenden acciones recordadas.

—Madre —balbució Tiberio. Pero ella no había terminado.

—Y ahora, hijo, puedo responder a la pregunta de Blosio, porque veo en ti lo que siempre he querido, a un hombre que lucha por lo que es justo y por el bien de Roma. Mi padre se rindió ante la mediocridad del Senado y terminó sus días solo, conviviendo con su frustración. No quisiera verlo también en mi hijo. Tuya es la decisión acerca del camino que vas a emprender, pero si lo haces, hijo, si lo emprendes, ten por seguro que a partir de mañana dejaré de ser la hija de Escipión Africano para ser recordada como la madre de los Graco. Ve al foro, hijo, y sé el tribuno de todos.

Tiberio no necesitó oír más. En verdad que aquella menuda pero inmensa mujer parecía reunir la esencia y valor de los Escipiones de todos los tiempos. Se levantó, la besó en la mejilla y regresó a su *domus* para iniciar la senda de su propia gloria.

Al día siguiente

Tiberio, a través de los clientes propios y los de Claudio, Craso y Fulvio Flaco, había hecho llegar el rumor de que pensaba presentar una propuesta importante, pero sin desvelar cuál.

Aquello era superior a las fuerzas de un romano, curioso por naturaleza, por lo que ya al amanecer una masa de ciudadanos con cuellos estirados se arremolinaba en torno a la tribuna de los oradores, aguardando la llegada del joven Graco, a quien todos respetaban enormemente y tenían en gran estima.

El espacio abierto conocido como *senaculum*, frente al templo de la Concordia, estaba también lleno. La reciente *lex Gabinia tabellaria* había dispuesto que cuando el pueblo se reuniera en asamblea por tribus para tratar un asunto penal o legislativo debía ser convocado en el foro, y el *senaculum*, elevado sobre la explanada, era el lugar ideal desde el que los senadores observaban inquisitivamente y en natural superioridad absolutamente todo. Era cierto que en aquella ocasión no se trataba de una asamblea que hubiera de votar, sino simplemente deliberativa, una *contio*, pero era indiferente. El foro, y no el anejo *comitium*, era ya el centro político por excelencia de Roma.

—No falta ni un solo senador —le advirtió Flaco que, junto con Claudio, Escévola y Craso, había ido a buscarlo a su *domus* para acompañarlo hasta la asamblea.

—Vayamos al foro —afirmó Tiberio con emoción y el rostro iluminado, sintiendo ya, ahora sí, la fuerza de Roma entera.

Poco después, dejando atrás el enorme séquito que le había escoltado hasta el foro, Tiberio ascendió los escalones de la tribuna. Una vez en lo alto,

se ajustó la toga, adaptó su rostro a la solemnidad que la ocasión requería, escrutó después a la multitud que le contemplaba expectante, muda en sus palabras, pero ansiosa en sus miradas.

Antes de hablar aún tuvo tiempo de rotar su cuello a la derecha, hacia el *senaculum*, y saludar con un gesto de cabeza al Senado.

Hecho todo esto, volviéndose hacia la muchedumbre, inició su intervención. Ya no había vuelta atrás.

—Quirites —declamó—, cuando marché a Hispania para luchar contra los numantinos atravesé los campos de Etruria, y grande fue mi decepción al ver que tan ricas tierras estaban llenas de esclavos. No vi ni a un solo hombre libre arando los campos para alimentar a su familia y para tener una propiedad que defender y proteger, ¡ni a uno!, pero sí siervos inútiles para la milicia. ¿Es que ya hemos olvidado que hordas de ellos están saqueando Sicilia? ¡Qué volátil es nuestra memoria! —clamó, guardando una breve pausa al tiempo que los congregados ni pestañeaban.

»Después, ya en Hispania, tuve el honor de compartir charlas alrededor de una hoguera con buenos hombres como vosotros, hombres valerosos y orgullosos de sentirse romanos, hombres apegados al suelo en el que habían nacido pero que, afligidos, me decían tan avergonzados como humildes que ya no tenían nada por qué luchar al haberse visto obligados a vender o a abandonar sus tierras. Y grande fue también mi decepción porque, quirites, conocí que los hombres que luchaban por nosotros lo hacían sin esperanza, separados de la tierra que cobijó a sus antepasados. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo es posible que permitamos que nuestros propios ciudadanos luchen para perder lo que es suyo? ¿Dónde se ha visto cosa igual? ¡Porque hasta las fieras que discurren por los campos itálicos tienen cada una sus guaridas y cuevas! —arreció en un repentino y creciente estado de arrebato.

»¡Sin embargo, los que pelean y luchan por Roma solo participan de la luz y del aire, y de ninguna otra cosa más, porque, sin techo, sin casas y sin tierras, andan errantes con sus hijos y sus esposas! ¡Y faltan a la verdad quienes en las batallas les exhortan a combatir contra el enemigo por campos, aras y sepulcros, porque hay un gran número de romanos que no tiene ara, ni campos, ni tumbas…, ni patria!

A medida que Tiberio iba elevando la voz, la masa apiñada comenzaba a agitarse y a convulsionarse bajo un ronco murmullo. Y el tribuno, cada vez más crecido, no aflojaba, más bien al contrario.

—¡En realidad, vosotros lucháis y morís por la riqueza ajenas y cuando os dicen que sois dueños del orbe, ni siquiera tenéis un terrón propio! ¡No tenéis nada más que ruina! ¡Y yo hoy vengo a recordar ante los dioses que las antiguas leyes prohíben que ningún romano posea más de quinientas yugadas de *ager publicus*! ¡Y hoy vengo a proponeros que se cumplan las leyes de

nuestros mayores! ¡A proponeros que quien posea más tierras públicas de las permitidas las devuelva al común para ser redistribuido por lotes de treinta yugadas entre los que nada tienen! ¡Y estos lotes no podrán ser vendidos para que no caigan de nuevo en manos de los que más tienen! ¡Porque hoy quiero recuperar la fuerza del tribunado! ¡Porque hoy quiero ser vuestro tribuno de la plebe! ¡Porque hoy me comprometo a aprobar una nueva ley agraria que os devuelva el valor como campesinos! ¡Porque hoy presento ante vosotros la *rogatio Sempronia agraria*! ¡Escriba, lee la propuesta de ley! —le requirió de pronto a uno de sus asistentes para que se formalizara la *promulgatio*, hecho lo cual, el texto de la ley quedaría colgado en carteles para ser votada en un concilio plebeyo en un plazo de tres semanas, tal como establecían las leyes de Roma.

El escriba se dispuso a leer la propuesta de la ley, la *rogatio*, pero fue imposible. La muchedumbre, convertida ahora en una vibrante turba, no necesitaba oír más, porque, por fin, un hombre de alcurnia inconmensurable pensaba en ellos por encima de todas las cosas.

Y echándose hacia adelante en bloque y rodeando la tribuna hasta exprimirla, la masa emitió un rugido que parecía ascender de las entrañas de la tierra, sordo y profundo al principio, ensordecedor y desatado después, coreando a pleno pulmón:

—¡Graco, Graco, Graco! —explosionaron los ciudadanos.

—¡Graco, Graco, Graco! —persistió el griterío mientras las caras de la mayoría de los senadores, terratenientes todos ellos, paralizados como estatuas de granito, atónitos por lo que acababan de oír, mostraban la peor de sus versiones como si les acabasen de meter un clavo incandescente por la nariz, y especialmente uno de ellos, Nasica el Joven, el que más tierras del común poseía por encima de la antigua prohibición legal, que con tez blanquecina, caninos al aire, afilados ojos azules y cabellos como bañados por el oro, solo ansiaba atravesar el foro, devorar a quien se interpusiera en su camino y clavar sus dientes en la garganta de Tiberio.

El tribuno temeroso

Roma, comienzos de enero de 133 a.C.

Según lo esperado, la *rogatio* agraria de Tiberio vino a ser tanto como si el volcán Etna, cual olla hirviendo, hubiera lanzado violentamente por los aires millones de toneladas de roca y lava.

La masa urbana de Roma, aquella que había emigrado empobrecida a la ciudad durante décadas —para ser apedreada por niños revoltosos como Cayo Graco—, salió propulsada de todas partes y tomó las calles en defensa enfervorizada del reparto de tierras. Y de los campos, de las colonias y de los municipios llegaron cientos de desposeídos de la plebe rústica con igual pretensión, colgándose a lo largo y ancho de la ciudad cientos de carteles que enardecían al joven Graco, convertido de la noche a la mañana en un nuevo héroe popular. Tal era el entusiasmo de una propuesta que todo el mundo deseaba pero que nadie se había atrevido a abordar públicamente, bastando una simple arenga, una sola, para que los aires de justicia se desparramaran como el río embravecido que es expulsado de su cauce.

Por su parte, los senadores y caballeros latifundistas, como era natural, regurgitaron como si se les estuviera desollando vivos. Nasica, su principal adalid, tomó las riendas en el Senado, despotricando día sí y día también contra Tiberio, al que no soportaba, contra Claudio, al que tampoco soportaba, y contra la propuesta en sí, que consideraba un escandaloso expolio de sus inversiones y de sus derechos.

Pero en el Senado Apio Claudio también hacía su trabajo.

—¡Por Hércules, deja de chillar como un cerdo al que desangran, Nasica Serapión! ¡Sé por una vez en tu vida un poco generoso y restituye las tierras! ¡Tienes tantas que te salen por las orejas! —salió al paso con toda ironía en una de las sesiones senatoriales, convertido junto con Escévola, Craso y Flaco en los prestigiosos valladares que arropaban senatorialmente a Tiberio.

Este, por su parte, arrollador y apasionado, empujado por su determinación y personalizando el proyecto como si él mismo fuera la propuesta de ley, aprovechó el lapso de tiempo que separaba la promulgación de la ley y su votación —unas tres semanas— para convocar continuas *contiones* en firme defensa de un proyecto que era de lo mejor que le podía suceder a la República.

En aquellas multitudinarias y agitadas asambleas, los adláteres de los senadores terratenientes se hartaban de ladrar y de enseñar los dientes, pero no mordían; no podían hacerlo a la vista del apabullante apoyo popular y cuando grandes figuras como Claudio protegían el fortín, porque esta era, hasta el momento, la gran diferencia de esta reforma agraria, su promoción por un

personaje de la ascendencia de Tiberio y con el bastón de otras inmensas personalidades senatoriales. De ahí que, aun cuando el ambiente en Roma ardiera, no quemaba. Y de ahí que todo fuera, en suma, sobre ruedas, con una oposición no dan dura como la esperada inicialmente.

No lo veía así, en cambio, uno de los diez tribunos de la plebe, el único junto con Tiberio que tenía verdadera clase y cuya familia pertenecía a la *nobilitas* —los otros ocho no tenían linaje alguno—, porque el aludido, Octavio, solo quería que se lo tragara la tierra y desaparecer de la vista de todos.

Estaba muerto de miedo. Poco convencido de la propuesta de su amigo Tiberio, zarandeado por unos y otros como un barquito en mitad de una furiosa tempestad, en una creciente polarización entre ricos y desposeídos, evitaba todo lo que podía sus presencias públicas. Tiberio le instaba a que le apoyase abiertamente, pero muchos senadores latifundistas lo cogían aparte y le incitaban a que se apartase inmediatamente del proyecto. Tanta agitación y presiones en verdad que no las llevaba nada bien por lo que, agobiado, terminó por agazaparse en su casa palatina cual ratoncillo que huye de los halcones.

La estrategia le funcionó unos días. Sin embargo, para su lamento, no pudo evitar por más tiempo sus responsabilidades y lo que tanto temía. Su alcurnia y posición eran demasiado irresistibles para los grandes senadores ricachones y terratenientes, que lo veían como uno de los suyos, aquel que les salvaría de la repentina enajenación de Tiberio.

—Señor, los senadores Nasica y Pompeyo desean verle. Están en el atrio —le informó uno de su esclavos una fría tarde pocos días antes de la celebración del concilio plebeyo en el que iba a votarse la ley.

Octavio, que leía apaciblemente, pegó un brinco.

—Diles que no estoy —negó como un niño.

—Saben que el señor está en casa —replicó el esclavo.

Octavio se mordió el labio inferior. No tenía escapatoria. Las dos hienas del Senado, Nasica y Pompeyo, estaban ya en su atrio y no se irían de allí si haber hecho presa. No podía esconderse más.

Poco rato después, salía a recibirles como si nada pasara, pero con temblor de piernas y manos.

—¡Qué sorpresa! —mintió sin saber qué decir.

—La sorpresa es nuestra —espetó Nasica cortante y de modo sublimemente hiriente, dicho lo cual se autoinvitó y se metió directamente en una sala contigua que hacía las veces de biblioteca y lugar de reuniones. Allí Octavio les ofreció vino y aguardó paciente a que Nasica y Pompeyo lo crucificaran.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —inquirió Nasica con enorme

reproche, comenzando el linchamiento.

—¿Que qué estoy haciendo? —balbució Octavio, tratando de ganar tiempo.

—Además de idiota, es corto de entendederas —ironizó Pompeyo.

Nasica, en cambio, no estaba para sarcasmos.

—Hace un tiempo, mi buen Marco Octavio, tuve con alguien bastante más importante que tú una conversación parecida por exactamente esta misma cuestión, una reforma agraria. ¿Sabes a quién me refiero? —inquirió desde su fría superioridad.

—¿Con Emiliano?

Nasica sonrió lascivo.

—¿Y sabes qué hizo entonces el gran Escipión? —preguntó.

—Ordenar a Lelio que retirara la propuesta agraria.

—¿Y sabes por qué lo hizo? —acometió Nasica.

Octavio tragó saliva al tiempo que miraba sucesivamente a Nasica y a Pompeyo. Temblaba de arriba abajo, pero aun así decidió resistir.

—Es justa, la *rogatio* es justa y lo sabéis —se atrevió a sostener—. Nosotros solo perderemos unas pocas yugadas, pero Roma recuperará su clase de campesinos, aquella que permitió que no sucumbiéramos ante Aníbal o Perseo. ¡Es razonable! —exclamó envalentonado—. ¡No somos propietarios de las tierras que exceden de quinientas yugadas! ¡Son campos públicos! ¡Es justo! ¡Tiberio solo recupera una vieja ley! —pasó al grito más nervioso.

—Definitivamente, es un corto sin remedio —bufó Pompeyo.

Nasica negó de lado a lado, muy despacio, lamentándose de tener delante de sus narices un aristócrata tan débil e ingenuo.

—Veamos, Marco —dijo con un tonillo de irreverente impaciencia—, la propuesta es un disparate irrealizable.

—Totalmente —secundó Pompeyo de modo innecesario.

Nasica, resoplando, continuó:

—La gente como nosotros, tú incluido, ocupamos esas tierras desde hace ochenta o más años, y en este tiempo los campos han sido vendidos a terceros de buena fe, transmitidos en herencia, han sido dados en dotes de hijas o esposas, han servido para acoger enormes inversiones, han sido ofrecidos como garantía contractual o incluso acogen tumbas de antepasados. No hay un catastro de estos fundos, ni sus límites son precisos. Los juicios se sucederán uno tras otro…

—¡Por eso la ley contempla una comisión con poderes judiciales! —se apresuró a aclarar Octavio.

Nasica arrugó su rostro de forma grotesca.

—Los juicios se sucederán uno tras otro —prosiguió en un peligroso susurro—, y lo peor de todo es que no habrá servido nada más que para

debilitar a nuestra clase frente a la chusma.

—Eso, frente a la chusma —remarcó Pompeyo.

—¡Empleemos entonces menos esclavos y más aparceros libres! —agonizó Octavio.

—Vaya lerdo —desdeñó Pompeyo.

—¿Trabajar con menos esclavos? —dijo un mordaz Nasica—. ¿Crees que nuestras explotaciones pueden depender de aparceros que han de marchar varios años a las legiones y que cuestan un ojo de la cara? No, amigo Octavio —continuó entre dientes—. Hablamos de mantener el orden establecido, de ellos y de nosotros. Porque esa *rogatio* arrebata al Senado las decisiones sobre el *ager publicus*. Porque esa *rogatio* hace al Senado inferior al pueblo —masculló sintiendo cómo la furia invadía su ser—. Porque esa *rogatio* nos despoja de lo que tanto nos ha costado levantar y no estoy dispuesto a regalar las tierras que yo he hecho fértiles.

—¡Yo tampoco! —secundó Pompeyo.

—Porque esa *rogatio* —prosiguió Nasica— concede a Tiberio Sempronio Graco el poder de un tirano, porque él y nadie más que él y su familia decidirán sobre lo que es bueno o malo para la República, sobre cómo debemos vivir o sobre cuál debe ser el criterio del Senado.

—¡Y es intolerable! —regurgitó Pompeyo, interrumpiéndolo de nuevo. Nasica lo fulminó con sus inquietantes ojos azules, pero no por mucho tiempo. Su objetivo era Octavio.

—Y porque esa *rogatio* —finalizó Nasica— hará inmensamente populares a Graco, Claudio y compañía cuando los legionarios de Numantia, esa miserable guerra, vuelvan de Hispania sin botín alguno pero con el regalo de nuevas tierras.

—Regalo que no son sino votos futuros en los comicios —aclaró Pompeyo.

—Y bien, Marco —le dijo Nasica con notorias señas de amenaza—, ¿traicionarás a los tuyos? ¿Serás cómplice de un revolucionario que quiere quitarnos las tierras trabajadas con nuestro esfuerzo? ¿Harás a Graco y a Apio Claudio más poderosos y populares? ¿Lo permitirás?

—Veta la propuesta —escupió Pompeyo de pronto.

Octavio, oprimido y al borde del colapso, miró sucesivamente a las dos hienas, sujeto a sudores fríos.

—La propuesta necesita, bien por acción, bien por omisión —aseveró Nasica, que carecía de piedad alguna—, la unanimidad de los diez tribunos de la plebe —le recordó siempre a modo de oportuna coacción—. Basta con que digas «veto» para que la ley quede rechazada. Solo debes murmurarlo.

—Di «veto» y tu carrera pública no sufrirá, digamos, ninguna perturbación —matizó Pompeyo oportunamente.

—¿Creías que te íbamos a dejar tranquilo, a ti, a uno de los nuestros? —siseó Nasica—. ¿Creías que nos íbamos a limitar a protestar un poco en el Senado sin hacer nada más? Graco es un iluso. Hemos aguardado unas semanas confiando en que entrara en razón y saliera de su propio error, pero el error ha sido nuestro. Sigamos entonces nuestra política tradicional cuando ocurren estos desvaríos. Echemos mano de un tribuno de la plebe que arruine la ley como quien pisa una hormiga.

—Y ese tribuno eres tú —confirmó Pompeyo.

—¿Quién si no? —rio Nasica con impertinencia.

—Veta —reiteró Pompeyo.

—Veta —machacó Nasica.

Octavio, acorralado y falto de aire, solo quería echar a correr, dejar Roma y no volver a mirar atrás nunca más. Pese a servir en Cartago, en las guerras lusitanas y con Claudio en la campaña de los galos salasos, nunca había sido valiente, pero sí una persona cauta a la que tanta presión lo iba a acabar matando. Había dado su palabra a Tiberio, a su más íntimo amigo, pero las dos hienas, representantes a decir verdad de sus propios intereses como latifundista en el *ager publicus*, le seguían mirando.

—Veta —escuchó que exhalaban al unísono Nasica y Pompeyo.

La decisión de Octavio

Roma, el día de la votación, mediados de enero

Tiberio ascendió a la tribuna con armonía y elegancia, observado minuciosamente por la multitud que se apiñaba por todas partes a lo largo y ancho del foro, ya fuese en la explanada o encaramada a estatuas, pedestales, árboles, fuentes, templos y tiendas. La expectación era enorme. Y no solo eso, estaba alegre y plenamente confiado en que el concilio plebeyo iba a aprobar esa misma mañana su *rogatio* agraria.

Razones tenía para su optimismo, porque desde que promulgara el texto legal hacía ya tres semanas, saliendo del foro en volandas, aupado en un atronador «Graco, Graco, Graco», el pueblo lo había apoyado sin descanso. Además, ningún escrúpulo legal, religioso o augural había perturbado la ciudad, ni los demás tribunos de la plebe, entre ellos su amigo Octavio, habían discutido el texto legal lo más mínimo.

Era verdad, por el contrario, que los senadores latifundistas capitaneados por Nasica llevaban semanas tirándose de los pelos, pero poco más. Parecía que, por fin, por mucho que se desgañitasen y pusiesen los ojos del revés, la necesidad de potenciar la clase campesina era tan imperiosa que comprendían que era el momento de dejar aprobar un proyecto justo, razonable e inaplazable.

Por ello mismo, incluso compasivo ante la débil resistencia encontrada, no era su deseo aprobar la ley por encima de todo y de todos, sino apelar a la buena voluntad de senadores y caballeros, exponiendo razones para convencerlos. Ya tenía al pueblo en su mano, pero quería ganar igualmente a quienes se le oponían.

Con tal ánimo, elevó amablemente el mentón y se dispuso a dar inicio a su intervención, no sin antes dedicarles una rápida mirada a los otros nueve tribunos de la plebe, todos ellos sentados en un lateral del podio. En el único en el que se detuvo fue en su amigo Octavio, que lucía un color blanquecino, como si estuviera mareado. Tiberio le sonrió con cariño. Su amigo no estaba hecho para los grandes momentos.

—Quirites, seré breve, pues debemos pasar a la lectura final de la *rogatio* y a su votación —se arrancó Tiberio finalmente—. Soy consciente de los esfuerzos que pido a aquellos que detentan las tierras, lo soy, pero a ellos mismos les digo que estos mismos esfuerzos tendrán recompensas. ¡Las tendrá! —exclamó elocuente y con su vista en el *senaculum*, donde los senadores se apiñaban como una manada de lobos blancos—. Porque mucha es la gloria que le espera a Roma si se aprueba la ley —se abalanzó en su alabanza—. Porque un mejor reparto de la riqueza hará que los ciudadanos

sientan como propio el interés público en su defensa y engrandecimiento. Porque la distribución de lotes dará lugar a una mayor satisfacción, a una mejor vida y a que nuestros campesinos tengan más hijos. Y porque solo así podremos contar con un ejército poderoso. ¡Un ejército que sepa por qué lucha! —exclamó con la barbilla bien alta—. Senadores, caballeros y terratenientes, aprobemos la ley —añadió ahora como en un compasivo ruego —. Seamos justos y generosos. Seamos hombres de bien. Porque si no se aprueba la *rogatio,* la pobreza será tan grande que no solo no podremos aumentar nuestras conquistas, sino que incluso las perderemos. Aprobemos la ley. ¡Aprobémosla! —concluyó con la vista clavada en los senadores, dicho lo cual se giró hacia el escriba que sujetaba en sus manos el rollo con el texto legal—. Léela —le conminó como acto formal previo a la votación.

Y el escriba se dispuso a abrir la boca cuando una voz apagada y solitaria emergió de entre el silencio.

Tiberio se giró como un resorte hacia aquella voz que conocía desde su infancia, y volvió a oírla, esta vez de modo claro y nítido.

—¡Veto! —prorrumpió Marco Octavio puesto en pie.

Tiberio, que se las prometía muy felices, se quedó helado como si le hubiera caído un jarro de agua fría encima, vapuleado por la voz de su amigo y por el silencio subsiguiente provocado por el ahogo de la multitud, abandonado en medio de un espacio inerte, sin palabra. Aquel sencillo término, aquel simple y poco esforzado «veto», aniquilaba de inmediato su propuesta. Y el Senado, entretanto, sonreía.

—Veto —reiteró Octavio.

Tiberio reaccionó al fin, avanzando hacia su amigo con las palmas levantadas al cielo, incrédulo, pero Octavio no le dio pie.

—Veto.

—Marco, por todos los dioses…

—Veto.

Tiberio detuvo su aproximación. No sabía qué hacer. Se sentía desarbolado, justo por aquel que era su amigo. Justo por aquel en el que más confiaba. El que le había dado su palabra.

—Veto —reincidió dolorosamente Octavio.

—Se suspende el concilio. Hasta mañana —fue lo único que pudo balbucir Tiberio.

Un nuevo Tiberio

En su casa, esa misma noche

Tiberio trató de hablar esa misma tarde con Octavio, pero fue imposible. Encerrado en su casa a cal y canto, protegido por Nasica, Pompeyo y otros senadores que le pasaban la mano por el lomo, no pudo ni acercarse a su amigo, si es que lo seguía siendo.

Derrotado y con la cara cruzada —metafóricamente hablando— con un colosal bofetón que no esperaba, se dirigió a su propia *domus*, jaleado por una multitud de entusiastas, pero sin fuerza ni ánimo.

Se refugió en su biblioteca, encerrado en su mundo, sintiéndose a partes iguales traicionado, abatido y ridiculizado en su más profundo orgullo, tanto que rechazó la compañía de Claudio, Craso y Fulvio Flaco, que habían corrido a socorrerle. U Octavio levantaba su veto al día siguiente o no habría reforma agraria, ni dignidad, ni salvación para Roma, ni grandeza, desvaneciéndose todo como un simple y vago sueño, como el agua limpia y cristalina que se escapa entre los dedos de la mano.

Al poco, bufando a cada esclavo que entraba en la sala, no pudo en cambio dejar de sonreír cuando quien apareció con sus pasitos fue su hijo mayor. Con dos años y medio era ya bien parecido, con penetrantes ojos oscuros y la talla propia de los Sempronios.

—Pequeño Tiberillo, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó, cogiéndolo en brazos al tiempo que lo achuchaba cariñosamente. El chiquillo, sin embargo, se revolvió como una lagartija. Traía una misión encomendada por su madre y debía cumplirla a rajatabla. En este sentido, lucía ya la cabezonería del padre.

—Toma, tata —le dijo en su lenguaje infantil, estirando su bracito para darle un pequeño pergamino enrollado.

Tiberio, sorprendido, dejó a su hijo en el suelo y desenrolló el documento. Contenía unas pocas palabras escritas de puño y letra de Claudilla, y decían:

> *Por la derecha y por la izquierda nos cierran dos mares, sin que tengamos ni una nave siquiera para escapar; por delante, el Padus, más caudaloso e impetuoso que el Rhodanus; por la espalda nos cierran los Alpes, que costó trabajo cruzar cuando estabais en plenitud de fuerzas. Es preciso vencer o morir, soldados, allí donde se produzca el primer encuentro con el enemigo. Y la misma fortuna que os impuso la inevitabilidad de luchar os pone delante unas recompensas tan grandes, si vencéis, que no las suelen esperar mayores los hombres ni siquiera de los dioses inmortales.*

Tiberio levantó la vista. Su hijo echó a correr para salir de la habitación,

satisfecho como un hombrecito por haber cumplido su cometido, y a fe que lo había conseguido, porque algo había sucedido.

Por extraño que pareciera, aquellas pocas y famosas palabras de arenga, que no eran en realidad de su Claudilla, sino del mayor enemigo que Roma había tenido jamás, el cartaginés Aníbal, pronunciadas justo después del paso de los Alpes y antes de la batalla de Tesino para impulsar a sus hombres hacia la única salida posible, la victoria, acababan de rescatarle de su decaimiento, como si una chispa celestial hubiera prendido en su persistente obstinación, poniendo en marcha nuevamente el mecanismo de su tenacidad.

No, no se daría por vencido de forma tan sencilla. Porque si por la derecha y por la izquierda, de frente y por la espalda, Nasica y compañía le cerraban el paso como al ejército de Aníbal los mares, los ríos y las montañas, él pelearía, como lo hizo el púnico, porque grande era la recompensa si vencía.

Justo en ese instante, Claudio asomó la cabeza a la biblioteca, con gesto asustadizo, como si no quisiera importunar, pero con la voluntad de traer a su yerno al mundo de los vivos que aspiran a la grandiosidad.

—Tiberio… —barbotó para llamar su atención.

Este se puso en pie. Su rostro ya no lucía apagado, sino elevado y firme.

—Claudio —se adelantó—, no hace mucho me dijiste que yo no podía engañarte, porque el Tiberio que habías conocido yacía muerto en Hispania. Y aunque me limité a sonreír, estabas en lo cierto. Aquel Tiberio se extinguió cuando de camino a la Citerior vi en Etruria los campos llenos de esclavos; al sentir la desesperanza de las legiones; al sufrir en mis propias carnes el egoísmo del Senado y la traición a su palabra y a la de sus cónsules; al advertir que nuestros propios campesinos luchan por nosotros para ser expulsados de sus campos. Y no voy a permitirlo. Si Emiliano no pudo hacerlo, yo lo haré, será más grande aún, y me levantaré por encima del Senado y le obligaré a inclinar la cabeza, porque no voy a ceder. Porque soy un Graco y un Escipión. Hoy me he dejado sorprender, pero te juro que será la última vez.

«Y que tiemble Roma», pensó Claudio que, mudo, no sabía ni qué decir. Él mismo había incitado a Tiberio para promover la propuesta agraria por su propia ambición, la de superar en cada momento a Emiliano, para ser más popular que el Escipión adoptado y triunfar donde su adversario no había podido hacerlo. No había dudado en servirse de Tiberio para ello, pero ahora, en la adversidad, el polluelo abría de pronto sus propias alas de modo majestuoso y desafiante. Ya no podía dominarlo. Tiberio era en sí mismo la ley de reforma agraria y si esta perecía lo haría el mismo Tiberio. Su yerno iba a seguir su propio camino sin mirar atrás, le condujese al precipicio o a la gloria. Nada lo detendría. Simplemente, era Tiberio.

—Y Claudio —oyó que añadía su yerno—. Tienes una gran hija. Ella ha encontrado las palabras adecuadas —le dijo sin que entendiera absolutamente nada al tiempo que Tiberio pasaba a su lado como una exhalación.

La postración del Senado

Roma, al día siguiente

Todo sucedió con extrema rapidez. En un foro comprimido en el que no se podía ni respirar, Tiberio abrió en canal la multitud y ascendió a los *rostra* como si atesorase en su persona veinte consulados. No dio ningún discurso, ni miró por cortesía al *senaculum*. Se limitó a clavar sus ojos en Octavio, que bajó la vista, y, después al escriba.

—Lee la *rogatio* —le ordenó expeditivo.

—Veto —dijo entonces Octavio.

Un murmullo de queja se elevó al cielo.

—Marco, defiende los intereses del pueblo al que representas —le conminó Tiberio, frío como el mármol.

—Estoy en mi derecho. Veto —insistió Octavio.

Y el murmullo se transformó en un incipiente griterío.

—Yo mismo pagaré las tierras que tengas que abandonar. Sabes que la propuesta es justa. Levanta tu veto —espetó Tiberio con acritud.

—Veto —reiteró Octavio infatigablemente, aunque, esta vez, se vio forzado a dar un paso atrás, como si una invisible sombra negra le hubiera atravesado de lado a lado. Y comprendió que Tiberio, su amigo de la infancia, su compañero del contubernio de los pedos, ya no estaba en aquel lugar. La persona que tenía delante, dominada por un rostro impersonal, crecía en furia y en determinación, como si quisiera elevarse por encima de todos y de todo para arrasar a los hombres. Su amigo ya no se encontraba allí. Su moderación tampoco. Tiberio estaba dispuesto a todo para sacar adelante la reforma, pero él tampoco iba a dar un paso atrás.

—Veto —repitió por si no había quedado claro, provocando la ira de Tiberio.

—¡No eres digno de Roma! —le gritó con mirada asesina.

—¡Vas a arrastrarnos al desastre! —replicó Octavio.

—¡No tienes palabra! —se enceló Tiberio.

—¡No me hables de palabra cuando actúas enajenado!

—¡Levanta el veto o te arrepentirás! ¡Deja de servirles a ellos! —aulló Tiberio, señalando hacia el *senaculum*.

La discusión tenía visos de dar paso a una bronca cataclísmica, pero Tiberio y Octavio dejaron de oírse. El populacho rugió con furia desmedida, insultando a Octavio mientras le lanzaban sandalias. Hicieron presencia al mismo tiempo los adláteres de senadores y caballeros, que cual formación legionaria empujaron de modo compacto desde la zona de la basílica Sempronia hacia los *rostra*, comprimiendo ferozmente a los que estaban en

medio en un revoltijo de cabezas que trataban de respirar como peces fuera del agua. Comenzaron las desbandadas, los golpes y el estruendo intimidante de la tensión en masa mientras Tiberio y Octavio no dejaban de increparse violentamente, tanto que hasta en las filas del Senado los rostros se llenaron de miedo. Aquello se estaba yendo de la manos.

—¡Actuemos! ¡Hagámoslo antes de que se maten entre ellos y nos matemos todos entre nosotros! —le dijo con alarma el consular Manio Manilio, antiguo cónsul en la toma de Cartago, al también consular Fulvio.

Ambos consulares corrieron hasta la tribuna, interceptando a duras penas a un Tiberio fuera de sí.

—¡Lleva el asunto al Senado, te lo ruego! ¡Acaba con esto! ¡Discutámoslo allí, ahora mismo! —le suplicó cogiéndolo de las manos Manio Manilio. Lo propio hizo Fulvio.

Tiberio, recuperando algo de razón, miró a su derredor. El espectáculo era indescriptible, romanos contra romanos, pudientes contra desposeídos, agitados todos en un continuo oleaje humano.

—Está bien, ahora, en el Senado —accedió con el rostro contraído aun cuando no estuviera dispuesto a ceder.

Cuando Tiberio entró en el Senado sintió que la atmósfera le sacudía en la mejilla. Los padres conscriptos le aguardaban ya en perfecta formación, unos pocos, como Claudio, Craso, Escévola o los Fulvio Flaco, con gesto agradable, pero los más con caras desdibujadas también por la ira y la rabia, en un compendio de rostros descompuestos.

—He venido aquí por el ruego de los varones consulares. Estoy dispuesto a escuchar —consintió Tiberio, más fue cerrar la boca y Nasica emergió de entre las bancadas con los labios rígidos.

—¿Y pretendes ahora que te escuchemos y te pasemos la mano por la espalda cuando no tuviste la dignidad de consultar a esta augusta cámara tu miserable *rogatio* antes de proponerla al pueblo? —graznó con poco tacto—. ¿Quieres ahora, en el momento de dificultad, una vez que uno de los tribunos rechaza tu propuesta, que el Senado te salve? ¿Ansías que una *rogatio* hecha a tu imagen y medida, que contempla que solo tú y tu familia compongan la comisión de reparto como si fuerais una terna de reyes, sea admitida por nosotros? ¡Quieres subvertir el estado de las cosas! ¡Vuelve a la tribuna y acepta el veto de Marco Octavio de acuerdo con la constitución de Roma! ¡Vete! —aulló en estado de trance.

Y como venía siendo costumbre, fue el acabose. Los Claudio Pulcro, los Licinio Craso y los Fulvio Flaco dieron un respingo y comenzaron a increpar

a Nasica, reprochándole a todo grito que solo quería conservar sus inmensos latifundios. La reacción contraria fue, en cambio, abrumadoramente superior. Los Fabio Máximo, los Servilio Cepión, los Postumio Albino, los Servio, los Cornelio en sus distintas ramas, los Acilio Glabrión, los Atilio Serrano, los Elio Tuberón y Livio Druso, entre otros, salieron despedidos de sus taburetes en exaltada defensa de Nasica, voceando furiosos contra Tiberio.

—Chillad hasta que a las ranas les salga pelo —se despachó entonces Tiberio, dicho lo cual giró en redondo y abandonó la curia, dejando a los senadores con el grito en la boca.

Poco después, Tiberio iniciaba con brío el ascenso al podio de los oradores. Y en lo alto, sabiendo que el Senado había salido a todo correr de la curia y que acababa de colocarse ridícula y precipitadamente en el *senaculum*, se volvió hacia Octavio.

—¿Mantienes tu veto? —le preguntó iracundo.

—Lo mantengo.

—Marco, te lo ruego —suplicó Tiberio de pronto, abiertamente, como si cambiar de estrategia le fuera a ir mejor.

—No puedo hacerlo.

—Marco —insistió Tiberio, yendo al encuentro de su amigo y cogiéndole de las manos mientras la muchedumbre, extasiada, guardaba el profundo silencio que solo se escucha en un teatro cuando el drama emocional está en su punto álgido.

—No —se opuso Octavio, retirando las manos.

El pueblo ahogó entonces un grito y miró a Tiberio, que se había quedado con sus propias manos suspendidas en el aire.

—Marco —gimió Tiberio en un último intento—, recapacita, te lo ruego —clamó.

Los ciudadanos, afligidos e impresionados, rotaron el cuello en busca de Octavio.

—No.

Era suficiente. El drama y el teatro habían terminado. Tiberio estiró su tronco, contrajo su rictus y se giró hacia la multitud.

—¡Quirites! —bramó—. ¡Os convoco mañana a un nuevo concilio, pero esta vez no solo traeré la *rogatio* agraria, sino también una nueva propuesta de ley! ¡El tribuno Marco Octavio ha dejado de defender vuestros intereses, y así como lo nombrasteis, podéis cesarlo! ¡Mañana, si no levanta su veto, propondré que sea depuesto! —desveló expeditivo, pero tanto que el foro quedó sumido en el silencio más extraordinario.

El Senado mismo dio un paso atrás. La muchedumbre se encogió. El propio Tiberio encontró dificultad para respirar por lo que acababa de decir. Y los ojos de Octavio se llenaron de lágrimas.

—Eso no puede hacerlo —balbució Nasica, sumergido entre los senadores—. ¡Eso no puede hacerlo! ¡Los tribunos son sacrosantos! ¡No pueden ser destituidos! —pasó al grito.

Pero nadie lo oía. La muchedumbre, recuperado el resuello, gritaba extasiada sin que nada se escuchara.

—La propuesta es enteramente legal —rumiaba Escévola esa misma tarde en casa de Tiberio, como sorprendido de sus palabras—. La idea es revolucionaria, en efecto. Ningún tribuno ha sido depuesto jamás, pero en realidad ninguna ley lo prohíbe. Es solo una costumbre —reflexionaba febrilmente, sorprendido por la temeraria audacia de Tiberio.

—El poder soberano reside en el pueblo —graznó Blosio de Cumas, también presente en la reunión convocada de urgencia, siempre dispuesto a incorporar ideas propias de la política y filosofía griegas, no siempre extrapolables al modelo romano.

—La propuesta es legal —añadió Flaco.

—Debe votarse —secundó Craso.

—Es atrevida, pero estoy de acuerdo —confirmó Claudio, el último de los presentes.

Tiberio, escuchando a todos y a nadie, navegaba en su fuero interno en un mar revuelto, consciente de que, como Jasón y los argonautas, debía atravesar las rocas cianeas, aquellas que chocaban entre sí de forma aleatoria, aplastando a las embarcaciones que trataban de cruzarlas. Porque lo que pudiera suceder al día siguiente era puro azar. Lo mismo podía ser despedazado que salir victorioso, pero estaba dispuesto a atravesar las rocas movientes, incluso violentando su temperamento.

—Si Octavio no cede, será depuesto —dijo con firmeza.

A pocos pasos de allí, en la *domus* de Nasica, los ánimos ardían más que los fuegos de la fragua de Vulcano.

—¡Es un sacrilegio! —bramaba Metelo Macedónico, que se había unido a la entente de Nasica y Pompeyo. Los tres hombres nunca habían sido amigos, y mucho menos Pompeyo y Metelo, pero tal era su indignación por la propuesta de Tiberio que habían decidido hacer un frente común—. ¡Un tribuno es sacrosanto! ¡No se le puede deponer! —añadía Metelo, agitando su corpachón.

—¿Y qué ocurrirá si algún día decide que el pueblo debe deponer a un cónsul? ¿Lo hará también a su libre albedrío? —farfulló, lleno de tirria,

Pompeyo.

—Van diciendo por ahí que nada lo prohíbe —desdeñó Metelo.

—Lo que hoy ha propuesto Graco atenta contra todo lo que significa Roma, sus costumbres y el *mos maiorum* —dijo Nasica entre dientes—. Nada lo prohíbe porque no ha sido necesario hacerlo desde que nació la República. Hoy Graco nos ha dado a conocer su verdadero rostro. Y yo lo sabía, sabía quién era verdaderamente, un tirano —masculló con peligrosa frialdad.

—Esto no es Grecia, aquí no se depone a los magistrados por la simple voluntad popular. Aquí lo que prima es la autoridad del Senado y de los magistrados —porfió Metelo, buen conocedor de las instituciones políticas griegas tras sus pasadas campañas en Macedonia.

—Es Blosio de Cumas —dijo con extremo odio Nasica—. Ese filósofo de taberna corrompe a los jóvenes.

—Pues ya puestos a malas artes, que Octavio presente otra propuesta para deponer a Graco —se le ocurrió de pronto a Pompeyo.

—No haré tal cosa —repuso de inmediato Octavio, con gesto demacrado, invitado también a la reunión.

—¿Y por qué no? —ladró Pompeyo.

—No contribuiré a que esto acabe en un baño de sangre. No seré yo quien contravenga la costumbre política —sentenció Octavio.

—En este caso, la plebe te depondrá. El populacho está con Graco, con este chupamierda revolucionario —desdeñó Pompeyo.

—Sea así entonces —aseveró Octavio.

—¿Y no podemos evitarlo? ¿No podemos impedir que el hijo de perra de Graco atropelle al Senado y a Octavio? —bramó Metelo a su ruda manera.

—Sin un veto es imposible. No tenemos ninguna acción o senadoconsulto que pueda detenerlo —reconoció Nasica.

—¡Qué hijo de perra! —reiteró Metelo.

—Tarde o temprano se lo haremos pagar —escupió Nasica.

Al día siguiente, en el foro

Roma entera amaneció en vilo. Los niños de teta lloraron más de lo habitual. Los perros aullaban. Las nubes ensombrecieron la atmósfera. El fuego eterno del templo de Vesta se agitó mecido sin motivo. Y hasta las estatuillas de los altares parecieron temblar. Roma aguardaba.

El foro volvió a llenarse hasta la asfixia. El Senado ocupó el *senaculum*. Los tribunos ascendieron a la tribuna. Y Tiberio, sin compasión y duro como el granito, hizo la pregunta que muchos temían, otros deploraban y algunos la

esperaban por el mero hecho de oler a sangre.

—Marco Octavio, ¿retiras el veto? —preguntó Tiberio con diáfana claridad. Su voz rebotó en las paredes de templos y basílicas.

Los ciudadanos, nuevamente agolpados en una atmósfera más propia de una ejecución sumaria, rotaron sus cuellos hacia el aludido.

—Lo mantengo.

—Que comience entonces la votación. Llámense a las tribus —ordenó Tiberio, inmisericorde.

Una a una, de forma sucesiva, fueron pasando a votar cada una de las tribus en las que se dividía el cuerpo ciudadano romano cuando de un concilio o de una asamblea tributa se trataba. Y cada vez que finalizaba el escrutinio de una de ellas, Tiberio leía el resultado.

—La tribu Claudia ha votado deponer a Marco Octavio.

—La tribu Esquilina ha votado deponer a Marco Octavio.

—La tribu Collina ha votado deponer a Marco Octavio.

Y así una tras otra hasta que la tribu Menenia, que era la decimoséptima en ejercer el sufragio, votó a favor de la destitución.

Treinta y cinco eran las tribus, bastando la mayoría absoluta, es decir, dieciocho, para que se aprobara la *rogatio*. Sin embargo, antes de que la decimoctava tribu pasara a votar, Tiberio se dirigió de nuevo a Octavio.

—Marco Octavio, ¿retiras el veto?

—Lo mantengo.

Tiberio, que lo hubiera dado todo porque la contestación fuera otra, cabeceó y lanzó un suspiro de lamento. Se acercó a su amigo y le habló de cerca para que nadie los escuchara.

—Marco, te lo suplico, recapacita —gimió desgarrado.

—No puedo hacerlo, Tiberio, no puedo, termina cuanto antes —suplicó Octavio a su vez, con los ojos enrojecidos.

—No quiero causarte ningún daño —insistió Tiberio.

—Termina.

Tiberio alzó la barbilla, inspiró profundamente, se mantuvo así unos segundos esperando un milagro de los dioses y se volvió hacia la tribuna.

—Que los dioses sepan que no quiero deshonrar a mi amigo. Que continúe la votación.

Como era de esperar, la decimoctava tribu en acudir al sufragio, la Velina, votó a favor de la destitución. Tiberio resopló contenido. Lo hecho, hecho estaba. No había vuelta atrás. Acababa de reventar siglos de tradición política. Pero nadie lo había podido evitar. Acababa de postrar al Senado.

—Marco Octavio, ha sido aprobada la *lex Sempronia de magistratu Marco Octavio abrogando* —declamó solemne—. Con arreglo a la misma, por voluntad del concilio plebeyo, has perdido la condición de tribuno de la

plebe. Abandona la tribuna.

Y así lo hizo dócilmente su amigo.

Aniquilado el obstáculo de Octavio y vencida la oposición senatorial porque ninguno de los otros tribunos de la plebe quería contrariar ni por asomo la voluntad popular, ese mismo día quedó igualmente sancionada por mayoría absoluta de las tribus la *lex Sempronia agraria*.

El júbilo que se desató en la ciudad superó incluso al de la noticia de la victoria de Zama. Un hombre de alcurnia gigantesca, anclado como un coloso frente a los senadores, les iba a devolver la dignidad y lo que era de todos, el *ager publicus*.

Tiberio abandonó el foro escoltado por miles de ciudadanos locos de alegría mientras en el *senaculum* el Senado prácticamente en bloque lo liquidaba con la mirada. Entre ellos, especialmente, hincaba nuevamente sus ojos un hombre que portaba una llamativa toga trábea, con franjas escarlatas y púrpuras. El pontífice máximo, Nasica, nadaba en el odio.

—El oso que come carne humana ansía volver a probarla —siseó.

—No se detendrá frente a nada —secundó Pompeyo.

—Ha superado todos los límites posibles —porfió Metelo.

—Hay que matarlo —farfulló Nasica.

Metelo y Pompeyo, alarmados, se giraron como un resorte en busca de Nasica. Este se limitó a contemplarlos como quien ha visto una cucaracha, contrajo el rostro y se marchó. Y solo después de unos pasos se detuvo y giró ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Es una forma de hablar, naturalmente —farfulló con la semilla del odio bien incrustada en su alma. Cómo germinara aquella semilla, ni los dioses lo sabían. Tiberio había vencido, por el momento.

No debe salir ni uno

Numantia, mediados de marzo

Emiliano, asomado al parapeto de la muralla en compañía de su hermano Fabio, supervisaba el cerco de forma meticulosa, de día pero especialmente de noche, exigiendo que todo estuviese perfecto, ya fuesen las jabalinas, las flechas, las catapultas, las balistas para la propulsión de bolas de piedra de gran calibre, las turmas de caballería, los manípulos de guardia, las tropas de reserva, los mensajeros de enlace, que ningún centinela se durmiera, las banderas rojas o las teas dispuestas a prender las piras de aviso nocturno, pues era absolutamente imprescindible que ni un solo numantino atravesara el anillo, que ni uno solo de ellos sintiera la libertad o la creencia de que podían llegar a derrotar al ejército romano.

Y es que la tensión y la metódica prevención eran la fiel aliada de Emiliano. La superioridad numérica de sus tropas era aplastante y desproporcionada con relación a la fuerza combativa numantina, apenas tres mil quinientos guerreros, pero aun así era incapaz de dormir tranquilo. Disponía de sesenta mil hombres, era cierto, pero de ellos cuarenta mil eran iberos de poco fiar. Podía bastar una sola brecha, una sola derrota, para que todos ellos dieran la espalda y corrieran en estampida para regresar a sus ciudades, aldeas y granjas. No sería la primera vez.

El resto de sus hombres, veinte mil, eran romanos y socios itálicos, pero en verdad que un solo guerrero numantino, como le había recordado Avaro, valía como cinco de sus soldados. Sus legionarios no eran valientes, no estaban preparados para la lucha y habían sido derrotados en demasiadas ocasiones en tierras celtíberas. Poco podía esperar de ellos si los sitiados rompían el asedio y cundía el pánico.

Consciente de esta cruda realidad, había preparado a sus hombres para la marcha, para levantar muros y derribarlos, para cargar estacas y fardos de trigo, para correr en bloque todos juntos hacia un sitio, pero no para ser lo que no podrían llegar a ser, no en tan poco tiempo, buenos soldados.

—Es bien distinto cavar zanjas que encarar a un numantino frente a frente —aseveraba a menudo—. En ambos casos el corazón se agita y el cuerpo suda —añadía—, pero mientras que en la zanja el corazón bombea seguro y el sudor calienta el cuerpo, frente a un celtíbero los latidos nublan la vista y los sudores enfrían la piel.

Por todo ello, era imprescindible que ni un solo numantino rompiera el anillo, razón que explicaba la erección de dos campamentos, siete fuertes, una pasarela de espinos herrados sobre el Durius, una muralla de cuarenta y ocho estadios, doscientas diecisiete torres, más de cuatrocientas piezas de artillería,

un esmerado sistema de señales de alarma y numerosos núcleos de chozas para guarecer en estado de permanente vigía a los veinte mil hombres que constituían la guarnición de los diferentes sectores de muralla y a los diez mil que, acantonados más atrás, debían actuar a modo de reserva secundaria, porque la circunvalación era el símbolo del aplastante poder de Roma, pero también, aunque jamás lo reconocería, la representación de la prudencia y del respeto a un enemigo letal.

Los numantinos, no obstante, no eran el único adversario de aquel páramo. El invierno, poderoso cómplice de los celtíberos, había sido extremadamente duro, con sucesivas nevadas y gélidas olas de frío. Los ríos que abrazaban Numantia habían tomado por costumbre congelarse, e incluso la naturaleza misma parecía haber muerto en una tierra tenebrosa, ventosa, áspera y gris.

Los cuarteles a cubierto les habían protegido de tan peligroso asesino, del mismo modo que las casas de adobe y techumbres vegetales a los numantinos, aletargados y dormidos, pero bien vivos. Las columnas de humo de sus fuegos eran cada vez más débiles; los ancianos morían y sus cadáveres eran sacados a la ladera sur de la ciudad, donde se encontraban las tumbas; el ganado que apacentaba en faldas y llanos estaba cada vez más flaco y en decreciente número; y las provisiones de trigo, carne y frutos secos se consumían irremediablemente, pues Numantia cobijaba ahora nueve mil almas, el triple de lo habitual.

Pero seguían vivos. En el frío invierno no habían realizado ninguna incursión, pero estaba por llegar que intentaran un último ataque. O lo hacían o morirían sin luchar y de hambre, lo que no era propio de su espíritu combativo.

Emiliano lo sabía. No era capaz de prever si el ataque lo sería de día o de noche, o en tal o cual lugar. Solo sabía que estaba por llegar, lo que le exigía tener sus tropas distribuidas y en alerta constante a lo largo de todo el perímetro.

—No debe salir ni uno —le insistía rayando la obsesión a su hermano Fabio mientras la oscuridad de la noche caía como un siniestro y denso velo negro sobre Numantia y el ejército romano. Dentro del cerco no había más que una impenetrable negrura, donde los lémures y muertos campan en su reino y atrapan a los vivos.

Una noche de marzo. Ataque nororiental

Los romanos no podían ver a los numantinos, pero estos sí los veían a ellos.

Los mensajeros de enlace pululaban incansablemente por el paseo de ronda de la muralla, seguidos de un esclavo que portaba una antorcha, y cada pocos pasos teas colocadas en los parapetos iluminaban la fortificación, muy débilmente, pero lo suficiente para dejar entrever dónde se apostaban los centinelas.

Sumergidos en la tiniebla, Megaravico y mil guerreros más reptaron en la oscuridad, avanzando sigilosamente a través de los llanos que confluían entre el campamento Escipión y el fuerte Esquilino, allí donde una suave vaguada hacía que el cerco romano careciese de alturas y de defensas naturales.

Los numantinos habían forrado sus cascos y sus placas pectorales con barro y cuero, evitando brillos que los delatasen. Acostumbrados a la paciente y colectiva caza de ciervos, jabalíes y osos, sus movimientos de instintivos depredadores resultaban letales y desapercibidos para la presa que, incauta, estaba ya a pocos pasos. Podían oír las voces de los guardias en su mecánica lengua, pero estos no los veían. Ciegos en la noche cerrada, sus palabras no delataban alarma.

Megaravico, de cuclillas, miró a su alrededor. Un nutrido rebaño de bultos humanos envueltos en sagos negros aguardaba la señal de ataque bajo un silencio mortecino, ocupando una línea de cien pasos de ancho y diez de fondo. No eran muchos para lo que les aguarda en el lado romano, pero las guarniciones legionarias de sector y las tropas secundarias de reserva tardarían un tiempo en precipitarse hacia el punto de asalto. Su ataque debía ser tan sorpresivo como feroz. En caso contrario, una turba de romanos se les echaría encima.

Escrutados sus hombres, Megaravico levantó la vista y siguió el curso del cerco hacia el sur, distinguible por el conjunto de lucecitas llameantes. Todo estaba en calma. Debía esperar a que el resto de los grupos se colocaran también en sus puntos de embestida. Nunca habían intentado un ataque en más de dos sectores a la vez, pero aquella noche de luna nueva iba a ser distinta. Tras cinco meses encerrados no podían esperar más. La leña para cocinar y calentarse se agotaba. Sus provisiones también. Su ganado moría de hambre. Los ancianos agonizaban. Los jóvenes enfermaban. Y su orgullo exigía morir luchando.

Al poco, bastó un leve asentimiento de Megaravico para que se desatara la locura.

Una horda de mil numantinos se abalanzó sobre un sector de sesenta pasos de muralla.

Los dardos volaron sobre los parapetos para ir a clavarse en pechos, estómagos, gargantas y rostros de los centinelas.

Las escalas se apoyaron en los muros.

Los celtíberos, surgiendo de las depresiones de la noche, iniciaron su asalto con gestos furiosos y desencajados.

Un tropel de defensores de guardia corrió desde las torres cercanas.

Brillaron las espadas. El griterío brotó de la nada y el cuerno de guerra numantino, grave y gutural, aulló en la noche como si emergiera del inframundo y convocara a todos los guerreros del pasado.

—¡Matadlos a todos, matadlos! —rugió Megaravico con la razón perdida, luchando ya en el paseo de ronda.

Los numantinos mordían como animales salvajes.

Los romanos, aturdidos, juntaban sus escudos y soportaban el desmedido empuje enemigo.

Los artilleros de los torreones giraron las catapultas y las inclinaron hacia abajo para lanzar sus flechas largas y gruesas contra el revoltijo humano que se adivinaba en la oscuridad. Tres hombres, dos romanos y un numantino, quedaron enlazados en la muerte por uno de aquellos gigantescos venablos.

El metal chocaba contra el metal y los hombres berreaban en estado de enajenación, los numantinos en un alarido exaltado, los defensores en un gemido de angustia.

Algunos atacantes saltaban ya al otro lado de la muralla y corrían en busca de la libertad o de aquello que les aguardase en la noche. Y las hogueras de las torres contiguas se encendían una tras otra, en perfecto y sucesivo orden, señalando y guiando a las tropas de reserva hacia el punto de ataque.

—¡El cuerno! ¡Que suene el cuerno! —rugió Megaravico mientras decenas de los suyos seguían subiendo por las escalas como bestias del infierno.

En el campamento Escipión

Emiliano salió despedido del camastro en cuanto el poderoso bramido del cuerno de guerra numantino penetró en sus oídos.

Sin tiempo a colocarse su panoplia, corrió todo lo que pudo hasta los parapetos del campamento. Desde allí, como si fuese el palco de un enorme teatro cuyas gradas abrazaban Numantia —que actuaba como protagonista en mitad de la escena—, buscó con ansia las piras que habían de delatar dónde era el asalto. Desde su privilegiado puesto de observación, las encontró al instante. El piso superior de las torres intermedias entre el campamento Escipión y el fuerte Esquilino llameaban con fuerza en las tinieblas de la luna nueva. El resto del cerco permanecía sin luces de alarma.

El barullo que llegaba hasta allí era portentoso, como si en lugar de

Numantia fuese Troya, y en lugar de los griegos los numantinos. Pero las tubas romanas, ausentes al comienzo, resonaban también por todas partes, lo que solo podía significar que las tropas de guarnición y de reserva se movilizaban según lo instruido metódicamente durante meses.

—¡Que no salga ni uno! ¡Ni uno! —gritó Emiliano enfervorecido, deseando ver en la noche cerrada—. ¡Arqueros y honderos! ¡Triarios a cien pasos de la muralla! ¡Que salgan las tropas del campamento! ¡Turmas de caballería! —rugió con la voluntad de lanzarse él mismo al combate.

Sus esclavos llegaron a la carrera con su coraza, casco y resto de impedimenta militar y él, mirándolo todo con gesto alterado, se dejó hacer para que todo fuera colocado en su sitio. El griterío incrementó su intensidad en la zona de ataque, pero la noche parecía cerrarse por momentos. Era angustioso no distinguir nada, pero mucho más lo fue cuando el joven Cayo Graco, que se hallaba a su lado, levantó nervioso el brazo y señaló con su dedo índice.

—¡Allí! —chilló.

Emiliano siguió la seña y vio cómo una nueva hoguera se encendía en una de las torres situada entre el fuerte Palatino y el campamento Fabio, esta vez en la línea suroriental de la circunvalación. Poco a poco, las fogatas de las torres adyacentes fueron prendiendo y el aullido de hombres desesperados y fuera de sí creció en ardor en un sinfín de repiqueteos metálicos, chasquidos y el reconocible e intimidante soniquete de los cuernos de guerra numantinos, cuyos ecos cantaban las gestas de la ciudad en una atmósfera ciega y asfixiante.

Entre el fuerte Palatino y el campamento Fabio. Ataque suroriental

Avaro había recuperado durante el invierno su energía y movilidad y encabezaba el coordinado ataque sobre el sector de muralla atravesado por el río Merdancho.

Según lo planificado, había esperado a que llegara a sus oídos el estruendo del ataque de Megaravico para, poco después, en la sucesión de tiempo establecida, arengar él mismo a los mil guerreros a su cargo, hacer soplar el cuerno, golpear espadas en los escudos, dar alaridos de bienvenida a la muerte y lanzarse con colosal locura contra la sección del muro cortada por el curso del Merdancho.

Al poco, una vez más, las escalas se apoyaron en el lienzo, previo barrido de los parapetos con un iracundo lanzamiento de dardos que segó la vida de varios guardias e hizo desalojar a los supervivientes.

Otro grupo de numantinos se metió en el río Merdancho y arremetió contra las líneas de estacas que defendían al arco de medio punto construido por los romanos para dejar pasar las aguas.

Allí, una andanada de las enormes flechas de las catapultas de las torres los detuvo un instante, no mucho pese a que los proyectiles, en un sonido sordo y de tajo, arrancaron de cuajo las cabezas de dos numantinos, ensartando por el pecho y espalda a cuatro atacantes a la vez. Todos ellos cayeron a plomo como un solo cuerpo.

Mientras esto sucedía en el río, cuarenta atacantes echaban el pie en el paseo de ronda, acometiendo entre violentos mandobles a los manípulos de legionarios de guardia que vomitaban las barracas construidas en la cara exterior de la muralla.

Los del Merdancho, por su parte, con agua hasta la cintura y sorteando las estacas, se daban ahora de bruces con un pelotón de arqueros númidas que impedían cualquier aproximación.

Los de los parapetos, no obstante, tenían más éxito, y como un ejército asilvestrado de bárbaros superaron las defensas y se desparramaron hacia afuera como una lengua imparable de barro.

Todo era caos y pavor en iberos, romanos y socios itálicos, que trataban de organizarse mientras los centuriones golpeaban con sus varas e insultaban desgañitados para que sus hombres hicieran frente a los animales rabiosos que saltaban por encima del muro.

O llegaban los contingentes de reserva o la muralla se vendría abajo por el desmedido ataque numantino.

En el campamento Escipión

Emiliano no podía estarse quieto. Si en Cartago había desempeñado el papel de atacante, ahora debía interpretar el personaje del asediado, que con angustiosa zozobra se mueve de un lado a otro al tiempo que suplica a los dioses que los asaltos no se reproduzcan en otros sectores de la fortificación.

La tenebrosa oscuridad nocturna no hacía más que potenciar su inusual sensación de inseguridad. Deseaba encaramarse a su caballo y cabalgar tras las líneas para verlo todo con sus propios ojos de halcón y dar las órdenes precisas, pero de nada serviría, pues nada se veía. Solo cabía esperar que el ejército de guardia y reserva actuara tal como se le había instruido y que se moviera en la penumbra como los enjambres de polillas que buscan la luz de la luna. Su faro en este caso eran las llamas que prendían en los torreones. Allí debían apresurarse desde sus acantonamientos para cortar las hemorragias.

—Esos cuernos se oyen por todas partes —maldijo Cayo Graco.

—Son unos cabrones —espetó Quinto Occio.

—Esos cabrones son admirables —repuso Emiliano, aferrándose violentamente al parapeto como si en sus manos tuviera afiladas garras.

Los gritos de la lucha se sucedían en todo el sector oriental. El occidental, el que discurría por la línea de los ríos Durius y Tera, permanecía tranquilo.

El único punto del cerco que no podía divisar desde «el Escipión» era el sureño, pero para ello se había erigido el campamento Fabio, al mando de su hermano.

—Están volcando toda su arremetida en los brazos de los fuertes Esquilino y Palatino —añadió Cayo Graco con los ojos apretados, como si ello le permitiera ver mejor en la penumbra.

Emiliano, en cambio, emitió un ronroneo de disconformidad.

—En la oscuridad pueden jugar con nosotros como si fuésemos pequeños ratones… Las sombras son sus aliados… No me gusta… Pretenden confundirnos… —susurró reflexivo—. ¡Movilizad a todo el ejército! —exigió con repentina energía—. ¡Sacad a cada hombre de los barracones, de los fuertes y de los campamentos! ¡Formad si es necesario un cerco de sesenta mil hombres uno junto al otro! ¡Que la caballería pisotee cada raíz y arbusto alrededor de Numantia! ¡Hacedlo! —ordenó pasando al grito, justo en el instante en el que uno de los mensajeros de enlace llegaba con la lengua fuera, resollando como un toro asfixiado.

—Los numantinos han conseguido poner el pie en el paseo de ronda de los sectores Esquilino y Palatino, saltando algunos de ellos al otro lado —jadeó con las manos apoyadas en los muslos—. Se resiste a duras penas. Los centuriones claman porque lleguen los manípulos y cuerpos de guarnición y reserva. Es un ataque masivo.

Emiliano se volvió hacia Cayo Graco y Occio con el rostro dominado por la más rígida preocupación.

—Hacedlo. Movilizad a todos. No debe salir ni uno —decretó.

Cerca del fuerte ribereño Quirinal. Ataque noroccidental

Cuatrocientos numantinos se sumergieron hasta el pecho en las aguas encharcadas que anegaban las riberas del río Tera, entre el campamento Escipión y el fuerte Quirinal.

Volutas de una niebla densa y gélida atenuaban los ecos del combate que sobrevolaban hasta allí desde los llanos orientales, lejanos pero fieros, tenues

pero escalofriantes.

Las aguas, mansas y estancadas, salpicadas de grupos de altas hierbas de ribera, ocultaban el avance de hombres de rostros embarrados y mirada demente. Todos ellos habían ingerido buenas jarras de cerveza *caelia* para espolear su valor y que los dientes no les rechinaran.

En aquel sector de la circunvalación no se elevaba un muro. Los romanos no habían podido asentar las piedras por la humedad del terreno y los afloramientos de agua, levantando en su lugar un potente terraplén de tierra coronado por un erizo de estacas y torres de madera cada treinta pasos. Y como había sucedido antes, los defensores, una veintena de guardias iberos, no podían ver qué se aproximaba, pero sí a la inversa.

Los numantinos surcaron con sigilo las aguas y ya en la orilla echaron cuerpo a tierra con movimientos acompasados. Poco después iniciaron su ascenso, deslizándose como silenciosas culebrillas, pero a mitad de terraplén, donde corrían ya el riesgo de ser vistos, se pusieron repentinamente en pie, aullaron a pleno pulmón, uno de ellos sopló el maldito cuerno de guerra y echaron a correr cuesta arriba, dando alaridos.

La primera línea de centinelas, un grupo de iberos, no fue un obstáculo para los celtíberos, superiores en número y en agresividad.

No iba a suceder lo mismo con la segunda línea defensiva, formada cuarenta pasos más adelante. Los numantinos corrieron terraplén abajo mientras les llovía de todo, ya fuesen los proyectiles de las certeras catapultas, los glandes de honderos o las flechas de los arqueros númidas y cretenses apostados en aquel sector.

Detrás de estos, emergiendo de barracas y chozas, iban formando gruesos muros de legionarios de la clase de los príncipes. Avanzar en aquella sección no iba a ser tan sencillo. Con todo, nada amilanaba a aquellos hombres nacidos para luchar y morir en combate.

Rugiendo nuevamente como bestias incontroladas —algunos incluso cantando—, avanzaron como un muro que apisona la tierra para chocar con colosal fuerza contra legionarios, iberos, tropas auxiliares, arqueros, honderos y todo cuando allí se encontrara, pues cuatrocientos numantinos concentrados en un punto concreto resultaban una fuerza devastadora.

Los romanos cayeron hacia atrás, los arqueros y honderos iberos se dieron a la fuga, las catapultas dejaron de disparar para no acabar con los suyos propios y los numantinos, con ojos fuera de las órbitas, sajaban, estocaban, pisaban cabezas, ladraban, disfrutaban y brincaban por encima de cadáveres y heridos.

En el campamento Escipión

—¡Allí, otro ataque! —gritó Cayo Graco, señalando en esta ocasión hacia su derecha. Todos giraron la cabeza como impulsados por un muelle, comprobando cómo prendían en sucesión las piras de las torres del nuevo lugar atacado, en este caso en el espacio ocupado por las aguas encharcadas en la desembocadura del río Tera en el Durius, al norte del fuerte Quirinal.

—¡Qué cabrones! —reiteró Occio con su sempiterna ramita.

—¡Están atacando a la vez todo el perímetro! —clamó Cayo.

—Nunca lo habían intentado antes —secundó Occio.

—Pero no tienen hombres suficientes —se sorprendió Cayo.

—Tal vez los tengan —murmuró Emiliano sin poder dejar de mirar de un lado a otro como un cervatillo que olfatea el peligro inminente.

Aún faltaban cinco horas para amanecer y los fuegos de las torres titilaban por doquier, ya fuese en el noreste, en el sureste y también ahora en occidente, en la línea del Tera. El fragor de la lucha llegaba ya desde todas partes, haciéndose indistinguible, tanto como el canto de los cuernos numantinos, que aturdían los sentidos y resonaban como una sucesión de poderosos truenos que hacen retumbar el aire y la tierra.

—Tal vez tengan los hombres necesarios —balbució de nuevo Emiliano mientras trataba de comprender cuál era el verdadero plan de los numantinos, pues no le cabía la menor duda de que tenían uno y de que aquel ataque masivo en el que estaban empleando con seguridad todos sus recursos humanos no dejaba de ser hasta el momento otra cosa que una grandiosa y valiente operación de distracción—. Algo traman —dijo entre dientes—. ¡Algo traman! —gritó de pronto con desesperante inquietud, excitado por una noche de fuego y destrucción en la que seguía sin distinguirse nada a dos pasos.

Entre el campamento Viminal y el Aventino. Ataque suroccidental

Cuarenta numantinos zigzaguearon como ágiles gatos pardos por el angosto y aéreo camino que descendía al Durius por la ladera occidental de Numantia. En la orilla del río aguardaban ocultos en el ramaje cuatro pequeños botes que habían de conducirles al otro margen. El Durius, encajonado en una garganta, bajaba impetuoso y caudaloso, por lo que resultaba arriesgado cruzarlo a nado.

Soltando amarras, los esquifes descendieron por la corriente velozmente, pero la fuerza de los remos permitió que lo hicieran en diagonal, tocando la

orilla contraria apenas treinta pasos aguas abajo del punto de salida.

Los numantinos saltaron a tierra, atravesaron una fina franja de bosquecillo fluvial y acometieron el ascenso de la pequeña quebrada sobre la que se sostenían los fuertes Aventino y Viminal, unidos ambos por el sector amurallado que aquellos pocos valientes tenían como objetivo.

Una vez más la penumbra fue su más fiel compañera, lo que unido a su sigilo gatuno les permitió acercarse hasta el foso mismo que precedía al lienzo romano. Una vez que lo alcanzaron se miraron unos a otros, asintieron y, de golpe, se pusieron a gritar cuan alto podían mientras lanzaban a los cegatos vigías una andanada de dardos y piedras.

No faltaron tampoco, por supuesto, los sonoros cuernos de guerra rematados con las fauces abiertas de un lobo, razones más que suficientes para que los centinelas de la muralla, los guardias de las torres cercanas y los contingentes de guarnición que descansaban en las barracas exteriores pegaran un sublime brinco y se agitaran como hormigas nerviosas.

Porque, en realidad, al igual que sucedía en el resto de los ataques que se producían a lo largo de todo el cerco, no podían discernir si tenían bajo los muros a diez numantinos o a tres mil. Tal era su ceguera, lo que se traducía en una ansiedad que ahogaba sus gargantas. No podían gritar de tanto miedo, pero los numantinos, avezados fanfarrones de voces roncas, timbradas y profundas, los suplían a la perfección.

El vocerío nuevamente era atronador, tanto que comprobaron con satisfacción que su misión se cumplía: las hogueras de las torres de aquella sección prendieron orgullosas señalando un nuevo asalto, el cuarto.

En el campamento Escipión

Emiliano, siempre acompañado de Cayo Graco y Occio, ya no podía más. Las fogatas de tres nuevas torres, en este caso de la división suroccidental del perímetro, se recortaron en el horizonte nocturno con seductora claridad, reclamando su propio protagonismo en el caos que los numantinos estaban convocando en una noche de terror.

Sin embargo, algo no cuadraba. Los mensajeros de enlace que corrían como liebres le informaban de que los sitiados, pese a hollar los caminos de ronda, no avanzaban. Algunos saltaban al exterior, pero para hacer simples alardes de valor. La mayoría se parapetaban bajos los escudos para soportar el barrido de artillería, arqueros y honderos mientras no dejaban de gritar y hacer sonar sus malditos cuernos.

—Tan pronto corren como bestias salvajes para chocar contra las tropas

de reserva —le decía uno de los mensajeros—, como se repliegan de nuevo, aullando para volver a cargar al rato.

Emiliano, al escuchar los mensajes, recuperó algo de sosiego. Al menos las tropas de guarnición de los muros y las de reserva a sus espaldas parecían estar presentándose en los lugares asignados, evitando que los numantinos pudieran salir libre y alegremente a campo abierto.

Por el contrario, al mismo tiempo, los celtíberos mostraban prudencia y estrategia, lo que no era propio de hombres desesperados que luchan hasta la muerte. Los numantinos, incluso en las penalidades, seguían siendo unos zorros muy peligrosos.

—Algo traman —reiteró lleno de inquietud, paseando de un lado a otro del parapeto que hacía las veces de majestuoso balcón a la mayor representación de arrojo bélico que el orbe hubiera conocido jamás. A esas alturas de la madrugada, Numantia ya no era una sencilla ciudad, sino una epopeya mitológica. Y los numantinos ya no eran simples guerreros, sino los mismísimos dioses de la guerra.

Con todo, hasta los dioses eran predecibles. Solo debía calmarse y ordenar sus pensamientos para descubrir qué pretendían hacer realmente, con la convicción de que los ataques eran pura distracción.

Con tal ánimo, excitado y con la desagradable sensación de incertidumbre, Escipión escrutó obsesivamente cada uno de los puntos atacados, repasándolos con celo.

El nororiental y el suroriental brillaban con luz propia. Siendo estas zonas las de más difícil defensa, seguramente eran en las que los numantinos estaban empleando más combatientes, forzando a su vez a que las tropas de defensa de la llanura oriental se reunieran allí con atropello, desatendiendo otros sectores.

El ataque noroccidental en la zona pantanosa le iba a la zaga. Confluyendo en la única porción del cerco sin muralla, obligaba también al envío de numerosísimos efectivos del contingente apostado al noroeste de la línea conformada por los ríos Tera y Durius, abandonando de nuevo otras secciones que, por lo tanto, quedaban comprometidas.

Lo mismo ocurría con el cuarto de los asaltos, el del lado suroccidental, con la suficiente vis atractiva para comprometer y desviar hacia allí la fuerza legionaria apostada en la orilla derecha del Durius.

Solo un punto del cerco no había sido importunado, el sureño, justamente aquel que enlazaba el campamento Fabio y el fuerte Celio.

En aquel lugar la muralla no corría directamente de una fortificación a la otra, sino que se retranqueaba hacia el sur para hacerla coincidir con la parte alta del circo natural que descendía hasta el río Merdancho. Este particular recorrido creaba un gran embolsamiento aislado al que era imposible acceder

de día, puesto que las catapultas ubicadas en el campamento Fabio y en el fuerte Celio, con un alcance de doscientos pasos, masacraban con lanzamiento cruzado a todo ser vivo que pretendiese entrar en aquella bolsa de terreno. Pero, de noche…

Un colosal y sonoro voceo de un nuevo cuerno numantino golpeó los tímpanos de Emiliano, interrumpiendo su meticuloso examen. Los ataques persistían, pero, no obstante, aquel cuerno tenía un tono distinto, más agudo e hiriente que los anteriores, más dañino para los oídos, pero más audible a larga distancia, como si actuase a modo de reclamo.

—Ese cuerno resuena como un pato que llama a sus crías —porfió Occio, al que el ruidito se le había metido hasta los sesos.

—Es el estridente graznido del animal que reclama a sus patitos… —siseó Emiliano, dejando la frase en suspenso cuando la estridente tuba de guerra atormentó de nuevo sus oídos. El desagradable soniquete llegaba del sur, justo el único punto no atacado hasta el momento. Y Emiliano, al fin, comprendió el plan numantino.

Volviéndose como una centella, se topó con cinco mensajeros de enlace. Todos ellos eran muy delgados, rápidos y resistentes, pues los había ejercitado para saber cuál de ellos recorría una larga distancia en menos tiempo. De los cinco, clavó su mirada en el que sabía que era el más ágil y veloz, pues los conocía a todos.

—Tú, Lucio, corre como si fuese lo último que hagas en tu vida, porque de ti depende la salvación de todos —le arengó—. Vuela hasta el sur, hasta el campamento Fabio, y adviérteles de que corren un gran peligro. ¡Corre!

Y el mensajero salió despedido como Mercurio con alas en los pies.

Entre el fuerte Celio y el campamento Fabio. Ataque sur

El joven Retógenes y setecientos guerreros abandonaron Numantia por el sur y descendieron sin emitir ni un solo susurro al espacio delimitado por el Durius y el Merdancho, una explanada de trescientos pasos de ancho y suave pendiente en la que esperaron agazapados a que se fueran sucediendo los cuatro asaltos de distracción que debían preceder al suyo.

Su ataque, orientado al sector sur del cerco, no iba a ser ruidoso ni tumultuoso, sino silencioso y traicionero. Su objetivo era cruzar el Merdancho, atravesar sin ser vistos la línea de apenas doscientos pasos que separaba frontalmente el campamento Fabio y el fuerte Celio, refugiarse después en la gran bolsa de terreno circundada por la muralla y aguardar a que unos pocos hombres, no más de siete, escalaran una de las torres y mataran a

sus defensores antes de que encendieran las hogueras de aviso.

Hecho esto, setecientos hombres y otros mil quinientos más procedentes de los puntos de asalto de Avaro y Megaravico —oportunamente reclamados por un cuerno agudo que imitaba el irritante graznido de un pato— confluirían silenciosamente en la torre conquistada para, cual sigilosas lagartijas, superar la muralla y provocar el caos por detrás de las líneas romanas. Confiaban que, con esta maniobra, los iberos se retiraran en desbandada —pues tal era el temor que les tenían a los numantinos—, y que el resto de las tropas romanas, privadas de su brutal superioridad numérica y desmoralizadas por la inutilidad del esfuerzo puesto en la construcción de la gigantesca circunvalación, fueran incapaces de mantener el cerco.

A medianoche, Retógenes supo que los cuatro asaltos previos se hallaban en plena efervescencia. Sin duda, el ejército romano habría sido ya atraído hacia esos sectores como las moscas acuden al olor del pescado en una parrilla. Era el momento. Su camino estaba libre.

Bien agachados, se pusieron en movimiento y cruzaron sin ser vistos en columna de a dos el riachuelo Merdancho. Después, con igual reserva, pasaron por en medio de la diagonal del campamento Fabio y el fuerte Celio. Finalmente, se agruparon como un rebaño de dóciles ovejas en el centro del embolsamiento. La muralla distaba cien pasos. Estaban en posición, pero aún debía graznar el cuerno agudo con sonido de pato para reclamar las tropas de Avaro y Megaravico. No obstante, no podían hacer retumbar la tuba allí mismo, so pena de ser descubiertos. Por ello, Retógenes envió a un joven de piernas largas para que lo hiciera sonar en Numantia.

La espera no fue larga, pero sí intranquila. El fragor de la batalla les alcanzaba de modo sordo, tanto como para oír el latido de sus corazones. El tiempo se consumía hasta que, al fin, se oyó, el cuerno agudo, sonoro y poderoso. Pronto se les unirían los hombres de Avaro y Megaravico, pero, entretanto, para que a su llegada encontraran ya el camino expedito, debían desalojar el sector escogido de la muralla.

Retógenes se separó del grupo con otros seis compañeros. Lo hizo sin saber que un mensajero de Escipión Emiliano acababa de emprender la carrera de su vida para dar la alarma en el campamento Fabio.

Los siete numantinos reptaron muy despacio, deteniéndose a menudo a través del vasto espacio retranqueado de la muralla. Buscaban el punto más recóndito, aquel que más se alejaba del campamento Fabio y del fuerte Celio. En particular, su asalto se dirigía contra una torre muy concreta, la XLIII según la numeración romana.

Su aproximación fue metódica, como cazadores de la noche, amortiguando sus pasos sobre la hierba y los espinos.

Los numantinos sabían que en cada torre había ocho hombres, pero que

hacían turnos. Cuatro permanecían siempre de guardia. Los demás, otros cuatro en total, descansaban en el segundo de los cuatro pisos que tenía cada atalaya. También sabían que en los brazos de muralla que separaban cada torre acostumbraban a pulular uno o dos vigías de ronda. De esta guisa, todos ellos, tanto los centinelas del paseo de ronda como los guardias de las torres, debían ser liquidados con la mayor discreción y celeridad. De lo contrario, todo el plan fracasaría.

Retógenes y su grupo, ahora totalmente tirados y con movimientos extremadamente parsimoniosos, alcanzaron la base de la muralla sin que los dos centinelas, que miraban a lo lejos para ver los fuegos de los asaltos, se percataran de que estaban allí. Retógenes hizo entonces un enérgico gesto con la cabeza, señal para que tres de sus hombres treparan con agilidad por el lienzo. Entretanto, el mensajero de Emiliano seguía corriendo como si no hubiera suelo bajo sus pies.

Los tres numantinos que abrían la escalada clavaron sus dedos entre las piedras, asentaron sus pies en las hendiduras y salientes y se impulsaron hacia arriba hasta llegar a la base exterior del parapeto de madera.

—Es una noche agitada —oyeron que decía despreocupadamente uno de los centinelas.

Los escaladores, pegados a la parte superior del muro como arañas negras, tensaron sus músculos, se miraron, asintieron y, propulsados por la fuerza ávida del combate, saltaron sobre el paseo de ronda, taparon las bocas de unos paralizados guardias y les cortaron la garganta de un solo tajo, sujetando sus cuerpos para que no cayeran como sacos. Hecho esto, los tres atacantes se quedaron de cuclillas, en completo silencio, aguardando una señal de alarma que, por suerte, no llegó. Uno de ellos se levantó muy despacio y asomó la cabeza por encima del parapeto. Los demás podían subir. Retógenes fue el primero. Mientras tanto, el mensajero de Emiliano se aproximaba ya al campamento Fabio.

Cuando los siete numantinos estuvieron arriba, Retógenes se dispuso a encarar el portón de acceso a la torre. Antes de hacerlo inspiró y expiró pausadamente, miró a sus hombres para que nadie emitiera ni el más mínimo gemido y, muy despacio, abrió la puerta. Al otro lado esperaban encontrar a cuatro romanos dormidos y a otros cuatro de guardia. Era vital que ninguno de ellos prendiera la hoguera del piso superior del torreón; que aquel sector quedase en la tiniebla; que nada llamase la atención.

El mensajero de enlace de Emiliano estaba ya a las puertas del campamento Fabio y pedía ver de urgencia a Fabio.

Los cuatro romanos que supuestamente debían estar descansando, no lo hacían, jugaban a los dados. Y tal era la emoción de la partida que los otros cuatro de guardia acababan de bajar de los dos últimos pisos para mofarse, reírse e insultarse unos y a otros, todos ellos con la vista libidinosamente puesta en los dados que rodaban.

El tiempo se detuvo cuando Retógenes abrió la puerta, el tiempo salvo los dados de la última tirada, que siguieron dando botes. Los ocho romanos se quedaron petrificados al ver a los siete numantinos delante de sus mismas narices. Los celtíberos, apelotonados bajo el vano de la puerta, hicieron lo propio, limitándose a desplazar los ojos dentro de sus cuencas, como si así no pudiesen ser vistos.

Y tan pronto como el tiempo había quedado paralizado, se arrancó súbita y vertiginosamente, con el deseo de recuperar los segundos perdidos. Los romanos que jugaban a los dados se levantaron de golpe y tiraron la mesa a un lado de un solo golpetazo. Los numantinos se abalanzaron sobre ellos con los cuchillos bien dispuestos. Tres de los romanos de guardia se echaron la mano al cinto para blandir su *gladius*. El alboroto de gritos llenó la pequeña sala, enredándose unos contra otros en una lucha a vida o muerte.

Uno de los romanos de guardia, en cambio, tuvo una idea distinta, y echó a correr escaleras arriba. Solo le siguió un numantino, Retógenes. El romano no debía encender la hoguera.

Los dos hombres brincaron como cabras en su angustioso ascenso.

Retógenes estuvo a punto de dar alcance al latino en el tercer piso, pero tropezó con la esquina de una catapulta. El guardia se le escapaba y acometía ya las escaleras al cuarto piso, que no era otra cosa que una azotea. Con todo, tuvo tiempo de lanzarle el cuchillo, que fue a clavársele en el gemelo derecho. El romano aulló de dolor, pero no abandonó su desesperado ascenso. Retógenes se precipitó tras él.

El centinela, ya en lo alto, agarró una antorcha prendida, pero cuando quiso armar el brazo derecho para lanzarla sobre el montón de ramas impregnadas de alquitrán, descubrió que no podía hacerlo. Mudo de asfixia se echó la mano izquierda al hombro derecho, pero no encontró nada. No tenía hombro ni brazo derecho, solo un gigantesco muñón desgarrado del que salían dos enormes chorros de sangre. Se mareó, pudo ver que su extremidad entera, seccionada de cuajo, descansaba agarrotada en el suelo, sujetando todavía la antorcha. Trató de gritar, de huir, de frenar la hemorragia con los ojos en blanco y dominado por el pánico, pero dejó de sentir. Retógenes le hundió la espada en la garganta y el mundo de las tinieblas lo envolvió por siempre.

Retógenes, respirando como un fuelle, no tardó un segundo en dejarse

caer por las escaleras hasta el segundo piso, donde la pequeña batalla había concluido. Los siete romanos restantes yacían tirados con ojos abiertos y muecas grotescas. Solo dos numantinos habían caído. Los otros cuatro permanecían en pie, inclinados hacia adelante para apoyar las manos en sus muslos, tratando de llenar sus pulmones de aire mientras iniciaban un coro de risotadas incontrolables. Lo habían conseguido. La hoguera de la torre no ardía. Su mundo, el de aquel sector, dormía en la oscuridad.

—¡Rápido, que vengan los demás, rápido! —ordenó con nerviosa alegría, dicho lo cual, extasiado, queriendo ver la llegada de sus setecientos hombres más los de Avaro y Megaravico, subió de nuevo a la azotea.

En lo alto, se abalanzó sobre el parapeto. Aquella noche pasaría a los cantares más épicos del pueblo celtíbero. Dos mil guerreros numantinos superarían la muralla del romano y lo dejarían en evidencia, provocando el pánico y el caos en la espalda de las líneas enemigas; gritando enloquecidos que la pequeña Numantia era invencible; desparramándose por la región para pedir ayuda al resto de las ciudades celtíberas e incitar la conjunción de una gran confederación como las de antaño, capaz de reunir a veinte mil infantes y seis mil jinetes. Estaban a punto de conseguirlo.

En estas, aproximándose ya sus hombres a la base del lienzo, una luz, una solitaria lucecita, prendió en la torre más cercana al campamento Fabio. Retógenes se quedó embobado, hipnotizado por aquella luminiscencia, incapaz de comprender qué ocurría hasta que, de pronto, se encendió otra más, y rápidamente la siguiente, y la siguiente, formándose de modo vertiginoso un haz como de un cometa que avanzaba inexorable hacia su posición. Y las torres de defensa romanas abandonaron la oscuridad. Y cuando hubo prendido la torre contigua, la suya no lo hizo, pero sí la siguiente en dirección al fuerte Celio, quedando un único torreón aislado, solo uno, sospechosamente sumergido en la penumbra en torno a la luz.

Comenzó a oírse entonces el ruido lejano de tropas en marcha y los inconfundibles chillidos de los centuriones, todo ello antes de que, como caída del cielo, como enviada por unos dioses enfurecidos, una torrencial lluvia de dardos, flechas, glandes de honda y proyectiles de catapultas barrieran violentamente la atalaya conquistada.

Se astilló entonces la madera.

Las esquirlas del torreón salieron propulsadas en todas direcciones.

Uno de sus hombres cayó al paseo de ronda con una gigantesca astilla clavada en un ojo. Otro se derrumbó atravesado de lado a lado por un venablo que voló desde la oscuridad.

Tembló la torre entera y el hierro silbó antes de aguijonearlo todo.

Retógenes se agachó como pudo. La artillería romana hacía añicos la torre mientras el resto de sus hombres eran acribillados por decenas de dardos.

O saltaba o no saldría con vida.

Pegó un brinco y cayó al vacío desde una altura de siete hombres.

Las tropas romanas, vomitadas de urgencia desde el campamento Fabio, trituraban sin piedad su propia fortificación para no dejar un alma viva.

Retógenes rodó por el suelo.

Con el impulso, se levantó y echó a correr cuesta abajo.

Se cruzó con sus setecientos hombres, que ya se aproximaban, provocando que le siguieran y corrieran tras él.

Aún quedaba lo peor, atravesar la estrecha diagonal que separaba el campamento Fabio y el fuerte Celio.

Desde las fortificaciones romanas comenzó el lanzamiento parabólico de flechas incendiadas, que en su caída iluminaban el terreno, fugazmente, pero lo suficiente para distinguir los bultos humanos que trataban de alcanzar el Merdancho.

Poco después, la furia de Roma entera y sus mortales catapultas de torsión barrieron con fuego cruzado el paso sobre el río.

Los numantinos, que llegaban en franca huida, se apelotonaron en las orillas. Eran presa fácil. Los dardos gigantescos surcaban violentamente el éter como enormes y aceleradas agujas.

Los numantinos, ciegos ahora ellos, atravesados y despedazados, comenzaron a caer por decenas, unos propulsados varios pasos por la fuerza del impacto, otros sin cabeza, otros sin piernas, los más aplastados por los suyos mientras el río Merdancho se tornaba rojo oscuro. Era una matanza.

Poco después, corriendo sin mirar atrás, asfixiado y mojado hasta los huesos, Retógenes consiguió llegar a la ladera sur de Numantia, fuera ya del alcance de las catapultas. No le hizo falta contar con precisión para advertir que regresaban muy pocos. Desquiciado, gritó al cielo con los puños violentamente apretados. Fue un aullido desgarrador y quebrado, combinación de rabia, impotencia y furia.

Dos horas después, cuando el sol despuntaba, los atléticos mensajeros de enlace comunicaron a Emiliano que los numantinos se retiraban de todos los puntos de asalto, y que el sector sur estaba a salvo.

Emiliano, aliviado como si le hubieran quitado de encima el peso del templo del Júpiter Capitolino, tuvo a bien sentir de pronto una enorme grandilocuencia, justo la que le gustaba exhibir en aquellos momentos de gloria y triunfo. Por ello, consciente de que acababa de superar la prueba más dura, ufano de que su circunvalación era una obra maestra inexpugnable, producto de su propio genio, se giró hacia Occio y Cayo Sempronio Graco. Necesitaba decir una frase grandiosa para la ocasión.

—Los hombres se cansan antes de dormir, amar, cantar y bailar que de hacer la guerra —recitó pomposamente antes de abandonar el balcón en el que

había disfrutado de una hermosa tragedia.

—¿Qué es eso? —le preguntó Occio a Cayo por lo bajo.

—Es un verso de la *Ilíada* de Homero —aclaró Cayo.

Occio encogió los hombros.

—Pues yo nunca me canso de luchar —Y siguió a Emiliano.

Comerse el sapo

Roma, de marzo a mediados de abril

Aprobada la ley agraria, Tiberio y Apio Claudio se pusieron de inmediato manos a la obra para iniciar los trabajos de recuperación y reparcelación de las tierras públicas indebidamente ocupadas.

Fue Claudio, como presidente de la comisión de triunviros, quien se desplazó en primer lugar a Etruria, encontrándose en poco tiempo, sin embargo, con numerosísimos conflictos.

El paso de los siglos y la proliferación de ocupaciones ilegales habían echado raíces y era de lo más habitual encontrar parcelas privadas parcheadas en el *ager publicus* o a la inversa, amén de sepulturas en lo público y amojonamientos inexistentes o imprecisos.

Aun así, para su desesperación, los más revoltosos eran los propios senadores, puesto que en cuanto llegaban a sus tierras los servidores de Apio Claudio los echaban a patadas, y si quien se presentaba era el mismísimo Claudio exhibían sin ningún tipo de sonrojo títulos de propiedad falsos.

—¿Me estás diciendo que este documento de compraventa es verdadero? —le preguntó una tarde Apio Claudio a Galba en su inspección a los viñedos que este tenía en Cameria, muy cerca de Roma.

—Por supuesto —contestó Galba con gigantesca soberbia.

—¡Oh, vamos, no te lo crees ni tú! ¡Yo mismo estaba aquí hace años cuando pediste a tu capataz que amenazara de muerte a todos los campesinos para que dejaran sus tierras! —bramó Claudio con el típico brillo gélido de sus ojos glacial alpino.

—La compra fue limpia —insistió Galba con una mueca de asco.

—Eres despreciable, este título es falso —farfulló Claudio.

—Métete el documento por donde te quepa —escupió Galba, provocando la arrogante sonrisa de Claudio. A él, con un *cursus honorum* completo, *princeps Senatus* y patricio hasta la médula, un mequetrefe corrupto como Galba no iba a engañarlo.

Con todo, el problema más grave no era en realidad que los padres conscriptos fueran unos estafadores en toda regla.

—Los ciudadanos que se presentan al reparto son muy voluntariosos —le dijo Claudio una tarde a Tiberio—, pero no tienen más capital que su túnica y sus sandalias. Para cultivar un campo se necesitan semillas, aperos, animales de carga y materiales para levantar casas y granjas, y de todo ello adolecen estos desgraciados.

Tiberio escuchaba unas veces a su suegro con gesto tranquilo y reflexivo, pero en otras no podía evitar caer en la más rabiosa desesperación

ante un Senado que se las ideaba torticeramente para poner todas las trabas posibles en la ejecución de los trabajos agrarios.

—Tiene su ley, pero no le asignaremos ni un solo sestercio para llevarla a cabo —siseaba Nasica a menudo, con gesto de soberbia petulancia, en sus devaneos por el foro.

—Tampoco le habilitaremos una oficina para las tareas administrativas —secundaba Pompeyo con cara de feliz bobalicón.

—Algo habrá que darles para que el pueblo no se nos eche encima —contradecía Metelo por lo bajo.

—Pues que sean veinticuatro ases diarios —rio Nasica con puro desdén. Esa cantidad era una miseria, pero esa miseria fue la que finalmente autorizó el Senado para la realización de las labores agrarias.

Tiberio, imbuido siempre en su recta elegancia, protestó airadamente en la sesión senatorial, pero sabía que esta vez no podía hacer nada, no de momento. El Senado, como siempre encabezado por Nasica y sus labios de pato, era el dueño y señor de las arcas públicas.

—Le haría comerse la toga —porfió en su regreso a casa, naturalmente pensando en Nasica.

—Sería de lo más divertido —bufó Flaco, que lo acompañaba—, pero me temo que no serviría de nada. Nasica se comería vivo un sapo gordo y feo de un lodazal con tal de no ceder ni una sola de sus fincas.

—Pues se lo comerá.

—Pues no sé cómo.

—Siempre hay una manera, Flaco. Las oportunidades se presentan cuando menos se las espera. Haremos que Nasica se coma ese sapo tan gordo y feo —zanjó Tiberio con rostro invencible, su pose natural desde que depusiera a Octavio antes de leer la arenga de Aníbal de puño y letra de su Claudilla.

En casa de Tiberio, esa misma noche

Pérgamo era un reino de Asia Menor. Aún es más, Pérgamo era el centro político helenístico más rico y poderoso de la Anatolia occidental, de tierras inmensamente fértiles, comercio abrumador, abundante tesoro, plagado de magníficas obras de arte e inconmensurables edificios como su biblioteca y el altar de Zeus, construidos con el mecenazgo de su dinastía reinante, los atálidas, fieles y principales aliados de Roma desde las guerras macedónicas y asiáticas, valedores de la cultura griega en el Oriente más próximo, productores principales del pergamino y valladar frente a los monarcas

seleúcidas de Siria. En suma, un reino de opulente y elegante riqueza, pero un reino sin rey tras la reciente muerte de Atalo Filometor.

Atalo había sido un gran rey y también un gran amigo de Roma, tanto como para, en el lecho de muerte, tomar una decisión que había dejado boquiabiertos a propios y extraños. Pero era su fallo, el del rey, y no solo debía ser respetado, sino comunicado cuanto antes al Senado romano para que este tomase cartas en el asunto y con la mayor celeridad, so pena de provocarse una guerra de sucesión que Atalo quería evitar a toda costa.

—Ve a Roma. Parte hoy mismo —le había ordenado en los estertores de su larga vida al príncipe Eudemo—. Ve y hazles saber mi última voluntad.

Eudemo, que era un tipo obediente que no quería meterse en líos, se rodeó de unos cuantos embajadores con los que amenizar el viaje y navegó raudo y veloz, viento en popa. Entre sus acompañantes figuraba Euno, un noble al que le gustaba irse de la lengua y hacerse el importante en casa de sus poderosos patronos, y Tiberio Sempronio Graco era el principal en Roma. Y no es que Tiberio hubiese estado en Pérgamo, pero sí su padre, que en una visita diplomática años atrás había sabido dar favores a la familia de Euno a cambio de su clientela.

En cuanto los de Pérgamo pusieron un pie en Roma, se hospedaron en casa de senadores y caballeros, y Euno, cómo no, se plantó en la *domus* de Tiberio.

—Sé bienvenido a esta casa, Euno —correspondió Tiberio con pocas ganas de prestarle mucha atención. Su jornada en el Senado y su pelea con Nasica había sido agotadora.

El de Pérgamo se inclinó hacia adelante hasta lo imposible, y una vez recuperada la figura recta puso su lengua en movimiento para contar por qué estaba allí.

—He venido a Roma con el príncipe Eudemo de Pérgamo para traer una buena y una mala noticia —dijo.

Tiberio, sorprendido por el ansia de aquel hombre que ni siquiera aguardaba a la cena para iniciar sus peroratas, le dio permiso.

—Comienza por la mala —le instó.

—El rey ha muerto —espetó el de Pérgamo.

Tiberio se quedó pasmado y verdaderamente impresionado por la muerte de un hombre al que no conocía, pero del que había oído hablar tanto que bien podría decir lo contrario.

—Lo siento —balbució.

—Y la buena noticia —continuó Euno después de hacer otro rimbombante gesto de agradecimiento— es que el rey ha legado su reino en herencia a Roma, incluido el tesoro a excepción de las ciudades libres.

—¿Roma es la propietaria del reino de Pérgamo y de su tesoro? —

farfulló Tiberio, totalmente patidifuso.

—Lo es.

Tiberio no necesitó preguntarlo de nuevo para que sus labios se curvaran hacia arriba exageradamente, con gesto malicioso, imaginando cómo Nasica se iba a comer ese sapo tan gordo y feo. Las oportunidades, en efecto, aparecían en los momentos más inesperados.

—¿He dicho algo gracioso? —protestó Euno a su oriental manera.

—No has podido decir algo más oportuno —contestó Tiberio, muerto de risa en su fuero interno—. ¿Nos acompañarás para cenar esta noche? —preguntó a continuación como medio para aliviar al soliviantado embajador asiático, que admitía pocas bromas.

—¡Os acompañare todas las noches en las que esté en Roma, por supuesto! —exclamó ofendido por la duda. Nadie en su exótico Pérgamo le trataba de tal modo. Tiberio, en cambio, sonrió.

—Cenarás con nosotros el resto de tu vida si lo deseas, mi buen Euno, porque acabas de salvar mi ley agraria y a Roma —declamó exultante. Después, corrió a casa de Flaco para contárselo. ¡Ay de las caprichosas oportunidades!

En la curia Hostilia, al día siguiente

Los padres de la patria estallaron en un enloquecido aplauso cuando el príncipe Eudemo de Pérgamo, en medio de la sala y con sus mejores galas, finalizó su intervención, mostrando en sus manos con hierática presencia el testamento del rey Atalo.

La decisión del monarca no dejaba de ser sorprendente, pero, fuesen cuales fuesen los motivos, el capital que iba a fluir a Roma en forma de oro, plata y rentas ascendía a sumas incalculables, en un caudal gigantesco para seguir financiando las conquistas, los edificios públicos y, también, las sociedades de suministros de guerra, de transporte de tropas y de contratas de obras públicas, muchas de ellas en manos de testaferros de los senadores, pues este era el modo que tenían los padres conscriptos de sortear la vieja prohibición —con arreglo a la *lex Claudia de senatoribus*— de desarrollar actividades marítimas y comerciales.

En este estado de asombroso júbilo, los senadores se frotaban ya las manos por los pingües beneficios cuando Tiberio le pidió la palabra al cónsul que presidía la sesión, que no era otro que el jurista Escévola tras su esperado triunfo en los últimos comicios consulares.

Escévola le concedió la palabra, lo que provocó de inmediato que la mayoría de los senadores, tensos como una manada de perros de las legiones

con sus fuertes mandíbulas, gran cabeza y hocico corto, rotaran sus gruesos cuellos hacia Tiberio con los colmillos al aire, lo que no le amilanó en absoluto. Nada podría hacerlo ya.

—Padres conscriptos, al hilo de lo que he escuchado del príncipe Eudemo, anuncio que voy a presentar al pueblo una nueva *rogatio* —se arrancó sin preámbulos—. Voy a proponer que el tesoro de Pérgamo se destine a financiar los aperos, semillas y demás utensilios que necesiten los ciudadanos a los que se les asignen tierras públicas —desveló y se sentó en el banco tribunicio.

Y ocurrió sencillamente lo que tenía que suceder. El pavimento de la curia Hostilia se partió en dos, emergiendo con brutal y repentina ira las llamas del odio más devastador.

Nasica salió despedido de su asiento como si se sentara en una fumarola volcánica. Los ojos de huevo de Pompeyo abandonaron sus cuencas. Metelo agitó su rudo corpachón. Y hasta Fabio y Lelio bracearon airadamente por lo que consideraban el mayor atentado a la costumbre y a las funciones del Senado en siglos. El Senado se mecía en la tempestad más furibunda.

—¡Corresponde al Senado y a nadie más decidir sobre el destino de la herencia de Pérgamo! —aulló Nasica al borde del colapso.

—¡Yo mismo te acusaré ante el pueblo cuando dejes de ser tribuno! —le amenazó Pompeyo en un ronco alarido.

—¡Es vergonzoso! —clamó Metelo Macedónico—. ¡Tu padre volvía a casa de noche acompañado por ciudadanos honorables que apagaban las luces para no importunar, pero a ti te alumbran los más miserables!

La bronca era cataclísmica, pero Tiberio, sentado en el banco, miraba a todos y a todo con el mismo convencimiento que en el pasado había hecho callar a Catón, a Emiliano o a Nasica Córculo. Porque, recordando una vez más a Aníbal, era preciso enfrentar al enemigo, en una carrera hacia adelante, vencer o morir, pudientes contra desposeídos. Eso y que Nasica se comiera el sapo. Nada detendría su ley agraria, verdadera cura contra la avaricia, la sinrazón y el egoísmo senatorial.

Resistencia

Numantia, finales de abril

El fracaso del asalto a la circunvalación, acompañada de la muerte de quinientos guerreros, cayó a plomo sobre Numantia. Después de siete meses de asedio, de asaltos infructuosos por imposibles y de asfixia y dolorosa frustración emocional, las mujeres gritaron con los cabellos revueltos, los hombres deambularon como bestias atrapadas y los ancianos y los niños supieron que iban a morir. No había casa que no careciese de provisiones, y las familias que las tenían, pero las escondían, morían asesinadas en la noche, porque el ser humano es capaz de mantener la razón solo hasta cuando el hambre lo atormenta.

Así las cosas, muchos salían extramuros a por raíces, hierbas, serpientes, topos, ratones o algo con lo que complementar los guisos, aproximándose incluso a pocos pasos de la muralla. Los romanos, sin embargo, ya no les disparaban.

—No los matéis —ordenaba en realidad Emiliano—. Cuantos más sean, antes se les acabará el alimento.

Pese a todo ello, el joven Retógenes, cada más impetuoso y peligroso incluso para los suyos, consumido en su propia desgracia, mantenía viva la llama de la resistencia y de la combatividad.

—¡Debemos pedir ayuda! —rugió una noche en la asamblea de ciudadanos, yendo de un lado a otro de la sala común de Numantia como el león que puede devorar a sus propios cachorros—. ¡Apenas tenemos trigo, la carne se agota, la sal también, al igual que el queso o las bellotas! ¡No tenemos forraje ni heno para las cuatro ovejas y las dos vacas que nos quedan! —prosiguió Retógenes, encelado—. ¡A este paso tendremos que comernos el cuero hervido y después los unos a los otros! —bramó furioso.

—¿Es que no has tenido ya suficiente? ¡Han muerto ya mil de los nuestros! —repuso Megaravico, harto de tanto grito.

—¡Podemos hacerlo! —arengó Retógenes.

— El cerco es insuperable —negó Megaravico.

—¡No lo es!

—Sí que lo es —se obcecó Megaravico.

—Dejadlo hablar —intervino Avaro con autoridad.

Retógenes agradeció el apoyo. Todos lo miraron.

—El cerco es imposible para un ataque masivo, pero unos pocos hombres pueden salir de noche y buscar ayuda en las ciudades arévacas con las que tenemos lazos sagrados de hermandad. Pidámosles su apoyo para formar una gran coalición como las del pasado. ¡Pidámoselo! —suplicó con

los ojos vidriosos.

—No podrás salir —replicó un pesimista Megaravico.

—¡Estuve a punto de conseguirlo!

—Tú lo has dicho, a punto —se ofuscó Megaravico.

—¿Y qué perdemos con ello? ¡Yo estoy dispuesto a hacerlo! —rugió Retógenes, tirándose de los pelos.

—Que lo haga —dijo de pronto Avaro.

Los miembros de la comunidad viraron su cuello hacia Retógenes. En verdad que era su última esperanza.

—Iré a Uxama y a Termes —celebró Retógenes.

—No, ve primero a Lutia.[48] Está a mitad de camino y al galope llegarás en unas pocas horas —corrigió Avaro—. Y que Lug nos ayude.

Esa misma noche

Retógenes, acompañado de cinco amigos, emprendió la fuga en cuanto sobrevino la oscuridad.

Como ya lo había hecho antes, salió por la ladera sur de Numantia, cruzó la extensión de terreno delimitado por el Durius y el Merdancho, cruzó el riachuelo sin contratiempo alguno, pasó con igual sigilo entre el fuerte Celio y el campamento Fabio, entró en el embolsamiento, trepó por la muralla, liquidó a los centinelas —no vieron más, bien porque estaban despistados, bien por puro miedo—, saltó al exterior, robaron con toda impunidad cinco caballos y cabalgaron a todo galope al amparo de la oscuridad. Todo iba a sucederse con extrema rapidez.

Al alba. Seis horas después

El ejército romano sumaba sesenta mil efectivos, pero de todos ellos nadie se atrevía a decírselo. Emiliano, pese a desbaratar el gran ataque numantino de mediados de marzo, no aflojaba en su exigencia y obsesión, que no eran otras que impedir que saliera de la ratonera ni un solo numantino, pues era consciente de que solo una gran coalición celtíbera podría desbaratar sus planes. Si los celtíberos eran capaces de reunir un ejército como los de antaño, con unos efecticos de hasta veinte mil infantes y miles de jinetes, estaría en un serio aprieto.

Con tal ánimo, redoblaba incansablemente sus inspecciones, supervisaba personalmente las guardias, contaba el tiempo que tardaban los mensajeros en

recorrer todo el cerco, comprobaba que las hogueras prendieran rápido y escudriñaba el estado de fuertes y muralla, y si veía una sola grieta o que creciera en ella un hermoso tallo, ordenaba la inmediata reparación y que la vida vegetal o animal que se hacía hueco en las hendiduras de las piedras fuese extirpada.

Tales eran sus infatigables preocupaciones, razón más que suficiente para que, a la postre, nadie se atreviera a informarle, nadie salvo un hombre.

—Quinto Occio —lo recibió Emiliano al amanecer.

El legado de la ramita en la boca se cuadró y lo soltó a bocajarro.

—Los centinelas del brazo de muralla que une las torres XLII y XLIII han aparecido con el cuello sajado —dijo con valentía.

Emiliano, que leía una carta, se quedó inmóvil, en completo silencio, destilando un repentina furia que podía tumbar el cerco entero.

—No sabemos más —añadió Occio.

—Pues sabed más —dijo Emiliano en un letal susurro, sin levantar la vista de una carta que aferraba con violencia.

—No sabemos cuántos han salido, pero los encontraremos.

—Por vuestro bien, hacedlo —rumió Emiliano peligrosamente al tiempo que, por primera vez, activaba sus músculos, girando el cuello para clavar su mirada en el legado—. Hacedlo.

—Los encontraremos —prometió Occio.

Al mismo tiempo

Retógenes y sus cinco amigos alcanzaron la ciudad arévaca de Lutia al despuntar el alba. Para su alegría, fueron recibidos con gran alboroto, especialmente por los jóvenes que, extasiados por el valor y arrojo de los numantinos, ardían en repentinos deseos de abalanzarse sobre sus armas y marchar ese mismo día contra «el romano», como llamaban a Emiliano.

Los de Lutia, removidos como avispas nerviosas, convocaron de inmediato una asamblea en la casa común, y fue allí donde Retógenes, rodeado de muchachos incandescentes, se precipitó en su soflama sin pérdida de tiempo. Si Lutia decía que sí, otras ciudades como Termes y Uxama harían lo propio, convocándose una confederación de decenas de miles de hombres que podrían romper el cerco. Sus ojos brillaban extasiados. Podían conseguirlo. Estaba a punto de hacerlo.

—Escuchadme, hombres de Lutia —se arrancó solemne y crecido—. Mi padre me contaba al abrigo del fuego que hace apenas veinte años las ciudades celtíberas fuimos capaces de reunir una coalición de veinte mil

guerreros y cinco mil jinetes —susurró en estado emocional—. Me contaba también que aquel ejército ridiculizó y venció al romano de tal forma que su Senado decidió que de ahí en adelante la fecha de su derrota debía ser nefasta —dijo con los ojos muy abiertos.

—¡Era la fiesta de su dios Vulcano! —gritó un muchacho lleno de excitación.

—¡Su dios no pudo con los nuestros! —bramó otro en febril ardor.

—¿Y por qué nuestros dioses vencieron a los suyos? —saltó como un resorte Retógenes, inflamado igualmente.

—¡Porque luchamos juntos! —contestó otro joven.

Era lo que Retógenes esperaba. Estirando su espalda, con gesto de tozudez celta, portentosa su barba pelirroja, embistió como un toro.

—¡Y por esto hoy vengo a pediros que recordemos aquellos tiempos! —clamó—. ¡Que ayudéis a Numantia como Numantia os ayudó en el pasado! ¡Que reunamos de nuevo un inmenso ejército! ¡Que retomemos nuestros lazos de parentesco! ¡El romano no es invencible! ¡Yo hoy estoy aquí! ¡Yo hoy me cago en su muralla y os pido que luchéis con Numantia! ¿Lo haréis? —berreó en estado de trance, con los brazos en alto, consciente de su rápido triunfo, aquel que emularía en breve en Termes o en Uxama, provocando que los de Lutia, embebidos de la gloria del combate heroico con el que habían nacido y con el que morirían entre ríos de cerveza, rugieran como bestias, suplicando una alianza con el resto de las ciudades arévacas. La llama de la resistencia numantina aún estaba viva. Tenían esperanza.

En Lutia, poco después

Caro, uno de los ancianos de la ciudad, vio marchar al impetuoso y temerario Retógenes por el camino de Termes, hecho lo cual fue a un claro de un bosquecillo próximo y se sentó en un tocón acompañado de uno de sus hijos.

No era el único en aquel claro. Otros quince viejos como él descansaban sus ya flácidas nalgas en otros tantos tocones, formando un formidable, aristocrático y reverencial círculo de larga y dura experiencia, tanto en la vida como en la lucha contra Roma.

Así permanecieron largo rato, bajo el sonido del bosque y del viento, sin decirse ni una sola palabra, mirándose circunspectos los unos a los otros. Y como eran viejos zorros, se hablaron y entendieron con su simple presencia. Fue entonces cuando Caro le hizo un gesto a su hijo para que se acercara. Así lo hizo el vástago.

—Leucón —farfulló Caro—, arrea tu caballo y cabalga todo lo rápido

que puedas.

—¿Adónde, padre?

—A Numantia. Avisa a Escipión.

Al atardecer. Cinco horas después

—Sabemos dónde están.

Emiliano, que no había podido permanecer quieto ni un solo instante a lo largo del día, paró en seco y miró a Occio. Corría ya el atardecer y aquellas palabras acababan de sonarle a música de los dioses.

—¿Dónde? —demandó con ansia.

—Son seis numantinos y exhortan una alianza en Lutia.

—¿Cómo lo hemos sabido?

—Los viejos de Lutia se han meado encima —espetó Occio.

Emiliano dio una inmensa bocanada de aire y estalló en órdenes.

—¡Quiero preparados seiscientos jinetes romanos e itálicos y otros tres mil iberos! —exigió en un bramido—. ¡Quiero cuatro mil vélites dispuestos ya! ¡Quiero seis mil infantes ligeros y los quiero también ya! ¡Y quiero que estemos en Lutia al amanecer! ¿Me habéis entendido? ¡Marcharemos toda la noche! ¿Me habéis entendido? —inquirió fulminando con la mirada al batiburrillo de legados y tribunos militares que, ahora sí, valientes por llevar buenas noticias, se parapetaban a la espalda de Occio.

—¡Entendido! —gritaron todos echando a correr.

—¡A Lutia! ¡Rápido! —aulló Emiliano con urgencia y una autoridad que podía aplastar a todo ser vivo que se le acercase.

Al amanecer. Ocho horas después

Los de Lutia entraron en pánico cuando, antes de que despuntara el nuevo día, advirtieron que el mismísimo Emiliano y al menos diez mil de sus hombres acampaban bajo los muros de la ciudad. Parecía imposible y no sabían cómo, pero era cierto, el mismísimo Emiliano estaba allí como si sus pies y los de sus hombres tuvieran alas.

Emiliano, caracoleando nervioso a grupas de su caballo, estaba medianamente satisfecho. Había logrado movilizar a diez mil legionarios, itálicos y auxiliares hispanos en menos de una hora, recorriendo después cuarenta millas de terreno abrupto lleno de forestas, barrancos y quebradas en apenas siete horas más. El brutal entrenamiento de finales de primavera y

comienzos de verano se hacía patente, convirtiendo a sus hombres en auténticas bestias de carga. Con todo, aún debía dar el último y violento golpe encima de la mesa para que nada se fuera al traste.

—Exijo una entrevista con Lutia —requirió inflexible cuando un heraldo de la ciudad salió a su encuentro.

Los de Lutia enviaron sin demora al viejo Caro, el más aristocrático y respetable de todos ellos, instigador de la traición a los jóvenes y del aviso a los romanos.

Caro caminó hasta Emiliano ayudado por su bastón rematado por dos caballitos de bronce con jinete. Le bastó poco para percatarse de que el rostro del romano no presagiaba nada bueno.

—Sé bienvenido a Lutia —le saludó con deferencia.

—Entregadme a los líderes de vuestros jóvenes —espetó, sin embargo, Emiliano con suma aspereza, yendo al grano.

Caro dudó un instante, aturdido por la embestida.

—Se han marchado, todos se han ido de la ciudad —titubeó.

—En ese caso, has de saber que, si no los capturo en una sola jornada, arrasaré Lutia —repuso Emiliano, frío como el mármol.

Caro dudó de nuevo. Mentía e intuyó que el romano lo notaba. Debía cambiar de discurso.

—Solo son jóvenes con poca cabeza —pasó a la suplica.

—Entregádmelos.

—No han hecho ningún mal.

—Entregádmelos —replicó Emiliano sin mover un solo músculo.

—Pero…

—Entregádmelos, o arrasaré Lutia.

A Caro se le agitó su viejo corazón. El romano no jugaba. Se notaba en la profunda e impersonal oscuridad de su mirada. Desdichada Numantia. O cedía o Lutia seguiría su mismo destino.

—No terminéis con su vida —imploró entonces, cayendo de rodillas y elevando sus manos.

—No los mataré —farfulló un intransigente Emiliano.

—Os los daremos, pero no les hagáis daño, por Lug.

—Entregádmelos.

Poco después salían de Lutia cuatrocientos jóvenes muertos de miedo, y cuando Emiliano los tuvo delante se giró hacia Quinto Occio.

—Cortadles la mano derecha, a todos —ordenó.

Los jóvenes de Lutia ahogaron un grito desesperado.

—Por todos los dioses —gimió Caro—, eso es tanto como matarlos en vida. ¡Jamás podrán empuñar una espada! ¡Ten piedad!

Emiliano lo miró con gesto inclemente. Numantia estaba ya en su mano,

era cuestión de tiempo, pero no podía permitir que la llama de la resistencia prendiera a su alrededor, que una solitaria ascua volara y encendiera el corazón de los celtíberos, y mucho menos el de su aguerrida juventud. Solo una gran confederación celtíbera podía poner en peligro el cerco y estaba dispuesto a las mayores y más rápidas brutalidades para cortarla de raíz con la mayor urgencia. Debía ser severamente ejemplarizante. No tenía otra opción.

—Cortadles la mano derecha, a todos —le dijo de nuevo a Occio. A continuación, miró a Caro, que permanecía en el suelo, ahora a cuatro patas, lloriqueando—. Y tú, lutiense, dime dónde están los numantinos que os han confundido —exigió.

—Se marcharon anoche a Termes, te lo juro por todos los dioses, no miento —sollozó desgarrado.

—Bien, pues partirás hoy mismo a Termes para contar lo que hoy ha ocurrido aquí. Si no lo haces, arrasaré Lutia. ¿Me has entendido?

—Lo he entendido.

—Y alegraos de que solo os arrebate cuatrocientas manos derechas —afirmó Emiliano, inmisericorde, dicho lo cual subió a su caballo con rostro imperturbable, lo espoleó y regresó al campamento Escipión ese mismo día. Aquel era el precio de la sanguinaria resistencia numantina, cuatrocientas manos cortadas.

La locura de la desesperanza

Numantia, inicios de junio

Retógenes regresó a Numantia una noche, colándose de nuevo a escondidas, lleno de odio y rencor porque todas las ciudades celtíberas le habían cerrado las puertas tras la brutal represión de Emiliano.

Al saberlo, los numantinos rugieron desgarrados y llenos de desesperanza, y no solo por el fracaso de la misión, sino por el doloroso abandono de las ciudades hermanadas por inmemoriales lazos de parentesco. Su resistencia comenzaba a quebrarse, más si cabe cuando, después de ocho meses de asedio, el mes celta de simivisonios, que representaba el tiempo de la luz, les trajo paradójicamente la mayor de las oscuridades. Se agotaron las provisiones.

—Hirvamos cuero y chupemos los huesos —dijo Avaro.

Así lo hicieron, lamiéndolo todo con desesperación hasta que las tripas se hincharon. La fatiga y los mareos nublaron la vista y advino la confusión y la agresividad de carácter. Las mujeres perdieron la menstruación y todos, tanto ellos como ellas, comenzaron a exhibir cuerpos huesudos y demacrados con enormes ojos en cuencas hundidas.

Solo unos pocos días después, muchos cayeron desplomados en mitad de las calles. Otros vomitaron sangre después de haber comido tierra y hierba. La enfermedad pasó de casa en casa, el cabello se cayó de la cabeza, la piel y los labios se agrietaron, crecieron las uñas y la peste misma se propagó como un desagradable hedor precursor de la muerte.

—Hablemos con el romano —propuso Avaro en la comunidad, perdida ya toda esperanza de ayuda exterior.

—No —se opuso Retógenes.

—Hablaremos con el romano —zanjó un expeditivo Avaro.

—Allá tú. Asume las consecuencias —replicó aun así un rebelde Retógenes.

Avaro cabeceó paciente, sin dar mayor importancia a aquellas palabras.

El encuentro se produjo en mitad del llano oriental. Los celtíberos, encabezados por Avaro y Megaravico —Retógenes se había negado a acudir —, pese a todas las penalidades, se acercaron con sus mejores túnicas, enseñoreando sus preciosos broches de cinturón, sus fíbulas de caballito abrochadas a los mantos y sus báculos de distinción.

—Vienen a negociar y en un deplorable estado —le susurró Emiliano a su hermano Fabio en cuanto los vio llegar—, pero fíjate en sus miradas. Siguen siendo duras, fanfarronas, coléricas…

—Invencibles, en suma —terminó Fabio.

—Me temo que los venceremos en vida, pero no en el recuerdo de los hombres —condescendió Emiliano.

Avaro, acompañado a su espalda por Megaravico y otros tres representantes, se sentó pesadamente en el taburete que los romanos habían colocado frente al majestuoso Emiliano que, ataviado con la mejor de sus panoplias —capa roja con elegante caída, casco con hermosas crines y coraza y grebas de un brillante dorado—, aguardaba igualmente sentado con una pierna más extendida que la otra.

—Y bien, Avaro de Numantia, ¿qué tienes para ofrecerme? —se adelantó, iniciando la embajada.

—Sé que admiras nuestro valor y nuestro arrojo —dijo Avaro.

—Nada de lo cual me impedirá arrasar vuestra ciudad.

—No sería propio de un hombre de tu virtud.

—Es precisamente lo propio de un hombre de mi virtud.

—Respeta entonces también nuestra dignidad y perdona a la ciudad. Será tuya hoy mismo si ofreces unas condiciones moderadas y admisibles para nuestro orgullo —propuso Avaro.

Emiliano calibró la respuesta, pero no se dejó arrastrar por la admiración que sentía por los numantinos. Tampoco por la compasión.

—Rendid la ciudad y entregad todas las armas —exigió.

—¿Pretendes cortarnos después la mano derecha como lo hiciste en Lutia?

—No todos los males tienen la misma solución.

—Danos unas condiciones favorables —reiteró Avaro.

—Ya te las he dicho. Rendid la ciudad y entregad todas las armas.

—No es admisible a nuestro orgullo.

—Entonces no tenemos nada más de que hablar.

—Numantia fue generosa en el pasado cuando Pompeyo y Mancino fueron derrotados. Pudimos matarlos a todos. Somos hombres de buena fe. Respetadnos ahora en la derrota —apeló Avaro.

—Rendid la ciudad y entregad todas las armas.

Avaro, agotado por la edad y el hambre, cedió parcialmente. El romano, el hombre menudo, pero de gigantesca presencia, voraz en su mirada, el más capaz de todos los cónsules que había hollado sus tierras, la representación misma de la dignidad y fortaleza de Roma, no cedería jamás. Los numantinos podían ser hombres de hierro, sí, pero los romanos el horno paciente que funde todos los metales.

—Lo trataremos en Numantia.

—Ya sabéis dónde encontrarme.

Poco después, los cinco enviados entraron en la ciudad, donde una maraña de hombres y mujeres agónicos se les echó encima para conocer las

noticias.

—En la casa de la comunidad —se limitó a decir Avaro, transitando como podía por en medio de una turba con el ánimo exaltado.

Ya en la casa del común, atestada de todos cuantos cabían, Avaro levantó las manos para pedir silencio. Cuando se hizo, habló.

—El romano no tiene piedad. Pide nuestra rendición total. Exige que salgamos de la ciudad y que entreguemos las armas —expuso frente a un auditorio que contenía la respiración con dificultad—. Nunca aceptará una rendición moderada. Debemos aceptar. No tenemos esperanza y posibilidad alguna de salvación. Lug nos ha abandonado.

La sala guardó el más ruidoso silencio. Todos inspiraban y expiraban agitados, sin creer lo que oían. La rendición completa era inadmisible en su forma de entender la vida y la muerte, y ni siquiera tenían garantizado conservar sus manos derechas. Después de tantos años de guerra, de tantas vejaciones y de tantos tratados no respetados, no debía dársele jamás esa satisfacción al romano. Antes morir o darse muerte, morando felizmente en el más allá con los héroes y antepasados que abandonar las armas y soportar las risas y vejaciones del vencedor.

El silencio se transformó poco a poco en un rumor en el que los unos se miraban a los otros con furia. Y el rumor agitó los cuerpos escuálidos de los hombres, haciendo temblar la casa de la comunidad.

El viejo Avaro, sorprendido, dio un paso atrás, al igual que Megaravico y los otros tres ancianos que habían acudido a la entrevista. Los suyos los miraban con ojos de lobo sangriento y bocas abiertas con fauces salivosas, intolerantes a la propuesta de rendición.

—¿Rendirnos? —clamó de pronto el joven Retógenes, saliendo de entre la piña de congregados—. ¿Rendirnos? —aulló esta vez a pleno pulmón en un violento grito que sobresaltó incluso a los más irascibles.

—Retógenes… —balbució Avaro con zozobra.

—¿Y proponéis la rendición sin condiciones? ¿Para eso habéis acudido al romano?

—Retógenes…

—¿Para traernos el insulto y la ofensa? —comenzó a encelarse Retógenes.

—Muchacho —trató de llevarlo Avaro a la calma.

—¡Sí, claro! ¡Ahora lo entiendo! —rugió Retógenes con los ojos inyectados en sangre, girando en su derredor con gesto de mortal mordacidad —. ¡Lo entiendo! ¡Habéis pactado vuestra propia seguridad con el romano? ¿Me equivoco? —prosiguió cada vez más incontrolado.

—Retógenes… —barbotó Avaro.

—¿Qué acuerdo habéis alcanzado? ¿Conservar vuestra casa y recuperar

vuestras tierras y ganados? ¿Eso habéis acordado con el romano? —chilló un virulento Retógenes, exprimiendo el poco espacio que quedaba entre los cinco embajadores y una masa de numantinos coléricos que, arrastrados por el joven, tensaban sus garras para despedazarlos.

—Retógenes, por todos los dioses —intentó refrenarlo Megaravico, confiando en que aquello no fuera más que una enajenación pasajera producto del hambre y la rabia.

Pero no fue así.

—¡Son mensajeros de males! —ululó Retógenes con la razón definitivamente perdida—. ¡Luchar, eso es lo que debemos hacer, morir luchando! ¡Acabemos con los males! —aulló, señalando a los cinco enviados.

Y doscientos numantinos fuera de sus cabales se abalanzaron contra ellos.

Los tres primeros fueron desgarrados con brutalidad, Megaravico golpeado en la cabeza hasta que su cráneo se rajó en un sonoro «catacrac», y Avaro, acorralado en una esquina, tuvo aún tiempo de traer a sus recuerdos los sagrados bosques de Numantia, sus aguas frías y cristalinas llenas de peces, la caza de los animales, sus fiestas ancestrales, los dioses primitivos y las carcajadas de hermandad con el ardoroso sabor de la cerveza.

En todo esto pensó hasta que, sintiéndose viejo y agotado, atrapado en la locura de la desesperanza, se encaminó al más allá, donde otra Numantia le haría vivir de nuevo, al cuidado de sus campos y de sus rebaños, al calor del sol agrietado del verano y bajo el frío exultante del invierno, acariciando con su mano las mieses de los verdes campos. Eso haría en la nueva Numantia.

La caja de Pandora

Roma, inicios de junio

La aprobación por el pueblo de la nueva *rogatio* de Tiberio sobre la gestión del tesoro de Pérgamo, la *rogatio de pecunia Attali dividenda*, convulsionó los ánimos de Roma hasta límites inimaginables.

Tanto unos como otros eran conscientes de que el caudal asiático tardaría uno o dos años en llegar a la ciudad y poder ser distribuido entre los nuevos campesinos, pero era indiferente. El Senado estaba gravemente herido en su autoridad. Se le había arrebatado el control del *ager publicus*. Con la deposición de Octavio, se le había despojado del poder de usar a un tribuno de la plebe para poner fin a los proyectos que no eran de su agrado. Y ahora, para colmo de la desfachatez, tampoco podía decidir sobre el destino del tesoro público.

—Tenemos en Roma un nuevo rey —ironizaba Nasica incansable y despectivamente en cada una de las sesiones senatoriales.

A todo lo anterior había de sumársele que los terratenientes, privados de sus tierras, clamaban venganza, colgaban carteles por toda Roma contra Tiberio y estrellaban contra los muros de su *domus* cientos de huevos; que Nasica no paraba de remover al Senado; y que a Pompeyo se le llenaba la boca recordando que en cuanto Tiberio terminase el tribunado, él mismo le acusaría ante los comicios centuriados por querer destruir la República. E incluso se atrevía a mentir porfiando que era vecino de Tiberio —era lo único de lo que decía que era cierto— y que había visto al mismísimo Eudemo de Pérgamo ofrecerle la diadema y un manto púrpura, símbolos de la realeza.

Por si todo lo anterior no fuera poco, uno de los amigos y adeptos de Tiberio apareció muerto con signos de haber sido envenenado, lo que provocó la cólera inmediata de la plebe, que acusaba a Nasica y a los suyos de haberlo matado. Fuera esto cierto o no, lo relevante fue que el cadáver del difunto, aupado el féretro por una multitud rabiosa, reventó y arrojó en el funeral gran cantidad de un humor corrompido que apagó incluso el fuego de la pira funeraria, lo que dejó a todos estupefactos y muertos de miedo.

La tensión insoportable alcanzó también al trío de mujeres más famosas de Roma, porque las hermanas Cornelias, madres respectivas de Tiberio y Nasica, dejaron de verse. Y lo mismo sucedió entre Emilia y Cornelia *maior*. El hijo de aquella, Marco Porcio Catón Liciniano, era fiel seguidor de Tiberio.

En suma, un violento embrollo político y familiar que Tiberio sobrellevaba con su natural determinación, aunque, esta vez sí, con cierta intranquilidad por su parte y por la de Claudilla.

—Aumenta tu escolta de clientes, te lo ruego. Nasica es capaz de todo

—le suplicó ella una noche de mediados de junio.

Tiberio frunció el ceño, poco convencido. No quería dar muestras de debilidad o de miedo. Era un tribuno de la plebe, y era sacrosanto. Nadie podía ponerle un solo dedo encima so pena de ser declarado maldito. Con todo, cuando pocos días después, paseando por el foro con su hijo mayor, varios terratenientes de la clase de los caballeros le increparon abierta y violentamente, cambió de opinión.

—Lo haré —le dijo a Claudilla, dejándose acompañar desde entonces por trescientos clientes y amigos que le servían de defensa.

Con todo, la tensión no decrecía, y no había día en que no llegaran a Roma las noticias de las broncas que se sucedían en los campos a causa de las labores de reparcelación.

—¿Veis a qué da lugar esta temeraria ley? —declamaba Nasica cada vez que tenía noticia de una de las trifulcas, exhibiendo incluso como testigos a los, a su juicio, pobres terratenientes que eran privados de su esfuerzo, de su vida y de las tumbas de sus antepasados—. ¡A estos hombres de bien se les paga con el expolio! —tronaba entonces Nasica, de fácil bulla—. ¡Solo pido que en las próximas elecciones a tribunos venzan aquellos que quieran derogar esta insensatez! —finalizaba a modo de peligrosa alternativa.

Tiberio lo contemplaba todo con preocupación, temiendo por primera vez por su seguridad, por su futuro —pues si era condenado por los comicios terminaría en el exilio— y, sobre todo, por su ley agraria. Su vigencia estaba en peligro, tanto como la continuidad de los trabajos de deslinde, recuperación y entrega de tierras, que avanzaban a un ritmo desesperadamente lento. Necesitaba más tiempo, y fue Flaco quien expresó una idea sopesada pero nuevamente belicosa.

—Preséntate otra vez a las elecciones a tribuno de la plebe. Si resultas elegido, lo que es una obviedad, no podrán echarte la mano encima. Mantendrás tu sacralidad y podrás terminar lo que has empezado.

Tiberio, ante semejante propuesta, entornó lo ojos, bufó reflexivo, respiró como un toro, bufó una segunda vez y, cansado de tanto resoplido, fue a consultar a Escévola.

—No es ilegal en sí mismo que un tribuno repita en el cargo —le dijo este—. Pero has de saber que hace ya más de doscientos años que un tribuno no fuerza su reelección. Las magistraturas son anuales. Si lo haces, habrá lío —masculló.

—Ya lo hicieron los tribunos Estolón y Sextino —intervino Fulvio Flaco en defensa de su idea—. El primero de ellos fue tribuno diez años seguidos, sin interrupción.

—De eso hace más de dos siglos —reiteró Escévola.

—Pero no existe una ley que lo prohíba de modo expreso —quiso

cerciorarse Tiberio.

—Ninguna, es solo una costumbre —confirmó el jurista.

—No tienes otra opción —insistió Flaco al ver las dudas de Tiberio—. Cuando dejes de ser tribuno perderás tu protección. Los nasicas te acusarán ante los comicios centuriados y sabes que en ellos los senadores y caballeros tienen la mayoría. Te despedazarán y te verás forzado al exilio. Debes hacerlo.

—¿Los nasicas? —preguntó Tiberio con curiosidad.

—Es como los llaman en las calles a los partidarios de Nasica. Nosotros somos los gracanos —le aclaró Flaco.

Tiberio exhaló una risa tan socarrona como decidida. Vencer o morir. No le dejaban otra alternativa. Necesitaba más tiempo, aunque fuese a costa de que a los nasicas se les salieran las tripas por la boca.

—Lo haré. Me presentaré a la reelección —afirmó enérgico.

—Abrirás la caja de Pandora —advirtió Escévola en un último intento —. No cederán. Habrá violencia. Lo verán nuevamente como un atentado a la República. Ten cuidado.

Tiberio sonrió comprensivo.

—¿Sabes, Escévola, qué es lo último que quedaba en la caja cuando Pandora pudo cerrarla? —le preguntó con aquel gesto de obstinada elegancia y determinación por la justicia.

—Spes, el espíritu de la esperanza.

—Que me exilien si quieren, Escévola. Siempre nos quedará la esperanza. Me presentaré a la reelección —sentenció Tiberio.

El tribuno Satureyo

Roma, pocos días después

Nasica no movió un músculo cuando Pompeyo irrumpió en su casa hecho un basilisco para decirle que Tiberio acababa de formalizar su candidatura a un segundo tribunado.

—¿Es que no vas a decir nada? —despotricó Pompeyo al ver que Nasica ni se inmutaba—. Ese miserable nos desprecia, depone a un tribuno, nos roba el caudal de Pérgamo, remueve al populacho, quiere ser elegido cuantas veces ambicione para reinar sobre todos nosotros y tú, el gran pontífice máximo y cabeza visible de la facción escipiónica, ¿te quedas ahí quieto como si nada? —berreó indignado y fuera de sí sin atender a nada ni a nadie hasta que Nasica alargó su dedo índice y señaló algo.

Pompeyo, aturullado, miró allí donde se le indicaba, topándose de pronto con un personajillo sentado junto a Nasica que no había visto al entrar. Inconscientemente, dio un paso atrás.

—Por todos los dioses, Publio Satureyo, ¿qué haces tú aquí? —se sobresaltó Pompeyo por tan sombría presencia.

El aludido selló sus labios, pero no Nasica, que sonrió de oreja a oreja con gesto malévolo.

—Lo he llamado yo en cuanto me he enterado de lo de Graco.

—¿Y por qué a él? —protestó Pompeyo.

—Porque resulta que Satureyo tampoco está conforme con la reelección de Graco, ¿verdad? —dijo Nasica, arrastrando las palabras.

—Verdad —confirmó Satureyo con tosquedad.

Pompeyo, a la defensiva, volvió a mirar a Satureyo, un hombre de origen oscuro, ínfima dignidad, cabello muy negro, de pocas palabras y mirada traicionera. Aun así, a buen seguro que no estaba allí por tan magníficas cualidades, sino porque era uno de los diez tribunos de la plebe, uno que, a más señas, no había movido un dedo para vetar a Tiberio, callando siempre como un muerto, motivo más que adecuado para que a Pompeyo no le cayera bien.

Apartando su vista de Satureyo, se dirigió nuevamente a Nasica.

—¿Y qué va a hacer si hasta ahora no se ha atrevido a abrir la boca? —le preguntó con tono insolente, como si Satureyo no estuviera allí. Nasica, en cambio, sonrió con un rictus perverso, algo que hacía con gran naturalidad.

—Eso es algo que va a cambiar a partir de ahora, ¿verdad, Satureyo? ¿Verdad que ya no soportas al demagogo Graco? —interpeló socarrón.

—Verdad.

Nasica volvió a sonreír victorioso.

—Satureyo va a prestarnos grandes servicios —anunció.

—¿Vetará a Graco? —preguntó Pompeyo con renovada ilusión.

—Oh, no, eso no serviría de nada. Lo depondría como a Octavio.

—Bien, pues tú dirás —bufó Pompeyo.

Nasica gruñó antes de hablar.

—Lo primero que hará Satureyo es denigrar a Graco, mentir incluso, acusarlo de signos de realeza. Hacerle la vida imposible.

—Eso no lo detendrá.

—Haremos correr el rumor de que desea conceder la ciudadanía a los latinos y a los aliados itálicos —masculló de pronto Satureyo.

—¿Ves? Nos va a prestar grandes servicios —le dijo Nasica a Pompeyo, señalando al tribuno.

Pompeyo ahuecó los labios. Efectivamente, un rumor de ese tipo pondría los pelos de punta a los romanos, incluso a los de más ínfima condición, porque no deseaban de ningún modo compartir el preciado tesoro de la ciudadanía con el resto de las gentes itálicas. Declamar «soy ciudadano romano» era tanto como remarcar una superioridad, y nadie, tampoco el querido Graco, les podía privar de tamaña distinción. Era un rumor con mucha mala idea, pero Graco era mucho Graco.

—Eso tampoco lo detendrá —se ofuscó Pompeyo.

—Diremos que la reelección es ilegal —dijo Nasica.

—Tampoco lo detendrá. Escévola le ha asesorado y todos sabemos que no es ilegal. Es solo una costumbre.

—Pues nos inventaremos entonces una ilegalidad —repuso Nasica con signos de impaciencia.

—Graco tiene instrumentos suficientes para salir del paso —refunfuñó Pompeyo.

—No cuando Satureyo cree la discordia —siseó Nasica.

Pompeyo miró a Satureyo y a Nasica con incredulidad.

—¿La discordia? No tengo ni idea qué habéis pergeñado en esas cabecitas malpensadas, pero no cederá. Habrá elecciones y las tribus lo votarán. Y será tribuno cuantas veces le venga en gana para arruinar la autoridad del Senado y la República misma.

—Haremos más cosas —insistió Nasica.

—Todo lo vencerá —insistió un recalcitrante Pompeyo, tanto que Nasica, agotada por fin su estoica paciencia, saltó por los aires.

—¡Por todos los dioses, Pompeyo! —aulló—. ¡Dale entonces ya el tribunado! ¡Regálaselo sin elecciones! Pero yo te juro por Júpiter, Juno y Minerva que Tiberio Sempronio Graco no volverá a ser tribuno de la plebe. Y te juro que cuando lo despojemos de su protección sacrosanta nos abalanzaremos sobre su triste figura para juzgarlo ante el pueblo y que termine

sus días exiliado en un pueblucho de Iliria. Lo juro —escupió en un susurro con tamaña inquina que Satureyo y Pompeyo sintieron el miedo en sus propias carnes.

—Sea así —accedieron al unísono.

Donde los buitres vuelan

Numantia, finales de junio

Retógenes sorteó a un muerto que estaba tirado en una callejuela. Al torcer la esquina se topó con dos mujeres arrastrando penosamente un cadáver, seguramente para meterlo en una casa y trocearlo antes de cocerlo. Pocos pasos más adelante evitó otro cadáver escuálido despatarrado en el suelo. Lo hizo con dificultad, con pocas fuerzas, tapándose la nariz para dejar de oler la muerte, la peste y la hediondez de la carne humana hervida.

En el noveno mes de asedio, se habían visto forzados a coger los cuerpos de aquellos que fallecían, ya fuese por inanición o enfermedad, pero esto no era más que el comienzo de una brutalidad mayor, porque, poco después, convertidos los vecinos de Numantia en animales hambrientos, habían comenzado a perseguir a los más débiles, aún vivos, para matarlos. Su carne era fresca y no presentaba la descomposición de los muertos por el calor del verano.

Mas todo sabía a muerte. Todo olía a indignidad. Solo se oían los zumbidos de las moscas sobre la carne podrida. Eso y los calderos cociendo músculos y huesos humanos. Cualquier cosa antes de rendir su hogar, sus sepulturas, sus recuerdos y sus dioses.

Pese a ello, terminar sus días de este modo, encerrados y sin posibilidad de mostrar su reconocido valor, atentaba contra su más profunda forma de ser. Era inconcebible, y por ello mismo Retógenes convocó a aquellos que aún tenían fuerzas para luchar en la casa del común.

Cuando entró, un olor fétido se le coló por la nariz. Y sintió pena al ver a los últimos guerreros de Numantia, apenas unos sacos de huesos.

—Intentémoslo una vez más —farfulló, aun así, con los dientes apretados.

Los hombres, todos ellos demacrados, iluminaron los agrietados rostros. Sus ojos tristes centellearon y sus sonrisas sin dientes desprendieron un valor asombroso. Si tenían que morir, lo harían luchando.

Poco después, el sonido bronco y gutural de los cuernos de guerra numantinos retumbó de nuevo en la planicie. Emiliano, al escucharlo, se precipitó al parapeto del campamento Escipión, asomándose a su privilegiada balconada. Su obra, con sus siete fuertes, sus dos campamentos, su muralla de más de cuarenta estadios y sus más de doscientas torres, sería emulada en el futuro, sin duda, por otros grandes de Roma, o de eso se vanagloriaba, porque se había demostrado un arma mortífera y colosalmente práctica. Su circunvalación era perfecta, propia de un Escipión Africano por familia y por derecho de conquista. Era feliz. Solo había hecho lo que se esperaba de él,

aniquilar al enemigo por la gloria de su familia, la de Roma y la suya propia.

Pese a su lamentable estado, los numantinos salieron de la ciudad en perfecto orden, formando poco después en la llanura oriental. Allí permanecieron un rato, cantando, riendo, mofándose de unos romanos que solo sabían protegerse tras un muro, agitando espadas, escudos y jabalinas, con las cimeras ondeando al aire, en la última gran representación de un arrojo temerario y demente. No eran más de mil, pero se dejaban oír como si fuesen varios millares.

Al rato, conscientes de que Roma no iría a por ellos, decidieron ir ellos a por Roma, en una postrimera carga que les devolvería el honor.

Se pusieron en movimiento, entonando incansables cánticos del pasado, chocando espadas con escudos, mirando a los romanos apostados en la muralla con el orgullo de saberse más valerosos.

Después, a poco menos de cien pasos, en la vaguada que conectaba los fuertes Esquilino y Palatino, frenaron en seco, haciéndose el silencio.

Los romanos, sobre los parapetos, estiraron sus cuellos y tensaron los músculos.

Los numantinos elevaron la vista.

Unos pocos buitres volaban en círculos.

Entonces sonrieron, y rieron, y comenzaron a desternillarse a carcajadas como si hubiesen perdido el juicio.

Y un hombre joven e impulsivo de hermoso casco dorado con antenas dio un paso al frente, levantó su espada al aire, dijo algo en la terrible lengua celta que los romanos no entendieron y, en bloque, ululando como salvajes, con los rostros llenos de felicidad y libertad, emprendieron la última de las carreras, la que los dirigiría al más allá.

Las catapultas defensivas comenzaron a escupir frenéticamente sus gigantescos dardos. Los arqueros cretenses y númidas barrieron el espacio con sus flechas. Los honderos hispanos destrozaron cascos y cabezas con sus proyectiles de plomo. Pero nada los detenía. Los numantinos caían por decenas, pero no se detenían. Seguían gritando y cantando, ajenos a la masacre de la carga.

Llegó entonces la lluvia de hierro de los *pila* legionarios y las piedras de gran calibre propulsadas por las balistas, lo que no impidió que la mitad de los guerreros numantinos alcanzara los fosos.

El cielo les seguía cayendo encima. Algunos treparon por el muro, pero solo para encontrar las picas de los defensores clavadas en hombros y cogotes.

La sangre tiñó de rojo la muralla.

Pero no se detenían, cual legión de muertos vivientes.

Los numantinos se apelotonaron en la base del lienzo, agitados como víboras. Miraban a lo alto de los parapetos con ojos fuera de las órbitas, tan

extasiados como perturbados, tan dementes como demacrados, mientras los romanos y sus aliados, envueltos en el sudor, la ansiedad y la excitación, en una combinación de miedo y liberación, se cebaban sin compasión desde arriba.

Pese a la aniquilación, tres numantinos consiguieron poner el pie en el paseo de ronda. No parecían sentir el hierro hundirse en sus carnes, porque, barritando, avanzaban como elefantes, desalojando a decenas de romanos de los parapetos, empujando con sus escudos y partiendo corazas y cabezas con sus espadas, ensartados ellos mismos por decenas de venablos hasta que, acribillados, se desplomaron como sacos sin que nadie se atreviera a acercárseles para comprobar si estaban muertos.

Los últimos supervivientes del ataque, exhaustos por el hambre, se tambalearon al fin, mareados y confundidos, pues el valor de un guerrero alcanza hasta donde le llegan las fuerzas. Fueron entonces presa fácil para los defensores guarnecidos tras el muro.

Y dejó de oírse el cántico más heroico que aquellas tierras habían oído jamás.

La llanura y los fosos estaban colmatados de muertos. Entre ellos destacaba la bella panoplia de Retógenes, inerte boca arriba con una jabalina incrustada en el pecho. Sus ojos permanecían abiertos, mirando a lo alto, al cielo azul, donde los buitres vuelan.

—¿Quemamos los cuerpos? —le preguntó Occio a Emiliano.

—No, dejadlos ahí. Es como mejor podemos honrar a estos hombres extraordinarios —dijo mirando él mismo a lo alto, al lugar del que pronto descenderían los buitres para devorar a los caídos y elevar sus almas al más allá.

Numantia, irremediablemente, se extinguía en manos de la ira de un Escipión, aunque no iba a ser la última de las furias. En Roma estaban a punto de desatarse todas las demás cóleras de los Escipiones, ya fuesen de ellos como de ellas.

La reelección

Roma, 9 de julio

En vísperas de la celebración del concilio plebeyo para elegir a los nuevos tribunos de la plebe, Tiberio seguía vivo y coleando, lo que no era poco si se echaba la vista atrás.

Los nasicas se le habían echado encima de forma incansable desde que presentara su candidatura, acosándolo de todas las maneras imaginables, ya fuese con los típicos carteles colgados hasta en las letrinas, deteniéndolo cuando paseaba con Claudilla para increparle abiertamente su ánimo de socavar la legalidad y los cimientos mismos de la República, lanzando huevos a la puerta de su casa o acusándolo —de la mano de nuevos e inesperados esbirros como su colega Satureyo— de pretender leyes subversivas, tales como la concesión de la ciudadanía a los latinos y socios itálicos. Cualquier cosa con tal de que desistiera de su propósito de ser elegido nuevamente tribuno.

Sin embargo, por muy desagradable y fatigoso que le resultara, la repetida embestida solo había servido para endurecerlo, creciendo aún más, si cabía, su convencimiento de que todo cuanto hacía era justo.

Para los nasicas tener un enorme forúnculo infectado en el culo era mucho menos penoso que tener que ceder frente a su reelección, pero en verdad que por mucho que ladrasen y lanzasen dentelladas, no podían ni evitarlo ni detenerlo. Todo se ajustaba a la ley y no les quedaba otro remedio que agachar las cabezas, arrastrados por el júbilo de una justicia social que limpiaba de la piel de Roma las enormes costras del egoísmo.

Cuestión aparte era Nasica, cuyos cabellos dorados llameaban cada vez que se cruzaban en el foro. La inquina se le desparramaba por el rostro y sus labios fruncidos a modo de pico de pato sobresalían más que nunca. No se habían cruzado en cambio ni una sola palabra, no hasta la tarde anterior a las elecciones, cuando un esclavo le anunció a Tiberio que el mismísimo Nasica Serapión estaba en su atrio.

—Hazlo pasar a la biblioteca —autorizó un mayestático Tiberio.

Cuando Nasica entró en la sala, la temperatura, verdaderamente calurosa aquellos día de verano, bajó repentinamente. Nasica no venía caldeado, sino frío y cortante como el hielo de los Alpes.

—Me honras con tu visita —condescendió Tiberio.

—No es mi intención honrarte —espetó Nasica.

—En tal caso, dime a qué has venido.

Nasica, blanco como la nieve, hizo brillar sus ojos azules glacial alpino, torciendo sus tirantes labios de forma grotesca.

—Desiste de tu reelección. Si lo haces, no se te acusará ante el pueblo. Te librarás del exilio —propuso con esfuerzo, como si aquello fuera una cesión inaceptable en su conciencia moral.

Tiberio puso los brazos en jarras y cabeceó paciente.

—Dime, Nasica, ¿qué es en realidad lo que teméis? —preguntó asqueado—. ¿Creéis de verdad que la restitución de algunas tierras públicas socavará vuestra autoridad? Roma ha crecido en los pactos. Lo hizo cuando los plebeyos se igualaron a los patricios. Lo hizo cuando los sacerdocios y las magistraturas pudieron ser ejercidas por los plebeyos. Y lo ha hecho en los tiempos de reparto de tierras públicas. ¿Acaso la autoridad o dignidad de los patricios y del Senado mismo no creció en igual proporción? ¿Acaso Roma no se hizo más fuerte? Nasica, esta es la nuestra. No os opongáis. No propongo nada que no se haya hecho ya en el pasado de esta ciudad.

—¿Y tú me hablas de grandeza? —explosionó súbitamente Nasica, que había aguantado su contención a duras penas—. ¡Tú, el hombre que ha pisoteado al Senado! ¡El noble que ha utilizado sus poderes tribunicios para imponer su voluntad como si fueras un rey! ¿Dónde está tu deseo de pactar? ¡Tu reelección solo sirve para perpetuar tu arbitrio! ¡Desiste!

—¿Mi arbitrio? —pasó Tiberio al contrataque, estupefacto—. ¿Nuestros campesinos no tienen dónde caerse muertos y solo pensáis en la rentabilidad de vuestras enormes granjas? ¡La codicia es vuestra forma de vida! —bramó como un coloso.

—¡Atentas contra el orden establecido!

—¡Es un orden injusto!

—¡Desiste! —reiteró Nasica en un verdadero diálogo de sordos.

—¡Restituid las tierras que poseéis ilegalmente! —rugió Tiberio, haciéndose de pronto el silencio, pero uno cortante. Nasica le contemplaba con un odio visceral y profundo, con un rictus violento.

—He venido aquí solo por el respeto a tu madre y a la *gens* Sempronia —siseó Nasica en un letal murmullo—, sin olvidar que nuestro abuelo fue el mismo hombre, el Africano. Desiste.

—No.

—Desiste.

—Nasica, por todos los dioses —lo intentó Tiberio.

—Desiste —martilleó Nasica.

—Sal de mi casa —espetó Tiberio, resignado.

Nasica congestionó su rostro de forma imposible.

—Que así sea. Atente a las consecuencias —prometió.

En la casa de Nasica, esa misma noche

Nasica, echando fuego por la boca, sintiéndose un idiota por haber acudido a casa de Tiberio, reunió de urgencia a las principales familias senatoriales. Salvo los Claudio, los Licinio Craso y los Fulvio, se presentaron todas en un derroche de opulencia y riqueza.

—Y bien, ¿qué te ha dicho ese miserable? —le preguntó Pompeyo, que conocía la entrevista con Tiberio.

—¿Es que no lo ves en su cara? —le increpó Metelo.

—Os diré qué haremos mañana —intervino con celeridad Nasica. No estaba para más broncas, y mucho menos entre los suyos propios.

—Te escuchamos —confirmó Pompeyo, no sin antes dedicarle a Metelo una cariñosa mirada de odio.

—Dejaremos que la votación comience… —inició Nasica.

—¿La votación? ¿Comenzar? ¿Lo vamos a permitir? —negó abruptamente Pompeyo.

Nasica le dedicó la mejor de sus caras, la del «cállate», y así lo hizo obedientemente Pompeyo. Nasica continuó:

—Sabemos que los principales votantes de Graco son los ciudadanos rústicos. Ellos son los únicos que quieren tierras, no la plebe urbana de Roma, esa chusma que solo busca diversión y camorra.

—Los campesinos están en la siega —intervino Metelo.

—En efecto —dijo Nasica—, lo están, por lo que no acudirán al concilio. Por eso, dejaremos que la votación comience para conocer el resultado de las primeras tribus y comprobar si le votan o no. Es mejor esperar y que el problema se resuelva por sí solo.

—¿Y si le votan? —interpeló Pompeyo.

—Lo soltaremos a él —aclaró Nasica, señalando a uno de los presentes como si fuese el perro defensor de la finca.

Todos los que se encontraban en la sala, más de treinta padres conscriptos, giraron el cuello en busca del aludido.

—Yo me encargaré —farfulló el protagonista, el tribuno Publio Satureyo.

—¿Y a cuántas tribus dejaremos votar? —graznó Pompeyo.

—Dos. Si las dos primeras lo eligen, soltaremos a Satureyo.

Roma, 10 de julio. El día de la votación

Amenazado veladamente o no, Tiberio no iba a detenerse, no ante tanta

irrazonable ruindad y avaricia de quienes todo lo ansiaban para sí mismos. Por ello, decidido y acompañado de nuevo por un sinfín de familiares, amigos y clientes, entre ellos su ya inseparable Fulvio Flaco, llegó a la plaza que se abría frente al impresionante templo de Júpiter poco antes del inicio de la asamblea. El lugar —allí iban a celebrarse esta vez las elecciones— estaba abarrotado y él, rodeado por los suyos, avanzó confiado entre vítores, abriéndose a su paso un estrecho pasillo en el que todos querían darle la mano y felicitarlo por su valentía.

Tiberio les correspondía sin descanso, ofreciendo su elegante cercanía, pero sin perder su distinción y porte aristocrático, lo que enardecía aún más a las masas, porque no había nada más excitante que un noble de alcurnia inconmensurable se fundiera con ellos.

Esto era, por el contrario, lo que más detestaban los senadores que, arrebujados en las escaleras del cercano templo de Fides —*aedes Fidei Publica populi romani*—, lo miraban con verdadero rencor, con rostros contraídos, encabezados, cómo no, por Nasica.

Cumplidos los ritos religiosos y sorteada la tribu que habría de votar en primer lugar la Falerna —las demás lo harían sucesivamente de una en una—, todo se puso en movimiento con normalidad bajo la dirección de uno de los colegas de Tiberio en el colegio de los tribunos. Se trataba de Publio Rubrio, a quien la suerte le había deparado la presidencia del concilio, lo que no le era de su agrado en absoluto. Rubrio, un hombre sin antepasados de renombre, no había abierto la boca en todo el año y lo último que deseaba era meterse en líos a última hora, o que las fuerzas contrarias del Senado y del pueblo lo aplastaran como a una mosca. Solo quería terminar y largarse de allí.

Tiberio, por su parte, encaramado a la tribuna habilitada para los candidatos, nada más y nada menos que treinta y cinco, escrutó con detalle cómo los votantes de la primera tribu iban pasando en filas para entregar la tablilla con el sentido de su voto.[49] Giraba su cuello a menudo en todas direcciones, para estar atento de si algo raro sucedía. El propio Flaco estaba bien instruido y con varios fieles preparados por si hubiera que echar mano de la fuerza. Sin embargo, por el momento, todo discurría con normalidad.

Siempre con la cabeza muy alta, Tiberio siguió después las operaciones de escrutinio de los votos de la primera tribu, todo ello a cargo de los tribunos salientes, que auxiliaban al presidente Rubrio.

Y mayor fue su expectación y la de toda la plaza cuando Rubrio comunicó a pleno pulmón el resultado de los sufragios:

—¡La tribu rústica Falerna da su voto a los siguientes diez candidatos, por este orden: Tiberio Sempronio Graco…!

La plaza y el Capitolio mismo parecieron hundirse en el socavón de una alegría desbordante. La masa, enardecida, estalló en un grito de júbilo,

rebotando las voces a lo largo y ancho de las paredes de los templos erigidos en la colina más sagrada de la ciudad, tanto que apenas pudo escucharse a Rubrio nombrar a los otros nueve tribunos a los que la tribu Falerna daba su confianza.

Tiberio sonrió tan humilde como emocionado, mirando a la multitud que ocupaba asfixiantemente cada espacio de la plaza con agradecimiento. Hecho esto, no pudo evitar que sus globos oculares se desplazasen hasta encontrar a Nasica. Este le escudriñaba a su vez con sumo desprecio mientras rumiaba algo con Pompeyo. Detrás de ambos, el Senado en bloque oscilaba entre el aborrecimiento y la preocupación.

Después de la Falerna pasó a votar la tribu Lemonia. Una vez más, con un Tiberio que no paraba de mirar a todas partes, los ciudadanos votaron sin contratiempos. Al rato, escrutados los sufragios con igual normalidad, Rubrio abrió las aletas de la nariz y volvió a vocear:

—¡La tribu rústica Lemonia da su voto a los siguientes diez candidatos, por este orden: Tiberio Sempronio Graco…!

Como antes, el pavimento de la plaza pareció agrietarse por el terremoto con epicentro en la plebe urbana de Roma, enloquecida por el nuevo triunfo de su favorito.

Tiberio sonrió conmovido, pero esta vez no perdió el tiempo en la muchedumbre. Algo sucedía en las escalinatas del templo de Fides. Los senadores, notoriamente turbados, hablaban desordenadamente entre ellos y se dirigían a Nasica, como mostrando su asentimiento a algo que debía hacerse. Este, por su parte, cabeceaba repetidamente, dando a entender que estaba de acuerdo al tiempo que, con un gesto, le pedía a un hombre apostado cerca de las filas senatoriales que se le acercara.

Tiberio apretó bien los ojos, sintiendo que el corazón se le desbocaba al comprobar que era su colega Satureyo quien se aproximaba a Nasica.

Siempre con el ensordecedor ruido de fondo de la multitud, Satureyo acercó su oreja a la boca de su amo y escuchó atentamente. Después asintió y, como una centella, dando impertinentes topetazos, logró abrirse paso hasta la tribuna en la que se encontraba Rubrio.

Tiberio ni se lo pensó. Bajó apresuradamente de la tribuna y se acercó justo para oír lo que Satureyo le decía a Rubrio de malas maneras.

—¡Detén la asamblea! —le gritaba para hacerse oír entre el griterío—. ¡La asamblea es ilegal! ¡Graco no puede ser elegido de nuevo! —bramaba mientras el desdichado Rubrio, que ya se las prometía muy felices, entraba en pánico.

—No me vengas con estas ahora, Satureyo —protestó agobiado.

—La asamblea es ilegal —insistió Satureyo, apretando los dientes—. Él —dijo y señaló con desdén a Tiberio— no puede presentarse otra vez. ¡Lo

prohíbe la ley!

—¡Esto no se hace! —gimoteó Rubrio.

Tiberio no pudo evitar entrar en combustión. Harto de tantas malas artes dio una larga zancada y se colocó a un palmo de Satureyo.

—Ninguna norma prohíbe que me presente de nuevo. Vuelve por donde has venido y diles que respeten la decisión de las tribus —exhaló desquiciado, señalando hacia el templo de Fides.

—Estás muy equivocado, Graco —repuso Satureyo con una sonrisita hiriente—. Por supuesto que existe y desde hace más de doscientos años. Es el plebiscito Genucio, que prohíbe que nadie pueda repetir en un cargo hasta transcurridos diez años.

Tiberio habría agarrado a Satureyo por el pescuezo para retorcérselo sin compasión. Aquel plebiscito existía, pero no tenía nada que ver con los tribunos de la plebe.

—¡Esa ley solo se aplica a los cónsules! —se opuso enrabietado.

—Y eso quién lo dice, ¿tú? —ironizó Satureyo.

—Esa ley es para los cónsules —repitió Tiberio entre dientes.

—Yo suspendo la asamblea, la suspendo —masculló el asustadizo Rubrio, agitando su cabeza como un buey.

—Eso debes hacer —le conminó Satureyo.

—Rubrio, tranquilo —le pidió Tiberio en una creciente confusión.

—Recuerda, Rubrio, es todo ilegal —insistió Satureyo, perfecto en su labor de cizañero y discordante.

—¡Esa ley no es de aplicación! —bramó Tiberio una vez más, comenzando a estar fuera de sí. Entretanto, los ciudadanos, estirando sus cuellos como pollos, ahora en completo silencio, los escuchaban con atención y aliento contenido.

—Hay que consultar a los juristas —afirmó Satureyo.

—Ya se le consultó a Escévola —repuso Tiberio.

—Hay quienes opinan distinto.

—Dirigid vosotros la asamblea —se oyó decir a Rubrio.

—Tú lo que debes hacer es disolver la asamblea —le espetó Satureyo.

—Rubrio, quédate donde estás —le dijo Tiberio.

—Y si no lo hace, ¿lo depondrás también? —se mofó Satureyo.

Tiberio se refrenó como pudo. Era evidente que, en aquellas condiciones, con los tribunos divididos, resultaba imposible continuar la asamblea, y su colega Rubrio era del mismo parecer.

—¡Se suspende la votación hasta mañana! —anunció a voz en grito, quitándose de encima el agobio que le impedía coger aire—. Y mañana —añadió, pero esta vez dirigiéndose a sus nueve colegas—, habrá sorteo porque yo no pienso presidirla. Haced lo que os plazca. —Y se marchó,

sumergiéndose en una multitud que, disciplinada y sin ganas de más alboroto, comenzó a abandonar la plaza.

Tiberio tuvo ganas de gritar, de suplicar a todos que se quedasen y que debían votar para salvarse a ellos mismos y para salvarle a él mismo de un Senado artero y manipulador, pero la voz se le quedó atascada en la garganta. No solo era obvio que la facción senatorial que tanto le odiaba jamás se daría por vencida, sino que, hasta la misma plebe, saciada ya aquel día de su ración de entretenimiento, se marchaba contenta, como si hubiesen finalizado las carreras en el Circo Máximo, sin alterarse ni encabritarse, dejándole solo y abandonado a su suerte, sin protestas ni lucha.

Sintiéndose súbitamente derrotado, sin capacidad de reacción por primera vez en mucho tiempo, imaginando ya su caída y exilio, se limitó a emprender el camino de casa, pero el destino, o el infortunio, o simplemente porque ambos lo buscaban, le deparó que terminara por darse de bruces con Nasica.

Los dos frenaron en seco, Nasica con rostro victorioso, Tiberio con gesto apesadumbrado. La multitud que todavía pululaba por la plaza hizo un rápido corrillo, repentinamente interesada porque aún quedaba una carrera más de cuadrigas. La escolta de cada uno se situó en retaguardia con los dientes afilados. El encuentro fue breve. Nasica, envalentonado, tomó la iniciativa.

—Aún recuerdo aquella vez que nos encontramos tú y yo de golpe en una callejuela del Palatino, hará como veinte años, cuando eras solo un niño, ¿lo recuerdas? —interpeló pedante, pero sin ánimo de recibir respuesta. Con gesto presuntuoso, continuó, amparado en el mutismo de Tiberio—: En aquella ocasión te encogiste como un cobarde, como un niño lloroso ante mis burlas, porque yo ya veía en ti en qué te ibas a convertir. Porque pareces una cosa y luego eres otra, como lo era tu padre. ¡Oh, tu padre!, cuyas palabras eran diferentes a sus hechos. Y tú eres igual, un cobarde como lo fuiste hace veinte años. ¿Recuerdas quién te salvo en aquella ocasión? ¿Lo recuerdas? Ese hombre dirige ahora las legiones ante Numantia, pero hoy no está aquí para salvarte, Graco, no lo está. ¿Quién lo hará entonces? ¿Apio Claudio? ¿Tu madre tal vez? —preguntó con impertinente sarcasmo antes de dibujar en su rostro una hiriente sonrisa—. Abandona este lugar sagrado y no vuelvas mañana —finalizó, reuniendo toda su altanería.

Tiberio, que había soportado la ofensiva perorata sin apartar su vista, sintió que el cosquilleo de su obstinación burbujeaba de nuevo, incandescente, desplazando violentamente a su abatimiento, comprendiendo más que nunca a la vista de la arrogante cara de Nasica que su reelección era aún más justa y necesaria. Estaba en sus manos salvar a una República constreñida por la ceguera y el egoísmo de sus principales dirigentes. Era tribuno de la plebe y volvería a serlo cuantas veces hiciera falta y del modo que fuese necesario.

—Mañana volveré, Nasica, y ten por seguro que venceré —masculló, reuniendo él mismo la poderosa energía del sacrosanto tribunado.

Nasica, que hasta el momento mostraba un gesto de infinita soberbia, avinagró su cara, deformándosele sus labios de pato.

—Atente a las consecuencias, Graco —le advirtió de nuevo, lleno de furibundo rencor, dicho lo cual se hizo a un lado y continuó su camino seguido de una interminable procesión de senadores, muchos de ellos consulares y censorios de las más importantes *gentes* senatoriales, ya fuesen Escipiones, Postumio Albino, Servilio Cepión, Calpurnio Pisón, Cecilio Metelo, Fabio Máximo o Cornelios en sus diferentes prolíficas ramas familiares. El último de la larga cohorte fue su antiguo amigo Octavio, pero este ni siquiera le miró a la cara, siguiendo con sumisión la lustrosa estela senatorial.

Tiberio regresó a casa en un vaivén de sensaciones, sintiendo en unos casos rabia, en otros desaliento y en el resto simplemente el natural temor por su futuro, más si cabe por el peligroso tonillo de Nasica.

Sentado en un diván de su biblioteca, rodeado de los suyos más íntimos, se reconfortó con el apoyo sensible de Claudilla, con el cariño incondicional de sus dos hijos pequeños, con la presencia y seguridad de su madre, con los ojos bondadosos e ingenuos de su hermana Sempronia, con la divertida arrogancia de Apio Claudio, con la filosófica impertinencia vital de Blosio de Cumas y con el impulso de Flaco, que, siendo el último en llegar, irrumpió en la sala como un vendaval.

—¡Tiberio, cientos de ciudadanos rodean tu casa para que nada te suceda esta noche! ¡Todos están dispuestos a protegerte y a acompañarte mañana a la asamblea! ¡Todos te animan! ¡Ven a verlo! —gritó.

Tiberio se limitó a exhibir una apagada sonrisa, hecho lo cual tomó un pequeño papiro, lo desenrolló y lo leyó de nuevo:

> *Por la derecha y por la izquierda nos cierran dos mares, sin que tengamos ni una nave siquiera para escapar; por delante, el Padus, más caudaloso e impetuoso que el Rhodanus; por la espalda nos cierran los Alpes, que costó trabajo cruzar cuando estabais en plenitud de fuerzas. Es preciso vencer o morir, soldados, allí donde se produzca el primer encuentro con el enemigo. Y la misma fortuna que os impuso la inevitabilidad de luchar os pone delante unas recompensas tan grandes, si vencéis, que no las suelen esperar mayores los hombres ni siquiera de los dioses inmortales.*

Tiberio alzó la vista.

—Flaco —arremetió.

—Escucho —se plantó Flaco.

—Prepáralo todo para mañana. Ocupad la plaza del Capitolio. Vigilad los accesos, porque la única forma en la que podrán impedir mañana que sea reelegido es reventando la asamblea por la fuerza. No voy a ceder.

Al mismo tiempo. En la casa de Nasica

—¡Ese desgraciado no va a ceder! —bramó Pompeyo, mesándose desquiciado los cabellos pelirrojos—. ¡Mañana volverá al Capitolio y nos meará en la cara! ¡Va a ganar! —continuó, fuera de sí.

Nasica y el resto de los consulares y censorios agrupados en cónclave en una de las enormes salas de la *domus* del primero, al menos treinta, todos ellos sentados en un intimidante rectángulo, arrugaron sus rostros, arrastrados también por la ira de Pompeyo. Cabeceaban, bufaban, gruñían y se autoconvencían unos a otros de que era inadmisible que Tiberio fuera elegido nuevamente. Llegados a este punto, sería tanto como ridiculizarlos y atentar contra la esencia misma de la República.

—¡No podemos permitirlo! —aulló con locura Pompeyo, único de los hombres que no permanecía sentado, yendo de aquí para allá.

—Y no vamos a permitirlo —confirmó Nasica con su típico rictus glacial.

—¿Y qué harás? ¿Volver a sostener que la reelección es ilegal? ¿Volverás a soltar a Satureyo? —desdeñó Pompeyo—. ¡Todos sabemos que el plebiscito Genucio se aplica solo a los cónsules! ¡No servirá de nada! ¡Tiene que vetar uno de los tribunos! —chilló.

—Yo haré mi papel, pero no vetaré —salió al paso Publio Satureyo, nuevamente invitado por tan buenos servicios.

Pompeyo ya se arrojaba sobre él cuando Nasica se puso en pie y detuvo el tiempo en aquella sala.

—Convocad al Senado, a la misma hora que la celebración de la asamblea, en el templo capitolino de Fides —dijo.

Los senadores dieron cabezadas de conformidad. No obstante, para Pompeyo no era suficiente.

—¿Y ya está? ¿Nos limitaremos a reunirnos como buenos amigos al lado de la asamblea plebeya? —bufó con suma mordacidad.

—Emplearemos la fuerza —masculló Nasica.

—¿La fuerza? ¿En Roma? —titubeó Pompeyo.

Nasica clavó sus ojos azules en el pelirrojo. Era ya el indiscutible líder del Senado ante la ausencia de personalidades como Emiliano, y no estaba en su carácter dejarse pisar.

—¿Quieres que Graco te mee en la cara? —rezumó con resquemor.

—Por supuesto que no.

—Entonces, que nuestros clientes y amigos hagan su trabajo mañana. Que revienten la asamblea. Nosotros lo vigilaremos todo desde el templo de Fides.

El comienzo del fin de la República

Roma, 11 de julio del año 133 a.C.

Tiberio amaneció tranquilo, pero su gesto sereno no fue suficiente para tranquilizar a su familia, porque allí, desde el alba, le esperaban su madre, Sempronia y su Claudilla, todas ellas con rostros inquietos.

La primera que se le acercó fue su madre, con la excusa de ajustarle bien la toga.

—Está bien así, madre, déjalo ya —susurró Tiberio compasivo.

—No, no lo está —repuso ella al tiempo que se afanaba en que la caída de los pliegues fuese perfecta.

Cuando creyó haberlo conseguido, elevó su vista hasta encontrarse con el rostro de Tiberio. Y sonrió.

Con porte, altura y elegancia, su hijo era a sus ojos el perfecto romano, crisol de linajes aristocráticos, tan virtuoso, educado y valeroso como querido por el pueblo. No sabía discernir cuánto había tenido ella que ver en aquel resultado o si su hijo había nacido de este modo, pero, fuese como fuese, estaba orgullosa. Tiberio solo defendía lo mejor para Roma. Y ella estaba de acuerdo. Para unos era un radical obstinado que había perdido el juicio y quería entronarse; para otros era el salvador de la República; para ella, simplemente, era su hijo.

Inspiró hondo y le sonrió de nuevo.

—Así está perfecta —le dijo, como queriendo afirmar que ella estaba allí y que siempre lo estaría.

La siguiente en irrumpir en la escena fue su hermana Sempronia. Se puso en medio, alargó sus desarticulados brazos y aferró la toga con torpeza.

—Aún no está —se apresuró a corregir, recolocando el manto.

Tiberio la miró con inmensa ternura. A Sempronia le temblaban las manos. Trataba de mantenerse jovial y con la espontánea ingenuidad que dominaba su carácter, pero era en vano. Su hermana era tan transparente como el agua, pero un agua eternamente volteada por las corrientes de un río impetuoso. Cualquier otra mujer en sus mismas condiciones tendría una existencia feliz, al cuidado de su opulenta casa y junto al hombre más poderoso de Roma. Pero ella no sabía hacerlo. Era demasiado vulnerable y Emiliano superior a sus débiles fuerzas. Y nada podría hacerla cambiar.

—Sempronia, está bien, déjalo —dijo Tiberio con paciente cariño. Su hermana, en su desmaña, estaba desarreglando los pliegues.

—¡No, no y no! —replicó ella con angustia nerviosa—. Mi hermano debe ser el más digno de los candidatos.

De pronto, un niño emergió de detrás de Sempronia, colocando sus

brazos en jarras cual pequeño y cómico Coloso de Rodas.

—Tata, ¿vamos ya al foro? —preguntó con sus casi tres añitos y sin ningún ánimo de que nadie le contradijera, tampoco su padre.

—Hoy no puedes acompañarle —repuso su abuela Cornelia.

El pequeño se asentó aún más sobre el terreno.

—¿Por qué no? Quiero ir con mi tata. ¡Soy muy mayor! —se quejó, martilleando cada sílaba.

—¡Pequeño Graco! —chilló su abuela.

—Yo quiero ir con mi tata —insistió el niño, enrabietado.

—No lo harás —reiteró Cornelia.

—Sí que lo haré.

Su abuela iba a darle la réplica cuando Tiberio la detuvo con un gesto de la mano. Después, se acuclilló para ponerse a la altura del pequeño.

—Te prometo que lo haremos mañana —le dijo.

—Yo quiero ir hoy, tata.

—Hoy no puede ser.

—¡Hoy!

—Mañana y no se hable más —sentenció Tiberio, revolviéndole los ya de por sí revueltos cabellos castaños.

Al ponerse en pie, dominándolo todo desde su mayor altura, se topó con los enormes ojos azules de Claudilla. Tenía en brazos a Cayo, su hijo pequeño, que sin cumplir todavía un año se agitaba como una culebrilla. Sin saber qué decir, Tiberio puso sus manos en el abombado vientre de su esposa, embarazada por tercera vez. Estuvo así unos pocos segundos, absorto, hasta que por fin elevó la vista para volverse a encontrar con aquellos preciosos y bondadosos ojos azules.

—Impresionas con la toga —balbució ella.

—Las mujeres de Roma se me echarán encima —bromeó él.

—Arrancaré sus pelos a tirones si te tocan.

—Será digno de ver.

—La medusa Gorgona sería un inofensivo animalillo a mi lado.

—No me cabe la menor duda —dijo Tiberio con inmenso cariño, y ambos se quedaron mirando el uno al otro, consumiendo el tiempo, hasta que, al poco, ella le puso la mano sobre el pecho.

—Ten cuidado —musitó.

—Debo irme —se limitó a contestar Tiberio, dándole un beso en la suave mejilla. Después echó a andar hacia el atrio, consciente de que cualquier otra cosa que dijera podría sonar horriblemente solemne.

Dejando atrás lo que más quería y superado el *tablinum*, llegó al amplio y suntuoso atrio, donde la atmósfera emotiva era más limpia pero igualmente tensa. Allí le aguardaban unos veinte hombres, todos ellos togados, más

estirados que un palo, inmóviles, sudorosos por el sofocante calor, con rostros turbados, dispuestos a cortar el cuello de aquellos que se atrevieran siquiera a mirarlos en su camino hasta el templo de Júpiter.

De todos ellos quien se adelantó a su encuentro en cuanto lo vio aparecer fue Fulvio Flaco, cuya mente se mantenía febrilmente reflexiva para que nada se torciera.

—Cientos de nuestros partidarios han ocupado ya la plaza del templo de Júpiter y sus accesos. Lo bloquean todo. Si pretenden acceder a ella para reventar la asamblea, no podrán hacerlo —expuso de carrerilla y sin aliento.

—De acuerdo —confirmó Tiberio.

—Pero recuerda —prosiguió Flaco sin parar—, si en algún instante te ves en apuros, levanta la mano sobre tu cabeza e iremos a socorrerte. Te juro que no se saldrán con la suya. Esta noche regresarás a tu casa como defensor del pueblo, como nuevo tribuno de la plebe. No podrán tocarte un pelo. ¡No lo harán!

Tiberio miró a todos los hombres con gesto divertido. Era evidente que solo él permanecía tranquilo aquella mañana, tanto como que debía animar aquellas caras de besugo.

—Hoy hace calor, ¿verdad, Flaco? —le preguntó como si tal cosa.

—Lo hace, bien que lo hace —contestó Flaco, sorprendido.

—El sol nos pegará en la coronilla durante las votaciones —continuó Tiberio con una media sonrisa.

—Quemará los cráneos de los calvos —dijo Flaco al tiempo que su cara se iluminaba, siguiendo ahora el juego.

—Pero ni el sol más abrasador impedirá la votación.

—A lo sumo achicharrará el pelo de los nasicas.

—Será lo más divertido que hayamos visto en nuestras vidas.

—No tanto como aquella vez que se te metió una mosca en la boca mientras ladrabas como un mastín en la tribuna de oradores —recordó Flaco.

—No tenía mal sabor aquella mosca.

—Siempre te ha gustado dar un bocado a las moscas cojoneras.

—¿Te refieres a Nasica?

—Una mosca es un manjar al lado de tu primo Nasica —repuso Flaco, explotando en una enorme carcajada. Lo propio hizo Tiberio, al igual que los veinte hombres que los acompañaban.

Cuando calmaron sus risas nerviosas, Tiberio tomó las riendas.

—De acuerdo, Flaco, si me veo en apuros me llevaré la mano a la cabeza. ¿Lo habéis entendido? Me llevaré la mano a la cabeza —reiteró rotundo, dirigiéndose a todos. El sí fue unánime—. Pues, ¿a qué esperáis? ¡Cambiad esas caras de pasmo y vamos allá!

Poco después, Tiberio y los suyos, contados por cientos, cruzaban el

foro en un baño de masas, acometían el ascenso del *clivus Capitolinus* en un reguero de vítores y entraban en la plaza del templo de Júpiter como Alejandro en Babilonia, tomando el control de la explanada y de la asamblea plebeya. No se veía a los nasicas por ninguna parte.

—Infórmame de todo cuanto sepas —le dijo entonces Tiberio a Flaco. Este asintió y se dirigió al adyacente templo de Fides, situado poco más abajo, en el lado sur de la colina capitolina, para asistir a la sesión senatorial.

Nasica y su lustrosa cohorte de senadores, caballeros y clientes ascendió la cuesta capitolina como un ariete golpeando murallas.

Ya en su cima, junto al arco de Escipión Africano y su bello conjunto escultórico, decidió serpentear por el camino que circundaba la colina por el norte, a espaldas del templo de Júpiter. No debía pasar por en medio de la asamblea, so pena de ser lapidado.

En las estribaciones meridionales del Capitolio, el grupo abandonó su discreción y se plantó en la trasera del templo de Fides. Lo rodeó y se paró al pie de su escalinata. Nasica pudo distinguir entonces, a apenas cien pasos, el sólido frontispicio columnado del templo de Júpiter y, en su base, la tribuna en la que se encontraban los tribunos de la plebe salientes, entre ellos Publio Satureyo. Su vista era como la de un milano real, pero ni por esas pudo ver a Tiberio. Seguramente se encontraría entre la multitud, arropado como un cobarde.

Lo que sí pudo divisar fue a los nuevos candidatos a tribuno de la plebe, todos ellos en otra alta plataforma junto el templo capitolino. Eran treinta y cinco aspirantes para diez puestos, casi todos ellos promovidos por el Senado.

Nasica se giró y subió los escalones del templo de Fides, donde le aguardaba Pompeyo.

—Los auspicios para la celebración de la asamblea han sido favorables —le informó este con tono sumamente despectivo.

Nasica lanzó un bufido.

—¿Qué augur ha oficiado el auspicio? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Apio Claudio Pulcro —contestó Pompeyo con retintín.

Nasica expulsó una grotesca carcajada.

—Me lo temía —ironizó al parar de reír—. El auspicio habría sido favorable incluso con el cielo cayendo sobre nuestras cabezas.

—Claudio es un sedicioso —escupió Pompeyo.

—No, el viejo Claudio es mucho peor —porfió Nasica, dicho lo cual miró a lo lejos, al comienzo de la cuesta capitolina.

—¿Los nuestros están preparados? —demandó.

—En cuanto comience la asamblea vendrán de todas partes. No votará ni un solo ciudadano —confirmó Pompeyo.

Nasica exhibió una mordaz sonrisa.

—Entremos, la sesión va a comenzar —siseó victorioso.

En la asamblea plebeya

Habida cuenta la espantada del día anterior del tribuno Rubrio, presidía el concilio otro de sus colegas, Quinto Mumio.

Debidamente auxiliado por unos escribas, bajo la supervisión del resto de los tribunos que cesaban en el cargo —todos menos Tiberio, que se encontraba entre la gente apiñada frente a la tribuna—, Mumio se infló como un fuelle cuando todo estuvo preparado y gritó a los cuatro vientos:

—¡Que comience la votación! —Y todo se puso en movimiento.

Los divisores de la tribus electorales comenzaron a atraer a los votantes entre enormes alaridos. Los *viatores* estatales abrieron camino con sus bastones. Los ciudadanos a los que no les tocaba votar todavía trataron de abrirse paso hacia huecos más diáfanos y los que debían votar ya se aproximaron en manada y a viva fuerza, formando enormes remolinos que fluctuaban al albedrío de los empujones. La plaza del templo de Júpiter no era amplia, pero Tiberio se había empeñado en que se celebraran allí aquellas asambleas, a ojos del gran dios, proclamando que de este modo estaría bien acompañado y protegido.

La idea podía ser afortunada desde un punto de vista simbólico, pero era un caos a la vista de la muchedumbre congregada.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Orden! —se puso a gritar Quinto Mumio, con la vena hinchada, encaramado en su tribuna, pero con poco éxito. Desde su altura podía ver cómo masas enteras de ciudadanos se movían de un lado a otro de la plaza, entre violentas marejadas, arrastradas por su propio peso y la fuerza de las demás—. ¡Orden! —voceó una vez más, mirando frenéticamente a todas partes—. ¡Ord…! —rugió esta vez, pero ahora entrecortado, enmudecido por lo que sus ojos veían y por lo que todos en realidad temían.

No esperaba que fuese a ser tan rápido, pero lo cierto era que allí estaban aquellos miserables, sin pérdida de tiempo, dispuestos a reventar la asamblea del modo más expeditivo. Había creído al principio que se trataba de nuevos votantes incorporándose a la plaza con ímpetu y ganas de ejercer el sufragio, pero los palos y los bastones blandidos al aire solo significaban una cosa, el comienzo de la batalla.

Los nasicas subían de todas partes, en masa, con ganas de pelea y con la decidida y obediente voluntad de impedir la votación, accediendo por oleadas desde el *clivus Capitolinus*, desde las escalas del Campo de Marte y, los intrépidos, desde los precipicios meridionales del Capitolio.

Y si el desorden anterior ya era incontrolable, mucho más lo fue con su esmerada ayuda. Los ciudadanos empezaron a gritar atemorizados y a correr en estampida, los que podían, mientras que otros comenzaron a caer unos sobre otros, asfixiando a los de abajo.

Los alaridos, las carreras, los pisotones, los codazos, los insultos y los empujones de una masa expansiva comprimieron aún más el lugar de la asamblea, unos bajo los pies, otros asomando la cabeza para dar grandes bocanadas de aire y los más arrastrándose por encima de las montoneras en un espectáculo grotesco mientras los nasicas sacudían sin compasión.

El caos, en cambio, no impidió que decenas de hombres fieles a Tiberio, como un pétreo y uniforme cuerpo de entrenados gladiadores, lo rodearan y lo llevaron en volandas hasta las proximidades de la escalinata del templo de Júpiter.

Toda la colina parecía temblar con el tumulto. Pero los gracanos no estaban dispuestos a dejarse apalear. Bien instruidos por Flaco, furiosos por el vergonzoso asalto, buscaron improvisados garrotes y mazas.

Los encontraron haciendo trizas el estrado en el que se encontraban los aspirantes a tribuno de la plebe, que recogieron sus togas como el navío que pliega velas ante la tempestad y echaron a correr todo lo que sus piernas se lo permitían, huyendo de la mortal trifulca.

Tiberio, zarandeado por las mareas humanas, vio entonces que Fulvio Flaco estaba subido en la tribuna, junto a las estatuas de los reyes, y que le indicaba con gestos desesperados que tratara de llegar hasta él.

—¡Abridme paso! ¡Abridme paso! —rugió Tiberio con voz desgarrada, cruzando a duras penas a través del exiguo y oscilante pasillo abierto a sus pies a fuerza de palos y topetazos. La asamblea se había convertido ya en un verdadero e inaudito campo de batalla.

Poco antes de la trifulca, en el templo de Fides

Apio Claudio Pulcro, consular y príncipe del Senado, tenía derecho a hablar el primero en las sesiones senatoriales. Por tal razón, se puso en pie como un relámpago, luciendo sus temibles ojos azules. Apenas recién regresado de Etruria, había tenido tiempo de tomar aquella mañana los auspicios y, después, acudir al Senado como el gallo de corral que era, inflando su pecho y

reluciendo su arrogante soberbia.

Porque Nasica era un mequetrefe enrabietado y un niñato que no le duraría ni una réplica en la sesión senatorial. Por mucho que ese engreído Escipión se desgañitase, por mucho que frunciese sus labios como un pato irritante, todas las acciones de su Tiberio eran atrevidas, era cierto, pero legales, lo que era tan obvio que no iban a ser necesarias muchas palabras.

—¡Lo que se desarrolla ahí fuera es una asamblea de la plebe presidida por tribunos de la plebe! —inició tronante—. ¿Es que hemos olvidado que no podemos interferir en sus designios? ¿Es que hemos olvidado que los tribunos son sacrosantos, y *sacer*, maldito, quien ose ponerles la mano encima? ¡La elección de Tiberio Sempronio Graco se ajusta a las leyes de Roma! ¡Nada lo impide, así que…! —Claudio dejó suspendida la frase, mirando ahora directamente a Escipión Nasica—, ¡deja de croar como un sapo repulsivo y cansino de cualquier charca putrefacta y vayámonos a nuestras casas! ¡Que la asamblea plebeya tome sus propias decisiones! —finalizó tan breve como exultante, provocando los aplausos de los suyos.

Nasica, en cambio, se puso en pie, encendido, sin esperar a que le dieran el turno de palabra y finalizaran unas palmas que le provocaban arcadas. Era el pontífice máximo y estaba dispuesto a hacer lo que le viniera en gana, más si cabe en esta grave situación.

—¿Eso es todo, Apio Claudio? —bramó lleno de ácida ironía—. ¿No tiene nada más que decir nuestro insigne príncipe del Senado ante la mayor amenaza que Roma ha sufrido desde su fundación? ¡Tú, Apio Claudio Pulcro! —aulló de pronto, tanto que todos los senadores dieron un respingo—, ¡tú eres tan traidor como él! ¡Tú eres el culpable de todo esto, el verdadero responsable, el hombre en la sombra, el instigador! ¡Y ahora te escondes como una rata y permites que sea él quien lo pague, porque juro por todos los dioses que lo va a pagar! —clamó exacerbado, señalando hacia el exterior—. ¡Eres un malnacido, pero has de saber que el Senado no va a permitirlo! —rugió, mirando ahora a toda la cámara—. ¿Es que ya hemos olvidado todo lo que ha hecho Graco estos últimos meses? ¿Ya no tenemos memoria? ¿Acaso no ha humillado y ninguneado a esta ilustre cámara? Porque Graco ha atentado contra la costumbre, contra la inviolabilidad del tribunado al que con ansia se aferra, contra el Senado y…, ¡pretende ser rey de Roma! ¡Peor aún, quiere ser un tirano! —rugió en trance.

Después de respirar abriendo los agujeros de su nariz, continuó su filípica.

—Ayer mismo, al no conseguir la reelección, se paseó por el foro con su hijo pequeño de la mano, con una toga negra de duelo, pidiendo entre lágrimas que los ciudadanos le dieran su amparo. ¡Pero es todo falso! ¡Pura pantomima! ¡Solo quiere ser rey! ¡Quiere la tiranía y me importa una mierda

que sea nieto de Escipión Africano! ¡Es un tirano! ¡Debe ser juzgado y exiliado! —bramó fuera de sí.

De pronto, un ruido ensordecedor, como de gran pelea y barullo, llegó desde la plaza del templo de Júpiter, tanto que Nasica, respirando como un toro minoico, cesó su intimidante arenga, expectante. Las puertas del templo estaban abiertas, pero el ángulo de la construcción no permitía ver el lugar de la asamblea.

El Senado entero guardó silencio hasta que, al poco, Publio Satureyo entró al galope, jadeando aparatosamente.

—¿Qué ocurre ahí fuera? —le interpeló Nasica con ojos de fuego.

Satureyo inspiró y espiró un par de veces. Tras recuperarse, habló.

—Es una batalla campal. Los gracanos se imponen con palos y garrotes. Han expulsado a todos los candidatos a tribuno, que se han visto obligados a huir dejando atrás sus togas para no perder la vida —mintió con todo descaro —. El propio Graco los ha depuesto y se ha autoproclamado tribuno de la plebe, él solo —falseó sin rubor.

Nasica, ahogado y pálido, abrió los ojos como platos y contrajo la cara en una mueca inverosímil. Sus peores pesadillas acababan de hacerse realidad. Tiberio no merecía el exilio, sino la aniquilación.

—¿Qué más tenemos que oír? ¿Qué más tenemos que soportar? —chilló enloquecido y fuera de sus cabales—. ¡Démosle muerte ahora mismo! ¡Yo estoy dispuesto a ser su verdugo, aquí y ahora! —berreó delirante y sorprendentemente aupado por un Senado que se puso en pie igual de enardecido.

Fulvio Flaco no daba crédito a lo que acababa de escuchar, pero no necesitaba oír más. Dejó su silla y abandonó la sesión a toda velocidad. Debía hablar con Tiberio urgentemente. En un giro inexplicable e impredecible, las cosas, ahora sí, se estaban poniendo verdaderamente peligrosas.

En la asamblea plebeya

Tiberio consiguió reunirse con Flaco justo en el instante en el que los guardias del templo de Júpiter cerraban sus puertas con cara de pánico. Ya nadie podría buscar refugio en su interior, y por todas partes volaban bancos, sillas, maderos e incluso fragmentos de ladrillos arrancados de las paredes de los pequeños templetes cercanos. Toda la furia de los dioses y de los hombres se hallaba concentrada en el Capitolio.

—¡Nasica quiere matarte, ahora mismo, él mismo, con sus propias manos, se ha vuelto loco! —le gritó Flaco al oído. Tiberio no contestó,

quedándose embobado, incrédulo—. ¡Llévate la mano a la cabeza! —le recordó Flaco a grito limpio.

—No puede decirlo en serio. Nasica no puede decirlo en serio —balbució Tiberio, incapaz de reaccionar.

—¡Tiberio! ¡La mano! ¡Que sepan que estás en verdadero apuro! —reiteró Flaco.

Tiberio no se lo pensó y se llevó la mano a la cabeza.

El efecto fue inmediato. Si sus partidarios se rompían antes el pecho como leones, pasaron a hacerlo como cien elefantes de combate númidas, embistiendo a garrotazos el frente de nasicas.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó Tiberio a Flaco, sin poder creerlo todavía.

—¿Es que no conoces a tu primo Nasica?

—Mejor que nadie.

—Pues prepárate, porque por allí viene.

Poco antes, en el templo de Fides

—¡Démosle muerte, ahora mismo! ¡Es un tirano! —continuaba aullando una y otra vez Nasica, cada vez más exaltado, agitado como una fiera, señalando hacia el exterior. La bulla senatorial poco tenía que envidiar a la de la asamblea.

—¿Has perdido el juicio, Nasica? ¡Deberíamos encerrarte ahora mismo en el *Tullianum*! ¡Mereces pudrirte! —rugía al mismo tiempo Apio Claudio.

Otros senadores abucheaban a los cercanos a Claudio cada vez que intentaba imponerse, y a la inversa, los aliados de Claudio silbaban, pataleaban, insultaban y daban alaridos cuando Nasica insistía una y otra vez, cansinamente, con darle muerte a Tiberio. No había representación, drama o comedia teatral que superase tamaño espectáculo de los padres de la patria. Era lo nunca visto en cuatrocientos años de República.

—¡Acabemos con él! —persistió desaforado Nasica.

—¿Oís lo que dice? ¡Está loco! —mantuvo Claudio, llevándose las manos a la cabeza.

Parecía que no iba a haber un fin cuando, de pronto, emergió de nuevo de entre las sombras Publio Satureyo, que llegaba de la batalla exterior. El Senado en bloque guardó silencio.

—¿Qué tienes que decirnos, buen hombre? —le interpeló Nasica. Satureyo, en efecto, estaba prestando grandes servicios.

El tribuno no habló de inmediato. Era su momento de gloria. Durante

meses no había tenido el coraje de vetar al populoso Graco, pero ahora todos lo miraban. Trescientos senadores no le quitaban la vista de encima, conteniendo el aliento.

Así estuvo unos segundos, ufano de sí mismo, hasta que a Nasica se le inflaron las narices.

—¡Habla de una vez! —rugió el pontífice máximo.

—Los gracanos han expulsado de la plaza a todos…

—¿Y? —interpeló Nasica, echando su cuerpo hacia adelante.

—Y Tiberio se ha llevado la mano a la cabeza.

El Senado entero contuvo la respiración.

—¿Y qué quieres decirnos con eso? —ladró Nasica.

Satureyo abrió los ojos exageradamente.

—Que Tiberio Sempronio Graco ha pedido que le traigan una diadema real. Ese ha sido su gesto al llevar su mano a la cabeza. Pretende que le coronen de inmediato rey de Roma —escupió.

Fue el acabose. La gran mayoría de los senadores salieron despedidos de sus sillas, pidiendo sangre. Muchos ya se ceñían las togas para irrumpir en la plaza y poner fin al mayor peligro que Roma había conocido desde la expulsión de los reyes. Apio Claudio trataba de dejarse oír, pidiendo cordura, pero era en vano. La manada de leones hambrientos, hartos de las humillaciones por las que Graco les había hecho pasar los últimos meses, había olido carne fresca.

Nasica, macho dominante de la manada, consiguió al fin, poco a poco, que todos callaran. Siempre había estado a la sombra de su ilustre padre o del soberbio Escipión Emiliano, pero ahora era él quien, en ausencia de ambos, dominaba la cámara. Era su momento para entrar en la historia de la ciudad. Después del mismísimo Rómulo y del legendario Furio Camilo, él sería recordado como el tercer fundador de Roma.

—Publio Mucio Escévola —declaró con toda pompa, dejando que los *tria nomina* del cónsul que presidía aquella sesión senatorial y que hasta el momento había estado callado como un muerto, otorgara a sus palabras la debida autoridad—. Publio Mucio Escévola —repitió—, mira por el bien de la República y acaba con el tirano.

Escévola no movió un músculo. Legalista hasta la extenuación, tenía muy claro que lo que pedía Nasica era un imposible, simplemente porque no era legal. Él no concebía que lo que no fuera ajustado al *ius*, a derecho, pudiera hacerse.

—No emplearé ninguna fuerza —expuso con toda naturalidad y tranquilidad—, ni quitaré por supuesto la vida a ningún ciudadano romano sin ser juzgado previamente por una asamblea. Es la ley —añadió con precisión jurídica, recordando lo obvio.

Nasica bajó la cabeza y afiló su mirada como el tigre que merodea su presa y está a punto de abalanzarse sobre ella.

—Publio Mucio Escévola —declaró en un violento susurro—, todos sabemos que has prestado tu asesoramiento a Tiberio Sempronio Graco. Pero esto es traición. Actúa por el bien de la República —le conminó con tono irreverente y asesino.

—No tengo nada que decir ni hacer —reiteró Escévola.

—Pues los que quieran salvar a Roma y a nuestras leyes, que me sigan —aseveró Nasica, dicho lo cual se puso en pie, frunció nuevamente sus labios en su característico gesto de pico de pato, elevó a lo alto su silla y la estrelló contra el suelo.

Las patas salieron despedidas hacia los cuatro puntos cardinales. Nasica se agachó, cogió una de las fornidas patas y, blandiéndola, se echó el borde de la toga sobre la cabeza y se dirigió al templo de Júpiter seguido de una banda de senadores con aires de matones.

En la asamblea plebeya

Los seguidores de Tiberio se quedaron completamente paralizados cuando de sus puertas comenzaron a salir a la carrera, como en un violento vómito, los padres conscriptos, zarandeando palos y todo cuanto encontraban a su paso que pudiera servir como arma.

Si antes habían luchado como fieras contra los vulgares nasicas, se quedaron ahora petrificados. La imagen de ver avanzar a los mismísimos senadores como un gran muro arrollador de togas recogidas, con sus zapatos rojos, sus túnicas laticlavias con su distintiva franja púrpura y echando fuego por boca y ojos, con una determinación suicida y casi sobrenatural, les hizo tambalearse, tanto que, impresionados, atónitos y faltos de reacción, sin resistencia alguna, dejaron caer sus mazas y bastones y empezaron a retroceder ante los hombres con la mayor *auctoritas* y *dignitas* del orbe entero.

Tiberio, que había bajado de la tribuna y apoyaba su mano en el pedestal de la estatua del rey Tarquinio el Soberbio, se quedó también helado, como el cervatillo paralizado por un fuego que está a punto de calcinarlo.

—¡Se han vuelto locos! ¿Pero qué hacen? —oyó que gritaba Flaco a su lado.

Tiberio no pudo oírlo más. Una riada de seguidores en pánico y fuera de sí, en fuga alocada y caótica, bajo el lema del sálvese quien pueda, lo empujaron bruscamente, cayendo al suelo. Durante unos instantes que le

parecieron toda una vida sintió cómo era pisoteado, zarandeado y pataleado sin fin. Un brazo amigo le rescató del piso y lo puso en pie. Flaco mantenía milagrosamente el tipo mientras Nasica y el resto de los senadores se aproximaban como una manada de gigantes enloquecidos.

—¡Por todos los dioses, Tiberio! ¡Muévete! —aulló Flaco, desesperado por la pasividad de su amigo—. ¡Corre! —dijo en un alarido, echando a correr él mismo.

Tiberio reaccionó al fin. Su cerebro ordenó a sus piernas que se movieran lo más rápido que pudieran, y así lo hicieron, pero tropezaron con otros seguidores que habían caído a los pies de la escalinata del templo de Júpiter. Tiberio rodó encima de algunos de ellos, reptó sobre otros, intentó levantarse, pero una pierna quedó presa en otra montonera.

Cuando miró a su espalda vio que Nasica, acompañado por Satureyo, estaba todavía a una treintena pasos. Iban directamente a por él y le miraban con los ojos inyectados en sangre, pero aún tenía tiempo de escapar.

Se puso nuevamente en pie, pero se desplomó una vez más. Un hombre que huía le pasó por encima, pisándole la cabeza. Aturdido, se incorporó. Los oídos le pitaban. Los ecos de la trifulca llegaban apagados. Las estatuas de los reyes, que parecían haber cobrado vida, lo escrutaban serios e impasibles. Nasica y Satureyo estaban a diez pasos.

Echó a correr, pero alguien le zafó por la toga. Empujó con fuerza hacia adelante y el manto cayó a un lado. Nasica y Satureyo se encontraban a cinco pasos.

Se trastrabilló con dos cadáveres.

Cayó de bruces.

Se dio la vuelta costosamente.

Satureyo ya estaba allí.

La maza le golpeó violentamente en la frente. Se desplomó aparatosamente. La cabeza le ardía. La luz se apagaba.

Los hombres se apelotonaron a su alrededor.

Levantó las manos para protegerse.

Evitó un golpe, después otro, pero el tercero le dio en la frente.

Su cabeza impactó contra las losas.

Sintió la sangre caliente en su cara.

Cerró los ojos.

Oía los gritos, pero no distinguía nada.

Indefenso, un nuevo bastonazo en la frente lo dejó tumbado sobre el pavimento, inerte, con los ojos abiertos en el infinito, con la sangre corriendo sobre un rostro desfigurado, sin aliento, sin vida.

Los asesinos dieron un paso atrás. Algunos dejaron caer los garrotes, respirando con angustia. El círculo alrededor del cuerpo de Tiberio se

expandió. Solo un hombre permaneció quieto, solo, rodeado de hombres que comenzaban a huir, horrorizados por lo que acababan de hacer. Nasica contemplaba el cadáver con gesto altivo, sin signo de arrepentimiento alguno. La plaza estaba llena de muertos, no menos de trescientos. Era una matanza, sí, pero acababa de salvar la República. Acababa de matar al tirano.

—¿Qué hacemos con los cadáveres? —oyó que le preguntaba Satureyo.

Nasica permanecía con la toga cubriéndole la cabeza, al modo sacrificial, ahora tenebrosamente impávido.

—Que nadie les dé sepultura. Que nadie pueda honrar sus cuerpos. Tiradlos al río Tíber —sentenció.

Odio

Al anochecer, en la casa de Cornelia Africana

Sempronia y Claudilla se habían refugiado en la *domus* de Cornelia, angustiadas y con el corazón golpeando en su pecho.

Habían llegado a sus oídos los ecos de la tempestad, pero nadie sabía decirles qué había pasado exactamente. Se hablaba de una enorme pelea, de los senadores blandiendo estacas y bastones y de los partidarios de Tiberio defendiéndose.

Pero Tiberio no había regresado y la noche caía a plomo en una Roma violenta que olía a muerte, una ciudad peligrosa de calles desiertas, puertas atrancadas y postigos cerrados.

De pronto, alguien aporreó el portón de la casa. Cornelia asintió y cuatro esclavos armados con bastones abrieron la puerta. De la oscuridad emergieron Apio Claudio y Fulvio Flaco.

Un rayo de esperanza iluminó los rostros de Cornelia, Sempronia y Claudilla, rápidamente languidecido a la vista de los semblantes de ambos hombres. El propio Flaco traía la túnica y la toga hecha jirones y con manchas de sangre.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde está? —acudió a su encuentro, en un alarido, desencajada por completo, Sempronia.

—Padre, ¿dónde está Tiberio? —preguntó con un hilo de voz, empequeñecida y a punto del desplome, Claudilla.

Ni Claudio ni Flaco fueron capaces de articular una sola palabra. Sus ojos estaban enrojecidos y se echaban las manos a la cabeza con impulsiva desesperación, incapaces de estarse quietos.

—Lo han matado —susurró de pronto Cornelia.

Claudio la miró a los ojos y Flaco tapó su cara con las manos. Claudilla comenzó a desvanecerse y Sempronia comenzó a aullar con el mayor de los desgarros, rasgando las paredes mismas, además del alma.

—Lo han matado —repitió Cornelia, hierática, susurrante, agresiva—. ¿Quién ha sido? ¿Quién ha matado a mi hijo? —preguntó de un modo que Roma misma podría haberse hundido en el Averno.

—Satureyo —dijo Flaco.

Cornelia negó muy despacio.

—¿Quién ha matado a mi hijo? —demandó de nuevo.

Flaco comprendió a qué se refería Cornelia.

—Nasica, ha sido cosa suya —balbució Flaco.

Cornelia cerró los ojos y así permaneció largo rato mientras Sempronia chillaba histérica y Claudilla era atendida por su padre. Solo Flaco aguardaba

a que Cornelia elevara los párpados, como así ocurrió de modo letalmente pausado.

—Traednos su cuerpo —ordenó.

Una vez más Flaco no supo qué contestar. Superado, buscó el apoyo de Claudio, que se lo concedió.

—Han tirado su cuerpo al Tíber —titubeó.

Cornelia, esta vez, buscó un asiento.

—Encontradlo, os los suplico, encontradlo —rogó antes de bajar la cabeza y sumergirse en el odio, dominada ella misma por la ira de los Escipiones.

Nace el mito

Numantia, mediados de julio del año 133 a.C.

En los primeros días de elembivos, el mes celta de las bodas, los numantinos se entregaron. Aborrecidos de devorarse unos a otros, enviaron a los romanos al único de los ancianos supervivientes, Leucón.

Este, cubierto con una hermosa piel de lobo en la que no faltaba la cabeza del animal mostrando las fauces abiertas, símbolo de la paz y de quien busca la rendición, caminó penosamente hasta el centro de la llanura oriental, donde le aguardaba el esplendor del vencedor.

Emiliano, protegido del sol por un suntuoso toldo de tonos rojizos, secundado de su linajudo y nutrido cuerpo de amigos, con una legión entera en formación a modo de aplastante pasillo, elevadas las insignias, alineados los escudos y flotantes las crines de los cascos, escrutó el débil acercamiento de un hombre encorvado, huesudo y de cabellos largos, sucios y enmarañados. Aferraba sin fuerza el báculo de distinción, aproximándose más bien una bestia que un hombre, pero una bestia salvaje que nunca pierde su mirada asesina.

Emiliano habló sin preámbulos.

—Salid mañana de la ciudad y dejad todas las armas en este mismo lugar —exigió inflexible—. Al día siguiente, abandonad Numantia por la ladera sur y agrupaos en el espacio de los ríos Durius y Merdancho, donde se decidirá vuestro destino.

El viejo Leucón, en pie a duras penas, se estiró altivo y miró al romano de arriba abajo, bien consciente de que ese futuro no era otro que la esclavitud y servir como trofeos humanos en el triunfo que celebraría en Roma.

Contempló a Emiliano largo rato, tanto como quiso, derrochando en su mirada resistencia, ira, sufrimiento y desolación al tiempo que disfrutaba del sobrenatural silencio que sobrevolaba sobre las cabezas de los diez mil romanos que velaban el acto de rendición, un silencio de respeto, o del miedo que aún infundían.

—Allí, a mi espalda —se arrancó finalmente, exhibiendo una voz fuerte y grave que sorprendió a todos—, se eleva Numantia, a vuestros ojos una pequeña ciudad, pero a ojos de los dioses y de los hombres aquella que os humilló repetidas veces, que os venció con las armas, que os obligó a alcanzar pactos en igualdad y que solo ha sido vencida por el enemigo invulnerable, el hambre —declaró con una solemnidad y oratoria que Emiliano no esperaba—. Ordenas que salgamos de la ciudad, pero muchos de los míos aspiran aún a la libertad, a su libertad. Concédenos un día más para disponernos a morir. Después, todo será tuyo en este mundo, pero no en el más allá.

Emiliano, sentado en su silla curul, siempre con una pierna más adelantada que la otra, clavó su mirada de voraz halcón en el viejo numantino, que parecía atesorar la experiencia, orgullo y machacona presencia de los más grandes senadores de Roma. Eran aquellos numantinos hombres incivilizados, sin duda, pero de gigantescos valores y convicciones, dueños de una tenacidad y de unas férreas virtudes que bien las querría para su Roma.

—Morid como os plazca. Los demás, entregad las armas y salid de la ciudad —reconoció con un leve y respetuoso asentimiento.

La muerte se abatió entonces sobre Numantia.

Cada cual murió como quiso, en silencio, solo, acompañado, de la mano, abrazados, de forma heroica, riendo o en un coro de lamentos, lloros y gritos desgarrados en el éxtasis de la resistencia y del sacrificio total.

Algunas madres asfixiaron a sus pequeños y luego, llenas de furia y mirada arrebolada, sujetando con desmedida determinación enormes cuchillos, se cortaron ellas mismas las venas o el cuello.

Los guerreros se lanzaron sobre sus espadas con rostros orgullosos y entonando himnos de epopeya, o lucharon en combates singulares en los que su única defensa era su pecho desnudo, que lucían cual muralla invencible, al estilo de los muros de la ciudad misma.

Leucón, sonriendo, pidió que le atravesaran el pecho con un cuchillo, aferrando él mismo el báculo de distinción rematado con el símbolo imperecedero de los celtíberos, los caballitos en bronce al galope.

Los sacerdotes vistieron por última vez sus ropajes ceremoniales y se ofrendaron ellos mismos a los dioses infernales.

Y no pocas jóvenes y ancianas se rajaron la garganta o se cortaron también las venas y las arterias, sin miedo, sin temor, con rápidos tajos, mostrando altivez.

La sangre empapó el suelo de una ciudad moribunda y jamás vencida por las armas. Y los corceles numantinos dejaron de relinchar. Los cuernos de guerra con sus enormes fauces de lobo ya no retumbaron más. Las hermosas fíbulas de caballito cayeron al suelo enfangado junto con los broches de cinturón. Las bellas cerámicas de barro rojo con sus decoraciones geométricas, sus tetrasqueles y sus pinturas de danzas, ceremonias, guerreros y animales se rompieron bajo el peso de la muerte.

Cesaron los cantos corales, el sonido de las espadas, el golpeteo de lanzas sobre los escudos, las carcajadas por el exceso de cerveza y el rumor de la invencibilidad.

Y sobrevino el silencio, pero solo para dar paso al enfervorizado

bramido del mito y del recuerdo eterno.

Los que decidieron mantener la vida, no más de trescientos, salieron de Numantia el día acordado hacia el lugar establecido, «penosos de ver y completamente transformados en su aspecto, con los cuerpos sucios y llenos de pelos, uñas y mugre, y despedían un hedor insoportable, y también era mugrienta la ropa que les cubría y no menos fétida. A la vista de sus enemigos aparecían dignos de compasión por estas circunstancias, pero terribles por sus miradas, pues todavía veían en ellos la expresión de la cólera, del dolor, del esfuerzo y la conciencia de haberse devorado unos a otros».[50]

Con los numantinos a buen recaudo, Emiliano ascendió a pie la senda que subía hasta Numantia desde los llanos de oriente. Poco después entraba en la ciudad, solo, envuelto en su propia mística y gloria, como quien camina por unas ruinas con un pasado memorable.

Le seguía a una prudente distancia su poderosa y magnífica cohorte de amigos y aliados entre los que no faltaban los hombres consagrados, ya fuesen su hermano Quinto Fabio Máximo y su amigo Cayo Lelio, como otros aún jóvenes, pero de prometedor futuro, muy especialmente dos de ellos, Cayo Sempronio Graco y Cayo Mario, todos ellos allí, a su servicio, por y para Numantia.

Emiliano, respirando profundamente, con paso aletargado, deambuló por las calles desiertas, vio los muertos y las madres abrazadas a sus hijos, respiró el olor de la ciudad y del valor, sorteó los charcos de sangre y percibió con sus propios sentidos la férrea sencillez y dureza de aquellas gentes. Numantia y su resistencia eran un milagro en sí mismo, una prueba de los caprichosos dioses para con la persistencia romana. Lo que allí se había visto y hecho no sería olvidado jamás.

Emiliano subió al paseo de ronda de la muralla, recorriéndolo completo, siempre solo, observando lo que los numantinos habían visto con sus propios ojos durante meses, su colosal y exacta circunvalación, que como un anillo de piedra discurría en un círculo infinito por llanos, vaguadas y colinas, única forma de estrangular el fiero espíritu combativo de aquellos celtíberos.

—Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano y Numantino —oyó que le decía su hermano Fabio, único que se atrevió a aproximarse y a romper su solitaria y grandiosa paz.

Emiliano cabeceó altivo, exaltado en su fuero interno, vencedor de Cartago y de Numantia, una grande y poderosa, la otra pequeña pero intratable. Ambas, en cualquier caso, destruidas con la épica.

—Reservad cincuenta numantinos para el triunfo. Y quemad la ciudad —ordenó antes de apoyar sus manos en el parapeto para seguir observando y disfrutando de su propia gloria y de su obra maestra.

Su séquito, siempre a un lado, hizo lo mismo. Solo un hombre rompió la

disciplina y se le quedó mirando con gesto iracundo, aunque sin saber todavía por qué lo hacía, alguien impulsivo al que siempre le había motivado la rebeldía. Ese hombre era Cayo Sempronio Graco. La noticia de la violenta muerte de su hermano navegaba ya hacia Numantia.

Nunca más

Roma, finales de julio

—Señora, su hermana está otra vez aquí. Pide a gritos verla.

Cornelia elevó la vista tras escuchar las palabras de la esclava. Su rostro permanecía blanquecino y frío, de igual modo que el día de la muerte de Tiberio. Su cuerpo se lo había tragado el Tíber, y por muchos esfuerzos dedicados a encontrarlo, solo habían aparecido en las orillas o flotando en las aguas los cadáveres hinchados de algunos de sus partidarios, pero no el de su hijo. Y jamás lo perdonaría. Tampoco a su hermana mayor, madre de Nasica, ese monstruo que, para colmo de males, se exhibía en el foro día sí y día también defendiendo con sanguinario orgullo la bondad de su acción. No, no quería ver a nadie, tampoco a su hermana, cuyos gritos desesperados llegaban desde el atrio.

—Que se vaya —dijo.

—Ha dicho que permanecerá en el atrio hasta que le llegue la muerte —farfulló la esclava.

—Echadla de la casa si es necesario —repuso Cornelia con un rictus inmisericorde.

La esclava asintió y desapareció de su vista.

—Madre… —balbució Sempronia, sentada junto a ella. Desde el asesinato de Tiberio no se separaban en ningún momento, luciendo las dos el luto de una muerte sin funeral ni sepultura, sin recuerdo ni honores, en una Roma ingrata y traidora que, aturdida, había enmudecido, pese a un crimen tan atroz. Salvo Nasica, el Senado había cerrado filas para sortear el riesgo de disturbios, tomando una única decisión, el envío de una embajada al templo de Ceres en la ciudad siciliana de Enna para apaciguar a la diosa plebeya por excelencia y realizar los ritos de expiación oportunos al haberse violentado la condición sacrosanta de un tribuno de la plebe.

Hecho esto, el tiempo parecía detenido en Roma. Los partidarios de unos y otros, desorientados, avergonzados, evitaban encontrarse, y los mismos senadores, echando el freno ante una situación inimaginable, pululaban temerosos y confundidos en una tregua provisional a la espera de lo que fuera a ocurrir, bien que amainara el temporal, bien que arreciara, bien que todo fuera olvidado por la vergüenza de un delito capital. Todo podía suceder en una Roma partida en canal entre senadores reformistas y conservadores, entre ricos y desposeídos, entre gracanos y nasicas, en una ciudad que nunca más podría volver a ser la misma.

—Pronto regresará Cayo de Numantia —añadió Sempronia en el vano intento de buscar consuelo.

Cornelia, con la mirada puesta en ninguna parte, bombeó su pecho para no quedarse sin aliento y cerró los ojos. Doce hijos, doce había traído al mundo, nueve fallecidos de forma natural y ahora el décimo asesinado dentro de los límites sagrados de la ciudad. Estaba devastada. No deseaba estar en compañía. No quería permanecer en Roma ni un instante más. No soportaba la idea de cruzarse con los asesinos de Tiberio. Estaba rota por dentro y por fuera, y solo había dos razones para mantener su elegancia, dignidad y compostura. Dos razones para alzarse de nuevo y ser Cornelia Africana, la hija de Escipión Africano. La primera razón era su hija y sus nietos. Y la segunda, verdadera fuerza motriz, el orgullo inmenso de saberse la madre de los Gracos. Tiberio ya no estaba con ella, pero pronto volvería Cayo, el último de sus hijos que portaba el *nomen* Graco. Él haría justicia. Él restablecería el orden en un Senado descompuesto y putrefacto. Cayo era el futuro. Cayo era la última esperanza de Roma.

Cornelia abrió los ojos.

—Me voy a Miseno. Me ahogo en Roma —exhaló.

—¿Y cuándo volverás? —saltó una expresiva Sempronia.

Su madre la miró con cariño.

—Nunca, nunca más volveré a Roma.

Agradecimientos

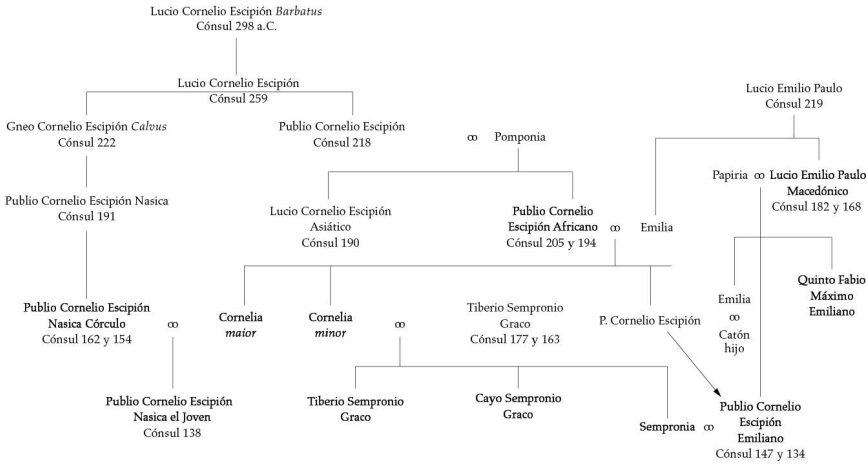
Un autor no escribe una novela en soledad; lo hace con la compañía, apoyo y ánimo de muchos. Son estos «muchos» los que con su enorme interés, su cercanía, su entusiasmo o su simple deseo de volver a sumergirse en la Roma antigua han hecho posible *Numantia. La ira de los Escipiones*. Por ello, gracias, infinitas gracias a mi familia, desde mi mujer Marta y mis hijas Paula y Laura hasta mis padres Miguel Ángel y Mª Antonia, pasando por mis hermanos Pablo, Elena, Fran e Ignacio, mis cuñados, mis sobrinos y mis suegros Txema y Mila; a Ramón Villa; a mis amigos; a mis compañeros de trabajo; al equipo de La Esfera de los Libros; y a todos mis lectores de este lado del mundo y del otro lado del océano. A todos ellos, aunque no pueda llamarlos ahora por su nombre, mi enorme agradecimiento, porque son, desde el primero hasta el último, parte de esta novela.

PRINCIPALES CARGOS PÚBLICOS (MAGISTRATURAS) EN ROMA A MEDIADOS DEL SIGLO II A.C.

	Edad mínima para su ejercicio	Duración	
	24 (en 4 legiones, Tribunos militares de la plebe	1 año	
	2 curules	1 año	plebeyos
	18	1 año	
		cada 5 años	
		6 meses máximo	
		6 meses máximo	

Funciones	
Tribuno militar	Segundo mando militar en las legiones detrás del cónsul y de los legados designados por este. Eran elegidos entre los jóvenes de familias ilustres.
Cuestor	Primera magistratura obligatoria del *cursus honorum*. Fundamentalmente funciones de control financiero de las cuentas públicas.
Tribuno de la plebe	Defensa de los ciudadanos de Roma frente al resto de magistrados. Facultades de veto y de proposición de leyes.
Edil	Organizan juegos y fiestas públicas y velan por la organización de los mercados, el mantenimiento de edificios y el abastecimiento de trigo de Roma.
Pretor	Segunda magistratura obligatoria del *cursus honorum*. El pretor urbano y el peregrino son la autoridad jurisdiccional de la ciudad de Roma. Los otros cuatro pretores se encargan del gobierno de las provincias.
Cónsul	Máxima magistratura de Roma que culmina el *cursus honorum*. Asumen todo el poder civil y militar y los principales escenarios bélicos.
Censor	Elaboración del censo de ciudadanos, adjudicación de contratos públicos y control de la moralidad. También confecciona la lista de senadores y su orden, nombrando al primer senador de Roma por dignidad y prestigio: *princeps senatus*.
Magister equitum	Nombrado por el dictador a modo de lugarteniente.
Dictador	Asume todo el poder en situaciones de emergencia militar o situaciones excepcionales.

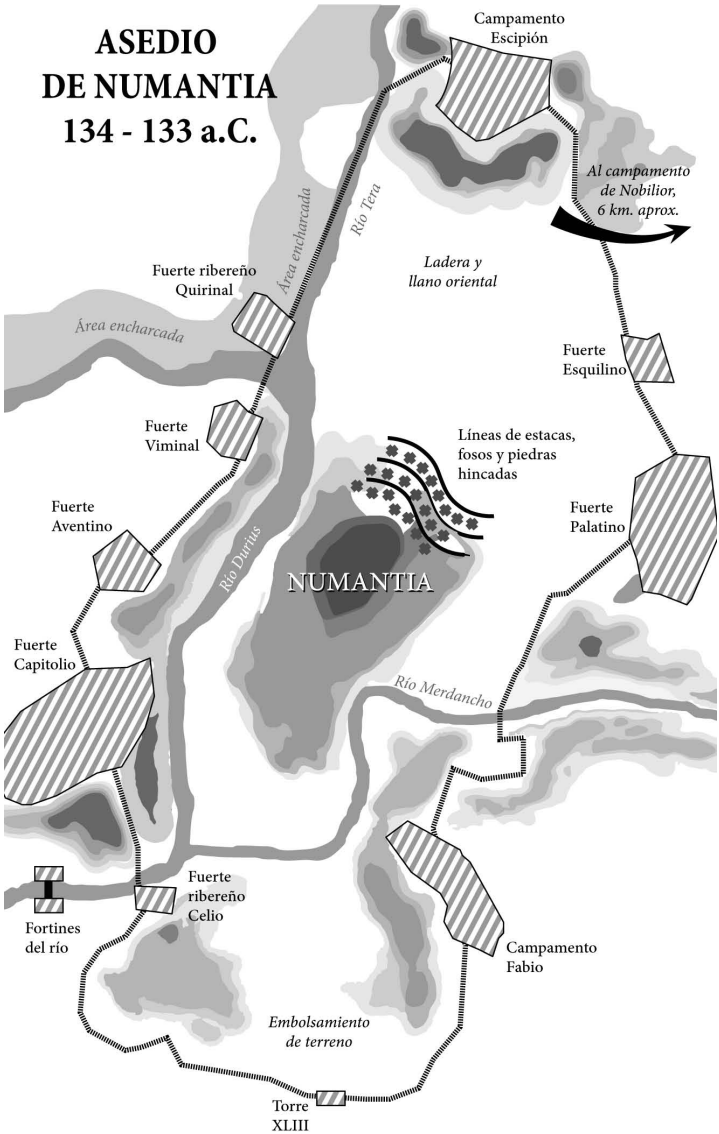
Árbol de las familias Escipión, Graco y Emilio Paulo



ROMA EN ÉPOCA REPUBLICANA
Vía Flaminia
CAMPO DE MARTE
Saepta
Villa Pública
Pórtico de Metelo
Circo Flaminio
Capitolio
Foro
T. Bellona
Subura
T. de Juno Lucina
Argiletum
Pequeño Velabro
Río Tíber
Vía Sacra
PALATINO
Ceres
Circo Máximo
JANÍCULO
Cloaca Publicius
Aventino
Vía Apia
Pórtico Emilia
Tumba de los Escipiones

EL FORO DE ROMA
ARX
CAMPO DE MARTE
Colina Capitolina
Porta Fontinalis
Clivus Argentarius
T. de Juno Moneta
Gradus Monetae
Asylum
Vejovis
Argiletum
T. Bellona
T. de Júpiter
T. de Apolo
Óptimo Máximo
Clivus Capitolinus
Roca Tarpeya
T. de Juno
T. de Piedad
T. de Esperanza
Vicus Jugarius
VELABRUM
Puerta Carmenta
Puerta Flumentana
Casa del Pontífice Máximo
Vía Sacra
Clivus Victoriae
Casa de las Vestales
Germalus
Vicus Tuscus
T. de Júpiter Stator
Puerta Mugonia
Clivus Palatinus
T. de Magna Mater
Lupercal
PALATINO
T. de Fortuna
T. de Mater Matuta
FORO BOARIO
Escaleras de Caco
Templo de Júpiter Víctor
Ara Máxima
1. Comitium
2. Senado (Curia Hostilia)
3. Basílica Porcia
4. Scalae Gemoniae
5. T. Concordia
6. Tullianum (prisión)
7. Senaculum
8. T. Saturno
9. Tabernas veteres
10. Basílica Sempronia
11. T. Cástor y Pólux
12. Lapis Niger
13. Lacus Curtius
14. T. Venus Cloacina
15. Tabernas novae
16. Basílica Emilia
17. Mercado de pescado
18. Regia
19. T. Vesta
20. Fuente de Juturna
21. Auguraculum
22. Rostra
23. Templo de Fides

HISPANIA EN EL SIGLO II a.C.


ASEDIO
DE NUMANTIA
134 - 133 a.C.
Campamento
Escipión
Al campamento
de Nobilior,
6 km. aprox.
Río Tera
Área encharcada
Ladera y
llano oriental
Fuerte ribereño
Quirinal
Área encharcada
Fuerte
Esquilino
Fuerte
Viminal
Líneas de estacas,
fosos y piedras
hincadas
Fuerte
Aventino
Fuerte
Palatino
Río Duriius
NUMANTIA
Fuerte
Capitolio
Río Merdancho
Fuerte
ribereño
Celio
Fortines
del río
Campamento
Fabio
Embolsamiento
de terreno
Torre
XLIII

Notas

1 Provincia romana en el sur de la península ibérica, de contornos imprecisos.

2 En el término municipal de San Roque, bahía de Algeciras (Cádiz).

3 Osuna (Sevilla).

4 Provincia romana en el levante hispánico, que en esta época se expandía ya fuertemente hacia el interior de la península y del valle del Iberus.

5 Martos, provincia de Jaén.

6 En esta novela, Bailén, provincia de Jaén.

7 Montejo de Tiermes (Soria).

8 Véase el mapa de Hispania en el siglo II a.C.

9 Actual valle de Aosta (noroeste de Italia).

10 Actual Velilla del Ebro (Zaragoza).

11 Monte Moncayo (Soria).

12 Milán.

13 Río Po.

14 En el Lacio, próxima a Roma.

15 Cerca de Nápoles.

16 Cuyos restos actuales se identifican entre los municipios de Calatorao y La Almunia de Doña Godina (Zaragoza).

17 Actual Linares (Jaén).

18 Río Genil.

19 En la novela, Aranda de Moncayo (provincia de Zaragoza).

20 Agosto.

21 Río Jalón.

22 En la novela, el campamento conocido actualmente como Castillejo.

23 En torno a los 4,5 kilómetros.

24 Unos setecientos metros de largo y doscientos de ancho.

25 Actuales ríos Merdancho y Tera. Se desconoce su nombre céltico o romano.

26 En la novela, Almazán (Soria).

27 Porcuna (Jaén).

28 En la novela, al sur de sierra de Gredos, al oeste de Toledo.

29 En la novela, Zalamea de la Serena (Badajoz).

30 En la novela, Azuaga (Badajoz).

31 18 de julio.

32 Unos tres mil quinientos setenta kilos.

33 Unos setecientos setenta y dos kilos.

34 Unos cincuenta kilos.

35 Unos mil ciento treinta litros.

36 Unos dos mil seiscientos kilos.

37 Actual Mónaco.

38 Campamento de Renieblas.

39 En la novela, desfiladero de Torretartajo y valle del río Chavalindo.

40 Actual ciudad de Zaragoza.

41 Alcalá de Henares (Madrid) y Guadalajara.

42 Palenzuela (Palencia).

43 Coca (Segovia).

44 Unos siete kilómetros y medio.

45 Dos metros y cuarenta centímetros.

46 Tres metros.

47 Nueve kilómetros.

48 En la novela, Cantalucia (Soria), a unos cincuenta kilómetros de Numantia.

49 La *lex Gabinia tabellaria*, aprobada seis años antes, había puesto fin a la costumbre inmemorial del voto oral en los procesos electorales, tratando de evitar la coacción a los votantes en los pasillos de votación.

50 Apiano, *Iber.,* 96-97.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Juan Torres Zalba, 2022
© La Esfera de los Libros, S.L., 2022
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022
ISBN: 978-84-1384-475-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.